

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**

**FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA**

**Departamento de Historia del Pensamiento y de los Movimientos  
Sociales y Políticos**



**TESIS DOCTORAL**

**Monárquico, republicano, liberal. Biografía política de Manuel Portela  
Valladares**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

**Pilar Mera Costas**

Directores

**Fernando del Rey Reguillo  
Emilio Francisco Grandío Seoane**

**Madrid, 2016**

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**



**FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA**

Departamento de Historia del Pensamiento y de los Movimientos  
Sociales y Políticos

**Monárquico, republicano, liberal.  
Biografía política de Manuel Portela Valladares**

Tesis Doctoral de  
**Pilar Mera Costas**

Dirigida por

**Fernando del Rey Reguillo  
Emilio Francisco Grandío Seoane**

Septiembre de 2015

*A Mami y Papi.*

*Porque ellos son el refugio,  
el empuje, el calor, las historias,  
la sonrisa, la energía, la risa,  
el abrazo mimoso,  
la confianza inquebrantable...  
Siempre ahí.  
O mejor dicho, siempre aquí.*

*Miña casiña, meu lar.*



## Resumen

La trayectoria pública de Manuel Portela Valladares fue una de las más largas e intensas entre los políticos españoles de la primera mitad del siglo XX. Desde su elección como diputado por Fonsagrada en 1905 hasta su muerte en el exilio francés en 1952, fue protagonista o testigo de los acontecimientos más destacados de la política gallega y española. Durante su carrera desempeñó cargos de notable importancia (diputado en la Restauración y en la República, gobernador civil de Barcelona, fiscal del Tribunal Supremo, gobernador general de Cataluña, ministro de Fomento y de la Gobernación, presidente del Consejo de ministros en febrero de 1936) y defendió posiciones ideológicas aparentemente diversas: liberal, agrarista, monárquico, republicano, con simpatías autonomistas... De todas ellas fue el liberalismo la que definió su comportamiento durante sus cincuenta años de evolución política.

A través del estudio de su vida y trayectoria pública, el objetivo de esta tesis es analizar la visión y el comportamiento de los viejos liberales en un momento de cambio crucial, aquel que supuso, en palabras de Eric Hobsbawm, el paso del “largo siglo XIX” al “corto siglo XX”, y conocer, así, cómo se adaptaron a la “edad de las catástrofes”. Partiendo de la comprensión de la historia como un proceso en el que convergen y se solapan las rupturas y las continuidades, se pretende dotar de contenido a esta frase con la intención de entender mejor lo que sucedió en un período tan decisivo y convulso como la Europa de entreguerras, en el que la democracia liberal vivió una crisis profunda al intentar procesar el cambio de escenario que supuso la incorporación de las “masas” al sistema político. Para ello y teniendo en cuenta las distinciones que establece el debate historiográfico, he optado por la elaboración de una biografía de contexto de tipo externo, es decir centrándome sobre todo en su dimensión pública y su trayectoria política con el objetivo de entender mejor el contexto histórico y sociopolítico en el que se inserta, aunque sin renunciar a intentar comprender su carácter y su personalidad en la medida en la que estos afectasen a su comportamiento como estadista.

**Palabras clave:** Portela Valladares, Segunda República, liberalismo, biografía, historia contemporánea.

## Abstract

The public career of Manuel Portela Valladares was one of the longest and most intense among the Spanish politicians of the first half of the twentieth century. Since his election as a member of parliament for Fonsagrada in 1905 until his death in 1952 as an exile in France, he was a protagonist or witness of the most relevant events of Galician and Spanish politics. During his career he held positions of considerable importance (member of parliament in the Restoration and the Republic, civil governor of Barcelona, prosecutor of the Supreme Court, Minister of Development and Interior, Prime Minister in February 1936) and he supported apparently diverse ideological positions: liberal, agrarian, monarchist, republican, with autonomist sympathies... Between all of them it was the liberalism which defined his behaviour on his fifty years of political evolution.

Through the study of his life and public career, the objective of this thesis is to analyse the vision and the behaviour of the old liberals at a moment of crucial change, which supposed, in the words of Eric Hobsbawm, the passage from the “long nineteenth century” to the “short twentieth century”, and to know, in this way, how they adapted to the “Age of Catastrophe”. Starting from the understanding of history as a process in which ruptures and continuities converge and overlap, it intends to give substance to this sentence with the intention to understand better what happened in such a decisive and turbulent period that was Interwar Europe, in which liberal democracy underwent a profound crisis in trying to process the change of scenery that meant the incorporation of “masses” to the political system. For that and taking into account the distinctions established by the Historiographical debate, I have opted for the elaboration of a biography of extern-type context, that focuses overall on his public dimension and his political career with the purpose of understanding better the historical and sociopolitical context in which he lived, although without renouncing to attempt to comprehend his character and his personality to the extent that affected his behaviour as a statesman.

**Keywords:** Portela Valladares, Second Republic, liberalism, biography, contemporary history

# Índice

<b>Introducción</b>	<b>10</b>
<b>Capítulo 1. A la sombra del <i>vello carballo</i></b>	<b>33</b>
1.1 Raíces pontevedresas	34
1.2 En el colegio de los jesuitas	37
1.3 Universitario en Santiago	42
1.4 De regreso a Pontevedra	45
<b>Capítulo 2. Aprendizaje de batallas electorales</b>	<b>58</b>
2.1. Los intensos preparativos	63
2.2. Votaciones y escrutinios para la polémica	80
<b>Capítulo 3. De diputado por Fonsagrada a republicano converso</b>	<b>89</b>
3.1 La llegada de la República. El compromiso de Barrantes	92
3.2 La defensa de la autonomía. Portela <i>Ante el Estatuto</i>	102
<b>Capítulo 4: Y el muerto resucitó. El Gobierno General de Cataluña</b>	<b>111</b>
4.1. La Revolución de Octubre y sus consecuencias en Cataluña	118
4.2. Impresiones, objetivos y primeros movimientos del nuevo gobernador	124
4.3. La gran preocupación, la gestión del orden público	129
4.4. La concepción de orden público de Portela	137
4.5. Segunda preocupación, los partidos políticos y el reparto de poder	143
<b>Capítulo 5. Treinta días en Gobernación</b>	<b>151</b>
5. 1. El “gobierno de los treinta días”	156
5.2. El Ministerio de Gobernación y la teoría: principios e intenciones	159
5.3. El Ministerio de Gobernación y la práctica: Cataluña como primera preocupación	163
5.4. El Ministerio de Gobernación y la práctica: pruebas de fuego festivas	166

<b>Capítulo 6. El orden público soy yo</b>	<b>177</b>
6.1. La política de orden público de Portela en el gabinete radical-cedista: valores e imagen	<b>181</b>
6.2. Las primeras decisiones: creación de un equipo de confianza	<b>183</b>
6.3. Medidas relativas a los cuerpos de Seguridad y sus agentes	<b>191</b>
6.4. El control de la calle: permiso y desarrollo de actos políticos	<b>196</b>
6. 5. De piedras y cántaros. La tensa relación entre Portela y Gil Robles	<b>209</b>
 <b>Capítulo 7. El camino a la presidencia</b>	 <b>223</b>
7.1. Pensando en el futuro: la propuesta de reforma electoral del ministro de la Gobernación	<b>228</b>
7.2. Los cuestionarios de Gobernación	<b>235</b>
7.3. La crisis de diciembre	<b>239</b>
7.4. El primer gobierno Portela	<b>247</b>
7. 5. El fin anunciado	<b>258</b>
 <b>Capítulo 8. Alquimias electorales. Las elecciones de febrero de 1936</b>	 <b>264</b>
8.1 El segundo gobierno Portela	<b>266</b>
8.2 La candidatura del Partido de Centro	<b>277</b>
8.3 El diseño electoral del gobierno Portela	<b>289</b>
8. 4 Mecanismos de intervención gubernamental	<b>298</b>
 <b>Capítulo 9. Un exilio entre dos guerras</b>	 <b>308</b>
9.1 El inicio de la guerra civil: la huida de Barcelona	<b>313</b>
9.2 El primer exilio francés. En tierra de nadie	<b>316</b>
9.3 La apuesta republicana: el mito del traidor	<b>321</b>
9.4 La guerra después de la guerra: Portela en la Segunda Guerra Mundial	<b>334</b>
9.5 Los años finales	<b>341</b>
 <b>Conclusiones</b>	 <b>348</b>
<b>Fuentes y bibliografía</b>	<b>358</b>







## Introducción

25 de marzo de 1943. Segunda Guerra Mundial. Cassis sur Mer, pequeña ciudad del *Midi* francés, cercana a Marsella. Puerto pesquero entre acantilados, refugio durante siglos de piratas y contrabandistas. Entonces, territorio de la Francia ocupada por los nazis. Allí vivían, confinados y bajo vigilancia, personajes sospechosos para el régimen de Vichy, entre ellos un buen número de exiliados de la Segunda República española. Como Manuel Portela Valladares. Esa mañana, alrededor de las nueve, la recepcionista de la pensión en la que residía subió a comunicarle que tres hombres preguntaban por él. “Es la Gestapo; rompa Vd. o esconda lo que quiera guardar de ellos”. Portela no le hizo caso, sino que bajó inmediatamente. A pesar de su miedo, pensaba que así daría una imagen más tranquila y segura, menos sospechosa. Los desconocidos se identificaron (“*Police, prenez vos affaires*”) y tras comunicarle que venían a hacerle unas preguntas, lo condujeron de regreso a su habitación. Portela tuvo la sensación de que se sorprendían al encontrarla tal cual, con cuartillas sobre la mesa y la estilográfica abierta, todo a la vista. Le preguntaron sobre sus antecedentes, sus inclinaciones políticas, sus actividades... Tras sus respuestas, le comunicaron que tenían que llevarlo a Marsella, a comisaría. Le indicaron que metiese en una maleta lo que creyese que podría necesitar, también las pruebas que sirviesen para su defensa. “Cojo dos mudas, el neceser de aseo, *El Pueblo Gallego* que proclama mi programa electoral de «evitar la guerra civil» y con permiso de ellos, incluyo mis medicamentos, entre los cuales está el tubo libertador para ofrecerlo a Esculapio”.<sup>1</sup>

Con tono sombrío y bajo el título “El amenazante viaje”, Portela apuntó esta escena en su dietario. A pesar de su redacción escueta y contenida, el texto está impregnado de miedo y consigue transmitir sus sensaciones. El expresidente del consejo tenía en aquel momento setenta y seis años. Se había exiliado tras una guerra civil.

---

<sup>1</sup> PORTELA VALLADARES, Manuel: *Dietario de dos guerras (1936-1950). Notas, polémicas y correspondencia de un centrista español*. Edición de José Antonio Durán. Sada (A Coruña), Edicións do Castro, 1988, p. 213; PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias. Dentro del drama español*. Edición de José Antonio Durán. Madrid, Alianza, 1988, p. 294.

Vivía bajo arresto domiciliario en la Francia ocupada y ese mismo invierno había sido detenido por la policía de Vichy, que lo había mantenido encerrado durante más de una semana en una celda húmeda y fría. Había pasado horas desnudo y apenas había comido durante su estancia en prisión. Regresó a casa gravemente enfermo del pulmón y no se repuso del todo de las secuelas hasta mucho después del fin de la guerra. Las anotaciones de los meses posteriores a esta primera detención muestran a un hombre avejentado, debilitado, enfermo y temeroso, cuyo gran terror era que volvieran a arrestarlo, pues estaba convencido de que no sobreviviría a otro encierro. Cuando esto sucedió, la conciencia de que tal vez lo someterían a un sufrimiento mayor de lo que pudiese soportar le hizo llevar entre sus medicamentos una alternativa que le facilitase el suicidio. Y en medio de esa situación angustiosa, conducido por la Gestapo, la única defensa a la que se aferró fue una portada de su propio diario en la que podía leerse, a toda página, su credo liberal.

Leer esta escena provoca inevitablemente ternura, la que inspira un hombre que en apenas seis años había visto derrumbarse ante sus ojos el mundo que conocía y que no parecía entender las reglas de juego del nuevo escenario. ¿Cómo podría interpretarse, si no, que esgrimiese como única defensa la hoja de un periódico? Palabras como “orden”, “trabajo”, “prosperidad” o “evitar la guerra civil” frente a las armas de la Gestapo. Y, sin embargo, quizás su estrategia funcionó. Tras una breve entrevista al comandante Müller, el oficial que lo recibió en Marsella, decidió pedir autorización a sus superiores de París para hacerse cargo de su caso e interrogarlo él mismo las veces que fuesen necesarias. No ordenó su encierro, sino que le permitió volver a Cassis si se comprometía a no salir de su residencia. Portela atribuyó el resultado tranquilizador a la suerte de haberse tropezado con un oficial razonable y un grupo de funcionarios que pese a no cuestionarse el sistema y ser capaces de obedecer “las órdenes dictadas por la más estúpida barbarie ancestral”, carecían de “la pasión salvaje de nuestros almorávides” o de la “exageración bestial de los hijos de Petain”. Creía que, gracias a ello, le habían salvado la palabra y su trayectoria política como defensor del orden y la libertad. Del mismo modo que cuando en noviembre de 1943 recibió aviso del fin de su arresto domiciliario, creyó que la carta que había enviado a Pierre Laval, exdiputado de la Tercera República francesa y político colaboracionista del régimen de Vichy, en la

que se había quejado de lo injusto e ilegal de su situación, había sido determinante. O de la misma manera que para protegerse del acoso de los gendarmes de Petain y de las órdenes de extradición cursadas en su contra por el gobierno franquista, había acudido a los tribunales franceses. Aun en medio de la guerra, los instrumentos de defensa a los que había recurrido habían sido la ley, la palabra y las relaciones personales.<sup>2</sup>

Esa creencia y esa escena de Portela y su periódico resumen de manera simbólica el objetivo de esta tesis: analizar a través del estudio de la vida y de la trayectoria de este personaje la visión y el comportamiento de los viejos liberales en un momento de cambio crucial, aquel que supuso, en palabras de Eric Hobsbawm, el paso del “largo siglo XIX” al “corto siglo XX”, y conocer, así, cómo se adaptaron a la “edad de las catástrofes”. Partiendo de la comprensión de la historia como un proceso en el que convergen y se solapan las rupturas y las continuidades, se pretende dotar de contenido a esta frase y hacer de ella algo más que un lugar común con la intención de entender mejor lo que sucedió en un período tan decisivo y convulso como la Europa de entreguerras. Durante estos años la democracia liberal vivió una crisis profunda al intentar procesar el cambio de escenario que supuso la incorporación de las “masas” al sistema político. La participación de nuevos actores con nuevas demandas revirtió en un progresivo cambio de los mecanismos institucionales y las élites socializadas en la etapa anterior se encontraron ante una nueva realidad que no siempre supieron leer. Incluso cuando su análisis resultó acertado, a menudo se vieron sin recursos suficientes para tomar las riendas, ahogadas por la presión de los partidos en los que se organizaron aquellas ideologías que encarnaban la modernidad. La creciente brutalización de la política empeoró su situación, empujándolos en la mayor parte de los casos hacia la marginalidad del sistema o la parálisis. La Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial supusieron el punto álgido de esta crisis. Y aun con todo, la presencia de los viejos liberales y su práctica política siguió presente, encarnando de este modo y de manera palpable ese engarce de ruptura y continuidad.<sup>3</sup>

---

<sup>2</sup> PORTELA VALLADARES, Manuel: *Dietario...*, pp. 222-223; PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias...*, pp. 289-295.

<sup>3</sup> HOBBSAWM, Eric: *Historia del siglo XX*. Buenos Aires, Crítica-Grijalbo Mondadori, 1998; MOSSE, George: *De la Grande Guerre au totalitarism. La brutalisation des sociétés européennes*, París, Hachette littératures, 1999; REY REGUILLO, Fernando del: “Introducción”, en REY REGUILLO, Fernando del:

La visión política de los liberales difería de esa política moderna que se estaba imponiendo. Elitista y con una concepción paternalista de la ciudadanía, se podría definir como una versión evolucionada de la política de notables, y aunque eran conscientes, por ejemplo, de la importancia de las elecciones, a las que dedicaron gran parte de su esfuerzo y de su atención, su creencia de que gobernaban sobre una sociedad desmovilizada les hacía concebirlas como una lucha de influencias y recursos personales, en las que participaban con un ejército de colaboradores cuya lealtad se articulaba a través del favor y la mutua interdependencia, de ahí su preferencia por los distritos pequeños y manejables. Caciquismo, clientelismo, corrupción... son algunos de los calificativos que iban ligados a su manera de actuar, argumentos en los que basaron su crítica, a ellos y al entramado de la Restauración, tanto los regeneracionistas como quienes pugnaban por entrar en el juego del Estado o por construir un sistema alternativo, ya fuesen los republicanos, los socialistas o los católicos-tradicionistas.<sup>4</sup>

La monarquía constitucional de la Restauración nació fruto de una sensación de fracaso colectivo. Tras un ir y venir de pronunciamientos, cambios de orden, violencia y caos se llegó a la conclusión de que para superar ese pasado destructivo y de alteración continua era preciso asentar un sistema político estable en el que tuvieran hueco todos los partidos que habían defendido la monarquía liberal. Este punto de partida convirtió el pacto y la integración del adversario en las características esenciales de la Restauración, lo que no implica que no hubiese conflictos graves entre los integrantes de los dos grandes partidos que sostenían el régimen. La rivalidad y el afán por conquistar o mantener el poder no desaparecieron de la contienda, pero la negociación se convirtió en el mecanismo natural para resolver problemas y desacuerdos. La cultura del pacto tuvo su máxima expresión en la negociación del “encasillado”, el reparto electoral de distritos entre los dos grandes partidos, que el gobierno defendía a través de todos los medios a su alcance, incluida la coacción y cierto grado de violencia que, como el fraude, se veía como algo desagradable, pero inevitable, al menos hasta que la

---

*Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española.* Madrid, Tecnos, 2011, pp. 17-42.

<sup>4</sup> MARTORELL LINARES, Miguel: “El mundo de los liberales monárquicos: 1875-1931”, en FORCADELL, Carlos y SUÁREZ CORTINA, Manuel: *La Restauración y la República, 1874-1936. Historia de las culturas políticas en España y América Latina*. Vol 3, Madrid, Marcial Pons y Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2015, pp. 201-228.

sociedad avanzase hacia una ciudadanía más formada y participativa. Con el paso del tiempo, la composición del encasillado fue evolucionando y el gobierno tuvo que aprender a negociar con las élites locales o dar cabida en él a otras fuerzas, lo que unido al aumento de la competitividad en los distritos urbanos permitió que republicanos, carlistas, socialistas o catalanistas obtuvieran también representación parlamentaria. Una integración progresiva de los rivales que contribuyó a eliminar el insurreccionalismo. Además, la negociación de las elecciones y la alternancia pacífica en el ejecutivo contribuyeron a que el respeto por el gobierno del contrario fuera la tónica dominante.<sup>5</sup>

Junto a la tendencia al pacto, las relaciones personales constituyeron el otro gran pilar de la cosmovisión política de los liberales monárquicos. Relaciones que se desarrollaban en dirección horizontal entre miembros de una élite que con independencia de su signo político se reconocían como iguales y relaciones jerarquizadas que se articulaban en torno al intercambio de favores. La suma de ambos tipos tejía una compleja red de vínculos personales que se sostenía a través de rituales como las visitas, las cartas, los recados, las recomendaciones... La cercanía era fundamental, así como la información y la confianza. El juego político no sólo se desarrollaba en el parlamento. El casino, los cafés, los ateneos o las tertulias no sólo eran espacios de sociabilidad sino que se convirtieron en escenarios políticos de trascendencia, donde se negociaba, se discutía y se tomaban las decisiones clave. Así, la que se podría denominar política “de pasillo” o “de café”, pese a su apariencia inofensiva y menuda, se convirtió en el motor estratégico del sistema. Frente a las grandes concentraciones de la política de masas, los mítines ardorosos y las aclamaciones populares, los viejos liberales se sentían más cómodos en el ambiente relajado de los sillones de cuero, el humo de los cigarros y los sorbos de una copa, ya fuese para pactar entre amigos, buscar apoyos o medir fuerzas con un notable rival. Y

---

<sup>5</sup> DARDÉ, Carlos: *La aceptación del adversario. Política y políticos de la Restauración, 1875-1900*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2003; SIERRA, María: *La política del pacto*. Sevilla, Diputación de Sevilla, 1996; SIERRA, María: SIERRA ALONSO, María: “La cultura política en el estudio del liberalismo y sus conceptos de representación”, en PÉREZ LEDESMA, Manuel y SIERRA ALONSO, María (eds.): *Culturas políticas: teoría e historia*. Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, 2010, pp. 233-263, ZURITA ALDEGUER, Rafael: *Notables, políticos y clientes. La política conservadora en Alicante (1875-1898)*, Elche, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1996.

aunque ya en el siglo XX algunos de ellos coquetearon con las manifestaciones políticas masivas, como hizo Canalejas en su paréntesis de ruptura republicana o el propio Portela y otros liberales que se convirtieron en líderes del agrarismo, no dejaron de ser comportamientos puntuales, de cara a la galería y que utilizaron como armas de presión para ese juego de cercanías en el que se manejaban con mucha más soltura.<sup>6</sup>

La evolución del contexto sociopolítico en el que actuaban los liberales tuvo un punto de ruptura en 1923. El golpe de Estado de Miguel Primo de Rivera supuso la quiebra del orden político constitucional en el que se sentían cómodos y provocó la desaparición casi instantánea de los partidos dinásticos, demostrando así su falta de solidez. La incorporación de cierta parte del personal político al nuevo sistema consagró una división profunda que se venía gestando en el conservadurismo español, consolidando una derecha autoritaria frente a la vieja derecha liberal. La actitud de Alfonso XIII colocó en una encrucijada a este grupo liberal, cada vez más delimitado, al fracturar la soberanía compartida entre el monarca y las Cortes. Como consecuencia, una parte de ellos desapareció de la escena política, mientras que los que permanecieron en ella de alguna manera, afloraron de nuevo con fuerza en 1930, con la caída de la Dictadura. Y aunque todos mantuvieron los mismos modos, se produjo una división en la manera práctica de encarar la nueva etapa y mientras una parte de ellos optó por defender la convocatoria de unas Cortes Constituyentes que permitiesen volver a una nueva monarquía constitucional, otros se pasaron definitivamente al campo republicano, donde algunos ya se habían situado.

El trabajo en unión con los republicanos no resultó sencillo, pero la convivencia y la identificación de la Dictadura como un enemigo común permitieron que lo que prevaleciese fuese su condición compartida de liberales frente al autoritarismo al que se

---

<sup>6</sup> GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, María Jesús: “Algunas reflexiones sobre la cultura política en la España de la Restauración”, en SUÁREZ CORTINA, Manuel (dir.): *La cultura española en la Restauración*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1999, pp. 451-475; MARTORELL LINARES, Miguel: “Gobierno y Parlamento: las reglas del juego”, en CABRERA, Mercedes (dir.): *Con luz y taquígrafos. El Parlamento en la crisis de la Restauración (1913-1923)*, Madrid, Taurus, 1998; ROBLES EGEA, Antonio (ed.): *Política en penumbra. Patronazgo y clientelismo políticos en la España contemporánea*. Madrid, Siglo XXI, 1996; SUÁREZ CORTINA, Manuel: “El republicanismo como cultura política. A la búsqueda de una identidad”, en PÉREZ LEDESMA, Manuel y SIERRA ALONSO, María (eds.): *Culturas políticas: teoría e historia*. Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, 2010, pp. 263-311; FORNER MUÑOZ, Salvador: *Canalejas. Un liberal reformista*. Madrid, Fundación FAES, 2014, pp. 79-97.



enfrentaban. Y es que, al final, esa condición de liberales era la etiqueta principal con la que se percibían estos viejos monárquicos y la que mejor los definía. Mientras la monarquía significó estabilidad frente al caos y contribuyó a anclar un sistema que daba forma a los valores que defendían, no tuvieron oportunidad de plantearse su condición de monárquicos. Pero cuando las acciones de Alfonso XIII lo colocaron frente a estos mismos valores, la identidad que permaneció fue la liberal. Este posibilismo, que recogía aquella frase que ya había pronunciado Sagasta (“Soy monárquico constitucional dinástico, siempre que la monarquía respete la constitución y no se haga incompatible con la libertad”), permitió el tránsito natural hacia el republicanismo de quienes habían defendido enérgicamente el sistema monárquico, convirtiéndolos a partir de entonces, en partidarios convencidos de una república que podía encarnar con mayor legitimidad su credo liberal.<sup>7</sup>

Los llamados “viudos de la Monarquía” aterrizaron en la República aportando su bagaje político, sus modos y su manera de entender el mundo, que no se reducían al clientelismo, el caciquismo o su cierta tolerancia a fraudes y “pucherazos” que compaginaban sin complejos con su defensa de la democracia. También aportaron el resto de sus valores: la visión de la política como negociación, la cultura del pacto, la integración del adversario, el respeto a la ley, la importancia del orden, la primacía del poder civil o la defensa de la libertad y de los derechos políticos. Valores que compartían con los republicanos dentro de esa cosmovisión general liberal, lo que podía facilitar su convivencia y mutua colaboración en la consolidación del nuevo régimen. Paradójicamente, su condición de republicanos de nuevo cuño les concedía una ventaja en la defensa del sistema frente a quienes lo eran por tradición, y es que mientras una buena parte de republicanos de “rancio abolengo” entendían la República como “su república”, los viejos liberales mantuvieron una visión mucho menos patrimonialista del poder. Esto no les impidió que, en la práctica, unos y otros estuviesen en el mismo barco y que compartiesen un proyecto similar de Estado y de democracia liberal que acabó naufragando por la tensión y la presión insoportable a la que los sometieron desde los extremos, dejando patente su debilidad y su dificultad para adaptarse a la

---

<sup>7</sup> BEN-AMI, Shlomo: *Los orígenes de la Segunda República. Anatomía de una transición*. Madrid, Alianza Editorial, 1990; MARTORELL LINARES, Miguel: “El mundo de los liberales...”, op. cit., pp. 226-228. La cita de Sagasta, en el mismo texto, p. 222.

modernidad. En este sentido, ambos grupos compartieron su sensación de ser una generación de derrotados, no sólo por el bando por el que apostaron en la guerra, sino por la consciencia dolorosa del fracaso de su proyecto de construcción de una democracia liberal.

Puesto que el objetivo de esta tesis es reconstruir ese proceso para comprender la evolución de los viejos liberales durante el periodo de entreguerras, averiguar qué aportaron a la vida política de la Segunda República, cuál fue su éxito y por qué fracasaron, el enfoque biográfico me pareció el más adecuado. Cuando empecé a darle vueltas a mi proyecto de tesis, me preguntaba si se podía decir que había existido durante la Segunda República una cultura política democrática. Pensando en qué estudiar, la República de la que quería saber más era aquella que identificaba con la reforma. Más que los actores revolucionarios o los reaccionarios, los que me atraían eran aquellos que se encontraban a medio camino. Mi intuición era que no habían formado un grupo homogéneo, sino que se podía encontrar su rastro en diferentes sectores. Grupos que no terminaban de reconocerse entre sí, diluyendo así su peso en un sistema en el que bullían proyectos de Estado muy diferentes. En vez de buscar la unidad a partir de esta visión común, buena parte de ellos decidió mirar hacia los extremos, cada cual al de la dirección que le quedaba más próxima, quizás por reconocer en los otros la capacidad de movilización de la que ellos mismos carecían y que era tan necesaria ya en ese tiempo político, quizás por afán inclusivo. Aunque este objetivo no lo consiguieron y más que integrar en el sistema a esas fuerzas, se vieron arrastradas por ellas. En este paisaje partidista tan enrevesado los viejos liberales eran, precisamente, los que se encontraban justo en el centro, así que fijar mi interés en ellos fue el siguiente salto. De ahí a escoger a Manuel Portela Valladares como hilo conductor para analizar su historia no hubo más que un paso. Primero, porque su nombre se me aparecía de manera constante a lo largo de todo el primer tercio del siglo XX, especialmente en relación con Galicia. Segundo, porque las elecciones de febrero de 1936, “sus elecciones”, me parecieron la encarnación misma del proyecto liberal en la República, un intento de servir de fiel en la balanza del sistema, el punto de encuentro entre los adversarios, diseñado y llevado a la práctica al modo de la Restauración, pero en plena ebullición de la modernidad convulsa de los años treinta.

Con esa perspectiva, mi proyecto de tesis se convirtió en una biografía. Escoger este enfoque no supone asumir que la historia se explique desde las élites, aunque dado mi tema sí son su perspectiva y su relato los que más me interesan. Además, tengo la convicción personal de que, aunque sin convertir en general lo anecdótico y sin obviar la influencia de las condiciones estructurales y sociopolíticas en la toma de decisiones de los propios sujetos, el matiz personal sí importa y creo que conocer a los actores que participan en un contexto determinado permite comprenderlo mejor.

Mi decisión de optar por el género biográfico se ajusta a una creciente recuperación de su uso en la historiografía en los últimos tiempos. Tras un largo período de crisis en el que apenas se había cultivado e incluso se tendía a considerarla un género menor, los últimos veinte años han sido testigos del relanzamiento de la biografía histórica realizada por académicos. Este auge no se debe al interés de los lectores, que siempre se han sentido más o menos atraídos por este tipo de lecturas, sino al propio devenir historiográfico general y no sólo español. Desde que finalizó la Segunda Guerra Mundial, el estudio de la historia sufrió una profunda renovación metodológica y temática que impulsó el desarrollo y la consolidación de nuevos paradigmas: la Escuela de Annales, la historia marxista, la cuantitativa, la *Social Scientific History* anglosajona, la Escuela de Bielefeld alemana... El pensamiento historiográfico común a estas cinco tendencias supuso un desplazamiento de la historia política, diplomática o militar centrada en la acción personal hacia una historia social, económica, demográfica, de civilizaciones y mentalidades, mucho menos centradas en lo individual. Cobraron importancia los actores colectivos, el análisis de estructuras y tendencias que suelen estudiarse en períodos de larga duración, de modo que la actividad del individuo se diluye y es más difícil conceder protagonismo a la intervención humana. En estas “nuevas historias,” donde el transcurrir histórico se convierte en un proceso sin sujeto o donde el sujeto son las estructuras, las instituciones o las fuerzas sociales, resulta muy complicado encajar un género como el biográfico que supone, por el contrario, poner el foco de atención sobre el individuo, incluso aunque su estudio no sea más que una excusa o un modo de conocer su contexto.<sup>8</sup>

---

<sup>8</sup> GÓMEZ NAVARRO, José Luis: “En torno a la biografía histórica”, en *Historia y Política* nº 13 (enero-junio 2005), pp. 7-26.

En las últimas décadas estas “nuevas historias” han sufrido un agotamiento y una crisis fruto, por un lado, del cuestionamiento de sus planteamientos que se ha realizado desde el pensamiento posmoderno, que pone en duda esa idea de que la humanidad se organice y estructure crecientemente según un pensamiento racional que dote de intencionalidad y significado a su propia existencia. Por otro, desde el mismo seno de estos paradigmas, que empezaron a cuestionarse sus resultados, conscientes de que, a pesar de sus indudables méritos y aportaciones, los análisis de estructuras en períodos de larga duración no han sido capaces de dar respuestas suficientes ni adecuadas a los cambios históricos más rápidos. Los factores económicos y estructurales han dejado de ser suficientes, mientras que el poder explicativo de la cultura o la voluntad del individuo han vuelto a ganar peso, lo que hace que se consideren como causas y agentes de cambio tan importantes como los primeros. Esta renovación explicativa ha favorecido, sin duda, el resurgir y el desarrollo de la biografía histórica.<sup>9</sup>

El cambio de paradigma también ha permitido la aparición de las “historias de vida” como herramienta de trabajo en el seno de las diversas ciencias sociales. Un instrumento de análisis que se puede enmarcar dentro de las llamadas metodologías cualitativas o interpretativas, que representan un claro giro respecto al cientifismo social de corte positivista. Entraría dentro de lo que se denomina “método humanista” de investigación, que propone el estudio de fenómenos sociales a través del ser humano en toda su particularidad. Esto refleja una ética de la investigación determinada, que asume que el investigador adopta una actitud de sensibilidad, respeto o “aprecio” hacia el mundo social en que trabaja.<sup>10</sup> Si bien algunos autores, como Félix Torres, han afirmado que la moda biográfica es una respuesta al cansancio de los historiadores y un resultado de la imposibilidad de dotar de sentido a la historia, otros como Gómez Navarro opinan que:

---

<sup>9</sup> *Ibidem*, pp. 10-11; BURDIEL, Isabel: “Presentación”, en “Los retos de la biografía”, monográfico de la revista *Ayer* nº 93, 2014, pp. 13-18.

<sup>10</sup> BAER, Alejandro: *El testimonio audiovisual. Imagen y memoria del Holocausto*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas en coedición con Siglo XXI, 2005, pp. 43-45.

...la biografía histórica permite y obliga a enfrentarse a todos los grandes problemas historiográficos, pero desde la realidad concreta, cambia la óptica y el nivel de análisis, y este cambio de óptica, si no olvidamos y echamos por la borda todas las renovaciones metodológicas realizadas en los últimos decenios, producirá nuevos avances historiográficos.<sup>11</sup>

Una opinión similar es la que defiende la historiadora Isabel Burdiel, una de las autoras españolas que más y mejor ha reflexionado sobre el papel, la funcionalidad y la tipología de la biografía histórica en los últimos tiempos. Para Burdiel, este género comparte todos los problemas sustanciales a la historia general, pero sin embargo extrema “la urgencia de las preguntas clásicas de los historiadores acerca de las relaciones entre libertad y necesidad, entre experiencia e identidad, entre la acción individual y la colectiva, etc”.<sup>12</sup> Para el caso español, además de la renovación historiográfica general, Burdiel añade como causa explicativa del resurgir de la biografía histórica el cambio político que supuso el camino hacia la democracia y que “llevó a muchos de sus protagonistas a hacer balance (vindicativo, exculpatorio o acusatorio) de su trayectoria durante el franquismo”. La historiadora señala como el mayor éxito del renacer de este género la recuperación para la historia académica de los sujetos individuales, “desde una perspectiva que los incluye e integra en los análisis sociales y políticos más generales”, así como el haber devuelto a los lectores el interés por el trabajo de los académicos.<sup>13</sup>

Junto a las virtudes, éxitos o ventajas de la biografía, Burdiel apunta también algunos inconvenientes, como el que sus protagonistas sean casi exclusivamente miembros de las élites políticas y que su elección acostumbre a ir ligada a las políticas de conmemoración, lo que a menudo acaba derivando en una exaltación del personaje más que en un análisis desapasionado y crítico de sus trayectorias. También destaca el hecho de que se hagan relatos excesivamente cerrados y coherentes, como si los

---

<sup>11</sup> GÓMEZ NAVARRO, José Luis: “En torno a...”, op. cit, p. 14.

<sup>12</sup> BURDIEL, Isabel: “Isabel II: por qué y cómo de una biografía”, en *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine. De 1808 au temps présent*, nº 8- 2012 (automne 2011) [<http://ceec.revues.org/3771>]

<sup>13</sup> BURDIEL, Isabel y PÉREZ LEDESMA, Manuel: “Presentación”, en BURDIEL, Isabel y PÉREZ LEDESMA, Manuel (coords.): *Liberales, agitadores y conspiradores: biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa Calpe, 2000, p. 13; DAVIS, J. C. y BURDIEL, Isabel: “Introducción”, en DAVIS, J. C. y BURDIEL, Isabel: *El otro, el mismo. Biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX)*, Valencia, Publicacions Universitat de València, 2005, pp. 11-29.

biografiados no sufrieran las ambigüedades típicas de los demás individuos y sus vidas respondiesen siempre a las mismas motivaciones. Todas estas cuestiones hacen de la biografía histórica un “género endemoniado” porque el autor se ve obligado a distinguir “entre un sujeto histórico y un mero nombre propio (...) a clasificar y desclasificar (en el doble sentido de diferenciar y conceder importancia) la ilusión y el anhelo biográfico de su personaje-individuo en torno al deseo inevitable de orden, unidad y significado”.<sup>14</sup>

Son varias las estrategias desde las que se puede encarar una biografía histórica. La elección de una u otra, o de una confluencia de varias, depende del problema histórico al que se enfrente el historiador. Así, por ejemplo, la biografía modal sería aquella que estudia un personaje como ejemplo de un grupo o una categoría social. En este caso lo importante del biografiado no es lo que lo hace particular sino aquello que sirve para ilustrar los comportamientos más frecuentes según las estadísticas del grupo al que pertenece. Este tipo de aproximación biográfica ocuparía un espacio intermedio entre la historia estructural y las biografías puras.<sup>15</sup>

Una segunda estrategia sería la que sitúa al biografiado en su entorno histórico, político y/o social, lo que Giovanni Levi denominó biografías y contexto. Lo específico del personaje sí es importante para los estudios, como también lo son las coordenadas espacio temporales en que se sitúa, los ambientes en que se mueve... que se consideran factores que ayudan a explicar su devenir. Dentro de este tipo de biografías se podrían señalar dos subcategorías: las internas y las externas. Las primeras reconstruyen el personaje desde su psicología, su personalidad o carácter, mientras que las segundas se centran en lo que aportaron a su mundo (actuaciones públicas, obra...). Lo ideal en una biografía histórica sería poder combinar ambas vertientes, captando los rasgos internos del personaje que explican su actuación pública, buscando en su medio las

---

<sup>14</sup> BURDIEL, Isabel: “La dama de blanco. Notas sobre la biografía histórica”, en BURDIEL, Isabel y PÉREZ LEDESMA, Manuel (coords.): *Liberales, agitadores y conspiradores: biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa Calpe, 2000, p. 20.

<sup>15</sup> LORIGA, Sabina: “La escritura biográfica y la escritura histórica en los siglos XIX y XX”, en BURDIEL, Isabel y FOSTER, Roy: *La historia biográfica en Europa. Nuevas perspectivas*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015, pp. 15-45; GÓMEZ NAVARRO, José Luis: “En torno a...”, op. cit, p. 18.

circunstancias que posibilitan sus diversos comportamientos y localizando aquellas de sus aportaciones que hayan contribuido a cambiar su contexto.<sup>16</sup>

En este juego de matices que es una biografía, uno de los más delicados es el que se refiere a la relación entre biógrafo y biografiado. Si bien la empatía y la atracción hacia el personaje son elementos necesarios para poder captar sus idas y venidas y construir un relato vivo, que transmita y no caiga en un tono excesivamente frío y analítico, una simpatía exagerada por el personaje puede llevar a la identificación, a la justificación de todos sus actos y a una ausencia de juicio crítico y desapasionado. Mantener el equilibrio entre empatía y distancia necesarias probablemente sea uno de los elementos clave y más difíciles en la elaboración de una biografía histórica.<sup>17</sup>

A la luz de todo esto y dentro de las distinciones que establece el debate historiográfico, mi biografía sobre Portela Valladares pretende ajustarse a la llamada biografía de contexto, optando más bien por su variedad externa, esto es, centrándose sobre todo en su dimensión pública y su trayectoria política, aunque sin renunciar a intentar comprender su carácter y su personalidad en la medida en la que estos afectasen a su comportamiento como estadista. En cuanto a la empatía, he intentado que no se tradujese en una identificación con el personaje, pues nada más lejos de mi intención que escribir un relato plano en forma de hagiografía que ensalce sus virtudes. Por la misma razón, también he procurado huir del efecto contrario, de la crítica demoledora en aras de marcar mi distancia con el personaje. Mi objetivo en este sentido era alcanzar ese equilibrio deseado y no convertirme ni en abogada ni en fiscal, sino desde mi posición de historiadora intentar profundizar en las diferentes dimensiones de la actividad política de Portela, de modo que su relato permita trascender lo anecdótico que pueda tener la vida de cualquier ser humano concreto para contribuir a conocer mejor el contexto sociopolítico en el que estuvo inserta. Tampoco he pretendido que mi relato sea aséptico o impersonal, pues si en cualquier investigación histórica eso resulta imposible por la materia y las limitaciones con las que se trabaja, en una biografía,

---

<sup>16</sup> POSSING, Birgitte: “En busca de las claves para un análisis biográfico: Natalie Zahle y Bodil Koch”, en BURDIEL, Isabel y FOSTER, Roy: *La historia biográfica en Europa. Nuevas perspectivas*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015, pp. 437-463; GÓMEZ NAVARRO, José Luis: “En torno a...”, op. cit, pp. 19-20.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 22.

donde el objeto de estudio es un ser humano, resulta, si cabe, más inviable. Simplemente he tratado de ser honesta en mi acercamiento al personaje y con las piezas que he ido acumulando a lo largo de mi investigación, ofrecer el relato más completo posible de su trayectoria, sin trazar una línea recta de continuidad y coherencia en su evolución ni huir de sus contradicciones. Como entiendo, además, que la función de la historia no es juzgar ni hacer un reparto de responsabilidades, no he buscado culpar o exonerar a Portela, sino comprender su comportamiento, sus actitudes y sus decisiones partiendo siempre de su contexto y así he intentado explicarlos.

La decisión de escoger a Portela como protagonista de mi tesis doctoral se justifica en dos puntos fundamentales. El primero de ellos es, como ya se ha ido exponiendo a lo largo de esta introducción, la importancia que tiene como protagonista, testigo e impulsor de los acontecimientos más destacados de la historia de España y de Galicia de la primera mitad del siglo XX. Fue diputado de la Restauración desde 1905 hasta las últimas Cortes del sistema. Durante esta etapa aprendió los entresijos del juego electoral y consiguió convertir su distrito de A Fonsagrada en un feudo inexpugnable, a partir del cual construyó su carrera política. Consiguió su acta por primera vez gracias al apoyo coactivo del poder central, pero consciente de la importancia de las redes locales, trabajó para tejer su propio entramado clientelar. Para ello se volcó en las necesidades de su circunscripción, agraria y ganadera, lo que lo llevó a convertirse en un líder del agrarismo gallego. El prestigio y la solidez que ganó gracias a ello le permitieron fortalecer su trayectoria y ganar independencia, y si había debutado en política bajo la protección de Eugenio Montero Ríos, en un par de años se aproximó a José Canalejas. Junto a él, su carrera se asentó y comenzó a ocupar cargos de importancia desde una perspectiva nacional. Así, debutó como gobernador civil en Barcelona en 1910, ocupándose de lidiar con la resaca de la Semana Trágica y comenzando a apuntalar los dos pilares que caracterizaron su trayectoria: su concepción del orden público y su habilidad para mediar entre facciones enfrentadas, en este caso, catalanistas y radicales. Ambas cualidades sustentaron su imagen de buen gestor de conflictos. El asesinato de Canalejas lo dejó descolocado dentro del reparto de fuerzas del Partido Liberal, pero consiguió rehacerse al punto de que llegó a ser ministro debutando en un gobierno muy



particular, el último de la monarquía constitucional, circunstancia que lo colocó en el centro de decisiones justo en el momento del golpe de Estado de Primo de Rivera.

La Dictadura lo mantuvo estrechamente vigilado y durante estos años, mientras en apariencia se retiraba de la política, se dedicó a cultivar sus relaciones a través de la masonería, en cuya estructura escaló hasta llegar a ser Gran Maestre, y a fundar su propio periódico en Galicia, *El Pueblo Gallego*, que alcanzó una difusión y popularidad que le permitieron reforzar su posición y su influencia en su zona de origen. De este modo, le resultó sencillo regresar a la política activa durante la “dictablanda” y volvió a ser diputado con la llegada de la República, a pesar de que sus dudas sobre si seguir el camino de los liberales que apostaron por unas Cortes Constituyentes para legitimar una nueva monarquía constitucional o el de aquellos que optaron decididamente por la vía republicana, le hizo perder opciones de protagonismo. Durante el primer bienio, su actividad política se concentró en la defensa y promoción de la autonomía de Galicia, mientras que en el segundo, a pesar de quedarse fuera del parlamento por primera vez en su carrera, desempeñó los cargos más importantes de ella: gobernador general de Cataluña, ministro de la Gobernación y presidente del Consejo de ministros. Su proyecto de favorecer un partido de centro al tiempo que gestionaba las elecciones de febrero de 1936 supuso el punto más importante de su trayectoria y, probablemente, la mejor razón para escoger su figura a la hora de escribir esta tesis.

Con el fin de su gobierno no terminó su vida política. Además de ejercer de jefe de la minoría de centro en las Cortes durante la primavera de 1936, también tuvo su momento de protagonismo en la guerra. Huido de la Barcelona revolucionaria a finales de julio tras un asalto a su casa, se exilió en Francia y vivió con cierta contradicción los primeros meses de guerra, sin terminar de tomar partido por ninguno de los bandos. Con sus propiedades incautadas en ambos lados y sin que su seguridad estuviese garantizada en ninguna de las retaguardias, se debatió entre el horror que sentía por lo que había visto en Barcelona y las noticias que le fueron llegando de la retaguardia republicana y su desagrado por apoyar un golpe militar. En un primer momento intentó regresar a España por la zona rebelde, para lo que escribió una carta de felicitación a Franco. La falta de respuesta, el abandono de su esposa y la llegada de Largo Caballero y, sobre todo, la de Negrín al gobierno republicano, con las consecuencias que tuvo esto para el

control de la violencia, lo llevaron a decantarse, ya sin marcha atrás, por la República. A partir de ese momento inició labores de mediación, al tiempo que acudió como presencia “estrella” a las Cortes de Valencia de octubre de 1937. Tras el final de la Guerra Civil se exilió definitivamente en Francia, donde fue presidente del *trust* que gestionaba los bienes de la SERE, sufrió la Segunda Guerra Mundial y recuperó su actividad política al fin de la misma sin abandonarla, a mayor o menor ritmo, hasta su muerte en 1952.

A la luz de este recorrido puede afirmarse la importancia de Manuel Portela Valladares en la historia de la política española de la primera mitad del siglo XX. El estudio de su trayectoria permite no sólo asomarse a los acontecimientos más significativos de este periodo, sino también analizar la evolución de la realidad sociopolítica del país. En esta última afirmación unida a la hipótesis de partida de esta tesis, estaría el segundo motivo que justifica la elección de este personaje como hilo conductor de mi investigación. Lo extenso de la cronología en la que desarrolló su actividad ofrece un marco lo suficientemente amplio como para observar el ajuste de la política liberal a los escenarios cambiantes en los que se movió durante estos cincuenta años. Portela hizo el recorrido completo. Su socialización política en las décadas finales de la Restauración marcó su manera de entender la administración y el gobierno, y en las etapas posteriores siguió actuando en función de los valores y utilizando las herramientas que había adquirido entonces. Su participación republicana, especialmente en 1935 y 1936, es el mejor ejemplo de esa manera de hacer política, al igual que sus dudas, su horror y sus trabajos de mediación, primero en la guerra y después durante su exilio en Francia, ilustran la coexistencia de la visión de un mundo que se derrumba, dolorosa y llena de impotencia, con unas formas de actuar que siguieron siendo las aprendidas.

A pesar de esta larga trayectoria y de la importancia de la misma, la presencia de Portela Valladares en la literatura académica es relativamente escasa y desigual. Si se analiza el tratamiento que ha recibido su figura por parte de la historiografía, las tendencias más repetidas son la atención nula o superficial y la crítica contradictoria. Así, es frecuente encontrar estudios sobre la Segunda República en los que el nombre de Portela Valladares o bien no aparece o bien lo hace de pasada, refiriéndose a él

simplemente como el presidente del consejo de ministros que gestionó las elecciones de 1936. Si la frase es un poco más larga, es habitual que se le señale como el hombre de paja escogido para esa cita electoral por Niceto Alcalá Zamora, y si la atención es un poco más extensa, lo usual es que aparezca la crítica, casi siempre vinculada a su dimisión tras los comicios que presidió. Este hecho se ha presentado de manera reiterada desde dos perspectivas cruzadas que si bien coinciden en calificar su marcha como una huida que tuvo consecuencias “nefastas”, difieren en la perspectiva de lo que retratan como negativo. De este modo, una tendencia lo acusa de facilitar la entrada ilegítima del gobierno del Frente Popular, permitiendo que este manipulase los resultados electorales, mientras que la otra le reprocha que su marcha obligase al gobierno de Azaña a tomar el poder antes de tiempo, dando motivos a sus rivales para deslegitimar el triunfo del Frente Popular.

La primera lectura tiene su origen y máximo esplendor en la literatura franquista, que, llevando el argumento al extremo, señaló el comportamiento de Portela como una conspiración masónica y le impuso el calificativo de traidor. Este ataque comenzó ya a través de la prensa durante la guerra civil, especialmente en octubre de 1937, coincidiendo con su regreso a España para participar en las Cortes de Valencia. Una actitud propagandística cuyo objetivo era desacreditarlo para intentar neutralizar el efecto de refuerzo del orden que podía otorgar su presencia apoyando al bando republicano. El *Dictamen de la Comisión sobre Ilegitimidad de Poderes Actuales en 18 de Julio de 1936* consagró esta versión, acusándolo de ser el “claudicante y medroso” aliado “para la rápida realización de los funestos designios” del Frente Popular, contribuyendo a que se hiciese ilegítimamente con el poder. Esta versión sería repetida por Jesús Pabón, Ricardo de la Cierva e incluso Emilio Romero, que en su libro *Los papeles reservados* califica de “lamentable” el estado en el que Portela vivió sus últimas horas como presidente. En épocas más recientes han mantenido esta línea autores como César Vidal o Pío Moa, aunque su obra propagandística no puede denominarse académica. Uno de los últimos ejemplos de esta perspectiva puede encontrarse en la biografía de Stanley Payne y Jesús Palacios, *Franco. Una biografía*

*personal y política*, quienes describen a Portela como un hombre “completamente asustado”.<sup>18</sup>

Esta tendencia de la historiografía de pasar de puntillas por la figura del viejo liberal o de limitarse a condenarlo por su dimisión precipitada se ha ido corrigiendo con el tiempo, especialmente en las últimas dos décadas. Yendo más hacia atrás, la excepción más notable la constituye la completa síntesis de Gabriel Jackson *La República Española y la Guerra Civil*. Aunque no se ocupó de su papel al frente del Gobierno General de Cataluña, Jackson sí dedicó cierto espacio a explicar su papel al frente de Gobernación y del consejo de ministros, sin entrar en descalificaciones y compartiendo la interpretación respetuosa de Javier Tusell. En fechas más próximas, y desde su relación más o menos directa con su objeto de estudio, otros historiadores le han dedicado un mayor espacio, analizando al menos en parte su actuación al frente de los cargos que desempeñó durante el periodo republicano. Así sucede, por ejemplo, con Nigel Townson, quien en su libro sobre el Partido Radical se ocupó de la labor de Portela en Cataluña y en Gobernación; o Fernando del Rey, que en el libro *Paisanos en lucha* explicó su actuación durante la campaña electoral y su búsqueda del equilibrio entre el mantenimiento de las garantías constitucionales y la defensa del orden público. Además, reconoció la importancia de la candidatura de centro en algunas circunscripciones, recogiendo la afirmación que en ese mismo sentido había hecho veinte años antes Javier Tusell en su estudio sobre las elecciones de febrero de 1936. Quizá el ejemplo más reciente en esta nueva tendencia que presta más atención a Portela y que analiza su comportamiento en lugar de juzgarlo se pueda encontrar en la más reciente monografía de síntesis dedicada al periodo republicano: *La Segunda República*,

---

<sup>18</sup> Ministerio de la Gobernación: *Dictamen de la Comisión sobre Ilegitimidad de Poderes Actuales en 18 de Julio de 1936*. Madrid, Editora Nacional, 1939, pp. 31-33; PABÓN, Jesús: *Cambó. 1876-1947*. Barcelona, Alpha, 1999; DE LA CIERVA, Ricardo: *Los documentos de la Primavera Trágica. Análisis documental de los antecedentes inmediatos del 18 de julio de 1936*. Madrid, Secretaría General Técnica. Sección de Estudios sobre la guerra de España, 1967; DE LA CIERVA, Ricardo: *Historia ilustrada de la Guerra Civil española*. Barcelona, Danae, 1972; DE LA CIERVA, Ricardo: *Historia actualizada de la Segunda República y la guerra de España, 1931-1939: con la denuncia de las últimas patrañas*, Toledo, Fénix, 2003; ROMERO, Emilio: *Los papeles reservados*. Barcelona, Plaza y Janés, 1986; PAYNE, Stanley y PALACIOS, Jesús: *Franco. Una biografía personal y política*, Madrid, Espasa, 2015.

una obra que es fruto de la colaboración de cuatro historiadores: Eduardo González Calleja, Ana Martínez Rus, Francisco Cobo Romero y Francisco Sánchez Pérez.<sup>19</sup>

Más generosa en espacio, atención y formas ha sido la historiografía gallega, que se ha ocupado de todas las etapas de Portela, aunque privilegiando su relación con el agrarismo y su vertiente galleguista. Entre los autores que más han escrito al respecto habría que citar a Ramón Villares, Justo Beramendi, Emilio Grandío, Julio Prada o Miguel Cabo. Un último campo en el que habría que fijarse a la hora de analizar la presencia de Portela Valladares en los escritos sobre la historia de la primera mitad del siglo XX sería el de las autobiografías y memorias de sus coetáneos. En este caso, por el contrario, su presencia es notable, lo que indica la importancia que le concedían sus contemporáneos. En cuanto a los juicios que estos le dedicaron, se pueden encontrar las más diversas actitudes, coincidiendo la mayoría de ellas con el grado de cordialidad que hubiesen mantenido en su relación personal. Resultan especialmente negativos los juicios de aquellos con los que mantuvo una tensión casi permanente, como José María Gil Robles, Joaquín Chapaprieta o Xerardo Álvarez Gallego, o aquellos con los que acabó enfrentado o repudiado a pesar de tener una relación cordial casi todo el tiempo. Sería el caso de Alejandro Lerroux o de Niceto Alcalá Zamora.

También aparecen retratos intermedios o relativamente neutros, como el de Manuel Azaña, quien en las anotaciones de su diario osciló entre la indiferencia y el retrato duro y poco empático, rasgos ambos no dedicados a Portela en exclusiva, pues son habituales en sus páginas; o el de Diego Martínez Barrio. Por último, escribieron de él con simpatía o dedicándole juicios de valor positivo políticos como Emilio González López, Ramón Otero Pedrayo, Castelao o Indalecio Prieto. Esta presencia irregular de Portela Valladares en la bibliografía sobre la primera mitad del siglo XX justifica la importancia de dedicarle una biografía, puesto que además de permitir contrastar mi

---

<sup>19</sup> JACKSON, Gabriel: *La República Española y la Guerra Civil*, Barcelona, RBA, 2005 (1ª edición: Editorial Crítica, 1976); TUSSEL, Javier: "El retorno...", op. cit., pp. 180-194; TOWNSON, Nigel: *La República que no pudo ser. La política de centro en España (1931-1936)*. Madrid, Taurus, 2002; REY REGUILLO, Fernando del: *Paisanos en lucha. Exclusión política y violencia en la Segunda República española*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2009; TUSELL, Javier: *Las elecciones del Frente Popular*. Madrid, Editorial Cuadernos para el Diálogo, 1971; GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo; COBO ROMERO, Francisco, MARTÍNEZ RUS, Ana y SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La Segunda República española*. Madrid, Pasado y Presente, 2015.

hipótesis puede contribuir a llenar un vacío historiográfico, recuperando su papel y su presencia de una manera más completa al conocimiento sobre este período.<sup>20</sup>

En cuanto al proceso de elaboración de la tesis, la biografía de Portela presentaba dos dificultades que han resultado en sí mismas una desventaja y, a la vez, un aspecto favorable. Desde el punto de vista práctico, el hecho de que el personaje careciese de archivo personal en el que se conservasen escritos personales, cartas, notas y otros documentos ha supuesto una dificultad que se ha traducido, sobre todo, en un coste de tiempo y esfuerzo. En lugar de bucear, clasificar y construir el personaje a partir de sus papeles, conservados todos en un mismo lugar, he tenido que seguirle la pista en otros archivos, tanto personales como oficiales. Lo más parecido a un archivo Portela que me he encontrado ha sido, por un lado, el original de su dietario y memorias, que se conserva en la biblioteca de la Fundación Penzol, en Vigo. Y por otro, el Fondo Portela Valladares que se conserva en la Biblioteca de Catalunya y que cuenta con tres cajas en las que se puede encontrar un extracto variado que va desde colecciones de recortes de prensa a notas sobre algunos consejos de ministros a los que asistió durante 1935.

Al margen de esos fondos no existe nada más que se pueda considerar un archivo personal. Frente a la dificultad y el trabajo añadido que esto ha supuesto, también me ha aportado la ventaja de obligarme a ampliar el foco, trabajando desde archivos personales de aquellos con los que se me ocurría que podía haber mantenido correspondencia, hasta los archivos estatales en los que se conserva la documentación de los departamentos en los que desempeñó algún cargo a lo largo de su carrera. Esa

---

<sup>20</sup> VILLARES, Ramón: *La propiedad de la tierra en Galicia. 1500-1936*. Madrid, Siglo XXI de España Editores S.A., 1982; BERAMENDI, Justo. *De provincia a nación. Historia do galleguismo político*. Vigo, Edicións Xerais, 2007; GRANDÍO SEOANE, Emilio: *Caciquismo e eleccións na Galiza da II República*. Vigo, Edicións A Nosa Terra, 1999; PRADA RODRÍGUEZ, Julio: *A dereita política ourensá: monárquicos, católicos e fascistas (1934-1937)*. Vigo, Servizo de Publicación da Universidade de Vigo, 2005; GIL ROBLES, José María: *No fue posible la paz*. Barcelona, Ariel, Edición Conmemorativa de 2006; LERROUX, Alejandro: *La pequeña historia de España. 1930-1936*. Buenos Aires, Editorial Címera, 1945; CHAPAPRIETA, Joaquín: *La paz fue posible. Memorias de un político*. (Estudio preliminar de C. Seco Serrano). Esplugues de Llobregat (Barcelona), Ediciones Ariel, 1972; ÁLVAREZ GALLEGÓ, Xerardo: *Vida, paixón e morte de Alexandre Bóveda*. Buenos Aires, Edicións Nós, 1972; GONZÁLEZ LÓPEZ, Emilio: *Memorias de un diputado de las Cortes de la República (1931-1938)*. Sada (A Coruña), Edicións do Castro, 1988; OTERO PEDRAYO, Ramón: *O libro dos amigos*. Edición de Marcos Valcárcel. Editorial Galaxia, Vigo, 1997; RODRÍGUEZ CASTELAO, Daniel: *Sempre en Galiza*. Vigo, Editorial Galaxia, 2012 [1ª Edición: 1944]; PRIETO, Indalecio: *De mi vida. Recuerdos, estampas, siluetas, sombras...* México, Ediciones Oasis, 1968. 2 vols.

amplitud de miras obligada me ha permitido ver más allá de Portela, buscando entre su entorno y sus posibles relaciones, lo que supone una ayuda para cumplir la intención de trascender la anécdota para poder dibujar un tipo de política. Además ha constituido todo un aprendizaje archivístico, lo que agradece alguien con mi formación y que antes de empezar esta investigación jamás se había enfrentado al trabajo con este tipo de fuentes.

La segunda dificultad que tiene su vertiente de ventaja es la extensa cronología que hay que trabajar para seguirle la pista a Portela a lo largo de toda su trayectoria, que abarca desde 1905 a 1952. Si bien esto aporta el vértigo inevitable que da la conciencia de la dificultad de poder dominar la bibliografía de cada periodo y de cada tema en el que Portela participó, también me ha ofrecido la oportunidad de asomarme a cada uno de ellos y de profundizar más o menos en función de la importancia que le he concedido dentro del conjunto de su vida. Si el objetivo de una investigación no consiste solo en intentar contestar ciertas preguntas, sino en generar otras nuevas y dejar hilos pendientes para nuevas investigaciones, se puede decir que he cumplido el propósito, pues casi todos los temas me han dejado cuestiones abiertas que me gustaría poder recoger más allá de esta tesis.

La amplitud y complejidad temática de la cronología que abarca la carrera política de Portela Valladares también ha tenido su peso a la hora de definir la estructura final de esta tesis. En ese sentido podría decirse que, a simple vista, hay un desequilibrio en la relación entre el tiempo vital del personaje y el espacio dedicado en algunas etapas. Así, por ejemplo, los treinta años que van desde el debut político de Portela hasta su reaparición en la dimensión nacional al frente del Gobierno General de Cataluña ocupan apenas dos capítulos, uno de los cuales se detiene casi en exclusiva en la campaña y en el desarrollo de la jornada de sus primeras elecciones. En cambio, los trece meses que van desde su labor catalana hasta su dimisión como el presidente del gobierno se llevan el grueso de la tesis: un total de cinco capítulos. A esto habría que añadir, sin contar esta introducción y las conclusiones, un capítulo inicial en el que se explica su infancia, su juventud y las condiciones familiares y sociales que influyeron en su formación previa a su vida política, y un capítulo de cierre, que se centra en su experiencia en las dos guerras y el exilio que le tocó afrontar en la fase final de su vida.

Este aparente desequilibrio se justifica por la consideración de que son los años de la Segunda República, especialmente estos meses de 1935-1936, los que suscitan mayor interés y los que ofrecen la posibilidad de contrastar mi hipótesis, pues son los que permiten analizar su actuación en el momento en el que la perspectiva liberal ya está viviendo fuera de su tiempo natural. Por la misma razón, dentro del repaso más superficial que dedicó a su trayectoria durante la Restauración me he detenido, en cambio, con gran atención y profusión de detalles en su primer asalto electoral. Esto se debe a que las elecciones de 1905 fueron el laboratorio en el que Portela aprendió los rudimentos de la maquinaria electoral que se puede imponer desde el gobierno central, así como la importancia de conocer con detalle las características del lugar en el que se presentase una candidatura y de contar con una red de apoyo local que arropase la propuesta. Estos conocimientos serían los que aplicaría posteriormente en las elecciones de 1936, tanto para controlar los comicios como para intentar construir una alternativa de centro liberal con posibilidades de éxito.

A partir del estudio de todos estos elementos y desde la pregunta de partida sobre la que se construye esta tesis, el Portela que se refleja es un político complejo, preocupado por el orden público, por garantizar los derechos individuales, por la supremacía del poder civil, por la integridad de una patria que entendía desde el punto de vista de un nacionalismo cívico y por el respeto a la ley. Y para quien la negociación, los gestos simbólicos y la política de “pasillo” o “de café” eran los mecanismos de acción más efectivos para cumplir los objetivos de ese buen gobierno. Un Portela en ocasiones contradictorio e indeciso, con dificultades para adaptarse a la política de masas, pero no para mantener su lealtad al sistema político vigente. Su posibilismo, consecuencia de una visión pragmática de la política y de su convicción de que lo importante era defender aquel régimen que garantizase mejor la convivencia pacífica, la prosperidad, la paz social y el desarrollo de los valores en los que creía, pone el acento en la identidad que lo describió a lo largo de su vida con mayor fidelidad. Porque más que monárquico, más que republicano, Portela fue liberal.



## Capítulo 1. A la sombra del *vello carballo*<sup>21</sup>

*Non caerás, albre querido, si fan o que deben as xuntas de defensa de Galicia. E as catro provincias viviremos unidas, pra imponer a xustiza á terra española*<sup>22</sup>

Junto a la ermita de Santa Margarida, en la parroquia pontevedresa de Mourente, sobrevive uno de los *carballos* más longevos y célebres de Galicia. Que no es poco, pues no hay árbol más ligado al paisaje, la tradición y las leyendas gallegas que el *carballo*. Basta repasar el elevado número de topónimos en los que aparece este término para intuir su trascendencia. Elemento característico de la flora gallega, su presencia y su importancia en la vida cotidiana vienen de muchos siglos atrás. Siempre ligado a lo simbólico y rodeado de un halo de magia y misterio. Para los celtas era un árbol sagrado, por lo que los druidas utilizaban sus hojas como ingrediente fundamental en muchos de sus ritos y consideraban las *carballeiras* lugares llenos de energía, perfectos para celebrar sus reuniones. Los romanos mantuvieron esa concepción sacra, basando su admiración en la fortaleza y capacidad de supervivencia de esta especie. Poco a poco, el *carballo* se fue convirtiendo en un elemento clásico de los relatos míticos conservados y transmitidos por la tradición oral, asumiendo un notable valor simbólico. Sobre todo aquellos ejemplares de dimensiones inmensas y edad incalculable que se fueron quedando solos en su entorno.

Así ocurrió con el de Santa Margarida, único representante que queda de la “*Carballeira dos Gafos*”, de los leprosos, cuyo nombre venía de una fuente próxima con fama de milagrosa a la que acudían los enfermos de lepra con la esperanza de curarse. Ese es el primer relato legendario al que aparece vinculado, pero no el único. Su presencia es ingrediente fundamental de numerosas leyendas que hablan de reuniones de druidas, curaciones milagrosas o promesas de enamorados que no se rompen jamás. Pero además de árbol sagrado, sanador y símbolo de enamorados, desde 1846 el *carballo* de Mourente se convirtió en alegoría de las libertades e imagen del

---

<sup>21</sup> Nombre gallego del roble.

<sup>22</sup> Versos de las *Irmandades da Fala* dedicados al *carballo* de Santa Margarida, al que se hace alusión en el texto.

galleguismo. Los participantes del levantamiento de Solís escogieron la ermita de Santa Margarida, como lugar de reunión y conspiración. Veinticuatro días de ilusión y progresismo contra el general Narváez, en palabras de Manuel Murguía, a los que también se sumaron los provincialistas. La sublevación terminó con el fusilamiento de los llamados “mártires de Carral”, honrados por liberales y galleguistas. Terminaba de redondearse la carga simbólica de este árbol, el más cantado, contado y dibujado.<sup>23</sup>

La sombra seductora del *carballo* de Mourente también alcanzó a Manuel Portela Valladares. Una buena parte de su infancia transcurrió muy cerca de allí, en la casa de recreo de su tío José Vilas García, el hombre que se hizo cargo de él tras la muerte de su padre. Consciente de la potente imagen simbólica que ofrecía el árbol de su niñez, Portela recurrió con frecuencia a él como metáfora de sí mismo, especialmente en los tiempos reflexivos y nostálgicos de un exilio que adivinaba definitivo. Se sentía entonces como “*o vello carballo solitario*”,<sup>24</sup> el único superviviente de una generación, con las raíces bien clavadas en sus ideas liberales y galleguistas. El *carballo* le sirvió también como metáfora de Galicia, a la que veía, como a este árbol, firme, valerosa, con matices legendarios, maltratada y, a pesar de ello, superviviente gracias a su fuerte naturaleza. De este modo, a los ojos de Portela en el exilio, el *carballo*, Galicia y él mismo compartían una misma esencia. Se encontraba entonces en la etapa final de un largo camino: ochenta y cinco años tenía el hombre que murió en Bandol (Francia) el 30 de abril de 1952. Ese día terminaba una vida larga y una trayectoria política extensa y agitada, muy vinculada a los círculos liberales y galleguistas simbolizados por el viejo árbol pontevedrés. Pero como toda historia, lo mejor es empezarla por el principio.

---

<sup>23</sup> El Padre Sarmiento, Manuel Murguía, Alfonso Daniel Rodríguez Castelao, Prudencio Canitrot o Pintos Fonseca fueron algunos de los escritores y artistas que dedicaron tiempo, palabras y dibujos de su obra al viejo *carballo* de Mourente. Véase TABOADA RIVADULLA, Roberto: *O Carballo e a súa Historia. Pontevedra e a madeira*. Concello de Pontevedra, Pontevedra, 2008, pp. 11-29, 59-66

<sup>24</sup> “*Vostede chámame para que nos axuntemos nesas terras e eu, vello carballo solitario, encontro-o a faltar e moitas vegadas pensei que, si estivera esquí, poida que faríamos millor laboura pola República e, polo tanto, pola nosa irmandade rexional*”. Carta de Portela Valladares a Castelao. 15-07-1939. Fundación Penzol (F. P.), CA 742/ 3 (6)

## 1.1. Raíces pontevedresas

Manuel Portela Valladares nació una mañana de invierno de un recién estrenado 1867. Eran las ocho de la mañana del 31 de enero, según anotaba José Cabirta, coadjutor de San Bartolomé, la iglesia de la calle del Sarmiento, situada en pleno corazón de la ciudad de Pontevedra. El párroco, Francisco Camiña, lo bautizó ese mismo día.<sup>25</sup> Ejercieron como padrinos su abuela paterna, Josefa de Dios, y su tío, Manuel María Portela, que por aquel entonces era párroco en Santo Tomé de Piñeiro, Marín. De él heredó su nombre. El recién nacido era el cuarto de los cinco hijos de Juan Portela Dios y de Teresa Valladares Rial.<sup>26</sup> Teresa y sus padres, Martín y Manuela, eran vecinos de San Bartolomé, mientras que Juan procedía de San Martín de Berducido, una pequeña parroquia del concello de Xeve, próximo a Pontevedra.<sup>27</sup> Juan Portela se había trasladado a la capital de la provincia junto a dos de sus hermanos menores, José y Juana, tras la muerte de Eugenio, su padre. Allí fueron acogidos por una hermana de este, Josefa, viuda y costurera de profesión. Según el padrón municipal de 1857, Juan y José trabajaban como dependientes mientras que Juana, de sólo nueve años, era costurera.<sup>28</sup> Vivían en la zona más comercial de la ciudad pontevedresa, el centro urbano de los alrededores de San Bartolomé, y fue allí donde Juan y Teresa se conocieron y comenzaron su noviazgo.

El de los Portela Valladares era un hogar modesto, cuyo ingreso principal era el salario del padre, que seguía dedicado al comercio. A medida que crecía la familia, el presupuesto familiar se fue volviendo más ajustado. Con ellos vivía, además, Matilde Botana Pérez, una joven de Mourente que ayudaba en las tareas del hogar a cambio de

---

<sup>25</sup> Archivo parroquial de San Bartolomé (Pontevedra), Libro 20, Folio 104, 31 de enero de 1867.

<sup>26</sup> Los otros hijos del matrimonio Portela Valladares fueron María del Carmen Peregrina Rosario (nacida el 8 de junio de 1863), Dolores Eulogia (el 6 de octubre de 1864), Miguel (el 29 de septiembre de 1865) y Ramona (el 30 de agosto de 1868). Sus hojas de bautismo pueden consultarse en el archivo parroquial de San Bartolomé (Pontevedra), Libro 19, Folio 173; Libro 19, Folio 221; Libro 20, Folio 33, y Libro 20, Folio 158, respectivamente.

<sup>27</sup> En 1944 Xeve dejó de existir como ayuntamiento independiente y pasó a formar parte del concello de Pontevedra. Ver FONTÁN RIVAS, Benito: “O Concello de Berducido e o concello de Xeve”, en *Revista da Asociación socio-cultural Cedofeita*, nº 6, pp. 10-13.

<sup>28</sup> LÓPEZ FERNÁNDEZ, Enrique y MERA FERNÁNDEZ, Felipe: *El diputado por Fonsagrada. Manuel Portela Valladares*. Editado por Enrique López Fernández, Gijón, 2002, pp.17.

casa y comida. El 4 de diciembre de 1871, la joven criada dio a luz al sexto hijo de su patrón, Enrique Heraclio, de apellido Botana, como su madre, y que andando el tiempo se convertiría en una de las figuras más destacadas del socialismo gallego del primer tercio del siglo XX.<sup>29</sup> Enrique Heraclio Botana fue el único de los hermanos de Manuel Portela que, como él, se dedicó a asuntos de política. A pesar de la distancia ideológica que los separaba, la relación entre ambos siempre fue respetuosa y cordial. Más allá de lo familiar, este vínculo tuvo sus consecuencias en el aspecto político, pues, entre otras cosas, favoreció las negociaciones entre portelistas y socialistas gallegos durante las elecciones de 1936.

A pesar de la crisis inicial, el nacimiento del hijo ilegítimo, no provocó grandes cambios en el hogar de los Portela Valladares. Sin embargo, apenas cuatro años después, el 28 de marzo de 1875, la familia sufrió otro acontecimiento que sí supuso una transformación radical de sus circunstancias: la muerte de Juan Portela.<sup>30</sup> Sus seis hijos, de entre doce y cuatro años, quedaron en una situación económica muy delicada. De todos ellos fue el menor, Heraclio Botana, quien se llevó la peor parte, pues a pesar de que él y su madre habían abandonado el hogar de San Bartolomé en cuanto nació, su padre se había hecho cargo de sus gastos. Tras la muerte de este, Teresa Valladares, que apenas podía mantener a sus hijos, no continuó con esta ayuda. De manera que Matilde Botana pasó grandes dificultades para sacarlo adelante, e incluso se vio obligada, en febrero de 1883, a dejarlo temporalmente en el hospicio de Pontevedra.<sup>31</sup>

La muerte de su padre también supuso un cambio radical en las circunstancias de Manuel, aunque de un modo muy diferente. Más allá de la ausencia de su progenitor y de las consecuencias lógicas de este hecho, el fallecimiento de Juan Portela alteró el

---

<sup>29</sup> AGULLA PÉREZ, Guillermo: “Enrique Heraclio Botana”, en *Claridade. Revista da Fundación Luis Tilve*, septiembre de 2007, pp. 7-23.

<sup>30</sup> Juan Portela Dios murió el 28 de marzo de 1875 según la esquela que incluyó José Antonio Durán en su edición del dietario personal de Portela Valladares. Ver PORTELA VALLADARES, Manuel: *Dietario de dos guerras (1936-1950). Notas, polémicas y correspondencia de un centrista español*. (Edición de José Antonio Durán). Edición do Castro, Sada, A Coruña, 1988, p. 69.

<sup>31</sup> Durante su etapa en el hospicio, Enrique Heraclio Botana disfrutó de diversas becas que le permitieron formarse como tipógrafo. A los dieciséis años comenzó a trabajar en una imprenta de Pontevedra y a los veinticinco, en los talleres del periódico *Faro de Vigo*. En el Vigo industrial de entresiglos coincidió con José Araújo Pérez, miembro de la “Sociedad de Canteros” y destacado ugetista, y con Pablo Iglesias, fundador del PSOE, lo que determinó su vocación política y su inclinación socialista. Ver AGULLA PÉREZ, Guillermo: “Enrique...” op. cit., p. 7.

rumbo de la vida de su hijo, transformando su situación social y económica y brindándole un abanico de oportunidades que hasta aquel momento habían sido impensables. Todo ello de la mano de su tía Juana. La niña costurera había prosperado notablemente desde los tiempos en los que vivía con sus hermanos en casa de la tía Josefa. Su matrimonio con José Vilas García, miembro de la clase media más selecta de la capital pontevedresa y que la aventajaba en casi treinta años, la había llevado a moverse en los ambientes más distinguidos de la ciudad. El matrimonio no tenía hijos y ya no se planteaban ser padres. Por ello, tras la muerte de su hermano, Juana decidió ejercer con sus sobrinos una influencia semejante a la que su tía Josefa había supuesto para ella misma. Más allá de la ayuda ocasional, la decisión era corriente en la época cuando en un hogar modesto moría uno de los progenitores y había algún pariente o conocido próximo en buena situación económica y sin descendencia: acoger a uno de los huérfanos y prohijarlo. De los cinco hermanos nacidos del matrimonio de Juan Portela y Teresa Valladares, el elegido fue Manuel. Esta decisión se debió, probablemente, a la casualidad de reunir en su persona el sexo y la edad apropiada. En la sociedad de finales del siglo XIX parecía poco factible que un destacado miembro de la burguesía que tuviese la posibilidad de elegir a su heredero se inclinase por una mujer, lo que descartaba a María del Carmen, Dolores y Ramona. De los dos hijos varones de los Portela Valladares, Manuel era el menor. Tenía entonces ocho años, frente a los diez de su hermano Miguel, por lo que su proceso de adaptación y de aprendizaje sería presumiblemente más sencillo.

José Vilas García contaba con un patrimonio notable y una posición social destacada en la ciudad de Pontevedra, de la que era concejal desde 1854 y había sido alcalde en 1870. Su negocio más importante era la imprenta que llevaba su nombre, de cuya *Marinoni* salían, entre otros, los ejemplares del periódico liberal *El Gallego*. Pero sin duda, las publicaciones más destacadas que vieron la luz en su taller fueron *La gaita gallega*, de Xoan Manuel Pintos (1854), considerada la primera obra escrita en gallego moderno, y *Cantares Gallegos*, de Rosalía de Castro (1863), el libro que inauguró el movimiento de recuperación de la literatura gallega de la segunda mitad del siglo XIX

conocido como *Rexurdimento*.<sup>32</sup> Además de la casa familiar, situada en el centro de Pontevedra, Vilas García tenía un pazo a las afueras de esta, como era costumbre en las familias de pro. En Santa Margarida, muy cerca del milenario *carballo*.

En esta Pontevedra de raíces liberales, concretamente en Lourizán, se encontraba el pazo donde veraneaba Eugenio Montero Ríos. Hasta aquella casona se desplazaban cada mes de agosto las más destacadas figuras del Partido Liberal, con el objetivo de entrevistarse con uno de sus grandes líderes. La ciudad era uno de los feudos del monerismo y allí, desde 1877, se publicaba uno de los principales diarios de esta corriente, *El Diario de Pontevedra*.<sup>33</sup> Los liberales de la ciudad se movían dentro de estas redes y José Vilas García no era una excepción. Por tanto, en el hogar de sus tíos, Portela tuvo la oportunidad de criarse en un ambiente liberal, de simpatías hacia un naciente galleguismo, y en la órbita de la fracción monerista. Una atmósfera que condicionó su manera de entender la política.

## 1.2. En el colegio de los jesuitas

Su nueva situación familiar también le permitió gozar de una educación formal esmerada. Para su escolarización, Vilas García y su esposa se decantaron por una experiencia novedosa, el colegio Apóstol Santiago que la Compañía de Jesús acababa de abrir en Camposancos, concello de A Guarda. En 1875 los jesuitas habían comprado al abogado y comerciante Domingo Español Cividanes un terreno junto al embarcadero de Pasaje, en la desembocadura del río Miño y a los pies del monte Tecla. Su extensión era de unas seis hectáreas y contaba con una casa de planta baja y dos pisos, una finca

---

<sup>32</sup> La primera edición del poemario *Cantares Gallegos* se realizó en la imprenta viguesa de Juan Compañel. Incluso hay una placa conmemorativa de este hecho en el edificio donde se ubicaba, sito en la calle Real de Vigo. Sin embargo, como señalan diversos autores la imprenta de José Vilas García empezó a tirar ejemplares de esta obra clave de la literatura gallega en fechas muy tempranas. Sobre estas cuestiones así como sobre José Vilas García y su imprenta véase RÍOS PANISSE, María do Carme: *Obra poética dispersa de Xoán Manuel Pintos Villar*, Santiago de Compostela, Consello da Cultura Galega, 2006, pp. 326, 437.

<sup>33</sup> En su primera época, este periódico salió a la calle con el nombre de *El Anunciador*. *El Avisador*, *El Diario*, *El Noticiero Gallego* y *La Luz* fueron sus otras denominaciones, hasta que en 1887 se quedó definitivamente como *Diario de Pontevedra*. Sobre la historia y evolución de *El Diario de Pontevedra* véase SANTOS GAYOSO, Enrique: *Historia de la prensa gallega (1800-1986)*. Ediciós do Castro, Sada, 1990; y <http://www.csbg.org/prensagallega/notas.asp?cpub=DPON>.

de labradío y extensos terrenos de pinos y castaños. Después de un verano de intensas obras, el colegio estuvo listo para comenzar el nuevo curso. Portela llegó al Apóstol en 1881, seis años después de su puesta en marcha, y para entonces ya se había convertido en el centro destinado a formar las élites del norte de España. A pesar de la escasa simpatía que un liberal como Vilas García sentía por el clero y especialmente por los jesuitas, esta fama fue suficiente para convencerlo de la conveniencia de escolarizar allí a su sobrino.

El Apóstol Santiago contaba con unos cien alumnos, la mayoría en régimen de internado, y dedicaba sus instalaciones a labores de colegio, universidad y seminario. La escuela universitaria se mantuvo en Camposancos durante ocho años, entre 1877 y 1885, tras lo cual se trasladó a Deusto. El objetivo de esta experiencia era “evitar a los padres de familia el verse precisados a mandar a sus hijos en los primeros años de la juventud a populosas ciudades, con peligro de malograr el fruto de la educación religiosa que recibieron mientras cursaron la segunda enseñanza”.<sup>34</sup> La disciplina, por tanto, era uno de los pilares básicos de la institución, donde los jóvenes que comenzaban sus estudios universitarios debían permanecer todo el año, incluidas las vacaciones de Navidad y de verano. Los alumnos podían cursar estudios científicos (preparándose para el ingreso en escuelas de Marina, Artillería, Ingeniería, Estado Mayor y Arquitectura), de Letras y de Derecho, aunque si esta última era la opción elegida, los exámenes finales tenían que realizarse en una facultad pública. El ingreso en la universidad de la Compañía de Jesús estaba reservado a alumnos que hubieran estudiado previamente en un colegio de los jesuitas y la renta que debían pagar ascendía a los cinco mil reales por año, lo que explicaba que la mayor parte de sus estudiantes proviniesen de familias adineradas.<sup>35</sup>

Portela Valladares fue alumno de Camposancos entre 1881 y 1885. El interno de la habitación número doce,<sup>36</sup> que había obtenido su grado de bachiller por el Instituto de

---

<sup>34</sup> RIVERA VÁZQUEZ, Evaristo: *Colegio Apóstol Santiago. Historia de una larga peregrinación*. Artes Gráficas, Vigo, 1993, p. 98.

<sup>35</sup> *Ibídem*, pp. 64-74, 92-106.

<sup>36</sup> *Ibídem*, p. 104.

Santiago el curso anterior,<sup>37</sup> comenzó con los jesuitas sus estudios preparatorios para la licenciatura de Derecho. Como sus demás compañeros, tuvo que examinarse en facultades públicas. Lo hizo en la Universidad Central de Madrid los dos primeros cursos, y en la de Valladolid, los dos últimos. Sus calificaciones fueron buenas: diez sobresalientes, dos notables, tres buenos y un aprobado.<sup>38</sup>

Sus recuerdos, sin embargo, no fueron tan positivos. En sus memorias, definía el centro como uno “de esos colegios que cumplían la obra de estupidizar y falsear a los muchachos acomodados”. Aunque no se detuvo demasiado en el relato de esta etapa, sus referencias dejan intuir una atmósfera cerrada y tensa que recuerda a la que retrataba Ramón Pérez de Ayala en su novela autobiográfica, *A. M. D. G.* Los castigos físicos y las burlas eran una constante por parte de los profesores, especialmente del director. Portela tuvo su primer problema con él cuando ya llevaba varios meses en el internado. El jesuita quiso obligarlo a realizar lo que Portela definió, sin más explicaciones, como “injustificada humillación”. El niño que era se resistió a obedecer, lo que le valió un bofetón. Enrabiado, siguió contestando “no” a cada sopapo que recibía. Parece que finalmente se libró de hacer lo que le mandaban, aunque no del castigo. La experiencia le sirvió como primer apunte de lo que recordaba como única enseñanza útil de aquel “presidio” junto al estímulo de sus habilidades memorísticas: “guardar la soberbia ante el castigo inmerecido y hacernos amos del sufrimiento”. Pero no se trataba de un aprendizaje de vencidos. La cuestión no era rendirse o dejarse doblegar, sino medir las fuerzas y tener paciencia para esperar el momento:

Y así aprendimos a dominar el dolor, a ponernos por encima de él; a mirar adentro y al mañana en medio del sufrimiento; a detenernos cuando no podíamos andar, para saltar luego más fieramente al menguar al obstáculo.

---

<sup>37</sup> El grado de bachiller lo obtuvo por el Instituto de Santiago, con fecha 27 de junio de 1881 y con aprobado y sobresaliente como calificaciones. El título, firmado por el Rector y Secretario de Santiago tiene fecha de 25 de mayo de 1882. Así consta en su expediente universitario. Archivo Histórico Nacional (AHN), UNIVERSIDADES, Leg. 4609, Exp. 5.

<sup>38</sup> Los sobresalientes correspondían a las asignaturas de Derecho Romano (1º y 2º curso), Literatura Griega y Latina, Literatura Española, Derecho Civil (1º y 2º curso), Derecho Canónico, Derecho Procesal (1º curso), Economía Política y Derecho Penal; los notables a Literatura General e Historia Universal (2º curso); los buenos a Historia Universal (1º curso) y Derecho Mercantil, y el aprobado a Derecho Procesal (2º curso). AHN, UNIVERSIDADES, Leg. 4609, Exp. 5.



Así se forma esa coraza que deja resbalar los golpes y las adversidades hasta que llega la fecha de devolverlos y vencerlas.<sup>39</sup>

La prosa es efectista y procede de la pluma de un hombre de setenta y tres años que miraba al pasado después de haber recorrido la mayor parte de su camino. Sin embargo, más allá de las palabras sonoras, resume una característica constante en su forma de actuar: la apuesta por el largo plazo. Planear la estrategia, tener paciencia hasta que llegase el momento propicio y no olvidar el objetivo, aunque alcanzarlo exigiese un camino lleno de rodeos.

A la luz de estas historias, no parece extraño que Portela saliese del colegio como anticlerical confeso y practicante, ni que considerase su etapa de interno como el germen del principal valor de su carácter: la voluntad. Una cualidad a la que definía como motor de la inteligencia y que, sujeta a disciplina y método, reconocía como el secreto de cualquier éxito sólido: “El genio, se ha dicho con alentadora verdad, no es más que una suma de esfuerzos a alta tensión; y el soberbio mito de Prometeo debe referirse al robo a los dioses de esta chispa creadora que es la voluntad”.<sup>40</sup>

A los castigos físicos infligidos por el profesorado, había que sumar los golpes que se daban entre sí los compañeros. Su aprendizaje de convivencia con el dolor y la superación de este le permitieron, según evocaba muchos años después, fortalecer esta virtud. Completaba este peculiar entrenamiento con su baño diario en las frías aguas del Miño. Además de consolidar su voluntad, con el ejercicio de nadar contracorriente en la desembocadura del río, el joven Manuel buscaba fortalecer su salud, frágil y con tendencia a la anemia durante toda su infancia. La voluntad se mantuvo como valor esencial para Portela a lo largo de su vida, e incluso escogería esta palabra, “símbolo de mi sino”,<sup>41</sup> como nombre masónico allá por los años veinte.

---

<sup>39</sup> PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias*. Alianza Editorial, Madrid, 1988, p. 85.

<sup>40</sup> “Aquella fuente generadora de vida que es la voluntad, disciplinada y sujeta a duros métodos, no sólo guía la inteligencia y es como su motor, sino que, logrando la concentración de las facultades todas para un solo afán, arriba a la superación, y, partiendo de razonable base, hace los sabios, los oradores, los políticos, los atletas, apareciendo como el secreto de su física y moral salud y de su éxito.” En *ibídem*, p. 85.

<sup>41</sup> PORTELA VALLADARES, Manuel: *Dietario...* op. cit, p. 209 (anotación correspondiente al 25 de noviembre de 1942).

Sus años de colegial también le permitieron convivir de manera continuada y por primera vez con niños de circunstancias vitales muy diferentes a las suyas. Casi todos sus compañeros habían vivido desde su nacimiento en un ambiente de fortuna y asumían esa realidad de manera natural, mientras que él sabía lo que era vivir sin riqueza y que esta se podía ganar y perder. Tal vez surgiese en esos tiempos su convicción de que el dinero era fundamental, un ingrediente indispensable para poder actuar con independencia y gozar de la vida. La primera obligación de un hombre es ser rico, decía, según contaba con cierta reprobación Ramón Otero Pedrayo.<sup>42</sup>

Su mejor recuerdo del Apóstol Santiago fue la oportunidad de ver en vivo y en directo, aunque a toda prisa, a dos de los políticos más destacados de aquel momento, Antonio Canovas del Castillo y José Elduayen. Del primero, a pesar de pertenecer al Partido Conservador, se declaró firme admirador con el paso de los años. Lo consideraba el principal artífice de la Restauración, un “tipo que dio cincuenta años de paz, de tranquilidad y de prosperidad a España, asentando un régimen de atracción y tolerancia y abriendo paso a un segundo partido que le sucediera en el Poder”.<sup>43</sup> Portela estaba jugando al billar con unos compañeros cuando comenzó a circular el rumor de que los dos líderes estaban comiendo en el colegio. Ambos se encontraban de veraneo en Baiona y se disponían a cruzar a la otra orilla del Miño para tomar en Caminha el tren con destino Madrid. Finalmente, los alumnos consiguieron verlos. A Cánovas, “el Monstruo de saber y de valer político”, lo reconocieron enseguida, pues su rostro era popular para ellos gracias a la prensa. Al pasar a su lado sólo les dijo “¡Fuman! ¡Eh, fuman!”, mientras que Elduayen no les dirigió ni una mirada, manteniendo “imperturbable su gesto malencarado”. El Padre Prefecto, Cándido Romeo, les explicó

---

<sup>42</sup>“Fálase de cómo sostiña ser a obriga de ser rico a primeira do home. A intelixencia de Portela tiña de estimar e de procurar -non sendo especulativa- o diñeiro.” En OTERO PEDRAYO, Ramón: *O libro dos amigos*. Edición de Marcos Valcárcel. Editorial Galaxia, Vigo, 1997, pp. 195-197. Otero Pedrayo y Portela mantuvieron una relación relativamente cercana debido a su proximidad de opiniones respecto a la realidad de Galicia, lo que les llevó a compartir diversos proyectos políticos a lo largo del tiempo. Asimismo, el escritor ourensano fue un colaborador habitual de la sección de opinión de *El Pueblo Gallego*, el periódico que Portela fundó en 1924 y del que fue dueño hasta julio de 1936. Sin embargo, Otero Pedrayo nunca acabó de confiar totalmente en el pontevedrés, entre otras cosas porque lo consideraba demasiado preocupado por el dinero. Claro que tampoco está de más recordar que quien manifestaba estos recelos era un hidalgo de familia acomodada que jamás tuvo que preocuparse por cuestiones económicas.

<sup>43</sup> PORTELA VALLADARES, Manuel: *Dietario...*, op. cit., p. 39.

que el motivo del viaje que les había permitido pasar por el colegio era que ambos habían recibido un telegrama en el que se les encargaba formar gobierno, ya que se había producido “una crisis fulminante”. Portela sitúa este recuerdo en 1882, aunque en los archivos del centro la visita se fecha dos años después e incluye también entre los visitantes a Francisco Romero Robledo.<sup>44</sup>

Portela abandonó el internado al finalizar el curso 1884-1885. Contaba entonces con dieciocho años y estaba preparado para obtener el grado de licenciado. Se le concedió permiso para examinarse a finales de año, aunque antes siguió los trámites necesarios para continuar sus estudios. Así, el 31 de octubre presentó la solicitud de matrícula en cuatro nuevas asignaturas: Filosofía del Derecho, Estudios Superiores del Derecho Romano, Literatura Jurídica General Española y Derecho Público Eclesiástico. El 2 de diciembre se presentó a la prueba oral y le tocó en suerte el tema “Sucesión en línea colateral”. El tribunal le concedió un sobresaliente. De este modo y a punto de cumplir los diecinueve años, Portela era ya licenciado en la especialidad de Derecho Civil y Canónico.<sup>45</sup>

### 1.3. Universitario en Santiago

A principios del curso 1885-1886 se trasladó a Santiago de Compostela, donde vivió su etapa universitaria propiamente dicha hasta 1889. Durante estos años se adaptó al tópico del estudiante santiagués de la época: señorito de buena familia y vida tunante y alegre. Aunque a la vista de sus calificaciones, nunca descuidó sus estudios.<sup>46</sup> En Compostela coincidió con un nutrido grupo de futuros personajes ilustres, como Ramón María del Valle Inclán,<sup>47</sup> Alfredo Vicenti<sup>48</sup>, Juan Vázquez de Mella,<sup>49</sup> Camilo

---

<sup>44</sup> *Ibidem*, p. 193; RIVERA VÁZQUEZ, Evaristo: *Colegio...* op. cit., p. 154.

<sup>45</sup> AHN, UNIVERSIDADES, Leg. 4609, Exp. 5.

<sup>46</sup> Además del sobresaliente en el examen oral de licenciatura, consiguió la misma nota en Historia de la Iglesia y colecciones canónicas, Legislación comparada, Historia de los Tratados, Estudios Superiores del Derecho Romano, Literatura Jurídica General Española y Derecho Público Eclesiástico. En las otras dos asignaturas, Literatura y Bibliografía jurídicas y Filosofía del Derecho, obtuvo un aprobado. AHN UNIVERSIDADES, Leg. 4609, Exp. 5.

<sup>47</sup> Ramón Valle Peña (Vilanova de Arousa, 1866-Santiago de Compostela, 1936), dramaturgo, poeta y novelista, está considerado uno de los autores más importantes de la literatura hispanoamericana del siglo XX. El creador del esperpento estudió Derecho en la Universidad de Santiago de Compostela por

Bargiela,<sup>50</sup> Augusto González Besada<sup>51</sup> o Valeriano Villanueva,<sup>52</sup> con los que compartió

---

imposición de su padre, el liberal y galleguista Ramón María del Valle-Inclán Bermúdez de Castro. Tras la muerte de este en 1880, abandonó la carrera y volvió a la ciudad de Pontevedra, manteniendo la costumbre adquirida en Santiago de frecuentar los círculos intelectuales y literarios. Asiduo de las tertulias, tanto en Pontevedra como en Madrid, adonde se trasladó posteriormente, en ellas coincidía con Portela Valladares, a quien le unió una fuerte amistad a lo largo de los años. ZAMORA VICENTE, Alonso: *Vida y obra de Valle-Inclán (1866-1936)*. Circulo de Lectores, Barcelona, 1990 y *El Pueblo Gallego (EPG)*, 7-01-1936, pp.1 y 12.

<sup>48</sup> Alfredo Vicenti Rey (Santiago de Compostela, 1850-Madrid, 1916), fue periodista, médico y político gallego. Fue redactor jefe y director de *El Diario de Santiago* hasta que en 1880, dos años después de haber sido excomulgado por el cardenal Payá y Rico, se marchó a Madrid. Allí dirigió *La Ilustración Gallega y Asturiana* y *El Globo* y fue redactor jefe de *El Liberal*. En 1895 promovió la creación de la “Asociación de la Prensa de Madrid”, que unió en un primer momento a más de veinte periódicos y seis agencias y de la que fue su primer presidente. Sus intereses políticos caminaron de la mano del agrarismo liberal. Amigo de Portela Valladares, junto a él y Basilio Álvarez creó en 1910 la liga “Acción Gallega”, cuyas ideas sobre el foro y demás problemas del campo gallego se recogían en el semanario del mismo nombre. Fue candidato a Cortes por el distrito de Becerreá (Lugo) en 1910. DURÁN, José Antonio (ed): *Alfredo Vicenti, “El Maestro” del Periodismo Español (Santiago, 1850-Madrid, 1916)*. Editado por el Taller de Ediciones para la Asociación de Prensa de Madrid, Madrid, 2001.

<sup>49</sup> Juan Vázquez de Mella y Fanjul (Cangas de Onís, 1861-Madrid, 1928). Político tradicionalista, escritor y filósofo católico, fue diputado entre 1893 y 1916 por los distritos de Aoiz, Estella y Pamplona. Era especialmente crítico con la masonería, contra la que presentó una petición de ilegalidad en las Cortes. Germanófilo, fue el fundador del Partido Católico Tradicionalista. Las piedras angulares de su discurso eran tradición, monarquía y unidad de España a través del regionalismo y el foralismo, así como la concepción orgánica de la sociedad. La soberanía no residía en el Estado sino en las organizaciones naturales de la sociedad, es decir, la familia, el municipio y la región. ROZA IGLESIAS, Ana María y RODRÍGUEZ MUÑOZ, Javier (dir.): *Diccionario Enciclopédico del Principado de Asturias*, Tomo 15. Ediciones Nobel, Oviedo, 2004.

<sup>50</sup> Camilo Manuel Bargiela Pérez (Tui, 1864-Casablanca, 1910). Escritor y diplomático, cursó estudios de Derecho en la Universidad de Santiago, donde además formó parte de la tuna, lo que sirvió de inspiración a su amigo Pérez Lugín en este tema para su obra *La Casa de la Troya*. Colaborador en distintos periódicos gallegos, en 1896 se trasladó a Madrid, donde entró por oposición en el cuerpo diplomático, aunque no obtuvo destino hasta 1905, cuando fue nombrado vicecónsul de Manila, cargo que ocupó durante dos años. Mientras esperó la resolución de su destino se movió por los ambientes bohemios y literarios, siendo compañero de tertulia de los Baroja, Azorín, Benavente... así como de muchos de sus compañeros de Santiago ya citados, incluido Portela. GAVILANES, Emilio: “Nueva visita a Camilo Bargiela”, en *Revista de Filología Románica* nº 14, vol. II, 1997, pp. 151-162

<sup>51</sup> Augusto González Besada y Mein (Tui, 1865-Madrid, 1919). Pertenecía a una de las familias de mayor tradición política de la provincia de Pontevedra. Como la mayoría de sus compañeros en Santiago, estudió Derecho, aunque al contrario que la mayoría de ellos, sí ejerció la abogacía, gracias a la cual se construyó un prestigio sólido que le sirvió de ayuda para su carrera política. Fue diputado, ministro de Hacienda, Gobernación y Fomento, y presidente del Congreso. Véase noticia de su muerte en *Boletín de la Real Academia Española*, Tomo VI, Cuaderno, XXIX, 191, pp. 465-472.

<sup>52</sup> Valeriano Villanueva Rodríguez (Pontedeume, 1865-Santiago, 1943), estudió Derecho en Santiago. En 1890 ingresó en el Cuerpo Jurídico-Militar, donde llegó a alcanzar el grado de general. Su gran pasión fue la agricultura. Interesado en las nuevas técnicas agrícolas, no sólo intentó ponerlas en práctica en su granja de Pontedeume sino que quiso divulgarlas a través de publicaciones como *La Verdad*, *La Voz de Galicia* o la revista coruñesa *Prácticas Modernas*. Su obra ha sido recopilada por J. A. Durán con el título *Organización del cultivo y de la sociedad agraria en Galicia y en la España Atlántica* (1984). CASTRO ÁLVAREZ, Carlos: “Nombres ilustres en las calles, plazas y jardines de Pontedeume”, en *Cátedra. Revista eumesa de estudios* pp.41-60.

fiestas y estudios. Su relación amistosa y sus andanzas sirvieron de inspiración para otro de sus compañeros, Alejandro Pérez Lugín,<sup>53</sup> y su novela *La Casa de la Troya*, en la que relataba de un modo costumbrista las peripecias de un grupo de estudiantes en la ciudad compostelana. En sus páginas aparecen numerosas referencias a momentos compartidos entre el autor y sus compañeros, incluido Portela, ilustrando de un modo amable lo que fue su vida universitaria. La obra no es una transcripción exacta de su vida ni entre sus protagonistas se puede reconocer de un modo literal ni a él ni a sus amigos reales, porque los personajes de Pérez Lugín condensaban bajo nombre ficticio una serie de rasgos, comportamientos y acontecimientos de sus compañeros.<sup>54</sup> Un buen ejemplo de ello es el personaje de Camilo Barcala, que tomó el nombre y algunos de sus rasgos de Camilo Bargiela, y en el que también se pueden reconocer ingredientes tomados de otros conocidos del autor, como Enrique Labarta Pose<sup>55</sup> o Alfredo Vicenti.<sup>56</sup> Pese a ello y costumbrismo al margen, la novela ilustra la vida de un grupo de jóvenes universitarios como aquellos, lo que permite hacerse una idea bastante aproximada de lo que fue la vida compostelana de Portela y sus amigos.

Muchos de estos compañeros, en su mayoría futuros escritores y políticos, se convirtieron en amigos íntimos de Portela y con casi todos volvió a coincidir en

---

<sup>53</sup> Alfredo Pérez Lugín (Madrid, 22 de febrero de 1870-A Coruña, 5 de septiembre de 1926), periodista, escritor y cineasta, vivió desde los trece años en Santiago de Compostela, donde su familia instaló una camisería de lujo llamada “El Buen Gusto”. En esta ciudad estudió Derecho y comenzó sus colaboraciones periodísticas en diferentes diarios de la ciudad, como *El pensamiento gallego*. En 1893 regresó a Madrid, donde trabajó en la Dirección General de los Registros y del Notariado y en diversos ministerios, compaginando la vida administrativa con la literaria. Su primera novela, *Currito de la Cruz*, alcanzó gran popularidad al poco tiempo de su publicación e incluso fue llevada al cine en cuatro ocasiones, la primera de ellas bajo la dirección del propio autor y de Fernando Delgado. Pero su obra más conocida es *La Casa de la Troya*, novela sobre la vida universitaria compostelana inspirada en su propia experiencia y que cuenta con tres versiones cinematográficas y una adaptación teatral. LABRADOR BEN, Julia María: “Bibliografía crítica de Alejandro Pérez Lugín”, en *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, nº 19 (1997), pp. 89-118.

<sup>54</sup> GÓMEZ ABALO, M<sup>a</sup> Ángeles: “Estudio preliminar” en, PÉREZ LUGÍN, Alejandro: *La Casa de la Troya*, Servizo de Publicacións e Intercambio Científico da Universidade de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, 2008, p. 40.

<sup>55</sup> Enrique Labarta Pose (Baio-Zas, 1863-Barcelona 1925) fue otro de los estudiantes compostelanos de Derecho de este grupo de amigos. Poeta y narrador, dedicó su primer libro *El Bálsamo de Fierabrás* a Eduardo Vincenti, uno de los yernos de Eugenio Montero Ríos. El estilo humorístico caracterizaba su obra narrativa, mientras que como poeta siguió una línea costumbrista con influencia del modernismo de fin de siglo. Además, fundó y dirigió las revistas *Galicia Humorística* (1888), *La pequeña patria* (1890), *Extracto de Literatura* (1893), *Galicia Moderna* (1897) y *Pasatiempos* (1900).

<sup>56</sup> GÓMEZ ABALO, M<sup>a</sup> Ángeles: “Estudio...”, op. cit., p. 41.

Pontevedra o en Madrid. Repitieron como compañeros de tertulias y salidas nocturnas y con algunos incluso compartió aventuras políticas. Por ejemplo, Vicenti, con quien fundó la liga agrarista Acción Gallega. Su etapa universitaria fue, por tanto, muy enriquecedora: además de convertirse en jurista, amplió notablemente su círculo de relaciones personales. Comenzaba a atesorar un recurso fundamental para su manera de entender la política.

En Compostela también tuvo la oportunidad de gestionar, disfrutar y gastar una fortuna personal por primera vez en su vida. Sus tíos habían hecho testamento a su favor cuando cumplió los dieciocho y la muerte de José Vilas García en 1887, dos años después, convirtió a Portela en un hombre rico. Manuel era el heredero principal, pero no el único, pues su prima, Carmen Malvar Portela, también recibió una parte de sus bienes. Ella y su madre, Emilia Portela Dios, se habían trasladado al hogar de la tía Juana tras quedar huérfana y viuda respectivamente, completando una familia singular. Los primos se criaron juntos y mantuvieron durante el resto de su vida esta relación fraternal.

La muerte de su padre adoptivo no alejó a Portela de los círculos liberales pontevedreses ni perdió por ello los vínculos familiares que lo relacionaban con este mundo. Poco después de enviudar, su tía Juana volvió a casarse, de nuevo con un hombre de una familia destacada de la ciudad y también del entorno monterista. Ramón Mucientes Castro, banquero viudo y con hijos, asumió la familia de su esposa como propia.<sup>57</sup> Juana, su hermana Emilia y sus sobrinos, se trasladaron a partir de aquel momento a la casa de la calle Michelena, 11, donde Mucientes tenía su despacho de negocios comerciales.<sup>58</sup> Aunque Manuel ya no estaba en edad de crianza, la relación entre ambos fue cordial y cercana y se mantuvo incluso cuando ya no vivía en Pontevedra. Durante veinte años, Portela fue un visitante asiduo en casa de sus tíos, especialmente en verano, cuando permanecía largas temporadas con ellos. Sólo la muerte de la tía Juana, en 1917, puso fin a esta costumbre.

---

<sup>57</sup> FACAL RODRÍGUEZ, María Jesús: *La banca en Galicia durante la época de la Restauración: El Crédito Gallego*. Tesina de licenciatura inédita. Universidade de Santiago de Compostela, 1986, p. 21.

<sup>58</sup> Ver notas de prensa sobre la muerte de Juana Portela Dios (*La Libertad*, 30.08.1917, p.2 y *Diario de Pontevedra*, 29.08.1917, p.3) y Emilia Portela Dios (*La Libertad*, 27.08.1910, p.3.).

## 1.4 De regreso en Pontevedra

Antes de su traslado a Madrid, Manuel y su tío tuvieron la oportunidad de compartir techo y sentar las bases de esa buena relación, pues cuando terminó sus estudios Portela regresó a Pontevedra y al hogar familiar. Allí iba a vivir diez años intensos, en los que se convirtió en un valor al alza de la vida social y política pontevedresa, y allí comenzó su trayectoria profesional como licenciado recién estrenado. En realidad apenas desempeñó labores de abogado, pero sus pocos pleitos no fueron obstáculo para que ocupase cargos destacados del gremio en su ciudad. En un primer momento ejerció como juez municipal y en junio de 1897, con treinta años recién cumplidos, fue elegido decano del Colegio de Abogados de Pontevedra.<sup>59</sup> Las buenas relaciones empezaban a funcionar.

Su actividad laboral no se limitó al ámbito jurídico. Su reciente parentesco con Ramón Mucientes le abrió las puertas de otro campo que era recomendable cultivar si aspiraba a hacer carrera política: las de la prensa. Sus primeros escarceos periodísticos tuvieron como escenario las páginas del *Diario de Pontevedra*, cabecera monterista que por aquel entonces dirigía Eduardo Vincenti y Reguera. El yerno del *Cuco de Lourizán* y eterno diputado por Pontevedra era un buen apoyo para ubicarse en el mundillo liberal pontevedrés más allá del cobijo de sus tíos, y también para cualquier aspiración política de futuro que pudiera albergar. Desde las páginas de este diario defendió a capa y espada la labor de Montero Ríos y su camarilla. Poco a poco, Portela se iba situando en una buena posición de salida y parecía claro que la familia liberal-monterista era la facción donde aspiraba a integrarse.

Al margen de estas actividades más o menos laborales, si por algo destacó durante su etapa pontevedresa fue por sus habilidades sociales. Mantuvo su papel de señorito de buena familia, festivo y bien relacionado, y con discurso político de casino, que ya había ensayado en Santiago. Señorito que se iba convirtiendo en señor, con un cultivado aire de *gentleman*: aficionado a la caza y a la pesca, navegante de embarcación propia en la ría pontevedresa, de figura esbelta y cuidada, atlético y

---

<sup>59</sup> *Diario de Pontevedra*, 12.6.1897, p. 3 y 14.6.1897, p.3, y DURÁN, José Antonio: “¿Quién fue en realidad Manuel Portela Valladares?”, en PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias. Dentro del drama español*. Madrid, Alianza, 1988, pp. 17-18.

educado... Si a esto se le añadía su simpatía y encanto personal, y la pequeña fortuna heredada, tenía todos los elementos para ser un “buen partido”, una pieza codiciada en los juegos matrimoniales que se dejaba querer pero que no mostraba la más mínima intención de abandonar su soltería. Y no sería ni esta etapa ni esta ciudad, el tiempo y lugar en los que cambiase de idea.

En cuanto a sus amistades, Portela mantuvo y profundizó durante estos años algunas de las relaciones que había iniciado en Santiago. Valle-Inclán, por ejemplo, fue uno de sus amigos más cercanos. El escritor, tras algunas estancias previas más cortas, se instaló de regreso en Pontevedra en 1893, donde permaneció hasta su traslado a Madrid en 1895. Durante el tiempo que permaneció en la capital pontevedresa, Valle se convirtió en un asiduo de la tertulia de los hermanos Muruais, que estaba considerada como la madre de las tertulias de la ciudad. El anfitrión era el bibliófilo, librero y escritor poco prolífico Jesús de Muruais, que desde su llegada a Pontevedra había dinamizado la vida intelectual local. Se celebraba en el local de su librería, situado en la conocida como *Casa do Arco*, propiedad de su familia y que antes había pertenecido al marino Castor Méndez Núñez. A ella asistían, entre otros, Concepción Arenal, Emilia Pardo Bazán, Montero Ríos, Torcuato Ulloa, Gerardo Álvarez Limeses o el pintor Alfredo Souto Cuero. Hablaban de literatura, de política... y de otros temas más mundanos, como las revistas francesas, un espectáculo ligero que en la España de finales del XIX sonaba a novedad respetablemente escandalosa. En esta tertulia, Portela coincidía con otros dos de sus ex compañeros compostelanos: Enrique Labarta Pose y Augusto González Besada.<sup>60</sup>

A esta tertulia siguieron otras, como la veraniega de Manuel del Palacio en la Casa de las Galerías, la de Casto Sampedro en la Casa de las Golondrinas y la más importante de todas, la de la botica de Perfecto Feijóo, en la Plaza de la Peregrina. Junto a su banco de piedra o en la rebotica cuando el tiempo no acompañaba, se reunían personajes destacados de la política liberal y de izquierdas, residentes en Pontevedra o de paso por la ciudad. Así, junto al consabido Eugenio Montero Ríos, se podía encontrar por allí a políticos como Práxedes Mateo Sagasta y Pablo Iglesias, o intelectuales como

---

<sup>60</sup> BUJÁN NÚÑEZ, Daniel: “Jesús de Muruais. Bibliófilo y coleccionista”, en [http://www.cgai.org/archivos\\_fondos\\_bibliograficos/2652.pdf](http://www.cgai.org/archivos_fondos_bibliograficos/2652.pdf).



Miguel de Unamuno, a los que se sumaban los asiduos a las reuniones de Muruais. El anfitrión, Perfecto Feijóo era un hombre clave de la vida pontevedresa. Un boticario con fama de amable y risueño, amante de la música, apasionado galleguista y enamorado de la cultura tradicional de su país. Tanto, que animado por sus amigos fundó el primer coro de Galicia, donde a lo largo de los años cantó junto a personajes como Vicente Said de Armesto, Carlos Gastañaduy o Daniel Rodríguez Castelao. Un coro en el que tenían cabida instrumentos como la gaita o el *pandeiro*, y que llegó a actuar por toda Galicia, Madrid e incluso Buenos Aires.

La tertulia de Feijóo se convirtió en la más destacada de Pontevedra y no sólo por sus ilustres participantes. Uno de sus grandes atractivos era su capacidad para generar anécdotas, a lo que contribuía generosamente su tertuliano más exótico, el loro *Ravachol*, que desde 1891 compartía los días de botica con su dueño (a cuyas manos llegó, según cuenta la leyenda popular, por regalo de Martín Fayes, director de la banda de música del Regimiento de Infantería de Gullarei). Feijóo había bautizado al pájaro con el nombre de un héroe del anarquismo francés,<sup>61</sup> por su bien ganada fama de alborotador e irreverente gracias a una amplia colección de frases llenas de exabruptos, como el “*Vaite de aí, lambón*”, que dedicaba a quien entraba en la farmacia y no le traía ninguna golosina, o el “*Bárbaro! Se collo a vara...*”, que repetía una y otra vez. La más célebre y comentada sucedió durante el sermón de una ceremonia religiosa celebrada en la plaza de la Peregrina, cuando el poco respetuoso animal comenzó a repetir su frase a voz en grito, ocasionando un pequeño tumulto. Todas estas historias hicieron de *Ravachol* un personaje notable de Pontevedra, de tal modo que su muerte, el 26 de enero de 1913, dejó a la ciudad consternada. Su despedida fue tan sonora como su vida. Una semana después de su fallecimiento Feijóo y sus amigos organizaron una velada artística en el Teatro Principal, al que siguió un multitudinario entierro, al que las sociedades recreativas de la ciudad acudieron “con carrozas” mientras la banda municipal tocaba “un fúnebre pasodoble y las tropas de la guarnición rendían armas al

---

<sup>61</sup> François Koënnigstein, conocido como *Ravachol*, fue un anarquista, dinamitero y terrorista francés, que se convirtió en un héroe tras su ejecución por guillotina en 1892. Se transformó en un icono de la revuelta y protagonizó numerosas canciones y textos literarios, no sólo de corte anarquista. Véase MAITRON, Jean: *Ravachol y los anarquistas*. Madrid, Huerga y Fierro Editores, 2003.

paso del cadáver” del loro de Don Perfecto.<sup>62</sup> Tan festivo adiós en aquellas fechas lo convirtió en un símbolo del Carnaval pontevedrés más popular, un protagonismo que se ha mantenido a lo largo del tiempo.<sup>63</sup>

Además de ser asiduo de su tertulia mientras permaneció en su ciudad natal y cada vez que volvía a ella, Perfecto Feijóo fue amigo, consejero, compañero de conversaciones y hasta curandero ocasional de Portela. A él acudió en más de una ocasión para que lo recompusiese después de un enfrentamiento. Por ejemplo, tras el altercado que protagonizó el día de San Juan de 1893 durante el mitin que tres oradores coruñeses pronunciaron en el Teatro del Liceo de Pontevedra dentro de la campaña de defensa de la Capitanía General de Coruña. El gobierno de Sagasta había aprobado en el mes de marzo la organización territorial militar en siete regiones dentro de la península, agrupando los antiguos distritos. En la práctica, esto suponía la supresión de la Capitanía General de la ciudad de A Coruña y su traslado a León, que pasaba a ser la capital de la 7ª Región Militar (Castilla la Vieja y Galicia).<sup>64</sup> La noticia se recibió con tal alarma en la ciudad coruñesa que casi inmediatamente se constituyó una Junta de Defensa cuyo objetivo era mantener la Capitanía General. Comenzó de este modo una intensa campaña de conferencias, manifestaciones y peticiones de ayuda a políticos y periodistas vinculados a Galicia. Uno de los destinatarios de estas misivas fue Eugenio Montero Ríos, en aquel momento ministro de Marina. Sin embargo, este no hizo ningún gesto de cercanía a las reivindicaciones coruñesas, lo que lo convirtió en blanco de las críticas y antipatías de este movimiento.<sup>65</sup> Se crearon Juntas en otras localidades gallegas, lo que relacionó al regionalismo gallego con esta corriente, aunque hubo

---

<sup>62</sup> “¡Pobre Ravachol!”, en *Diario de Pontevedra*, 27-01-1913, p. 2. Sobre Perfecto Feijóo, su tertulia y su famoso loro, “El loro de D. Perfecto”, en *La Correspondencia Gallega*, 27-01-1913, p.2; “Ha fallecido D. Perfecto Feijóo”, en *El Pueblo Gallego*, 11-06-1935, p. 9, y también en <http://www.museo.depo.es/noticias/notas.de.prensa/es.02010114.html>.

<sup>63</sup> Desde 1985 se ve reconocido en el programa municipal, que culmina su semana de festejos con el velatorio y entierro del loro *Ravachol*.

<sup>64</sup> HERMOSO DE MENDOZA Y BAZTÁN, María Teresa: “La división territorial militar en los siglos XIX y XX”, en *Boletín Informativo del Sistema Archivístico de la Defensa*, nº 14, diciembre de 2007, pp. 3-12.

<sup>65</sup> “¡Quién había de pensar que el ilustre canonista, que el ser y cuanto vale, á Galicia se lo debe, había de posponer los intereses de ésta á los de un bando político, desatendiendo de un modo absoluto las súplicas de sus compatriotas, y prestar su aquiescencia al despojo que un compañero de gabinete pretendió hacer á su país natal, á su propia región, y hasta á su misma provincia!!”, en CASTILLA, Modesto: *Historia de la Junta de Defensa de Galicia*. Tipografía Papelería Ferrer, A Coruña, 1894, pp. 20-21.

ciertas fricciones entre los herculinos y aquellos que entendían esta tendencia como algo que debía aglutinar la defensa de los intereses de toda Galicia y opinaban que la Junta coruñesa sólo se preocupaba de los intereses de su ciudad.

Esta división se reflejó en la prensa de Pontevedra y sus informaciones sobre el mitin del Teatro Principal. Según recogía el monterista *Diario de Pontevedra*, con una óptica probablemente influenciada por el papel de Montero Ríos en este tema, el objetivo del acto no estaba muy claro. En su opinión, aunque se presentaba como una charla para promover los intereses del regionalismo, sólo se quería fomentar los de Coruña.<sup>66</sup> La situación se fue volviendo cada vez más tensa entre asistentes partidarios de los conferenciantes y aquellos que sentían sus palabras como una ofensa. Cuando Portela Valladares, ejerciendo de defensor acérrimo del jefe liberal respondió con un “¡Viva España!” al “¡Viva Galicia!” de uno de los participantes, la tensión se convirtió en batalla campal. El ardor del futuro regionalista se puso al servicio del bando liberal en el que estaba encuadrado, y aunque se jactó de dar su merecido a quienes se le enfrentaron, le atizaron con un palo en la cabeza y recibió varios golpes que tuvo que remediar Don Perfecto en su botica.

Este altercado no fue algo ocasional. La etapa post universitaria fue para Portela tiempo de bravuconadas políticas, que terminaban en escaramuzas entre los bandos enfrentados, y de duelos de honor, actividad muy cultivada en la época, especialmente por señoritos bohemios dedicados a la prensa y a las letras. En estas lides de nuevo Valle-Inclán era su compañero inseparable. Ejercían de mutuo padrino en las numerosas ocasiones en las que la ofensa cometida o recibida terminaba en enfrentamiento al amanecer, y juntos acudían también a las salas de armas, donde se preparaban concienzudamente para salir airoso en estos menesteres. Portela se ganó entonces una merecida fama de un buen tirador que le acompañó hasta el final de sus días. Su imagen de joven educado, alegre y sociable se completaba con esta faceta de carácter guerrero y de honor a la antigua usanza, lo que contribuía a consolidar su buena posición en la sociedad pontevedresa.

---

<sup>66</sup> *Diario de Pontevedra*, 26.06.1893, p. 2; *La Unión Republicana*, 26.06.1893, p. 3, citado en RUIBAL OUTES, Tomás: *La vida escénica en Pontevedra en la segunda mitad del siglo XIX*, pp. 746-747. Tesis doctoral inédita, dirigida por José Romera Castillo y defendida en la Universidad Nacional a Distancia, Facultad de Filología, Departamento de Literatura Española y Teoría de la Literatura, Madrid, 1997.

En los ambientes nocturnos también gozaba de buena consideración. No en vano era generoso cliente de bares y tabernas, que cerraba de madrugada con sus amigos, y asiduo visitante del barrio de A Moureira. Este barrio marineru donde nació Benito Soto, el sanguinario pirata gallego que según cuenta la leyenda inspiró la *Canción del pirata* de José de Espronceda, estaba situado junto a las murallas de la ciudad. Tras la decisión municipal de derrumbarlas con el objetivo de permitir el crecimiento del núcleo urbano, los prostíbulos, hasta entonces sutilmente ocultos en el barrio de la judería, quedaron sin la protección de los viejos muros. Si a esto añadimos la ordenanza que prohibía la prostitución en el interior de la ciudad, podremos entender su rápido cambio de ubicación. A Moureira ofrecía la cercanía y distancia suficientes para convertirse en el lugar adecuado para recoger a las exiliadas. La citada ordenanza también prohibía que las pupilas paseasen por la calle durante el día o que permaneciesen bajo los soportales de las viejas casas marineras, lo que determinó la estructura de estos locales, con una taberna en el bajo, donde los clientes entraban a beber y conversar con las meretrices, y un *sobrado*, *fallado* o *patín* en el alto, donde se localizaban las habitaciones en las que desaparecer discretamente después de unas cuantas consumiciones.<sup>67</sup>

Portela era fiel cliente y amigo de estos negocios. Él mismo lo contaba sin reparo y con gracia cuando recordaba las anécdotas de aquellos tiempos. Como aquella en la que, ejerciendo de juez municipal, le tocó interrogar a una prostituta a la que conocían en A Moureira con el sobrenombre de “*La Sabandija*”. Al preguntarle si efectivamente era este el mote por el que la llamaban en aquellas calles, la mujer le respondió diciendo que, como bien sabía él, ese era su nombre allí donde Don Manuel no era Don Manuel sino el “*Caralla Campante*”.<sup>68</sup>

---

<sup>67</sup> TORRES, Sabino: *As Tres Columnas. Crónica sentimental da Moureira das putas*, Vigo, Editorial Galaxia, 2008, pp. 12-19.

<sup>68</sup> Esta anécdota aparece recogida en más de una publicación, incluida la introducción de José Antonio Durán a las memorias de Portela y forma parte de la historia oral de la ciudad de Pontevedra. La versión que reflejo en este trabajo fue la que me relató en una conversación privada Francisco Fernández del Riego, intelectual galleguista, miembro de las Mocedades Galeguistas antes de la Guerra Civil, impulsor de Galaxia y presidente de la Fundación Penzol hasta su muerte en 2009, quien me aseguró que “así me la contó el propio Don Manuel. O el propio *Caralla Campante*, porque cuando contaba historias con esa gracia, Don Manuel seguía siendo el *Caralla Campante*.” En términos parecidos me la relataron también, en sendas conversaciones, Isaac Díaz Pardo, artista, intelectual y fundador de *Sargadelos*, así como el editor, poeta y escritor pontevedrés, Sabino Torres.

Liberales, intelectuales, profesionales, hosteleros, gentes de la noche... Las relaciones de Portela eran sólidas, extensas y se ramificaban por círculos diversos. En el ambiente político su apuesta era por el Partido Liberal, con predilección por el bando monerista, si es que es posible hacer distinciones entre ambos conceptos en la Pontevedra de aquella fecha, de modo que el grueso de sus relaciones se movía en este universo. Su evidente inclinación política no le impidió, sin embargo, cultivar amistades de signo diferente. Algunas afines al Partido Conservador, como Augusto Besada u otros compañeros de universidad, pero también militantes de la izquierda que se situaba al margen del sistema turnista, como su medio hermano, el socialista Enrique Heraclio Botana o, muy especialmente, los republicanos José Juncal Verdulla y Emiliano Iglesias Ambrosio, con quienes coincidiría más adelante en Barcelona.

El primero de ellos pertenecía a una de las familias de más tradición de Pontevedra, los Juncal, emparentados con los Poza y los Álvarez y Limeses, estirpes de liberales, republicanos y/o galleguistas cuyos hijos han protagonizado la vida política de la ciudad durante los dos últimos siglos. Siguiendo esa costumbre, José Juncal fue la esperanza de los republicanos locales de finales del XIX, próximos al zorrillismo. Profesor de la Escuela Normal, redactor y director del diario *Unión Republicana*, sus artículos críticos con la situación social y con los representantes más reaccionarios de los círculos católicos le trajeron numerosos problemas con la justicia, al tiempo que incrementaba su prestigio entre sus seguidores. Especialmente tras su paso por prisión, acusado de incitar a los campesinos a la rebelión por sus escritos sobre los sucesos de Campo da Porta en 1894, y condena por un tribunal militar.<sup>69</sup> Así, en 1897 ya era el

---

<sup>69</sup> La fuerte subida de los impuestos municipales en los primeros años de la década de los noventa desató una oleada de protestas encabezadas por las asociaciones de campesinos en toda la comarca pontevedresa. Los hechos más graves se registraron el 19 de junio de 1894 en Campo da Porta, parroquia de Salcedo, donde las pérdidas sufridas en cosechas y ganaderías por la crecida del río Batán así como los estragos causados por los brotes de cólera y varicela habían dejado a sus habitantes en una situación de precariedad extrema. Y reaccionaron a la subida con la insumisión, negándose a pagar los impuestos. Los recaudadores pidieron ayuda al gobernador, que envió a la Guardia Civil, lo que derivó en un enfrentamiento violento con los vecinos, con disparos de los guardias a la multitud que causaron tres muertos, Francisco Piñeiro, José Rodríguez Rial y Manuela Couso, conocidos desde entonces como los “héroes do Campo da Porta”. Sobre estos sucesos, véase FORTES BOUZÁN, X.: *Historia de la ciudad de Pontevedra*. A Coruña, La Voz de Galicia S. A., 1993; QUINTIÁ PEREIRA, Rafael: “Os heroes do Campo da Porta”, en *A sombra de Bouza Panda* Wordpress (<http://asombradebouzapanda.files.wordpress.com/2011/06/os-heroes-do-campo-da-porta.pdf>); “Os heroes do Campo da Porta”, en *Fol de Veleno* Weblog (<http://foldeveleno.wordpress.com/2007/11/30/os->

secretario del Partido Republicano de Pontevedra. Un año después volvió a prisión, acusado de injuriar al Círculo Católico de Pontevedra, aunque siguió escribiendo durante su encierro. Su fama de agitador lo llevó al destierro tras el atentado que sufrió la casa del marqués de Riestra. Durante esta etapa se marchó a Madrid, donde colaboró con los semanarios *El Combate* y *El Grito del Pueblo* y comenzó su relación con el fundador del Partido Republicano Radical, Alejandro Lerroux. La buena sintonía que se dio entre ambos hizo que el político cordobés contase cada vez más con su concurso, animándolo en 1901 a trasladarse momentáneamente a Barcelona y convirtiéndolo con el tiempo en uno de sus más cercanos colaboradores, una cercanía a la que también contribuyó, sin duda, la relación familiar que estaban a punto de establecer.

En 1904 e invitado por Juncal, Lerroux fue el orador estrella del mitin que el Partido Republicano de Pontevedra organizó en la ciudad. La intervención ardorosa del líder populista conquistó a su auditorio y sirvió como primer empujón para que el futuro Partido Radical encontrase su hueco en las redes de localidad. Además, durante este viaje sucedieron otros dos acontecimientos que indirectamente influirían positivamente en la trayectoria de Portela Valladares, allanando su camino hacia los radicales catalanes y hacia el propio Lerroux en dos momentos vitales de su carrera: su debut como gobernador civil de Barcelona en 1910 y su fracaso electoral en 1933. El primero de estos sucesos fue esa relación familiar entre Juncal Verdulla y Lerroux a la que se acaba de aludir. Y es que fue durante este viaje a Pontevedra cuando José Juncal y Amalia, la hermana de Lerroux, formalizaron su noviazgo, lo que decidió el traslado definitivo del republicano a Pontevedra y consolidó su posición como hombre de confianza y mano derecha de su cuñado.

El segundo acontecimiento fue el encuentro entre Lerroux y Emiliano Iglesias, del que fue artífice el amigo que les servía de nexo: José Juncal. Iglesias no desaprovechó la oportunidad e impresionó positivamente al líder radical. Tanto, que Lerroux decidió llevárselo también a Barcelona. De este modo, las dos promesas del republicanismo pontevedrés quedaron vinculadas al lerrouxismo. Y mientras Juncal Verdulla iniciaba una carrera sólida pero más discreta como hombre de confianza del hermano de su esposa, Emiliano Iglesias se convirtió en el “escudero” público,

---

heroes-do-campo-da-porta/); “Agricultores de Salcedo (1)”, en Anos do Medo Blogspot ([http://anosdomedo.blogspot.com.es/2012\\_04\\_01\\_archive.html](http://anosdomedo.blogspot.com.es/2012_04_01_archive.html)).

confundador con Don Ale del Partido Republicano Radical e incluso líder provisional de la agrupación en el interior durante su exilio argentino.<sup>70</sup>

Portela compartía edad, amistad, inquietudes y ambiente con ambos jóvenes. Su relación cuajó en las tardes y noches compartidas en pandilla. Y según los dime dimes locales, también compartieron inclinación por la masonería. Sin embargo, en este caso resulta difícil distinguir hechos de leyendas, pues no hay pruebas de que Portela tuviese vínculos con ninguna logia antes de los años 20, cuando ya vivía en Barcelona, como Juncal e Iglesias. Entonces sí coincidieron en talleres y reuniones masónicas. Al margen de los círculos de ocio, su amistad también tuvo reflejo en el devenir de la política local. Y es que los dos amigos de Portela representaban un republicanismo burgués partidario de la unión de las izquierdas lo que, más allá de granjearles las simpatías de los sectores de la izquierda obrera pontevedresa, los acercaba al ala más extrema del Partido Liberal, aquella en la que se situaba Portela.<sup>71</sup> Así que entre amistad y afinidad ideológica, el apoyo mutuo en empresas comunes se convirtió en algo habitual. Un buen ejemplo de ello fue el respaldo que la candidatura de Juncal Verdulla recibió de los liberales de la ciudad en las elecciones municipales de 1897. El cuñado de Lerroux se presentó a concejal por el distrito de Santa María incluido en la candidatura liberal. Este apoyo fue insuficiente, pues resultó vencedor el otro candidato republicano, Vicente García Termes. La derrota recibió críticas de gran dureza por parte del *Diario de Pontevedra*, que acusó a una mano desconocida de haber obrado en contra de Juncal, como probaban las numerosas papeletas en las que su nombre aparecía tachado.<sup>72</sup> La inclusión de Juncal en la lista liberal y la campaña en su defensa que tras la derrota hizo el periódico monterista ilustran de un modo luminoso esta confluencia de intereses así como este modo de entender la política tan vinculado al ejercicio de las relaciones personales, en el que Portela se fue educando.

---

<sup>70</sup> PEREIRA MARTÍNEZ, Carlos: “A Familia Poza. Un exemplo de republicanismo e librepensamento en Pontevedra”, en *Anuario Brigantino*, nº 27, 2004, pp. 265-312; GARCÍA BAENA, Rosa María: “Los Poza Juncal: una familia expedientada”, en FERRER BENIMELI, José Antonio (coord.): *La masonería española en la época de Sagasta* (vol. 2). Zaragoza, Gobierno de Aragón, Departamento de Educación, Cultura y Deporte, 2007, pp. 1241-1260; MARTÍNEZ DE SAS, María Teresa y PAGÈS I BLANCH, Pelai: “Emiliano Iglesias Ambrosio”, en *Diccionari biogràfic del moviment obrer als Països Catalans*. Barcelona, L'Abadia de Montserrat, p. 732.

<sup>71</sup> PEREIRA MARTÍNEZ, Carlos: “A Familia Poza...”, op. cit., p. 280.

<sup>72</sup> *Diario de Pontevedra*, 14.05.1897, p. 3.

Su formación, sus relaciones y su posición social eran buenas bazas para plantearse la entrada en política. Pero la decisión se iba postergando. Mientras, la vida relajada y su escaso ejercicio de la abogacía sumaban muchos gastos y pocos ingresos. La pequeña fortuna heredada de José Vilas no podía ser eterna, y aunque todavía no estaba agotada, Portela decidió preparar oposiciones al cuerpo de Registradores de la Propiedad. El objetivo era sentar la cabeza, asegurarse el porvenir y, de paso, dejar Pontevedra, que empezaba a quedarse pequeña para sus ambiciones. A la altura de 1898, tenía ya treinta y un años y corría el riesgo de quedarse en eterna promesa sin cuajar. Además, Montero Ríos había quedado tocado tras su papel en el Tratado de París, por lo que sumar nuevos padrinos podría resultar buena idea. Pero para eso era imprescindible salir de Pontevedra. El *Caralla Campante* frenó su actividad y cedió terreno al Portela voluntarioso, que se encerró a estudiar. También en turno de noche, lo que le supuso lidiar además de con los voluminosos apuntes, con el cantarín gallo de sus vecinos. La segunda anécdota de la juventud portelista que mejor se conserva en el imaginario popular es aquella que relata cómo el gallo de sus vecinos interrumpía con su canto al alba el recién iniciado sueño del estudiante. Portela visitó a los dueños del animal para pedirles que se lo vendiesen, ofreciendo invitarles al banquete consiguiente, con gallo de corral como plato estrella. Los vecinos declinaron la oferta, aduciendo que sus hijos estaban encariñados con el animal y que toda la familia se sentía muy orgullosa de las habilidades musicales y los prodigiosos pulmones del ave. La negativa no desalentó al opositor, que tiró de estrategia para contraatacar con armas semejantes. Se compró un trombón de vara y optó por la formación musical autodidacta, comenzando a ejercitar sus pulmones cada noche, a primeras horas de la madrugada, más o menos cuando sus vecinos estaban en la misma fase de sueño que él cuando el gallo comenzaba a deleitar a sus admiradores con su canto. El resultado, batalla y guerra ganada por Portela. Pocos días después de que comenzase sus pinitos musicales, el gallo fue sacrificado.<sup>73</sup> El sacrificio valió la pena. En 1899, Portela aprobaba la oposición con el número 2 y plaza.

---

<sup>73</sup> Una vez más recojo esta anécdota de mis conversaciones con Francisco Fernández del Riego, Isaac Díaz Pardo y Sabino Torres. También José Antonio Durán la recoge en su introducción a las memorias de Portela. DURÁN, José Antonio: “¿Quién fue...”, op. cit., p. 19.



Tras conocer su aprobado, se trasladó a Madrid mientras esperaba destino. El primero que le tocó en suerte fue en el municipio de Cogolludo, provincia de Guadalajara.<sup>74</sup> Aunque del mismo modo que apenas había ejercido de abogado, tampoco dedicó demasiado tiempo a desempeñar su puesto como registrador. Tiró de excedencia todo lo que pudo y mantuvo su residencia en Madrid. Una vez garantizada su manutención, podía volver a sus viejas costumbres y a los objetivos acariciados desde tiempo atrás. Vida de tertulias, bohemia y largas noches, con amigos compostelanos y pontevedreses, especialmente Valle-Inclán, que ejerció como anfitrión e introductor en el nuevo ambiente, integrándolo en el llamado “sector gallego” de las tertulias. De su mano conoció e intimó con otros miembros de la llamada Generación del 98. Como Azorín, cuya amistad mantenía en los años 30, al punto que se llegó a rumorear que se iba a presentar por Madrid como candidato portelista en las elecciones de febrero del 36.<sup>75</sup> También gozó de las simpatías de Pío Baroja y de su cuñado Rafael Caro Raggio.<sup>76</sup> Y a Ramiro de Maeztu, en aquellos tiempos simpatizante del espíritu anarquista, le pronosticó su futuro igualmente intransigente, pero en posiciones católicas y reaccionarias.<sup>77</sup>

Su tiempo de registrador en excedencia no sólo se consumió en la vida de café. Entre otras ocupaciones, se convirtió en director de la *Enciclopedia Jurídica*, donde coincidió por vez primera con Niceto Alcalá-Zamora, futuro compañero de proyectos centristas en los meses finales de la Segunda República. También se encargó de redactar parte del temario de las oposiciones al cuerpo de abogados del Estado. Concretamente, el fascículo dedicado a las contestaciones de la Ley Hipotecaria de 22 de enero de 1902, que firmó junto a Antonio Pérez Crespo, abogado del Estado.<sup>78</sup>

---

<sup>74</sup> *Guía Digital de España, 1905*. p. 231; LÓPEZ FERNÁNDEZ, Enrique y MERA FERNÁNDEZ, Felipe: *El diputado por...*, op. cit., p. 21.

<sup>75</sup> “Algunos periodistas le han interrogado sobre la veracidad de dicha noticia, y el distinguido escritor les ha contestado que no tiene noticia alguna de dicho propósito, pero que, desde luego, él tiene con el señor Portela una fraternal y antigua amistad, y si este considera que le necesita como candidato, está dispuesto a presentarse a la contienda electoral”. *La Vanguardia* (LV), 31.01.1936, p. 23.

<sup>76</sup> CARO BAROJA, Julio: *Los Baroja. Memorias familiares*. Taurus Ediciones, Madrid, 1972, p.267.

<sup>77</sup> DURÁN, José Antonio: “¿Quién fue...”, op. cit., p. 18.

<sup>78</sup> PÉREZ CRESPO, Antonio y PORTELA VALLADARES, Manuel: *Oposiciones al Cuerpo de Abogados del Estado. Contestación a las lecciones de Ley Hipotecaria contenidas en el Programa publicado en la “Gaceta” de 22 de Enero de 1902*. Madrid, Imprenta de Antonio Marzo, 1902.

Socio del Ateneo de Madrid, en la capital mantuvo su línea de afianzar amistades y entablar buenas relaciones con personas de diferentes sectores y ambientes, aumentando su nómina de apoyos y permaneciendo todavía bajo el amparo de la rama monterista del Partido Liberal. Sus cartas para encarar el salto a la política seguían siendo buenas, aunque cada año que sumaba amenazaba con poder dejarlo fuera del camino, en favor de algún otro novato candidato a candidato de menor edad, que encarnase con más exactitud el papel de joven promesa, fichaje estrella. La decisión de intentarlo al fin llegó con las elecciones de septiembre de 1905. Las circunstancias de partida eran muy favorables: su padrino, Montero Ríos, ocupaba la presidencia del consejo de ministros y, además, estaba necesitado de apoyos, pues a pesar de haber ganado el primer asalto por la sucesión de Sagasta al frente de los liberales, Segismundo Moret seguía disputándole el puesto. El *Cuco de Lourizán* contaba con una notable nómina de parientes a los que recurrir, pero no le venía mal extender sus redes más allá de la familia y alguien del perfil de Portela encajaba perfectamente en lo que necesitaba: educado políticamente en su bando, bien relacionado en Madrid y en Galicia, debutante electoral... Savia nueva a la que un empujón de ayuda engazaría en las relaciones de ayuda mutua y lealtad que sostenían la cosmovisión política de los liberales.<sup>79</sup>

Portela tenía entonces treinta y ocho años. Joven y maduro, de edad más avanzada de lo habitual para los debutantes. ¿Por qué había tardado tanto, si su camino hacia la política parecía bien encarrilado desde su regreso a Pontevedra? Es una pregunta difícil, cuya respuesta queda en el terreno de la especulación. Tal vez no tuvo prisa porque estaba demasiado enfrascado en una vida cómoda o, quizás, porque no le interesaba ser concejal de Pontevedra y prefería empezar por el escalón más alto, diputado a Cortes. Quizás porque no vio clara su oportunidad hasta esas elecciones. El caso es que fue entonces cuando decidió aceptar el ofrecimiento de los liberales de Montero Ríos, pero no se presentó por uno de los feudos típicos de esta fracción, sino por un distrito lucense, tradicionalmente muy disputado. Una vez tomada la decisión, comenzaba la pelea por convertirse en el diputado por Fonsagrada.

---

<sup>79</sup> BARRAL MARTÍNEZ, Margarita: *Montero Ríos y Compostela. Un feudo clientelar*. Barcelona, Editorial Ronsel, 2007.

## Capítulo 2. Aprendizajes electorales

Hubo en Fonsagrada cosas  
que no merecen perdón;  
hubo todo el repertorio  
de que disponen *ad hoc*  
los venturosos caciques  
que fabrican la opinión...<sup>80</sup>

El 10 de septiembre de 1905 A Fonsagrada vivió una de las jornadas electorales más movidas e inciertas de su historia. Este distrito agrícola y ganadero, de difícil acceso por el medio natural en el que se levantaba, estaba situado en la frontera de la provincia de Lugo con Asturias, rodeado de montañas y bañado por los ríos Rodil y Navia. A él pertenecían, además del municipio del que tomaba su nombre, los ayuntamientos de Navia de Suarna, Baleira y Pol, así como una sección del de Castroverde. Una circunscripción amplia y difícil, con unas redes clientelares locales muy asentadas y tan cambiante en sus afectos, que desde el inicio de la Restauración sus intereses habían sido defendidos por siete diputados diferentes. De ellos, tan sólo el liberal Pegerto Pardo Belmonte y Gil había repetido en el cargo con cierta asiduidad entre 1881 y 1899.<sup>81</sup> No era, por tanto, un distrito con simpatías definidas y se

---

<sup>80</sup> Fragmento de una coplilla satírica que publicó el semanario satírico madrileño *Gedeón*. El texto completo de la coplilla decía así: “El acta de Fonsagrada,/ que tanto nos animó/ durante las agradables/ horas de su discusión/ ¡qué símbolo nos ofrece/ tan justo y tan superior/ del régimen que gastamos/ para nuestra salvación!/ Y hoy, que hasta en Rusia pretenden/ con permiso de Trepoff,/ disponer de un Parlamento/ que gobierne la Nación,/ estos ejemplos resultan/ tristes... ¡palabra de honor!/ Hubo en Fonsagrada cosas/ que no merecen perdón;/ hubo todo el repertorio/ de que disponen *ad hoc*/ los venturosos caciques/ que fabrican la opinión.../ Por eso, casi indignado,/ dijo un joven orador:/ “¡Las Cortes de Fonsagrada,/ las presentes Cortes son!”/ ¡Bien! ¡No se ha quedado corto/ tan iracundo censor!/ ¡Es justiciera su frase/ y tiene mucha razón...!/ Porque, desgraciadamente,/ desde Cádiz al Ferrol,/ desde Sevilla a Betanzos,/ de Tortosa a Badajoz,/ ¡toda España es Fonsagrada...!/ ¡Y ande la... *fonsagración*!”: *Gedeón*, 12.11.1905, p. 6.

<sup>81</sup> La orografía y localización de Fonsagrada, en MADDOZ, Pascual: “Fonsagrada”, en *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, tomo VIII. Madrid, Estudio Tipográfico-Literario Universal, 1847, p. 125; la composición del distrito, en LÓPEZ FERNÁNDEZ, Enrique y MERA FERNÁNDEZ, Felipe: *El diputado por...*, op. cit., p. 28; los diputados de Fonsagrada, nombre, elecciones y trayectoria, en BARREIRO FERNÁNDEZ, Xosé Ramón (coord.): *Parlamentarios*

encontraba fuera del dominio monterista. Sin embargo, fue el que Portela Valladares eligió para su desembarco en la política activa, y con intención de quedarse.

La apuesta podía parecer complicada, pero si uno contaba con el respaldo del presidente del consejo de ministros, Montero Ríos, y era amigo próximo de uno de sus yernos, el entonces ministro de la Gobernación, Manuel García Prieto, el grado de dificultad se diluía de manera considerable. Aunque seguía siendo mayor que si el elegido hubiese sido un feudo monterista contrastado o, por el contrario, uno de los denominados distritos libres, los célebres “mostrencos”, en los que el gobierno garantizaba el triunfo del candidato deseado.<sup>82</sup> Y es que conseguir un acta electoral no suponía el mismo grado de dificultad en unas circunscripciones que en otras.

La concepción del juego electoral de la Restauración estaba asentada en la vocación de estabilidad política con la que Antonio Cánovas del Castillo impulsó su institucionalización. Tras medio siglo de insurrecciones y guerras civiles y con el pronunciamiento militar como principal motor del cambio político, la estabilidad se convirtió en el objetivo deseable, lo que llevó a Cánovas a intentar buscar el consenso más amplio posible entre los herederos de moderados y progresistas. Así, en mayo de 1875 convocó a quienes habían sido parlamentarios en los treinta años anteriores para que se sumasen a la elaboración de la nueva Constitución. Consiguió casi seiscientas adhesiones, de modo que se puede decir que su política de búsqueda de consenso comenzó con éxito. Este consenso se plasmó en un diseño institucional que llevaba a la práctica un cambio de mentalidad política. Ya no se trataba de excluir al adversario de los centros de poder y de toma de decisiones, sino de garantizar que todos pudieran participar en ellas sin necesidad de utilizar las armas para que llegase su momento. Claro que este “todos incluidos” acogía sólo a los llamados dinásticos, las diferentes familias del liberalismo español que habían aceptado el regreso de la monarquía borbónica en la persona de Alfonso XII. Quedaron fuera quienes no se encuadraban dentro de este espectro, principalmente republicanos y carlistas. Los dinásticos,

---

*de Galicia. Biografías de diputados e senadores (1810-2003)*, Santiago de Compostela, Parlamento de Galicia e Real Academia Galega, 2003 (2ª edición corregida y aumentada).

<sup>82</sup> MARTORELL LINARES, Miguel: “Gobiernos, mayorías parlamentarias y representación de intereses en la crisis de la Restauración”, *Política en la Restauración (1875-1923)*, vol. 2: “El Parlamento en la vida política”, p. 94; Documentos de Trabajo, Instituto Universitario Ortega y Gasset, Historia Contemporánea 02/1996.

agrupados en distintas facciones, se dividieron básicamente en dos partidos, el Conservador y el Liberal. Y comenzaron a jugar en un sistema que se asentaba en dos mecanismos esenciales: el turno y el encasillado.<sup>83</sup>

El turno garantizaba la alternancia periódica en el poder de ambos partidos. Una alternancia pacífica que se producía cuando la Corona nombraba como nuevo jefe de gobierno a quien hasta ese momento era jefe de la oposición. Este nombramiento le otorgaba la potestad de disolver el parlamento y convocar elecciones, lo que solía ponerse en práctica en un breve plazo. El resultado era una nueva mayoría en las Cortes que le permitía gobernar con comodidad. Por tanto con este sistema eran los parlamentos quienes nacían de la acción de los gobiernos y no al revés. Para garantizar estas mayorías adaptadas a las necesidades del partido gobernante entraba en juego el segundo mecanismo esencial del sistema, el encasillado, que no era sino una lista pactada entre los partidos en liza de candidatos oficiales o apoyados por el gobierno en los diferentes distritos.<sup>84</sup>

Pero no bastaba con que la mayoría fuese favorable al gobierno, también tenía que ser disciplinada y someterse a sus decisiones, lo que no resultaba tan sencillo. Y con el paso del tiempo, cada vez menos. En esta lealtad influía de manera notable a quién debiese su acta el diputado: si la había conseguido exclusivamente gracias al apoyo del poder central, su lealtad era más fuerte que si su victoria estaba vinculada al arraigo personal en un distrito o al apoyo del jefe de una facción, puesto que en este caso se podía crear un conflicto entre la conveniencia gubernamental y los intereses locales o de facción. El juego electoral, por tanto, se iba tejiendo en torno a una compleja relación de equilibrio de fuerzas entre las redes locales y el poder central, encarnado en el ministro

---

<sup>83</sup> CABRERA, Mercedes y MARTORELL, Miguel: “El Parlamento en el orden constitucional de la Restauración”, en CABRERA, Mercedes (dir.): *Con luz y taquígrafos. El Parlamento en la Restauración (1913-1923)*. Madrid, Taurus, 1998, pp. 23-64; GUTIÉRREZ, Rosa Ana y ZURITA, Rafael: “El encasillado en las elecciones de la España de la Restauración: Murcia y el País Valenciano en 1907”, *Historia Contemporánea*, 22, 2001, pp. 307-342; SIERRA, María; PEÑA, María Antonia, ZURITA, Rafael: *Elegidos y elegibles. La representación parlamentaria en la cultura del liberalismo*. Madrid, Marcial Pons, 2010; VARELA ORTEGA, José: *Los amigos políticos: partidos, elecciones y caciquismos en la Restauración (1875-1900)*. Valladolid, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura; Madrid, Marcial Pons, 2001.

<sup>84</sup> MORENO LUZÓN, Javier: “Partidos y Parlamento en la crisis de la Restauración”, en CABRERA, Mercedes (dir.): *Con luz y...* op. cit., pp. 65-102; LARIO, Ángeles: *El Rey, piloto sin brújula: la Corona y el Sistema Político de la Restauración, 1875-1902*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1999, pp. 70-72.

de Gobernación y sus apoderados provinciales, los gobernadores civiles. Según fuese la posición del candidato en este juego de poder central-local y desde el punto de vista del encasillado, las circunscripciones se dividían en tres tipos: los “mostrencos”, los “propios” y los “ciudadanos”.

Los “mostrencos” eran distritos poco movilizados, lo que permitía que el gobierno impusiese su candidato sin dificultades, es decir, el candidato que se había pactado en el encasillado: una mayoría vinculada al partido gobernante, intentando contentar a las diferentes facciones y mantener cierto equilibrio interno, y un cierto número de diputados de los partidos integrados en la oposición, incluidos, con el paso del tiempo, algunos representantes republicanos. Los distritos propios, en cambio, eran aquellos donde un candidato podía salir elegido una elección tras otra sin que importase las simpatías o el apoyo que tuviese de Gobernación. Además del propio “personal”, también se podía considerar distrito propio aquel en el que siempre saliese victorioso el aspirante vinculado a una misma facción. Por último, los distritos ciudadanos se caracterizaban por una creciente movilización social que dificultaba la manipulación electoral por parte del gobierno y garantizaba una competencia real. Si durante los primeros años de la Restauración los distritos dominantes eran los libres, lo que facilitaba la elaboración de un encasillado satisfactorio para los implicados, a principios del siglo XX había aumentado considerablemente el número de propios y ciudadanos. Una evolución que se debió a la combinación de dos fenómenos: la creciente movilización del electorado urbano y la debilidad de los partidos dinásticos, especialmente cuando, tras la desaparición de Cánovas y Sagasta, llegó el momento del relevo de liderazgo.<sup>85</sup>

Teniendo en cuenta esta clasificación, ¿qué tipo de distrito era aquel en el que Portela Valladares decidió iniciar su carrera política? Fonsagrada no se podía considerar un distrito de la facción monterista, ni tampoco uno propio, entendido como vinculado a un candidato concreto, puesto que para un diputado elegido no era fácil “recuncar” en la siguiente legislatura. Tampoco era un distrito ciudadano, con un electorado altamente movilizado, algo que se daba más bien en circunscripciones urbanas y que no llegó a ser

---

<sup>85</sup> MARTORELL LINARES, Miguel: “Gobiernos, mayorías... op. cit., pp. 93-95.

un fenómeno de alcance tan importante durante la Restauración, menos aún a estas alturas de siglo.<sup>86</sup>

Descartadas dos de las tres opciones, sólo nos queda una alternativa: la del distrito libre, pero no era fácil para el gobierno imponer su candidato en Fonsagrada sin contar con las fuerzas locales. En 1905 conseguir el acta sin el apoyo de Manuel Díaz Díaz, diputado provincial, juez municipal ocasional y hermano del alcalde, Enrique Díaz Díaz, era casi imposible. O al menos esa parecía la opinión de José Lombardero, político conservador, director del diario *El Noroeste* y diputado por Fonsagrada desde 1903. El 28 de agosto visitó a Manuel Díaz para pedirle el respaldo para su reelección en los comicios del 10 de septiembre, pero este le comunicó que ya había comprometido su apoyo con León Urzáiz y Cuesta, candidato liberal. Y Lombardero decidió no presentar su candidatura.<sup>87</sup>

Difícilmente, pues, se puede considerar libre un distrito con semejante peso de los caciques locales, con lo que Fonsagrada no encaja exactamente con ninguno de los tres tipos. Con ello, pone de manifiesto algo que en realidad es bastante habitual: los modelos tienden a dejar espacios intermedios que llevan a que con cierta frecuencia los ejemplos concretos no encajen sin fisuras en las categorías prefijadas. De este modo, entre los distritos libres y los propios aparece una cuarta tipología a la que podríamos denominar “falsos mostrencos” o “propios encubiertos”, que se refiere a aquellas circunscripciones propias en el sentido amplio, que no eran feudo de un candidato concreto pero sí estaban controladas por el jefe de una facción (en este caso, de un grupo local), que colocaba a sus amigos, clientes o aquellos a los que por alguna conveniencia o acuerdo de intereses, decidía apoyar. Estos distritos podrían pasar por “mostrencos” porque con frecuencia el gobierno conseguía imponer a su candidato tras

---

<sup>86</sup> Como señala Miguel Martorell, no hay que sobrevalorar el peso de los distritos ciudadanos durante la Restauración, pues las leyes electorales se encargaron de frenar los efectos de la movilización urbana, reduciéndolos casi exclusivamente a la política municipal. Lo que hizo el sistema, en realidad, fue adaptarse a las nuevas necesidades, intentando asimilar a las fuerzas que fueron ganando importancia. De este modo, una parte importante de los diputados republicanos alcanzaron su escaño gracias al encasillado. *Ibídem*, p. 94.

<sup>87</sup> BARREIRO FERNÁNDEZ, Xosé Ramón (coord.): *Parlamentarios de Galicia...* op. cit., pp. 367-368; *El Norte de Galicia*, 29.08.1905, p. 3; LÓPEZ FERNÁNDEZ, Enrique y MERA LÓPEZ, Felipe: *El diputado por Fonsagrada...* op. cit., pp. 13-14.

negociar con la red local, pero precisamente por eso no lo eran, puesto que no dependían únicamente de la voluntad del gabinete de turno.

La clave es que casi siempre, y más conforme transcurrió el tiempo, el gobierno se veía obligado a negociar el encasillado con las fuerzas vivas locales, convirtiendo su elaboración en una compleja operación a tres bandas, en la que tenía que contentar a sus propias facciones, a los partidos de la oposición y a las redes locales. Por tanto, el “mostrenco” puro casi nunca existió y conforme avanzó la Restauración, y la unidad de los partidos se fue resquebrajando, menos todavía. El margen de maniobra gubernamental era mucho mayor en un primer momento, mientras que con el devenir de los años se fue estrechando. Las redes locales tendían a promover candidatos afines que garantizaran la defensa de los intereses en una buena parte de distritos, transformando algunos de ellos en propios, al asentarse en ellos un diputado que cubría las expectativas que ponían sobre él. Al mismo tiempo, otros se fueron abriendo y terminaron por transformarse en ciudadanos.

Desde esta perspectiva resulta más sencillo comprender por qué Portela Valladares escogió el distrito de Fonsagrada para su desembarco político. Se trataba de un distrito sin dueño claro en el sentido político nacional, de modo que con el apoyo decidido del poder central sus posibilidades de éxito eran relativamente amplias. Al mismo tiempo, la fuerza de las redes locales y su no vinculación definitiva a un diputado concreto, le marcaba la hoja de ruta que debía seguir para poder establecerse allí de manera permanente. Sólo tenía que conseguir atraerse a estas redes o imbricarse en el distrito de tal modo que pudiera crear las suyas propias y, con ello, alcanzar independencia y poder dentro de su partido. No tenía ninguna relación real con esa circunscripción que, aunque gallega, no era próxima a su Pontevedra natal, ni tampoco se justificaba su elección por razones de amistad, sino más bien por las cuestiones de oportunidad.

## **2.1. Los intensos preparativos**

El 23 de junio de 1905, horas antes de la festiva noche de San Juan, Alfonso XIII encargó a Eugenio Montero Ríos la jefatura del nuevo gobierno. Con este



nombramiento volvía el turno a manos de los liberales, tras los gobiernos conservadores que se habían sucedido desde que Sagasta abandonase el poder por problemas de salud en diciembre de 1902. Con la presidencia del gabinete, Montero se hacía por extensión con la jefatura de su partido, posición que desde la desaparición de Sagasta se disputaba con otros prohombres liberales, especialmente Moret. La designación del rey lo distinguía como líder, por lo que todas las facciones se unieron momentáneamente bajo su mando, aunque se trataba de una unión endeble, como reflejó la negativa de Moret, Canalejas y López de Puigcerver a formar como ministros del nuevo ejecutivo. Montero tenía en aquel momento setenta y tres años, por lo que sus rivales por la jefatura veían su gobierno como una solución transitoria.<sup>88</sup>

La composición del gabinete estuvo condicionada por esas negativas y obligó al *Cuco de Lourizán* a tirar de elementos diversos. En Gobernación, puesto clave en el entramado electoral, situó a uno de sus yernos, Manuel García Prieto. Y en Agricultura, Industria, Comercio y Obras Públicas, cartera que meses después resumió su nombre bajo la definición de Fomento, a un ilustre moretista, el conde de Romanones. Aunque en una muestra más de la complejidad que caracterizaba a los partidos de élites de este momento, Álvaro de Figueroa no dejó de destacar que en ese gobierno sólo se representaba a sí mismo. Sin distanciarse aún de Moret, Romanones avanzaba tímidamente hacia la conformación de su propio grupo dentro del partido.<sup>89</sup>

Si los líderes de las facciones liberales ya consolidadas creían que el relevo que esperaban en la jefatura se produciría, como muy tarde, al finalizar el verano, se equivocaban. Montero no sólo no se marchó sino que convocó elecciones legislativas para el domingo 10 de septiembre: su objetivo era formar un parlamento que le fuese favorable sesenta días después de su llegada al poder. Cumplía así la sentencia que Azorín expresó en sus *Andanzas de un candidato*, según la cual, todos los gabinetes se

---

<sup>88</sup> Sagasta dejó el Gobierno el 5 de diciembre de 1902, justo un mes antes de su muerte, y fue sustituido por el conservador Francisco Silvela, que inauguraba una serie de breves gobiernos de su partido. Tras él vendrían Raimundo Fernández Villaverde (20 de julio-5 de diciembre de 1903), Antonio Maura (5 diciembre 1903-16 de diciembre de 1904), Marcelo Azcárraga (16 diciembre 1904-27 enero 1905) y de nuevo Fernández Villaverde (27 enero-23 de junio 1905): MORENO LUZÓN, Javier y VILLARES, Ramón: *Restauración y Dictadura. Historia de España*, vol. 7 (dirigida por Josep Fontana y Ramón Villares). Barcelona, Crítica-Marcial Pons, 2009.

<sup>89</sup> MORENO LUZÓN, Javier: *Romanones. Caciquismo y política liberal*. Madrid, Alianza Editorial, 1998, p. 229; DE FIGUEROA Y TORRES, Álvaro, Conde de Romanones: *Notas de una vida* (edición de Javier Moreno Luzón). Madrid, Marcial Pons, 1999, p. 201.

tomaban “tres o cuatro meses para preparar el artificio electoral”, lo que además de fortalecer su posición les permitía gozar de un paréntesis de “tranquilidad y dulzura”, mientras todo el mundo se dedicaba a intentar favorecer sus propias expectativas.<sup>90</sup>

Pero esa segunda parte no se cumplió del todo en esta ocasión. El verano de 1905 no fue un remanso de paz para el gobierno de Montero, que vio como algunos de sus compañeros, miembros de otras facciones, se movían por su cuenta buscando su propio hueco. Especialmente los moretistas, que a la espera de ese relevo de jefatura con el que contaban, querían fijar posiciones. El gobierno contraatacó intentando que los resultados no favoreciesen a ninguna facción en especial, incluso a costa de ser excesivamente generoso con los conservadores. Esto provocó las quejas de los moretistas, molestos por no contar con el respaldo gubernamental (eso sí, donde este grupo era el que ostentaba el poder, como sucedía por ejemplo en el gobierno civil de Canarias, fueron los moretistas quienes hostigaron a los candidatos oficiales).<sup>91</sup> Con este panorama de intrigas y expectación, el *Cuco de Lourizán* necesitaba todos los aliados posibles, había que ampliar la “familia” con nuevas caras y, demostrada su lealtad en los años pontevedreses, Portela era un fichaje perfecto. Con la seguridad de entrar en política con el respaldo más potente, la joven promesa ya no tan joven, por fin se arriesgó.

La maquinaria del poder central estaba lista para apoyar su candidatura en lo que hiciese falta. Y los nombres no podían ser más favorables. Al frente del gobierno, Montero Ríos, el jefe por el que ya se había partido la cara. Como ministro de Gobernación y diseñador de operaciones electorales y encasillados, el amigo García Prieto. En la subsecretaría, correa de transmisión entre las altas esferas y el trabajo a pie de campo, Juan Fernández Latorre, un ex republicano, ex compañero de Montero en el Partido Demócrata, diputado, periodista, fundador de *La Voz de Galicia* y otro gallego más en el equipo. Y en el Gobierno Civil, encargado de bregar con la realidad cercana, Leopoldo Riu, abogado y político valenciano, próximo a Canalejas, eficiente y obediente en su cargo, que manejaba con la experiencia de quien ya se había visto en

---

<sup>90</sup> BARRAL MARTÍNEZ, Margarita: *Montero Ríos...*, op. cit., pp. 149-151; la cita de Azorín, en MORENO LUZÓN; Javier y VILLARES, Ramón: *Restauración y Dictadura...*, p. 98.

<sup>91</sup> “Es hora”. *El Norte de Galicia*, 1.08.1905, p. 1.

esas lides en numerosas ocasiones (desde 1898 había ocupado el sillón de gobernador en Cáceres, Ourense, Alicante y Badajoz).

Aunque la convocatoria oficial de la disolución de las Cortes no se publicó hasta el 20 de agosto, los implicados sabían que un buen puchero electoral se cocinaba a fuego lento, así que desde principios de verano comenzaron los movimientos. Sin prisa, pero sin pausa hasta que llegó agosto, momento en el que empezaron a subir el ritmo. Así, los días 3 y 4 el gobernador civil, Leopoldo Riu, recibió sendos telegramas del subsecretario y del ministro de Gobernación donde en el sutil lenguaje habitual le dejaban claro que Portela era el candidato oficial. Del “*amigo Portela*”, escribía Fernández Latorre, “nos ocupamos con todo el cariño que le tenemos y el especial interés que merece al Ministro”. “Ya sabe la íntima amistad que con él me une”, repetía García Prieto. Riu tomó nota y se puso manos a la obra.<sup>92</sup>

Su primera preocupación fue el otro candidato, León Urzáiz y Cuesta, a quien apoyaban las redes locales. Teniente coronel de artillería, había sido gobernador de Lugo hasta pocos meses antes y en agosto de 1905 lo era de la provincia de Málaga. También era miembro del Partido Liberal y, pese a ello, se presentaba sin apoyo oficial y frente al compañero que sí lo tenía. Un candidato rebelde a su partido y un gobernador rebelde a su gobierno, en el que su hermano Ángel había sido ministro de Hacienda apenas quince días, abandonando su puesto por un desacuerdo con Romanones, ministro de Agricultura, Industria, Comercio y Obras Públicas. El conde había diseñado un plan de construcción de caminos vecinales y reparación de carreteras para Andalucía, al que el responsable de Hacienda se opuso con rotundidad. Urzáiz acusaba al autor del proyecto de distribuir los catorce millones presupuestados según criterios amiguistas, pero Montero Ríos apoyó enérgicamente a Romanones y el acusador abandonó fulgurantemente el gabinete. El eterno diputado por Vigo, que había conseguido la proeza de desbancar a su anterior diputado eterno, el conservador José Elduayen, rompió con los liberales por esta disputa y tras una efímera aproximación a Maura,

---

<sup>92</sup> “Documentación electoral. Lugo. Fonsagrada” AHN, FC Ministerio Interior Legajo 22 A, Libro 4, expediente 3.

terminaría distanciado de los dos partidos dinásticos. Curiosamente, su hijo Joaquín Urzáiz Cadaval sería ministro de Estado en los gobiernos republicanos de Portela.<sup>93</sup>

¿Venía la rebeldía persistente de León Urzáiz por contagio del desencanto que experimentó su hermano con Montero Ríos y los suyos? Hay que recordar que en aquel momento León era gobernador civil de Málaga y, casualidad o no, a lo largo del mes de agosto la prensa publicó noticias contradictorias sobre la situación de los créditos repartidos en esta provincia. Mientras Romanones manifestaba su tranquilidad sobre las medidas económicas que había adoptado para paliar las consecuencias de la crisis agraria, el señor gobernador, esto es, León Urzáiz, se quejaba públicamente de que los escasos fondos recibidos por algunos de los municipios de su provincia se habían agotado y pedía al gobierno que tomase medidas para evitar conflictos y solucionar el problema. Si esta queja se publicaba en la prensa el 22 de agosto, apenas una semana después, los diarios lucenses recogieron el rumor de que el ex ministro de Hacienda se disponía a viajar a Fonsagrada para apoyar explícitamente la candidatura de su hermano.<sup>94</sup> Fuese por razones familiares, por sus propios intereses políticos o por una mezcla de ambas cuestiones, la cuestión es que León Urzáiz mantuvo con contumacia su candidatura, desafiando las indicaciones de sus superiores. Tirando de los contactos que había hecho durante su período como gobernador lucense, se entrevistó con el hombre clave de las elecciones en la comarca buronesa, Manuel Díaz, y consiguió su apoyo. Un apoyo tan importante que, como ya se ha dicho, llevó al entonces diputado, José Lombardero, a renunciar a presentarse a la reelección.

Leopoldo Riu, consciente de que este candidato, o más bien sus padrinos, eran un hueso duro de roer, se marcó como primera línea de trabajo conseguir que no se presentase. Y aunque preparó un plan de actuaciones por si Urzáiz no se retiraba, el gobernador lucense sólo confiaba en el éxito de su misión si no tenían que enfrentarse a las redes locales. En este sentido escribió repetidamente durante todo el mes de agosto a sus superiores, insistiendo en que la participación de Urzáiz era un obstáculo prácticamente insalvable. Siguiendo su consejo, el gobierno comenzó a presionarlo para

---

<sup>93</sup> BARREIRO FERNÁNDEZ, Xosé Ramón: *Parlamentarios de Galicia...*, op. cit., pp. 716-719; MORENO LUZÓN, Javier: *Romanones...*, op. cit., pp. 229-230; DE FIGUEROA Y TORRES, Álvaro, Conde de Romanones: *Notas...*, op. cit., pp. 202-203.

<sup>94</sup> *ABC*, 22.08.1905, p. 9; *El Norte de Galicia*, 27.08.1905, p. 2.

que diese marcha atrás. Como primera medida, se impulsó la idea de que un gobernador civil no podía mantenerse en su cargo si se presentaba como candidato a diputado. Desde Gobernación se justificaba esta decisión para garantizar una “sinceridad” electoral que el propio Montero Ríos había defendido públicamente como un empeño personal. La medida afectó a varios gobernadores que pretendían participar en las elecciones y que no pensaban dimitir hasta que hubiesen conseguido su acta, provocando que la mayoría de ellos renunciase a sus planes parlamentarios. Además de Urzáiz, sólo dos de ellos mantuvieron su candidatura. Uno de ellos, Luis Armiñán y Pérez, gobernador civil de Coruña y que se presentaba por Málaga, sí dimitió. En cambio, Gustavo Muñoz Oñativia, canalejista y diputado en 1901 por Nules, Castellón, intentó repetir acta por este distrito sin abandonar el gobierno civil de Pontevedra. A diferencia de Urzáiz, no recibió presiones para que lo hiciese, pues él sí contaba con el beneplácito del gabinete monterista para su candidatura, aunque esto no evitó su derrota frente al conservador Bernardino de Melgar Abreu.<sup>95</sup>

Montero Ríos intentó justificar su apoyo a Muñoz Onativia señalando que la “sinceridad” electoral sólo se veía amenazada cuando el distrito de la candidatura se encontraba en la misma provincia de la que se era gobernador civil. Pero al igual que Nules se situaba en Castellón y no en Pontevedra, la lucense Fonsagrada no se localizaba precisamente en Málaga. Para defenderse de los comentarios de la prensa, que señalaba abiertamente la diferencia de criterio del gobierno, Montero empezó a insistir públicamente en la neutralidad de ambos gobernadores. Sin embargo, en la trastienda se siguió trabajando en busca de la dimisión del candidato rebelde de Fonsagrada. A ello contribuyó la campaña seguida por la prensa afín al gabinete, especialmente la de Lugo, que no dejaba de repetir lo inconveniente que era la insistencia de Urzáiz por presentarse, al tiempo que lo acusaban de hacerlo con el apoyo de los conservadores locales y en detrimento de los intereses de su propio partido. La

---

<sup>95</sup> Presiones a Urzáiz, en “Telegrama del Presidente del Consejo de ministros al ministro de Gobernación”, en “Documentación electoral. Lugo. Fonsagrada” AHN, FC Ministerio Interior Legajo 22 A, Libro 4, expediente 3; “sinceridad electoral”, en entrevista a Montero Ríos en *La Correspondencia Española* 18.08.1905, reproducida por *El Norte de Galicia*, 19.08.1905, pp. 1-2; información sobre Luis Armiñán Pérez, Gustavo Muñoz Onativia y Bernardino de Melgar Abreu, en *ABC*, 4.09.1949, p. 11; *ABC*, 29.08.1905, p. 10; *El Norte de Galicia*, 24.08.1905, p. 2 y Archivo Histórico del Congreso de los Diputados, en red (<http://www.congreso.es/>).

campaña en contra pronto incluyó también críticas a su gestión como gobernador en Málaga, por ejemplo en relación con un “sangriento suceso ocurrido en el Círculo Mercantil”, circunloquio con el que se referían a un duelo protagonizado por miembros de esta sociedad.<sup>96</sup>

Pero todas las peticiones, críticas y presiones parecían inútiles. El candidato no deseado desoía las indicaciones y no parecía dispuesto a renunciar ni al puesto que ocupaba ni a la candidatura. Y cuando finalmente decidió escoger, optó por lo contrario de lo que se esperaba de él, abandonando el gobierno civil y manteniéndose en la lucha por ser el diputado por Fonsagrada. Mientras, la prensa conservadora recibía con regocijo este tira y afloja, relatando cada capítulo y utilizándolo como ejemplo perfecto de la desunión que reinaba en el Partido Liberal.

La fecha de los comicios se acercaba y visto que Urzáiz no desistía de presentarse, Riu concedió prioridad al plan B. No renunció por ello a pugnar por la retirada deseada, pero más valía no quedarse quietos por si acaso. Así que se centró en el poder local y siguió los cauces habituales: sustitución de ayuntamientos y concejales no favorables, defensa acérrima de los que sí lo eran y contra los que cargaban los rivales, y búsqueda de su propio muñidor fonsagradino. El elegido para desempeñar este papel fue Castor Aira Barrera, secretario municipal de Fonsagrada en 1887, quien tuvo una carrera en el ayuntamiento bastante accidentada. En 1890 había sido sustituido por Gerardo Miranda Seijo, el hombre a quien él mismo había sucedido y a quien volvió a reemplazar en 1893. En esta segunda ocasión se mantuvo en el cargo hasta 1895, fecha en la que el alcalde decretó su suspensión y lo apartó de su puesto. Se le abrió un expediente administrativo que dio lugar a una cadena de recursos que desde diciembre de 1901 permanecía a la espera, aguardando una respuesta del Ministerio de Gobernación.

Tras casi cuatro años en la montaña de asuntos pendientes de resolución, la contestación llegó “casualmente” el 17 de agosto de 1905. Algo tan “casual” como el hecho de que el alcalde que había ordenado la separación de Aira fuese Enrique Díaz, quien seguía ocupando la alcaldía, o que uno de los jueces que había desestimado su recurso fuese el hermano de este y célebre muñidor electoral, Manuel Díaz. Este

---

<sup>96</sup> *El Regional*, 28.08.1905, p. 2.

conjunto de “casualidades” convertía a Castor Aira Barrera en el candidato ideal para ser el hombre clave de las componendas electorales de Portela en Fonsagrada. ¿Qué mejor que controlar al secretario municipal, cuyo cargo lo convertía también en secretario de la junta municipal del censo? ¿Y quién mejor para desempeñar este puesto que alguien con razones personales suficientes para desear frustrar los planes de los dos hombres fuertes del caciquismo local? Compartir enemigos comunes parecía una garantía de fidelidad apropiada para comenzar una fructífera relación clientelar. Los Díaz parecían opinar lo mismo, pues se resistieron todo lo posible a aceptar esta reposición e intentaron retrasar el cumplimiento de la Real Orden por la que se les instaba a devolver a Castor Aira a su puesto. Así, el 27 de agosto todavía seguían remoloneando, hasta el punto de que Leopoldo Riu solicitó permiso a Gobernación para enviar un delegado gubernativo que se encargase de materializar la resolución ministerial. Finalmente, el antiguo secretario volvió al ayuntamiento cuando casi comenzaba septiembre.<sup>97</sup>

El otro frente al que el gobernador se dedicó con energía fue la relación de los ayuntamientos del distrito. Tan sólo eran favorables a la candidatura de Portela el de Navia y la sección de Castroverde que pertenecía a la circunscripción. Sin embargo, el peso del censo de estas localidades era muy inferior al de Pol, Baleira y Fonsagrada, por lo que su adhesión no era suficiente. Resultaba imperativo modificar el reparto de apoyos. La primera estrategia de Leopoldo Riu fue intentar consolidar alianzas y atraer para la causa que defendía algún partidario más a través de pactos y diálogo. Con este objetivo, el 14 de agosto se reunió con los miembros de todas las corporaciones municipales buscando pulsar opiniones, confirmar adictos y negociar un cambio de posición con quienes se alineasen abiertamente con el bando rival. El resultado de las entrevistas no fue demasiado satisfactorio, por lo que se impuso un cambio de actitud. Así se lo contaba a Portela a través del cauce habitual, los telegramas internos con sus superiores de Gobernación:

---

<sup>97</sup> Para las funciones electorales del secretario municipal, “Real Orden del 26 de junio de 1890 por la que se aprueba la Ley Electoral”, *Gaceta de Madrid*, Tomo II, nº. 180, p. 902, 29.06.1890; para el proceso de selección, destitución y reposición de Castor Aira Barrera, “Documentación electoral. Lugo. Fonsagrada” AHN, FC Ministerio Interior Legajo 22 A, Libro 4, expediente 3; *El Regional*, 28.08.1905, p. 2; *El Norte de Galicia*, 9.09.1905, p. 2; LÓPEZ FERNÁNDEZ, Enrique: *El diputado...*, op. cit., pp. 28-29.

Han comparecido hoy a mi presencia Alcaldes Baleira, Pol y Castroverde. En resolución me han dicho los dos primeros estaban comprometidos con Urzáiz, sin que mis ofrecimientos les disuadiesen; Castroverde nuestro en absoluto, lo mismo que Navia. Pero como estos dos censos no contrarrestan al de Fonsagrada y la oposición que nos anuncian en Pol y Baleira, tendremos que apelar necesariamente a recurso extremo, que dado lo avanzado del tiempo no puede ser otro en mi sentir que el procesamiento de estos tres Ayuntamientos, o por lo menos, Fonsagrada ya que para ello no es obstáculo el período electoral. Cuando V. venga trataremos de eso detenidamente.<sup>98</sup>

La adhesión de los miembros de la corporación era muy importante para tener posibilidades de éxito en las elecciones correspondientes, no sólo por la posible influencia que tuviesen entre los vecinos, importante para inclinar su voto en un sentido determinado, sino por el papel que por su cargo desempeñaban en el proceso. En primer lugar, porque formaban parte de la junta municipal del censo, de modo que además de intervenir en la elaboración del mismo, eran los encargados de redactar las listas de ciudadanos con derecho a voto correspondientes a cada una de las secciones en las que hubiese que dividir el municipio para la elección. En cada sección se constituía una mesa electoral en la que sólo podían votar aquellos ciudadanos que estuviesen incluidos en la lista correspondiente. Y era el alcalde quien se encargaba de entregarles la versión definitiva el mismo día de la elección. Aparecer en dichos registros era condición *sine qua non* para poder participar en unas elecciones, de ahí que controlarlos no fuese cuestión baladí. Por otro lado, el alcalde y los concejales estaban llamados a formar parte de las mesas electorales junto a los interventores designados. Salvo renuncia, el alcalde presidía la mesa de la sección principal, si es que había varias secciones, mientras que los tenientes de alcalde y los concejales designados se iban repartiendo entre las demás. El presidente era la máxima autoridad del colegio electoral, con la última palabra para admitir o negar el derecho a votar a aquellos electores de quienes se suscitaban dudas sobre su personalidad, e incluso podía expulsar del colegio a quien considerase oportuno. También participaba en el escrutinio y su firma determinaba la

---

<sup>98</sup> Telegrama del Gobernador Civil de Lugo al Ministro de la Gobernación del 14 de agosto de 1905. En “Documentación electoral. Lugo. Fonsagrada” AHN, FC Ministerio Interior Legajo 22 A, Libro 4, expediente 3.



legalidad de las actas, de modo que sus maneras de interrumpir, boicotear y controlar el proceso eran variadas, lo que los convertía en aliados deseados y necesarios.<sup>99</sup>

Tras comprobar que su táctica de acercamiento no funcionaba, Leopoldo Riu decidió cambiarse a la estrategia contraria. Para ello optó por intentar el viejo recurso de destituir ayuntamientos y nombrar gestoras, un recurso cuya eficacia había demostrado durante décadas la gran autoridad del caciquismo lucense, Manuel Vázquez de Parga, el conde de Pallares, y que también quisieron aplicar Manuel Díaz y los suyos.<sup>100</sup> En este caso eran los concejales de Navia, el único ayuntamiento completo favorable a Portela, los que estaban en su punto de mira. Pero ni unos ni otros se atrevieron a tomar medidas drásticas y se limitaron a amenazar con mover sillas y detener concejales, tiñendo agosto de rumores. Así, ante el temor de que la corporación naviega fuese suspendida, el gobernador recomendaba a sus superiores de Gobernación que si esto llegase a suceder, tratasen de dilatar en el tiempo el cumplimiento de dicha orden. Y en caso de que no consiguieran llevarlo más allá de las elecciones, que nombrasen una gestora que estuviese formada por “gente de confianza”. En la misma línea, insistía una y otra vez en intervenir el ayuntamiento más díscolo y problemático, el de Fonsagrada.<sup>101</sup>

Pero agosto fue avanzando sin que ninguno de los bandos propiciase ninguna destitución. La vuelta de Aira Barrera a la secretaría de Fonsagrada fue el único cambio destacado en las piezas municipales del distrito, mientras continuaba la presión a Urzáiz para que retirase su candidatura, pero tampoco aquí se produjeron avances. La lucha se jugaba cada vez más en las distancias cortas, por lo que la presencia en el distrito era fundamental. Al menos esa era la opinión de Leopoldo Riu, que reclamó la presencia de Portela en el campo de batalla, y este le hizo caso enseguida: el 16 de agosto cogió el correo a Lugo y se instaló en Fonsagrada. Su tiempo en el municipio lo dedicó a intentar aumentar sus apoyos en la región. Fueron días de largas reuniones y cenas, en las que profesionales liberales (médicos, abogados, farmacéuticos...), pequeños propietarios y

---

<sup>99</sup> “Real Orden del 26 de junio de 1890 por la que se aprueba la Ley Electoral”, *Gaceta de Madrid*, Tomo II, nº. 180.

<sup>100</sup> VEIGA ALONSO, Xosé Ramón: *O conde de Pallares e o seu tempo, 1828-1908. Aproximación ó activismo das elites na Galicia decimonónica*. Lugo, Deputación Provincial Publicacións, 1999, p. 310.

<sup>101</sup> Telegramas del Gobernador Civil de Lugo al Subsecretario y Ministro de la Gobernación del 9, 10, 12, 24 de agosto de 1905. En “Documentación electoral. Lugo. Fonsagrada” AHN, FC Ministerio Interior Legajo 22 A, Libro 4, expediente 3.

familias arraigadas en el lugar se convirtieron en su objetivo. Y aunque para esta elección todavía no resultaron determinantes, en este punto comenzaron sus contactos con los Peñamaría, especialmente con Antonio, Sergio y Octavio, que andando el tiempo se convertirían en sus hombres de confianza en el distrito. Antonio, incluso más allá, pues siempre de la mano de Portela llegaría a ser gobernador civil de varias provincias e incluso uno de los diputados electos por su Partido de Centro en los comicios de 1936.<sup>102</sup>

Con la vista puesta en el domingo 3 de septiembre, fecha de proclamación de los candidatos y del nombramiento de interventores para las mesas electorales, el objetivo de Portela era garantizarse la designación de un número adecuado de interventores favorables a sus intereses. Estos, ciudadanos electores del distrito que supiesen leer y escribir, formaban parte de la mesa electoral, permanecían todo el día en el colegio e intervenían en el recuento y la elaboración del acta de escrutinio de su mesa, lo que los convertía en una interesante arma de control y manipulación electoral. Y la principal razón para ser proclamado candidato, puesto que según la ley de 1890, la norma vigente en esos comicios, no era necesario ser proclamado candidato para poder presentarse a las elecciones. Pero los candidatos proclamados podían designar interventores, uno por distrito y sección cuando había dos o más candidatos. Esa era su gran ventaja.<sup>103</sup>

Aunque ellos no eran los únicos que podían designar interventores. También gozaban de este derecho los exdiputados a Cortes que hubiesen representado al distrito en discordia o a cualquier otro de la misma provincia. Incluso los candidatos no electos pero que hubiesen contado con el apoyo de al menos la quinta parte de los votos emitidos. Y los ex senadores que hubiesen representado a la provincia a la que perteneciese la circunscripción. Demasiadas oportunidades que no se podían desaprovechar. Así, durante los días finales de agosto los movimientos de Portela traspasaron los límites de Fonsagrada en su intento de conseguir que exdiputados y senadores liberales que cumpliesen los requisitos marcados enviasen un poder a su nombre para la designación de interventores. También en esta cuestión entraron en

---

<sup>102</sup> *Ídem*. LÓPEZ FERNÁNDEZ, Enrique: *El diputado...*, op. cit., pp. 28-30; *El Regional*, 17.08.1905; *Diario de Galicia*, 18.08.1905.

<sup>103</sup> “Real Orden del 26 de junio de 1890 por la que se aprueba la Ley Electoral”, *Gaceta de Madrid*, Tomo II, n.º. 180, p. 904.

juegos las amistades políticas y el intercambio de intereses. El hombre clave para los nombramientos en la provincia fue Benigno Quiroga López Ballesteros, liberal moretista diputado por la capital de la misma desde 1881, que mantenía su acta sin sobresaltos, entre otras cosas, gracias a su pacto con el conde de Pallares.<sup>104</sup> A través de él, que se presentaba por la ciudad de Lugo una vez más, llegaron los deseados poderes notariales. La mayoría de los exdiputados liberales que los firmaban se presentaban por otros distritos, como Tristán Álvarez de Toledo, duque de Bivona y conde de Xiquena, exdiputado por Quiroga y ya entonces enraizado en Jaca, o Fernando Soldevilla, periodista de *El Año Político*, que había sido diputado por Becerreá en 1893. Pero no todos apoyaron la candidatura oficial y así, por ejemplo, Cristino Martos Llobel, diputado por Chantada en 1901 y que en aquella ocasión se presentaba por Gaucín (Málaga), decidió cedérselo a León Urzáiz. Portela intentó mover sus hilos para conseguir que lo revocase ante la junta electoral provincial, pero Martos no cambió de idea: quizás Urzáiz no fuese el candidato oficial, pero seguía siendo el gobernador de Málaga, la provincia por la que él mismo se presentaba, y había que cuidar su favor.<sup>105</sup>

El punto álgido de tensión entre los bandos se vivió en septiembre, especialmente durante la semana previa a las elecciones. Se acababa el tiempo, los movimientos, los errores y aciertos podían ser ya definitivos. No era cuestión de escatimar esfuerzos, aunque siempre calculados. El enfrentamiento se personalizó en quienes aparecían como líderes de cada una de las fracciones, no los dos candidatos, sino los dos Manueles, Díaz y Portela, que convirtieron *El Norte de Galicia* en el escenario público de un duelo dialéctico. En una carta abierta dirigida al diario conservador, Díaz acusaba a Portela de ser el anónimo autor de un artículo publicado el 26 de agosto en *La Idea Moderna*, bajo el título “Las Elecciones en Fonsagrada”. El texto explicaba las relaciones e intereses que unían al cacique buronés con Urzáiz desde sus tiempos como gobernador en Lugo y señalaba al juez municipal como el cabecilla de toda una serie de maniobras y chanchulleos encaminados a garantizar el triunfo de su amigo. En su respuesta, Manuel Díaz se declaraba ofendido por semejantes insinuaciones, denunciaba

---

<sup>104</sup> VEIGA ALONSO, Xosé Ramón: *O conde de Pallares...* op. cit., pp. 558-561.

<sup>105</sup> Telegramas del Gobernador Civil de Lugo al Subsecretario y Ministro de la Gobernación del 31 de agosto al 3 de septiembre de 1905. En “Documentación electoral. Lugo. Fonsagrada” AHN, FC Ministerio Interior Legajo 22 A, Libro 4, expediente 3.

la persecución a la que decía estar sometido por los portelistas y si bien reconocía su aprecio por Urzáiz, un buen hombre y un político eficaz, se declaraba ajeno a sus asuntos electorales. Consideraba que el cruce de acusaciones, la tensión que se vivía y el trato injusto que recibía su persona eran fruto de la guerra declarada entre los dos bandos liberales de la comarca. Remataba el artículo dándole la puntilla a Portela, a quien atribuía la intención de preparar un pucherazo en toda regla arrasando a su paso con quien hiciera falta: “Esta es la sinceridad electoral y así es como hace su entrada en el distrito un candidato”.<sup>106</sup>

El contraataque de Portela no se demoró y apenas dos días más tarde, el 2 de septiembre, respondía a Díaz en las mismas páginas que este había utilizado para acusarlo. Su escrito era más corto que el de su rival y también más conciso. Se limitaba a refutar las acusaciones recibidas. Así, negaba ser el autor del artículo que se le adjudicaba y también que tuviese planeado encarcelar o procesar a ningún concejal hostil a su candidatura, dejando caer así, aun sin acusar directamente, que tal vez se lo habían planteado aquellos a quienes se enfrentaba: “El concepto de la justicia y el respeto a los tribunales no son los mismos para todos los individuos.” En el resto de temas no entraba (“no me atañen tan personalmente”), zanjando así el asunto sin dar pie a que Manuel Díaz respondiese de nuevo.<sup>107</sup>

Y mientras los Manueles se ponían los puntos sobre las íes en la prensa lucense, las respectivas maquinarias electorales seguían en marcha. La Junta Provincial se mostró remolona en la proclamación de interventores, entre otras cosas por la tardanza con la que la corporación municipal de Fonsagrada le remitió las listas en las que se glosaba la composición de las mesas y se designaban los correspondientes locales electorales. Así, aunque el pleno aprobó ambas cuestiones el 26 de agosto, estas listas no llegaron al poder de la Junta hasta el día 5 de septiembre, fecha en la que se publicaron finalmente los nombres de los interventores. La mayoría de estos eran favorables a Portela: setecientos veinte adictos por cuatrocientos cuarenta contrarios, aunque la relación de fuerzas se invertía con los presidentes de las mesas. Por qué tardaron tanto en llegar las listas desde el ayuntamiento de Fonsagrada hasta la Junta

---

<sup>106</sup> *El Norte de Galicia*, 31.08.1905, p. 2.

<sup>107</sup> *El Norte de Galicia*, 2.09.1905, p.2.

Provincial del Censo era un misterio al que no parecían ajenos los miembros del pleno municipal. No parece que el famoso eclipse total de sol que se vivió el 30 de agosto y que tan excitados tenía los ánimos de periodistas, científicos y paisanos en aquellas fechas tuviese nada que ver en ese retraso.<sup>108</sup>

Y quién lo diría, pues si la tradición popular durante siglos consideró los eclipses como presagio de desgracias y signo inequívoco de malos augurios, la “mala suerte” no tardó en atacar a los presidentes de todas las mesas electorales. Todos ellos, concejales del ayuntamiento de A Fonsagrada, y todos ellos víctimas repentinas de una misteriosa enfermedad que los obligó a presentar su renuncia a la presidencia de su respectiva mesa “por hallarse indispuerto” el 9 de septiembre, víspera de la contienda electoral. El único que resistió el ataque de tan masiva epidemia fue el alcalde, Enrique Díaz, encargado de presidir la mesa principal, aquella que teóricamente se tenía que constituir en el ayuntamiento. Sus compañeros fueron sustituidos por los alcaldes de barrio, pero el margen de tiempo con el que se elaboraron las nuevas listas fue tan escaso que no parece factible que las nuevas listas llegasen a tiempo a manos de la Junta Provincial. Una jugada que sumada a la renuencia a comunicar las sedes de cada colegio electoral no tenían otro objetivo que dificultar la presencia en ellos de sus rivales, no sólo para poner trabas a su participación sino, principalmente, para abrir la puerta a los fraudes necesarios cuando llegase el momento del escrutinio.<sup>109</sup>

Los portelistas tampoco se habían quedado quietos. Ante las maniobras de ocultación de los colegios electorales, el cruce de telegramas entre Portela y Leopoldo Riu con la sede central de Gobernación intensificó su frecuencia, denunciando las maniobras de sus rivales y solicitando la presencia de delegados gubernativos encargados de gestionar la situación y garantizar la transparencia en este tema (quien dice transparencia, dice no quedarse al margen). La cuestión era saber dónde se iban a constituir las mesas electorales para que los interventores favorables a su bando pudieran hacer acto de presencia y evitar trapicheos ajenos a sus intereses.

---

<sup>108</sup> *El Regional*, 30.08.1905 a 6.09.1905; *El Norte de Galicia*, 30.08.1905 a 7.09.1905; Telegramas cruzados entre el Gobernador Civil de Lugo al Subsecretario de Gobernación del 4, 5 y 6 de septiembre de 1905. En “Documentación electoral. Lugo. Fonsagrada” AHN, FC Ministerio Interior Legajo 22 A, Libro 4, expediente 3.

<sup>109</sup> *El Norte de Galicia*, 6.09.1905, p.2; LÓPEZ FERNÁNDEZ, Enrique: *El diputado...*, op. cit., pp. 30-32.

Asegurado el beneplácito del gobierno, Portela y el gobernador de Lugo se dispusieron a solicitar los delegados necesarios para velar por sus necesidades. Se trataba de cumplir los requisitos formales que la circular Maura de 1903 había marcado para estas situaciones. Esto es, el gobernador tenía que enviar un telegrama al Ministerio de Gobernación que justificase la necesidad de la designación y en el que se elevase una propuesta concreta, escogiendo para ello personas “cuyos antecedentes y calidades” las hiciesen “merecedoras de confianza” para tal fin. Y para que el nombramiento fuese oficial, el ministerio tenía que responder y enviar las correspondientes autorizaciones. Por supuesto, los elegidos en este caso más que de confianza, así en general, eran personas de confianza de Portela: Juan Varela Sanfiz y Venancio Díaz Deben, para Fonsagrada, y José López Castro y Manuel Martínez, para Baleira. Los cuatro recibieron a tiempo la necesaria autorización que los acreditaba para desempeñar su misión y, de este modo, su nombramiento cumplía estrictamente con la legalidad vigente, o para ser exactos, cumplía estrictamente con su forma. Los telegramas oficiales, redactados con un lenguaje burocrático y neutral, y justificados al pie de la letra según la circular Maura, se complementaban con otra cadena de mensajes cifrados entre gobierno civil y Gobernación en los que se explicaba crudamente la necesidad imperiosa de que los delegados interviniesen a favor de Portela para imponer su victoria. Primero había que buscar soluciones y después ya se buscaría la manera de que encajasen en la ley. Como explicaba Fernández Latorre al gobernador, la “premura de las circunstancias autoriza todo género garantías asegurar orden y legalidad elección”. Con esto Riu obtenía permiso ministerial para tomar las medidas necesarias y, ya después, legalizarlas según la circular Maura, dejando por escrito todas las peticiones y respondiendo siempre. La importancia de la ley estaba solo en respetar su letra.<sup>110</sup>

Apelando también a la ley, en este caso a su incumplimiento, los seguidores de Portela se ocuparon durante esta semana de otro asunto: la famosa reposición de Castor

---

<sup>110</sup> La circular Maura en “Real Orden Circular del Ministerio de la Gobernación del 19 de febrero de 1903”, *Gaceta de Madrid*, nº 51, 20.02.1903, pp. 711-712; la exposición de la necesidad de contar con delegados gubernativos, las instrucciones de Gobernación y los mensajes oficiales ajustándose a estas, en los telegramas cruzados entre el Gobernador Civil de Lugo y el Subsecretario de Gobernación el 6, 7 y 8 de septiembre de 1905, en “Documentación electoral. Lugo. Fonsagrada” AHN, FC Ministerio Interior Legajo 22 A, Libro 4, expediente 3.

Aira, puesto que la corporación fonsagrada seguía por entonces erre que erre en su negativa a devolverlo a su puesto. Así lo habían acordado, una vez más, en sesión de urgencia del pleno el 21 de agosto con la única presencia de tres concejales: Manuel Álvarez Villar, Pedro Fernández, *Brañela*, y Manuel López Álvarez, *O Veigón de Villabol*, y bajo la presidencia como alcalde en funciones del primer teniente de alcalde, Cándido López. Los cuatro representantes municipales se agarraron a la semántica para mantener su postura, aduciendo que la Real Orden por las que se les conminaba a devolver al ex secretario a su puesto se refería a aquellos funcionarios que habían sido suspendidos en su cargo y no a los que, como Aira Barrera, habían sido separados. La respuesta portelista tardó dos semanas justas en llegar. El 4 de septiembre, un día después de la proclamación de candidatos y seis antes de las elecciones, el gobernador envió un delegado cuya misión era, además de forzar la toma de posesión del deseado secretario, entregar la orden de detención firmada por el juez de instrucción Leopoldo Rico contra el todavía alcalde en funciones, Cándido López, y contra José Velasco Pasarín, el hombre que ocupaba la secretaría que se reivindicaba para Castor Aira. Acusados de “desobediencia y prolongación de funciones”, se dictaba contra ellos una orden de prisión sin fianza. Sin embargo, el hombre de confianza de los portelistas no retomaría sus funciones hasta el 16 de septiembre, casi una semana después de las elecciones.<sup>111</sup>

Ante un panorama tan revuelto y a punto de llegar a la gran cita, parecía que nada más podía pasar hasta entonces, pero apenas dos días antes de las elecciones una noticia inesperada revolvía la partida. Cuando ya nadie contaba con ello, León Urzáiz retiró su candidatura. El candidato rebelde esperó a la penúltima hora para coger a contrapié a quienes trabajaban por su derrota, pero su decisión de dar marcha atrás no implicó el fin del enfrentamiento, pues un nuevo candidato ocupó su lugar. La noticia llegó en un primer momento como un rumor. El 7 de septiembre a las nueve de la noche, Fernández Latorre escribía al gobernador de Lugo comunicándole que habían recibido un telegrama de Daniel Iturralde McPherson en el que anunciaba su participación en las elecciones del día 10 en sustitución de Urzáiz. A primera hora de la mañana siguiente Riu respondía que nada había escuchado sobre el tema, pero que haría

---

<sup>111</sup> *El Norte de Galicia*, 5.09.1905, p. 2; LÓPEZ FERNÁNDEZ, Enrique: *El diputado...*, op. cit., p. 30

las averiguaciones pertinentes, y sería el propio subsecretario quien le confirmase la veracidad de la noticia, que ya había publicado en primicia la tarde anterior *El Correo*. Los demás periódicos, en cambio, no recogieron la noticia hasta el día siguiente, víspera de las elecciones. Así de apresurado y repentino parecía el cambio.

Pero, ¿quién era Daniel Iturralde y por qué sustituía precisamente él a Urzáiz? Este joven de treinta y seis años y segundo apellido escocés provenía de una familia de comerciantes asentados en Cádiz, donde su abuelo materno, Donald McPherson, se había instalado a principios del XIX. Allí cambió su nombre por el de Daniel, fundó una casa de seguros marítimos, se casó con una joven de buena familia de la zona e inició su propia saga. Su integración en la vida del lugar fue total y en pocos años los McPherson se convirtieron en una de las familias más importantes del lugar, protagonistas de la vida comercial, cultural y política de Cádiz y Gibraltar, ciudad en la que se refugiaron tras el motín de Riego. Daniel heredó el nombre de su abuelo materno y el gusto por las letras de buena parte de su familia por ambas ramas. Si su abuelo paterno, Casto Iturralde, fue el traductor de *La Ilíada* y *La Odisea*, en la familia de su madre Cecilia su tío Guillermo era naturalista y traductor de Shakespeare, su tío José geólogo vinculado a la Institución Libre de Enseñanza, y dos tías escritoras, Elisa y Catalina Mcpherson. Él mismo había coqueteado con la escritura durante sus años universitarios, en los que compaginó los estudios de Derecho con la vida bohemia y literaria, que compartía con su amigo y futuro cuñado, el poeta Carlos Fernández Shaw.<sup>112</sup>

Cuando Daniel Iturralde Mcpherson llegó a Fonsagrada no había aparcado del todo su vinculación con el mundo de las letras, pues era el director del diario *El Correo*, el mismo que había dado la exclusiva de su candidatura y el mismo del que era propietario León Urzáiz. A pesar de su juventud, treinta y seis años, era relativamente veterano en las lides políticas, pues ya había sido diputado en dos ocasiones por el distrito gaditano de Medina-Sidonia y entre otros cargos, había sido subsecretario de Hacienda nada menos que con Ángel Urzáiz. ¿Demasiadas casualidades? El cambio repentino ya no parece entonces ni tan cambio ni tan repentino. El nombre del candidato

---

<sup>112</sup> Información sobre las familias Mcpherson e Iturralde en “Casamiento de Carlos Fernández Shaw y Cecilia Iturralde McPherson”. Legado Carlos Fernández Shaw, Biblioteca Fundación Juan March (consultado en red: [http://www.march.es/recursos\\_web/bibliotecas/cfs/cuadernos/cfs-cuaderno%202/cfs2-08.pdf](http://www.march.es/recursos_web/bibliotecas/cfs/cuadernos/cfs-cuaderno%202/cfs2-08.pdf)) y BARRERA MORATE, José Luis: “Biografía de José McPherson y Hemas (1839-1902)”, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, nº 45 (julio 2002).



era diferente, pero el enfrentamiento seguía siendo el mismo, y aunque caía en la contienda fonsagrada en el último momento, no estaba sólo ni mucho menos. De León Urzáiz heredaba sus apoyos locales y un rival: Portela.<sup>113</sup>

La actitud de Iturralde fue combativa desde el primer momento. El 8 de septiembre, el mismo día en el que gobernador civil y el subsecretario de Gobernación se enteraban de que había aparecido en escena, el nuevo candidato se puso en contacto con ambos. Primero, visitó el Gobierno Civil para hacer averiguaciones sobre los motivos por los que se había solicitado autorización para enviar delegados gubernativos y si su nombramiento se había hecho conforme a la ley. Tras su entrevista con Riu telegrafió al ministerio de Gobernación, directamente a Manuel García Prieto, para rogarle que se asegurase de que el gobernador se ocupaba de vigilar que los delegados no se extralimitasen, esto es, que respetasen la “libre emisión voto absteniéndose de verificar detenciones de electores, interventores, presidentes Mesas y Autoridades municipales”. Comenzaba su actuación presionando y dejando claro que no estaba dispuesto a consentir abusos descarados sin decir nada. Sus presiones funcionaron en dos sentidos opuestos, pues el gobernador recibió una doble comunicación: en versión oficial, petición formal de que se siguiese velando por la legalidad; en versión cifrada, recomendación de ser extremadamente cuidadoso con las formas para que Iturralde no pudiese quejarse por motivos evidentes.<sup>114</sup>

## **2.2 Votaciones y escrutinios para la polémica**

Y llegó el 10 de septiembre, domingo de feria y día de elecciones. Si los antecedentes hacían suponer que la jornada iba resultar disputada y agitada, el desarrollo de los acontecimientos no defraudó, tanto que la emoción comenzó unas cuantas horas antes de la hora de apertura de los colegios electorales. El sábado por la

---

<sup>113</sup> *El Correo*, 7.09.1905, p. 2; *El Norte de Galicia*, 9.09.1905, p. 2; telegramas entre el subsecretario de Gobernación y el gobernador civil de Lugo del 7 y 8 de septiembre de 1905, en “Documentación electoral. Lugo. Fonsagrada” AHN, FC Ministerio Interior Legajo 22 A, Libro 4, expediente 3. La trayectoria como diputado de Iturralde McPherson, en <http://www.congreso.es>.

<sup>114</sup> Telegrama de Daniel Iturralde McPherson a Manuel García Prieto, ministro de Gobernación del 8 de septiembre de 1905, en “Documentación electoral. Lugo. Fonsagrada” AHN, FC Ministerio Interior Legajo 22 A, Libro 4, expediente 3.

tarde, uno de los delegados gubernativos, Enrique Pérez Otero, acompañado del notario Leonardo Cuervo, se apostó ante la casa consistorial de Fonsagrada. Se habían presentado allí junto a la Guardia Civil por requerimiento de Portela y sus hombres porque el ayuntamiento estaba cerrado y exigían su apertura para garantizar el correcto desarrollo de la jornada electoral. En su interior debía constituirse el colegio electoral número uno y después de todo el halo de misterio que había rodeado la lista de los locales donde tenían que efectuarse las votaciones, temían que el cierre fuese una estratagema para manipular el resultado de esta mesa. Sus contrarios defendían la normalidad del hecho: era sábado y a esas horas el ayuntamiento nunca estaba abierto. En el mismo sentido se manifestó Iturralde en el telegrama que envió a Gobernación a las ocho de la tarde, en el que advertía de la normalidad de los hechos y de la insistencia injustificable de los portelistas por entrar en el ayuntamiento, actitud que podía terminar provocando un altercado.

Mientras el candidato no oficial jugaba su partida en Correos, intentando presionar a Gobernación con sus quejas y dejar constancia escrita de sus denuncias por si era menester, los portelistas siguieron en sus trece. Y aunque nadie se presentó a abrir el cerrojo de la casa consistorial y a pesar de que un grupo de vecinos del bando rival intentó impedirselo, se salieron con la suya: Portela, pistola en mano, franqueó la entrada. El candado no era tan contundente como para no resistir dos tiros, así que al borde de las doce de la noche, los portelistas consiguieron acceder al interior, donde permanecían encerrados Enrique Díaz y los interventores afines. Con una entrada tan torrencial, los partidarios de Iturralde intentando impedirla y sus adictos de la mesa encerrados en el interior del ayuntamiento, la escena devino en caótica. La sangre no llegó al río y después de varios gritos, unos cuantos empujones y amenazas, que afortunadamente no desembocaron en nuevos disparos, la calma volvió a la sede municipal, aunque no gracias a un ataque de civismo repentino. Cuando el tumulto se iba de madre, la pareja de la Guardia Civil que acompañaba a Pérez Otero intervino y se llevó detenidos a unos cuantos partidarios del candidato recién llegado. El resto de sus compañeros desfiló fuera del ayuntamiento sin grandes aspavientos, al igual que Portela y la mayoría de sus amigos. En el interior del edificio oficial permanecieron únicamente el delegado gubernativo, el señor notario y, tras regresar de su visita al cuartelillo, los

dos guardias. Precintaron la puerta de la sala de sesiones, lugar destinado a acoger la mesa electoral, y se dispusieron a pasar la noche en vela para vigilar que nadie entrase en el ayuntamiento ni alterase la normalidad que habían impuesto.

Poco antes de la siete de la mañana, los cuatro funcionarios insomnes salieron a la calle, donde ya aguardaba para entrar en el colegio una representación nutrida de simpatizantes de ambos bandos, candidatos incluidos, y un grupo de electores curiosos. Al cumplirse las siete, entraron de nuevo, rompieron el precinto por el que habían estado velando y se dispusieron a esperar la llegada del alcalde y los interventores que habían desaparecido la noche anterior para constituir la mesa según las normas previstas. Tras una espera prolongada en la que nadie aparecía, Portela propuso que se siguiese el reglamento y se constituyese la mesa cubriendo las ausencias con los suplentes correspondientes, pero entonces Enrique Díaz y los suyos aparecieron casi instantáneamente. Con el equipo titular en pleno ya nada impedía formar la mesa, por lo que dio comienzo la elección y la jornada transcurrió a partir de entonces plácidamente.<sup>115</sup>

La paz, sin embargo, fue momentánea. Las energías se reservaron para el escrutinio, con la conciencia de que era ahí donde se jugaba realmente la partida, que los portelistas daban por ganada desde el cierre de los colegios electorales. Ya el lunes, el subsecretario Fernández Latorre felicitaba al gobernador y a Portela por el trabajo realizado y por el éxito obtenido, aunque el candidato fue más prudente y evitó pronunciarse hasta después del recuento de votos, que como marcaba la ley se celebró el jueves posterior a la elección. Cuatro días de tensa espera que la prensa afín aprovechó para caldear el ambiente y contagiar su creencia de que el triunfo había sido rotundo. Como tenía que ser y todos esperaban, pues “hasta los más ciegos, vieron por completo perdida la partida para los adversarios de la candidatura liberal, desde que el Sr. Urzáiz, con una prudencia tardía pero siempre honrosa, renunció a la lucha en aquel distrito”.<sup>116</sup>

---

<sup>115</sup> Para el desarrollo de la jornada electoral, telegramas de Daniel Iturralde McPherson al ministro de Gobernación del 9 y 10 de septiembre de 1905, en “Documentación electoral. Lugo. Fonsagrada” AHN, FC Ministerio Interior Legajo 22 A, Libro 4, expediente 3; discusiones de las actas de Fonsagrada, en *Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados*, Legislatura 1905-1906, Apéndice 1º al 15º y nº 16, pp.305-316; LÓPEZ FERNÁNDEZ, Enrique: *El diputado...*, op. cit., pp. 33-35.

<sup>116</sup> *El Regional*, 12.09.1905, pp. 2-3.

Claro que era probable que los rivales no lo vieran como algo tan evidente, menos después del episodio del colegio del ayuntamiento, con delegados, Guardia Civil y tiros incluidos, así que se podía esperar que las acusaciones de atropellos, coacciones e ilegalidades saliesen a colación. Curándose en salud, *El Regional* las desmintió de antemano, afirmando que todas las decisiones tomadas habían servido para impedir a sus adversarios hacer lo que querían, “obligándolos a someterse a la más estricta legalidad”. Y con la misma, dejaba caer que circulaba por Fonsagrada el rumor de que “los amigos” de Manuel Díaz ya tenían preparadas unas actas dobles en las que aparecía “con gran votación el Sr. Iturralde en secciones donde no obtuvo un sólo voto.” Muy bien informado parecía el redactor sobre lo que se había votado y lo que no, teniendo en cuenta que aún no se había realizado el escrutinio.<sup>117</sup>

Como digno desenlace de una elección tan disputada, el escrutinio tenía que ser tenso y rodeado de polémica... y no defraudó. Las protestas comenzaron ya con la designación del juez encargado de presidirlo, José Rodríguez Martínez, titular del juzgado instrucción de Vilalba. Según los partidarios de Iturralde, no era a él a quien le correspondía por turno, pero a pesar de sus quejas siguió siendo el encargado de meter mano al monumental lío de actas. Y es que el escrutinio de las elecciones de 1905 en A Fonsagrada podría pasar a los manuales como un ejemplo de estudio ideal de las estratagemas del pucherazo, con actas repetidas y mesas con una participación del cien por cien de sus electores y todos los votos a favor de uno de los candidatos.

Al igual que había sucedido el día de las elecciones, la jornada comenzó con un encierro en el ayuntamiento. Cuando el juez llegó a la casa consistorial, lugar donde debía celebrarse el escrutinio, se encontró con que el alcalde y un nutrido grupo de interventores de su bando habían pasado allí la noche “protegiendo” las actas. Una medida de seguridad bastante dudosa que provocó el consiguiente enfado, escándalo y protesta clamorosa de la parte portelista. Tras constituirse la junta de escrutinio, llegó un nuevo punto de fricción: la verificación de interventores. A pesar de que los auténticos debían aparecer en una lista oficial y contar con la credencial correspondiente, averiguar cuáles eran los correctos resultó casi misión imposible, pues las listas no aparecían por ninguna parte y todos presentaban su identificación aparentemente válida. Al final el

---

<sup>117</sup> *Ídem.*

tema se resolvió por negociación y equilibrio, con recusaciones repartidas para ambos bandos y un acuerdo limitado. El acta que presentaba un interventor gozaba de presunción de veracidad, de manera que sus resultados podían incorporarse directamente al recuento de votos, lo que explica la energía con la que ambos bandos pelearon por cada uno de los nombres aceptados.<sup>118</sup>

Con todo, la parte más reñida del escrutinio no fue la verificación de interventores sino la presentación de actas, que llegaron por partida doble. Según la normativa electoral, el que debía presentarlas era Enrique Díaz, pues como alcalde era también el presidente de la Junta Municipal del Censo Electoral. Y las presentó, pero no todas: sólo veintitrés de las treinta que conformaban el total. El otro portador de actas, en cambio, presentó veintinueve. ¿Y quién era ese otro personaje que se personó en el ayuntamiento con las actas a pesar de no corresponderle tal función? Ni más ni menos que Castor Aira Barrera, el famoso secretario municipal cuya reposición había provocado tantas peleas. Las actas llegaron a sus manos, según dijo, porque los presidentes que tenían que hacérselas llegar al alcalde no pudieron cumplir su misión, puesto que Enrique Díaz había estado desaparecido desde el día de la elección. Al no poder entregárselas decidieron dárselas al siguiente en la cadena: el secretario municipal y, por ende, secretario de la Junta Municipal del Censo. Y aunque Aira Barrera aún no había tomado posesión, como el ministerio ya había fallado a su favor y el otro secretario seguía en prisión, don Castor era, como adujeron, la única opción que tenían.

Cada bando, por tanto, presentaba sus propias actas. Pero, ¿cuáles eran las verdaderas? Aparentemente, todas lo eran. Todas tenían las firmas de rigor: las de cada presidente de mesa y las de los interventores correspondientes. ¿Cómo saber entonces cuáles eran las auténticas? Para salir de semejante lío con cierto sentido, el juez se apoyó en un documento que el gobernador de Lugo, previsor, le había enviado con antelación: una relación nominal de los presidentes de cada mesa, no la que se había aprobado antes de las elecciones, sino la de quienes habían desempeñado esta función después de la “enfermedad masiva” que había llevado a renunciar a la mayoría de concejales fonsagradinos. Cotejando los nombres de esta lista con las firmas de cada

---

<sup>118</sup> “Acta de Escrutinio. Elecciones a Cortes de 1905. Distrito de Fonsagrada”, Archivo Municipal de Fonsagrada; LÓPEZ FERNÁNDEZ, Enrique: *El diputado...*, op. cit., pp. 35-37.

acta, José Rodríguez Martínez aceptó como válidas aquellas en las que había coincidencia y descartó las demás. Así, se tuvo en cuenta trece de las veintitrés que había presentado el alcalde y catorce de las veintinueve de Castor Aira. Para las tres restantes hasta llegar a las treinta mesas de las que constaba la circunscripción, se aceptó el acta presentada por un interventor.<sup>119</sup>

Una vez desmadejado el embrollo, comenzó el recuento, que se saldó con el triunfo de Portela con 5.957 votos a favor, por los 4.650 de Iturralde. Una votación que se repartía del siguiente modo:

CONCELLO	SECCIÓN	VOTOS PARA PORTELA	VOTOS PARA ITURRALDE	ACTA PRESENTADA POR
<b>FONSAGRADA</b>	Fonsagrada	83	96	secretario
	Moreira	0	393	alcalde
	Porteliña	104	68	interventor
	Linares de Robledo	0	333	alcalde
	Villabol	0	396	alcalde
	Ouviaño	0	387	alcalde
	Vega de Logares	0	255	alcalde
	Campos	0	402	alcalde
	Paradavella	0	425	alcalde
	San Martín de Suarna	0	224	alcalde
	Carballido	0	393	alcalde
	Iglesia de Freixo	0	366	alcalde
<b>NAVIA DE SUARNA</b>	Puebla de Navia	399	6	interventor
	Silvouta	396	0	secretario
	Rao	463	0	secretario
	Mera	361	0	secretario
	Gallegos	420	0	secretario
<b>BALEIRA</b>	Baleira	146	164	secretario

---

<sup>119</sup> “Acta de Escrutinio. Elecciones a Cortes de 1905. Distrito de Fonsagrada”, Archivo Municipal de Fonsagrada; LÓPEZ FERNÁNDEZ, Enrique: *El diputado...*, op. cit., pp. 35-41; *El Regional*, 15.09.1905.

CONCELLO	SECCIÓN	VOTOS PARA PORTELA	VOTOS PARA ITURRALDE	ACTA PRESENTADA POR
	Alvaredo	0	276	alcalde
	Castiñeiro	0	371	alcalde
	Martín	0	185	alcalde
	Francelos	474	0	secretario
	Miranda	330	0	secretario
	Pereiramá	425	0	secretario
	Riomol	400	0	secretario
CASTROVERDE	Vilariño	480	0	secretario
POL	Pol	357	0	desconocido
	Valonga	424	0	secretario
	Cirio	247	0	secretario
	Suaces	448	0	secretario

Elaboración propia a partir de los datos del acta de escrutinio.

Sobra decir que los resultados habrían sido muy diferentes si en lugar de estas actas intermedias se hubieran aceptado todas las que presentó el alcalde o todas las que presentó Castor Aira. En el primer caso, el triunfo de Iturralde habría sido claro: 6.789 votos a favor frente a los 3.133 de Portela. En el segundo, triunfo todavía más clamoroso, pero en sentido contrario: 8.146 para Portela, 406 para Iturralde. Los resultados de la tercera vía, ajustados, pero con 1.307 votos de diferencia a favor de Portela ofrecían una apariencia más equilibrada y parecían zanjar el asunto con cierto decoro. Así lo consideraron los portelistas, que asumieron su victoria tanto en prensa como en privado. Con “entusiasmo delirante” en el distrito, según *El Regional*, y con agradecimiento por los servicios prestados por parte del nuevo diputado, cuyo primer saludo fue para García Prieto, “Jefe y amigo querido”.<sup>120</sup>

Los partidarios de Iturralde no se quedaron satisfechos y las elecciones de Fonsagrada tuvieron un epílogo final en las discusiones de actas del Congreso. La

---

<sup>120</sup> *El Regional*, 15.09.1905, p. 2; las felicitaciones a Portela y el agradecimiento de este a García Prieto, en los telegramas cruzados entre el ministerio de Gobernación y el Gobierno Civil de Lugo del 11 y 14 de septiembre de 1905, “Documentación electoral. Lugo. Fonsagrada” AHN, FC Ministerio Interior Legajo 22 A, Libro 4, expediente 3.

comisión parlamentaria encargada de revisar y determinar la aprobación de las más polémicas, dictaminó el 1 de noviembre que las protestas y reclamaciones presentadas no afectaban a la validez de la elección, por lo que proponía su aprobación y el nombramiento de Portela como diputado. Pero este dictamen no fue unánime. Cinco de los catorce miembros de la comisión que presidía el marqués de Teverga (Antonio García Alix, Emilio Junoy, el marqués de Figueroa, Juan de la Cierva y Lorenzo Domínguez Pascual), solicitaron que se discutiese el caso de Fonsagrada en el pleno del Congreso y se declarase su nulidad. Este voto particular fue defendido por el conservador Juan de la Cierva, quien expuso los diferentes problemas que se habían planteado el día de la elección y, especialmente, durante el escrutinio. El dictamen de la comisión fue defendido por otro de sus miembros, el liberal Rafael López Oyarzábal, quien matizó los acontecimientos relatados por de la Cierva y justificó la decisión del juez de instrucción que presidió la Junta de escrutinio. El voto particular de la comisión fue rechazado por ochenta y nueve votos en contra y treinta y ocho a favor. Y aunque en la prensa nacional de orientación conservadora se denunció el caso como escandaloso, el acta de Fonsagrada se aprobó y Portela tomó posesión como diputado.<sup>121</sup>

Se zanjaba así un largo proceso electoral. Aunque tras el epílogo, todavía hubo espacio para una coda final. Si en el mes de octubre Leopoldo Riu había decretado la suspensión de la corporación municipal de Fonsagrada y su sustitución por otra interina, cuyos miembros eran más próximos a Portela que los apartados, el castigo contra los concejales rebeldes no se quedó aquí. El 2 de noviembre, con el acta portelista ya aprobada, el juez de instrucción de Fonsagrada inició una causa por delito electoral contra varios de los concejales de los ayuntamientos de Fonsagrada y de Baleira. La venganza no se consumó del todo porque la vista no se celebró hasta las vísperas de la siguiente cita electoral, convocada ya por un gobierno conservador, lo que favoreció que todos los encartados salieran absueltos. Pero el tiempo transcurrido había permitido a Portela asentarse en Fonsagrada y modificar el equilibrio de fuerzas del distrito. Los

---

<sup>121</sup> El dictamen de la comisión y el voto particular de los representantes de las minorías en *Diario de Sesiones de Cortes*, Legislatura de 1905-1906, apéndice 1º al nº 14. La discusión parlamentaria del voto particular en contra y su votación, en *Diario de Sesiones de las Cortes*, Legislatura de 1905-1906, nº 16, pp. 305-316.



Díaz se convirtieron en enemigos convencidos del nuevo diputado, pero pese a intentarlo, poco pudieron hacer para evitar su arraigo.

Tras su trabajado triunfo en las elecciones de 1905, Portela ya no abandonó su acta hasta que la dictadura de Primo de Rivera cerró las Cortes. Triunfó en las ocho citas electorales siguientes, con independencia de que se celebrasen bajo signo conservador o liberal y de quien fuese el rival al que se enfrentase. Y se puso manos a la obra, consciente de que para poder progresar en su carrera electoral en la dirección a la que aspiraba era imprescindible asegurarse un distrito electoral que le diese fuerza y le permitiese gozar de cierta independencia dentro del Partido Liberal. Los años siguientes los consagró a construirse como el adalid de Fonsagrada, conociendo sus necesidades y trabajando por ellas en el parlamento, siempre con la propaganda adecuada. Un esfuerzo largo y continuado que obtuvo su fruto, pues Fonsagrada se convirtió en su feudo inexpugnable y Portela pasó a ser su diputado por excelencia.

### Capítulo 3. De diputado por Fonsagrada a republicano converso

Fonsagrada, alta montaña (...) De todo el dilatado pretérito -¡que se ha hecho erial!- van las ansias y las devociones conmovidas a aquel pedazo de tierra, abrigado en los picos de los Ancares, con los mismos goces y gozos y amores que por tantos años llenaron el pecho<sup>122</sup>.

Tras conseguir su acta por Fonsagrada en su primera diputa electoral, Portela fue consciente de que, si quería repetir y echar raíces allí, no podía confiarse simplemente al apoyo del gobierno. Este podía cambiar en cualquier momento y entonces no tendría ningún elemento a su favor. Así que la única alternativa era crear su propia red en el distrito. Y se puso manos a la obra. Los Peñamaría y Castor Aira Barrera se convirtieron en sus personas de confianza. El camino que escogió fue implicarse con la realidad de su distrito, que sufría graves problemas de comunicación que lo habían mantenido aislado desde tiempos inmemoriales. Y también con su realidad económica, orientada a la agricultura y la ganadería. Así, concentró su labor parlamentaria hacia la mejora de las condiciones sociales y económicas de su distrito. Para empezar, de las veinte comisiones de las que formó parte durante su primera legislatura, nueve se ocupaban de temas de fomento. Esta tendencia se mantuvo durante las legislaturas posteriores. Además intervino con frecuencia en discusiones sobre temas agropecuarios.<sup>123</sup>

Una actitud que no limitó a las Cortes. Al contrario. Fuera de ellas inició una actividad intensa que lo llevó a convertirse en pocos años en uno de los líderes más destacados del agrarismo. En 1910, por ejemplo, fundó junto a Basilio Álvarez y el periodista Alfredo Vicenti la plataforma Acción Gallega. La lucha contra los foros absorbió la mayor parte de sus esfuerzos públicos, tanto en mítines como en sus escritos en prensa, Por ejemplo en *Acción Gallega*, revista de la plataforma. Con el paso de los

---

<sup>122</sup> PORTELA VALLADARES, Manuel *Dietario...*, op. cit., p. 107.

<sup>123</sup> *Diario de Sesiones de Cortes*. Legislatura 1905-1906, nº 37, p. 913; nº 80, p. 2390; nº 160, p.4874.

años su posición inicial, favorable a la redención (posibilidad de que los campesinos adquiriesen las tierras que trabajaban a cambio de una indemnización a los propietarios y, en caso de no ser los mismos, también a los titulares del foro), evolucionó hacia la abolición, que defendía que tras tanto tiempo de pago y de trabajo, la tierra ya era por derecho de quien la ocupaba. Además, y como era habitual en este tipo de movimiento agrario vinculado a las cámaras agrícolas, trabajó por la creación de sindicatos de pequeños propietarios a los que se intentaba formar en el uso y mejora de semillas. Cuando se trasladó a Barcelona no se apartó de estos temas, al contrario, allí contactó con emigrantes gallegos que se habían asentado en la ciudad y formaban ya parte de la burguesía catalana. Por razones sentimentales, pero también económicas, estos recibieron positivamente su propuesta y a partir de aquí surgió un tejido inversor y político cuya meta era fortalecer la agricultura y la ganadería gallega.

Con estos fondos impulsaron las investigaciones de los veterinarios Cruz Gallástegui y Rof Codina, quienes acabarían fundando la Misión Biológica Gallega.<sup>124</sup> También impulsaron proyectos como la distribución en los diferentes partidos de sementales porcinos y bovinos, con el objetivo de aumentar la calidad del ganado en general y, en especial, el de consolidar una raza vacuna autóctona. La Sociedad de Propietarios de Urbana, Rústica, Agrícola y Pecuaria, la Sociedad de Labradores, el Seguro de Ganados o la Caja Rural de Préstamos y Ahorros fueron otras de las iniciativas que se desarrollaron durante estos primeros años de su legislatura, casi todas ellas con hombres de su confianza –como Armando y Ovidio Peñamaría– al frente.

Además de esa estrategia práctica, la carrera agrarista de Portela desarrolló también una línea propagandística, que empezó en el ámbito más inmediato con publicaciones como *O tío Pepe*. En esta revista quincenal, además de difundir todas estas iniciativas, se ensalzaba la figura del diputado, recordando que era su principal promotor. Alrededor de estas asociaciones Portela participó en una serie de mítines desde sus primeros tiempos como diputado y con los que continuó, salvo breves pausas, hasta vísperas de la etapa primorriverista. Se convertía de este modo en uno de los notables en la lucha antiforal, con intervenciones apasionadas y artículos explicativos en

---

<sup>124</sup> ROMÁN LAGO, Isidro y BERNÁRDEZ SOBREIRA, Antonio: *Labrando na rebelión. Societarismo e populismo agrario en Galiza*. Vigo, A Nosa Terra, 2007.

numerosas publicaciones sobre el origen, los inconvenientes y las posibles soluciones al problema de los foros.

Esta preocupación agraria, que con el tiempo caminaría de la mano con sus inquietudes autonomistas para Galicia, le proporcionó importantes réditos para su carrera en la política nacional. La solidez de su distrito le garantizó la independencia necesaria para distanciarse de su padrino inicial y acercarse a José Canalejas, más próximo a él en edad y objetivos políticos. De su mano Portela llegó al gobierno civil de Barcelona en 1910, una papeleta difícil para su primer cargo de confianza, que solventó satisfactoriamente y sobre la que se construyó su fama de buen gestor de conflictos y hombre resolutivo al que recurrir en momentos tensos y complicados. El asesinato de Canalejas frenó una carrera ascendente y lo dejó un tanto descolocado, aunque gracias a la fortaleza de la que gozaba en su feudo pudo recuperarse. El control del poder local facilitó su camino en el ámbito nacional y tuvo una nueva oportunidad en 1923, cuando volvió al gobierno civil de Barcelona e incluso llegó a ser ministro por primera vez en el último gobierno de concentración de García Prieto. El golpe de Primo de Rivera apenas le dejó ejercer una semana.

La nueva situación refrenó un tanto sus actividades, al menos de cara a la galería. No llegó a ser arrestado pero estuvo sometido a vigilancia policial diaria durante al menos un año y medio. Durante esta etapa y como tantos otros compañeros encontró en la masonería una buena manera de mantener y extender sus contactos. Portela vivía en Barcelona desde 1913, cuando contrajo matrimonio con Clotilde Puig de Abaría, mujer madura de fortuna y familia aristocrática que lo convirtió en conde consorte de Brías. De modo que fue en esta ciudad donde desarrolló su actividad masónica, alcanzando el grado 33 y llegando a ser venerable maestro, además de Gran Maestre de la Logia regional del Nordeste. Esto le permitió extender sus relaciones más allá de Cataluña e incluso ejercer de representante en misiones en el extranjero, además de consolidar relaciones con otros políticos masones, como su amigo y futuro ministro republicano Augusto Barcia.

Su otra gran baza durante la dictadura fue *El Pueblo Gallego*, periódico que creó junto a la Liga de Defensores Vigueses, grupo de empresarios que deseaban mejorar la realidad social de su ciudad y del que pronto fue su único propietario. El periódico,

concebido como un producto editorial moderno, superaba las expectativas de la prensa de provincias de la época, tanto en extensión como en contenidos y colaboraciones, y pronto se convirtió en el más importante y con mayor difusión de Galicia. Además, le sirvió como portavoz de sí mismo y de las causas que iba decidiendo, poniéndolo a disposición de aquellos a quienes quiso apoyar o con quienes tenía asuntos en común. Los galleguistas fueron probablemente los más beneficiados pues, con excepción de un paréntesis entre las elecciones de 1933 y los meses centrales de 1935, sus páginas siempre estuvieron abiertas para ellos, ofreciéndoles un escaparate y unas posibilidades de difusión que no les daba ninguna de sus propias publicaciones. El ideal galleguista que mostraba la publicación coincidía con el del propio Portela: espacio para lo cultural, defensa del idioma, de las tradiciones e incluso de cierta mitología para dotar al proyecto de simpatías irracionales, junto a la defensa de cuestiones prácticas. Todo ello con un enfoque pedagógico, que señalaba problemas y planteaba alternativas, y también reivindicativo, exaltando la lucha justa en protección de los derechos de los que se había privado tradicionalmente a Galicia y cuya conquista mejoraría la calidad de vida de sus ciudadanos.

El diario, además, destacó por su extensa y variada nómina de colaboradores, entre los que se incluían los socialistas Fernando de los Ríos, Pablo Iglesias o Largo Caballero; nacionalistas y galleguistas como Antón Villar Ponte, Vicente Risco, Ramón Otero Pedrayo, Florentino López Cuevillas o Daniel Alfonso Rodríguez Castelao, y liberales como Azorín, Ramón Pérez de Ayala, Jorge Luis Borges, Wenceslao Fernández Flórez, Eugenio Montes, Emilia Pardo Bazán, Ramón Gómez de la Serna, Antonio Machado, Rafael Dieste, Valle Inclán o Carlos Maside.

### **3.1 La llegada de la República. El Compromiso de Barrantes**

En 1930, con una dictadura agotada y la seguridad de que la situación iba a cambiar, España se convirtió en un hervidero, donde se especulaba sobre el futuro político del país, el sistema que adoptaría y quienes serían sus protagonistas. Este ambiente favoreció la aparición de numerosos partidos. Galicia no fue una excepción y vio crecer diferentes proyectos. Uno de los más importantes fue el que puso en marcha

el republicano Santiago Casares Quiroga bajo el nombre de Organización Republicana Gallega Autónoma (ORGA). Entre sus participantes estaban algunos de sus colaboradores habituales, como Emilio González López, José Calviño o Alfredo Somoza, así como políticos de la órbita nacionalista, como Antón Villar Ponte, Víctor Casas o Ánxel Casal. Se trataba de una organización con estructuras de base muy débiles, una suma de personalidades que dependía demasiado de los diferentes poderes locales, especialmente de los urbanos, y que se asemejaba más a un partido de elites o de notables que a uno de masas. La figura de Casares y la coincidencia en ciertos objetivos eran los principales ingredientes del cemento que los mantenía unidos.<sup>125</sup>

Con la dictadura de Primo de Rivera tambaleante, y con ella la monarquía más que en entredicho, el republicanismo gallego respiraba la necesidad de unir todos sus efectivos bajo unas únicas siglas. Este fue el espíritu que empujó a la celebración de una reunión semiclandestina que dio lugar al conocido como Pacto de Lestrove. Se celebró el 16 de marzo de 1930 entre la ORGA y Alianza Republicana, coalición que agrupaba al Partido Radical y algunos grupos de federalistas. Asistieron, entre otros, Casares Quiroga, Antón Villar Ponte, Gerardo Abad Conde, Bibiano Fernández-Osorio Tafall, José Calviño, Joaquín Poza Juncal o Laureano Santiso Girón. El principal resultado de esta reunión fue la creación de la FRG (Federación Republicana Gallega), cuyo objetivo era contribuir a la llegada de una república democrática a España, así como conseguir la autonomía para Galicia, esto último a pesar de la presencia de los lerrouxistas, que no se caracterizaban precisamente por su simpatía hacia el autonomismo. Casares salió reforzado de Lestrove, donde se decidió que fuese el delegado del republicanismo gallego en la reunión que se iba a celebrar en San Sebastián en el mes de agosto. Esta designación supuso su entrada de hecho en la elite del republicanismo, de manera que su posición ante la llegada de la República no podía ser mejor.<sup>126</sup>

Frente a esta Portela promovió una reunión alternativa en el pazo de Barrantes, propiedad de los Condes de Creixell, Vicente Sagarriga y Martínez de Pisón (ex diputado y ex gobernador civil) y Julia Becerra Malvar (hija y amiga de liberales, que se

---

<sup>125</sup> GRANDÍO SEOANE, Emilio: “Estudio...”, op.cit., pp. 17-23.

<sup>126</sup> BERAMENDI, Justo: *De provincia...*, op.cit., p.767; GRANDÍO SEOANE, Emilio: “Estudio...”, op.cit., p. 27.

presentaría de modo independiente y bajo la denominación de republicana conservadora como candidata por Pontevedra en las elecciones de 1936<sup>127</sup>). El encuentro se convocó para el 25 de septiembre de 1930. A la llamada de Portela acudieron galleguistas como Castelao, Otero Pedrayo o Cabanillas; melquiadistas como Isidoro Millán; lerrouxistas como Ramón Salgado, Raimundo Vidal Pazos o Victoriano García Martí, y agrarios como Basilio Álvarez. Pese a que el escaso éxito práctico del Pacto de Barrantes, especialmente en comparación con los réditos obtenidos por el de Lestrove, dejó a los asistentes un tanto descolgados durante los inicios de la República<sup>128</sup>, la mayor parte de ellos ocupó –o al menos lo intentó– algún puesto en el sistema de gobierno del nuevo régimen. Muchos de ellos se presentaron como candidatos en las elecciones constituyentes de junio de 1931. Laureano Gómez Paratcha, por ejemplo, además de ser elegido por Pontevedra, fue ministro de Industria y Comercio en el gabinete presidido por Lerroux entre el 12 de septiembre y el 8 de octubre de 1933.

Casi todos los políticos que asistieron al encuentro de Barrantes estaban unidos a Portela por lazos de amistad o vieja camaradería, lo que les llevó a participar en sus ecuaciones para la creación de un partido de centro años más tarde, en 1936, bien como candidatos a diputados, caso de Basilio Álvarez, Valentín Paz Andrade, José María Díaz Villamil o Elpidio Villaverde, bien colaborando directamente en la gestión desde un puesto de confianza en la administración, caso de Ramón Fernández Mato<sup>129</sup>. En el encuentro también estaban Enrique Peinador Lines, el dueño del Balneario de Mondariz, y numerosos colaboradores de *El Pueblo Gallego*, algunos de modo ocasional como García Martí, otros habituales como Castelao, Otero Pedrayo, Cotarelo, Cabanillas o el musicólogo Jesús Bal y Gay. Incluso algunos como Paz Andrade o Fernández Mato formaron parte de la plantilla fija en el puesto de redactor jefe. También había profesionales liberales, especialmente médicos, y propietarios de pequeños o medianos negocios. Con todo esto se puede concluir que la ideología que

---

<sup>127</sup> “Elecciones Generales a Cortes, 16 de febrero de 1936”. Archivo Histórico Nacional (AHN) FC Mº Interior A, Leg. 32, Exp.1.

<sup>128</sup> PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias...*, op. cit, p. 37.

<sup>129</sup> En realidad en 1936 Elpidio Villaverde no se presentó en las listas del Partido de Centro, sino en la del Frente Popular por Pontevedra, con la que salió elegido en una circunscripción en la que los movimientos del gobierno fueron favorables a la coalición de izquierdas; GRANDÍO SEOANE, Emilio: *Caciquismo e eleccións na Galiza da II República*. Vigo, A Nosa Terra, 1999, pp.159-162.

predominaba en la reunión era la liberal de tendencia reformista, inclinaciones autonomistas, preocupaciones educativas y culturales y proximidad a los intereses de los pequeños propietarios y las clases medias. Un perfil muy adecuado para un proyecto centrista.<sup>130</sup>

El resultado de este Compromiso o Pacto de Barrantes se plasmó en un manifiesto que *El Pueblo Gallego* publicó a bombo y platillo el día 26 de septiembre, sólo un día después de su firma. El documento se centraba en Galicia, analizando su situación y necesidades. Además de “a los gallegos todos”, estaba dirigido “a España, al Gobierno”, para que conocieran cuáles eran los grandes problemas de la región. Tras esta rápida presentación se hacía un desglose de las cuestiones negativas que afectaban a Galicia en el aspecto económico, cultural y político, estableciendo cuál era para ellos el origen de todos estos males. El texto terminaba con la expresión de seis peticiones que resumían su posición y se consideraban vitales para superar el atraso gallego.<sup>131</sup>

En el aspecto económico, la agricultura era la primera preocupación de los compromisarios de Barrantes, que llamaban la atención sobre la cuestión del minifundio. Consideraban que en Galicia la propiedad de la tierra estaba excesivamente fragmentada y que la legislación centralizadora no tenía en cuenta esta realidad, sino que prestaba una atención casi exclusiva a la de las zonas de latifundio. Al ser común la legislación para ambas realidades, se planteaban soluciones homogéneas que no sólo no eran solución para Galicia, sino que incluso podían empeorar su situación. Tampoco se promovían las enseñanzas agrícolas, que podrían permitir aplicar nuevas respuestas a estas complicaciones. Por otra parte, opinaban que los productos del campo gallego se encontraban desprotegidos ante el mercado por culpa de los aranceles, los tratados de comercio y el tratamiento oficial que sufrían. Los impuestos indirectos gravaban lo que se adquiría, los costos de la producción propia eran enormes y no había defensa ante la competencia exterior. La consecuencia de estos males de la agricultura, la producción y

---

<sup>130</sup> La lista completa de los firmantes del Manifiesto de Barrantes que se publicó en la portada de *El Pueblo Gallego* (EPG) del 26 de septiembre de 1930 incluía los siguientes nombres: Armando Cotarelo, Ramón Cabanillas, Ramón Otero Pedrayo, Enrique Peinador Lines, Lois Peña Novo; Conde de Creixell, Alfonso Castela, Florentino López Cuevillas, Isidoro Millán, Basilio Álvarez, Álvaro de las Casas, Valentín Paz Andrade, Ramón Salgado, Manuel Portela Valladares, Laureano Gómez Paratcha, Jesús Bal y Gay, César López Otero, Raimundo Vidal Pazos, Gustavo Lagarejos, Ramón Fernández Mato, Manuel Fernández Boado, José María Díaz Villamil, Elpidio Villaverde, Julio Vila y Victoriano García Martí.

<sup>131</sup> *El Pueblo Gallego*, 26.09.1930, p.1.



el comercio era una situación de precariedad económica que tenía consecuencias muy negativas en el aspecto social.

En segundo lugar, el manifiesto se detenía en los problemas de carácter cultural. Para los firmantes, los más graves eran la escasez de escuelas, las carencias de enseñanzas técnicas y el olvido del “carácter”, las tradiciones y el “genio” típico de los gallegos a la hora de afrontar la enseñanza. Es decir, una vez más se olvidaba la realidad específica de Galicia, lo que provocaba una situación de parálisis y estancamiento en sus escuelas y hacía que fuese imposible para los alumnos asimilar los conocimientos que se les quería transmitir. En el aspecto político, tercer bloque de problemas que tienen en cuenta, consideraban el caciquismo como el gran veneno que no dejaba cumplir la Constitución, y entre sus consecuencias denunciaban la falsedad del sufragio, la desprotección de los derechos ciudadanos, el abuso y uso violento de los órganos de gobierno, el no cumplimiento de la ley y la justicia manipulada por las oligarquías.

Para los firmantes, la causa de todos estos males estaba en el centralismo, que se olvidaba de las ansias legítimas de los gallegos, desconociendo sus problemas y la raíz que los explicaba, provocando con ello “nuestra ruina, nuestro atraso y nuestra opresión”. Aunque eran conscientes de que sus posiciones ideológicas se diferenciaban entre sí en muchas cosas, estaban de acuerdo en dos postulados básicos: el rechazo a todos los regímenes políticos que no emergiesen de la soberanía popular y la necesidad de alcanzar una autonomía plena como único modo de satisfacer los derechos y arreglar los problemas de Galicia. En su opinión, la solución a todos estos conflictos pasaba por proponer una serie de medidas o concesiones que consideraban imprescindibles para poder subvertir esta situación tan negativa. Las más importantes para ellos eran la galleguización de la universidad compostelana y los demás centros de enseñanza, la cooficialidad del gallego y el castellano, la liberación de la tierra y la dignificación social del campesino y la supresión del caciquismo.

El tono del manifiesto era bastante ambiguo, pues aunque señalaba problemas innegables de la realidad gallega no se metía en demasiadas honduras ni en su descripción ni en el planteamiento de posibles soluciones. Utilizaba la retórica típica de la época, sin olvidar, por supuesto, la clásica alusión al caciquismo. El lenguaje era claro, aunque caía en cierto juego al populismo, y destacaba como hilo conductor del

mensaje la defensa de los intereses de Galicia, apostando por la autonomía como la gran solución a todos los males.

Esta ambigüedad restó contundencia y éxito al Compromiso de Barrantes, cuyos participantes se quedaron descolocados con la llegada de la República, al contrario de lo que ocurrió con los miembros del otro encuentro, el Pacto de Lestrove, donde el republicanismo gallego había comenzado a organizarse y había elegido a Casares Quiroga como representante para la reunión de San Sebastián. De allí volvió el coruñés con el encargo de repescar para la causa a Portela Valladares y aprovechar su potencial como opositor reconocido a la dictadura, así como su proyección en los medios de comunicación. Este era ya un nombre con prestigio, con una imagen sólida entre los votantes y con unas redes clientelares extensas que podían llenar los huecos que los republicanos y casaristas no cubrían, especialmente en la provincia de Lugo.

El 7 de septiembre de 1930, dieciocho días antes de la reunión de Barrantes, se produjo un encuentro entre Casares Quiroga y Portela Valladares para discutir este hecho.<sup>132</sup> Se trata del primer y único encuentro de este tipo del que existe constancia entre ambos personajes, a pesar del espacio político que compartieron a lo largo de su vida. En él también estuvieron presentes José Calviño, Lois Peña Novo y Antón Villar Ponte. Así se lo contó Xerardo Álvarez Gallego a su cuñado, Alexandre Bóveda, y a Castelao, según relataba él mismo en la biografía que escribió sobre el primero:

*Cando Porteliña, como ti lle chamas, saía por Sant-Yago pra San Sebastián, dende Mondariz, rematada a súa tempada de augas no balneario, vai facer dous anos, chamado polo fillo do coxo Romanones, o marqués de Vilabraxina, pra que non se esquecera que seu pai o tiña en carteira pra nomealo ministro no gabinete liberal que coidaba, seguindo a idea de Cambó, organizar á caída da “Dictablanda”, os repubricáns da Cruña saíronlle ó paso do seu “Rolls” na cibdade de Sant-Yago e forzárono a conferenciar no Hotel Compostela. Casares, no nome de tódolos repubricáns galegos, comprendido Abad Conde -sempre en grupo aparte da ORGA- díxolle que si persistía na súa decraración antimonárquica feita no mitin de Salvaterra de Miño, il ofrecíalle cederlle o seu posto de concurrinte ó Pauto de San Sebastián. “Vostede, co seu periódico, tan abandeirado de repubricán, pode, si quer, exercer a xefatura do repubricanismo galego”.*

---

<sup>132</sup> GRANDÍO SEOANE, Emilio.: “Estudio preliminar” en GRANDÍO SEOANE, E. (ed.): *Casares Quiroga: Discursos parlamentarios (1931-1936)*. Sada (A Coruña), Edicións do Castro, p. 27.

-¿Estás certo do que dis?

-Certísimo. Contoumo Calviño, que foi o intermediario da entrevista.

-¿E Porteliña que dixo?

-Rompeu en gargalladas. ¿A República? ¿Quen pensaba niso? ¿Quen podería rexila? ¿Alcalá Zamora, que tiña rodilleiras, de tanto rezar, nos pantalóns en na ialma? ¿Marcelino Domingo, vago consuetudinario? ¿Lerroux, que era todo química orgánica? ¡Non había homes! Viría, en troques, un goberno de esquerda -de esquerda clásica- engadíu, capaz de facer modificacións sustanciais dentro da monarquía, como sería a da representación gubernamental das rexións hespañolas. Presidiríao o Conde de Romanones.

-¿E que lle respondeu Casares?

-Roxo de carraxe (il que é tan paledo) díxolle: “Nos equivocamos; lo sentimos por usted, Portela. La República viene”. Ergueuse. Non quixo seguir falando, a pesares dos pregos de Peña Novo, que intentou, ao menos, soste a liña repubricán do “El Pueblo Gallego”.

Portela respondeulle:

-“Eso es otra cosa. Ustedes los colaboradores seguirán, si quieren, escribiendo sobre la República, como pueden escribir sobre la luna. Y yo volveré, como en Salvatierra, a declararme anti-monárquico si no cae la Dictadura.”<sup>133</sup>

Este es el único relato que se conserva de dicho encuentro, de ahí su interés, aunque hay que tener en cuenta a la hora de analizarlo el hecho de que Álvarez Gallego guardaba muy mal recuerdo de Portela Valladares, para quien trabajó en *El Pueblo Gallego* y con quien tuvo varios encontronazos que desembocaron en su despido. Fuese por el despido o por la mala relación previa, el caso es que Álvarez Gallego se mostró a lo largo de todo su libro extremadamente crítico con el que había sido su jefe, hablando de él con unas grandes dosis de subjetividad y siempre en negativo. Realmente resulta difícil imaginar una escena en la que Portela y Casares se mostrasen tan abiertamente hostiles y el primero tan grosero. Especialmente si se considera que ambos eran dos animales políticos que optaban por la negociación pragmática con gente de ideas muy alejadas de las suyas si compartían intereses por los que todos querían pelear. Y a pesar de la competencia o lucha de poder personal que se pudiese establecer entre ellos, sí contaban con intereses comunes que deberían haber hecho que se comportasen de un modo más cauteloso en un momento tan crucial.

---

<sup>133</sup> ÁLVAREZ GALLEGGO, Xerardo: *Vida, paixón e morte de Alexandre Bóveda*. Buenos Aires, Edicións Nós, 1972, p. 97.

El relato, además, contiene una afirmación que por cuestiones cronológicas no se puede ajustar a la realidad. Dice Álvarez Gallego que Casares le ofreció a Portela asistir a San Sebastián en su lugar, pero la cuestión es que si el encuentro se celebró el 7 de septiembre, la reunión de San Sebastián ya había tenido lugar el 17 de agosto anterior, por lo que no podía ofrecerle que ocupase su lugar en ella. Y tampoco puede ser en 1929, como parece cuando habla de que había sido dos años antes, porque entonces Casares no podría haberle cedido un puesto que nadie le había otorgado aún a él mismo, ya que la reunión de Lestrove no se celebró hasta 1930. Por todo ello resulta más creíble la afirmación del profesor Emilio Grandío de que el político coruñés volvió de la capital donostiarra con el encargo de reclutar a Portela para el bando republicano. También la versión que insinúa Jose Antonio Durán de que Portela dio largas, rechazando tomar una posición más clara y acudiendo a su edad madura como impedimento para embarcarse en semejantes aventuras en una posición tan adelantada, poniendo en cambio a su disposición las páginas de *El Pueblo Gallego*.<sup>134</sup>

Tampoco sería descabellado pensar que la visita tenía, asimismo, la intención de neutralizar un proyecto que podía rivalizar con los pasos que Casares había logrado plasmar en Lestrove y que en tan buena posición le colocaban. El encuentro, como ya se ha dicho, tuvo lugar unos días antes de la reunión de Barrantes, que tal vez no habría llegado a celebrarse si el resultado de las conversaciones entre Casares y Portela hubiera sido positivo. Si Barrantes hubiese dado pie a un partido o agrupación con representación melquiadista, lerrouxista, agraria, del núcleo duro de los nacionalistas y orquestada por un hombre con la influencia de Portela, podría haber puesto en dificultades el proyecto casarista. Además de que, por su ambigüedad en cuanto al sistema de gobierno, podía restar efectivos a la causa republicana. Las fuertes críticas que esta ambigüedad despertó entre la izquierda fue lo que desanimó a algunos, como Valentín Paz Andrade, y les hizo desechar la idea de formar parte de un proyecto de partido moderado y nacionalista similar al de Cambó. Casares, que se refería al compromiso como el de los “Berreantes”, fue uno de los más críticos con ellos y durante más tiempo. En enero de 1931, en carta a José Calviño, todavía hace referencia al compromiso diciendo que hay que deshacerlo sin miramientos, a pesar de que creía

---

<sup>134</sup> DURÁN, José Antonio: “¿Quién fue..., op.cit., p. 35.

que no encontraría apoyo en una órbita nacional. Finalmente dicho partido no llegó a existir.<sup>135</sup>

La cuestión es que al final la Segunda República sí llegó, y las decisiones previas de Casares Quiroga y Portela Valladares les colocaron en posiciones muy diferentes ante ella. Como se ha señalado, el segundo entró en la República a contrapié, pero como buen corredor de fondo sabía que seguía teniendo sus cartas y se dispuso a jugarlas a la espera de que las circunstancias resultasen más favorables. Su gran apuesta durante la primera legislatura republicana fue la lucha de la autonomía, acercándose a los diputados galleguistas en el parlamento, probablemente manteniendo la vieja esperanza de llegar a crear un partido con ellos. Así, todo su esfuerzo se orientó hacia la propaganda a favor del Estatuto, tanto en sus relaciones dentro del parlamento, donde Castelao, Otero Pedrayo o Villar Ponte también habían sido elegidos, como fuera de él. En 1931 y a pesar del traspiés de Barrantes, Portela consiguió una vez más salir elegido diputado, aunque ya no por el distrito de Fonsagrada, puesto que la nueva ley electoral fijaba la provincia como la circunscripción básica. Pero no cambió de zona y Lugo fue su distrito. Se presentó como regionalista independiente y salió elegido por las minorías.

Su apuesta por la autonomía era especialmente evidente en las páginas de su diario, que siguió acogiendo e incluso potenció la presencia de los galleguistas en su sección de opinión. Entre los articulistas estaban los diputados nacionalistas y otros de sus compañeros de credo, como Francisco Fernández del Riego o Valentín Paz Andrade, quien además se convirtió en el nuevo director del periódico. Junto a los artículos de opinión de tema político o cultural, que suponían una defensa expresa y directa de la postura autonómica, *El Pueblo Gallego* incluía con frecuencia denuncias y relatos, en secciones de opinión pero también de información, sobre los principales problemas que afectaban a Galicia. La conclusión era siempre la misma: la República no era capaz de solucionarlos porque, al igual que había hecho la monarquía, la perspectiva con la que se abordaban era centralista y desconocedora de la idiosincrasia particular del país gallego. Se adoptaban medidas comunes a las de otras regiones, que

---

<sup>135</sup> Carta de Casares Quiroga a José Calviño, 23 de enero de 1931, archivo particular de la familia Casares, cedida por Emilio Grandío.

aunque pudiesen llegar a ser beneficiosas para algunas de ellas, no lo eran tanto para Galicia. La solución era, por tanto, la autonomía.<sup>136</sup>

En realidad esta vocación autonomista de *El Pueblo Gallego* no era nueva u ocasional, pues fue una constante durante casi toda su primera etapa, desde su fundación en enero de 1924 hasta julio de 1936, cuando fue incautado por las nuevas autoridades del “bando nacional”. La única excepción, como veremos, fueron los años 1934 y 1935, cuando las reivindicaciones políticas del galleguismo quedaron en segundo plano en sus páginas y la temática cultural se mantuvo como única bandera de esta causa. Un paréntesis que coincidiría con los meses en los que Portela intentó y consiguió volver a la política nacional de la mano del Partido Radical, formación que no destacaba por sus simpatías autonomistas.

### **3.2 La defensa de la autonomía gallega. Portela *Ante el Estatuto***

Portela no sólo defendió esta postura a través de las páginas de su periódico, sino que también fue una constante en sus discursos e intervenciones. El mejor de los ejemplos para esta afirmación se puede encontrar en las páginas de su libro *Ante el Estatuto*, que vio la luz en octubre de 1932 y que recogía, entre otras cuestiones, la conferencia que había pronunciado el 25 de julio de ese mismo año, en la sede del Centro Gallego de Barcelona, con el título *Unificación y diversificación de las nacionalidades*. En pleno debate parlamentario para la aprobación del Estatuto catalán Portela apelaba a un público sensible a las necesidades de Galicia, pero que podía resultar reticente a planteamientos autonomistas. Se trataba, en su mayoría, de emigrantes gallegos o descendientes de estos, con intereses económicos y sentimentales en su lugar de origen, pero que estaba en la órbita del Partido Radical. Por eso, y aun sin renunciar a los grandes mitos fundacionales del nacionalismo gallego, se centró especialmente en cuestiones prácticas que afectaban a Galicia e impedían su libre

---

<sup>136</sup> GRANDÍO SEOANE, E.: *Caciquismo e...*, op. cit., p. 58.

desarrollo, y que se podían solucionar en el seno de un régimen que acercase la toma de decisiones a los territorios.<sup>137</sup>

La fecha elegida para esta conferencia, 25 de julio, no era casual. En 1919 la *Asamblea das Irmandades da Fala* había declarado un día tan simbólico como el de Santiago Apóstol como “Día Nacional de Galicia”, así que desde 1920 los galleguistas aprovechaban esa jornada para reunirse, festejar y manifestar públicamente sus reivindicaciones. Desde la proclamación de la República el galleguismo se había movido en busca de la anhelada autonomía, y en ese momento el Estatuto de Cataluña era la gran esperanza. Si se aprobaba se abriría una brecha por la que había que colar el Estatuto de Galicia, y si se dejaba pasar la ocasión tal vez no se repetiría en mucho tiempo. Cuando Portela pronunció su conferencia el Estatuto catalán aún no había sido aprobado, pero cuando se publicó *Ante el Estatuto* en noviembre de ese mismo año el de Cataluña era ya una realidad, a pesar de todas las discusiones que había provocado.<sup>138</sup>

En ese contexto y ante un auditorio tan receptivo como el que se reunió para escucharlo en la sede del Centro Gallego de Barcelona, situada en aquel momento en la Plaza Real, Portela aplicó todo su entusiasmo en la defensa de la autonomía como única alternativa posible para que Galicia saliese del atraso en el que estaba anclada y ofreciese, de paso, una opción para consolidar la situación política española en el camino de la democracia y la convivencia pacífica. Al principio de su discurso apeló a la parte más emocional del galleguismo, buscando respuestas en el pasado y recreando los mitos más destacados de su imaginario. El primero de los tres capítulos estaba dedicado a Santiago, reflexionando sobre la conveniencia de honrar a la tierra lejana a la que todos añoraban, en un guiño a su auditorio. Para él estaba claro que cualquier respuesta con esperanzas de éxito tenía que partir de la autonomía y afirmaba que consideraba que era el momento de hablar de ella, de defenderla y de alcanzarla. Las ideas, sobre todo las importantes, “deben verterse en paraje donde puedan fructificar, en el momento en que puedan conseguir influencia y arraigo”.<sup>139</sup>

---

<sup>137</sup> CARRETE RIVERA, Manuel: *Máis que nós, ningún. 1892-2007. Cent quinze anys del Centre Gallec de Barcelona*. Barcelona, Ajuntament de Barcelona, Direcció de Relacions Ciutadanes e Institucionals, 2007, pp. 248-265 y 270-283.

<sup>138</sup> BERAMENDI, Justo.: *De provincia a...*, op. cit., pp. 811-818.

<sup>139</sup> PORTELA VALLADARES, Manuel: *Ante el...*, op. cit., p.11.

La alusión a Santiago no era inocente, ya que representaba la unidad de Galicia, su punto geográfico central, su núcleo vital histórico y cultural, que la unía con sus mitos y grandezas pasadas, la comunicaba con Europa y, por tanto la abría al mundo. Por todo ello, simbolizaba las glorias pasadas y las que podrían llegar en el futuro. Partiendo de esta idea analizaba sus tres grandes fases: la jacobea, la racial y la política, dedicándole a cada una de ellas un epígrafe. Dentro de “La fase jacobea” recordaba la historia del camino de Santiago, que convertía a Compostela en “reedificadora de la unidad nacional”.<sup>140</sup> En “La fase racial”, Portela hacía referencia a la tradición cultural de Galicia. La autonomía que Portela defendía se basaba principalmente en cuestiones prácticas, en consonancia con su carácter pragmático, pero esto no impidió que en su argumentación hiciese uso de elementos simbólicos y afectivos, tan habituales en el discurso nacionalista de tradición romántica. En busca de la identificación de su auditorio apelaba al pasado glorioso, a los mitos fundacionales, a la morriña por la lejanía de la tierra, al dolor por la ofensa continua y a una mezcla de victimismo y heroísmo con el objetivo de despertar la conciencia gallega. Esta doble dimensión emocional y racional del discurso podía acercar a un mayor número de seguidores potenciales. Aquellos que se dejaban llevar por razones afectivas o los ya convencidos, eran los principales destinatarios de la vertiente emocional, mientras que la racional apelaba a los intereses concretos de los destinatarios y su objetivo era convencer al público más escéptico.

De los mitos fundacionales del galleguismo, el priscilianismo aparece como el favorito de Portela en este libro. Además de las continuas referencias y el opúsculo final dedicado a este tema, era el motivo de la ilustración de portada, en la que Castelao dibujó a un campesino gallego afilando su hoz en una estatua que representa la figura decapitada de Prisciliano. Recordemos que la interpretación que hizo el obispo gallego Prisciliano del cristianismo, más individual y abierta que la tradicional, provocó enfrentamientos con el resto de la iglesia peninsular y llevó a una escisión formal, es decir, con una iglesia gallega funcionando de manera autónoma y diferenciada durante un tiempo hasta su sometimiento, aunque algunas peculiaridades de su pensamiento permanecieron en el seno de la comunidad. El caso del priscilianismo le servía a Portela

---

<sup>140</sup> *Ibidem.*, p. 22.



para apuntar una especie de primera experiencia de gobierno propio en Galicia, que además era profundamente moderna en sus rasgos y nada menos que “intensamente democrática”.<sup>141</sup> Precisamente habría fracasado porque su contexto histórico no estaba preparado para recibirla. Esta misma idea del espíritu adelantado de Galicia la concretaba en el relato de otros movimientos fallidos, como la revuelta contra Gelmírez, en el siglo XI o la de los *irmandiños*, en el siglo XV, y con ello hacía referencia a tres de los grandes mitos fundacionales del galleguismo. El mensaje último era que sobre las bases de ese pasado, de esa conciencia y ese ideal liberal, individualista, moderno, abierto al futuro, y al mismo tiempo unido a su tierra, había que construir el futuro de Galicia. No parece muy descabellado pensar que ese gusto de Portela por Prisciliano escondía una cierta identificación con el personaje, pues en la descripción de su historia y de su comportamiento refería sus propios ideales liberales, flexibles pero firmes, y un cierto deseo de ser el líder salvador.

El último apartado de este primer capítulo, “La fase política”, lo centró en el relato de la historia política de Galicia, desde sus tiempos de unión con Portugal hasta su sometimiento por parte de la nobleza castellana. En este fragmento incluía su primera alusión a la nacionalidad gallega al afirmar que la separación política de Portugal no logró la ruptura cultural y espiritual ni tampoco la castellanización de Galicia. Esta seguía siendo un pueblo diferenciado “con propia calidad y propia alma”, con todos los rasgos de lo que se llama una nacionalidad. Entre ellos, Portela señalaba tierra, ambiente, gente, paisaje, morriña, lengua, cultura y mentalidad.<sup>142</sup>

En el segundo capítulo, “La ruta de las nacionalidades”, profundizaba más sobre estas cuestiones. Era hora de organizar territorialmente el Estado español y para ello se podían seguir dos caminos, el de la unificación o el de la diversificación. Para saber cuál era el que podría cuajar había que analizar sus rasgos atendiendo a la realidad de España tal cual era y no a creaciones imaginarias. En su opinión, la vía de la unificación se caracterizaba por la adopción de un concepto de Estado omnipotente; la defensa de una idea cerrada, intransigente, lo que llevaba a justificar la violencia; la construcción del sistema en dirección de arriba a abajo, y dirigida desde el fanatismo de la lógica. Todas

---

<sup>141</sup> *Ibidem*, pp. 38-39.

<sup>142</sup> *Ibidem*, pp. 43-47.

estas características las identificaba con la idea de Castilla: unidad avasalladora, intangible centralismo, eliminación del que pensaba de manera diferente y búsqueda de razones solo para defender una causa, no de soluciones a los problemas existentes. La diversificación, por su parte, la definía como centrada en la realidad; intuitiva, viva, flexible ante las evoluciones temporales; construida de abajo a arriba; eminentemente popular, y ponderada, clara, equilibrada, “como el gran lote de Occidente y de los pueblos celtas”.<sup>143</sup>

Tras buscar ejemplos de ambas tendencias en la historia europea, Portela concluía que a través de las dos se podía llegar a una realidad de Estado estable si se seguían criterios lógicos, de respeto a las distintas voluntades y no por la ley de la fuerza. En su análisis del caso español encontraba que en el pasado jamás había habido un intento de fusionar voluntades, de compenetrar pueblos, lo que se había hecho era atropellar, emplear la violencia y guerrear, y con ello sólo se consiguió “malcoser las nacionalidades hispanas”. Esto llevaba a Portela a la conclusión de que la política unitaria seguida desde tiempos de los Reyes Católicos hasta su propia época nunca había sido eficaz y, por tanto, ahora llegaba la hora de hacer lo contrario: apostar por una labor de reconciliación y fusión.<sup>144</sup>

En el tercer y último capítulo, titulado “Ante el Estatuto”, entraba directamente en el tema autonómico. Su apuesta por la autonomía gallega estaba basada en el convencimiento, el sentimiento y las necesidades prácticas. Y por si alguien se sentía inquieto ante la posibilidad de que esto resultase un quebranto para la unidad del Estado —no hay que olvidar que una buena parte del auditorio se circunscribía al entorno radical y podía tener esa preocupación— sus argumentos también se esforzaban por ahuyentar esos temores. Dicho peligro no existía, afirmaba, porque la alternativa que se planteaba en ese momento era “reconocer las regiones, organizarlas, aprovechando sus íntimas eficiencias e impulsándolas; o destruirlas y aniquilarlas con el rasero igualador del centralismo”. De ambas, la segunda opción, además de ser equivocada, ya no era viable. Por tanto, la autonómica era la única salida real para que España pudiese solucionar al fin, su problema de organización y de definición. Por historia, por raza, por la existencia

---

<sup>143</sup> *Ibidem.*, pp. 51-55.

<sup>144</sup> *Ibidem.*, pp. 64-66.

de un alma colectiva y diferenciada, incluso por tradición de organización propia, que además de la experiencia de la iglesia prisciliana se cimentaba en el hecho de haber constituido el primer reino peninsular en tiempo de los suevos, Galicia no podía quedarse fuera del tren de la autonomía. En su opinión, toda la discusión sobre el Estatuto gallego se zanjaba con tres consideraciones: “la autonomía es indispensable a la vida de Galicia; los reparos contra ella carecen de fundamento y se motivan en malvadas ambiciones caciquiles; y nuestro Estatuto implica las más altas conveniencias para el Estado español”.<sup>145</sup>

Portela terminaba concretando sus peticiones. La necesidad de Galicia de alcanzar la autonomía radicaba en que de no poder gobernarse a sí misma estaba condenada a seguir inmóvil y a perecer en la miseria. Para ilustrar esta afirmación y ejemplificar el abandono y el desgobierno en el que el centralismo tenía sumida a su patria chica, Portela apuntaba las principales causas de su atraso. En primer lugar, los problemas de comunicaciones, especialmente su realidad portuaria y ferroviaria. La primera, porque por criterios centrales de igualdad no se dejaba crecer a los puertos gallegos, ni que optasen al transporte transoceánico, a pesar de sus indudables disposiciones naturales para ello. La segunda, porque las líneas de tren eran inexistentes y estaban obsoletas. Ni siquiera existía una comunicación directa con Madrid, lo que permitiría conectar el Atlántico con el Mediterráneo y traería indudables beneficios para todos. Y para mayor burla, tras tantos años de anhelante espera, la obra de la ansiada línea Orense-Zamora había sido detenida, aduciendo que era demasiado costosa y que el tren, en realidad, era un medio de transporte anticuado que no merecía semejante inversión. Y la solución alternativa que planteaba la inversión privada, la creación de un transporte eficaz por carretera, también se prohibía para proteger el tren de su desaparición. Una paradoja que dejaba a Galicia sin el transporte moderno para preservar el antiguo que no tenía.

Los problemas económicos constituían el segundo gran bloque. De nuevo, las medidas tomadas desde el centro no consideraban la realidad gallega, basada en una agricultura de cultivo intensivo y minifundismo y una ganadería estabular, es decir, muy diferentes a las del resto de España. Por eso, decisiones que buscaban solucionar

---

<sup>145</sup> *Ibidem*, pp. 84 y 88.

problemas de conjunto, como la propiedad estatal de los montes, perjudicaban al campesino gallego, que se veía privado de unas tierras que habría utilizado para la repoblación forestal y la concentración parcelaria, y no para pastoreo, como se hacía en otras regiones y que era lo que motivaba esta decisión.

El tercer gran problema gallego para Portela era la educación. Por la falta de medios y, de nuevo, por su inadaptación a la realidad gallega. El programa no se adecuaba a las necesidades de los alumnos de Galicia y los maestros carecían de conocimientos del hábitat gallego que les permitiesen acercar sus enseñanzas a quienes las recibían, empezando por el idioma. Además, una buena educación debía inculcar en los niños gallegos una conciencia de independencia activa, que les hiciese saber que los gallegos eran los únicos que podían salvar a Galicia. Esto supondría un cambio moral que les haría creer en las capacidades propias y sería el cambio más necesario y el más revolucionario. Y no obedecería a razones de “lucha, sino de elemental defensa”.<sup>146</sup>

Portela cerró su charla respondiendo a las dos grandes objeciones que se solían plantear ante la cuestión del Estatuto de Galicia y tranquilizando, una vez más, sobre el posible peligro que este pudiese suponer para la integridad del Estado español. La primera de las objeciones era que la región no contase con los recursos suficientes para hacer frente a las necesidades planteadas por el nuevo régimen. Para Portela la respuesta se podía encontrar en la Constitución de la República, que establecía que el Estado tendría que entregar a las regiones que obtuviesen su autonomía los fondos necesarios para cumplir sus nuevas funciones. En este reajuste contributivo habría que tener en cuenta los daños y características de la realidad económica gallega para que se pudiese restablecer realmente la igualdad tributaria que afirmaba la Carta Magna. La segunda objeción era que los gallegos no estuviesen preparados para gobernarse a sí mismos. En ella se encubría una acusación a Galicia de ser tierra de caciques, por lo que un hipotético autogobierno gallego podría consolidar este sistema. Portela respondía a esta acusación con su propia definición de caciquismo:

---

<sup>146</sup> *Ibidem*, pp. 98-112.

Cacique es quien gobierna en contra del pueblo, el que recoge extraña influencia para imponerse al pueblo, el que monta o quiere montar un poder extraño a la voluntad popular. Si se quiere decir respetos, adeptos, votos alrededor de una persona, entonces el mundo, las naciones todas están llenas de caciques. Y con este sentido del caciquismo este muere desde el instante en que deje de funcionar y entrometerse en la vida gallega el Ministerio de la Gobernación.<sup>147</sup>

Por tanto, el caciquismo desaparecería con la autonomía, e incluso de no ser así no sería peor que la realidad anterior, pues al menos el “enemigo” estaría cerca y sería más fácil de combatir. Lo cual, por otra parte, no dejaba de ser una afirmación contradictoria con su trayectoria durante los años siguientes. En la distinción que hacía entre los que se aprovechaban del pueblo para su propio beneficio, los auténticos caciques, y aquellos que ejercían su liderazgo, con el que se ganaban admiración y respeto de los demás y aglutinaban a su alrededor una red de apoyo mutuo, se podría encontrar una defensa de su actuación personal. Como haría en otras ocasiones, también en este libro proyectaba una imagen un tanto elitista de la política y mesiánica de sí mismo, marcando las distancias con las prácticas de la “vieja política” y encarnando las exigencias de regeneración.

Por último, y en cuanto a la consideración del Estatuto de Galicia como una solución para España, Portela señalaba dos grandes ventajas. La primera, que Galicia facilitaría el acercamiento entre España y Portugal el día en que finalmente fuese posible la deseable cooperación entre ambos países, pues, cercana a ambas realidades, era el único nexo que podría unirlos. La segunda ventaja que ofrecería el Estatuto gallego a España sería la de evitarle más convulsiones en un momento como aquel, atravesado por sacudidas violentas y radicalismos de derecha y de izquierda. Por el contrario, para Portela una de las características básicas del carácter gallego, “nuestro equilibrio”, podría servir “de regulador, de freno y de ordenamiento a España”. Pero junto a estas razones tranquilizadoras dejaba una advertencia: si no se permitía que Galicia se incorporase cordialmente a la vida española, esta, cansada de humillaciones, no se quedaría parada.<sup>148</sup>

---

<sup>147</sup> *Ibidem*, pp. 106-108.

<sup>148</sup> *Ibidem.*, pp. 109-110.

En *Ante el Estatuto*, Portela expresaba en palabras otra de sus características de actuación política, relacionada con el hecho de que no le importase situarse en segundo plano si eso favorecía la consecución de su meta. Un rasgo que se podría denominar “oportunismo circunstancial” y que consiste en la capacidad de adaptación al medio, de negociar y renunciar a lo menos importante para salvaguardar lo fundamental, y que podría ayudar a explicar la sinuosa trayectoria política de Portela, que en esencia defendió siempre lo mismo aunque tomando en cada momento el traje que consideraba más oportuno. No se trataba del mero accidentalismo que justificara la aceptación de un régimen político en un momento y del contrario en otro, pues en el caso de Portela casi siempre iba acompañado de un plan de futuro, de un propósito. Como él mismo decía en este libro, hay que saber escoger el momento en el que plantear un gran ideal, pues si no es el propicio lo único que se consigue es alejarlo de su consecución. El sentido de oportunidad política era justamente eso, saber distinguir los momentos propicios y saber trabajar para conseguirlos, algo que su trayectoria respecto a la autonomía de Galicia ejemplifica muy bien. Así, con estas palabras Portela Valladares saludaría a los lectores de *El Pueblo Gallego* desde la portada del domingo 14 de junio de 1936, cuando faltaban dos semanas para la celebración del plebiscito en el que los gallegos decidirían sobre su Estatuto de Autonomía:

Y a donde se vaya y en donde se toque, constantemente se encontrará que nuestros daños provienen de que se gobierne a Galicia sin saber de Galicia, y que no pueden tener cura mientras los gallegos no exijan el derecho y se tomen el trabajo de regirse a sí mismos<sup>149</sup>.

*Ante el Estatuto* permite conocer el pensamiento autonomista de Portela, pero también contribuye a perfilar su retrato como un hombre flexible, negociador, con ciertas dosis de cinismo, una serie de ideales muy arraigados y una enorme capacidad de adaptación que buscaba, ante todo, facilitar la defensa y la conquista de esas parcelas esenciales de su credo político. Sin embargo todo este ímpetu autonomista se vio atemperado después de las elecciones de 1933, en las que Portela se quedó fuera del parlamento por primera vez en su vida. Parecía el momento más complicado de su

---

<sup>149</sup> PORTELA VALLADARES, M.: *Ante el Estatuto*. Sada (A Coruña), Ediciós do Castro, 2008 (ed. facsímil), pp. 11-115.

trayectoria y dada su edad –sesenta y seis años– la sombra de la retirada se proyectaba como algo más que una opción. Pero a pesar de esta lógica, los presagios no se cumplieron y logró darle la vuelta a la situación, llegando a ocupar en esta etapa los puestos más importantes de su carrera.

## Capítulo 4. Y el muerto resucitó... El Gobierno General de Cataluña.

La cabellera blanca y suave como la de un violinista cansado de laureles y de glorias, el rostro escrupulosamente rasurado, el traje pulcro y bien cortado, el gesto nervioso y rápido. (...) Don Manuel es un hombre activo... Tiene toda la silueta de un potentado estadounidense en viaje de recreo. Es gallego; pero carece de acento regional. Tiene aficiones aristocráticas y luce impecablemente el frac. Es hombre de té del Ritz, de carreras de caballos, de coche-cama. El Gobierno radicalcedista le ha nombrado gobernador general de Cataluña, que según ha dicho el sr. Lerroux, es un cargo que se compaginará con el de presidente de la Generalidad. Las primeras declaraciones del Sr. Portela Valladares han sido para asegurar que procurará armonizar todos los intereses. Como gobernador civil de Barcelona en 1923 supo dominar la situación y granjearse las simpatías generales. La situación ahora es completamente distinta.<sup>150</sup>

El 8 de diciembre de 1933 se constituyó el primer Parlamento en el que Portela no juró como diputado desde que había salido elegido por Fonsagrada casi treinta años antes. No era el primer traspies de su carrera, pero sí del que salía más perjudicado. Tras la muerte de Canalejas, por ejemplo, su fulgurante ascenso se había cortado en seco, pero entonces tenía cuarenta y cinco años y su acta por un distrito que había convertido en feudo inexpugnable. Sin embargo, en 1933 el resbalón sonaba a definitivo. A poco más de un mes de cumplir los sesenta y seis, fuera de todo cargo político, sin padrinos ni partido que le diesen cobijo, el viudo de la monarquía parecía muerto para la República. Como en otras ocasiones, el revés lo llevó a replegarse hacia su vida fuera de la política: Barcelona, los negocios, el Círculo Equestre, paseos tranquilos, casa, cine, *El Pueblo Gallego*... Un repliegue con apariencia de jubilación forzada y despedida de su carrera pública. Pero Portela no estaba todavía por la labor de retirarse y desde su plácida vida de conde consorte, comenzó a planear su estrategia de regreso.

La primera decisión importante que tenía que tomar era dónde buscar acomodo. El fracaso en las elecciones bloqueaba, momentáneamente al menos, el camino solitario

---

<sup>150</sup> *El Sol*, 28.12.1934, p. 1.



que se había visto forzado a emprender en 1931, así que necesitaba buscarse un puerto político en el que parar. Visto el reparto de cartas, el Partido Radical era la salida evidente. Tras su error de cálculo antes del cambio de régimen, la ORGA de Casares seguía siendo una vía muerta, mientras que alternativas como la CEDA o Renovación Española resultaban impensables para un viejo masón liberal. Casi lo mismo sucedía con el PSOE. Y su opción favorita, la de crear su propio partido con el apoyo de antiguos compañeros de batalla, galleguistas y liberales independientes, se antojaba aún menos viable que al principio de la República.

Algunos de esos “amigos políticos”, como Basilio Álvarez, habían recalado en las filas del Partido Radical, cuyo programa hasta cierto punto indefinido y situado ideológicamente en un difuminado espectro de centro-derecha, les había permitido volver o continuar en política con cierta comodidad. La necesidad de contar con cuadros locales abrió la puerta del partido a un buen número de caciques de la Restauración que en sus filas pudieron reconvertirse en republicanos, aunque fuese nominalmente, sin problema. En Galicia, por ejemplo, todavía en plena resaca del 14 de abril, los seguidores vigueses del Conde de Bugallal habían cambiado el nombre de su centro por el de “Casino Democrático Republicano” y en Ourense, el Partido Liberal se declaró republicano. No fue un comportamiento excepcional. La falta de personal político en el ámbito local forzó a los republicanos a asimilar a un buen número de antiguos monárquicos. Una opción que causó ciertas tensiones internas en el Partido Radical, pues los militantes veteranos veían con recelo las nuevas incorporaciones, especialmente en aquellos casos en los que reconocidos exmonárquicos se convirtieron en líderes locales radicales a toda velocidad. La convocatoria de elecciones municipales parciales en mayo de 1931 contribuyó a la rapidez de esta inclusión. No se puede olvidar que en las elecciones de abril y a pesar del éxito en las ciudades, los republicanos habían perdido claramente en el mundo rural. El proceso de cooptación siguió su curso y permitió la integración de un buen número de caciques y exmonárquicos, lo que además de fortalecer al partido favoreció la inserción formal de este espectro sociopolítico en el nuevo régimen. Un empujón imprescindible para su consolidación. Lerroux defendía la acogida de estos republicanos de nuevo cuño como

la mejor estrategia para conservar la República, aunque sin duda también era la mejor para los intereses de su partido.<sup>151</sup>

Desde este planteamiento, Portela se sabía un fichaje muy apetecible para el Partido Radical. Tenía una trayectoria política consolidada, redes clientelares propias tanto en Lugo como en Pontevedra, muchas amistades, aura de buen gestor de conflictos y de hombre de orden y, pese a ser tan cacique como cualquiera de sus iguales, cierto caché democrático sustentado tanto en su pasado parlamentario y agrarista como en su alejamiento de la dictadura de Primo de Rivera. El retrato se completaba con un jugoso punto extra: era el dueño de un instrumento de difusión del calibre de *El Pueblo Gallego*. Los cantos de sirena radicales ya habían sonado durante el primer bienio, aunque Portela los había desoído, convencido de que podría llegar a poner en marcha un partido liberal-autonomista propio. En diciembre de 1933 la situación había cambiado por completo. Mientras él estaba fuera de las Cortes, el Partido Radical había sido uno de los grandes triunfadores de las elecciones. Con 104 diputados se convertía en la segunda fuerza parlamentaria, sólo superado por la CEDA y sus 117 representantes.<sup>152</sup> También sus resultados en Galicia habían sido muy positivos: 14 diputados de los 49 en liza. Este giro cambiaba las condiciones del juego. Aunque el interés por contar con él se mantenía, el reforzamiento de los radicales frente a su propio fracaso electoral debilitaba la posición negociadora de Portela y lo obligaba a hacer concesiones.

Empezó por la más clara: suavizar su planteamiento galleguista, el tema que más lo alejaba del Partido Radical. No es que los lerrouxistas se opusiesen al nacionalismo periférico con la misma fuerza que en la Barcelona de 1910 en la que le había tocado bregar al Portela gobernador civil, pero su posición respecto a las autonomías era más bien tibia. Básicamente, se limitaba a aceptar los planteamientos esbozados en el Pacto de San Sebastián. El Estatuto de Cataluña era un mal necesario que había que tolerar, intentando que no se saliese de control. Del mismo modo, estaban dispuestos a transigir con el del País Vasco, pero el de Galicia les parecía una extravagancia innecesaria. En el caso de los radicales gallegos, resulta un buen ejemplo su actitud durante el verano de

---

<sup>151</sup> TOWNSON, Nigel: *La República que no pudo ser. La política de centro en España (1931-1936)*. Madrid, Taurus, 2002, pp. 73-74.

<sup>152</sup> *Ibidem*, p. 233. Otras fuentes, en cambio, atribuyen a la CEDA 115 diputados. Véase, por ejemplo, PAYNE, Stanley: *El colapso de la República*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2005, p. 74.

1931 respecto al proyecto de Estatuto aprobado por la asamblea de A Coruña el 4 de junio. El comité provincial del partido en Pontevedra felicitó a sus concejales de Vigo que, tras rechazar una moción de edil del GAG, Manuel Costas Iglesias, en la que solicitaba la adhesión de la corporación a este borrador y su participación activa en el proceso, habían conseguido que el pleno vigués votase en contra del texto aprobado en Coruña. Una felicitación en la que se expresaban con contundencia:

El Partido Radical de la Provincia, que desde el primer momento hizo notar su oposición a las estridencias de carácter nacionalista, se congratula de que sea la capital más importante de Galicia quien, por boca de sus más genuinos representantes en el Concejo, tome por unanimidad el patriótico acuerdo de no reconocer un Estatuto elaborado por elementos que a su modalidad reaccionaria unen un desconocimiento completo de los problemas regionales y pretenden arrastrarnos a un separatismo fratricida.<sup>153</sup>

Aunque no todos los radicales compartían esa postura. Los diputados gallegos Basilio Álvarez y José Varela Campos, por ejemplo, se manifestaban abiertamente a favor de la autonomía. Incluso el propio Lerroux, según afirmaba Enrique Rajoy Leloup, se había comprometido por carta a que su partido se comportaría con el Estatuto Gallego del mismo modo que con el de Cataluña siempre que “en la fórmula definitiva no haya nada que atente a lo que, según nuestro juicio, constituye la unidad nacional”. Sin embargo, la opinión mayoritaria era más bien reticente, lo que explica que el Comité Regional del partido anunciase por escrito, justo antes de la asamblea de municipios de diciembre, que se abstendría “de colaborar en la propaganda”. Como justificación aducía que aunque veía con simpatía las reivindicaciones gallegas, no podía sumarse a ellas mientras no se diesen las condiciones necesarias para que el plebiscito al que se tendría que someter el Estatuto reflejase de un modo fiel “la voluntad de la Región y no la expresión del deseo de un determinado partido político”.<sup>154</sup>

---

<sup>153</sup> La moción de Manuel Costas Iglesias, el rechazo de los concejales radicales, su contramoción y su justificación en *El Faro de Vigo*, en FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Manuel: *La dinámica sociopolítica en Vigo durante la Segunda República*. Tesis doctoral dirigida por Justo Beramendi y defendida en la Universidad de Santiago de Compostela en 2005, pp. 427-429. La cita de la felicitación del Comité Provincial de Pontevedra del Partido Radical, en “Documentación sin clasificar”, Archivo Municipal de Vigo, citada en esta misma tesis, p. 428.

<sup>154</sup> BERAMENDI, Justo: *De provincia a nación...*, op. cit., pp. 956-957.

Una ambigüedad que tenía muy poco que ver con la postura del entregado conferenciante de *Ante el Estatuto*. O con la de su periódico, que el 4 de junio había encabezado su edición con el lema: “Hoy se junta Galicia y convoca a España. Nadie puede desertar”.<sup>155</sup> Por ello, el lavado de cara de las querencias autonomistas de Portela empezó por *El Pueblo Gallego*. Si hasta entonces los galleguistas habían tenido en este periódico su mejor plataforma de difusión (con sus treinta mil ejemplares de tirada, su presencia por habitante y día era hasta sesenta veces superior a la de toda la prensa nacionalista en conjunto), de pronto vieron cómo sus puertas se cerraban para ellos.

En este bloqueo también influyó el progresivo acercamiento del Partido Galeguista a los grupos de izquierda. Y es que en las elecciones de 1933, Portela Valladares no fue el único diputado de las Cortes Constituyentes que perdió su acta, el nacionalismo gallego también se había quedado sin representación parlamentaria propia. En parte castigado por el sistema electoral al presentarse en solitario, en parte por las decisiones de la ORGA, que en A Coruña había optado por no contar con Antón Villar Ponte para los puestos que le correspondían en la candidatura conjunta con el Partido Radical y el Partido Republicano Conservador. La pérdida de presencia en las Cortes llevó a los galleguistas a cambiar su estrategia durante el segundo bienio. Conscientes de que seguir en solitario suponía condenarse al aislamiento y la irrelevancia política, comenzaron a estudiar el panorama en busca de alianzas que fortaleciesen sus opciones. La actitud cuando menos tibia de los radicales respecto a la autonomía frente al cambio de algunos sectores de izquierdas como los socialistas ferrolanos, que empezaban a mostrarse favorables a sus reivindicaciones, terminó por determinar su postura. Esa inclinación hacia la izquierda fue acompañada de una creciente crítica al Partido Radical y su gobierno en la prensa nacionalista, algo que no convenía en absoluto a los intereses portelistas.<sup>156</sup>

---

<sup>155</sup> EPG, 4.06.1931, p. 1.

<sup>156</sup> Datos de impacto de *El Pueblo Gallego* respecto a la prensa nacionalista, en BERAMENDI, Justo: *provincia a nación...*, op. cit., pp. 880-881. Nueva estrategia y giro a la izquierda del Partido Galeguista en el segundo bienio, *ibidem*, pp. 1008-1020, CASTRO, Xavier: *O galleguismo na encrucillada republicana*, Ourense, Publicacións da Deputación de Ourense, 1985. y BERAMENDI, Justo y NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manoel: *O nacionalismo galego*, Vigo, A Nosa Terra, 1995; Informe del Gobierno Civil que condiciona la lista de Candidatura de Coalición Republicana de la circunscripción coruñesa, en Grandío Seoane, Emilio: *Caciquismo e eleccións...*, op. cit., pp. 76-77. Para el cambio de orientación en

Si Portela aspiraba a cobijarse en esta formación para revitalizar su carrera política, los ataques al Partido Radical no tenían cabida en la nueva línea editorial de *El Pueblo Gallego*. Desde ese momento, sólo fueron bienvenidos los artículos de temática cultural. Nada de política. Así se lo comunicó explícitamente a sus amigos. Por ejemplo, el 30 de octubre de 1934 negociaba con Francisco Fernández del Riego, miembro del Seminario de Estudos Galegos y de las Mocedades Galeguistas, su colaboración en el diario expresándose en estos términos:

*Meu distinto amigo: EL PUEBLO GALLEGO está ateigado de colaborazóns. Endebén, por tratarse de vde., a quen tanto estimo e a quen teño no maior conceito, podería facer catro artigos mensuaes a razón de 15 pesetas cada un, sober temas de cultura ou de intereses materiaes da nosa Galiza. Ren de política, porque o Partido Galeguista non quixo facer caso das minhas advertencias e embarcouse na política de Ezquerda, póndose aos peus de Casares, destrozándose, e eu co isas roitas non estou conforme.*<sup>157</sup>

El mensaje era claro. Portela no compartía el giro que había adoptado el Partido Galeguista y decidía adormecer la vertiente política de su implicación galleguista, al menos directamente. Dejaba entreabierta la puerta a través del argumento cultural, dando a entender que podía tener cierta manga ancha con aquello a lo que daba cobertura este adjetivo. Así, en nueva respuesta a Fernández del Riego apenas una semana después aceptaba que este incluyese los problemas universitarios dentro de su serie de artículos culturales. La cuestión era saber decir lo justo como quien no quiere la cosa y sin molestar. Por ello el ya exorguista Antón Villar Ponte, flamante fichaje del Partido Galeguista desde marzo del 34, se mantuvo como colaborador fijo, y desde su sección “Pretextos cotidianos” siguió hablando de autonomía y anticaciquismo entre comentario y comentario de libros. Portela optaba por hilar filo, intentando mantener el

---

los artículos de las principales firmas galleguistas y su progresiva desaparición de las páginas del periódico de Portela, confrontar *EPG* 1931-1933 con 1934.

<sup>157</sup> Carta de Portela Valladares a Francisco Fernández del Riego 30.10.1934. Fundación Penzol Archivo Fernández del Riego, Signatura: Ca-95/8-1.

contacto con sus amigos nacionalistas, pero decidido a que no obstaculizasen sus objetivos inmediatos.<sup>158</sup>

Tendidos los puentes y con las cartas dispuestas, faltaba el empujoncito final. Y si hacemos caso a los recuerdos de Lerroux, este se produjo de manera casual en septiembre de 1934. El escenario, un rincón tan simbólico como el Balneario de Mondariz. Propiedad de la familia Peinador, su patriarca, Enrique Peinador Vela, el “caballero del ensueño y de la acción” según el poeta Ramón Cabanillas, convirtió el manantial y los terrenos que lo rodeaban en uno de los lugares de referencia del turismo medicinal, atrayendo a la más selecta clientela a su lujoso Gran Hotel. Allí se detuvo a finales de aquel verano el líder radical, aprovechando la última etapa de un viaje de recreo para “tomar las aguas”. Y allí, según cuenta en sus memorias, coincidió con el Portela ya ex diputado, que aprovechaba su descanso político para trabajar de investigador histórico. Alojado en el hotel, ponía orden y ampliaba su información sobre el heroico Prisciliano, patriarca solitario de la iglesia gallega con el que tanto se identificaba, preparando un libro sobre él. Lo curioso es que su estudio sobre el priscilianismo en realidad se publicó dentro de su libro *Ante el Estatuto*. Es decir, a finales de 1932. Si a ello le añadimos el hecho de que quien dirigía entonces el balneario era Enrique Peinador Lines, uno de los firmantes del Pacto de Barrantes, miembro del Partido Galleguista y viejo amigo y compañero de batallas de Portela, la casualidad se vuelve sospechosa, tomando apariencia más bien de encuentro cuando menos provocado para facilitar la aproximación. Nada como las aguas y un entorno tranquilo y reservado para favorecer los cantos de sirena. Establecido el contacto, sólo hizo falta que llegase una ocasión en la que su nombre surgiese como una buena solución. Y esa ocasión fue la “Revolución de Octubre”.<sup>159</sup>

---

<sup>158</sup> Carta de Portela Valladares a Francisco Fernández del Riego 5.11.1934. Fundación Penzol Archivo Fernández del Riego, Signatura: Ca-95/8-2

<sup>159</sup> El relato del encuentro entre Portela y Lerroux, en LERROUX, Alejandro: *La pequeña historia. Apuntes para la historia grande vividos y redactados por el autor*. Buenos Aires, Editorial Címera, 1945, pp. 360-362. Información sobre el Balneario de Mondariz, en DEL CASTILLO CAMPOS, María Jesús: *Historia del Balneario de Mondariz*. Tesis doctoral inédita dirigida por Elvira Arquiola y Josefina San Martín, Universidad Complutense de Madrid, 1992, pp. 139-149. Sobre Enrique Peinador Lines, véase FRANCO, Fernando y AMENEIRO BRAVO, María Celia: *Enrique Peinador Lines. Burgués, empresario, galeguista, mecenas e filántropo*. Vigo, Ir Indo, 2006.

#### 4.1. La “Revolución de Octubre” y sus consecuencias en Cataluña

El 1 de octubre de 1934 la CEDA retiró su apoyo parlamentario al gobierno que presidía el radical Ricardo Samper, lo que provocó su dimisión y su sustitución por un nuevo gabinete encabezado por Lerroux. En él entraron, por primera vez, tres ministros de la CEDA, con lo que se cumplía el objetivo de la crisis que ellos mismos habían provocado. A pesar de que habían sido el partido más votado en las elecciones de 1933, ningún cedista había formado parte de gabinete alguno. Alcalá Zamora se había resistido a pedirle a Gil Robles que formase gobierno, puesto que la CEDA todavía no había declarado explícitamente su lealtad al régimen republicano. A esta falta de compromiso se sumaban las similitudes que se daban entre Gil Robles y el canciller austriaco, Engelbert Dollfuss, y también entre sus respectivos partidos. El referente de Dollfuss no podía ser más preocupante, pues tras acceder a la presidencia de Austria en 1932 había aprobado una serie de reformas que llevaron al cierre del parlamento, la supresión del derecho de huelga, el control de la prensa o la persecución de los socialistas. Por ello, la llegada de los ministros derechistas al gobierno fue recibida por la izquierda revolucionaria, y también por los liberales de clase media, como la amenaza de una catástrofe. Desde su percepción suponía la entrada del fascismo en las instituciones.<sup>160</sup>

Su reacción desencadenó dos procesos revolucionarios diferentes. Por un lado, la huelga general insurreccional que convocaron los socialistas a partir de la madrugada del 5 de octubre, cuyos efectos y manifestaciones fueron muy diferentes en cada provincia. Y por otro, la proclamación del *Estat Catalá* en la madrugada del 6 de octubre. El movimiento nacionalista apenas duró unas diez horas y se mezcló con la

---

<sup>160</sup> SOUTO KUSTRÍN, Sandra: “Octubre de 1934: historia, mito y memoria”, en PRADA, Julio y GRANDÍO SEOANE, Emilio (coord): *La Segunda República: Nuevas miradas, nuevos enfoques*, monográfico de *Hispania Nova, Revista de Historia Contemporánea*, nº 11, 2013, (<http://hispanianova.rediris.es/11/dossier/11d013.pdf>); JACKSON, Gabriel et al: *Octubre de 1934: cincuenta años para la reflexión*, Madrid, Siglo XXI, 1985; JACKSON, Gabriel: *La República Española y la Guerra Civil*, Barcelona, RBA, 2005 (1ª edición: Editorial Crítica, 1976); MARTÍNEZ DE ESPRONCEDA, Gema: *El canciller de bolsillo: Dollfuss en la prensa de la II República*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 1988.

actuación de las Alianzas Obreras, que allí donde lograron hacerse con el control, consiguieron alargar la movilización y radicalizar la huelga en Cataluña.<sup>161</sup>

La relación entre la Generalitat y el gobierno central era tirante desde su desacuerdo por la Ley de Cultivos, aprobada por el Parlamento catalán y derogada por el Tribunal de Garantías Constitucionales. A esto había que añadir las tensiones derivadas del complejo proceso de transferencia de competencias y la presión que el gobierno catalán recibía desde ambos extremos del arco ideológico. Por la izquierda, de los *rabassaires*, campesinos que pugnaban por la aprobación de la Ley de Cultivos. Por la derecha, de los *escamots*, fuerza paramilitar juvenil vinculada a Esquerra Republicana y liderada por el conseller de Gobernación, Josep Dencàs. Él y sus uniformados seguidores encabezaron las escaramuzas del 5 de octubre, presionando a favor de la huelga, repartiendo armas y pertrechándose en su consellería, dispuestos a salir a la lucha por la independencia. Companys intentó frenar a Dencàs e incluso, según cuentan los relatos de la época, protagonizaron una tensa discusión durante esa jornada. Pero el presidente de la Generalitat fue incapaz de detenerlo y, presionado por el empuje de este cuerpo armado que se le iba de las manos, optó por la salida del medio. Así, a última hora de la tarde, lanzaba esta proclama:

En esta hora solemne, en nombre del pueblo y del Parlamento, el Gobierno que presido asume todas las facultades del poder en Cataluña, proclama el Estado Catalán de la República Federal Española y, al establecer y fortificar la relación con los dirigentes de la protesta general contra el fascismo, les invita a establecer en Cataluña el Gobierno Provisional de la República, que encontrará en nuestro pueblo catalán el más generoso impulso de la fraternidad en el común anhelo de edificar una República Federal libre y magnífica.<sup>162</sup>

---

<sup>161</sup> SOUTO KUSTRÍN, Sandra: “Octubre de 1934...”, op. cit.

<sup>162</sup> Distintos relatos de los sucesos de Barcelona en JAUME, Alexandre: *La insurrección de Octubre. Cataluña. Asturias. Baleares, Ibiza*, Res Pública, 1997, pp. 21-37; ANGULO, Enrique: *Diez horas de Estat Catalá*. Madrid, Paz Angulo y Ediciones Encuentro S. A., 2005, pp. 38-57; HIDALGO, Diego: *¿Por qué fui lanzado del Ministerio de la Guerra? Diez meses de actuación ministerial*. Madrid, Espasa-Calpe, 1934, pp. 61-69, 113-115; DENCÀS I PUIGDOLLERS, Josep: *El 6 d'Octubre des del Palau de Governació*, Barcelona, Editorial Mediterrania, 1935; Ricard VINYES, Ricard: “Los efectos de la insurrección de octubre en Cataluña”, en *Estudios de Historia Social*, Madrid, nº. 31 (octubre-diciembre 1984), pp. 49-54, p. 49; JACKSON, Gabriel: *La República Española...*, op. cit., pp. 144-160. El discurso de Companys está reproducido en VIDARTE, Juan Simeón: *El Bienio Negro y la insurrección de Asturias. Testimonio del que fue Vicesecretario y secretario del PSOE*, Barcelona, Grijalbo, 1978, pp. 248-249.



Encerrado en la sede de la Generalitat, el gobierno catalán invitó al general Batet, jefe de la división militar a la que pertenecía Cataluña, a unirse a ellos. Invitación que, como era de esperar, no fue aceptada por este, quien, desoyendo las presiones que desde Madrid le empujaban a atacar de inmediato, decidió dejar transcurrir la noche antes de asaltar el Palau. El paso de las horas, la falta de apoyos y la división interna dejaron en evidencia que los rebeldes no tenían salida, y mientras Dencás huía, Companys comunicó a Batet su rendición. El general y sus hombres tomaron la Generalitat sin grandes alborotos y la sublevación nacionalista se sofocó sin apenas víctimas. Companys y sus *consellers* fueron detenidos y conducidos a un buque prisión. No fueron juzgados en consejo militar sino por el Tribunal de Garantías Constitucionales, que en junio de 1935 los condenó a treinta años de prisión. A pesar de ello, Companys pudo presentarse en las elecciones de febrero de 1936 y obtuvo el acta de diputado por Barcelona ciudad.<sup>163</sup>

La insurrección, por tanto, apenas duró unas horas en Cataluña; sin embargo, las consecuencias institucionales que desencadenó fueron importantes. Con el gobierno de la Generalitat en prisión y el *Parlament* suspendido, el gobierno central tomó el control, pero era necesario proporcionar una cobertura legal que amparase a esta situación que se daba de hecho. En un primer momento no se suspendió el *Estatut*: simplemente y aprovechando el estado de guerra, la Generalitat pasó a estar en manos militares. Así, el coronel de intendencia de la IV división orgánica, Francisco Jiménez de Arenas, se hizo cargo de su presidencia entre el 7 de octubre y enero de 1935. Tres meses en los que los miembros del gobierno no acababan de ponerse de acuerdo sobre cómo solucionar la cuestión catalana, manteniendo la incertidumbre institucional. Frente a la presión de la CEDA, partidaria de suprimir la autonomía, el presidente radical opinaba que lo mejor era buscar una solución intermedia mientras se volvía a la normalidad. Un largo tira y afloja que la prensa tradujo en múltiples especulaciones que fueron variando con el tiempo. En algunas de las quinielas y desde muy pronto, comenzó a aparecer el nombre de Portela, quien junto a Guerra del Río se perfilaba como posible candidato para el

---

<sup>163</sup> *Ídem*. Cifras *En Servicio de la República. La revolución de octubre en España. La rebelión del gobierno de la Generalidad*; Madrid, Talleres Gráficos Bolaños y Aguilar, 1935, p. 13.

gobierno civil de Barcelona o, incluso con más probabilidad, para un gobierno civil unificado de las cuatro provincias.

La CEDA, por su parte, apostaba por uno de los suyos, José Anguera de Sojo, para que tomase el poder directamente de manos del coronel Jiménez de Arenas, conservando al mismo tiempo la cartera de Trabajo. Pero Lerroux defendía con insistencia la candidatura de Portela, tanta que Josep Pla daba su nombre como la opción más probable en sus crónicas políticas para *La Veu de Catalunya*. Con el paso de los días, además, se fue decantando porque la decisión final no sería un gobierno civil unificado sino la creación de un nuevo cargo, el de comisario general para Cataluña. Este comisario actuaría como representante del Estado, pero sin ejercer la presidencia de la Generalitat en funciones, y uno de sus cometidos sería estudiar la situación desde Cataluña para proponer al gobierno la solución que le pareciese más oportuna. Una propuesta que se llevaría a las Cortes, las cuales tendrían la última palabra para decidir mantener o suspender el Estatuto de Cataluña.<sup>164</sup>

Con todo, la decisión siguió sin tomarse y el nombramiento no se aprobó hasta el consejo de ministros del 27 de diciembre. Cuatro horas de deliberación para llegar al acuerdo de que Portela fuese el primer Gobernador General de Cataluña, cargo en el que se unificaban los gobiernos civiles y que, finalmente, sí sería una presidencia de la Generalitat en funciones. La elección de Portela fue recibida con resquemor por parte de la CEDA. Una pésima noticia para la formación que, sumada a la liberación de Azaña por orden del Tribunal Supremo, la sumió en una situación de “duelo general”, según la prensa.<sup>165</sup> Como consecuencia de estas reticencias la intriga se mantuvo durante unos días y, a pesar de que el consejo había aprobado el nombramiento, este no terminaba de aparecer en la *Gaceta* y por tanto todavía no era oficial.

Como primer paso, el 3 de enero se publicó la ley aprobada por las Cortes referente al régimen transitorio de Cataluña, por el que se suspendía, que no derogaba,

---

<sup>164</sup> “El panorama político es deplorable”, *La Veu de Catalunya*, 27.10.1934; “La prensa anticatalana ataca furiosamente a la Lliga”, *La Veu de Catalunya*, 31.10.1934, y “¿Qué pasará en el Consejo de Ministros de hoy?”, *La Veu de Catalunya*, 1.11.1934, reproducidos en PLA, Josep: *La Segunda República Española. Una crónica, 1931-1936*. Edición de Xavier Pericay. Barcelona, Ediciones Destino, 2006, pp. 1203-1204, 1207-1208 y 1209-1211.

<sup>165</sup> “Los fracasos de la CEDA”, *La Veu de Catalunya*, 29.12.1934, reproducido en PLA, Josep: *La Segunda...* op. cit, pp. 1278-1279.

su Estatuto y su Parlamento. La misma ley creaba el cargo de gobernador general de Cataluña, que dependía directamente del gobierno central y cuya misión sería sustituir al presidente de la Generalitat hasta que se restableciese el orden autonómico.<sup>166</sup> Tras esto el nombramiento del elegido tendría que ser inmediato, pero las presiones de la CEDA consiguieron que se demorase un par de días más todavía. Su último movimiento fue amenazar con la dimisión de Anguera de Sojo y forzar la crisis ministerial si el nombramiento de Portela se hacía oficial. La intención era obligar al consejo a buscar una salida alternativa, votando y eligiendo a un nuevo candidato. La decisión de Lerroux fue dejar pasar los días, con la esperanza que de este modo se suavizase la postura de sus socios de gobierno. Para justificarlo ante la insistente pregunta de los periodistas, se limitaba a decir que sólo faltaba la firma del presidente de la República, que lo haría “uno de estos días”.<sup>167</sup>

Para desbloquear la situación resultó decisiva la actuación del propio Portela, que había llegado a Madrid en la creencia de que su nombramiento estaba hecho. Acudía tras ser convocado, vía llamada telefónica, por el ministro de Estado, el radical Juan José Rocha, que había visitado Barcelona apenas unos días antes y a quien el gobernador *in pectore* había despedido en la estación el día 1 de enero. Según escribió en sus memorias, Portela viajó a la capital con poco entusiasmo por el cargo, autoconvenciéndose de aceptar con resignación y sólo “en servicio del bien común e incluso del propio”. Una afirmación que suena más a recreación a posteriori de político ideal sacrificado por la causa de la patria que a opinión real. Salvo en la última y personal parte. Quizás no era el cargo más sencillo ni el más apetecible, pero lo situaba en primera línea de resurrección política oficial y sin duda era consciente de que si cumplía con acierto su misión, su carrera política se vería relanzada. Aunque no resultó tan fácil. Si Portela había subido al tren creyendo que su nombramiento estaba hecho, en cuanto bajó del mismo se encontró con un panorama más hostil e incierto, y se puso

---

<sup>166</sup> *Gaceta de Madrid*, 3.01.1935, pp. 82-83.

<sup>167</sup> “El juego político del señor Martínez de Velasco”, *La Veu de Catalunya*, 6.01.1935, reproducido en PLA, Josep: *La Segunda...* op. cit, pp. 1287-1289; *ABC*, 5.01.1935, p. 15.

manos a la obra para contribuir a remediarlo. Demasiado trabajo para un sí obligado y a disgusto.<sup>168</sup>

Al tener constancia de que el bloqueo de los ministros de la CEDA era el escollo principal, se dispuso a hacer que cambiasen de opinión y comenzó una campaña intensiva de entrevistas con aquellos que le habían declarado persona non grata. El objetivo: convencerlos de que no iba a seguir una política complaciente con el separatismo, sino en defensa del orden constitucional. Así, mantuvo sendas entrevistas con los dos ministros cedistas más reticentes hacia su persona, Rafael Aizpún y José Anguera de Sojo. De ambas salió con cierto optimismo, especialmente de la que había mantenido con el primero, vicepresidente de la CEDA y encargado de transmitir en el consejo de ministros la posición de su partido. También visitó al tercer ministro cedista, Giménez Fernández, así como a los de Gobernación y Marina, los radicales Eloy Vaquero y Gerardo Abad Conde. La conversación más larga de la tarde fue la que mantuvo con el valedor de su designación, el presidente Lerroux.

Pese a este atareado ejercicio social, que parecía desarrollarse de manera favorable, la falta de noticias concluyentes hizo que el optimismo portelista se diluyese en parte a lo largo de la jornada. Al día siguiente, 6 de enero, reanudó su campaña de visitas. La más importante, anticipo de lo que se volvería costumbre a lo largo de 1935, la que hizo al presidente de la República. La entrevista con Alcalá Zamora le devolvió el optimismo. Asegurado su respaldo y el de Lerroux y tras haber debilitado la oposición de los ministros cedistas, la batalla parecía ganada. Y así fue. Esa misma tarde, la *Gaceta* comunicaba el nombre del primer gobernador general de Cataluña. El muerto había resucitado.<sup>169</sup>

Antes de volver a Barcelona para tomar posesión de su cargo, Portela remató el arduo trabajo de autodefensa desplegado para hacer frente a las acusaciones de ser demasiado simpatizante del autonomismo, demasiado “rojo” o demasiado masón para

---

<sup>168</sup> La visita de Rocha a Barcelona, en *ABC*, 2.01.1935, p. 29. El viaje de Portela a Madrid para recibir su nombramiento, en PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias...* op. cit., pp. 143-144.

<sup>169</sup> *ABC*, 8.01.1935, p. 9; *Gaceta de Madrid*, 6.01.1935, p. 146; “El nombramiento del señor Portela. El sumario del juez señor Alarcón”, *La Veu de Catalunya*, 8.01.1935, reproducido en PLA, Josep: *La Segunda...* op. cit, pp. 1289-1290; JALÓN, César: *Memorias políticas*. Madrid, Guadarrama, 1973, pp. 187-188. GIL ROBLES, José María: *No fue posible la paz*. Barcelona, Ariel, Edición Conmemorativa de 2006, p. 226.

ejercerlo adecuadamente. Y no sólo con alguna que otra visita más sino, especialmente, a través de la prensa. Si desde su llegada y hasta la publicación de su nombramiento se había mostrado más bien esquivo y ambiguo, convertirse oficialmente en gobernador general hizo aparecer al habitual Portela hablador y afable con los periodistas, a los que no escatimó declaraciones tranquilizadoras en las que insistía en que su intención era colaborar con todos los partidos políticos y su misión principal, realizar un trabajo intenso de pacificación y restablecer el orden público y político.<sup>170</sup>

#### **4.2 Impresiones, objetivos y primeros movimientos del nuevo gobernador**

Pese a que sus esfuerzos suavizaron en parte la tensión manifiesta de los políticos de la CEDA en su contra, Portela era consciente de que su nombramiento había causado reacciones variadas. Con la intención de saber exactamente en qué terreno se movía, pulsó la opinión de diferentes amigos y compañeros políticos de confianza, para que compartieran con él sus impresiones y los comentarios que habían llegado hasta ellos. Natalio Rivas, por ejemplo, le confirmó que en Madrid, su nombramiento había sido recibido con cierta reserva en los círculos y casinos que el viejo liberal frecuentaba. Una reserva más parecida a la expectación que a la hostilidad y cuyo principal temor era que Portela se aproximase demasiado a un Cambó que apostaba públicamente por hacer frente común con Esquerra Republicana. Pero la mayor parte de las medidas de orden público que fue tomando el nuevo gobernador tranquilizaron a los caballeros madrileños con los que Rivas se relacionaba.<sup>171</sup>

Dos fueron las principales preocupaciones de Portela en cuanto tomó posesión de su cargo. La primera, el orden público, a cuyo diseño y práctica dedicó la mayor parte del tiempo y de las decisiones que puso en marcha durante su mandato. La segunda, evitar los recelos de los catalanistas, tratando de no ser visto por ellos como un intruso que venía a garantizar el sometimiento de Cataluña al poder central. De modo

---

<sup>170</sup> “Las conversaciones Lerroux-Gil Robles”, *La Veu de Catalunya*, 10.01.1935, reproducido en PLA, Josep: *La Segunda...* op. cit., pp. 1292-1293; *ABC*, 8.01.1935, p. 16, *Crónica Meridional: diario liberal e independiente y de intereses liberales*, 9.01.1935, p. 6.

<sup>171</sup> Carta de Natalio Rivas a Manuel Portela Valladares. 9.02.1935. Real Academia de la Historia, Fondo Natalio Rivas, Cartas-11 8947 (138)

que ya el 29 de diciembre, cuando su candidatura era prácticamente un hecho a la espera del nombramiento oficial, aclaró a la prensa barcelonesa que él no pertenecía al Partido Radical. Que si bien era amigo personal del presidente Lerroux, él era autonomista gallego. Dedicando guiños a unos y otros, su política, como había hecho en 1911, combinó el ejercicio de cierto autoritarismo en la salvaguarda del cumplimiento de la ley con la defensa de la pacificación y la tolerancia en la convivencia política y cotidiana. Lo que Aguirre, el corresponsal del diario *El Sol* en Barcelona, denominó en diversas ocasiones “la política sedante de Portela”.

El mismo día 10 de enero, recién llegado a Barcelona y a la salida de su toma de posesión, en la que el general Batet lo presentó como gobernante de sobra conocido por “sus grandes condiciones y excelentes dotes”, Portela hizo ante la prensa su primera declaración de intenciones. Ante las preguntas de los periodistas, que insistían en averiguar cuándo volvería a Madrid, dando por hecho que sería un visitante asiduo de la capital de España, el gobernador les dejó claro que no tenía pensado viajar a ella en un futuro inmediato. Tan sólo iría de modo puntual, cuando tuviese que asistir a alguna negociación necesaria para los intereses de Cataluña o las circunstancias así lo exigiesen. Mientras tanto, se quedaría en Barcelona, puesto que el cargo se refería a Cataluña y era en Cataluña donde se tenía que desempeñar. Con cierta rotundidad, el nuevo gobernador hacía su primer gesto hacia su público cercano, marcando distancia de alguna manera con el gobierno central que lo enviaba. Sin negar su subordinación a él, pero haciendo hincapié en su opinión de que los problemas de Cataluña se resolvían desde Cataluña.<sup>172</sup>

También en esa clave habría que leer una de sus primeras decisiones al tomar posesión de su cargo. La de devolver el retrato de Francesc Macià al puesto de honor del despacho del presidente de la Generalitat, su despacho, al lugar en el que había estado colocado hasta los sucesos de octubre. En su opinión era conveniente recordar “lo que había hecho en pro de las aspiraciones catalanas”. Un gesto sencillo pero con gran carga simbólica, que en el Madrid de los casinos se recibió con estupor y cierto recelo. El guiño tenía como destino a la audiencia catalanista, que si bien había recibido

---

<sup>172</sup> *La Zarpa*, 29.12.1934, p. 5. *El Sol*, 11.01.1935, p. 4, *La Voz*, 10.01.1935, p. 10 y 11.01.1935, p. 7, *La Cruz*, *diario católico*, p. 5, *La Libertad*, pp. 3, 4 y 7.

su nombre con alivio en comparación a lo que habrían supuesto otros, como el de Anguera de Sojo, no olvidaba que venía designado por el gobierno en el que estaba la CEDA ni que su cargo suponía en la práctica una supresión como poco temporal de la presidencia de la Generalitat. Por ello, la acogida que recibió en público de su parte se movió entre la frialdad y la hostilidad manifiesta.<sup>173</sup>

Fría fue, por ejemplo, la que le dispensó el presidente del Tribunal de Casación de Cataluña. El Palacio de Justicia, sede de este tribunal y de la Audiencia de Cataluña, fue uno de los destinos a los que acudió Portela en la ronda de visitas de presentación de su primer día como gobernador. Santiago Gubern, quien presidía el tribunal desde su creación en marzo de 1934, pronunció su discurso de bienvenida en catalán, alegando en primer lugar que Portela había manifestado en su toma de posesión que sentía simpatía por este idioma. Pero sobre todo, según explicó, lo hizo como recordatorio de la situación de cooficialidad que compartía con el castellano y también por él mismo, pues “además de ser mi idioma, dará expresión más sincera a mis palabras”. Eso sí, Gubern le prometió su leal colaboración en aquellas acciones que fuesen “para bien de Cataluña y de la República”. Una de cal y otra de arena y un mensaje claro: su posición estaba a favor de Cataluña y ahora la cuestión era saber cuál era la de Portela. El gobernador fue igualmente sutil y claro en su discurso de respuesta, en el que se declaró emocionado por los “términos efusivos con los que me habéis honrado”, y al tiempo que hacía votos por el éxito del tribunal en “la alta misión que le está confiada”, dejaba un consejo que no admitía dudas: “Yo os recomiendo que hagáis justicia y os apartéis de la política”. Separación de poderes y cada cual que se ocupase de lo suyo.<sup>174</sup>

La cara hostil del catalanismo pudo verla en la universidad esa misma mañana. A su llegada, a las doce del mediodía, fue recibido por un grupo de estudiantes que comenzaron a cantar *Els Segadors* en cuanto hizo acto de presencia. El rector, doctor Mur, le dedicó palabras amables, entre ellas las inevitables congratulaciones por la feliz idea del gobierno de haber pensado en él para desempeñar tal puesto, al mismo tiempo que intentaba restar importancia a lo sucedido a su llegada. Una actitud compartida por

---

<sup>173</sup> La referencia al retrato de Maciá, en *La Voz*, 11.01.1935, p.12, y las reacciones en Madrid, en carta de Natalio Rivas a Manuel Portela Valladares, 9.02.1935. Real Academia de la Historia, Fondo Natalio Rivas, Cartas-11 8947 (138).

<sup>174</sup> La visita de Portela al Palacio de Justicia, en *El Sol*, 13.01.1935, p. 5.

Portela, que tanto en su discurso de ese día como en sus declaraciones posteriores a la prensa se esforzó en minimizar el incidente, reduciéndolo a “tan sólo quince o veinte muchachos”, la mayor parte de ellos ni siquiera estudiantes, que habían sido manipulados por políticos que querían aprovecharse de ellos en su propio beneficio. Negó sentirse agraviado. Más bien, todo lo contrario, pues tras el suceso había recibido la visita del rector acompañado por todos los catedráticos, así como las de sendas delegaciones de alumnos, ambas muy numerosas, que habían acudido a su casa para protestar y “expresar su dolor por lo ocurrido”. Un comportamiento que le hacía sentirse más que bienvenido y le animaba a desempeñar la misión que tenía encomendada.<sup>175</sup>

Todo un ejercicio de política de pacificación de un maestro en templar gaitas cuando lo consideraba necesario. Eso sí, en el momento en el que se produjo “el altercado” las autoridades universitarias dieron aviso a la Jefatura Superior de Policía, puesto que en la universidad había “sólo (...) unas parejas de guardias de seguridad”. A la llamada acudió un camión de guardias de asalto que tras “una ligera carga”, se llevaron detenidos a cuatro de los participantes cantarines. Un perfecto ejemplo de cómo en la política de orden público portelista la pacificación y la contundencia de las fuerzas de seguridad no estaban reñidas, antes bien, una y otra debían ir de la mano. La hostilidad que los ámbitos catalanistas manifestaron hacia Portela durante esos primeros días podría completarse con la visita airada que recibió de un “diputado regionalista” que acudió a su despacho a protestar airadamente contra algún hecho. ¿Qué diputado y qué hecho? La censura se ha encargado de dejar sin nombre y motivo a esa visita, aunque la prensa dejó constancia de la versión indefinida del suceso, pues lo que no tuvo que tachar fue la pregunta del periodista que inquiría sobre si “esa noticia tachada el sábado” anterior se podía dar ya. Ni la respuesta de Portela: si se tachó el sábado, sería porque “no conviene publicarla y por tanto, tampoco hoy se puede dar”.<sup>176</sup>

La situación de la prensa tras la creación del Gobierno General de Cataluña se fue aproximando poco a poco a la normalidad, al menos a la normalidad de un territorio aún en estado de guerra. Con la censura vigente, como prácticamente durante toda la Segunda República, pero en la que sólo quedaban un diario suspendido, *L’Humanitat*,

---

<sup>175</sup> *El Sol*, 13.01.1935, p. 5 y *ABC*, 15.01.1935, p. 29.

<sup>176</sup> *El Sol*, 15.01.1935, p. 5.



Fundado en 1931 por Lluís Companys, desde 1933 se había convertido en la publicación oficial de Esquerra Republicana. Se trataba de un periódico de notable éxito, que llegó a alcanzar una tirada de 60.000 ejemplares, lo que lo convirtió junto al madrileño *Ahora* en los únicos casos de diarios creados durante los años 30 que consiguieron consolidar su proyecto editorial y crecer con éxito. Tras los hechos de octubre había sido suspendido por la autoridad militar y aunque en su lugar Esquerra había comenzado a publicar otro diario, *La Ciutat*, su prohibición se consideraba en el entorno catalano-republicano como una arbitrariedad partidista que tenía como finalidad perjudicar a la agrupación. Más aún si tenemos en cuenta que publicaciones como *Solidaridad Obrera* ya habían vuelto a la circulación. Dentro de su objetivo de recuperar la sensación de normalidad y de no ser visto como el enemigo por los catalanistas, en sus primeros días de gobierno Portela respondió a las cuestiones que los periodistas le plantearon sobre este tema con apelaciones a la neutralidad de la censura, manifestando que si bien no era cosa suya, haría lo que estuviese en su mano para favorecer el regreso de este periódico, puesto que no tenía “preferencias ni prevenciones contra ese diario ni contra ninguno”. Si estas afirmaciones aparecían en los diferentes diarios el 12 de enero, el día 15 *L’Humanitat* ya estaba en los kioscos.<sup>177</sup>

Lo que sí se mantuvo durante todo su mandato y más allá fue la censura previa, de manera que el célebre “este número ha sido visado por la censura” siguió siendo una frase cotidiana. Durante su primera semana, un grupo de censores fue sancionado con quince días de empleo y sueldo “por no cumplir su labor”. Al tiempo que comunicaba esto a la prensa, Portela recordaba que aquellos diarios que no llevasen sus galeradas a los censores también serían sancionados. Lo cual no fue óbice para que también afirmase que era partidario de que la censura interviniese lo menos posible y que había hecho circular entre los encargados de ejercerla la orden de que fuesen lo más benévolo posible. Insistió en que les había pedido, sobre todo, que mantuviesen una unidad de

---

<sup>177</sup> GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo: *En nombre de la autoridad. La defensa del orden público durante la Segunda República española (1931-1936)*, Granada, Editorial Comares, 2014, p. 329-330; SEOANE, María Cruz y SÁIZ, María Dolores: *Historia del periodismo en España 3. El siglo XX: 1898-1936*, Madrid, Alianza, 1996, pp. 470-471; SINOVA, Justino: *La prensa en la Segunda República española. Historia de una libertad frustrada*, Barcelona, Debate, 2006, pp. 324-329; CHECA GODOY, Antonio: *Prensa y partidos políticos durante la II República*, Salamanca, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Salamanca, 1989, p. 294.

criterio en sus actuaciones. Que todos siguiesen las mismas normas y trataran por igual a todos los periódicos. Intentaba con ello evitar el sentimiento justificado de la prensa próxima a Esquerra de ser tratada con más severidad que las demás publicaciones. Y no sólo respecto a la censura, también en cuanto a su circulación en instituciones públicas como cárceles y hospitales. En ese sentido manifestaba a los periodistas que había descubierto con disgusto que no se permitía la entrada en ellos de determinados periódicos, pero que ya había dado órdenes para que esto dejase de ser así. El razonamiento era simple: si se consideraba un medio subversivo, no se publicaba, y si se publicaba no se podía limitar su difusión y tratar de modo diferente a unos de otros. Lo que había que hacer era dejar que se moviesen con libertad, independientemente de su línea editorial.

De nuevo, una de cal y una de arena, combinando severidad con flexibilidad. Autoridad sin resquicios, pero con suavidad en las formas. Una mezcla que con la prensa, al menos con la diaria, le funcionó, permitiéndole mantener una relación amable con sus periodistas durante los tres meses que duró su mandato. Amable fue el trato que le dispensaron ellos a Portela y amable fue también el gobernador, quien con frecuencia regalaba a los cronistas con quienes conversaba a diario, alguna perla llena de retranca. Como el día que, para evitar preguntas comprometedoras respecto a la situación política y las comisiones gestoras que no acababan de ponerse en marcha, tras conversar un rato sobre la tranquila situación en orden público durante las jornadas anteriores, zanjó su intervención con un: “Y nada más, señores, porque ya están enterados ustedes del suceso de ayer, que no pasó nada, y no voy a inventar sucesos para decírselos a ustedes, ya que sólo he salido para tener el placer de verlos y saludarlos.”<sup>178</sup>

#### **4.3 La gran preocupación, la gestión del orden público**

Y es que aunque la combinación de gestos tranquilizadores a catalanistas y a los sectores de la política madrileña poco favorables a la autonomía no dejaba de ser “política”, Portela consideraba que su primera tarea era solucionar los problemas de

---

<sup>178</sup> Conversaciones con la prensa sobre la censura, en *La Voz*, 15.01.1935, p.13 y *El Sol*, 23.01.1935, p.5. Su despedida con retranca, *El Sol*, 5.02.1935, p. 5.

orden público. Sólo después de encauzar este tema sería el momento de entrar de lleno en las cuestiones políticas, entendiendo como tales la recuperación de competencias o la renovación de la actividad del gobierno autonómico o los ayuntamientos. Su labor comenzó, por tanto, centrándose en los conflictos y delitos callejeros, así como en la organización racional de las fuerzas del orden. El primer paso para poder tomar decisiones de calado fue conocer detalladamente la situación de partida, aunque mientras tanto puso en marcha un programa de mínimos que hizo público apenas tomó posesión. Este programa tenía tres puntos básicos. El primero era reconocer el derecho de los servidores de orden público a su legítima defensa. Quería decir esto que cuando un sospechoso no obedecía la orden de alto por parte de un guardia civil, de asalto o policía, y las circunstancias le hiciesen creer a este que su vida corría peligro, tenía derecho a disparar al presunto criminal. Apenas dos meses más tarde, esta medida se amplió más allá de la finalidad defensiva. El “servidor del orden público” no sólo tenía derecho a disparar en caso de peligro a quien no obedeciese la voz de alto, sino también la obligación de hacerlo si era necesario para evitar la huida y con ella, la impunidad del criminal.

No quería decir eso que tuviera que disparar a matar, pero sí garantizar su detención. Esta orden se publicó tras el polémico atraco de la calle Bailén, en el que cuatro asaltantes atacaron a los empleados de la fábrica de harinas *Casa Nieta de Andrés Gallardo*. En el suceso se produjo un tiroteo en el que no están muy claras las consecuencias en cuanto a las víctimas que dejó. Si unos diarios hablaban de “bajas policiales”, otros, sólo se refieren a heridos. En cualquier caso, al menos resultaron heridos dos agentes y un transeúnte, lo que causó bastante revuelo porque se consideraba que se había debido a un problema de coordinación policial. Si bien en la prensa Portela se abstuvo de poner nombre y apellidos a los responsables, en sus memorias achacó este incidente a un conflicto de desacuerdo en las respectivas competencias con Agustín Muñoz Grandes, entonces jefe de la Guardia de Asalto. Según el gobernador, el militar consideraba que estaba por encima de las autoridades civiles y decidió cambiar las órdenes respecto al comportamiento de la policía en la calle para montar un dispositivo de prevención contra este atraco, del que las fuerzas del orden habían sido alertadas. Para ello colocó varios grupos de guardias de paisano en un

cruce de calles por donde se esperaba el paso del coche de los atracadores. El resultado fue una batalla de fuego cruzado que se agravó con la llegada de otros dos coches que patrullaban por la zona y que acudieron ante el alboroto. Este acontecimiento provocaría un problema entre Portela y Muñoz Grandes que dificultaría su relación profesional y que tendría consecuencias más adelante, determinando la salida del militar de la jefatura de la Guardia de Asalto cuando el entonces gobernador general de Cataluña se convirtió en ministro de Gobernación.<sup>179</sup>

El segundo punto de su esbozo de programa estaba dirigido a los ciudadanos, a los que Portela pedía su colaboración. Se les instaba a que si tenían información sobre atentados y/o sabotajes que ayudase, bien a impedirlos, bien a localizar a los culpables de los que ya se hubiesen perpetrado, la compartiesen con los servicios de orden público. Se consideraba este comportamiento una obligación cívica y se reforzaba su carácter obligatorio con el aviso de que quienes la incumpliesen y ocultasen deliberadamente cualquier dato en este sentido podría ser castigado con multas de hasta 10.000 pesetas e incluso con penas de cárcel. Y junto al palo, la zanahoria. Por gentileza de una persona anónima, que había ofrecido el dinero necesario para cumplir con ello, se entregaría una recompensa de 500 pesetas a aquellas personas que denunciasen la preparación de atentados, sabotajes y atracos y cuya veracidad fuese determinada por las investigaciones.<sup>180</sup>

Por último, insistía en la necesidad de que la severidad y el cumplimiento taxativo de la ley no se convirtiesen en abuso o desmán. En ese sentido, Portela manifestó su opinión crítica respecto a la excesiva dureza que la guardia catalana de Dencás y Badía habían dedicado a los miembros de la F.A.I., comparando sus métodos con los de los tiempos oscuros de Martínez Anido. El gobernador terminaba la presentación de su plan con el compromiso de ser inflexible y riguroso, pero no cruel, violento o exagerado. Algo que sabía difícil de cumplir, razón por la cual consideraba

---

<sup>179</sup> Las líneas maestras del plan de orden público de Portela, en *El Sol*, 16.01.1935, p. 5. Relato del atraco de la calle Bailén, en *La Voz de Menorca*, 9.03.1935, p. 3; *La Vanguardia*, 10.03.1935, p. 8; *El Sol*, 10.03.1935, p. 5 y *ABC*, 12.07.1935, p. 34. Versión de los hechos de Portela en PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias...*, op. cit., p. 144-145. Dimisión de Muñoz Grandes en PALACIOS CEREZALES, Diego: “Ansias de normalidad. La policía y la República”, en *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española*. Madrid, Tecnos, 2011, pp. 635-636.

<sup>180</sup> *El Sol*, 16.01.1935, p. 5.

necesario por una parte, proceder con cautela, y por otra, disponer del tiempo necesario para hacerse una composición de lugar, evaluar los principales problemas, carencias y necesidades, para así poner en marcha las medidas adecuadas para solventarlos.<sup>181</sup>

Su estudio de la situación se plasmó en un informe de veinte páginas que envió al presidente Lerroux a principios de febrero. En su opinión, la situación de Cataluña tras la insurrección de Octubre había provocado tres consecuencias, dos de carácter político y una tercera vinculada al orden público. La primera de ellas era el cambio que se había producido en la opinión pública, asustada por ver la revolución en las puertas de casa. Un cambio que abría posibilidades a nuevos factores públicos. Portela opinaba que este hecho era una oportunidad magnífica para intentar modificar la distribución del poder político en futuras citas electorales, si los partidos conservadores catalanistas y las fuerzas republicanas de centro no nacionalistas jugaban bien sus cartas. La segunda consecuencia política, muy vinculada a la primera, era la necesidad de proceder a nuevos nombramientos de puestos oficiales, dado el elevado número de vacantes que se habían producido tras octubre. Era necesario cubrirlas con tino si la intención era favorecer y consolidar un nuevo panorama político. Por último, la insurrección había señalado una vez más hacia uno de los grandes males de la vida social catalana: la eterna preocupación por el orden público. Si bien consideraba que los tres temas estaban íntimamente relacionados y tenían una mutua influencia, su opinión era que, sin perder la visión de conjunto, había que abordarlos por separado, cargando las tintas en primer lugar en los asuntos de orden público.<sup>182</sup>

Respecto a este tema, su lectura apuntaba hacia la inseguridad ciudadana como la causante de la mayor parte de los males de Cataluña. Los continuos atentados, atracos y huelgas generales habían empujado a los catalanes, “hombres de trabajo y de ahorro”, a los brazos de Esquerra Republicana, de modo que si se les ofrecía la paz necesaria para desarrollar sus actividades se resolvería “más de la mitad del problema catalán”. ¿Cómo conseguirlo? En primer lugar, devolviendo el orden público de manera definitiva a manos del Estado, pues esta era una función “esencial y primordial del

---

<sup>181</sup> *La Voz*, 16.01.1935, p. 3 y *El Sol*, 16.01.1935, p. 8.

<sup>182</sup> Informe gubernativo sobre la situación de Cataluña tras los hechos de Octubre de 1934. Real Academia de la Historia. Fondo Natalio Rivas. Segunda República-Guerra Civil, 11/8923.

mismo”. Esto no quería decir que hubiese que eliminar las fuerzas públicas “de carácter regional”. Portela consideraba que había que mantenerlas, pero reduciéndolas a “una tradición más o menos decorativa”. Una ayuda a la misión del Estado, pero sin olvidar que era él quien debía “garantizar el derecho y el orden”. En su repaso por la situación de cada cuerpo de seguridad, opinaba que el somatén había perdido su carácter y el respeto de los ciudadanos, por lo que se podría suprimir sin miedo a causar malestar. De este modo desaparecía el riesgo de mantener armada a una parte de la población y se reforzaría al Estado al permitir que recuperase una de sus atribuciones perdidas.

En su opinión, era la Guardia Civil quien tenía que sustituir al somatén y a los mozos de escuadra que se ocupaban de la seguridad en el mundo rural, lo que exigía un aumento de sus efectivos. En ese momento se daba una desproporción evidente entre el número de habitantes de poblaciones como Tarrasa, Sabadell o Reus y el número de guardias civiles encargados de protegerlas. En cuanto a la Guardia de Seguridad y de Asalto, Portela opinaba que tenía que ser el equivalente de la Guardia Civil en las ciudades. De este modo se evitarían para las excesivas intervenciones de la *Benemérita*, que suponía coste demasiado elevado para este cuerpo. Para poder desempeñar sus tareas, ambas instituciones necesitaban contar con armamento adecuado y con medios de transporte que garantizasen su movilidad, lo que contribuiría a evitar “los derramamientos de sangre”.

Respecto a la Policía de Vigilancia, su impresión tras el análisis de la situación era que se trataba de un cuerpo inoperante, que no había podido prever ni la sublevación del 10 de agosto de 1932 ni la insurrección de Octubre. Si la policía encargada de vigilar y saber antes que nadie lo que se tramaba en contra del Estado “ignoraba lo que todo el mundo sabía”, resultaba evidente que necesitaba un cambio profundo. Y este cambio pasaba por primar las labores de información y con ello, la prevención de hechos delictivos.<sup>183</sup>

La descripción general que ofrecía este informe de Portela a Lerroux se fue concretando poco a poco en cifras. Cifras que se referían tanto a la situación de partida como a las medidas necesarias para superar los problemas que sufrían las fuerzas de seguridad. En primer lugar, consideraba insuficientes tantos los medios personales

---

<sup>183</sup> *Ídem.*

como los materiales con los que contaba. La policía apenas tenía presupuesto, y de los mil cuatrocientos sesenta y un guardias civiles que tenía el 19º Tercio, apenas doscientos prestaban servicio. Los demás estaban destinados a empleos que Portela consideraba carentes de objeto, vigilando edificios concretos: fábricas, oficinas, sedes públicas... Un esfuerzo inútil y unos agentes desaprovechados, puesto que, aun suponiendo que su labor sirviese para vigilar los lugares a los que estaban destinados, no podían evitar los delitos o atentados que se produjesen en las inmediaciones. Esto dejaba en una situación vulnerable a la mayor parte de la ciudadanía y de los espacios públicos, un riesgo que consideraba demasiado caro para ser asumido, sin contar con que privilegiaba el bien de unos pocos frente a la desprotección de muchos. Por ello, opinaba que la primera decisión obligatoria era revertir la proporción de agentes fijos-agentes móviles, y sacar a la calle a la mayor parte de los efectivos de los diferentes cuerpos, creando patrullas móviles y redes volantes.

El principal obstáculo en este sentido era la falta de capacidad del parque móvil policial. De los cuarenta coches con los que contaban los servicios de seguridad, número de por sí insuficiente, treinta y siete estaban inutilizados. A la espera de recibir del gobierno los automóviles precisos, su primera medida fue requisar los de particulares, una medida que provocó airadas quejas tanto de sus propietarios como del Automóvil Club de Cataluña. El gobernador les respondió con toda su comprensión y compromiso de devolverles sus autos en cuanto recibiese los medios prometidos por el gobierno y apelando mientras tanto a su compromiso cívico. El desolador panorama se completaba con un fichero de delincuentes destrozado, deudas de gasolina por valor de 90.000 pesetas, armas insuficientes, ametralladoras sin montar, agentes que no sabían manejarlas porque no habían hecho prácticas con ellas y falta de presupuesto para pagar a confidentes.

A partir de esta realidad llena de carencias, al margen del aumento de medios, el cambio más notable fue el que destinó al servicio de calle a más de novecientos guardias civiles. Una medida que afectó también a la Guardia de Asalto y a la Policía de Vigilancia y Seguridad. Para ello fue necesario reformar las comisarías de distrito, que pasaron a tener doce funcionarios: un comisario, un inspector, un secretario y nueve agentes, los nueve destinados al servicio móvil, patrullando en pie, en coche o en

bicicleta. En grupos de dos o tres agentes, para que tuviese apoyo. Todos con pistolas y ametralladoras en los coches encargados de hacer las rondas volantes. Para garantizar que conociesen su funcionamiento y mejorar sus condiciones de seguridad, se introdujeron las prácticas de tiro entre las obligaciones de los agentes. En cuanto los medios destinados por el gobierno lo permitieron, se estableció un servicio de cincuenta coches *Balillas*, nombre con el que se apodaba a un modelo de turismo de la época fabricado por *Fiat*, que destacaba por su velocidad. Cada uno de los coches llevaba en su interior a tres agentes, que se encargaban de recorrer a unos treinta kilómetros por hora, el sector que tenían bajo su protección. Además, debían acudir a toda llamada de auxilio o persecución que se diese en su zona.

Para favorecer estas llamadas de auxilio, Portela recuperó la importancia de pitos y silbatos, tanto entre los agentes como entre los ciudadanos. Desde el Gobierno General se intentó concienciar a los barceloneses, especialmente a los dueños y empleados de establecimientos públicos, de que estuviesen provistos de esta pequeña herramienta, para que en caso de ser asaltados o percibir una situación peligrosa, pudiesen hacerlos sonar para alertar a las fuerzas del orden que estuviesen circulando por las proximidades. La petición se hizo aún con mayor énfasis a farmacéuticos y estanqueros cuyos locales permaneciesen abiertos más allá de las nueve, puesto que a esa hora descendía el número de agentes en servicio de calle.

La implicación de los ciudadanos en su propia protección se reforzó con una medida sorprendente que fue bien recibida por los miembros de clases medias y pequeños propietarios: la concesión de licencia de armas a particulares. La medida se publicitó justificándola con que su objetivo era “evitar que, como ahora ocurre, sólo puedan tenerlas los criminales”. Podrían solicitarla todos aquellos “ciudadanos de bien” que lo considerasen necesario para su defensa, aunque tendrían que pasar los trámites reglamentarios, incluido el pago de los derechos, que debería satisfacer de acuerdo con el importe de sus cédulas personales.<sup>184</sup>

Tras exponer la necesidad de incrementar los medios humanos y materiales con los que contaban los servicios de orden público en Cataluña, el ministerio de

---

<sup>184</sup> “Se concederán licencias de uso de armas para evitar que, como ahora ocurre, sólo puedan tenerlas los criminales”, *Marte*, 6.02.1935, nº 1478, p.1.



Gobernación destinó a la “región autónoma” tres nuevas compañías de guardias civiles, que llegaron provistas de coches, camionetas con ametralladoras y emisoras de radio. En cuanto a la Guardia de Asalto, también vio crecer su número de efectivos con mil doscientos hombres más. Lo que era una buena noticia para el gobernador, le planteó al mismo tiempo un nuevo contratiempo: el de encontrar un lugar adecuado para alojarlos. Una cantidad tal de agentes, que llegaron en buena parte acompañados de sus familias, suponía un notable problema de intendencia. La falta de cuarteles suficientes obligó a habilitar los sótanos del Parlamento de Cataluña para acoger dos compañías de asalto. Esta medida provocó las quejas de los sectores catalanistas, que consideraban una afrenta a los principios democráticos del Estatuto de Autonomía que la sede legislativa se viese invadida por agentes de orden público. Tanto Portela como los encargados de los servicios de seguridad manifestaron públicamente su propio desagrado por tener que recurrir a esta medida, pero la justificaron como momentánea y fruto de la necesidad en un momento en el que todos debían arrimar el hombro, primando lo urgente y necesario sobre lo que se consideraba deseable. La situación, en realidad, no era nueva, puesto que entre el 7 y el 28 de octubre el mismo Parlamento había servido de alojamiento para parte del ejército, y tras su salida, el día 29, miembros de las fuerzas de seguridad habían ocupado su lugar y allí seguían. La planta baja del edificio estaba libre, lo que la convertía en una alternativa sencilla para acomodar, al menos momentáneamente, a los agentes que iban llegando.<sup>185</sup>

Como solución a este problema Portela planteó la necesidad de construir nuevos cuarteles, con la ventaja de que las obras no sólo permitirían paliar estas carencias de intendencia, sino también contribuir a mitigar el paro forzoso, incrementado notablemente en los últimos tiempos. Con esta finalidad el gobierno aprobó un decreto para permitir a la Junta de Urbanización y Acuartelamiento de Barcelona que comprase los terrenos necesarios para construir tres cuarteles destinados al alojamiento de las fuerzas de Seguridad y Policía. Esta medida se completó en abril con un decreto semejante que autorizaba la compra de terreno y el inicio de las tareas de construcción para cinco cuarteles para la Guardia Civil. Para ejecutar este proyecto, las Cortes republicanas aprobaron una partida de un máximo de dieciséis millones, aunque el pago

---

<sup>185</sup> *El Sol*, 13.02.1935, p. 5

quedaba pendiente de un ajuste presupuestario. Mientras el contante no llegaba, el Gobierno General consiguió rescatar 280.000 pesetas de su propio presupuesto, transfiriéndolas a obras públicas desde otros capítulos de gasto. De esto modo se pudo iniciar de inmediato el proceso de construcción del primero de los edificios proyectados.<sup>186</sup>

La puesta en marcha de este proyecto fue un triunfo para Portela, quien se había empeñado en sacarlo adelante. Su insistencia, más allá del hecho práctico se debía a su creencia de que para el buen funcionamiento del orden público era necesario que los agentes encargados de velar por él se sintiesen no sólo seguros en el desempeño de su trabajo, sino también valorados. Y si medidas como las patrullas en grupo, las prácticas de tiro o el refuerzo de las políticas preventivas buscaban cumplir el primer objetivo, también intentó conseguir el segundo. Para ello, no escatimó oportunidad de alabar públicamente a los agentes del orden, destacando la importancia fundamental de su servicio para la sociedad en su conjunto, puesto que con su trabajo e incluso con su sacrificio personal garantizaban la seguridad de los ciudadanos y de las instituciones democráticas. Junto a este reconocimiento continuo de palabra, promovió la concesión de reconocimientos materiales. Recompensas simbólica, como condecoraciones y medallas, pero también en metálico, como gratificaciones monetarias por el papel representado en acciones determinadas o la entrega de objetos de valor. Así, por ejemplo, los oficiales y números de la Guardia Civil que habían participado en el operativo que impidió un atraco en Hospitalet y logró detener a todos los integrantes de la banda implicada fueron obsequiados con unos “magníficos relojes” en reconocimiento de su esfuerzo y su valor. Por su parte, Vicente Santiago, jefe de la Oficina de Información y Vigilancia de la Dirección General de Seguridad entregó en nombre de su sección 500 pesetas para las víctimas del atraco de la calle Bailén, mientras que un ciudadano anónimo donaba otras 5.000 con el mismo fin.<sup>187</sup>

---

<sup>186</sup> *El Sol*, 3.03.1936, p. 6; “Decreto confiriendo a la Junta mixta de Urbanización y Acuartelamiento de Barcelona la facultad de adquirir terrenos para construir tres cuarteles destinados al alojamiento de las fuerzas de Seguridad y Policía, destacadas en la expresada capital”, *Gaceta de Madrid*, 23.03.1935, p. 2.329 y “Decreto confiriendo a la Junta Mixta de Urbanización y Acuartelamiento de Barcelona la facultad de adquirir terrenos para la construcción de cinco cuarteles destinados al alojamiento de las fuerzas de la Guardia Civil destacadas en dicha capital”, *Gaceta de Madrid*, 15.04.1935, p. 362.

<sup>187</sup> *El Sol*, 10.03.1935, p. 8.

#### 4.4 La concepción de orden público de Portela

La política de orden público que impulsó el Gobierno General de Cataluña tuvo sus frutos y en los tres meses que Portela estuvo al frente del mismo, el número de incidentes, disturbios, sabotajes y atentados disminuyó notablemente. Ciertamente es que no desapareció del todo, pues por ejemplo, pocos días antes de su salida de Barcelona, varios tranvías fueron incendiados en un sabotaje del que se acusó a miembros de la F.A.I. Sin embargo, el descenso fue suficiente como para que cambiase la percepción tanto en la calle como fuera de Cataluña, lo que le permitió apuntarse un nuevo tanto como experto en políticas de orden público. Su trayectoria muestra que tenía una concepción clara en temas de seguridad, aunque no resulta sencillo encajarla dentro de los paradigmas habituales. En general, se puede decir que la mayor parte de las medidas que toma coinciden con las visiones reformistas que reflejaban revistas como *Policía Española*. Medidas que primaban la profesionalización de la seguridad, la no militarización de los mandos o la inversión en estrategias preventivas. Sin embargo, algunas de sus decisiones, como la de facilitar la concesión de licencias de armas a los ciudadanos o la de impeler a los agentes a disparar en caso de desobediencia de su orden de alto y no sólo para garantizar su seguridad, encajaban mal en ese modelo.

La orden de disparar para impedir la huida rompía con su propia orden inicial, que la limitaba al derecho a garantizar la seguridad personal de los agentes. Suponía dar un paso más allá de la defensa, que potencialmente podía aumentar el número de víctimas de la violencia policial, algo que él mismo había calificado como contraproducente para la imagen de los cuerpos de seguridad y, por tanto, para su eficacia en políticas de pacificación social. Sin embargo, hay que tener en cuenta que esta declaración la hizo después del atraco de la calle Bailén, el mayor altercado que se vivió bajo su mandato y que tuvo lugar cuando ya sus políticas de reestructuración de las fuerzas de seguridad estaban en marcha, lo que podía poner en entredicho la eficacia de las mismas. No se puede olvidar que la posición de Portela era delicada, puesto que tenía que mantener el equilibrio entre el descontento catalanista y la prevención de la CEDA. Si había conseguido superar el veto del partido de Gil Robles había sido por su fama de “pacificador” de las calles, de gobernador al que no le temblaba el pulso. Así

que esta orden puede interpretarse como un gesto de cara a la galería con la intención de evitar acusaciones de debilidad. Si damos por válida la explicación que da en sus memorias señalando a Muñoz Grandes como el responsable de lo sucedido por saltarse sus órdenes y no entender que el gobernador estaba por encima de él en la cadena de mando en Barcelona, no podemos olvidar que pese a ello, no lo señaló ante la prensa, sino que asumió la responsabilidad de lo sucedido. Probablemente no tanto por exonerar al militar, sino por precisamente porque estaba al mando y esa era la manera de mantener intacta su imagen de autoridad.

En cuanto al tema de las licencias de armas, a simple vista parece contradecir su propio pensamiento de que el Estado es quien tiene la obligación de garantizar el orden y de proteger a sus ciudadanos. Un pensamiento que repetía constantemente y con el que justificaba, por ejemplo, su idea de que el somatén debía desaparecer. Así, decía, el Estado recuperaría una competencia perdida al tiempo que se desarmaría a esta parte de la población que se ocupaba de cumplir una tarea que no le correspondía. ¿Por qué favorecer ese desarme por un lado, mientras por otro se facilitaba que los ciudadanos portasen armas personales? En parte, se puede entender también como un gesto de cara a la galería, una medida que sería bien recibida entre los sectores más conservadores y que contribuiría a presentarlo como un político que tomaba decisiones sin que le temblase el pulso. De hecho, como le escribía Natalio Rivas:

La resolución que tomaste de conceder licencia de armas a todos los ciudadanos de solvencia, para que pudieran defenderse, te ha dado más prestigio del que tú te puedes imaginar, porque contrasta con la conducta de todas las demás autoridades de España, que vienen resistiéndose a adoptar una medida como esa, que además de ser justa, es verdaderamente previsor.<sup>188</sup>

Pero más allá de querer parecer un político con determinación y que toma medidas concretas sin arrugarse, resulta verosímil pensar que Portela creía que era buena idea que los ciudadanos “de solvencia” pudiesen tener un arma. En primer lugar, porque él mismo las tenía desde sus tiempos jóvenes pontevedreses y, como se ha visto

---

<sup>188</sup> Carta de Natalio Rivas a Manuel Portela Valladares, 9.02.1935, Real Academia de la Historia, Fondo Natalio Rivas, 11/8947 (138).

y veremos, cuando presumía de su buena puntería no era una mera bravata. Y en segundo lugar, porque si bien consideraba que el Estado tenía que proteger al ciudadano, también creía que este tenía el derecho de protegerse cuando era necesario. Tener un arma con la que poder defenderse era un derecho individual que había que reconocer, especialmente en momentos de crisis. Mientras que mantener el somatén no suponía proteger ningún derecho individual, sino perpetuar una organización paramilitar en realidad ajena al Estado que impedía que este ejerciese el monopolio de la violencia que le correspondía. Una visión conservadora, sí, pero de raíz liberal que matizaba pero no contradecía la concepción del orden público defendida por Portela.

La puesta en práctica de esta política de seguridad exigía un importante nivel de coordinación entre los diferentes cuerpos de seguridad. Así y desde un primer momento, Portela se reunía periódicamente con los responsables de cada uno de ellos, y con los que se entendía mejor fue construyendo un pequeño círculo operativo de gente de su confianza. En él no estaba, obviamente, el jefe de la Guardia de Asalto, ni tampoco Joaquín García-Grande Villaverde, comisario que ocupaba la jefatura superior de Policía durante los primeros días del Gobierno General de Cataluña. Con él Portela vivió el primer y más grave conflicto de su mandato pues, según cuenta en sus memorias, el comisario no estaba por la labor de cambiar las maneras de trabajo, por lo que se lo quitó de en medio cuanto antes de manera expeditiva y sin perder tiempo. Según su relato:

[Villaverde] quería seguir en suelto y libre merodeo como durante el estado de guerra. Cinco días habían transcurrido sin que se diera por enterado de que yo era el superior suyo: lo llamé y le leí sus deberes, de modo que con el automóvil que traía salió de Cataluña sin perder minuto.<sup>189</sup>

Un relato un tanto exagerado, al menos si tenemos en cuenta que si bien perdió la jefatura, se mantuvo como comisario general de Investigación y Vigilancia de Barcelona hasta su cese, publicado en la *Gaceta* el 26 de mayo, cuando Portela ya era ministro de Gobernación. Con el poder suficiente para hacerlo, no dudó en eliminar de su equipo a aquellos con los que no se entendía, al tiempo que ascendía a las posiciones

---

<sup>189</sup> PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias...*, op. cit., p. 144.

de máxima confianza a aquellos con los que trabajaba en buena sintonía. Por ejemplo, el sustituto del comisario Villaverde en la jefatura superior de Policía de Barcelona, Pedro Rivas, con quien mantuvo una relación fluida desde el primer momento. Ambos compartían una idea similar de las reformas necesarias y Rivas se encargó de llevarlas a la práctica en el cuerpo de policía. Junto a él, el comisario Francisco Álvarez Santullano y Gutiérrez, mano derecha de Rivas y asistente frecuente en las reuniones celebradas por el equipo responsable de la seguridad de Barcelona en el Palacio de la Generalitat. Santullano tendría su recompensa más adelante, al ser ascendido a la jefatura de Policía de Barcelona justo el mismo día que Villaverde era cesado. Un puesto que ocupaba interinamente desde que Pedro Rivas había sido trasladado a finales de marzo a Madrid, donde ocuparía la jefatura superior de policía de la capital y se reencontraría, pocos días después, con Portela, entonces ya ministro de Gobernación.<sup>190</sup>

Pero si hubo una persona con la que Portela se entendió a la perfección desde el primer momento y con el que compartiría esfuerzos y tareas en el futuro fue con el teniente coronel Vicente Santiago Hodsson, guardia civil que ocupaba la jefatura de la Oficina de Información y Enlace, desde la creación de dicha unidad en septiembre de 1933. Es decir, el jefe de los servicios secretos de la República, cargo que ocuparía de modo intermitente hasta el año 1947. El coronel Santiago era un hombre metódico y que manejaba un volumen cuantioso de información, al menos si juzgamos su trabajo a partir de sus exhaustivos informes. Fue él el responsable del folleto estadístico-informativo *Al servicio de la República* elaborado desde el ministerio de Gobernación en el que se presentaron las cifras oficiales de la insurrección de Octubre. La elaboración de este informe así como el análisis de la situación tras los acontecimientos hicieron que Santiago viajase con frecuencia en los meses finales de 1934 y los primeros compases de 1935, y Barcelona fue uno de sus destinos más habituales.

Allí trabajó con Portela en la reorganización de las fuerzas de seguridad, especialmente la policía. Santiago consideraba que esta era el cuerpo que más había sufrido las consecuencias de los hechos revolucionarios, pues al depender la mayor parte de sus efectivos de la Generalitat se había quedado bajo mínimos. Compartía con

---

<sup>190</sup> *La Voz*, 14.01.1935, p. 14; *ABC* 18.05.1935, p. 36; *Gaceta de Madrid*, 26.05.1935, p. 1.659; *El Sol*, 24.03.1935, p. 1.

Portela la necesidad de ir reincorporando a su puesto a aquellos agentes suspendidos por ejercer su función bajo el mandato del gobierno de Cataluña, salvo en los contados casos en los que hubiese constancia de una participación manifiesta y voluntaria en la proclamación y defensa del *Estat Catalá*. Incluso opinaba que una vez controlada la situación se podía devolver parte de la competencia de orden público al Gobierno de la Generalitat, contando con un gobernador general que actuase como enlace entre el gobierno catalán y el de la República y que nombrase, con acuerdo de ambos gabinetes, un comisario general de orden público de Cataluña que se encargase del ejercer el mando de las fuerzas de policía que prestasen servicio en la región. Para ello resultaría fundamental una perfecta compenetración entre el gobernador general, el comisario general y el gobierno central, compenetración que ya se daba entre Portela y Santiago, tal como reflejan los mutuos elogios y la estrecha relación que mantuvieron desde aquel momento.<sup>191</sup>

Su círculo más próximo lo completaba José Martí de Veses, a quien Portela nombró su secretario político en el momento en que la *Gaceta* publicó su nombramiento como gobernador. Martí de Veses no estaba vinculado a ninguno de los cuerpos de seguridad del Estado, aunque sus circunstancias lo acercaban especialmente a su jefe, puesto que era su sobrino político. Estaba casado con María Bernarda Puig de Ametller, una de las sobrinas de Clotilde y a falta de hijos propios, los condes de Brías consideraban al matrimonio Martí de Veses como tales, repitiendo de cierta manera el comportamiento que sus propios tíos habían tenido con Portela. De hecho sería Bernarda quien en los años 60 recuperaría el título de condesa como heredera de sus tíos. Encargado de manejar su agenda, acompañarlo a todas las reuniones e incluso en ocasiones, de atender a la prensa en su nombre, este sería el primero de una serie de cargos políticos que José Martí de Veses ocuparía a la vera de su tío en el año más intenso de su trayectoria pública.<sup>192</sup>

---

<sup>191</sup> Creación de la Oficina de Información y Enlace, en *Gaceta de Madrid*, 24.09.33 p. 1861. Información sobre la presencia de Vicente Santiago en Barcelona, en *El Sol*, 19.02.1935, p. 5 y 24.03.1935, p. 1; *La Vanguardia*, 21.03.1935, p. 6.

<sup>192</sup> PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias...*, op. cit y “Las conversaciones Lerroux-Gil Robles”, *La Veu de Catalunya*, 10.01.1935, reproducido en PLA, Josep: *La Segunda...* op. cit, pp. 1292-1293.

#### 4.5 Segunda preocupación, los partidos políticos y el reparto de poder

Una vez que sus medidas de orden público estuvieron encarriladas y parecía que comenzaban a dar fruto, Portela empezó a aprobar otro tipo de normas, pequeños gestos que acercaban la vida diaria de la ciudad a su realidad anterior al 6 de octubre. Como la decisión de retrasar el cierre de los teatros a la una y media de la madrugada, recuperando así su horario habitual. Normalidad seguía siendo la palabra más repetida, el gran objetivo, aunque con el paso de las semanas, empezaron a ganar protagonismo otros caminos para acercarse a él. Sin descuidar las cuestiones de seguridad, marzo parecía ser el momento para comenzar la segunda fase que Portela se había marcado. De este modo, las decisiones políticas pasaron a ser el tema central de sus preocupaciones. Al menos de un modo más evidente, pues en realidad, nunca había dejado de pensar en ellas. Desde el primer momento, por ejemplo, intentó cuidar su relación con los representantes de los diferentes partidos políticos, lanzando el mensaje explícito de su disposición a colaborar con todos como el camino necesario para crear una situación de estabilidad:

Ya digo que aún no tengo pensado en ello, pero yo, siempre que he desempeñado cargos en Cataluña, he tenido la colaboración de los partidos, tanto de derechas como de izquierdas. Y así lo espero ahora, máxime cuando se den cuenta de que mi único afán será encarrilar la administración y la política de Cataluña hacia la normalidad.<sup>193</sup>

En el informe que Portela redactó para Lerroux presentando sus primeras impresiones acerca de la situación que se encontró a su llegada a Cataluña, el nuevo gobernador dibujaba un panorama político complejo, con un sistema de partidos definido y poco favorable para los intereses del gobierno pero que, sin embargo, ofrecía posibilidades de cambio. En su opinión, tras los hechos de octubre y sus consecuencias, la opinión pública catalana se había vuelto más cauta y permeable. Para esa mayoría de ciudadanos preocupados por la estabilidad, por desarrollar sus actividades en un clima tranquilo y que consideraban la paz y el trabajo sus principales prioridades, encontrarse

---

<sup>193</sup> *La Zarpa*, 29.12.1934, p. 5.



con que la revolución podía llegar a la puerta de su casa había supuesto un impacto que alteraba su aproximación a la política. Por ello, Portela consideraba que en realidad la crisis era una oportunidad magnífica para provocar un vuelco. Aunque para ello era preciso que desde Madrid se jugase la partida con inteligencia, ofreciendo orden, tranquilidad y respeto por la “sentimentalidad catalana”, a riesgo de provocar justo el efecto contrario si se actuaba con torpeza.<sup>194</sup>

Portela señalaba que antes de la fallida proclamación del *Estat Catalá*, Esquerra gozaba de una preponderancia avasalladora tanto en la opinión pública como en el disfrute del poder. Una preponderancia de la que había abusado en Madrid, sacándole partido en petición eterna a cambio de su apoyo parlamentario a los gobiernos republicanos, y en Cataluña, “monopolizando las actividades públicas” y ejerciendo de hecho “una dictadura legal y extralegal”. Pero esta exclusividad sin freno había desaparecido después de octubre, dejando “un enorme boquete en la política catalana”. Según él, no tanto por la suspensión o la persecución de la que se quejaban los sectores próximos al partido de Companys, sino porque lo sucedido había hecho tomar conciencia a “grandes sectores de todas las clases” provocando que abandonasen “la zona de sentimentalidad exaltada que nutría la «Esquerra» para atenerse a la previsión, a la propia defensa y a la razón, al ocuparse de la política”. Ello no quería decir que hubiese desaparecido el sentimiento catalanista ni mucho menos, por lo que creía más necesario que nunca el tratarlo con respeto y delicadeza, para no alimentar victimismos ni causar enfados “que tanto daño habían causado en el pasado”. Aunque tampoco había que sobreestimarla, temiéndola al punto de quedarse paralizado ante cualquier gesto o llegando “al abandono de funciones esenciales del Estado”.

Se trataba, por tanto, de seguir, una vez más el camino del medio. Templar gaitas y aprovechar que el “ánimo colectivo” estaba “en depresión, en desilusión, en desengaño”, para favorecer el arraigo de partidos de ámbito nacional o catalanistas de orientación conservadora, evitando que renaciese el monopolio político de Esquerra. Era necesario que el panorama fuera plural, pues la exclusividad en el poder de un solo partido, fuese el que fuese, sería perjudicial para Cataluña. Por eso resultaba

---

<sup>194</sup> Informe gubernativo sobre la situación de Cataluña tras los hechos de Octubre de 1934. Real Academia de la Historia. Fondo Natalio Rivas. Segunda República-Guerra Civil, 11/8923.

fundamental tratar de comprender su “sentimentalidad”, acercarla y “reincorporarla al conjunto nacional”, en una tarea “esencialmente constructiva” que exigía actuar con tacto y acertar en “la elección de métodos y personas” (métodos como sus políticas y personas como él, claro está). No se podía perder más tiempo después de tantos meses de dudas y parálisis, era preciso actuar aprovechando que el recuerdo de la insurrección aún estaba vivo, pues cuanto más se alejase menos posibilidades de éxito habría.

En este nuevo reparto de poder, resultaba de gran trascendencia el procedimiento escogido para cubrir las numerosas vacantes que se habían producido en puestos oficiales, políticos y administrativos, tras la insurrección y su posterior freno. A las que probablemente habría que añadir las que se produjesen tras revisar los nombramientos aprobados por Esquerra de Catalunya. El criterio, dejar en sus cargos a quienes ofreciesen garantías para su correcto desempeño y cesar a quienes tuviesen el amiguismo político como único aval para su elección. La sustitución de este personal tendría consecuencias políticas importantes, pues si se hacía bien contribuiría a “vivificar fuerzas políticas desde el poder, a crearlas, a impulsarlas”. Era importante, por tanto, hacerlo con cuidado, medir las proporciones para lograr el propósito perseguido, fortaleciendo a esa fuerza afín al gobierno que ayudase a templar el panorama político y favorecer la estabilidad, pero sin llevárselo todo en el reparto. Para ese objetivo también era importante ganarse el apoyo o al menos la no beligerancia de un abanico de fuerzas políticas de cierta amplitud, evitando las campañas difamatorias y la exageración del suceso mínimo que sólo perseguía incendiar los ánimos para el propio beneficio político. Los nombramientos, por tanto, debían hacerse desde el gobierno con responsabilidad y visión de Estado: para cumplir el objetivo de “atraer Catalunya a España” no había mejor medio que “gobernarla bien”.<sup>195</sup>

Las líneas maestras de este plan portelista apuntaban claramente hacia el camino que trazaría su estrategia política y electoral en febrero de 1936. La fuerza que había que “vivificar”, “impulsar”, “crear”... desde el poder todavía no era el Partido de Centro, sino el Partido Radical, al que Portela no pertenecía, pero cuya flexibilidad podía permitirle encontrar un mutuo acomodo. En cuanto al abanico de fuerzas a las que intentar incorporar en el proceso, el gobernador no era reacio a sumar a los republicanos

---

<sup>195</sup> *Ídem.*

de centro izquierda, aunque era consciente de la dificultad de conseguirlo en ese momento. Así que concentró sus esfuerzos en dos direcciones: por una parte, los partidos que formaban parte del gobierno de Lerroux. Por otra, la Lliga Catalana de Cambó.

Su relación con la CEDA durante estos meses no fue demasiado fluida. Tras salvar en el último momento y a regañadientes la oposición del partido a su nombramiento, las tiranteces entre Portela y Gil Robles y los suyos fueron una constante. Recibían con recelo las medidas que se tomaban en orden público y consideraban que la libertad de maniobra de Portela en este campo era excesiva. Su decisión de reincorporar a la Policía de Seguridad a agentes que habían pertenecido a las fuerzas de la Generalitat les pareció un error monumental y no dudaron en manifestar abiertamente su disconformidad. Los ministros cedistas visitaron Barcelona en más de una ocasión durante este período y, teniendo en cuenta que Portela era el representante del gobierno en Cataluña, resultaba inevitable una entrevista con él y, tras ella, las correspondientes declaraciones a la prensa. A las preguntas de los periodistas sobre su opinión ante la situación catalana y la actuación de Portela, las respuestas seguían casi siempre el mismo tono. Una felicitación general y difusa en la que admitían la progresiva mejora del orden público y en la que Portela siempre salía el último en la lista de méritos. Tanto Anguera de Sojo como Eloy Vaquero señalaban como principales responsables de la mejoría la acción ciudadana, el trabajo de los agentes y la generosidad del ministerio de Gobernación, que había aumentado la dotación de personal y de medios de Guardia Civil y Guardia de Asalto. Y ya en último término y ante la insistencia de los periodistas, también el gobernador, claro.

El caso de Gil Robles aún resultó más significativo, pues ni siquiera compareció ante la prensa después de la entrevista, de modo que pudo ahorrarse los halagos de rigor. Quien sí respondió a las preguntas de los informadores sobre la reunión mantenida por ambos fue Portela, y lo hizo con otra frase digna de entrar en el catálogo de perlas de retranca del gobernador general de Cataluña. Admitió que se habían visto, efectivamente, pero que poco podía contarles cuando apenas habían compartido unos siete u ocho minutos. Ante la insistencia de los periodistas de que al menos había durado tres cuartos de hora, Portela se limitó a darles la razón sin cambiar de opinión:

“Puede ser; pero a mí me parece que ha durado siete u ocho minutos...”. Si atendemos a lo que Gil Robles cuenta en sus memorias, ni siquiera los presuntos éxitos de la política de orden público de Portela le parecían tales, pues en ellos no veía otra cosa que la alargada sombra de la masonería:

Siempre he encontrado sospechosos los éxitos del señor Portela en materia de orden público, que no fueron obstáculo al trato de favor que constantemente le dispensó la prensa de izquierdas. Mis sospechas, robustecidas por la experiencia de meses sucesivos, son hoy una convicción firmísima. El señor Portela, colocado en un puesto básico por las logias, fue el enlace constante entre las izquierdas revolucionarias y el presidente.<sup>196</sup>

La respuesta de los agrarios en cambio, fue mucho más favorable y efusiva. Martínez de Velasco se sumó a esta ola de visitas ministeriales a Cataluña cuyo objetivo, en realidad, no era muy lejano al que proponía Portela: dejarse ver allí con la intención de arañar todos los puntos posibles. El ministro sin cartera se deshizo en elogios hacia el gobernador general, a quien, según confesó, “me une estrecha amistad”. Confianza en sus capacidades y dotes políticas, felicitación ante el excelente trabajo que estaba realizando y agradecimiento por el buen trato que había recibido durante su visita. “Me voy encantado con la hospitalidad de Barcelona”, concluía.<sup>197</sup>

En cuanto a la Lliga, Portela consideraba imprescindible contar con su participación en las comisiones gestoras aún pendientes de nombrar para cubrir los vacíos de poder provocados por la suspensión de ayuntamientos y gobiernos tras los acontecimientos de octubre. Un tema cuya falta de resolución creaba situaciones inesperadas, como que el viaje del alcalde de Barcelona, Pich i Pon, a Madrid, dejase a la ciudad momentáneamente sin alcalde. A pesar de las duras críticas que Portela había dirigido al partido de Cambó por su actitud beligerante con el gobierno lerrouxista y favorable a crear un frente común con la Esquerra, se convirtió en su principal objetivo de seducción, el fichaje más deseado para las vacantes que habría que cubrir. Y es que

---

<sup>196</sup> Visita de Anguera de Sojo y Gil Robles, *El Sol*, 10.02.1935, p. 4. Visita de Eloy Vaquero, *La Voz*, 19.02.1934, p.5. Reflexiones de Gil Robles sobre el papel de la masonería en los resultados de la política de orden público de Portela, en GIL ROBLES, José María: *No fue posible...*, op. cit., p. 226.

<sup>197</sup> *La Voz*, 19.02.1935, p. 7 y *El Sol*, 19.02.1934, p. 5.

precisamente lo que creía que había que evitar era que la lucha política se plantease según una división pro-anticatalanismo. El *cleavage* centro-periferia no podía convertirse en el motor de la política en Cataluña, pues eso sólo provocaría inestabilidad y problemas para la autoridad del Estado, era la ideología la que tenía que marcar la competencia electoral y el juego político, incorporando el nacionalismo como un elemento más del debate.

Según razonaba Portela a Natalio Rivas, si se planteaba una contienda electoral según esa división nacionalista, ganaría el frente catalanista. “¿Y entonces qué? Mira al pasado estruendo que se armó, y por este cabo sacarás el ovillo de lo que se debe prever.” Siguiendo este razonamiento, Portela siguió con la Lliga una estrategia que combinaba cierta paciencia transigente con guiños catalanistas, defendiendo la idea de que no había que seguir una actitud extremista con este partido, puesto que llevaba treinta años sugiriendo que quizás cortaría amarras con el Estado y ahí seguía, e incluso había sido una leal colaboradora del mismo en tiempos difíciles. Al contrario, lo que pedía la situación era actuar con prudencia y previsión, sin dar pretextos que fomentasen la intransigencia del partido de Cambó. Frente al ataque y el enfrentamiento, la seducción y la colaboración.<sup>198</sup>

Esta actitud respecto a la Lliga también supuso un punto de fricción entre Portela y la CEDA, y los agrarios en menor medida. Unos y otros coleccionaron declaraciones poco afortunadas sobre el tema, pues consideraban que no debían hacer nada por fortalecer a los regionalistas, no tanto por diferencia de criterio respecto a la cuestión nacional, que también, sino sobre todo por sus propios intereses electorales. Ambas formaciones veían en un partido como la Lliga, con arraigo demostrado en Cataluña y una posición conservadora, el mayor obstáculo para aspirar a asentarse políticamente en dicho territorio. La posición del Partido Radical, que sí gozaba de tradición representativa en las provincias catalanas, coincidía en cambio con la opinión del gobernador, aunque sus miembros evitaban manifestarse abiertamente en contra de las declaraciones de sus socios. Interesado en ganarse a unos y en no disgustar a otros más de lo necesario, tampoco Portela acostumbraba a salir en defensa de la Lliga, o al menos

---

<sup>198</sup>*El Sol*, 16.02.1935, p. 1. Carta de Manuel Portela Valladares a Natalio Rivas. 20.02.1935. Real Academia de la Historia, Fondo Natalio Rivas, Cartas-11 8947 (138).

no directamente, aunque en ocasiones sus gestos y respuestas indirectas no dejaban lugar a dudas. Así, por ejemplo, ante unas declaraciones de Antonio Royo Villanova, quien con cierta agresividad defendía no cubrir ninguna vacante de ningún servicio que todavía dependiera de la Generalitat, Portela respondió con contundencia vía decreto dejando sin efecto la suspensión de la provisión de vacantes en las instituciones culturales, vigente desde el 12 de octubre. A través del *Boletín Oficial de la Generalidad* justificaba esta decisión aduciendo que:

...todos los cargos de que se trata de proveer son absolutamente indispensables para el normal funcionamiento de los servicios culturales y de las enseñanzas, ya que dada su especial característica, la amortización de una de estas vacantes representaría también la amortización de un servicio de cultura que en ningún momento ha sido nuestro propósito realizar.<sup>199</sup>

La diferencia de opiniones respecto al reparto de poderes así como sobre la participación de la Lliga Catalana retrasó los nombramientos de las comisiones gestoras hasta la primavera. Portela, partidario de resolver este tema cuanto antes, respondía a las preguntas de la prensa de modo ambiguo, repitiendo que no faltaba demasiado. A finales de febrero el “no demasiado” se convirtió en “cuestión de días”, sobre todo a partir del decreto del día 21, que creaba por fin la comisión encargada de revisar los servicios estatales que había sido traspasados a la Generalitat y que decidiría cuáles se podían mantener teniendo en cuenta la nueva situación política. Con todo, los días se convirtieron en semanas. La decisión que tomara la comisión resultaba de gran importancia para el tema de las gestoras, pues si, como defendía Portela, se mantenían las principales competencias ya traspasadas y se levantaban las suspensiones pertinentes, la participación de la Lliga sería segura. *L'Esquella de la Torratxa* lo resumía con su ironía habitual:

*La “Lliga Catalana”, después d’una temporadeta de fer el petarrell, s’ha deixat estimar i, com sempre, està novament desposada a seguir sacrificant-se per Espanya, per Catalunya i, però què no? per la República. Ara*

---

<sup>199</sup> Butlletí Oficial de la Generalitat de Catalunya, 20.02.1935, p. 1.341. *El Sol*, 21.02.1935, p. 1.

*trobaran que Gil Robles no és pas tan antipàtic com deien, i que els radicals són més àusters que els frares de la Trapa.*<sup>200</sup>

El éxito de estos movimientos determinó que por fin se produjese el nombramiento de estas gestoras. En cambio, la designación de un gobierno que acompañase a Portela en sus labores de presidente de la Generalitat en funciones se siguió demorando. Tanto, que no llegaría hasta mayo, cuando Portela ya había abandonado su cargo. Pero si en el caso de las gestoras consideraba necesario resolver la parálisis sin demora, en el de su gobierno no opinaba lo mismo, puesto que temía que contar con consejeros limitase su capacidad de maniobra. Al no poder garantizar que las designaciones para ocupar las diferentes consejerías cayeran en manos de su más absoluta confianza, prefirió que se retrasase la decisión. “Para no andar a ciegas, he preferido pararme”, le confesaba a Natalio Rivas. De este modo, todas las competencias y decisiones que correspondían al gobierno de la Generalitat seguían recayendo en su persona, manteniendo así su libertad de movimientos.<sup>201</sup>

Apenas tres meses después de su nombramiento, con la situación del orden público más apaciguada, la designación de las comisiones gestoras en marcha y la participación de la Lliga asegurada, comenzaron a sonar con insistencia los rumores que colocaban a Portela en Madrid. “Estamos en la revuelta del camino, veremos dónde desemboca”, respondía a la prensa en los últimos días de marzo. La dimisión de los ministros de la CEDA aligeró la respuesta. La siguiente vuelta lo dejaba en Madrid, en el edificio de Gobernación de la Puerta del Sol.<sup>202</sup>

---

<sup>200</sup> Las declaraciones de Portela sobre las gestoras, *El Sol* y *La Vanguardia*, febrero y marzo de 1935. La afirmación de que era “cuestión de días”, en *El Sol*, 21.02.1935, p.6. El decreto que creó la comisión encargada de revisar las competencias traspasadas a la Generalitat, *Gaceta de Madrid*, 23.02.1935, pp. 1.603-1.604. La decisión favorable que determina la participación de la Lliga, *La Vanguardia*, 21.03.1935, p. 6, y *L'Esquella de la Torratxa*, 22.03.1935, p. 13.

<sup>201</sup> *El Sol*, 26.01.1935, p. 5. Carta de Manuel Portela Valladares a Natalio Rivas. 21.01.1935. Real Academia de la Historia, Fondo Natalio Rivas, Cartas-11 8947 (138)

<sup>202</sup> *El Sol*, 27.03.1935. Decreto nombrando a Manuel Portela Valladares ministro de Gobernación, en *Gaceta de Madrid*, 4.04.1935, p. 92.

## Capítulo 5. Treinta días en Gobernación

No hacen falta rigores cabileños para reprimir, ni hay que apartarse de la ley lo más mínimo. Basta con constancia, persistencia, energía y esfuerzo incansable.<sup>203</sup>

La “revuelta” que llevó a Portela a Gobernación vino precedida de una crisis de difícil solución, consecuencia de los tormentosos meses que se habían vivido en el seno del gobierno desde octubre de 1934. La gestión de la insurrección y sus consecuencias había añadido una dosis de tensión extra a la relación entre los dos principales partidos gubernamentales, que la CEDA aprovechó para intentar reforzar su posición y, de paso, para eliminar a algunos ministros que no eran de su agrado. De este modo y antes de la crisis total de abril, el primer gabinete radical-cedista vivió dos crisis parciales. La primera, en noviembre de 1934, se fraguó al calor de las diferentes perspectivas de los dos grupos sobre cómo afrontar el castigo a los sublevados. El enfoque de la represión y hasta qué grado debía llegar su dureza supuso un problema para el Partido Radical, que se debatió entre una severa defensa de la idea de “ley y orden” y una cierta flexibilidad que diera cabida a la clemencia. El propio Lerroux recogió en sus memorias republicanas estas dudas y su proceso de decisión. Según su relato, finalmente optó por buscar la segunda opción, en parte porque no quería parecer menos compasivo que Alcalá Zamora, en parte porque era la posición más acorde con el mensaje centrista de su partido. Con vaivenes, la idea que prevaleció fue la de que una actitud más suave podía contribuir a pacificar antes el clima político, mientras que una represión demasiado dura iría en contra del discurso radical, fortalecería el de la derecha y daría argumentos a una izquierda victimista. Una postura que coincidía con la que Portela

---

<sup>203</sup> “El título capital de un estado para vivir es saber mantener el orden público”. Entrevista a Portela Valladares firmada por Francisco Casares. *Blanco y Negro*, 26 de mayo de 1935.



había defendido de obra durante sus meses de gobierno catalán y también de palabra. Como decía en un memorándum que elaboró para el consejo de ministros en enero:

Transcurrido el tiempo, amortiguadas las primeras demandas de rigor, parece que todo inclina más bien a la benevolencia. Es extremo indispensable para la política de tregua y pacificación. Y conviene al Ejército, en Cataluña más que en parte alguna, atraerse asistencias y asentimientos esquivando actuaciones dolorosas.

Mas la principal finalidad de la pena es prevenir con la ejemplaridad nuevas transgresiones. En este caso concreto ¿logrará tal resultado el rigor o dará más bien motivo a exaltaciones sentimentales engendradoras de rebeldías en la opinión?<sup>204</sup>

Sin embargo, sus rivales de uno y otro lado del arco ideológico interpretaron la actitud de los lerrouxistas como un signo de su debilidad. Si Gil Robles y sus compañeros creían que su comportamiento era excesivamente blando y entendían su aversión por las condenas a muerte como una prueba de la impotencia natural de la derecha republicana, los grupos de izquierda los acusaron de ser demasiado permisivos con la dureza de la CEDA, meros títeres en sus manos una vez más.<sup>205</sup>

La crisis parcial de noviembre de 1934 se desencadenó con las acusaciones que Calvo Sotelo dirigió en el parlamento a los ministros de Estado y Guerra, Ricardo Samper y Diego Hidalgo, a quienes culpó de la falta de preparación para evitar los hechos de octubre. La CEDA, molesta por el indulto del comandante Enrique Pérez Farrás y los capitanes Escofet y Ricart, involucrados en el levantamiento catalán, no sólo no apoyó a sus socios de gobierno, sino que se convirtió en la principal azuzadora de las críticas. Samper, al que los cedistas aún recordaban como un presidente demasiado reformista, fue el principal blanco de los ataques. La campaña en su contra culminó con una dura intervención parlamentaria de Gil Robles en la que dejó al gobierno este mensaje:

---

<sup>204</sup> LERROUX, Alejandro: *La pequeña historia...*, op. cit, pp. 336-336 y 374-375. La cita de Portela en “CATALUÑA MEMORÁNDUM”, Biblioteca de Catalunya, Fondo Portela Valladares, caja 1, carpeta 6.2 “Cosas Varias”.

<sup>205</sup> TOWNSON, Nigel: *La República que...*, op. cit. pp. 318-319.

¿Que se han delineado responsabilidades pasadas, que de un modo especial se concretan en individualidades que forman parte del actual Gobierno? Esto es algo que nadie puede dudar. Se han concretado y se han definido debilidad, mala suerte, fatalidad, tantas cosas que ocurren en la política, que descargan sobre una cabeza heridas mortales, con las cuales difícilmente, en el orden político, hay esperanza de salvación. El Gobierno sigue su marcha. Nosotros no ponemos vetos contra nada ni contra nadie; no votamos contra nada ni contra nadie. Pero también debemos pedir a todas las fracciones que comparten la responsabilidad del Gobierno que piensen si la necesidad del momento no es que el Gobierno marche con paso rápido; y difícilmente marcha con paso rápido quien lleva sobre los hombros el peso de un ataúd.<sup>206</sup>

De este modo, el líder de la CEDA pedía la salida del gabinete de ambos ministros: “Los hombres, si es necesario, caen; continúan los gobiernos y las instituciones, continúa una política”, y para que el gobierno radical-cedista pudiese seguir por la senda que Gil Robles deseaba, Samper sobraba. El ataque tensó el gabinete poniendo en peligro su continuidad y nada pudo evitar la caída del expresidente, que él mismo achacó públicamente a la persecución de sus enemigos: “Que he sido víctima de una maniobra, bien probado está”, manifestó a la prensa el día que se hizo pública la crisis parcial. Junto a él abandonó el gobierno Diego Hidalgo, el otro ministro criticado. Con esta doble salida Lerroux intentaba evitar que se entendiese el cese de Samper como la asunción en solitario de una presunta responsabilidad política por lo acontecido en octubre, presentándolo como un sacrificio para mantener la unidad y la armonía del bloque gubernamental. Ninguno de los dos ex ministros lo aceptó con gusto, y si Samper se confesaba víctima ante la prensa, Diego Hidalgo publicó su versión quejumbrosa en formato libro unos meses después. Bajo el título *Por qué fui lanzado del Ministerio de la Guerra* explicaba con amargura las causas de su destitución, que también achacaba a un ataque contra su persona.<sup>207</sup>

La segunda crisis parcial se produjo a finales de diciembre y terminó con Filiberto Villalobos fuera del gobierno. Miembro del Partido Liberal Demócrata, este

---

<sup>206</sup> GIL ROBLES, José María: *Discursos parlamentarios*. Estudio preliminar de Carlos Seco Serrano y edición de Pablo Beltrán Heredia. Madrid, Taurus, 1971, p. 366.

<sup>207</sup> Las acusaciones de Samper en *El Sol*, 16.11.1935, p. 7; las quejas y explicaciones del ministro de Guerra en HIDALGO, Diego: *¿Por qué fui lanzado del Ministerio de la Guerra? Diez meses de actuación ministerial*. Madrid, Espasa-Calpe, 1934.

médico salmantino se caracterizaba por su talante conciliador y su visión progresista tanto de la ciencia como de la política. Él fue, por ejemplo, el primer profesional de Salamanca en utilizar un aparato de rayos x, tecnología que sólo había llegado a Madrid y Barcelona antes que a su ciudad y por la que sentía entusiasmo, a pesar de que aprender su funcionamiento le había costado perder un dedo de la mano. Era ministro de Instrucción Pública desde abril y sus políticas educativas habían seguido la línea de las iniciadas durante el primer bienio. Por esta razón, llevaba meses en el punto de mira de *El Debate*, que no le perdonaba su reforma del bachillerato, aprobada precisamente durante el gobierno Samper. El periódico de Ángel Herrera no fue el único que calificó su política de “revolucionaria” y, en plena sesión parlamentaria, el diputado cedista Jesús Pabón le censuró que hubiese actuado “al margen y de espaldas a las Cortes” sacando adelante por decreto sus medidas “peligrosamente laicas”. Villalobos, que hasta ese momento había optado por una posición pública apaciguadora, no se quedó callado y en su turno de réplica acusó al otro partido del gobierno de intentar “boicotear a los ministros que defienden lealmente a la República”. La respuesta de Gil Robles en esa misma sesión le dio la puntilla y ante su presión Lerroux cedió de nuevo. Culminaba así lo que para Alcalá Zamora era una maniobra planificada por el líder católico, que “se había lanzado a expurgar el gobierno de todo influjo liberal”, y que con la salida de Villalobos cumplía su objetivo de eliminar del juego a los ministros de perfil más reformista.<sup>208</sup>

La CEDA parecía avanzar imparable en la conquista paulatina del poder dentro del gobierno, aunque al tiempo amagaba con romper el acuerdo tácito que había marcado hasta entonces sus relaciones con sus socios del Partido Radical. Estos controlaban la administración pública y a cambio aplicaban el programa mínimo de la derecha, pero ya no se conformaban con eso y su deseo de incrementar su cuota de poder se centró también en el control de la administración local. La presión fue en aumento. El 30 de diciembre Gil Robles envió una carta a Lerroux en la que le planteaba, entre otras peticiones, mayor contundencia represiva contra la izquierda, un incremento de carteras para la CEDA y el nombramiento de varios gobernadores civiles

---

<sup>208</sup> TOWNSON, Nigel: *La República que...*, op. cit. pp. 298-301 y 320-321; *El Debate*, 21.11.1934; GIL ROBLES, José María: *No fue posible...*, op. cit., pp. 157-158; ALCALÁ ZAMORA, Niceto: *Memorias...*, op. cit., p. 337.

de su cuerda. De lo contrario, dejarían el gobierno. El órdago tomó forma de realidad después de tres meses de batallas provinciales. Con su salida, los cedistas buscaban consolidar su posición en el bloque mayoritario, utilizando para ello la amenaza de la ruptura definitiva mientras mostraban en la práctica las dificultades que tendría un gabinete Lerroux sin su respaldo parlamentario.

El desencadenante de la crisis fue, de nuevo, la diferencia de criterio entre ambos grupos respecto a la represión. Concretamente el indulto de los diputados asturianos Ramón González Peña y Teodomiro Menéndez, condenados a muerte por sendos consejos de guerra. Mientras las derechas pedían al gobierno que confirmase sus penas, socialistas, republicanos de izquierda y una buena parte de los radicales, incluido Lerroux, se manifestaron a favor del perdón. También Alcalá Zamora. La decisión se tomó en un tenso consejo de ministros que terminó con una votación muy ajustada: siete votos a favor del indulto, los de los siete radicales, y cinco en contra, los de los representantes de la CEDA, del Partido Agrario y el del reformista Joaquín Dualde, sustituto de Villalobos al frente de Instrucción Pública. Con este resultado la medida de gracia quedó aprobada y los cinco ministros que habían votado en contra se retiraron del gobierno.<sup>209</sup>

No fue sencillo solucionar la crisis. El presidente de la República encargó a Lerroux formar un nuevo gabinete, pero no el que deseaba Gil Robles (cinco carteras para la CEDA y la de Guerra para él mismo), sino uno de “reconciliación” cuya base fuese lo más amplia posible, incluso buscando el concurso de la izquierda republicana. Sin embargo, la misión fracasó en su primer intento, al negarle su colaboración los líderes de los partidos salientes. Los jefes reformista y agrario limitaron su respuesta a vagas palabras de apoyo parlamentario, pero sin ofrecer ningún nombre para “ministrable”. Melquíades Álvarez opinaba que no tenía sentido resolver la crisis con un gobierno igual al anterior: “Facilitar ministros pudiera parecer una comedia”, declaró a la prensa. En la misma línea, Martínez de Velasco afirmó que no merecería la pena el estrago causado por la crisis para volver al día siguiente al mismo punto. La posición de Gil Robles fue mucho más contundente: no podría colaborar jamás con ningún gobierno

---

<sup>209</sup> PLA, Josep: *La Segunda República Española...*, op. cit., pp. 1373-1374; GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo: *En nombre de la autoridad. La defensa del orden público durante la Segunda República Española (1931-1936)*. Granada, Comares, 2014, pp. 913-914

del que formasen parte aquellos que seguían apoyando una revolución que había nacido contra su partido. A la vista de las dificultades, Lerroux declinó el encargo, aunque después de que el intento de Martínez de Velasco también fracasase, volvería aceptarlo al día siguiente.

El resultado de estas consultas tan agitadas fue un ministerio de perfil técnico, formado por “recomendados” de Alcalá Zamora y “fieles” de Lerroux, y con un respaldo parlamentario más que dudoso. Ante la probable hostilidad que le esperaba en caso de presentarse ante las Cortes, los dos presidentes decidieron suspender las sesiones durante un mes y garantizar así su supervivencia al menos durante ese período. El objetivo era ganar tiempo para poder negociar una salida más duradera mientras se calmaban las aguas, y treinta días, exactamente treinta y tres, fue lo que consiguieron.<sup>210</sup>

### **5. 1. El “gobierno de los treinta días”**

Entre los “recomendados”, “fieles” y “técnicos” que ocuparon las carteras de este gobierno se encontraba Portela. Lerroux necesitaba apoyos fuertes en su relación de necesidad con Gil Robles y todavía estaba entusiasmado con el valor que había recuperado. Portela aún no era el muerto en mala hora resucitado, sino el político que había pacificado Barcelona una vez más. Su labor como gobernador de Cataluña, seguida con lupa desde Madrid, había superado positivamente el juicio general, así que el presidente aprovechó la crisis para trasladarlo a Gobernación. En su nuevo cargo podría desarrollar con más profundidad sus políticas de orden público y extenderlas al resto de España. Si lo hacía con éxito, sería una baza a favor de los radicales y les daría aire en su tira y afloja con la CEDA. También Alcalá Zamora lo consideraba un buen fichaje, pues contribuía a centrar el gobierno e inclinarlo hacia la política liberal que deseaba.

La mayor parte de los partidos políticos, excepto los derechistas, dispensaron una buena acogida al nuevo gabinete. Martínez Barrio, por ejemplo, manifestó sentirse

---

<sup>210</sup> TOWNSON, Nigel: *La República que...*, op. cit. pp. 328-335; PLA, Josep: *La Segunda República Española...*, op. cit., pp. 1373-1374 y 1377-1379; ALCALÁ ZAMORA, Niceto: *Memorias...*, op. cit., pp. 336-338 y 343-345; GIL ROBLES, José María: *No fue posible...*, op. cit., pp. 216-221; JALÓN, César: *Memorias...*, op. cit., pp. 195-196; *EPG*, 2.04.1935 y 4.04.1935.

satisfecho con los elegidos, mientras Álvaro de Albornoz declaraba a la prensa que este gabinete era la mejor solución posible dadas las circunstancias, y Miguel Maura, que el panorama político mejoraba extraordinariamente para la República. La opinión de los republicanos de izquierda se resumía en una frase de Luis Bello: “Todo menos las derechas”. Estas, por su parte, lo recibieron con una mezcla de desdén y hostilidad, denominándolo, despectivamente, “gobierno doméstico” y “de secretarios de despacho”. Para la prensa el perfil técnico venía dado principalmente por cuatro de los ministros: el de Agricultura, Juan José Benayas, ex director del Instituto de Reforma Agraria; el de Hacienda, el economista Alfredo de Zavala; el de Instrucción Pública, el catedrático Ramón Prieto Bances, y un Portela del que se alababa su conocimiento sobre políticas de orden público. En el grupo de especialistas habría que incluir, además, a los elegidos para Marina y Guerra, ambos militares de carrera: el almirante Francisco Javier de Salas y el general Carlos Masquelet, quien había sido nombrado por Azaña jefe del Estado Mayor.

Completaban el cuadro de ministros seis políticos radicales, de perfil moderado y experiencia gubernamental. Algunos, como Juan José Rocha y César Jalón, siguieron al frente del ministerio que ocupaban antes de la crisis, Estado y Comunicaciones, respectivamente, mientras otros mantenían la categoría, pero cambiaban de cartera. Fue el caso de Eloy Vaquero, que cedió Gobernación a Portela para pasar a ocuparse de Trabajo, y de Manuel Marraco, que cambiaba Hacienda por Industria y Comercio. El plantel lo cerraban dos “recuperados”: Vicente Cantos Figuerola, ministro de Justicia que ya había desempeñado esta cartera bajo la presidencia de Samper, y un veterano Rafael Guerra del Río, que había sido ministro de Obras Públicas entre septiembre de 1933 y octubre de 1934, manteniéndose en gobiernos de Lerroux, Martínez Barrio y Samper, y que volvía para hacerse cargo de ese departamento que conocía tan bien. Como él mismo afirmaría, puesto que no iba a contar con apoyo parlamentario, Lerroux quería estar seguro de que se trataba de un “Gobierno de técnicos y especialistas (...) de acreditada preparación” y gente de su confianza.<sup>211</sup>

---

<sup>211</sup> PLA, Josep: *La Segunda República Española...*, op. cit., pp. 1379-1381; ALCALÁ ZAMORA, Niceto: *Memorias...*, op. cit., pp. 345-347; GIL ROBLES, José María: *No fue posible...*, op. cit., pp. 221-226; JALÓN, César: *Memorias...*, op. cit., pp. 202-204; ÁLVAREZ REY, Leandro: *La derecha en la II*

La presión de la CEDA hizo que este gobierno naciese con la fecha de caducidad casi vencida desde el primer día. Así lo percibía la prensa, que se pasó el mes de su existencia especulando con el gobierno que vendría a continuación, y así se lo reconocía el propio Lerroux a sus futuros ministros. Como recordaba Alfredo de Zavala, uno de los argumentos que el presidente esgrimió a favor de que aceptase el ministerio de Hacienda fue que le estaba ofreciendo algo incluso más apetecible que ser ministro: ser exministro. No importaba que la vida del gabinete fuese breve y no tuviera tiempo de sacar adelante medidas de calado: aceptando se aseguraba una jugosa pensión vitalicia.

Después de tantear a través de Santiago Alba cuál sería la postura de la CEDA si el gobierno se presentaba ante el parlamento y recibir el rechazo esperado, ya no había duda de que su vida no iría más allá del mes de suspensión de sesiones de Cortes. Tener el 7 de mayo como horizonte vital más generoso no parecía dejar demasiado margen de maniobra al nuevo gabinete. Apenas gestionar los actos festivos del aniversario de la proclamación de la República y, con suerte, la celebración del 1 de mayo, ambos acontecimientos que se esperaban con expectación y prudencia tras los sucesos de octubre. Y con la paradoja de que su actuación se desarrollaría en paralelo a las negociaciones necesarias para reconstruir el bloque gubernamental. Unas negociaciones capitaneadas por una CEDA exigente que perseguía que se reconociese su poder parlamentario en un nuevo equilibrio de fuerzas que le resultase más ventajoso. El desenlace esperado era un nuevo gobierno muy diferente de aquel que había nacido con el adjetivo breve como definición natural. A pesar de esta muerte anunciada e inminente, el ministerio de los treinta días resultó ser un gabinete eficiente, moderado y de carácter profundamente republicano. En opinión de Alcalá Zamora, “uno de los mejores de la República, junto con el de Martínez Barrio previo a las elecciones de 1933 y el provisional”.<sup>212</sup>

---

*República: Sevilla, 1931-1936.* Sevilla, Universidad de Sevilla, 1993, p. 423; LERROUX, Alejandro: *La pequeña historia...*, op. cit., p. 378; *El Sol*, *El Heraldo de Madrid* y *ABC*, 9.04.1935.

<sup>212</sup> TOWNSON, Nigel: *La República que...*, op. cit. pp. 336-337; GIL ROBLES, José María: *No fue posible...*, op. cit., pp. 221-226; ALCALÁ ZAMORA, Niceto: *Memorias...*, op. cit., p. 346, *El Debate*, 10.04.1935.

## 5.2 El Ministerio de Gobernación y la teoría: principios e intenciones

Esa brevedad, asumida desde el principio, no impidió que Portela se tomase en serio su participación en el gobierno, planteándose llevar a cabo actuaciones y reformas de orden público similares a las que había emprendido en Barcelona. Al fin y al cabo, un mes no era tan poco tiempo si se comparaba con su fugaz experiencia como ministro de Fomento en 1923, y parecía probable que en esta ocasión conseguiría superar la semana de entonces. También el final se presumía diferente: no un golpe de Estado, sino una crisis esperada, a la que podría sobrevivir si jugaba bien sus bazas. Este gobierno era una prueba determinante para su futuro, así que su esfuerzo durante estos treinta días se concentró en superarla. Lo cual no fue óbice para que, por si acaso, se garantizase una salida alternativa de regreso al gobierno de Barcelona. Mejor tener un plan B, no fuese que el reconocimiento obtenido en el desempeño de su cargo o la presión de Lerroux en su defensa no resultara barrera suficiente ante el desagrado que provocaba en la CEDA. Pero, sin duda, el plan A era quedarse en Gobernación. Y es que a pesar de que en sus memorias Portela afirma haber aceptado la propuesta de Lerroux por compromiso y obediencia republicana, tanto su comportamiento como la efusividad con la que *El Pueblo Gallego* recibió su nombramiento y defendió su causa se explican mucho mejor si se parte de que pertenecer al gobierno era una ambición que había acariciado durante años.<sup>213</sup>

Más creíble resulta, en cambio, otra de las afirmaciones que recogen sus memorias: que llegaba al cargo “sin otra disciplina ni ideología que la personal”. Creíble, no tanto por egoísmo u oportunismo político, como por su lógica pragmática y su trayectoria previa, sin ir más lejos en su reciente etapa en Barcelona. Además, a pesar de haberse acogido al paraguas radical, o más bien al de Lerroux, seguía sin pertenecer al partido, como recordó en su presentación como ministro ante la prensa madrileña. Por eso, y aunque el recelo cedista lo obligaba a ser precavido y nadar entre aguas con cierta sutileza, no dudó en hacer guiños hacia la izquierda republicana como antes los había hecho hacia los catalanistas. Pequeños detalles y gestos simbólicos, pero que dejaban claro que su manera de hacer las cosas no iba a ser la de Salazar Alonso. Y si apenas

---

<sup>213</sup> PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias...*, op. cit. p. 145; *El Pueblo Gallego*, 4.04.1935.



llegado al Palacio de la Generalitat había comenzado su mandato devolviendo el retrato de Macià a la presidencia de su despacho, de nuevo se sirvió de los cuadros, esta vez para declarar su adhesión a la República de 1931 nada más llegar al ministerio. En fechas anteriores al cambio de gabinete, el *Heraldo de Madrid* había dejado constancia con enfado de la retirada del salón de plenos de un ayuntamiento de la provincia de Ourense de los retratos de los capitanes Fermín Galán y Ángel García Hernández. Apenas una semana después de que Portela tomase posesión de su cartera, el diario se ocupaba de nuevo del tema para contar a sus lectores cómo el nuevo ministro se había encargado de solucionar el problema, y cerraba la noticia con esta significativa explicación del protagonista: “A las diez de la mañana de hoy ya estaban colocados en su sitio. Se trata de dos figuras simbólicas de la República, y para mí, como para todos los que discurren serenamente, la República y España son la misma cosa”. Declaración de intenciones y propaganda gratuita garantizada en un solo movimiento.<sup>214</sup>

Una declaración de intenciones que ya había hecho explícita en su desembarco en Madrid. El 4 de abril, recién llegado de Barcelona, tomó posesión de la cartera de Gobernación de manos de su predecesor, Eloy Vaquero, quien lo conminó a “completar la labor pacificadora” que se había iniciado desde octubre. En su respuesta, su primer discurso como ministro, Portela insistió en la necesaria colaboración de los partidos políticos, ya que la ansiada “pacificación espiritual” que necesitaba el país exigía de estos que “no se mir[as]en con ferocidad devoradora o como enemigos incompatibles y crueles, llegando a culminar ese odio en las mayores violencias”. Por el contrario, era preciso que con su actitud contribuyesen a “establecer una base común de convivencia en que todos los españoles debemos entendernos”. La política debía hacerse desde la palabra, defendiendo las ideas con el diálogo y no con la fuerza, pues ninguna ideología podía justificarse desde la violencia. Aquí no había lugar para las medias tintas: “Las utopías, mientras vagan por los campos de un bienestar social, pueden consentirse; pero cuando se convierten en el uso de la pistola y en el asesinato no son más que crímenes”.<sup>215</sup>

---

<sup>214</sup> *Heraldo de Madrid*, 10.04.1935, p. 13.

<sup>215</sup> *Época*, 5.04.1935; *La Nación*, 5.04.1935.

Esta llamada a la responsabilidad política en la construcción de la concordia nacional le sirvió a Portela para definir las que, en su opinión, eran las dos grandes funciones de su departamento, funciones que lo convertían en “el nervio de la vida española”: el orden público y el régimen político o, más bien, la orientación política del mismo. Ambas encarnaban las dos principales preocupaciones del nuevo ministro a lo largo de su carrera política, lo que explica su querencia por esta cartera. Dos caras de una misma moneda cuyo objetivo común era desterrar la violencia y sentar las bases de convivencia que devolverían la normalidad a la vida política y a la vida cotidiana de los españoles. Para Portela el orden público era la herramienta con la que el Estado garantizaba el cumplimiento de la ley, cualidad básica de la “nación civilizada”. Por ello, en “un período de trastornos colectivos”, apelaba al buen hacer de los políticos “porque la propaganda y la coacción significan la responsabilidad mayor”. La razón debía guiarles de nuevo, desterrando la violencia, que no se iba a tolerar “ni de las derechas ni de las izquierdas”. Su departamento no vacilaría en imponer la ley.

Un objetivo que coincidía con la otra vertiente de su labor, la política, en la que la lealtad al sistema, la República, y a sus normas, marcaba la hoja de ruta. Como haría pocos días más tarde al devolver los retratos de Galán y García Hernández a su lugar privilegiado, las palabras del ministro presentaban “República” y “Nación” como la misma realidad, una identificación que explica su accidentalismo respecto a las formas de gobierno. El sistema en vigor y asentado que representase los intereses del país permitiendo su desarrollo y su convivencia pacífica, que se ajustase a la ley y garantizase a los ciudadanos el libre ejercicio de sus derechos, era el que había que identificar con la nación y por tanto servir y defender. En 1935 esa realidad era la República, lo que la hacía merecedora de desvelos y lealtades por encima de cualquier interés propio:

Hay que anteponer el ideal patriótico a las jerarquías y a los estímulos personales. Quien no lo haga así es una fuerza que no merece respeto. De manera que si son republicanos y si aman a España deben respetar los intereses de España.<sup>216</sup>

---

<sup>216</sup> *Heraldo de Madrid*, 5.04.1935, p. 13.

Contundente en su declaración de intenciones, Portela no se explayó demasiado, sin embargo, en los mecanismos que le permitirían llevarlas a la práctica. Se limitó a dejar pistas lo suficientemente elocuentes para quien quisiese entenderlas: su actuación en Cataluña como referencia de lo que vendría; la prevención como mejor arma para el orden público; la ley como línea roja para todos, izquierdas y derechas, y la vuelta a la normalidad como objetivo inmediato, lo que suponía suavizar poco a poco la censura de prensa e ir reabriendo los círculos, sociedades obreras, casas del pueblo... a medida que las circunstancias lo permitiesen. Mano dura a los pistoleros y suavidad progresiva con la censura: así y en elocuente viñeta resumió el diario monárquico *La Nación* el programa portelista. Una censura suavizada tanto para la prensa como para las actividades de propaganda. En esa línea y ante la pregunta de un periodista, Portela se comprometió a permitir todos los actos políticos anunciados para el siguiente domingo, sin distinción de ideología, “siempre y cuando, naturalmente, no constituyan un temor de alteración de orden público”, dando las pertinentes instrucciones “a los delegados gubernativos, para que en ningún momento se consienta el menor incidente”.



*La Nación*, 6 de abril de 1935

Sobre la reapertura concreta de *El Socialista* y consciente de la brevedad del gobierno, ofreció su buena disposición envuelta en palabras vagas, posponiendo las noticias concretas al menos hasta el 1 de mayo. Ese mes comenzaría con un cambio de gabinete, lo que dejaba en el aire el levantamiento de la prohibición de esta cabecera. Sin embargo, el tiempo terminaría convirtiendo en realidad sus buenas intenciones. *El Socialista* volvió a la calle el 18 de diciembre de 1935, cuatro días después de que Portela fuese nombrado presidente del consejo de ministros.<sup>217</sup>

### **5.3 El Ministerio de Gobernación y la práctica: Cataluña como primera preocupación**

Si Portela pretendía quedarse en el gabinete tras su regreso a él después de tantos años de espera y además al frente de la cartera que colmaba sus aspiraciones, la breve vida de este gobierno no podía traducirse en parálisis y espera. De modo que más allá de iniciar una política clara de gestos y declaraciones conciliadoras, se puso manos a la obra desde el primer día. Quizás no pudiese poner en marcha reformas de gran trascendencia, pero esto no quería decir que no pudiese hacer nada, así que optó por la vía del medio y se concentró en dos ideas clave: Cataluña y el 1 de mayo.

La importancia de Cataluña era un camino de doble dirección: su carta de presentación ante los demás y una guía de actuación para sí mismo, pero también una realidad de la que tenía que seguir ocupándose. El alcalde de Barcelona, Joan Pich y Pon, se quedó al frente del Gobierno General, en principio de manera interina, aunque permaneció en el cargo hasta el mes de octubre y sólo lo abandonó tras verse salpicado por el escándalo del estraperlo. Quizá esa provisionalidad explicase que el gobernador general ya no tuviese competencias de orden público, en manos de la autoridad militar competente puesto que Cataluña seguía en estado de guerra. Es verdad que Portela las había ejercido por delegación durante todo su mandato, pero dicha delegación era personal y se había extinguido al cesar en el cargo para trasladarse a Gobernación. De modo que Portela siguió ocupándose del orden público de Cataluña, teniendo como

---

<sup>217</sup> *Ídem*. Declaraciones sobre *El Socialista*, en *Heraldo de Madrid*, 17.4.1935, pp. 1 y 12. *El Socialista*, 18.12.1935.

interlocutor inmediato al general Sánchez Ocaña.<sup>218</sup>

Pero ocuparse de Cataluña implicaba más cuestiones que el orden público. Como ya había dejado claro en sus últimos días de Barcelona, una vez que la calle parecía “pacificada” la acción debía concentrarse en recuperar su normalidad política. Orden público y régimen político. Para Portela Cataluña era el mejor ejemplo de la imbricación de las dos funciones que había descrito como el esqueleto y motor de Gobernación. La parte política pasó al primer plano y la “cuestión catalana” siguió ocupando páginas y páginas de la prensa diaria. La impresión predominante era que la “región autónoma” atravesaba una etapa de transitoriedad que estaba a punto de dejar atrás para dar el paso hacia la siguiente fase, lo que suponía terminar de perfilar el modelo hacia el que se encaminaba su futuro. Un modelo más próximo al autonómico que siguiese teniendo como referencia el Estatuto que permanecía en suspenso, u otro más centralizado que echara al olvido todas las instituciones y el traspaso de competencias que había conseguido desde el arranque de la República. Si la CEDA y, en general, los partidos de derechas de ámbito español abogaban por la segunda opción, Portela se convirtió en abogado e impulsor de la primera. Los rumores de los articulistas apuntaban en vísperas del aniversario de la República a que el gallego defendería en el consejo de ministros la devolución a la Generalitat de todos los servicios que se le habían retirado después de octubre, excepto los de orden público. Y esa fue, efectivamente, la postura que prevaleció.<sup>219</sup>

El 12 de abril de 1935, el gabinete se reunió para discutir, entre otros asuntos, la aprobación del decreto por el que la Generalitat recuperaba las competencias que el Estado le había retirado y que se restauraban ahora en la persona del gobernador general de Cataluña. De este modo entraba en vigor la ley de 2 de enero de 1935, que apuntaba en esta dirección, pero aún pendiente de desarrollo. El decreto constaba de dos artículos y había sido redactado –según Josep Pla– por el propio Portela, quien también había sido el encargado de exponerlo y defenderlo ante sus compañeros de gobierno,

---

<sup>218</sup> *La Vanguardia*, 5.4.1935, p. 8. Salida de Pich i Pon del Gobierno General de Cataluña en *La Vanguardia*, 29.10.1935, p. 6.

<sup>219</sup> Para la opinión de la prensa sobre la situación catalana, los rumores y lo que se esperaba de Portela sirva de ejemplo lo publicado entre los días 10 y 16 de abril en *La Vanguardia*, *El Sol*, *El Heraldo de Madrid*, *El Pueblo Gallego*, *ABC*, *El Debate* o *La Voz de Galicia*.

convencido de que su promulgación contribuiría a la normalización total de la vida administrativa catalana. Ante la prensa Portela diluyó su protagonismo, recordando que no era más que “una consecuencia y una confirmación de la ley de 2 de enero y del pensamiento repetidamente expuesto por Lerroux”. Si dicha ley dejaba claro que todas las atribuciones que le correspondían al presidente y al Consejo de la Generalitat quedaban en manos del gobernador general de Cataluña, en realidad lo que estaba haciendo era confirmar el Estatuto y las funciones que este recogía. Simplemente matizaba quién debía desempeñarlas por el momento debido a las circunstancias especiales que se habían producido tras los sucesos de octubre. Y es que el Estatuto, como recordaba en declaraciones a *El Sol* “una persona destacada dentro de las esferas del gobierno que conoce íntimamente el criterio” de Portela, presumiblemente su sobrino José Martí de Vesés, no era “un código de Derecho regional que haya sido derogado” sino “un texto vivo”. Eso sí, tanto este íntimo del ministro como el propio Portela opinaban que orden público, justicia y enseñanza no podían estar incluidas entre las competencias devueltas a la Generalitat, pues “por principio de soberanía, por motivos de interés nacional, son privativas del Estado”. Intentando tranquilizar a quienes veían con alarma esta devolución de servicios a Cataluña, Portela hizo un llamamiento al buen juicio:

¿Qué puede importar a la función del Estado y del Gobierno el que sean unos funcionarios u otros los que ejecuten determinados servicios? ¿Qué puede importar a nadie, por ejemplo, el que el Servicio Meteorológico de Cataluña se haga por funcionarios de la Generalidad, o que dichos servicios sean absorbidos por el Observatorio central? Eso son afanes simplemente, que deben relegarse a segundo término.

Ocurre que, por exaltaciones disculpables y explicables, se descentran y desnaturalizan a veces los problemas, convirtiéndolos en plataformas políticas, con lo cual se crean graves y difícilísimas situaciones al país. Es preciso hacer un llamamiento a la serenidad y al buen juicio de unos y otros. Interesa a todos que el problema catalán sea tratado de forma que, siendo imposible llegar a una situación como la del 6 de octubre, deje de ser para España una honda preocupación.

Los sentimientos, muy respetables todos, los de aquí y los de allí, deben ir acompañados y regulados por dictados de razón y de justicia.

Presentar al Estado español en Cataluña con toda la autoridad, fuerza y prestigios que debe tener, acompañado de juicio sereno y equilibrado, contribuirá, sin duda, grandemente, a resolver el problema catalán.

Excitar la sensibilidad colectiva y apoyarse en lo más íntimo y más preciado del alma española para, en definitiva, hacer una obra que redunde en perjuicio de España, no es sano, y casi pudiera decirse que no es legítimo.<sup>220</sup>

Y si no era legítimo actuar en contra de los intereses españoles encendiendo los ánimos contra Cataluña, tampoco lo era “retorcer los sentimientos de Cataluña pretendiendo llevarlos hacia una obra antiespañola e insana de apartamiento o separatismo”. Por ello cualquier propaganda exaltada de una u otra inclinación sería considerada delito y perseguida por la ley. Tanto el decreto como las explicaciones ofrecidas por Portela tuvieron una acogida positiva, en general y sobre todo en el catalanismo próximo a la Lliga, que recibió las noticias con aplauso y esperanza. Por el contrario, aquellos que como la CEDA entendían que el Estatuto había muerto tras la sublevación de octubre no ocultaron el recelo y el rechazo que les provocaba esta decisión del gobierno de Lerroux. Una decisión “alarmante”, en palabras de *El Debate*, que había que vigilar sin descanso.<sup>221</sup>

Preocupación y ocupación para Portela en su ministerio, Cataluña también le sirvió de inspiración. Y si bien, como ya se ha dicho, no disponía de tiempo para emprender reformas profundas, sí quiso poner en marcha de manera inmediata el sistema de vigilancia policial que con tanto éxito había ensayado en las calles de Barcelona. La idea era la misma: dividir Madrid en zonas y que cada una de ellas estuviese controlada por un número concreto de patrullas móviles. Un total de sesenta automóviles ocupados por tres miembros del cuerpo de Seguridad, incluidos el conductor y un agente especializado. Estos coches, dotados con su correspondiente aparato de radio en conexión con la Dirección General de Seguridad y sus “sirenas americanas” para garantizar su prioridad de paso, estarían en movimiento continuo por su zona a una velocidad de no más de quince kilómetros por hora. Y si ellos se encargaban del centro de la ciudad, tampoco las afueras se dejarían desprotegidas, porque de ellas se encargarían patrullas móviles de la Guardia Civil con una

---

<sup>220</sup> La *Vanguardia*, 14.04.1935, p. 25.

<sup>221</sup> PLA, Josep: *La Segunda República Española...*, op. cit., pp. 1389-1391; *El Sol*, 19.04.1935, p.1; La *Vanguardia*, 13.04.1935, p. 22 y 14.04.1935, p. 25; *El Debate*, 13.04.1935.

composición y medios similares.<sup>222</sup>

#### 5.4 El Ministerio de Gobernación y la práctica: pruebas de fuego festivas

El cuarto aniversario de la proclamación de la República llegó casi a la par que la asunción de estas medidas. Y pasó sin sobresaltos. A pesar de que el presidente de la República impuso la Gran Cruz Laureada de San Fernando a los generales Batet y López Ochoa, responsables de la represión de octubre en Cataluña y en Asturias, y de que el hecho de que el 14 de abril fuese domingo favoreció una numerosa asistencia tanto a los actos oficiales como a las celebraciones populares. El gobierno se congratuló de la falta de noticias y lo explicó como un éxito de su política, un síntoma de que la normalidad era casi ya la realidad cotidiana. Esta idea se veía reforzada, además, por la publicación el 15 de abril del decreto que levantaba el estado de guerra en los territorios de los gobiernos generales de Asturias y Cataluña (salvo Barcelona), de las provincias de Madrid, Zaragoza, Guipúzcoa, Vizcaya y León y de las plazas de soberanía de Marruecos, Ceuta y Melilla. Todos ellos pasaban al estado de alarma, que se mantenía en Huesca, Navarra, Palencia, Santander y Teruel, mientras que el resto de España seguía en estado de prevención.<sup>223</sup>

Casi enlazando con la fiesta republicana llegó la Semana Santa, y también en esta ocasión la tranquilidad fue la nota predominante. Así lo aseguraba Carlos Echeguren Ocio, subsecretario de Gobernación, que el 19 de abril, Viernes Santo, afirmaba que los días iban “transcurriendo con un orden perfecto”, sin grandes incidentes, y que las procesiones se sucedían cada jornada “en medio del entusiasmo público”. En algunas ciudades, como Málaga, los pasos salían a la calle por primera vez desde el inicio de la República y, a pesar de los rumores de posibles enfrentamientos, nada había alterado el devenir de las celebraciones. Un paisaje casi idílico sólo

---

<sup>222</sup> *Ya*, 06.04.1935; *Heraldo de Madrid*, 17.04.1935, p. 12; *El Sol*, 17.04.1935, p. 8.

<sup>223</sup> *El Sol*, 16.04.1935; *El Pueblo Gallego*, 16.04.1931; *ABC*, 16.04.1935; *La Vanguardia*, 16.04.1935; “Decreto levantando el estado de guerra, y en su lugar se declara el de alarma, en todos los territorios de los Gobiernos generales de Asturias y Cataluña y en las provincias de Madrid, Zaragoza Guipúzcoa, Vizcaya y León y plazas de soberanía en Marruecos, Ceuta y Melilla, continuando el estado de alarma en las provincias de Huesca, Navarra, Palencia, Santander y Teruel, y el de prevención en las restantes partes del territorio nacional”, *Gaceta de Madrid* nº 105, 15.05.1935, p. 362.



empañado por algún altercado aislado, por ejemplo el que se vivió en la parroquia de San Martín de Figueroa, en Cerdedo, donde un pequeño grupo armado de piedras y palos interrumpió los oficios con blasfemias y amenazas.<sup>224</sup>

Sin embargo, la semana no fue tan idílica en Zaragoza, donde la FAI y la CNT habían convocado una huelga general que debía comenzar el mismo viernes. Los primeros en declararse en huelga fueron los terceroles, encargados de portar los pasos de la procesión del Santo Entierro, labor para la que se les contrataba y por la que cobraban un jornal. Afiliados en su mayoría a la CNT, protestaban porque los organizadores del acto religioso querían pagarles según la tarifa acordada en 1931, último año en que había salido esta procesión. En solidaridad con sus compañeros, los sindicatos anarquistas llamaron a los demás obreros de la ciudad a secundar una huelga general. Esta no llegó a producirse, pero sí la de los terceroles, lo que no impidió que saliese la procesión, ya que un grupo de jóvenes de Acción Católica se ofreció a llevar los pasos. Eso sí, no lo hicieron a hombros, como se había hecho hasta entonces, sino que por primera vez se les puso ruedas.

Portela había diseñado para la ocasión un plan de prevención que consistía en un despliegue de guardias de asalto de refuerzo, al frente de los cuales viajó un hombre de su máxima confianza: Vicente Santiago. Los refuerzos de Seguridad que llegaron a Zaragoza permitieron poner en marcha en esta ciudad un sistema de patrullas móviles de vigilancia similar al que acababa de empezar a operar en Madrid. Se preparó un dispositivo especial en torno a la procesión del Santo Entierro con el objetivo de garantizar su discurrir pacífico y, además de un nutrido número de agentes desplegados a lo largo de su recorrido, se dispuso que elementos policiales formasen parte del cortejo. Miembros de la Policía Urbana a caballo encabezaban el desfile, mientras que la Guardia de Asalto se encargó de cerrarlo. En realidad el origen de la operación se remontaba a un par de semanas antes de los sucesos, cuando la red de información puesta en marcha en Barcelona por el ahora ministro descubrió que una serie de sabotajes cometidos contra tranvías y autobuses de la ciudad en los últimos días de su mandato se había preparado en Zaragoza. De allí procedían no sólo los autores materiales, sino también el dinero que los había financiado, y Portela tomó medidas

---

<sup>224</sup> *Heraldo de Madrid*, 20.04.1935; *ABC*, 18.04.1935; *La Vanguardia*, 24.04.1935, p. 26.

ordenando la detención de algunos dirigentes locales de la FAI y la CNT. Según el ministro era en esas detenciones y no en el problema con el salario de los terceroles donde radicaba de hecho el motivo de la convocatoria de la huelga general.<sup>225</sup>

La semana previa al Viernes Santo se vivió en Zaragoza, por tanto, en medio de una gran tensión. Diez días antes, el 9 de abril, se había producido un incendio en el almacén donde se guardaban seis de los dieciséis pasos de la procesión del Santo Entierro. En él se vio gravemente afectado uno de ellos, el de la “Entrada de Jesús en Jerusalén”, popularmente llamado “el paso de la burra”, y en menor medida el que representaba el Calvario. La versión oficial fue que el incendio había sido provocado con la intención de impedir la salida de la procesión. Con todo, el conflicto tuvo su punto álgido el Jueves Santo, cuando estallaron unos “petardos” que ocasionaron un muerto, probablemente uno de los propios encargados de colocar los explosivos, según Echeguren. Aun así, para el subsecretario de Gobernación todo estaba bajo control tras la detención de los responsables del atentado y el balance final era positivo, pues se había producido una única víctima mortal, que más que víctima era causante.



*Gracia y Justicia*, 20.04.1935, p. 1

---

<sup>225</sup> *El Sol*, 23.04.1935, p.2.

Las crónicas del momento secundaron las palabras de Echeguren, destacando la normalidad con la que había transcurrido la celebración. El *Heraldo de Aragón*, por ejemplo, hacía hincapié en el éxito de convocatoria y en el comportamiento respetuoso de los asistentes, y destacaba como momento más emocionante de la jornada la espontánea intervención de una joven que se lanzó a cantar una saeta arrodillándose al paso de la Virgen.<sup>226</sup> En suma, lo ocurrido se leyó en clave positiva, como otro éxito de la política de orden público impulsada por el nuevo ministro de Gobernación ante situaciones conflictivas, a partir de una mezcla de información, vigilancia, prevención y despliegue racional de agentes de Seguridad.<sup>227</sup>

Pero la gran prueba de fuego de Portela y de su labor al frente de Gobernación llegó en el último suspiro del gabinete de los treinta días. Las reuniones entre los cuatro líderes del bloque mayoritario que permanecía en suspenso avanzaban poco a poco y

---

<sup>226</sup> *La Época*, 20.04.1935, p. 1; *La Vanguardia*, 17.04.1935, p. 7; ALONSO LÓPEZ DE ALDA, Adolfo y LARREA LANDABEREA, José Antonio (coords.): *Guía de la Semana Santa de Zaragoza 2013*. Zaragoza, Santa Hermandad de Nuestra Señora del Refugio y Piedad de Zaragoza en colaboración con el *Heraldo de Aragón*, 2013, pp. 14-15. Fuentes posteriores, sin embargo, recogen también la explosión de una bomba durante la procesión. Por ejemplo, los anuarios de algunas hermandades de la localidad, que describen la de 1935 como la Semana Santa más conflictiva de la historia de Zaragoza y también como la que marcó su configuración actual, puesto que los grupos de jóvenes de Acción Católica que sustituyeron a los terceroles fueron el germen de dos de las cofradías más importantes de las últimas décadas. También hablan de ella algunos blogs sobre memoria y/o historia, como “Tinta de Hemeroteca”, de Mariano García, alojado en la web del *Heraldo de Aragón*, o “Memoria libertaria. Memoria histórica de Zaragoza”. En cambio, quizá por falta de fuentes, este episodio apenas aparece en la bibliografía específica sobre el anarcosindicalismo o el anticlericalismo zaragozano. Es probable que esta bomba fueran los “petardos” a los que se refería el subsecretario de Gobernación y que la censura que visaba la prensa del día considerase que no era conveniente hablar del asunto, por lo que no resulta fácil dilucidar qué sucedió exactamente. GARCIA, Mariano: “El incendio de los pasos del Santo Entierro” y “Huelga de terceroles en la procesión del Santo Entierro”, entradas del 01.04.2010 del blog *Tinta de hemeroteca* (<http://blogs.heraldo.es/tinta/?p=2331> y <http://blogs.heraldo.es/tinta/?p=2335>); “Semana Santa de 1935”, entrada del 16.04.2014 del blog *Memoria libertaria. Memoria histórica de Zaragoza* (<http://www.zaragozamemoriahistorica.com/calle-asalto-24/>). Las referencias en la bibliografía específica son escasas. Sí se nombra, por ejemplo, en MONTAÑÉS, Enrique: *Anarcosindicalismo y cambio político. Zaragoza, 1930-1936*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1989, p. 118, mientras que no aparece en DÍEZ TORRE, Alejandro: *Orígenes del cambio regional y turno del pueblo en Aragón, 1900-1938*, vol. 1: *Confederados. Orígenes del cambio regional de Aragón, 1900-1936*. Madrid, U.N.E.D.-Universidad de Zaragoza, 2003; GERMÁN, Luis: *Aragón en la II República. Estructura económica y comportamiento político*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1984, o KELSEY, Graham: *Anarcosindicalismo y Estado en Aragón 1930-1938. ¿Orden Público o Paz Pública?*. Madrid, Fundación Salvador Seguí, 1994. Agradezco a José Luis Ledesma sus consejos bibliográficos y su ayuda para desenmarañar este tema.

<sup>227</sup> *La Época*, 20.04.1935, p. 1; *La Vanguardia*, 17.04.1935, p. 7; ALONSO LÓPEZ DE ALDA, Adolfo y LARREA LANDABEREA, José Antonio (coords.): *Guía de la Semana Santa de Zaragoza 2013*. Zaragoza, Santa Hermandad de Nuestra Señora del Refugio y Piedad de Zaragoza en colaboración con el *Heraldo de Aragón*, 2013, pp. 14-15.

los mentideros daban por hecho que la primera semana de mayo se produciría la crisis. Antes había que dejar pasar la fiesta del 1 de mayo, que tras lo sucedido en octubre se esperaba con gran expectación. El reto de Portela era que la jornada transcurriese sin incidentes que convirtiesen la violencia en noticia de portada.

El Primero de Mayo –en palabras de Eric Hobsbawm “el más ambicioso de los rituales obreros a escala internacional”– se celebraba en España desde 1890, aunque hasta 1903 se prohibieron las manifestaciones públicas y sólo se permitían mítines y reuniones en locales cerrados. Con su vuelta a la calle, poco a poco autoridades y patronos dejaron de temer esta fecha, y los desfiles y manifestaciones se seguían con curiosidad, simpatía o indiferencia. También la prensa empezó a prestar atención a las celebraciones, que calificaban, según su línea editorial, de Pascua laica, obrera y fraternal, o de propaganda revolucionaria, “alarde y amenaza”.<sup>228</sup> Si durante la dictadura de Primo de Rivera se prohibieron de nuevo las manifestaciones públicas, con el cambio de régimen, regresó la fiesta. La “República de los Trabajadores”, como se definía constitucionalmente, se volcó con la jornada y el Primero de Mayo se declaró fiesta nacional. Las manifestaciones se hicieron multitudinarias, lo mismo que las celebraciones y meriendas en la Casa del Campo o la Dehesa de la Villa, al punto que en 1934 el Ayuntamiento de Madrid decidió regularlas, ocupándose de cuestiones como el abastecimiento de aguas, la recogida de niños perdidos o la prohibición de hacer fuegos.

En 1935, sin embargo, la jornada llegaba teñida por las consecuencias de octubre de 1934 y su represión. El rechazo a la pena de muerte, la amnistía para obreros encarcelados y presos políticos, y la reapertura de las casas del pueblo y centros obreros clausurados se convirtieron en peticiones unánimes en las consignas de esta edición. El Partido Comunista, que en años anteriores había intentado organizar su propia manifestación, llamó a una marcha común de todos los obreros, un “Frente Único todos

---

<sup>228</sup> HOBBSAWM, Eric: «La transformación de los rituales obreros», *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, Barcelona, Crítica, 1987, pp. 93-117; CRUZ, Rafael: *En el nombre del Pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*. Madrid, Siglo XXI, 2006, pp. 144-148; REGUEIRO MÉNDEZ, Rosalía: “Conflictividad sociopolítica en el Frente Popular: el Primero de Mayo en Galicia”, en IBARRA, Alejandra (coord.): *No es país para jóvenes. Actas del III Encuentro de Jóvenes de la AHC*. Vitoria, Instituto Valentín de Foronda, 2012, CD-ROM; DE LA CALLE VELASCO, María Dolores: “El Primero de Mayo y su transformación en San José Artesano”, en *Ayer*, 51, 2003, pp. 87-113.

unidos participando en un solo mitin, en una sola manifestación”. Si bien reconocía que el actual gobierno no era como aquellos en los que había participado la CEDA, los anteriores o los que vendrían, llamaba igualmente a sus iguales a una demostración de fuerza popular frente al que no era más que un gabinete de “tregua” o de “armisticio (...) cuya misión es preparar la guerra y dar paso al fascismo vaticanista.”<sup>229</sup>

Ante una jornada que se anunciaba movida, Portela recurrió de nuevo a la prevención como mejor estrategia. Una semana antes de la celebración redactó una circular que envió a todos los gobernadores civiles, en la que expresaba sus pensamientos acerca de la jornada e indicaba el espíritu con el que habían de afrontarla. Reproducida en los principales diarios el 25 de abril, la circular sirvió también de medida de propaganda y de aviso de las intenciones con las que el gobierno se disponía a encarar esta fecha. Comenzaba haciendo hincapié en que el Primero de Mayo seguía siendo una fiesta nacional, pues así se había aprobado por decreto el 22 de abril de 1931. Esta disposición no sólo no se había derogado, sino que era compartida por el gobierno del que formaba parte, puesto que “la noble significación de honrar el trabajo se acomoda a sus pensamientos y se halla de acuerdo con el espíritu de la Constitución vigente”. Eso sí, el respeto a esta fiesta no significaba que debiese “dificultar la vida ciudadana, entenebrecerla para los asuntos públicos, dejar a los habitantes de las urbes privados de los elementos más indispensables para sus actividades”... Frente a la importancia y a la solemnidad de la fiesta, que se veía reforzada por su reconocimiento legal, se rechazaba “un Primero de Mayo monopolizado y violentado por una sola clase social o al servicio exclusivista e un determinado campo político”.

Desde el punto de vista práctico, se señalaba que había que respetar aquellos contratos de trabajo que especificaban el día 1 como jornada de descanso, pero desde ese mismo espíritu de respeto a la ley tampoco podían ser toleradas las coacciones que impidiesen a los dueños de establecimientos hoteleros, de restauración, de espectáculos, etcétera, abrir con normalidad sus negocios. La autoridad se comprometía a garantizar su correcto funcionamiento, advirtiendo que cualquier tentativa en contra sería

---

<sup>229</sup> RIVAS LARA, Lucía: “Actitud del Gobierno ante el 1º de Mayo desde 1890 hasta la Segunda República”, en *Revista de la Facultad de Geografía e Historia*, nº 1, 1987, pp. 89-118; DE LA CALLE VELASCO, María Dolores: “El Primero de Mayo...”, op. cit; folletos propagandísticos del PCE en vísperas del Primero de mayo de 1935 en Archivo Histórico del PCE, Fondo PCE, Carp. 17, 1935.

“severamente castigada”. De igual modo, todos los servicios municipales, “y en especial aquellos que representan la exigencia de limpieza e higiene para las poblaciones, deben ser rigurosamente atendidos por las Corporaciones respectivas, bajo las más enérgicas sanciones para cuantos no las obedezcan”. El objetivo era conjugar adecuadamente “las exigencias indeclinables del respeto al principio de autoridad y los postulados de paz y satisfacción general que la idea de fiesta inconfundiblemente entraña”. Es decir, encontrar el término medio que garantizase a los trabajadores el derecho de celebrar su fiesta y de expresar sus opiniones sin que ello alterase el ritmo de la vida ciudadana y, sobre todo, sin que la violencia enturbiase la jornada. En ese sentido, Portela, en nombre de la autoridad que representaba, se comprometía a ejercer su mando sin titubeos para permitir el desarrollo pacífico de la festividad y el libre ejercicio de unos y otros derechos.

De la calle no puede apoderarse nadie, y en ella sólo manda la autoridad, y es obligación primordial dejarla expedita a unos y a otros, alejando de ella todo motivo de temor, de precaución, de disturbio o sobresalto. Y esto es lo que se hará cumplir.<sup>230</sup>

El compromiso del gobierno de garantizar el funcionamiento de los servicios públicos también se plasmó en la *Gaceta*, donde a pesar de recordar que el 1 de mayo era un día “inhábil o feriado para los efectos civiles, judiciales, mercantiles y administrativos”, se insistía en que no había que entender esto con una “amplitud acaso excesiva”, como se había hecho en años anteriores y que en ningún caso se podía permitir que se paralizase de un modo casi absoluto la vida ciudadana. Lo que suponía que el carácter de fiesta oficial no afectaba “de modo alguno a los servicios públicos de transportes que se hallan a su cargo”.<sup>231</sup>

Finalmente, la fiesta del Primero de Mayo se celebró sin grandes sobresaltos. Se cumplieron las instrucciones del gobierno y los servicios públicos, especialmente los transportes, funcionaron con normalidad. La asistencia a las celebraciones familiares en

---

<sup>230</sup> “Circular del Ministro de la Gobernación a los Gobernadores Civiles”. *Informaciones*, 25.04.1935.

<sup>231</sup> “Orden declarando que la fiesta oficial del día 1.º de Mayo no afecte en modo alguno a los servicios públicos de transportes que se hallan a cargo de este Ministerio”, *Gaceta de Madrid*, nº 114, 24.04.1935, pp. 682-683.

la Casa de Campo y la Dehesa de la Villa fue multitudinaria. Las patrullas móviles recorrieron las calles de las ciudades, especialmente en Madrid, vigilando que no se produjesen incidentes. El propio Portela recorrió en automóvil las calles madrileñas, especialmente aquellos lugares más concurridos por la prensa, con cuyos representantes intercambió impresiones acerca del devenir de la jornada, expresándoles su satisfacción por cómo iba transcurriendo todo en un ambiente pacífico:

Nada de fiesta con los puños levantados y un sable sobre ese puño amenazador. Se puede ofrecer esta jornada de hoy, hasta ahora, como un ejemplo de que se inicia una nueva etapa de vida en el país, de cordialidad y transigencia entre los ciudadanos, de convivencia social en suma. Los mismos servicios de Orden público no son exagerados ni pueden parecer una provocación, aunque nunca es provocación que la fuerza pública cuide del orden.<sup>232</sup>

No quiere decir esto que no se registrase ningún incidente. En Madrid se produjeron pequeños altercados sin grandes consecuencias, por ejemplo en la calle Alberto Aguilera cuando un grupo de agentes disolvió una manifestación que se resolvió con un tiroteo sin heridos y cuatro detenciones. Hubo algún intento localizado de alterar el funcionamiento de los transportes públicos, pero en la red del metro se presentaron todos los trabajadores a cubrir sus turnos. Una situación que se repitió a groso modo en el resto del país, con pequeños altercados relacionados con manifestaciones reprimidas por la policía, pero sin graves consecuencias físicas ni materiales. Tanto Lerroux como el propio Portela aprovecharon sus comparecencias ante la prensa al final de la jornada para congratularse del desarrollo de la misma, anotándose ambos un punto en su haber. Una consideración que se repitió mayoritariamente en la prensa generalista, que señalaba a Portela como el gran triunfador del día, mientras algunas publicaciones de derechas dejaban caer su condición de masón como explicación de su facilidad para tranquilizar a las “hordas marxistas”. El semanario satírico *Gracia y Justicia*, por ejemplo, ironizaba sobre las capacidades “domadoras” del ministro en su crónica del Primero de Mayo, que tituló significativamente *¡Chóquela usted, señor Portela!*:

---

<sup>232</sup> *Heraldo de Madrid*, 2.05.1935, p. 4.

Aquí la fiera corrupta no saca el morro feroche más que cuando sabe que mete miedo. Pero si se le planta delante un celta, ¡eh!, se mete el rabo por detrás, por ahí, por la parte que siempre se esconde, y no suelta un mal rebuzno. ¡Pues claro! ¡Naturaca!

Ha bastado que un ministro de la Gobernación, con pelo, y con buen pelo, se sentara a su mesa y tocara unos timbres y diera unas órdenes para que todo se presentara en perfecta normalidad. Y el señor Portela, tan guapo, a fumar pitillos y a ver cómo la jornada del 1º de mayo transcurría como en un Edén, casi concert, y un poco bar al aire libre.

Nuestra felicitación a los señores marxistas que han encontrado un domador con garbo. De este modo han podido ir al campo en tranvía o "metro", han podido sentarse a tomar unos buenos chicos de blanco con limón, han podido ir al "cine" a ver al señor Fairbanks y a la señora Gloria Swanson. ¿Qué más pueden pedir? Y encima les van a pagar el jornal. ¡Gloria pura! ¡Pirandones!<sup>233</sup>

Pero no fue esta visión burlona la que prevaleció, sino la más complaciente de la prensa liberal, que veía esta jornada tranquila como prueba de que la pacificación se iba imponiendo. El desarrollo de la fiesta del 1 de mayo, en palabras del *Heraldo de Madrid*, demostraba que “la serenidad se ha impuesto y que (...) se afianza el sentimiento de reconciliación nacional”. Y ello se reflejaría en el futuro inmediato. Según “fuentes solventes”, aseguraba que “el Gobierno, totalmente de acuerdo con el señor Portela Valladares, se propone conceder las más amplias satisfacciones al espíritu liberal del país conforme vayan permitiendo las circunstancias”.<sup>234</sup>

El éxito de la jornada tuvo dos consecuencias inmediatas y positivas para Portela. La primera, la concesión por parte de sus compañeros de gabinete de la Banda de la Orden de la República, con la que se quería premiar “su labor excelente y sus eficaces medidas”.<sup>235</sup> La segunda, su ansiada permanencia al frente de Gobernación, en un gabinete con mayor esperanza de vida pero en el que le tocaría compartir espacio y poder con cinco ministros de la CEDA, entre ellos un Gil Robles que lo tenía entre ceja y ceja. El reto estaba servido.

---

<sup>233</sup> *Heraldo de Madrid*, 2.05.1935, p. 5; *ABC*, 2.05.1935; *La Vanguardia*, 2.05.1935; *El Sol*, 2.05.1935; *El Pueblo Gallego*, 2.05.1935. La cita en “¡Chóquela usted, señor Portela!”, *Gracia y Justicia*, nº 176, 4.05.1935, p.7.

<sup>234</sup> *Heraldo de Madrid*, 2.05.1935, p.1.

<sup>235</sup> “Banda Orden República (2.05.1935)” Archivo del Ministerio de Exteriores. LEGAJO R. 5403 EXP. 5 Protocolo, Ind. 17 de 1959; PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias...*, op. cit., p. 145.





*Gracia y Justicia*, 11 de mayo de 1935, p. 6

## Capítulo 6. El orden público soy yo

Los partidos de libertad son, precisamente, los que tienen que mantener el orden<sup>236</sup>

“El Gobierno del 3 de abril presenta la dimisión el 3 de mayo”. Así abría su portada del 4 de mayo el diario *El Sol*, certificando la noticia de una crisis anunciada. El plazo de suspensión de las Cortes estaba a punto de expirar y Lerroux había confirmado que su gabinete no contaba con el respaldo parlamentario para presentarse ante ellas con éxito. Alcalá Zamora insistía, en cambio, en que meditase la posibilidad de intentarlo, con la esperanza de superar el trámite y poder alargar la existencia de un gabinete del que se mostraba muy satisfecho. Una perspectiva que coincidía con la defendida por la prensa liberal, que hacía hincapié en esta petición del presidente de la República y en la aspiración de que la crisis tuviese una solución con mayor apoyo parlamentario, pero que cuya composición fuese similar a la del consejo saliente.

Se trataba, sin embargo, de un deseo inviable. Deseo que de manera abstracta compartía Lerroux, quien declaraba que si de él dependiese “la vida de este Gobierno se prolongaría indefinidamente”, pero que asumía como imposible. La CEDA estaba dispuesta a presionar hasta el límite con tal de conseguir la cuota de poder que creía que le correspondía, aunque eso supusiese la disolución de las Cortes, algo a lo que, en cambio, no estaba dispuesto el Partido Radical. Alejado de una izquierda que le era hostil y de una derecha que se sentía injustamente tratada, sabía que ante unas eventuales elecciones celebradas en ese momento tendría todas las de perder. La nota conjunta de los partidos republicanos de izquierda publicada el 13 de abril, tras el levantamiento del estado de guerra, acentuó esta creencia. Firmada por Azaña, Martínez Barrio y Sánchez Román, los tres líderes presentaban su crítica compartida al gobierno, al tiempo que planteaban las medidas que consideraban “inexcusables para la regular

---

<sup>236</sup> “El título capital de un estado para vivir es saber mantener el orden público”. Entrevista a Portela Valladares firmada por Francisco Casares. *Blanco y Negro*, 26 de mayo de 1935.

convivencia dentro del régimen republicano”: amnistía para los presos de octubre, restablecimiento del derecho sindical, reposición de los ayuntamientos de elección popular...<sup>237</sup>

La aproximación de los partidos a lo que representaban parecía sentar las bases sobre las que reconstruir una coalición republicano-socialista en la que los radicales ya no tenían cabida. Cerrada esta vía y ante su creciente aislamiento, la única salida que le quedaba a Lerroux era pactar con la CEDA, aunque eso supusiese aceptar sus condiciones. Y no perdió el tiempo. El mismo día en que se publicó la nota el presidente invitó a Gil Robles a acudir a su casa para tratar asuntos de importancia y allí comenzaron las negociaciones para reconstruir el bloque gubernamental, aunque culminarlas con éxito en cualquier caso exigía que Lerroux aceptase el peaje que su socio pedía. Tras aproximar posturas, se sumaron a las conversaciones Martínez de Velasco y Melquíades Álvarez. El 27 de abril celebraron una reunión a cuatro bandas que concluyó con el acuerdo de que el nuevo gobierno se constituyese cuanto antes, una vez pasado el Primero de Mayo. Los tres socios del Partido Radical coincidieron también en su rechazo firme a que el gabinete incluyese representantes de otros partidos, como era el deseo de Alcalá Zamora. Ninguno de ellos estaba dispuesto a que su cuota de poder se diluyese con la entrada de más grupos, así que se mantuvieron firmes y convirtieron esta cuestión en un punto intocable. De forma paralela, Lerroux y Gil Robles siguieron entrevistándose por separado para ultimar detalles, negociando número de carteras y pugnando sobre el contenido de algunas, especialmente porque el líder radical insistía en que los ministerios de Guerra y Marina siguieran en manos de técnicos y en que Portela se mantuviese en Gobernación. El tira y afloja terminó en un acuerdo a medio camino entre los deseos de uno y otro, y si Lerroux tuvo que transigir con que el ministro de la Guerra no fuese un militar sino el propio Gil Robles, este no consiguió, “por más esfuerzos” que hizo, que Portela saliese de Gobernación.<sup>238</sup>

El resultado de este pacto a cuatro fue un gobierno que marcó el principio del ocaso del Partido Radical, ya que por primera vez desde septiembre de 1933 los

---

<sup>237</sup> *El Sol*, 4.05.1935, p. 1; *Heraldo de Madrid*, 3.05.1935, pp. 1, 4, 5; “Nota conjunta de los partidos republicanos”, *El Sol*, 13.04.1935.

<sup>238</sup> *El Sol*, 13.04.1935; GIL ROBLES, José María: *No fue posible...*, op. cit., pp. 223-224 y 230.

lerrouxistas dejaban de ser el grupo dominante en el consejo de ministros. En el nuevo gabinete, y sin contar a Lerroux, tan sólo había dos radicales propiamente dichos: Rocha y Marraco. Una pérdida de importancia en número, pero también en peso específico, pues además de la presidencia sólo conservaron dos carteras menores: Estado y Obras Públicas. Con cierto maquillaje el recuento subía a cinco radicales, sumando a los tres citados dos independientes a los que se calificaba como próximos a su órbita, es decir, Chapaprieta y Portela. Pero esta era una cuenta engañosa, pues ninguno de ellos pertenecía al partido y su lealtad al mismo no dejaba de ser coyuntural. Curiosamente ambos ministros y justo por ese orden serían los dos últimos presidentes del gobierno de la segunda legislatura republicana, algo que Lerroux, especialmente en el caso de Portela, entendería como una traición a su confianza.<sup>239</sup>

Frente al debilitamiento radical, la CEDA seguía el camino inverso y ganaba en cantidad y en importancia. Si en su anterior participación en el gobierno había contado con tres ministros, en el nuevo gobierno pasó a tener cinco. Los cedistas se encargaron de Justicia, Trabajo, Comunicaciones, Industria y Comercio, y una joya ansiada, la cartera de Guerra, que por fin conseguía Gil Robles. El consejo se completaba con dos agrarios: Antonio Royo Villanova y Nicasio Velayos, y un liberal demócrata, Joaquín Dualde, quien repetía al frente de Instrucción Pública. De este modo, el nuevo ministerio coincidía más con los deseos de Gil Robles, a pesar de no haber conseguido librarse de Portela, que con los de Lerroux, al que no le quedaba más remedio que asumir una nueva cesión de poder en su relación de convivencia-pugna con la CEDA.

Con este traspaso de fuerzas el bloque de centro-derecha se convertía en un bloque de derecha-centro, lo que reconfiguraba los equilibrios internos del gabinete y modificaba sustancialmente el contexto en el que Portela seguiría desempeñando su labor al frente de Gobernación. El nuevo terreno de juego se presumía más hostil, con una CEDA recelosa de su persona y un Gil Robles a la espera de razones para retomar el intento de forzar su salida. Sin embargo, el cambio de situación también podía suponer una ventaja a su favor. En un gobierno de marcada tendencia derechista, con un Lerroux debilitado y déficit de liberales entre los ministros, Portela tenía todas las papeletas para convertirse en el peso fuerte de esta corriente en el gobierno y en el

---

<sup>239</sup> TOWNSON, Nigel: *La República que...*, op. cit. pp. 337-340.

hombre de confianza de los dos presidentes. El de Lerroux, porque seguía deslumbrado con su fichaje y andaba escaso de radicales en los que apoyarse. El de Alcalá Zamora, porque su perfil político era el que mejor encajaba con las preferencias del presidente de la República, que sospechaba de los cedistas y cuyo ego ya había chocado demasiado con el del líder de los radicales. La cuestión era si Portela sabría jugar adecuadamente sus cartas y si las circunstancias y sus “enemigos” se lo permitían.



*Gracia y justicia*, 29.06.1935, p.1

## 6.1. La política de orden público de Portela en el gabinete radical-cedista: valores e imagen

El 26 de mayo, apenas tres semanas después de la toma de posesión del nuevo gobierno, el semanario *Blanco y Negro* publicaba una cuidada entrevista al ministro de la Gobernación. La firmaba Francisco Casares, periodista madrileño que durante su carrera colaboró en diarios como *El Sol*, *El Liberal* o el recién creado *Ya*, y uno de los fundadores del Sindicato Autónomo de Periodistas, asociación de la que defendía su apoliticismo. Como anticipo a la explicación del ministro sobre sus pensamientos acerca del orden público y su manera de llevarlos a la práctica, Casares retrataba un Portela enérgico y recto que emanaba autoridad:

Es el Sr. Portela, realmente, un hombre interesante. Físicamente, bajo su rostro inglés, del que la cabellera nívea y abundante es ajustado complemento, lo que más llama la atención es su verticalidad. ¿Habrá que buscar en esta derecho, por designio simbólico, la de su concepto rígido del deber y de la autoridad? Derecho por línea fisiológica y por norma de vida, recto de un modo y del otro, en esta conjunción de la contextura corporal y moral hay que buscar el matiz que da una personalidad acusada y singular al ministro de la Gobernación.

La figura intelectual del ministro no es menos sugestiva. Tiene salida al exterior, más que por la expresión verbal por la mirada. Mirada viva, penetrante, inquieta, que acusa por sí misma todo un carácter, que denota una energía tensa, de acero, que no se rompe. La voz suave, agradable; la expresión del pensamiento clara, sin titubeo, completan la figura.<sup>240</sup>

Con semejante presentación como aderezo, la entrevista publicada en la revista ilustrada semanal, vinculada al diario conservador y monárquico *ABC*, ofrecía una imagen de Portela muy diferente a la del masón permisivo con el marxismo que reabría las casas del pueblo que aparecía con frecuencia en la prensa más derechista. No es difícil suponer que los lectores de este diario estaban más lejanos de la visión política del ministro que los de *El Sol*, *El Liberal* o *Ahora*. Sin embargo, el orden, el principio de autoridad, la seguridad, el respeto a la ley o el descenso de incidentes violentos en las calles sí eran valores que estimaban, por lo que dejar claro que sobre ellos también

---

<sup>240</sup> “El título capital de un estado para vivir es saber mantener el orden público”. Entrevista a Portela Valladares firmada por Francisco Casares. *Blanco y Negro*, 26 de mayo de 1935.

radicaba una buena parte de su pensamiento y de sus medidas de orden público era la mejor manera de ganarse su apoyo, o al menos el respeto hacia sus decisiones. En un entorno poco favorable, con la CEDA ganando terreno en el gobierno y siempre recelosa hacia su persona, resultaba conveniente cuidar las simpatías de ese sector de la opinión pública que representaban los lectores del *ABC*. La entrevista veía la luz, además, el mismo día en el que Azaña protagonizaba un multitudinario mitin en Valencia. La coincidencia no parece inocente.

El propio Casares al resumir en términos elogiosos los éxitos del ministro, en especial el del Primero de Mayo, formulaba en palabras esta intención: “Agrupar a los españoles solventes y con voluntad de una nueva vida, con fe y confianza en la resurrección económica y social, en torno a este hombre que dirige la paz, que ha organizado la paz, que es autor de la paz”. Portela, por su parte, insistía al responderle en su habitual discurso sobre el orden público: su definición como pilar del Estado y garante de la ley, cimiento de la convivencia pacífica de una nación, base del bienestar y de la confianza social... Más novedoso resultaba que pusiese el acento en la argumentación económica, señalando la necesidad de mantener la paz pública para que no colapsase el trabajo, “la gran fuerza de que se nutren la Nación y el Estado”. Para que los ciudadanos se sintiesen con energías e iniciasen nuevos negocios era imprescindible que atentados, sabotajes y atracos dejasen de ser noticia diaria.

Y si los objetivos presentados eran los que acostumbraba a defender, también lo eran las medidas que proponía, enfatizando como de costumbre en dos cuestiones: la necesidad de que los agentes de seguridad se sintieran respaldados por sus superiores y reconocidos en su trabajo y la importancia de motorizar las fuerzas de seguridad. Sin olvidar el que, en su opinión, era el elemento clave para garantizar el correcto funcionamiento del sistema: el diseño de una buena organización tanto de medios materiales como de políticas de orden público. Esa era, en resumen, la misión que le correspondía.<sup>241</sup>

---

<sup>241</sup> *Ídem.*

## 6.2. Las primeras decisiones: creación de un equipo de confianza

El gobierno de los treinta días le había dado la oportunidad de ensayar con cierta cautela estos criterios, pero el nuevo ministerio, que nacía sin la apariencia de muerte inminente que había lastrado al anterior, le daba margen para plantear medidas de mayor consistencia con el objetivo de intentar encaminar la política de orden público según su pensamiento. Aunque la siguiente crisis llegó en poco más de cuatro meses, este período fue suficiente para plantear reformas en el departamento según sus cánones y también para impulsar decretos y propuestas que dieran cobertura legal a sus decisiones. Para ambas cuestiones, lo primero que necesitaba Portela era contar con un equipo de confianza en el que apoyarse. Colaboradores cercanos con los que compartiese opinión y enfoque, y cuya lealtad no le plantease dudas. Las dos primeras piezas de este grupo las había escogido ya en abril, tras su primer nombramiento y las mantuvo en la misma posición durante la nueva etapa. Se trataban de Carlos Echeguren Ocío, a quien nombró subsecretario de Gobernación, y de su sobrino político y secretario personal, José Martí de Veses, nuevo director general de Administración Local.<sup>242</sup>

Echeguren era un diputado republicano alavés, jurista de formación, afiliado al Partido Radical desde 1916. Miembro de la Liga Española de los Derechos del Hombre, los mentideros derechistas achacaban su relación con Portela a la condición masónica de ambos, aunque en realidad se trataba de un colaborador “heredado”, pues no fue él sino Rafael Salazar Alonso quien le abrió las puertas de Gobernación. Ambos habían coincidido en Badajoz en 1933, durante el breve período de Echeguren como gobernador civil de dicha provincia, por la que Salazar Alonso era diputado. Como el cambio de gobierno trajo una profunda renovación de los gobiernos civiles, que incluyó también su salida, entonces se convirtió en secretario político de Salazar, quien se lo llevó consigo a Gobernación cuando fue nombrado ministro por Samper. Allí ocupó el cargo de director general de la Administración Local, que mantuvo cuando Eloy Vaquero se puso al frente del ministerio. Su nombramiento como subsecretario fue una de las primeras decisiones de Portela Valladares al entrar en el gobierno, presentándolo

---

<sup>242</sup> *Gaceta de Madrid*, nº 104, 14.04.1935, p. 347.



a la prensa como el colaborador más valioso que podía encontrar para “soportar la carga nada ligera” que pesaba sobre él. Echeguren se encargó de sustituirlo ante los periodistas durante sus ausencias o para aquellas cuestiones en las que Portela no consideraba oportuno comparecer personalmente. Sus competencias le hicieron ocuparse de tareas diversas –por ejemplo, a él correspondió supervisar el sistema de implantación de coches patrulla en la ciudad de Madrid– y como diputado electo por Melilla y miembro de la comisión parlamentaria de Gobernación, se encargó de defender en ella las posiciones del ministro. En septiembre, después de que Portela abandonase el gobierno, continuó desempeñando la subsecretaría con Joaquín de Pablo Blanco. Esto no supuso un obstáculo para que mantuvieran su buena relación, por lo que en diciembre volvieron a trabajar juntos y, en las elecciones de 1936, Echeguren se presentó a la reelección de su acta como diputado por Melilla ya no como radical sino representando a la candidatura del Partido de Centro.<sup>243</sup>

La Dirección General de la Administración Local que Carlos Echeguren Ocio dejó vacante con su ascenso a la subsecretaría la ocupó de nuevo el secretario político del ministro entrante, en este caso José Martí de Vesés y Sancho, quien, como ya se ha dicho, estaba casado con la sobrina de su esposa y era una especie de hijo adoptivo para el matrimonio Portela-Puig. Desde este cargo, Martí de Vesés siguió con especial todo lo referente al traspaso de servicios a Cataluña, velando porque el proceso se ajustara sin ambigüedades a la legalidad, tratando de evitar posibles impugnaciones promovidas desde los sectores contrarios a la devolución de competencias a la Generalitat. Esta ocupación provocó que viajase con frecuencia a Barcelona, en ocasiones acompañando a Portela, como en Semana Santa, y otras en solitario. Ideológicamente más conservador que su tío, mantenía una estrecha relación personal con individuos del entorno de la CEDA, al tiempo que compartía amistad de largos años con algunos catalanistas de derechas, como el periodista Josep Pla. Esta mezcla de afinidades le permitía contar con

---

<sup>243</sup> ESQUEMBRÍ HINOJO, Carlos: *Carlos Echeguren Ocio y el republicanismo en Melilla*. Melilla, Ciudad Autónoma de Melilla, Consejería de Cultura y Festejos, y Servicio de Publicaciones de la UNED, 2013; SERRALLONGA Y URQUIDI, Joan: “El aparato provincial durante la Segunda República. Los gobernadores civiles, 1931-1939”, *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, nº 7, 2007 (<http://hispanianova.rediris.es/7/articulos/7a008.pdf>); SALAZAR ALONSO, Rafael: *Bajo el signo de la revolución*. Astorga (León), Editorial Akrón, 2007, p. 334.

información de primera mano sobre las relaciones entre las elites catalanas facultándolo, además, para ejercer de mediador con ciertas garantías de éxito en caso de conflicto.

El capitán Vicente Santiago era otra pieza esencial de este círculo de confianza. Durante el tiempo en el que Portela ocupó el ministerio siguió manteniendo el cargo que ocupaba desde 1933, es decir, jefe de la Oficina de Información y Enlace de la Dirección General de Seguridad. Este departamento se había creado por ley en el verano de 1933, aunque no empezó a funcionar oficialmente hasta el mes de septiembre, durante el primer gobierno Lerroux y con Martínez Barrio como ministro de Gobernación. A través de una orden publicada en la *Gaceta* se dotaba de cobertura legal a esta sección que ya se había puesto en marcha y que se encargaba de:

...recoger todos los datos y noticias relacionados con la prevención y persecución de aquellos delitos que atenten específicamente contra el normal funcionamiento de las instituciones políticas y el libre y pacífico ejercicio de los derechos individuales, definidos en la Constitución, que son base y asiento de la paz pública.<sup>244</sup>

La oficina dependía directamente del director general de Seguridad. Su jefatura era un puesto de libre designación ministerial y quien la ostentase contaba con rango de jefe superior de Administración y un número indeterminado de policías gubernativos a su cargo, tantos como el director general estimase conveniente. Desde su creación fue Vicente Santiago quien ocupó esta posición, primero de manera interina y luego en propiedad. La llegada de Portela a Gobernación, con quien ya había colaborado estrechamente en Cataluña, no supuso un cambio de estatus para el capitán Santiago, pero sí para la oficina, ya que a finales del mes de mayo dejó de depender del director general de Seguridad para pasar “a las inmediatas órdenes” del ministro de la Gobernación. Para justificar este cambio se aducía que aseguraba una mayor eficacia en el desempeño de la labor de dicha oficina y, sobre todo, una mejor coordinación entre los implicados en mantener la seguridad y el orden público. Y es que la función de esta sección, además de recoger y sistematizar los antecedentes relacionados con los delitos ocurridos o que podían ocurrir, era servir de nexo entre todos los implicados en los

---

<sup>244</sup> *Gaceta de Madrid*, nº 267, 24.09.1933, p. 1861.

servicios de seguridad. Así, tenía que hacer llegar toda esta información al ministro, quien a su vez, acompañándola de propuestas de órdenes y medidas, la transmitía luego a las distintas autoridades y agentes de la fuerza pública con el objetivo de impedir “cualquier intento de rebeldía” o para “sofocar prontamente, en otro caso, toda acción externa que pudiera poner en peligro el orden político y social”. La idea era que al eliminar un escalón intermedio, el director general de Seguridad, la cadena transmisora ganaría en rapidez y eficiencia.<sup>245</sup>

Pero más allá de estas presuntas ventajas, sin duda el cambio buscaba fortalecer el poder de Portela asegurándole un mayor control sobre la información policial y sobre las medidas preventivas y defensivas que se tomaran en consecuencia. El poder del jefe de Información también aumentaba, no sólo porque perdía ese peldaño intermedio de decisión al pasar a trabajar directamente con el ministro, sino porque el potencial personal a sus órdenes ya no se limitaba a los agentes de la Policía Gubernativa, sino que podía incluir a todo el escalafón del ministerio. Es decir, todo el personal de Gobernación que el ministro estimase necesario. Por último, este cambio favorecía la colaboración entre Portela y Vicente Santiago, aunque para evitar que se interpretase como un movimiento que debilitaba la Dirección General de Seguridad la orden recordaba que esta era la encargada de organizar los servicios propios de la Policía Gubernativa, asumiendo el mando de los dos cuerpos que la integraban, y que mantenía intactas sus demás facultades.<sup>246</sup>

Al frente de la Dirección General de Seguridad se encontraba entonces José Valdivia Garci-Borrón, un militar nombrado en septiembre de 1933 por el gobierno de Lerroux, cuya llegada supuso un paso atrás en las reformas desmilitarizadoras del orden público impulsadas por sus antecesores. La concepción de seguridad de Valdivia era muy similar a la de su jefe de la Guardia de Asalto, Agustín Muñoz Grandes, y entre ambos fueron dejando en un segundo plano los rasgos civilistas de este tipo de policía.

---

<sup>245</sup> *Gaceta de Madrid*, nº 267, 24.09.1933, p. 1861. Nombramiento de Vicente Santiago como jefe interino de la Oficina de Información y Enlace, en *Gaceta de Madrid*, nº 271, 28.09.1933, p. 1921; en propiedad, *Gaceta de Madrid*, nº 205, 24.07.1934, p. 780. Cita y paso de la Oficina de Información y Enlace bajo las órdenes inmediatas del ministro de la Gobernación, en *Gaceta de Madrid*, nº 150, 30.05.1935, pp. 1767-1768.

<sup>246</sup> *Gaceta de Madrid*, nº 150, 30.05.1935, pp. 1767-1768.

Para empezar, a finales de marzo de 1934 sustituyeron las órdenes que restringían el uso de armas de fuego por parte de los guardias de Asalto por la recomendación de que las llevaran cargadas, con el seguro puesto y en la mano para poder repeler las agresiones. Además, Muñoz Grandes trató de centralizar la capacidad de mando de este cuerpo, y a pesar de que los gobernadores civiles tenían competencia para coordinar la acción de los agentes en su provincia, intentó que las decisiones se tomaran desde su posición. Esto le supuso una tensión constante con algunos gobernadores, entre ellos Portela, con quien, como ya se ha explicado, mantuvo un agrio enfrentamiento durante su etapa como gobernador general de Cataluña. Si en este periodo la Guardia Civil se libró de la tutela de la Dirección General de Seguridad y volvió a ser un cuerpo militarizado con gran autonomía del poder civil, Valdivia y Muñoz Grandes quisieron imponer la misma lógica en la Guardia de Asalto. Después de la insurrección de octubre y dentro de la línea de las medidas aprobadas por el gobierno para reforzar la autoridad, se presentó ante las Cortes un proyecto de reforma de los cuerpos de Seguridad y Asalto que quería convertir en tropas de asalto a todo el cuerpo, centralizando el mando y militarizándolo según un organigrama muy similar al de la Guardia Civil. El inspirador de esta reforma era Muñoz Grandes, quien había decidido que los guardias patrullasen con el máuser en todas las misiones, incluso en los desfiles.<sup>247</sup>

No todos compartían esta visión dentro del personal de la Dirección General de Seguridad, de modo que en su seno se vivió una pugna importante entre los partidarios de la militarización y los defensores de una perspectiva más civilista. La llegada de Portela a Gobernación y sus nombramientos en los puestos clave dieron un empuje a estos últimos, aunque no por ello quedaron neutralizados los defensores de la concepción militar ni tampoco se revocaron todas las medidas que habían aprobado. Con todo, el éxito de los civilistas se plasmó no sólo en los nombres concretos que Portela impulsó construyendo su equipo de confianza, sino también en aquellos que destituyó o empujó a dimitir, incluidos José Valdivia y Agustín Muñoz Grandes. El general fue el primero en marcharse, presentando su dimisión apenas diez días después de la renovación del gobierno, con lo que Portela se cobraba la deuda que tenían

---

<sup>247</sup> PALACIOS CEREZALES, Diego: “Ansias de normalidad...”, op. cit., pp. 626-637; BLANEY, Gerald: “En defensa de la democracia...”, op. cit., pp. 111-116; CARDONA, Gabriel: *El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil*. Madrid, Siglo XXI, 1983, pp. 159-160.

pendiente desde su enfrentamiento en Cataluña. La salida de Valdivia tardó un par de semanas más y se produjo justo al día siguiente de que la *Gaceta* publicase que la Oficina de Información y Enlace dejaba de estar bajo su control. Ese mismo día se formalizó la renuncia del jefe superior de Policía de Madrid, Mariano Muñoz Castellanos y el nombramiento de su sucesor, Santiago Martín Báguena, completando el ciclo de sustituciones de altos cargos policiales.<sup>248</sup>

El sustituto de Agustín Muñoz Grandes fue el teniente coronel Rafael Fernández López, otro defensor de las reformas militares, por lo que la salida de aquel terminó siendo sólo una victoria relativa del sector civilista. La sustitución de Valdivia, sin embargo, sí supuso un cambio importante. En realidad no se produjo un relevo como tal, puesto que el siguiente director general de Seguridad, José Gardoquí, no tomó posesión hasta el mes de noviembre. Su sustituto de hecho fue el nuevo subdirector e inspector general de Seguridad, nombrado el mismo día que Valdivia abandonó su cargo, y ese subdirector era nada menos que Ramón Fernández Mato, el viejo colaborador de Portela desde sus años de luchas agraristas, su exsecretario político, firmante del Pacto de Barrantes y director de *El Pueblo Gallego*. El nombramiento tomó por sorpresa a los periodistas, a quienes Echeguren explicó que no se trataba de un cargo de nueva creación, sino que se cubría después de haber permanecido vacante durante mucho tiempo. Esta afirmación era cierta sólo a medias, pues aunque el puesto de subdirector general de Seguridad había sido creado por sendos reales decretos en 1912 y 1923, Alfonso XIII había firmado su supresión en agosto de 1930 y no volvió a recuperarse hasta ese momento. Que se retomase justo entonces para nombrar a Fernández Mato y en cambio la dirección general permaneciese vacante durante todo el mandato portelista sólo puede entenderse como una triquiñuela del ministro para colocar al frente de un departamento clave para Gobernación a alguien tan próximo a él. No importaba que su jefatura fuese de hecho y no de derecho ni que esto plantease algunos inconvenientes legales, pues el subdirector no estaba autorizado para firmar determinadas decisiones. El inconveniente no llegaba a problema si podía solventarse

---

<sup>248</sup> Cese de Agustín Muñoz Grandes, en *Boletín Oficial de la Dirección General de Seguridad*, 17.05.1935, citado en *La Vanguardia*, 21.05.1935, p. 27; dimisión de José Valdivia y de Mariano Muñoz Castellanos y nombramiento de Santiago Martín Báguena, en *Gaceta de Madrid*, nº. 152, 1.06.1935, p. 1857.

con facilidad. Así, en el mes de julio, la *Gaceta* publicaba una orden firmada por el propio Portela que disponía que fuese el subdirector quien se encargase del despacho y firma de los asuntos encomendados a la dirección mientras está permaneciese vacante. Lo importante para el ministro era encontrar la manera práctica de conseguir lo que quería, estirando la norma hasta localizar el hueco en el que su deseo de contar con Fernández Mato en la DGS tuvo cabida.<sup>249</sup>

Este médico coruñés, exgobernador civil de Ciudad Real, Málaga o Logroño y presidente del Celta durante los años 20, completaba el círculo de colaboradores leales y cercanos escogidos por Portela para trabajar con él en Gobernación. Todos ellos tenían en común su relación estrecha con el ministro, tanto política como amistosa, y una trayectoria larga en sus respectivos campos: Echeguren y Fernández Mato, en cargos políticos; Martí de Veses, como jurista, y Vicente Santiago, en los cuerpos de Seguridad del Estado. Una mezcla de confianza y experiencia profesional que cimentó un vínculo sólido que se mantuvo a lo largo del tiempo y que los llevó a participar de las actividades políticas de Portela más allá de este gobierno. Así, los tres primeros se integraron en las candidaturas del Partido de Centro para las elecciones de febrero de 1936, mientras que Vicente Santiago fue el director general de Seguridad de su gobierno y siguió trabajando a su lado incluso durante el exilio francés de los años 40.

### **6.3. Medidas relativas a los cuerpos de Seguridad y sus agentes**

Las reformas del nuevo equipo de Gobernación comenzaron por la estructura interna de su propio departamento y la reorganización de sus servicios: “Vaya despacio si quiere que le salga bien, porque en el viejo caserón de la Puerta del Sol es donde más duendes y trasgos encontraron refugio para la supervivencia”, aconsejaba a su director un anónimo redactor de *El Pueblo Gallego*. Esta reordenación se ocupó de varios frentes, que iban desde las condiciones de acceso a determinados cuerpos, el cambio del

---

<sup>249</sup> Nombramiento de Fernández Mato, en *Gaceta de Madrid*, nº. 152, 01.06.1935, p. 1857. Declaraciones de Carlos Echeguren Ocio, en *El Pueblo Gallego*, 2.06.1935. Información sobre Ramón Fernández Mato, en LÓPEZ OTERO, María Luisa (coord.): *Lembrando a Ramón Fernández Mato*. Boiro (A Coruña), Concello de Boiro, 2004. Supresión del puesto de subdirector general de Seguridad, en *Gaceta de Madrid*, nº 217, de 5.08.1930, pp. 845-846. Firma por delegación, en *Gaceta de Madrid*, nº 195, 14.07.1935, p. 527 y nº 222, 10.08.1935, p. 1309.

organismo del que dependían o el sistema de incentivos a cuestiones concretas de funcionamiento. Siguiendo con su política de implantar patrullas motorizadas, este fue uno de los aspectos mimados de su diseño institucional. A pesar de las restricciones presupuestarias que Chapaprieta intentó imponer desde Hacienda, la partida dedicada a estos servicios fue en aumento. El objetivo era consolidar las patrullas en Barcelona, Madrid y Zaragoza, donde ya estaban implantadas, e incrementar el número de ciudades que contasen con ellas. Para cubrir estas necesidades se convocaron diversos concursos tanto para cubrir vacantes en el parque móvil como para crear plazas nuevas, especialmente de vigilantes-conductores. Además, con el objetivo de facilitar el acceso a ellas de agentes con experiencia, se subió la edad límite para presentarse hasta los treinta y cinco años. La novedad de este tipo de plazas, tan vinculadas a una tecnología tan moderna para el momento como la automovilística, exigía la creación y adaptación de las normas a su realidad, algo diferente a la de otro tipo de servicios, y que atañía tanto a los agentes que patrullaban como al personal encargado del arreglo y mantenimiento de automóviles y motocicletas.<sup>250</sup>

Los cambios no se limitaron a los cuerpos que se ocupaban de mantener el orden en las grandes ciudades. También afectaron a la Policía Local, que desde 1932 había dejado de estar subordinada a los municipios y se había integrado en la escala auxiliar del cuerpo de Investigación y Vigilancia, con lo que sus miembros pasaron a ser agentes auxiliares de tercera. El ministerio aprobó una orden por la que se suprimía la limitación que impedía que estos funcionarios fueran destinados a capitales de provincia y facultaba al subdirector general de Seguridad para que dispusiese libremente de todo el personal de la Policía Gubernativa en su distribución de destinos y servicios según considerase oportuno en función de las circunstancias. Respetando las clases, pero sin límite geográfico. De este modo, al menos mientras los recortes presupuestarios no permitiesen ampliar las plantillas en la medida que Portela consideraba necesario, se

---

<sup>250</sup> *El Pueblo Gallego*, 2.06.1935, p. 6. Plazas vacantes o de nueva creación en el parque móvil, en *Gaceta de Madrid*, nº 130, 10.05.1935, p. 1223; nº 153, 2.06.1935, p. 1.898; nº 189, 8.07.1935, p. 321 y 197, 16.07.1935, pp. 582-583. Modificación del Reglamento del Parque Automovilista de la Guardia Civil, en *Gaceta de Madrid*, nº 162, 11.06.1935, pp. 2088-2089.

ganaba la posibilidad de contar con agentes que ya pertenecían al cuerpo para operaciones puntuales que exigiesen un envío de números elevado.<sup>251</sup>

Tampoco faltaron medidas para mantener el control que Gobernación tenía todavía sobre la Guardia Civil. Este cuerpo había experimentado una extensa contrarreforma a lo largo de los gobiernos radical-cedistas, que en realidad se había iniciado antes de las elecciones de 1933, con el decreto del 18 de octubre que liberó al instituto de su dependencia de la DGS, permitiendo que su Inspección General recuperase su autonomía, especialmente en lo referente al despacho de los asuntos de personal y servicios. La progresiva militarización que experimentó en los meses siguientes hizo que dependiese cada vez más de Guerra y menos de Gobernación, aunque quedaron zonas grises en la delimitación de competencias que correspondían a uno o a otro ministerio. Los potenciales conflictos que esta situación podía provocar se veían intensificados si la relación entre ambos departamentos, o más bien entre ambos ministros, no era fluida. Y, como ya se verá, la que existía entre Portela y Gil Robles estaba muy lejos de serlo. Por esta razón era fundamental intentar fortificar sus atribuciones, además de dejar claro cuáles eran. Si el 23 de abril, todavía en el gobierno anterior, el ministerio de Gobernación había nombrado “previa consulta al de Guerra” al teniente auditor de primera del Cuerpo Jurídico Militar, Cayo Ortega Pérez, asesor jurídico de la Inspección General de la Guardia Civil, el 3 de mayo, con Gil Robles ya como ministro de Guerra, se publicó una orden que matizaba las funciones de dicho asesor. La orden aclaraba que su labor de asesoría se limitaba a la relación de la Guardia Civil con el ministerio de la Guerra y no comprendía las cuestiones gubernativas y administrativas. Puesto que este cuerpo estaba adscrito y dependía de Gobernación desde el decreto de 16 de agosto de 1932, era a la asesoría jurídica de Gobernación a la que le competía informar sobre estas cuestiones a la Inspección General de la Guardia Civil. Comenzaba la pugna entre Gobernación y Guerra, entre Portela y Gil Robles, por el control de los servicios de orden público y desde la Puerta del Sol querían dejar claro que no estaban dispuestos a ceder terreno.<sup>252</sup>

---

<sup>251</sup> *Gaceta de Madrid*, nº 222, 10.08.1935, p. 1309.

<sup>252</sup> “Decreto relativo a la coordinación de servicios en el Instituto de la Guardia Civil”, en *Gaceta de Madrid*, nº 292, 19.10.1933, pp. 489-491. Nombramiento de Cayo Ortega Pérez, en *Gaceta de Madrid* nº 115, 25.04.1935, p. 716. “Orden por la cual la Asesoría Jurídica del Ministerio de la



En la misma línea hay que entender una nueva orden que vio la luz a finales de junio y que reservaba en exclusiva al ministerio de la Gobernación la facultad de disponer las agregaciones de personal, privando a la Inspección General de la Guardia Civil de la capacidad de ejercerla. El texto de la orden justificaba tal medida partiendo de que era preciso mantener las plantillas orgánicas tal y como se habían fijado. Estas se habían diseñado atendiendo a necesidades y circunstancias determinadas, y “para no restar eficacia al servicio que ha de rendir cada puesto o destacamento” era preciso mantener a cada cual en su destino correspondiente. Como consecuencia de esta medida, todo el personal que se encontrase entonces en dicha situación cesaba en la misma y debía volver a su destino. A partir de entonces correspondía únicamente al ministerio aprobar los cambios que exigiesen situaciones puntuales, de esta manera se aseguraba el control en el diseño de la plantilla y cerraba la posibilidad de que los mandos militares pudiesen alterarlo incluso con la excusa de atender una circunstancia de emergencia.<sup>253</sup>

Con el objetivo de fortalecer el control civil sobre la *Benemérita*, Gobernación aprobó un mes más tarde una nueva disposición con la que regular el proceso de creación y supresión de puestos del Instituto en los distintos municipios y el incremento o reducción de sus dotaciones. Así, se estableció que cuando un ayuntamiento solicitase al ministerio la concesión de un puesto de la Guardia Civil o que se aumentase el número de agentes a él destinado, debería hacerlo a través del gobierno civil de su provincia, quien además de recibir la solicitud debería emitir un informe en el que concretase si consideraba conveniente para el servicio la creación de ese puesto, y que uniría al elaborado por el jefe de la Comandancia, que comunicaría si contaba con fuerza disponible en su plantilla. Una vez que Gobernación aprobase una resolución, el conducto informativo sería el mismo: la decisión se comunicaría al gobernador para que este la pusiese en conocimiento de la corporación correspondiente. Si la petición partía de entidades o particulares, deberían tramitarlas a través de su ayuntamiento, siguiendo a partir de aquí el mismo proceso. En cuanto a las propuestas de supresión y traslados de puesto, ya fuese por deficiencia de acuartelamiento o por no convenir al servicio,

---

Gobernación es la que debe seguir informando a la Inspección general de la Guardia civil”, en *Gaceta de Madrid*, nº 123, 3.05.1935, p. 976.

<sup>253</sup> *Gaceta de Madrid*, nº 171, 20.06.1935, p. 2318.

también serían los gobernadores civiles quienes deberían cursarlas, emitiendo un informe que se uniría al del jefe de la Comandancia. La Inspección General de la Guardia Civil debería enviar al ministerio la resolución de este tipo de expedientes y se encargaría de realizar una estadística por provincias para facilitar las consultas de antecedentes para las decisiones futuras. Este tipo de medidas reforzaba el papel de los gobernadores civiles en el diseño de las políticas de orden público, permitiendo que participasen en el reparto de servicios también en lo relativo a la Guardia Civil, al tiempo que intentaba subordinar de nuevo la Inspección General a Gobernación, al menos en la práctica.<sup>254</sup>

En relación con los gobernadores civiles y con el objetivo de salvaguardar “el prestigio de las Autoridades gubernativas, que es el del Poder público”, a finales de mayo vio la luz un decreto que derogaba aquel que había aprobado la dictadura de Primo de Rivera en septiembre de 1924, y que regulaba la posibilidad de que funcionarios y particulares cuya intervención diese lugar a una multa administrativa que sancionase una conducta merecedora de la misma, se quedase con una tercera parte de ella. El decreto aclaraba que esto se refería únicamente a los particulares que actuasen como denunciantes, ya fuese por “sentimiento de ciudadanía” o por propio interés, pero nunca a la propia autoridad que tenía que encargarse de imponer la sanción, pues esta no podía ser juez y parte ni debía dar razones a la “maledicencia” que pudiesen dar a entender que la decisión o no era justa o se debía a “egoístas estímulos”. El nuevo decreto especificaba que tanto el director general de Seguridad como los gobernadores civiles no podrían quedarse en ningún caso con un porcentaje de las multas que impusiesen.<sup>255</sup>

Quienes sí podían recibir compensaciones y gratificaciones por el correcto desempeño de su labor eran los agentes de los diversos cuerpos policiales. Como había dejado claro en la entrevista publicada por *Blanco y Negro*, Portela consideraba una prioridad que los agentes se sintiesen respaldados y que vieran reconocido su trabajo, por lo que intensificó la concesión de este tipo de méritos, materiales y pecuniarios, pero también simbólicos. A pesar de los recortes presupuestarios, a lo largo de su

---

<sup>254</sup> *Gaceta de Madrid*, nº 211, 30.07.1935, pp. 975-976.

<sup>255</sup> *Ibidem*, nº 152, 1.06.1935, p. 1857 y nº 153, 2.06.1935, p. 1890.

mandato se aprobaron los premios de efectividad a jefes y oficiales de la Guardia Civil correspondientes y un buen número de agentes fue recompensado por su actuación adecuada y su papel en la detención de delincuentes o terroristas especialmente buscados. Para aumentar la sensación de reconocimiento, estas entregas recibían toda la atención de la prensa. Así, por ejemplo, los periódicos dedicaron una intensa cobertura durante el mes de agosto a la entrega, en nombre del ministro, de “una merecida gratificación” a los agentes que persiguieron y detuvieron a los atracadores de la calle del General Lacy: quinientas pesetas al carabinero Alejandro Riquelme y mil a otros dos agentes que habían resultado heridos. Quinientas pesetas recibieron también quienes atraparon a los atracadores de Vallecas y a los responsables del “robo de Pamplona”, dos de los casos más comentados durante el verano de 1935. En otras ocasiones el premio en metálico se sustituía por la entrega de algún obsequio, como los relojes de oro que Portela en persona entregó a los guardias civiles que resolvieron el atraco de Hospitalet, unos relojes que simbolizaban la gratitud del cuerpo y de la sociedad a sus agentes, “un recuerdo de gratitud perpetuo, que pase de padres a hijos, que se conserva con orgullo, que robustece la fuerza moral y hace redoblar el esfuerzo y el celo por quedar bien.”<sup>256</sup>

Pero de todas las medidas referidas a los agentes de orden público, la más conflictiva por las lecturas políticas que desató fue la decisión de reincorporar a los cuerpos de seguridad del Estado a la mayor parte de los policías dependientes de la Generalitat que habían sido apartados del servicio tras la insurrección de octubre. Al haber recuperado la administración central el control de esta competencia, su readmisión no los llevaba de vuelta a la Policía autonómica, que dejaba de existir, sino que los incorporaba a los cuerpos de Vigilancia y Seguridad. “Los *scamots* quieren ingresar en la Policía. Pero, ¿se puede ser a un tiempo pájaro y escopeta?”, se preguntaba el semanario satírico de derechas *Gracia y Justicia*. Esa desconfianza hacia los expolicías autonómicos y el convencimiento de que no debían ser reincorporados, sino que tendrían que ser apartados para siempre e incluso juzgados y condenados por rebelión, era la posición predominante en los sectores de derecha, tanto en la CEDA

---

<sup>256</sup> Premios de efectividad, en *Gaceta de Madrid*, nº 201, 20.07.1935, pp. 726-727; atracos de Pamplona y Vallecas, en *El Sol* y *El Heraldo*, agosto de 1935; los relojes, en *Revista Técnica de la Guardia Civil*, nº 304, junio de 1935.

como entre los agrarios. Por no hablar de Calvo Sotelo, con quien Portela mantuvo un agrio enfrentamiento en el parlamento a causa de este tema, que recordaba así en sus memorias:

En las Cortes, a más del proyecto de Ley sobre la Prensa, que yo no debía apadrinar ni podía combatir, vine a un recio encuentro con el señor Calvo Sotelo a propósito de un pleito interno del Cuerpo de Vigilancia. No quería este que ingresaran en él los policía de la Generalidad, y antes que yo llegara a tomar decisión, molestos los de Barcelona por la disciplina y trabajo que les había impuesto, formaron asonada, llegando a declarada rebeldía. Calvo Sotelo defendió esta actitud indefendible y de paso combatió el sentido catalán como contrario al espíritu español, acudiendo a todas las minucias de carácter personal para herirme. No podía acompañarle el éxito si desde mi sólida posición le trataba con superior ironía. Malhumorado y nervioso abandonó el salón de sesiones, rompiendo las notas que había tomado para rectificar.

Con los policías rebeldes utilicé el reglamento del cuerpo condenando, con los previos informes de cajón, a unos ochenta y tantos a perder la carrera. Luego, ante sus lamentaciones y su sumisión, atendí sus recursos y alcé la severa condena a casi todos ellos.

Al Consejo de Ministros di cuenta de las dos resoluciones; de la primera nada dijeron, aunque no faltaron ganas; por la segunda me felicitaron.<sup>257</sup>

El 13 de julio de 1935, la *Gaceta* publicaba un decreto de Gobernación en el que se daba cuenta de cómo el ministerio había tomado la “penosa decisión” de separar a setenta y cuatro funcionarios del Cuerpo de Vigilancia tras escuchar el informe de la Junta Superior de la Policía. La medida se tomaba, de manera excepcional, por temor a que la situación de “anormalidad e indisciplina” que habían iniciado pudieran tener consecuencias negativas para el orden público. Sin embargo, la resolución llevaba aparejada la preocupación de que, al menos en algunos casos, fuese demasiado rigurosa. Según los prolegómenos de este decreto, tomar esta decisión supuso enfrentar dos consideraciones, la del bien común y la de la necesaria justicia del caso individual. En el primer momento vencieron las “consideraciones de salud común, la necesidad de defender el Poder Público y su prestigio mediante una ejemplaridad salvadora” y por eso se tomó la decisión excepcional de apartar a dichos funcionarios “como medida de

---

<sup>257</sup> La cita de los *scamots*, en *Gracia y Justicia*, nº 181, 3.05.1935, p. 9. El enfrentamiento con Calvo Sotelo, en PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias...*, op. cit., p. 148.

Gobierno que devolviera al Cuerpo de Vigilancia aquella lealtad e íntegra devoción a sus superiores que deben ser su característica, que constituyen su honor y que son, en definitiva, la razón de su existencia”. Pero una vez que se había normalizado la situación en el seno del cuerpo y que todos los elementos hacían gala de la sumisión y respeto al poder que exigía su puesto, el ministro consideraba que lo más conveniente para el bien público era, en cambio, examinar cada caso de manera individual y reconsiderar o reafirmar la separación de cada funcionario apartado. Una resolución ejemplar por el bien común no podía ser lesiva para los derechos individuales de los implicados y una vez que la situación estaba bajo control, para actuar con justicia no podía hacerse otra cosa. El decreto autorizaba a Portela a que procediese a revisar cada uno de los expedientes en el plazo de treinta días, “manteniendo las separaciones que estime procedentes y dejando sin efecto o imponiendo menos duras sanciones en aquellos en que estime que no debe subsistir”. Antes de que terminase agosto había resuelto todos los casos, decidiendo en prácticamente todos la reincorporación al servicio de los implicados, una reincorporación que en septiembre ya se había materializado.<sup>258</sup>

Con esta batería de medidas y decisiones el equipo de Gobernación encabezado por Portela devolvía una buena parte del terreno perdido al sector civilista, apuntalando el poder y las competencias de la administración civil. Y caminando hacia la normalidad en Cataluña también en este aspecto, intentando cuidar el trato hacia los agentes con el objetivo de fortalecer de este modo su lealtad republicana.

#### **6.4 El control de la calle: permiso y desarrollo de actos políticos**

¡No nos gusta usted! No; no nos gusta usted, señor Portela Valladares. ¿Para qué le vamos a engañar? No es nuestro tipo. Por más que se ahueque usted la cabellera y nos ponga gesto de lord corregidor con peluca, no logrará convencernos. Representa usted todo lo contrario a nosotros, que somos la juventud —¡Jap! ¡Jap! ¡Hurra...!— y la esperanza de la Patria. Podrá usted perseguirnos, podrá usted odiarnos; pero no conseguirá atraernos. Le tenemos atravesado. ¿Que se sienta usted en los Consejos al lado de nuestro Jefe? ¿Bueno, y qué? Nadie puede obligarnos a decir que nos es usted

---

<sup>258</sup> *Gaceta de Madrid*, nº 194, 13.07.1935, pp. 473-474. *Gaceta de Madrid*, nº 213, 1.08.1935, pp. 1073-1074.

simpático ni que nos agrada su presencia en el Gobierno. Nuestras políticas son incompatibles. Usted abre las Casas del Pueblo, y de las Casas del Pueblo vienen los tiros contra nosotros.<sup>259</sup>

Con estas palabras burlonas reflejaba *Gracia y Justicia* la aversión que las Juventudes de Acción Popular, las JAP, sentían hacia Portela por su decisión de ir reabriendo las casas del pueblo que permanecían clausuradas desde octubre de 1934 y por su disposición de permitir mítines y actos públicos de partidos de todo el arco ideológico si cumplían con las normas de seguridad establecidas. Unas normas entre las que se incluía un control exhaustivo de armas, que se requisaban día sí y día también, para mayor enfado de los jóvenes japistas y falangistas, quienes se sentían maltratados por las políticas portelistas frente a los izquierdistas, a los que, en su opinión, protegía y privilegiaba.

Tras levantarse el estado de guerra a mediados de abril, los locales obreros fueron recibiendo poco a poco su correspondiente autorización de reapertura. También se multiplicaron los actos socialistas y republicanos, e incluso se permitía su retransmisión radiofónica. Así, el mitin que ofreció Azaña en Bilbao pudo seguirse en numerosos círculos de izquierda que pidieron y recibieron permiso para colocar altavoces a tal efecto. Según justificaba Portela en sus memorias, “conforme me sentía más firme y autorizado en mi cargo, extendía a las izquierdas las mismas amplitudes de propaganda que disfrutaban las derechas”. Aunque como era consciente de que “sólo por forzada condescendencia se había transigido” con su permanencia en Gobernación, intentó controlar sus movimientos para no “dejarse coger en ligeras actuaciones que comprometieran mi posición y mi labor dentro del ministerio”. Por ello y a pesar de los requerimientos recibidos y la petición expresa de Zugazagoitia, esta oleada de aperturas y nuevos permisos no incluyó la reaparición de *El Socialista*, que no volvería a la calle hasta el 18 de diciembre, recién iniciado el primer gobierno Portela.<sup>260</sup>

Sí pudo cumplir, en cambio, su compromiso con Fernando de los Ríos y restituir al Ateneo su junta reglamentaria. Y el 30 de mayo levantó la sanción a todos los centros de la UGT de una provincia tan conflictiva como la de Zaragoza para mayor ira de los

---

<sup>259</sup> *Gracia y Justicia*, nº 182, 15.06.1935, p. 5.

<sup>260</sup> PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias...*, op. cit., p. 147.

jóvenes derechistas, que consideraban que con estas medidas se daba barra libre a los desmanes de la izquierda. Una opinión que, sin embargo, no compartían los presuntos beneficiados, especialmente los anarquistas. Los pocos líderes que no habían terminado en la cárcel a consecuencia de la insurrección de octubre vivieron esos meses de 1935 con un policía pegado a sus talones y sus visitas a comisaría en calidad de detenidos fueron una constante. Todo ello contribuyó a debilitar aún más a estas organizaciones. Cansados del asedio, algunos de sus activistas decidieron retirarse, caso del doctor A. M. Alcrudo, propagandista habitual de la prensa libertaria, que publicó una carta en *La Voz de Aragón* para dejar constancia de su abandono y evitar así el acoso policial:

Ante tantas deportaciones y encarcelamientos que he sufrido de una manera sistemática y... [censurado]... la fuerza física y moral para aguantarlas se agota. Forzosamente, pues, al no haber otro medio para que se reconociera oficialmente mi nula importancia en los medios confederales y cesara la persecución, hube de solicitar oficialmente de la Dirección General de Seguridad la retirada de mi ficha comisarial, con las condiciones precisas, exigidas, de renunciar a toda lucha sindical o política. No han sido otros los motivos que me han forzado a retirarme a la vida privada. Debo a la CNT la enseñanza de virtudes ejemplares inolvidables. Me retiro con dolor infinito, con sentimiento de no ser capaz de emularlas con tesón y valentía. Me siento agotado y me jubilo... eso es todo.<sup>261</sup>

El objetivo de estas actuaciones era recuperar poco a poco “la normalidad y la natural vida pública democrática”, controlando la calle y evitando las confrontaciones violentas entre quienes se consideraban enemigos políticos entre sí. Para ello, la cadena de mando de Gobernación se ponía en marcha a través de las fuerzas de seguridad, pero también con la participación especial de los gobiernos civiles. Desde la visión política portelista, hija de la Restauración y que como tal conservaba su perspectiva elitista y su apego a las ventajas de las relaciones personales, resultaba fundamental mover este tipo de hilos para intentar garantizar el desarrollo pacífico de los actos de propaganda partidista. Se consideraba que la cercanía del gobernador civil a la realidad en la que se podía producir el conflicto y sus contactos con los implicados, especialmente en ciudades pequeñas, suponía una ventaja que había que aprovechar.

---

<sup>261</sup> *La Voz de Aragón*, 28.08.1935, citada en MONTAÑÉS, Enrique: *Anarcosindicalismo y cambio político...*, op. cit., pp. 118-119.

Un ejemplo ilustrativo de este modo de actuar fue lo sucedido en Ourense, donde el Partido Socialista decidió celebrar un mitin en la primavera de 1935. Tras conseguir permiso de la autoridad gubernativa, comenzó a publicitarlo con efusión. Al conocer la convocatoria los falangistas ourensanos decidieron entorpecer su desarrollo y estropear todo lo posible el día festivo planeado por los socialistas. Pertrechados de chapapote y pintura roja, pretendían llenar de carteles “contra los marxistas” las entradas y salidas de la ciudad, y de yugos y flechas los muros y fachadas de los alrededores del Teatro Principal, donde hablarían sus rivales. El gobernador civil, Simeón Ibars Aresté, temeroso de que los falangistas intentasen reventar el acto y se produjese una batalla campal, convocó en su despacho a Fernando Meleiro, líder local de Falange, para mantener una entrevista con él el día anterior a la celebración del mitin. Una entrevista que Meleiro relataba con detalle en sus memorias:

Habló de mil cosas baladíes antes de entrar en materia. Diríase que le costaba gran trabajo ir al grano y se hartaba de rodeos. Al fin se decidió; me aseguró que para él el orden público era una cosa muy importante y que por nada quisiera verlo turbado en su jurisdicción. Me recordó los favores que nos había hecho y lo mucho que podríamos necesitar de él andando el tiempo, para terminar recordándome que al día siguiente se celebraría el mitin socialista anunciado, el cual había autorizado, y que necesitaba nuestra neutralidad y benevolencia. Ante mis protestas de que se trataba de fuerzas internacionales antiespañolas, inspiradas y aun regidas desde el extranjero, que en octubre se habían sublevado contra el Estado que él representaba, contra su propio concepto del orden público y de la moral, de la independencia y de la unidad de la Patria (...) me confesó que la autorización le había sido impuesta de Madrid, lo cual debía constituir a mis ojos una nueva razón para concederle lo que de mí solicitaba. Que comprendiese que el acto había de celebrarse, aunque fuese protegido por la fuerza pública; pero que me llamaba para que nosotros no hiciésemos nada contra la celebración, como favor a él, al Gobernador, o mejor, al señor Ibars, pues se consideraba con méritos suficientes para poder pedirnoslo. Que le dijese las condiciones que imponíamos para que pudiera celebrarse sin complicaciones ni disturbios.

Le respondí que, en efecto, estábamos muy agradecidos a su trato, predominantemente paternal, con que nos había distinguido y que, en honor a él, le prometía nuestra inhibición en los actos del día siguiente si estos se reducían a la reunión anunciada en el teatro Principal, sin manifestaciones callejeras ni a la entrada ni a la salida, sin desfiles, sin banderas, sin la hoz y el martillo a todo pasto, como acostumbraban, ni puños en alto. Si suprimen los alaridos insultantes, los vivas a Rusia, los conceptos, alusiones o



expresiones ofensivas en sus discursos y carteles. En ese caso le prometía que no ocurriría nada. No podía ordenar a los camaradas que al sentirse ofendidos, ya estuviesen solos, ya en grupo, no respondiesen como solían hacerlo y como era su deber primordial, sin pararse mucho a examinar las consecuencias; y con cualquiera de esas cosas se nos ofende.<sup>262</sup>

Tras la entrevista, Meleiro comunicó a los suyos la petición de Ibars y el acuerdo al que habían llegado. Sus compañeros aceptaron el pacto y en esa misma reunión decidieron cumplir su palabra y reducir sus actividades de incordio a los socialistas, aunque estirando al máximo la letra pequeña. Como habían acordado inhibirse el día del mitin aprovecharon la noche anterior, que entendían que no formaba parte del tiempo de tregua, para hacer las pintadas previstas en las afueras de la ciudad, objetivo que consiguieron a pesar de las patrullas de socialistas que vigilaban las calles para impedir sabotajes. Envalentonados, incluso dejaron su firma en la Plaza Mayor, aunque, en atención al gobernador, desecharon el yugo y las flechas y lo sustituyeron por un “¡Arriba, España!”. Entonces se dispusieron a respetar la tregua. Eso sí, mientras sus enemigos hiciesen lo mismo. Preparados para responder inmediatamente si los socialistas rompían su parte del trato, se dividieron en grupos para hacer guardia en las inmediaciones del teatro. Pendientes unos de otros, ninguno fue el primero en quebrar la promesa, así que nadie tuvo que responder. Y el día transcurrió sin que estallase el conflicto. La cadena de gestión preventiva que había arrancado con una llamada del ministro de Gobernación al gobernador civil veía cumplido su objetivo.<sup>263</sup>

Sin embargo, la mezcla de vigilancia policial y contactos no siempre funcionaba. La primera semana de junio, por ejemplo, el gobierno civil decidió la suspensión de una concentración de la JAP en la Mota después de que las juventudes de la CEDA y las socialistas protagonizaran un grave altercado. Y no fue el único suceso de esas características que se produjo durante ese fin de semana, en el que enfrentamientos y actos suspendidos por riesgo de peleas y actos de violencia fueron una constante.<sup>264</sup>

---

<sup>262</sup> MELEIRO, Fernando: *Anecdotario de la Falange de Orense*. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1957, pp. 69-70.

<sup>263</sup> *Ibidem*, pp. 68-72.

<sup>264</sup> *El Sol*, 6.06.1935, p. 3.

Y de pronto, tras un mes de aperturas de casas del pueblo y de que los mítines volviesen a ser habituales, el 8 de junio los lectores de los diarios se encontraron con una decisión inesperada: el ministro de Gobernación había propuesto la suspensión de todos los actos públicos de propaganda política. Apenas diez días después del multitudinario mitin de Azaña en Valencia, presentado desde el gobierno como una muestra evidente del regreso a la normalidad democrática, y con la previsión a finales de mes de otra concentración similar en el mismo escenario, pero protagonizada por Gil Robles, se prohibían los actos de todos los partidos. La decisión fue recibida con disgusto y reproche, aunque con una lectura muy diferente según la posición ideológica. Los monárquicos culpaban a “las izquierdas”, es decir, a todas las fuerzas políticas colocadas a la izquierda de los partidos del gobierno. Según estos, había sido el regreso de la propaganda de aquellas a partir de abril lo que había traído de nuevo los desmanes, gracias a los cuales ahora todos habían sido castigados. Los republicanos y socialistas, por su parte, entendieron la suspensión como un retroceso en las libertades que convertía en espejismo los avances de los dos últimos meses. Un ejercicio brutal de censura del que culpaban a los monárquicos, causantes de los principales altercados y siempre provocadores, y que hacía aún más necesaria la convocatoria de elecciones.<sup>265</sup>

La prensa liberal, que hasta entonces se había mostrado crítica con la CEDA pero favorable a Portela, rechazó en su mayoría la medida. El *Heraldo de Madrid* fue especialmente crítico y en un editorial de titular harto expresivo, “No hay más terapéutica que la libertad”, arremetió contra los gestos de paternalismo y benevolencia del gobierno, reclamando el final de esta vía del medio que suponía ataduras de seda, pero ataduras al fin y al cabo. Castigo o libertad, reclamaba, pero mejor libertad, una vuelta real a la normalidad que asumiese al ciudadano como un ser racional y maduro y no como una masa infantil a la que había que tutelar. *El Sol*, en cambio, no mantuvo una postura homogénea y mientras algunas de sus firmas se manifestaron en la línea del *Heraldo*, en sus editoriales se erigió como defensor de Portela, al que señalaba como el invitado incómodo en la fiesta de la CEDA.

---

<sup>265</sup> *Heraldo de Madrid*, *El Sol* y *ABC*, 8.06.1935 a 11.06.1935. VIDARTE, Juan Simeón: *El bienio negro...*, op. cit., pp. 442-443.

Durante la segunda semana de junio, momento en que se aprobó esta medida, el enfrentamiento de Portela y Gil Robles vivió uno de sus momentos más tensos, con el control de orden público como objeto de disputa y una fuerte presión en contra del ministro de Gobernación por parte del partido derechista. Aunque esta relación conflictiva precisa un apartado propio para su relato, es importante tenerla en cuenta para comprender los acontecimientos de esta semana. En este punto se puede resumir en un torrente de rumores, alimentados por Gil Robles, que daban por hecho el traspaso de los servicios de orden público al ministerio de la Guerra, rumores que recibieron una respuesta enérgica de Portela a través de la prensa. En medio de esta batalla *El Sol* tomó partido por el ministro de Gobernación. El día 9, justo un día después del recado que Portela enviaba a su compañero de gabinete a través de los diarios y en plena discusión sobre la conveniencia o no de la suspensión de celebraciones propagandísticas, publicaba un editorial titulado “Maniobras derechistas”, en el que criticaba la proximidad de la mayoría parlamentaria de derechas con los sectores monárquicos más recalcitrantes. Una cercanía que los colocaba en conflicto entre sus inclinaciones políticas y sus obligaciones con el régimen, al que se debían una vez habían asumido su participación en él, incluso desempeñando posiciones de poder. Dicha crítica le servía como introducción a una defensa manifiesta del ministro de la Gobernación, al que esta mayoría de la Cámara señalaba “como un político de izquierda” simplemente “por su respeto al Derecho constituido”. Este respeto por la ley y su intento de devolver la normalidad a la vida política del país lo habían convertido en un obstáculo para “la maniobra lenta, pero implacable, por la que se van apoderando de todos los resortes del régimen quienes como enemigos suyos fueron a las elecciones”. De ahí venían todos los problemas.

El Sr. Portela Valladares constituye un obstáculo. ¿Para qué? El Sr. Portela no es un hombre de izquierdas; mucho menos un demagogo. Al contrario: es un político de tipo conservador, y que ha acreditado su energía e inteligencia en la defensa del orden público. Pero el orden público hoy en España tiene por contenido las instituciones políticas en la República democrática. Por eso no estima –contra la tesis de los monárquicos y muchos cedistas– que aquéllos defiendan “el orden” en sus propagandas. Y por eso también, al verse forzado a suspender los actos públicos anunciados, en lugar de limitarse a impedir que se celebren los de los partidos no gubernamentales,

extiende la prohibición a todos. En otro caso, la medida no hubiera sido democrática. A nuestro entender, los actos deben celebrarse. No hay nada serio que lo desaconseje si no es la maniobra que en este punto han llevado adelante las "derechas unidas". Pero en último caso, sólo una suspensión de carácter general –tal como se ha hecho– era correcta y democrática.<sup>266</sup>

La cuestión es que, en pleno choque con Gil Robles, Portela conseguía del gobierno del que ambos formaban parte el permiso para la suspensión general de todos los actos de propaganda política, incluidos los del partido de su compañero y rival. Un punto a favor del ministro de Gobernación en su guerra particular, que consiguió que Lerroux le comprase el argumento de que la medida respondía a la necesidad de calmar los ánimos tras los últimos enfrentamientos, pero que debía tener alcance general para no poner en riesgo la imagen de recuperación democrática por la que el gobierno estaba trabajando. ¿Qué mejor ejemplo de su compromiso democrático que la de tomar decisiones que prohibían los mítines de sus propios partidos en igualdad de condiciones que los demás?

Sus compañeros de la CEDA, en cambio, no fueron tan comprensivos y no dudaron en manifestar su desacuerdo con esta decisión en la prensa. En los días siguientes se vivió cierta confusión, pues ni siquiera los ministros parecían tener muy claro si la medida iría más allá del siguiente fin de semana. Y si, por un lado, su revocación no se trataba en consejo de ministros y por tanto seguía en vigor, por otra, los cedistas seguían preparando sus macromítines en Valencia y Medina del Campo, previstos para final de mes. Una postura acertada, puesto que cuando llegó la fecha reservada para ello, los actos públicos de propaganda volverían a estar permitidos y ambos se celebrarían en medio de una gran parafernalia y una asistencia generosa.<sup>267</sup>

La suspensión se revocó el 20 de junio, apenas diez días después de su aprobación y poco más de una semana antes de estas grandes concentraciones derechistas preparadas para responder al multitudinario acto de Mestalla. En estos diez días la lucha por el control de orden público se saldó con un mantenimiento del *status quo*, lo que suponía, en la práctica, una victoria momentánea para Gobernación y su postura civilista. En ese tiempo, además, se gestó un decreto cuyo contenido se centraba

---

<sup>266</sup> “Maniobras derechistas”, *El Sol*, 9.06.1935, p. 1.

<sup>267</sup> *Heraldo de Madrid*, *El Sol*, *ABC* y *La Vanguardia*, 11.06.1935 a 21.06.1935.

en uno de los motivos que más enfrentamientos provocaba entre las juventudes derechistas y socialistas: la guerra de símbolos, un recurso clásico para la movilización y la creación de identidades colectivas. Y es que, como señalaba Meleiro en sus memorias al relatar la tregua pactada con los socialistas a instancias del gobernador civil, la simple ostentación por parte de sus rivales de sus hoces y martillos hubiera sido interpretada por ellos como una afrenta, puesto que “con cualquiera de esas cosas se nos ofende”. Y por la misma razón, el respeto al pacto alcanzado les llevó a él y a sus compañeros a sustituir yugo y flechas en su pintada por un “¡Arriba España!” que, aun con cierta provocación, consideraba un símbolo compartido porque apelaba a la nación a la que todos pertenecían. Estos símbolos, por tanto, no eran meros signos externos sino que encarnaban materialmente los valores defendidos por cada cual, lo que hacía de ellos un arma arrojadiza o un elemento sagrado que proteger a muerte.<sup>268</sup>

Evitar esta guerra de símbolos era el fin último del “Decreto prohibiendo en la vía pública o lugares públicos, aunque sea individualmente, los distintivos, banderas, banderines y emblemas de propaganda política o social”, que fue publicado por la *Gaceta* el 23 de junio. En su preámbulo, la norma recordaba que cuando la Constitución hablaba de garantías políticas en su título III dejaba claro su doble carácter de derechos y deberes y por ello no podían utilizarse “para coartar o agredir estas mismas garantías en otros individuos”. También que mantener el orden público era, junto a la defensa de los derechos individuales, la función básica del Estado, un elemento primordial para el desarrollo de la sociedad y “sin el cual sufre y cesa todo derecho”. Con esta premisa justificaba la necesidad de encauzar las libertades ciudadanas para coordinarlas y para que los principios de orden y autoridad actuasen sobre ellas con el fin de salvarlas y fortificarlas. Una definición que ejemplificaba el paternalismo benevolente que el *Heraldo* achacaba a las políticas portelistas, impregnadas del elitismo heredado de la Restauración y de la convicción de que la ciudadanía todavía era demasiado inmadura para gobernarse a sí misma. Muy portelista era también la identificación de libertad y orden, así como la afirmación de que ambos debían ser atendidos y amparados por igual. El decreto describía la situación que buscaba atajar en estos términos:

---

<sup>268</sup> MELEIRO, Fernando: *Anecdotario de la Falange...*, op. cit., p. 70.

El ingenio, al servicio de extremadas banderías, frecuentemente disfraza como derecho actos que, por su naturaleza y sus efectos, significan un desafuero y un reto, convirtiendo la lícita exteriorización de sentimientos e ideas en propósitos de provocación subversiva, de incitación a la lucha civil, o de simple preparación revolucionaria. El Poder público tiene la obligación de prevenir estas amenazas de general perturbación, de evitar las colisiones y violencias, de alzarse e imponerse ante las masas de ciudadanos dispuestos a combatirse, asegurando el limpio ejercicio de los derechos políticos y manteniendo el orden dentro de la ley, para establecer sólidamente la paz de la República.<sup>269</sup>

Partiendo de estas premisas, el decreto se limitaba a tres artículos. El primero prohibía exhibir “en la vía pública o lugares públicos, aunque sea individualmente, los distintivos, banderas, banderines y emblemas de propaganda política o social” y “el uso individual o colectivo de prendas de vestir que signifiquen la formación de milicias o masas uniformadas”, dos medidas que tenían como destinatario especial a las formaciones juveniles de los partidos, en un intento de evitar su progresiva paramilitarización y la citada guerra de símbolos. Además, se prohibía pregonar la venta de publicaciones haciendo “provocativa propaganda”. Es decir, los vendedores callejeros de prensa no podrían repetir más que el nombre de la cabecera, ahorrándose todos los comentarios llamativos y exacerbados con los que buscaban la atención de los viandantes. También se impedía la celebración de todo tipo de concentraciones de apariencia lúdica, como reuniones deportivas o meriendas campestres, que sirvieran como excusa para encubrir manifestaciones políticas que no contasen con la preceptiva autorización gubernativa. Quedaba prohibido, asimismo, cualquier tipo de acto “que suponga agresión a la República, envuelva una provocación al desorden o perturbe el libre y pacífico ejercicio de los derechos individuales”.

El decreto pretendía limitar todos los elementos conflictivos para garantizar la celebración general de actos políticos. Pero, para que esto fuera posible, el gobierno consideraba necesario evitar que se produjesen enfrentamientos violentos como los que se habían vivido en los últimos tiempos. Los otros dos apartados hacían referencia a la forma de represión en caso de incumplimiento de esta norma. Así, el segundo de ellos especificaba los artículos de la ley de orden público que se les aplicarían a quienes la

---

<sup>269</sup> *Gaceta de Madrid*, nº 174, 23.06.1935, pp. 2381-2382.

quebrantasen, mientras que el tercero recordaba la obligación de los agentes de seguridad de encargarse de que las infracciones llegasen a los tribunales para que los implicados recibiesen la pena correspondiente según el código penal.

Dada la importancia que se le concedía a esta cuestión, dicho decreto no fue el único que se ocupó de banderas, estandartes y enseñas. Previamente, el 7 de junio, se había aprobado otra norma que regulaba el uso de este tipo de distintivos en edificios públicos. También en este caso se hacía hincapié en el preámbulo sobre el valor belicoso que otorgaban las asociaciones y grupos políticos a estos símbolos, criticando el empleo excesivo que de ellos se hacía y, sobre todo, su exhibición “con evidente signo combativo, como expresión de su ideología, para afirmar su desafección a la República o para proclamar sus propósitos de subversión del orden, cuando no de destrucción del régimen social existente”. Y es que, en su opinión:

Son estas banderas de lucha, de desafío, de provocación al desorden, que no pueden gozar la consideración de lícitas, y que al herir arraigados sentimientos públicos, originan por el simple hecho de exhibirse, la protesta y la perturbación a la que se refiere el Código penal.<sup>270</sup>

En su articulado el decreto establecía que en los edificios públicos era la bandera nacional la que debía ocupar una posición de privilegio, y solo podía estar acompañada de las respectivas enseñas regionales o locales mientras estuviesen subordinadas a ella. Se prohibían, en cambio, las banderas de carácter político y partidista, que sólo podrían colocarse con permiso especial del gobernador civil y dejando claro el superior rango de la tricolor republicana. Ambos decretos, por tanto, se encargaban de restar valor a los símbolos propios de las diferentes organizaciones, marcando su dependencia respecto a los de carácter nacional y tratando de impedir su uso como arma de choque, fomento de la violencia o menosprecio al sistema republicano.

Con el mismo fin de intentar desterrar la violencia de tintes políticos de la calle, también se promulgaron desde Gobernación una serie de medidas relativas al uso y venta de armas de fuego, que vieron la luz a partir del mes de julio. Ya en el mes de mayo se había aprobado un decreto que exigía tener la licencia correspondiente para

---

<sup>270</sup> *Ibidem*, nº 168, 7.06.1935, p. 1998. *Revista técnica de la Guardia Civil*, junio 1935.

comprar escopetas de caza, una cuestión que había cambiado del no al sí hasta cuatro veces en poco más de un año desde el reglamento de armas de 13 febrero de 1934, que establecía que dicha licencia no era necesaria. Además, el comprador estaba obligado a justificar que había adquirido su arma de manera legal, para lo que debía conseguir y conservar el correspondiente “vendí”. Tanto esta como las medidas que vinieron a continuación buscaban controlar la posesión de armas, limitando el acceso a ellas a través de la venta y vigilando su procedencia y traspaso para intentar desterrar su comercio clandestino.<sup>271</sup>

La primera de estas normas fue la “Orden modificando en la forma que se indican los artículos 110 y 111 del Reglamento de armas de 13 de Febrero de 1934”, que se refería a la venta de “pistolas y revólveres con dispositivo ametrallador o para adaptarlas culatín”, así como largas rayadas. Se les daba la consideración de armas de guerra y por tanto, se prohibía su compraventa en territorio nacional. Esta prohibición tenía una excepción: las largas rayadas podrían ser adquiridas por particulares que contasen con autorización previa de Guerra y también por los cuerpos y dependencias militares, en ambos casos siempre por “necesidades del servicio”. Salvo por esta excepción, el comercio se limitaba a la exportación. La orden especificaba, además, que los generales, jefes, oficiales y suboficiales en activo que tuviesen este tipo de armas o que desearan adquirirlas podrían guardarlas en el cuartel o en su domicilio, pero siempre “teniendo presente que en todo caso serán responsables del mal uso o extravío de las mismas”. De este modo se matizaba una orden del ministerio de Guerra del 11 de junio, semana de tira y afloja entre Gil Robles y Portela, con la que se había revocado la prohibición de venta que permanecía vigente desde 1905 para permitir que jefes y oficiales “que acrediten necesitar estas armas y municiones para fines de perfeccionamiento profesional” pudiesen adquirirlas. Si bien la nueva orden de Gobernación no anuló este permiso, insistía en la importancia de que se comprasen únicamente por razones de servicio, contando con autorización previa y recordando su responsabilidad en caso de pérdida o uso indebido.<sup>272</sup>

Para controlar quiénes tenían este tipo de armas se abrió un plazo de legalización

---

<sup>271</sup> *Revista Técnica de la Guardia Civil*, nº 304, junio 1935, p. 233.

<sup>272</sup> *Gaceta de Madrid*, nº 190, 09.07.1935. p. 339 y nº 208, p. 915.



para aquellos que las tenían “de buena fe”. El propietario debía presentarlas ante la Guardia Civil para su registro, donde se anotaba la marca y número de fabricación, el nombre del poseedor y el lugar en el que lo había adquirido. Durante esta campaña, dos datos llamaron la atención en el ministerio de Gobernación. La primera, el elevado número de armas presentadas en las que la marca o el número de fabricación habían sido borrados o alterados, lo que se entendía como una prueba de su adquisición por canales clandestinos. La segunda, los numerosos casos de extravíos que afectaban a este tipo de armas. La repetición de este fenómeno llevaba a desconfiar de su veracidad, entendiendo que en la mayoría de ocasiones los propietarios se habían desprendido de ellas “a favor de individuos que no se hallan dentro de la ley”, intentando contrarrestar las medidas anticlandestinidad. Por ello, Gobernación aprobó a finales de julio una orden por la que dejaron de legalizarse armas que careciesen de marca o número de fabricación, enviando las que se recibiesen en estas condiciones al Banco Oficial de Pruebas de Eibar para que fuesen numeradas de nuevo, añadiéndoles sus propias iniciales (B. O. P. E.) y corriendo los propietarios con los gastos originados. A quienes no desearan seguir estos trámites o transcurridos dos meses no hubiesen presentado su arma se les retiraría, encargándose la Guardia Civil de reducirla a chatarra. Finalizado el plazo, “la mera tenencia de arma en tales condiciones, aun cuando el dueño se halle en posesión de licencia”, sería considerada delito y objeto de multa. En cuanto a los extravíos, se estipulaba que todo propietario que perdiese o a quien robasen su arma sería multado si no lo ponía en conocimiento de la Guardia Civil en plazo y también si no demostraba, “de modo que no haya lugar a duda, que les han sido robadas, hurtadas o arrebatadas violentamente”.<sup>273</sup>

Las medidas relativas a este tipo de armas de fuego se completaron con la prohibición de enviarlas por correo, tanto enteras como por piezas. Una prohibición que también afectaba a las municiones y que buscaba evitar la circulación clandestina de armas que había aumentado desde que el ministerio de Comunicaciones había puesto en marcha un nuevo servicio de correos denominado paquete-muestra. Los encargados de fiscalizar el cumplimiento de esta orden serían los funcionarios dependientes de la

---

<sup>273</sup> “Orden relativa a la legalización, por las Intervenciones de armas de la Guardia civil, de armas cortas y largas rayadas”, en *Gaceta de Madrid*, nº 207, 26.07.1935, pp. 878-879.

Dirección General de Correos, que en caso de descubrir una infracción deberían dar cuenta a la Dirección General, que debería presentar “sin dilación alguna, la oportuna demanda ante los Tribunales de Justicia”. Con esta norma se completaba el abanico de disposiciones legales aprobadas durante el mandato de Portela en Gobernación que tenían por objetivo dificultar el acceso a las armas de fuego y evitar motivos de conflicto entre aquellos militantes de organizaciones políticas que entendían la calle como el mejor terreno donde resolver sus disputas. La presión y el control gubernativos sobre la posesión de armas se tradujeron en la segunda mitad de 1935 en un significativo descenso de la conflictividad sociopolítica, medida tanto en términos de enfrentamientos violentos en la calle como en número de detenidos.<sup>274</sup>

## **6. 5. De piedras y cántaros. La tensa relación entre Portela y Gil Robles**

El ministerio que se ha formado está constituido por tres indudables personalidades: el señor Lerroux, quien lo presidirá con su trabajada experiencia; el señor Portela y el señor Gil Robles. El resto es de complemento. En realidad, de verdad, sólo hay dos figuras notables: los señores Portela y Gil Robles, que serán, en definitiva, quienes matizarán este ministerio.<sup>275</sup>

Con estas palabras en su crónica diaria, Josep Pla señalaba a Portela y a Gil Robles como los dos pesos pesados del nuevo gobierno. Dos ministros de tendencia conservadora cuyas personalidades contaban con cualidades suficientes para sobresalir entre sus compañeros, pero muy diferentes entre sí, en sus formas y en su carácter, y que representaban perspectivas ideológicas e institucionales también divergentes. Si diferencias y temperamento aumentaban las posibilidades de que su convivencia en un mismo consejo derivase en una relación conflictiva y tensa, dos razones contribuían a ese riesgo de manera notable. En primer lugar, la cercanía de sus respectivos ministerios, Gobernación y Guerra. Dichos departamentos se ocupaban de terrenos muy próximos que hacían frecuente la intersección de competencias, especialmente en un

---

<sup>274</sup> *Gaceta de Madrid*, nº 181, 30.06.1935, p.2.564; PRADA RODRÍGUEZ, Julio: *De la agitación...* op. cit., pp. 74-78.

<sup>275</sup> PLA, Josep: *La Segunda República Española...*, op. cit. pp. 1410-1412.

momento en el que los conceptos de orden público y seguridad ciudadana se estaban redefiniendo, con la correspondiente pugna entre militaristas y civilistas. Además, la prolongación del estado de guerra y alarma en buena parte del territorio contribuía a que la separación de algunas de sus funciones resultase bastante difusa. Por todo ello era necesario e inevitable el contacto cotidiano de quienes desempeñasen estas carteras en aras de una colaboración que desenredase conflictos competenciales. Colaboración o conflicto, como en el caso concreto de Portela y Gil Robles, añadiendo un ingrediente explosivo más al fuego de una opinión mutua poco favorable.

El segundo elemento que contribuía a aumentar la tensión entre ambos era la propia historia de su relación, que contaba con un buen recorrido previo de tirantez. La opinión de Gil Robles respecto a Portela era ya negativa antes de compartir gobierno. Su partido se había mostrado reticente a sus nombramientos como gobernador general de Cataluña y como ministro, y se había visto obligado a transigir por la insistencia de Lerroux y porque, a su pesar, sus decisiones sobre orden público habían funcionado. El propio Gil Robles reconoció en sus memorias el éxito de Portela en este campo, lamentándose del crédito que eso le había otorgado: “Inmediatamente de ocupar el Ministerio, el orden público mejoró de un modo notable, lo que contribuyó no poco a reforzar el prestigio del político gallego y a preparar los tristes acontecimientos futuros”.<sup>276</sup>

Este reconocimiento no mejoró su percepción sobre su compañero de gabinete. Más bien al contrario, pues en su opinión la larga mano de la masonería, siempre en connivencia con la izquierda, tenía mucho que ver en este éxito. ¿Cómo explicar si no el trato favorable que dedicaba la prensa de izquierda a su labor, a pesar de que en ocasiones actuase con contundencia?, argumentaba. Pero este vínculo con la masonería y todo lo que Gil Robles imaginaba respecto a ella no era lo único que despreciaba de Portela, tampoco le gustaban sus formas, en ocasiones demasiado diplomáticas con todos, ni su gusto por las “componendas” propias de los liberales. Además, consideraba que estaba demasiado próximo a Alcalá Zamora, si bien no lo veía como un títere en sus manos, porque era el ministro, en su opinión, quien marcaba el paso. Desde su llegada a Gobernación se había dedicado “a halagar al presidente de la República”,

---

<sup>276</sup> GIL ROBLES, José María: *No fue posible...*, op. cit., p. 227.

convirtiéndose así en su “hombre de confianza”. Como un servicio presidencial interpretaba la visita que Portela le había hecho el 19 de abril, recién iniciadas las conversaciones con Lerroux para reconstruir la alianza radical-cedista:

Desplegando todas sus artes suasorias, procuró el señor Portela hacerme ver la conveniencia de no mostrarme demasiado exigente en cuanto al número de carteras, ya que podía darse por supuesto que el jefe del Estado accedería a formar un gobierno mayoritario. Era indudable que en el ánimo del señor Alcalá Zamora seguía dominando la idea de reducir cuanto pudiera nuestra influencia política. Una vez más hube de negarme a toda concesión, por estar convencido que el presidente resultaría derrotado en la contienda.<sup>277</sup>

Si la opinión de Gil Robles sobre él era negativa, tampoco la que tenía Portela de su persona resultaba demasiado favorable. Aunque no iba tan lejos como los socialistas, que consideraban su llegada al ministerio de la Guerra un síntoma de que las derechas estaban preparando un golpe de Estado, desconfiaba de su afán militarista y de sus progresivos movimientos para aumentar su poder y el de la CEDA. Medidas como su intento de recuperar los tribunales de honor o su intención de reformar la justicia militar le parecían especialmente perturbadoras. Y en justa correspondencia con el pensamiento que le dedicaba su rival, tampoco apreciaba sus formas y le desagradaba especialmente su permisividad, casi coqueteo inconsciente, con la violencia. En su opinión, “Gil Robles (...) ofrecía por toda historia un sentido de agresividad y de enconada lucha partidista, olvidándose de España y del Estado, y empequeñeciendo sus personales posibilidades”.<sup>278</sup>

Con estos antecedentes y opiniones respectivas, Portela y Gil Robles comenzaron su convivencia en el gobierno. Su primer encuentro a solas se produjo en una reunión celebrada en Galapagar, donde trataron sobre la necesidad de renovar ciertos cargos directivos de los cuerpos de Seguridad. El ministro de Gobernación no opuso resistencia a la sustitución de algunos de ellos, como el jefe superior de Policía, nombramientos que no había realizado él y a los que no concedió demasiado interés. Sí

---

<sup>277</sup> *Ibídem*, pp. 226-227.

<sup>278</sup> VIDARTE, Juan Simeón: *El bienio negro...*, op. cit., pp. 437-442; PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias...*, op. cit., p. 150; GIL ROBLES, José María: *No fue posible...*, op. cit., pp. 238 y 245-246.

defendió con intensidad a uno de sus intocables, el capitán Santiago, consiguiendo finalmente mantenerlo en su cargo. No resulta descabellado pensar que este intento de destitución fue una de las razones por las que Portela decidió poner la oficina de Información y Enlace directamente bajo su control, en previsión de futuras injerencias. Según relata en sus memorias, abandonó la reunión con la creencia de que “anunciábanse propósitos de invasión” en sus funciones, por lo que estaba obligado a comportarse con “todas las cautelas por ese lado”, evitando cualquier renuncio que pusiese en bandeja a sus rivales la posibilidad de forzar su salida del gobierno. Una tarea que no le resultaba fácil, pues:

Había que domeñar el deseo de decir las verdades y sufrir las destempladas acometidas que Gil Robles, con todo su prestigio, con cualquier pretexto y hasta sin pretexto, lanzaba contra quien intuía como un poder rival. Recuerdo que después de una de aquellas teatrales concentraciones de la C.E.D.A., creo que en Uclés, porque al entrar en Madrid los manifestantes con gritos y alboroto escucharon en respuesta unos vivas a la República, el ministro de Defensa se exaltó por teléfono, hablando de persecución y de tentativas de asesinato y declinando toda responsabilidad por la defensa de sus vidas que se verían obligados a hacer sus correligionarios. Y siempre asomaba el afán de hacer de mi Departamento una sucursal de su Ministerio.<sup>279</sup>

Esta invasión de competencias que Portela vislumbró en su primera reunión con Gil Robles fue *in crescendo* hasta que la segunda semana de junio estalló la primera crisis entre ambos, una crisis que además trascendió a la opinión pública. Durante los días anteriores se habían disparado los rumores de que los servicios de orden público iban a ser traspasados al ministerio de Guerra. Interpelado al respecto por un periodista durante su comparecencia habitual ante la prensa, Portela negó que se hubieran producido más movimientos de agentes policiales de lo habitual, señalando que era “la serpiente de mar que aparece todos los veranos”, fruto de “ocios periodísticos”. Ante la insistencia de los reporteros, el ministro negó de nuevo, esta vez de manera contundente:

---

<sup>279</sup> PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias...*, op. cit., p. 147.

El orden público soy yo, y mientras yo esté aquí dependerá de este ministerio. No quería hacer esta declaración; pero ya que usted me obliga a ello –dijo dirigiéndose al reportero– he de decirle lo siguiente: Mientras yo esté aquí, si el cántaro da contra la piedra siempre se romperá el cántaro. El reportero preguntó:

– ¿Y la piedra será muy resistente?

El Sr. Portela contestó:

– Del porvenir, nadie puede estar seguro.<sup>280</sup>

La frase fue recogida por todos los diarios y la identificación de la piedra Portela y el cántaro Gil Robles dio juego a caricaturistas y articulistas de opinión durante todo el mes. Estas declaraciones coincidieron en el tiempo, como ya se ha relatado, con la decisión de Portela de suspender los actos públicos de propaganda de todos los partidos políticos. También, según algunos diarios republicanos, con la ofensiva de la derecha monárquica y de buena parte de la CEDA, con Gil Robles a la cabeza, contra Portela. Una idea que, por ejemplo, defendió *El Sol* en aquel editorial titulado “Maniobras derechistas” y que también compartía *El Liberal*, que el mismo día 9 publicó un artículo mucho más duro: “El complot político que hemos denunciado”. En su texto justificaba semejante título entre otras cosas con unas supuestas declaraciones de Gil Robles publicadas en *JAP*, órgano de expresión de las Juventudes de Acción Popular, el día anterior:

¡Ministro de la Gobernación! La técnica de que hizo usted alarde para encastillarse en la cartera, ha fracasado. Mientras se abren las Casas del pueblo y se extreman las atenciones con los criminales responsables de esta Revolución, los hombres de Acción Popular en Madrid y en Novallas caen asesinados por la espalda por hordas de criminales que en la lenidad de su política de orden público, encuentran alientos para el crimen. Cuando fracasa una “técnica” y no se representa fuerza alguna del país, el decoro político y la delicadeza deben encontrar la única solución posible. ¿Está claro?<sup>281</sup>

También el diario *La Libertad* del 9 de junio se manifestó airadamente contra el artículo de *JAP*, al que acusó de ser “todo él una diatriba contra el Sr. Portela

---

<sup>280</sup> La cita textual, en *Heraldo de Madrid*, 8.06.1935, p. 1. También recogieron estas declaraciones otros diarios. Véase, por ejemplo, *El Sol*, 9.06.1935, p. 1; *La Vanguardia*, 9.06.1935, p. 24.

<sup>281</sup> *El Liberal*, 9.06.1935, p.1.

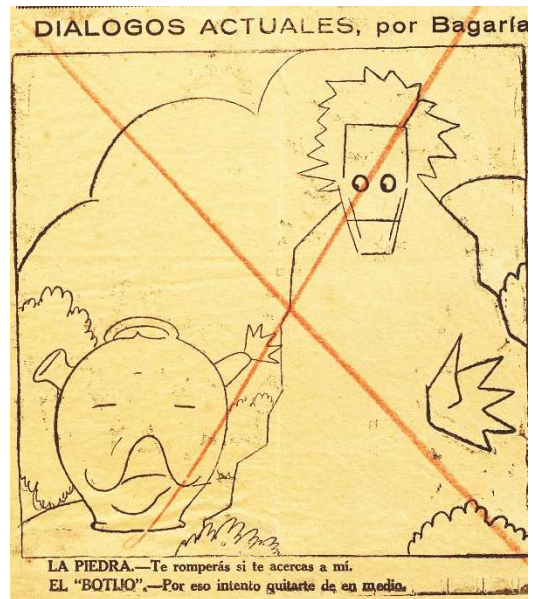
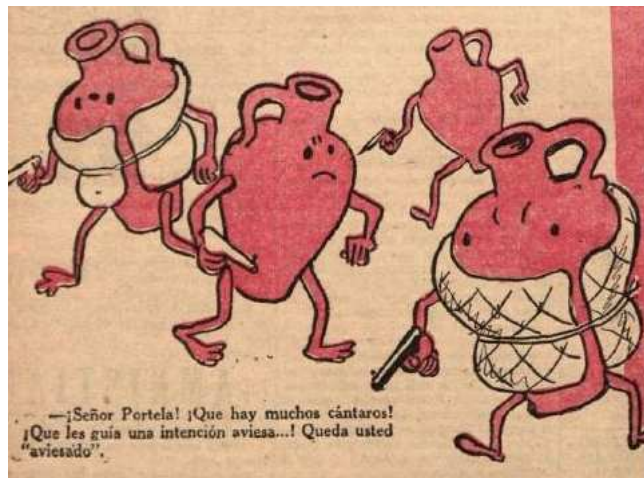
Valladares”. En su respuesta exigía al gobierno que reaccionase, pues consideraban que no se podía consentir que el ministro de Gobernación de la República fuese “menospreciado y agraviado con la ruindad” que había utilizado contra él la publicación japista.<sup>282</sup>

Ante la tormenta desatada en la prensa republicana y liberal, la respuesta de Gil Robles fue negar los rumores de traspaso de los servicios de orden público a su departamento, insistiendo en que dicho tema no se había tratado ni en consejo de ministros ni en conversaciones particulares. Según él, tanto este bulo como aquellos dimes y diretes que le atribuían los preparativos de un golpe de Estado no eran más que “la burda maniobra de unos cuantos profesionales de la insidia, que quieren a todo trance sembrar recelos y desconfianza con el fin de quebrantar al Gobierno”. Un gobierno en el que “sin perjuicio de la peculiar significación doctrinal de sus componentes hay una compenetración absoluta en toda la actuación gubernamental y muy especialmente en lo referente al orden público”. De este modo Portela salvó el primer escollo derivado de su relación con Gil Robles y consiguió mantener, al menos por el momento, los servicios de orden público bajo su control. La piedra ganaba al cántaro el primer asalto.<sup>283</sup>

---

<sup>282</sup> *La Libertad*, 9.06.1935, p. 1.

<sup>283</sup> *El Debate*, 10.06.1935, p. 1.



*Gracia y Justicia*, 15 de junio de 1935, páginas 1 y 6; *Gracia y Justicia*, 29 de junio de 1935, página 6; *El Sol* 9 de junio de 1935, página 1.



La siguiente fricción no se hizo esperar demasiado y vino provocada por otro de los temas en los que la perspectiva de Portela y de Gil Robles no podía estar más alejada: la situación de Cataluña. Su desacuerdo se manifestó en dos cuestiones. La primera, la discusión sobre la situación de los policías nombrados por la Generalitat. Mientras Portela era partidario de su readmisión, estudiando su situación caso por caso, pero reintegrándolos en la medida de lo posible en sus puestos, Gil Robles defendía su expulsión definitiva de los cuerpos de Seguridad. En esta ocasión se impuso el criterio del líder de la CEDA, si bien con el matiz de que la expulsión no fue definitiva, simplemente se mantuvo su suspensión. Con el paso de los meses, como ya se ha explicado, Gobernación revisó los expedientes de un buen número de estos agentes, la mayor parte de los cuales fue readmitido y devuelto a su puesto.

El otro punto de desacuerdo entre los ministros relacionado con Cataluña se derivó de su situación de orden público. Las fuerzas de Seguridad se habían apuntado varios tantos a lo largo del mes de junio, como la detención durante los primeros días del “famoso agitador Salvador San Segundo”, o la localización de un depósito de armas y municiones. Pero si bien se produjo un descenso de los sucesos violentos callejeros de origen político, no sucedió lo mismo con los delitos comunes y, de repente, se multiplicó el número de atracos. Además, el 28 de junio se produjo un nuevo incendio de tranvías, con un tren abandonado sin frenos que terminó estrellándose contra el edificio de Telefónica. Este hecho, producido en medio de una nueva oleada de conflictos, provocó la inquietud del gobierno. Lerroux se reunió de urgencia con sus ministros de Gobernación y Guerra y de nuevo fue la opinión de Gil Robles la que prevaleció: había que declarar el estado de guerra en Barcelona y su provincia. Para ello, el presidente convocó inmediatamente un consejo en el que, además de aprobarlo, se decidió que los dos ministros viajasen a la ciudad catalana para supervisar las medidas adoptadas, valorar la situación y transmitir una sensación de calma y control por parte del gobierno, pese a que para reafirmar su autoridad había recurrido una vez más a la jurisdicción militar. Esa misma razón, la vigencia del estado de guerra, dejaba al mando de la delegación ministerial a Gil Robles.

Fue un viaje rápido. Al día siguiente el publicitado mitin multitudinario de Valencia esperaba al ministro de Guerra, por lo que este sugirió que se trasladasen en avión. El programa de la visita se compuso simplemente de una serie de reuniones con el capitán general de la Cuarta División, el gobernador general y los jefes de Policía, Seguridad y Guardia Civil. En sus declaraciones a la prensa, Gil Robles se limitó a decir que el estado de guerra se había aprobado para luchar contra la delincuencia común, que estaba todo en orden y que en principio no se preveían cambios en los puestos de seguridad. Portela, ajustándose a su papel de acompañante a la par que anfitrión, se sumó a sus palabras con un discreto pero expresivo “suscribo todo lo dicho por el ministro de la Guerra, que es el que manda”. El viaje terminó con un almuerzo que el conde de Brías ofreció en su casa del Paseo de Gracia a su compañero ministro y a los gobernadores militar y general de Cataluña. Educación y buenas formas ante todo.<sup>284</sup>

Además de este viaje, compartieron otro a Salamanca porque la ciudad realizaba un doble acto de homenaje: por una parte, el reconocimiento a su diputado y líder de la CEDA; por otra, la entrega de una bandera por suscripción popular de todos los municipios de la provincia al tercio de la Guardia Civil. Ambos viajes parecían haber contribuido a limar asperezas entre los dos ministros, pero lo cierto es que la tirantez se mantuvo lo largo del tiempo. Frente a un Portela que no dedicó demasiado espacio a estos desencuentros en sus memorias, Gil Robles lo recordó con profusión y sin escatimar adjetivos. Su conclusión era rotunda:

El señor Portela y yo no podíamos convivir en el seno de un mismo gobierno. De esta lucha sorda, que llegó a trascender al público, se derivó la esterilidad de la labor gubernativa en muchos aspectos. Conocido el carácter sinuoso del señor Portela, vigilaba yo con exquisito cuidado sus actividades, examinaba con desconfianza, muchas veces impertinente, las propuestas que llevaba al Consejo y combatía sin reserva la mayor parte de sus decretos.<sup>285</sup>

Por ello, sus divergencias “fueron constantes y en algún momento llegaron a ser violentas”, estallando incluso durante la celebración de alguna reunión del consejo de

---

<sup>284</sup> *El Sol*, 29.06.1935, p. 4 y 30.06.1935, pp. 1 y 4; *La Vanguardia*, 29.06.1935, p. 23 y 30.06.1935, p. 20; GIL ROBLES, José María: *No fue posible...*, op. cit., pp. 276-279.

<sup>285</sup> *Revista técnica de la Guardia Civil*, nº 306, agosto de 1935, p. 323; PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias...*, op. cit., GIL ROBLES, José María: *No fue posible...*, op. cit., pp. 285-286.

ministros. El último encontronazo que protagonizaron como compañeros de gobierno tuvo como tema aquel que más los enfrentó, es decir, la organización de los servicios de orden público, y se produjo durante el consejo del 12 de septiembre de 1935, apenas dos semanas antes de que dejaran de compartir gabinete. En él Portela presentó una propuesta de coordinación de servicios de orden público que fue bien recibida, en general, por sus compañeros. Tan sólo Gil Robles presentó una enmienda al proyecto, en la que se aceptaba la coordinación previa militarización de todos los servicios, lo que suponía en la práctica que Guardia Civil, Policía y fuerzas de Asalto pasasen a depender de él y de su departamento.

En el análisis sobre la situación de las fuerzas de seguridad que presentó en dicha enmienda, Gil Robles distinguía dos tipos de cuerpos: aquellos que tenían mando militar y estaban sujetos a leyes y códigos militares, y aquellos que no tenían ni mando ni organización militar. Consideraba que los primeros, con oficiales del ejército al frente, podían tener la misma disciplina y características positivas similares a las de la Guardia Civil, por lo que no era necesario que se supeditase a ella, sino que era suficiente con se sometiese al ministro de la Gobernación y, por delegación, a su inspector.<sup>286</sup>

Sobre las segundas, las que no tenían mando ni organización militar, entre las que se contaban guardas forestales, jurados, municipales y similares, se apuntaba que su dependencia de la Guardia Civil podía ser fuente de problemas con alcaldes, concejales o miembros de aquellas entidades de las que dependían. Por esta razón se defendía que sus mandos fuesen militares voluntarios o guardias civiles retirados, lo que suponía dotar su mando de naturaleza militar. También se apostaba por la sujeción de los guardias de asalto al código de justicia militar, cuyo fuero se había limitado a los delitos ocurridos dentro de su ámbito, de modo que cualquier otro delito o falta que cometiese en ese momento un guardia se juzgaba como a cualquier funcionario civil. Pero la dependencia no se limitaba al aspecto jurisdiccional, pues alegando que utilizaban armamento militar y que en caso de estado de guerra debían ponerse a las órdenes del ejército, la enmienda apostaba por que su organización, distribución y reglamentos

---

<sup>286</sup> “Proyecto de reorganización de fuerzas de seguridad”, Biblioteca de Catalunya, Fondo Portela Valladares, Caja 1, legajo 3.

fuesen informados por el Consejo Superior de la Guerra y por el Estado Mayor Central. Esto permitiría corregir errores organizativos y de armamento que se habían detectados en estas fuerzas. También se creía que debía ser el Ministerio de la Guerra el que tuviese la mayor intervención en cuanto al destino del personal, para lo que se aducía que era el departamento con un conocimiento más profundo tanto de los efectivos con los que se contaba como de las necesidades existentes. Además, al ser el ministerio “apolítico completamente es una garantía de la corrección en el mando de esas tropas”.<sup>287</sup>

En cuanto a la reorganización de la Guardia de Asalto, el proyecto de Gil Robles partía de la creencia de que los sucesos de octubre habían demostrado su fracaso:

...no se puede admitir que unas tropas tan costosas para la nación, con un efectivo considerable, no hayan podido disponer de unidades encuadradas tácticamente para acudir a sofocar la revolución a las 24 horas de haberse producido y haya habido necesidad de traer fuerzas marroquíes a resolver el problema.<sup>288</sup>

Para evitar que volviese a suceder, Gil Robles recomendaba reorganizar sus tropas del siguiente modo. Lo primero era dividir las en tres núcleos: tropas de choque, con batallones de tres compañías de fusiles y compañía de ametralladoras y máquinas; compañías de asalto, para desplegar en las calles en situación de choque, y fuerzas de Seguridad, que se dedicarían al servicio normal de vigilancia en las calles. Los batallones de choque estarían formados por fuerzas acuarteladas y “sometidos en absoluto al régimen militar”. Sus miembros firmarían un compromiso de cuatro años a cuyo término tendrían derecho preferente para ocupar una serie de destinos civiles. Su organización administrativa sería idéntica a la de la Legión. Estas tropas serían independientes de las demás fuerzas de asalto y para su organización se establecería enlace y dependencia con el Estado Mayor Central. Por último, se dividirían en seis agrupaciones que estarían situadas en Oviedo, Madrid (Cuartel de la Montaña), Zaragoza (Academia General), Córdoba (Antiguos Cuarteles de Infantería), Lorca

---

<sup>287</sup> *Ídem.*

<sup>288</sup> “Proyecto de reorganización de las Fuerzas de Asalto”, Biblioteca de Catalunya, Fondo Portela Valladares, Caja 1, legajo 5.

(Cuartel de Infantería) y Barcelona. Cada una de estas agrupaciones contaría con un teniente coronel al mando. Por su parte, las compañías de Asalto no tendrían por qué cambiar sus características, simplemente el mecanismo de relación de sus jefes con los Gobernadores Civiles, que pasaría a regirse por el reglamento de la Guardia Civil. Por último, las fuerzas de Seguridad, que seguirían dedicándose a cubrir el servicio normal de vigilancia callejera, se mantendrían como hasta ese momento, dependiendo sus mandos de los gobernadores civiles.<sup>289</sup>

Ante la complejidad de estas cuestiones, cuya discusión se resumía en apostar o no por la militarización de los servicios de orden público, algo en lo que Gil Robles y Portela no coincidían en absoluto, la tensión y el enfrentamiento en el consejo de ministros destinado a tratar el tema eran inevitables. Las notas de trabajo de Portela resumieron así la reunión del 12 de septiembre:

Como nota informativa, quizá sea conveniente que quede constancia de que en el Consejo de hoy se discutió el Decreto de los servicios auxiliares del orden público, que ya había ido a otros dos Consejos de Ministros.

La primera oposición presentada fue respecto del Somatén, alegando los peligros que podía presentar para el orden público el que se pudiese pertenecer a él con la sola declaración del representante del Gobierno en Cataluña. Se aclaró que, además, se exigía el previo informe favorable de la Guardia Civil y que esta era una garantía que antes no existía, y asimismo, que el Somatén tendría carácter local y con unas intervenciones de la Benemérita que quitaban el riesgo que en otro tiempo hubo de que pudieran volverse contra el Estado.

En el fondo latía una resistencia a que el Ministerio de la Guerra dejase de mandar en el Somatén por medio del Comandante General de ese Cuerpo que antes nombraba.

Se alegó después que el Cuerpo de Seguridad y Asalto debía ser por completo militarizado y sometido, totalmente, al Fuero de Guerra, naturalmente que esta es materia no de un Decreto sino de una Ley; pero de nuevo apuntó aquel propósito de recabar para Guerra una intervención en las funciones de Orden público y en efecto, en la adjunta nota se precisan las aspiraciones en esta materia. La gravedad de ellas, leyéndola con detención, salta a la vista.

El espíritu de invasión llega a extremos que no podrían jamás esperarse, pues hasta se quiere retraer de los Gobernadores civiles la facultad de distribución de las fuerzas que mantienen el orden.

---

<sup>289</sup> *Ídem.*

Naturalmente, se opuso que la Ley de Orden público da la competencia en estas materias, directa y especialmente al Ministro de la Gobernación, y que en cuanto a este fundamental principio no puede admitirse siquiera a discusión cualesquiera que fuesen las exigencias.

Esto dio lugar a que se dejase el tema a la resolución del Ministro de la Gobernación, otorgándole un voto de confianza. Y así terminó el incidente.<sup>290</sup>

De este modo, apoyándose en consideraciones legales y con el apoyo de la ley de orden público, que sólo se podía modificar por ley y no por decreto, Portela salvaba la situación una vez más, consiguiendo que Gobernación mantuviese su control sobre los servicios de seguridad que de él dependían y frenando de nuevo los impulsos militaristas de Gil Robles, cuyos planes calificaba de extremadamente graves. La piedra rompía de nuevo las intenciones del cántaro, aunque este se anotaría una victoria parcial a finales de septiembre, ya sin Portela en el consejo, al conseguir mediante la militarización de guardias municipales y jurados su dependencia de la Guardia Civil. Este sería el último enfrentamiento directo entre ambos ministros por esta cuestión. Pocos días después llegaría la crisis de gobierno, desencadenada por la dimisión del responsable de Marina, el agrario Antonio Royo Villanova. Su compañero, Juan José Rocha, ministro de Estado radical, le había pedido que representase al gobierno en los funerales por la reina de Bélgica. A pesar de la extrañeza que le causó el encargo, justificado por ser “el ministro más desocupado”, viajó a San Sebastián para cumplir con la misión encomendada. Durante su ausencia se celebraron dos consejos de ministros, en uno de los cuales se había aprobado un decreto que devolvía a la Generalitat el servicio de carreteras. Royo Villanova estaba en contra de la autonomía de forma manifiesta y su oposición a la devolución de competencias al gobierno catalán no era ningún secreto, por lo que interpretó la coincidencia de esta decisión con su ausencia como una maniobra para evitar que participase en ella. Una decisión que, en realidad, no había sido la votación del decreto que aprobaba la devolución del servicio sino la de otorgar una especie de carta blanca a Lerroux para que resolviese este tema según estimase oportuno. Indignado por el desarrollo de los acontecimientos, y

---

<sup>290</sup> “Resumen del Consejo de Ministrso del 12 de septiembre de 1935”, Biblioteca de Catalunya, Fondo Portela Valladares, Caja 1, legajo 6.

considerando que aceptarlo suponía olvidar lo que había pasado en octubre del 34, presentó su dimisión. Se desencadenaba así una nueva crisis de gobierno. Esta vez, a pesar de que el balance de su gestión en Gobernación se seguía considerando positivo de manera casi general, Portela no repitió en el nuevo gabinete.<sup>291</sup>

---

<sup>291</sup> ROYO VILLANOVA, Antonio: *Treinta años de política antiespañola*. Valladolid, Librería Santarén, 1940, pp. 219-240; TOWNSON, Nigel: *La República que no...*, op. cit., pp. 362-364.

## Capítulo 7. El camino a la presidencia

¿Lleva usted el decreto de disolución? – inquirieron curiosos los reporteros. Y él acentuó su sonrisa. Llevaba cuanto había que llevar. Todos los enseres de la profesión. Como el sanitario su botiquín, su estuche el tocólogo y el párroco los santos óleos. No le faltaban ni el cubilete en que se barajarían los destinos de España, ni el papel de canto dorado del decreto disolvente conteniendo, con la fecha en blanco – mediaba diciembre y no lo publicó hasta enero –, la sentencia de muerte para millones de españoles de uno y otro color...”<sup>292</sup>

En apariencia la salida del gobierno dejaba de nuevo a Portela, que seguía sin ser diputado, fuera de la política nacional. Su “resucitador” y defensor acérrimo ante la CEDA, Alejandro Lerroux, no parecía dispuesto a recuperarlo esta vez. Su entusiasmo por él se había ido enfriando durante las últimas semanas del verano de 1935, especialmente tras la crisis de septiembre, en la medida en que se dio cuenta de que también había despertado un entusiasmo creciente en Alcalá Zamora, al que “visitaba secreta y frecuentemente”. Aunque contar con el apoyo de Lerroux pronto dejó de ser importante. La salida de Portela de Gobernación no fue el único cambio significativo que trajo el nuevo gabinete, que para sorpresa general no presidió el viejo don *Ale*, sino Joaquín Chapaprieta, su ministro de Hacienda. La salida a la luz a principios de octubre del escándalo del estraperlo explicó la decisión del presidente de la República.<sup>293</sup>

El *straperlo*, una variante de la ruleta, llegó a España de la mano de uno de sus creadores, Daniel Strauss, un empresario de origen alemán nacionalizado mexicano con fama de aventurero. A pesar de que el juego estaba prohibido, negoció su explotación en el casino de San Sebastián con un grupo de políticos radicales que facilitaron que consiguiera los permisos necesarios a cambio de un porcentaje de los beneficios. El negocio se puso en marcha en verano de 1934, pero apenas se mantuvo en funcionamiento. La Policía intervino en septiembre tras descubrir que el aparato estaba trucado para que siempre ganase la banca y se suspendió su licencia. Ante el perjuicio

---

<sup>292</sup> JALÓN, César: *Memorias...*, op. cit., p. 239.

<sup>293</sup> El disgusto de Lerroux por las visitas de Portela a Alcalá Zamora, en CHAPAPRIETA, Joaquín: *La paz fue...*, op. cit.; p. 345 y JALÓN, César: *Memorias...*, op. cit., p. 208.



económico que esto le supuso, el propio Strauss envió una carta al presidente de la República denunciando los hechos. Una denuncia firmada por él aunque posiblemente escrita por Indalecio Prieto, que Alcalá Zamora recibió a mediados de septiembre del 35 e hizo pública en octubre. La trama implicaba a Aurelio Lerroux, sobrino e hijo adoptivo del líder radical, y a importantes miembros del partido, como Juan Pich i Pon, Emiliano Iglesias, Eduardo Benzo o Rafael Salazar Alonso. La comisión parlamentaria que se formó para investigar lo sucedido concluyó el 28 de octubre la culpabilidad de todos los implicados, excepto la del exministro Salazar Alonso. Al día siguiente, Lerroux abandonó el gobierno y su partido quedó al borde del descalabro. El estallido de un nuevo escándalo apenas unos días después, el asunto Nombela, acabó por darles la puntilla. Además, en esta ocasión, los sucesos afectaban directamente a Lerroux, quien como presidente del gobierno había firmado el expediente sobre el que giraba la polémica: el que aprobaba una indemnización a la Compañía de África Occidental que se consideraba fraudulenta. Su comparecencia ante las Cortes para dar su versión de los hechos fue confusa y poco convincente y aunque la votación de los diputados lo exculpó de toda responsabilidad, este proceso terminó de hundir su carrera y, con ella, la de su partido. A pesar de su edad y de su carácter debilitado, la presencia de Lerroux era el cemento que mantenía unido a una organización formada por individuos de intereses y trayectorias demasiado dispersos, y su desaparición de la escena política terminó de fragmentarla.<sup>294</sup>

La nueva situación acentuaba el desequilibrio de la última legislatura. La CEDA seguía devorando el espacio de un Partido Radical en horas bajas y el último paso, el que habría de llevar al partido a la presidencia del consejo, parecía cada vez más cercano. Alcalá Zamora mantuvo su resistencia a encomendar a Gil Robles la formación

---

<sup>294</sup> Un análisis exhaustivo de los escándalos radicales, en JIMÉNEZ SÁNCHEZ, Fernando: *Detrás del escándalo político. Opinión pública, dinero y poder en la España del siglo XX*. Barcelona, Editorial Tusquets, 1995. También, TOWNSON, Nigel: “La ruptura de un consenso: los escándalos «Straperlo» y «Taya», en *Historia y Política*, nº4, julio/diciembre 2000, pp. 31-42; GIL PECHARROMÁN, Julio: *La Segunda República. Esperanzas y frustraciones*. Madrid, Historia 16. pp. 97-98; TOWNSON, Nigel: *La República que no...*, op. cit., pp. 367-373. Resulta interesante ver la versión que dan implicados y testigos. Véase, por ejemplo, LERROUX, Alejandro: *La pequeña historia...*, op. cit., pp. 411-425; ALCALÁ ZAMORA, Niceto: *Memorias...*, op. cit., pp. 355-359 y 387; GIL ROBLES, José María: *No fue posible...*, op. cit., 295-304; CHAPAPRIETA, Joaquín: *La paz fue...*, op. cit., pp.243-275 y 305-309; MARTÍNEZ BARRIO, Diego: *Memorias...*, op. cit., pp. 285-292; JALÓN, César: *Memorias...*, op. cit., pp. 221-235; PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias...*, op. cit., pp.148-150.

del nuevo gobierno y encontró en Chapaprieta una alternativa momentánea, lo que indicaba que al presidente de la República apenas le quedaban cartuchos. Un contexto con la CEDA como protagonista no parecía el mejor para que Portela pudiese regresar, pues estaba claro que no serían los cedistas quienes le abriesen de nuevo la puerta. Pero, paradójicamente, la presión asfixiante por la derecha y la descomposición de los radicales acabaron jugando a su favor, al convertir al exministro de Gobernación en una de las escasas salidas posibles de un Alcalá Zamora dispuesto a explorar todas las vías antes que entregar el poder a Gil Robles. Y eso, como se verá, terminaría por llevar a Portela a la presidencia del consejo. El último intento que tendría a las elecciones como gran objetivo en el horizonte inmediato.

¿Fue, por tanto, la presidencia de Portela una opción improvisada por Alcalá Zamora al carecer de alternativas, una idea inesperada? Si se atiende a lo que relataron en sus respectivas memorias, para Gil Robles y Chapaprieta no supuso ninguna sorpresa, sino que lo interpretaron como la consecuencia de un plan que venía gestándose al menos desde septiembre. En ese sentido leyeron el discurso que el presidente de la República pronunció durante el primer consejo del gobierno Chapaprieta. Como solía hacer en esas ocasiones, Alcalá Zamora dedicó unas palabras a quienes se estrenaban en el cargo y también a los ministros salientes, entre ellos Portela, quien según Gil Robles recibió:

...los máximos elogios, que remató con estas palabras, que puedo asegurar son textuales: “A pesar de su edad, es hombre del que se puede decir que ha tenido más presente que pasado y puede tener más porvenir que presente”. El señor Lerroux y yo, que ocupábamos sillones inmediatos, al oír al presidente, nos hicimos una leve seña con el codo, como impulsados por un mismo resorte. Al salir, don Alejandro me dijo: “Ya nos tiene preparada la sustitución”. Desde entonces, no nos cupo duda alguna respecto de las ocultas intenciones del señor Alcalá Zamora.<sup>295</sup>

Una versión que se parece mucho a la que escribió Chapaprieta:

Al hablar de estos, se detuvo especialmente en el señor Portela, del cual dijo que a pesar de estar más cerca de los setenta que de los sesenta años, tenía

---

<sup>295</sup> GIL ROBLES, José María: *No fue posible...*, op. cit., pp. 292-294. La cita en página 292.

más porvenir que presente. Me pareció indiscreta tal manifestación, sabiendo como sabía el señor Alcalá Zamora que los señores Lerroux y Gil Robles se habían opuesto a la continuación del señor Portela en el gobierno. De todas maneras, había que anotar lo dicho, pero no subrayarlo con comentarios. No fueron de igual parecer los señores Gil Robles y Lerroux, que al terminar el Consejo se dirigieron a mí diciéndome sonrientes que ya estaba insinuada mi sucesión en la presidencia del Consejo. Quise también en broma quitar importancia a lo sucedido, pero más tarde había de recordar las imprudentes palabras del presidente de la República, pronunciadas – estoy seguro – no con ánimo de mermarme autoridad, sino para notificar a los señores Lerroux y Gil Robles que, a pesar de la actitud de ambos respecto del señor Portela, no era éste figura que no hubiera de actuar destacadamente todavía en la política española.<sup>296</sup>

Ambos relatos coinciden en su opinión de que Alcalá Zamora ya se planteaba en septiembre un gobierno presidido por Portela, probablemente el último de la legislatura, encargado de gestionar las elecciones. Pero, ¿compartía Portela esos planes? ¿Esperaba ser presidente en un futuro inmediato? No, si se hace caso a sus memorias, donde narró su nombramiento como una sorpresa que aceptó por obligación, repitiendo así la misma versión a posteriori que para sus cargos anteriores. Tampoco en sus declaraciones a la prensa del momento dejó ninguna pista sobre una hipotética presidencia del gobierno. No dijo nada al respecto, por ejemplo, durante el traspaso de cartera a su sustituto en Gobernación, el radical Joaquín de Pablo Blanco. Sus palabras sí dejaron claro, en cambio, que no se iba por su deseo, sino obligado y con tristeza: “El partir es un poco doloroso siempre. Se toman con cariño las obras y se pone en ellas voluntad, corazón y vida, y al dejarlas, se deja también un poco de alma”. Una tristeza que sentía por estar ahí “sin haber renunciado”. Tras elogiar a los hombres con los que había trabajado y a los cuerpos de Seguridad que habían servido a sus órdenes, Portela dejó un recado en el aire, del que Gil Robles y los deseos militaristas de su partido parecían los destinatarios:

Al ministro de la Gobernación incumbe la defensa del orden público; el ministro de la Gobernación es el representante del poder civil. Y si en algún momento el poder civil se viere amenazado –que yo no lo espero– tengo la seguridad de que el dignísimo ministro de la Gobernación y todos los que aquí están al servicio del ministro de la Gobernación, se levantarán

---

<sup>296</sup> CHAPAPRIETA, Joaquín: *La paz fue...*, op. cit., p.241.

como un solo hombre, como un solo corazón, para ofrendar sus vidas, para sacrificarse en defender el poder civil, que es la República y es España.<sup>297</sup>

El mensaje era un clásico portelista: Gobernación encarnaba el poder civil y el poder civil era la República, una República que era España, patria cívica que había que defender siempre frente a cualquier peligro. Este fue el argumento sobre el que giró su despedida, donde, sin embargo, no dejó el menor rastro de sus posibles planes o deseos de llegar a la presidencia. Tampoco en las demás declaraciones que hizo a la prensa durante esas fechas. Pero sí hay al menos un testimonio que aseguró haber escuchado esa predicción de sus labios: el del galleguista Xerardo Álvarez Gallego. En la biografía que escribió sobre su cuñado, Alexandre Bóveda, relató de nuevo una conversación privada en la que, como en aquella previa a la proclamación de la República, Portela habría dejado entrever unos planes de futuro que no compartía en público. La declaración reveladora se habría producido incluso antes de septiembre, en abril o mayo, poco después de su llegada al ministerio. Había recibido entonces la visita de una pequeña delegación del Partido Galleguista, integrada por Lois Peña Novo y Enrique Peinador Lines, colaboradores y amigos suyos desde hacía décadas, y el propio Álvarez Gallego, quien no sentía ninguna simpatía por su exjefe. El objetivo de los visitantes era pedir al nuevo ministro que intercediese por Bóveda y Castelao, quienes tras los hechos de octubre del 34 y como medida preventiva habían sido desterrados de Galicia, confinados en Cádiz y Badajoz, respectivamente. Si Peña Novo y Peinador confiaban en obtener ayuda, Álvarez Gallego, por el contrario, opinaba que saldrían del encuentro con las manos vacías. Y según su relato, así fue, al menos de entrada, pues lo único que obtuvieron de la reunión fue una enigmática promesa de futuro de Portela: “Yo sólo soy el Ministro de Gobernación. El Presidente del Consejo es Lerroux. Cuando yo lo sea —revelación que nos deixou turulatos— hablaremos”.<sup>298</sup>

¿Qué grado de veracidad se puede dar a estos testimonios escritos a posteriori? Álvarez Gallego, al igual que Chapaprieta y Gil Robles, relataron sus recuerdos mucho tiempo después de los sucesos que narran, cuando todos ellos ya sabían que Portela

---

<sup>297</sup> *El Pueblo Gallego*, 26.09.1935, p. 1.

<sup>298</sup> ÁLVAREZ GALLEGOS, Xerardo: *Vida, paixón e morte de Alexandre Bóveda*. Vigo, Edicións Nós, 1972, pp. 171-173.

había sido presidente y una vez terminada la guerra civil, por lo que la versión que cada uno ofrece del pasado le sirvió para defenderse, para justificar sus actos y los de sus más cercanos e incluso para ajustar cuentas con algunos rivales o antiguos aliados. Hay que tener en cuenta que los tres sentían más antipatía que aprecio por Portela, aunque las versiones de Gil Robles y Chapaprieta guardan muchas similitudes entre sí. La de Álvarez Gallego, por su parte, es la única crónica que atribuye a Portela la expresión de su deseo de ser presidente en voz alta y su creencia de que lo conseguiría. ¿Es este testimonio una prueba suficiente? Más allá del terreno especulativo, la duda tiene difícil resolución.

Sin embargo, ya fuese pensando en sí mismo como presidente o no, lo que sí demuestra la documentación es que durante su etapa de ministro de la Gobernación Portela tuvo muy presente la importancia de preparar el terreno para unas eventuales elecciones que creía que no tardarían en llegar. Una preparación que tenía como objetivo favorecer un resultado positivo para el partido de centro de ámbito nacional que compitiese en ellas. ¿Pensaba en el Partido Radical o soñaba con su propio Partido de Centro? Apostase por uno o por otro, su opinión era que ayudarle a conseguir un amplio número de diputados no sólo sería bueno para dicho partido, sino que sería lo mejor para la República. Sólo así podría consolidarse y compensar los bandazos y tensiones de una creciente polarización que comprometía cada vez más su estabilidad y su futuro. Apoyándose en esta argumentación, sus esfuerzos para preparar unas eventuales elecciones durante su etapa como ministro de Lerroux se concentraron en lo que, en su opinión, eran dos necesidades básicas: la reforma de la ley electoral y la acumulación de información práctica sobre el mapa político nacional a pequeña escala con la intención de plantear las alianzas y los movimientos que ofreciesen las mejores expectativas a ese partido de centro que el gobierno debía impulsar.

### **7.1 Pensando en el futuro: la propuesta de reforma electoral del ministro de la Gobernación**

Portela no era el único que consideraba urgente modificar la ley electoral. La necesidad de una reforma fue una opinión compartida por los partidos de centro y

derecha, en la que coincidían políticos tan alejados en otros temas como Alcalá Zamora y Gil Robles. Sin embargo, cada partidario de la modificación tenía su propia propuesta y recelaba de las que planteaban los demás, temeroso cada cual de que el cambio pudiese perjudicar los intereses de su partido. La ley electoral que estaba vigente era la de 1907, la ley Maura, que el gobierno provisional había modificado con dos decretos: el del 25 de abril de 1931, que encomendó la elaboración de la lista de votantes a Tribunales del Censo Electoral nombrados por las Juntas Municipales del Censo y rebajó la edad mínima del voto a los veintitrés años; y la del 8 de mayo, que introdujo modificaciones de mayor calado, como la eliminación de las circunscripciones uninominales y las plurinominales urbanas, excepto las de las once ciudades que contaban con más de cien mil habitantes, sustituyéndolas por distritos provinciales en los que se elegía un número de diputados proporcional a su población. Además, se fijó un tope obligatorio para la proclamación de un candidato en primera vuelta y se estableció un sistema de voto limitado, por lo que cada elector escogía un número de diputados menor de los asignados a su distrito.

La reducción de circunscripciones y el establecimiento de cupos desequilibrados para el reparto de escaños entre vencedores y vencidos, que se fijaba con frecuencia en dos tercios para los triunfadores independientemente de los números de su victoria, contribuyeron a acentuar los efectos mayoritarios de la ley. Esto se mantuvo tras la reforma que el gobierno Azaña aprobó en 1933, en la que se redujo de nuevo el número de distritos y se subió el tope de votos necesario para la proclamación en primera vuelta al cuarenta por ciento. La fuerte fragmentación del sistema de partidos terminaba de configurar un panorama complejo que incentivaba la formación de grandes coaliciones, pues la falta de organizaciones nacionales fuertes y bien implantadas en todo el territorio hacía que ninguna de ellas pudiese alcanzar por sí sola un triunfo lo suficientemente amplio para gobernar sin apoyos.<sup>299</sup>

---

<sup>299</sup> *Gaceta de Madrid*, nº. 116, de 26.04.1931, pp. 335-337, nº. 119, de 29.04.1931, pp. 389-390, nº. 146, de 26.05.1931, pp. 950-953 y nº. 130, de 10.05.1931, pp. 639-641; VILLA GARCÍA, Roberto: “Una ley para consolidar la República: la reforma electoral de 1933”, *Barataria. Revista Castellano-Manchega de Ciencias Sociales*, nº 11, 2010, pp. 197-217. Véase del mismo autor, VILLA GARCÍA, Roberto: *La República en las urnas. El despertar de la democracia en España*. Madrid, Marcial Pons, 2011, pp. 67-86, 95-107.

Ante este paisaje, la reforma electoral se convirtió en un tema fundamental en la agenda del gobierno que tropezó, sin embargo, con un grave problema: la incapacidad de cedistas y radicales para ponerse de acuerdo y cerrar un plan común, a pesar, incluso, de que en enero de 1935 el gabinete había aprobado un proyecto proporcional impulsado por Manuel Giménez Fernández. El ministro de Agricultura defendió el cambio hacia un reparto proporcional del voto argumentando que el sistema mayoritario ponía a los votantes ante un falso dilema: “revolución y contrarrevolución, República y Monarquía, socialismo y catolicismo”. Según esta explicación, la modificación sería favorable para opciones centristas como el Partido Radical. Sin embargo, sus diputados apostaron por mantener la representación mayoritaria, en parte por la creencia de que su margen de maniobra para seguir actuando en aquellas zonas donde las redes caciquiles todavía tenían peso podía disminuir en caso de cambio; en parte, porque los buenos resultados que habían tenido en las elecciones de 1931 y 1933 hacían que el vigente no les pareciese un sistema tan malo para sus intereses. Quizás no les convenía tanto apostar por un sistema cuyos resultados eran impredecibles, aunque los radicales no eran los únicos que tenían dudas. Los agrarios, por su lado, también se mostraron poco entusiastas ante el proyecto, y aunque los líderes de los cuatro partidos gobernantes intentaron favorecer un acuerdo de compromiso, no lo consiguieron. El paso de los meses no aclaró el paisaje, sino todo lo contrario. Se multiplicó el número de propuestas y las reuniones en busca de pactos siguieron fracasando. La salida de la CEDA del gobierno y la muerte anunciada de la legislatura terminó por esfumar la posibilidad de reforma.<sup>300</sup>

En medio de este mar de propuestas, también Portela tenía la suya propia. Sus anotaciones sobre las discusiones que se mantuvieron en el consejo acerca de este tema permiten no sólo tener clara su preferencia por un sistema mayoritario sino que muestran las líneas claves de su propuesta personal y los principios y razonamientos en los que la sustentaba. En su opinión y, dado el momento de construcción institucional en el que se encontraba todavía la República, no era tan importante adoptar el sistema electoral que reflejase con más exactitud el pensamiento de los votantes, sino aquel que

---

<sup>300</sup> TOWNSON, Nigel: *La República que no...*, op. cit., pp. 352-354; RUIZ MANJÓN, Octavio: *El Partido Republicano Radical (1908-1936)*, Madrid, Tebas, 1976, pp. 548-450; ALCALÁ ZAMORA. Niceto: *Memorias...*, op. cit., pp. 383-386.

siendo coherente, legal y respetuoso con la voluntad de sufragio de los electores, pudiese favorecer en mayor medida la consolidación del régimen. Para ello era preciso contribuir a la formación de partidos sólidos que garantizaran Cortes estables en las que pudiese apoyarse el gobierno al tiempo que cumplieran su papel de contrapeso, conformando el escenario adecuado para que los políticos rivales llamados a gobernar en el futuro aprendiesen a debatir y se bregasen en el arte de combinar la confrontación y el consenso. Frente a la “perfección teórica”, la prioridad era el “sentido práctico”:

¿Es la perfección teórica o el sentido práctico y constructivo el que debe inspirar nuestro modo de elecciones? Por esclavitud a un principio, ¿han de cerrarse los ojos al riesgo de un fracaso del régimen y de los estragos del país? ¿Puede contemplarse con despreocupación que vuelvan las alternativas violentas de las Constituyentes y del 19 de noviembre, pasando sin transición a climas opuestos y con el resultado de entretenernos en la negativa labor de tejer y destejer siempre, o por el contrario es indispensable centrar la política de la República y darle continuidad y eficiencia, dentro de aquellas oscilaciones que en la Nación se produzcan?

Dentro de las normas democráticas y del respeto al sufragio que la Constitución manda, son permitidos, sin duda alguna, aquellos matices en el sistema electoral que atenúen las exaltaciones populares en vez de acentuarlas, que contengan los movimientos pasionales de la opinión, que permitan a quienes tienen la responsabilidad de estabilizar y consolidar el Régimen, encauzar y, en cierto modo, influir en las elecciones.

Si no fuera exceso de franqueza y osadía, podría formularse esta pregunta: ¿En dónde tiene el régimen sus mejores valedores y sostenedores? ¿En la masa pasional e indisciplinada que decide las elecciones o en quienes llevan sobre sí siempre la plenitud de la responsabilidad del Gobierno? Debería contestarse que, igual ahora que en los pasados tiempos, por condición temperamental, por exceso de sensibilidad a los llamamientos de la demagogia, por violenta reacción ante determinados sentimientos, por imperfecta preparación de ciudadanía. En una palabra, mucha más confianza debe dispensarse a aquellos graves y hondos pensamientos que residen en la actuación de los Gobiernos, en la alta dirección del País, que a la masa popular, inconsistente y voluble. Y así se llega a la conclusión de que es indispensable que en el modo de las elecciones se suavice y se prevenga cuanto pueda ir en daño del Régimen y de la Nación.<sup>301</sup>

---

<sup>301</sup> “Elecciones. Sistema Electoral.” Biblioteca de Catalunya, Fondo Portela Valladares, caja 1, carpeta 4.



Desde esta perspectiva pragmática y elitista, la opción portelista no podía ser la proporcional, o al menos no todavía. En esto coincidía con buena parte de los radicales y con otros liberales de pasado monárquico, como Santiago Alba, que afirmaba que para poder renunciar a los sistemas mayoritarios era preciso esperar a que la ciudadanía madurase y tuviera más experiencia democrática y mayor templanza. Aunque Portela admitía que las fórmulas proporcionales implicaban “el máximo respeto al sufragio”, las encontraba peligrosas, pues favorecían el fraccionamiento de las fuerzas políticas, la multiplicación de partidos y con ello, la inestabilidad gubernamental y el consecuente “desasosiego” y “desorden” social. Los sistemas mayoritarios, en cambio, aunque en cierto modo quebraban “la justicia electoral”, daban como resultado gobiernos de “indiscutida autoridad y eficacia”. Así, Inglaterra, Estados Unidos y Francia, “pueblos maestros de la democracia”, ejemplificaban a la perfección sus bondades, frente a países como Italia o Alemania que habían apostado por la vía proporcional y cuyas democracias habían desembocado en dictaduras. Una salida intermedia era la de optar por cocientes electorales, aunque esto tampoco le parecía conveniente para el caso español. La principal razón para desaconsejarlo era su complejidad, pues si ya resultaba una alternativa difícil de entender “para gente preparada, cuánto más para la gran masa de electores”. Con ello se corría el riesgo de que el ciudadano no diera a su voto la importancia necesaria. Además, este sistema trasladaba la gran decisión de la elección del votante a los comités de cada partido que configuraban las listas, lo que provocaba, en su opinión, que no venciese “el número de sufragios sino la más fuerte organización, es decir, la que disponga, en definitiva, de más dinero”.

Tras lo sucedido en octubre de 1934 y teniendo en cuenta la presión que se ejercía sobre la República desde las izquierdas y derechas que la repudiaban, Portela creía que no era el mejor momento para hacer experimentos:

Se está viendo que se puede gobernar en liberal, en demócrata y en republicano, afirmando el régimen y desarrollando la vitalidad del País. ¿A qué meterse en esta aventura y facilitar la preponderancia de los fascismos disfrazados, civiles o militares? Se está desvaneciendo este

peligro. Volverá a surgir y será incontenible ante la amenaza que significa el triunfo, próximo o remoto, de aquel frente común.<sup>302</sup>

En su opinión, era este el peligro real que acechaba a la República y no que las fórmulas mayoritarias pudiesen dar espacio a “las antiguas influencias electorales”, favoreciendo que resurgiesen con algo más de fuerza en algunas zonas o asegurando su pervivencia en otras donde nunca habían desaparecido. Si estas viejas redes caciquiles ofrecían una ventaja era que se acomodaban a los tiempos y “por egoísmo cambian de casaca y por egoísmo también son elementos más o menos dúctiles ante quienes tienen la responsabilidad de dirigir”. Una resurrección que no dejaba de ser un tópico, pues “sólo negando la realidad puede afirmarse que haya desaparecido y el que existe es el que seguirá existiendo en lo futuro con uno o con otro sistema electoral”.

Con claridad diáfana y sin grandes complejos, Portela asumía la realidad de la política a pie de urna, defendiendo la necesidad de aceptarla y de intentar aprovecharla en lugar de negar lo evidente y jugar a la contra o, peor aún, dando alas a peligros reales que destruyesen el sistema por defender en nombre de la pureza lo que no causaba mayor problema e incluso podía llegar a resultar útil. Esta percepción lo llevaba a defender como opción ideal el regreso de los distritos unipersonales, una alternativa que diluía los conflictos favoreciendo su resolución a través de la negociación directa y del juego de intereses a pequeña escala. Ante las dificultades que planteaba volver a esta división, algo que se vería como una involución, Portela asumía como mal menor retocar las circunscripciones provinciales de modo que no se eligiese en ninguna de ellas más de diez diputados. Aquellas que superasen este número deberían dividirse de tal forma que los distritos resultantes de esta separación oscilasen entre los diez y los cinco parlamentarios. Se mantendría el voto limitado, de tal modo que en las provincias que se eligieran hasta cinco diputados los votantes votarían uno menos; en las de seis a ocho, se podría escoger hasta dos menos, y en las de nueve y diez, tres menos, es decir: seis y siete, respectivamente.

Portela creía que esta última propuesta podía llegar a ser aprobada, puesto que aunque no contaba con el respaldo de la CEDA, sí concitaba el apoyo de radicales,

---

<sup>302</sup> *Ídem*. La referencia a las declaraciones de Santiago Alba, en TOWNSON, Nigel: *La República que no...*, op. cit., p. 353.

agrarios, mauristas, catalanistas de la Lliga y algunos independientes. Las izquierdas no se habían pronunciado al respecto. Si se oponían y esta alternativa tampoco salía adelante, la perspectiva de reforma se le antojaba poco menos que imposible, lo que obligaría a mantener el sistema que estaba vigente. En este caso creía que, al menos, habría que suprimir la segunda vuelta. Coincidió en sus preocupaciones y en su manera de enfocarlas con el presidente de la República, que opinaba:

...que unas Cortes en las cuales sin el tope, freno o mediación de partidos de centro se enfrentaran de un lado Azaña y Largo Caballero y del otro Gil Robles y Calvo Sotelo, no serían más que el prólogo parlamentario de la guerra civil, sin otra duda que la de si sería la calle la que asaltara o cerrase el Congreso o éste el que propagara el incendio por el país.<sup>303</sup>

Pese a su confianza en ella, la propuesta electoral de Portela no cuajó, ni siquiera cuando alcanzó la presidencia del consejo. A ella llegó aupado no sólo por la falta de recambios alternativos a la descartada de antemano, Gil Robles, sino también por la coincidencia de opiniones con Alcalá Zamora. Una visión próxima a la que los meses de continuas y detenidas conversaciones entre ambos sobre el tema sirvieron de aderezo. Tras comenzar su mandato, la intención de Portela fue apostar por la reforma según este formato de cambios mínimos, pero la presión de las derechas lo obligó a convocar las elecciones antes de lo que deseaba y el margen de maniobra se redujo a cero.

Fracasaba así el primer objetivo vital para encarar las siguientes elecciones, y los comicios de febrero de 1936 se celebraron según la misma “nefasta” ley electoral que sus predecesores de noviembre de 1933. Este revés, según asumió, disminuía las posibilidades de éxito de su intento de favorecer desde el gobierno, tomando las decisiones “adecuadas”, el éxito de una candidatura de centro que ayudase a templar las futuras Cortes. Mayor fortuna, en cambio, tuvo su plan de recopilar los datos necesarios para dibujar un mapa político, pueblo a pueblo, de toda España. Portela estaba convencido de que un grado elevado de información bien interpretada constituía la mejor herramienta para preparar el terreno de cara a unas elecciones y en ello comenzó a trabajar en mayo de 1935. La imposibilidad de modificar la ley electoral terminó por

---

<sup>303</sup> ALCALÁ ZAMORA, Niceto: *Memorias...*, op. cit., p. 384.

convertir esta información y su manejo en su principal baza, pivotando sobre ella sus decisiones cuando la convocatoria se hizo inminente.

## 7.2. Los cuestionarios de Gobernación

El 11 de junio de 1935, seis meses antes de llegar a la presidencia del consejo y de la casi inmediata disolución de las Cortes, Portela, ministro de Gobernación con Lerroux, hizo llegar una circular a todos los gobernadores civiles. La circular iba acompañada de un amplio cuestionario de obligado cumplimiento cuyas preguntas tenían como fin conocer del modo más completo posible la realidad de la política local de cada una de las circunscripciones. Los gobernadores tenían que distribuir el cuestionario en todos los ayuntamientos de su provincia para que sus respectivos responsables se encargasen de responderlo. La plantilla recogía doce preguntas:

- 1º Agrupaciones políticas que ejercen influencia en el Ayuntamiento:
- 2º Personas que dentro de ellas tienen mayor significado y antecedentes políticos, económicos y morales de las mismas:
- 3º Inclinationes de las no afiliadas a determinado partido político; aspiraciones que alientan a esta masa neutra:
- 4º Influjo de los Párrocos, del Alcalde y Ayuntamiento, del Juez Municipal, del Secretario de Ayuntamiento:
- 5º Importancia del voto femenino y a qué tendencia se inclina:
- 6º Círculos políticos abiertos y organizaciones políticas existentes:
- 7º ¿Qué constitución política tiene la Junta Municipal del Censo o a qué indicaciones obedece?
- 8º Número de votos que cada partido político tiene aproximadamente en el Ayuntamiento:
- 9º A qué estímulos pueden ser sensibles grupos considerables de electores y si es de temer el soborno del sufragio:
- 10º Posibilidades de alianza de unos partidos con otros y especialmente del partido radical:
- 11º ¿Está bien administrado el Municipio? ¿Se cobra el reparto municipal? En caso afirmativo, ¿se utiliza como arma política?<sup>304</sup>

---

<sup>304</sup> “GOBIERNO CIVIL DE LA CORUÑA, Información electoral. Servicio confidencial interesado por el Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación en Orden de 11 de junio de 1935”. G.C. 34048 (4369). Archivo de Reino de Galicia.

La duodécima pregunta volcaba su interés hacia las fuerzas vivas del municipio. Así, pedía que se recogiese una relación detallada de todos los concejales que integraban en ese momento la corporación señalando, en caso de serlo, su condición de interino. También se pedía que se especificase el cargo que desempeñaba en el ayuntamiento y su filiación política. La última casilla planteaba la posible conflictividad del implicado, preguntando si era “negligente, venal o perturbador”. Tras los concejales, el foco de atención pasaba a los secretarios del ayuntamiento, inquirendo si habían sido nombrados por concurso, oposición o estaban en situación de interinidad. Se preguntaba, asimismo, si tenían “antecedentes penales en los delitos de carácter electoral o de falsedad de documentos”, y el grado de “influencia efectiva sobre los electores” del que gozaban. Las mismas cuestiones se planteaban para la siguiente categoría a examen, los jueces municipales.

Por último, el cuestionario se centraba en las posibles situaciones conflictivas de carácter político y social. En primer lugar preguntaba si el alcalde o la corporación habían sido sustituidos y, en caso positivo, cuándo y por qué, planteando además la conveniencia o no de su reposición. Tras esto, se ocupaba de las organizaciones sindicales, preguntando si las había cuál era “su grado de extremismo, alianzas o tratos benévolos que haya tenido en las pasadas luchas electorales”, y quiénes eran “sus principales propagandistas o agitadores”, así como su vínculo con la localidad. El cuestionario se cerraba con una valoración sobre la situación político-social general del municipio, pidiendo información acerca de posibles conflictos locales o sobre la relación entre autoridades y población, pero también relacionada con el estado de las obras públicas, interesándose por las mejoras a las que aspiraba esa población y qué posibles soluciones sugería el ayuntamiento para atajar los conflictos y carencias que afectaban a su territorio.<sup>305</sup>

La circular no dejaba, por tanto, ningún cabo suelto. Un cuestionario bien cubierto ofrecía la posibilidad de conocer a la perfección el equilibrio de fuerzas de la localidad en cuestión, el peso de los diferentes partidos, quiénes eran las personalidades con más influencia, qué posibilidades electorales tenían las diferentes opciones, qué opciones había de llegar a un pacto, el grado de violencia y el historial de conflictos,

---

<sup>305</sup> *Ídem.*

cuáles eran los principales problemas que afectaban al pueblo o cuáles sus aspiraciones principales. Todos estos datos podían ser muy útiles, especialmente si se tiene en cuenta que, pese a los cambios en el sistema electoral, se mantenían circunstancias del período restaurador, como la composición de las mesas electorales o las condiciones prácticas del acto de escrutinio, que permitían cierta supervivencia de comportamientos fraudulentos en el ámbito local. El paso al distrito provincial había diluido el peso de la influencia de estas redes locales, pero no las había neutralizado por completo, lo que explica que los coqueteos caciquiles durante las elecciones republicanas no se limitasen a partidos herederos de la vieja escuela de la Restauración, sino que implicasen también a formaciones republicanas y de izquierda.<sup>306</sup>

La suma de todas las respuestas municipio a municipio, provincia a provincia, suponía un volumen de información ingente y valiosa de gran utilidad para quien aspirase a planificar unas elecciones que se ajustasen a unos objetivos prefijados de antemano desde el poder central. Estos datos no sólo permitían esbozar un completo mapa de la situación política y social de cada localidad, sino que también situaban a todos los implicados en el ámbito municipal en cada paso del proceso electoral, desde el nombramiento de las mesas al escrutinio final. En este sentido resultan especialmente significativas las preguntas sobre el secretario del ayuntamiento, el juez municipal y la Junta municipal del Censo. Tres poderes locales de gran relevancia en las clásicas tácticas caciquiles y de pucherazo de la llamada “vieja política”. Conocer las inclinaciones políticas y la trayectoria previa de quienes ocupaban estos cargos permitía al gobierno valorar la posibilidad de contar con ellos o no en un posible amaño electoral. Si el consejo decidía intentar controlar las elecciones en un territorio determinado, no tendría dudas sobre su colaboración, y si los informes eran negativos simplemente tendría que sustituirlos por personas más afines.

Con toda la información sobre la mesa y tras filtrarla, sumarla y analizarla, las cábalas de Portela concluyeron que en unas elecciones a corto plazo los escaños de las mayorías se repartirían del siguiente modo. En ocho provincias, las vascas y catalanas, serían las fuerzas nacionalistas las que se llevaran el gato al agua, por lo que no se podía contar con ellas en el momento de hacer cálculos. Otras veinticinco, en cambio, sí

---

<sup>306</sup> GRANDÍO SEOANE, Emilio: *Caciquismo...*, op. cit., pp. 41-43 y p. 132.

resultaban más accesibles, pues repartían sus simpatías mayoritariamente entre los radicales y la CEDA. Así, en Castellón, Valencia, Alicante, Almería, Málaga, Cádiz, Huelva, Córdoba, Jaén, Murcia, Albacete, Cáceres, Ciudad Real, Guadalajara, Cuenca, Segovia, Ávila, Zamora, Palencia, Pontevedra, Ourense, Lugo, Las Palmas, Tenerife y Coruña, era importante estudiar la situación y presentar batalla. En otras nueve –Soria, León, Salamanca, Teruel, Asturias, Sevilla, Madrid, Logroño y Santander– la disputa por los diputados de las mayorías se produciría entre los partidos de izquierda y derecha. A los agrarios les concedía el dominio en tres provincias: Burgos, Valladolid y Huesca. Por último, había cinco provincias en las que la disputa era demasiado cerrada y los resultados se antojaban dudosos: Badajoz, Granada, Toledo, Zaragoza, Baleares. Por tanto, los esfuerzos del gobierno, si quería garantizar un número suficiente de diputados de centro para actuar de colchón en las disputas y ejercer de puente parlamentario entre izquierdas y derechas, debían concentrarse en esas veinticinco provincias donde los radicales, o aquel partido de centro que ocupase su espacio llegado el caso, tenían posibilidades elevadas de éxito.<sup>307</sup>

Las respuestas de los gobernadores civiles llegaron al ministerio a principios de julio. Emilio Novoa González, gobernador civil de Coruña, por ejemplo, envió los cuestionarios que le correspondían el día 30 de junio. Iban acompañados de un completo informe en el que valoraba de manera global los datos que aportaba y una serie de cuadros en los que resumía la presencia e influencia de los diferentes partidos políticos en su provincia. De este modo, Portela comenzaba el verano con un volumen de información que podía resultarle de gran utilidad. No parece improbable que estos datos y las especulaciones que el ministro de Gobernación construyó a partir de ellos fuesen un tema recurrente en sus visitas a Alcalá Zamora, ni tampoco que influyesen en el ánimo del presidente de la República, cimentando su estima hacia él y contribuyendo a dar forma a su intención de favorecer desde el gobierno un partido de centro sólido que moderase la República y sirviese de puente y de freno ante una polarización creciente. La posibilidad teórica se convirtió en intento real en diciembre de 1935. Sin

---

<sup>307</sup> Anotaciones varias. Biblioteca de Catalunya, Fondo Portela Valladares, caja 1, carpeta 4.

Lerroux y con el Partido Radical deshecho, Portela y un Partido de Centro Democrático creado para la ocasión fueron los encargados de llevarlo a la práctica.<sup>308</sup>

### 7.3 La crisis de diciembre

Después de tres meses de agitada presidencia, en los que, entre otros sobresaltos, tuvo que hacer frente a la salida del gobierno de Lerroux tras el escándalo del estraperlo, a la imposibilidad del bloque mayoritario de llegar a un acuerdo sobre las reformas electoral y constitucional, o al intenso debate en las Cortes por el asunto Nombela, la caída del gabinete Chapaprieta se produjo amparado por los continuos obstáculos que encontró su proyecto de reforma económica. Ya a principios de noviembre, el presidente había vinculado su continuidad al frente del consejo al éxito de dicho proyecto. “Yo he venido a seguir una obra presupuestaria en la que he invertido mucho tiempo, y si mis proyectos no se aprueban íntegramente, en realidad no tendré nada que hacer en el banco azul”, afirmó a la prensa el día 2. Un mes después, el 9 de diciembre, planteó a sus ministros la conveniencia de presentar la dimisión colectiva del gobierno fundamentada en la división de opiniones que mantenían respecto a sus planes económicos, que había quedado de manifiesto en la defensa parlamentaria de la derogación parcial de la ley de restricciones presupuestarias. Gil Robles señaló en sus memorias a los radicales como los principales responsables del desacuerdo, acusándolos de mostrarse hostiles con el gobierno y especialmente con su presidente, utilizando esta estrategia para encubrir la fractura inevitable de su partido. Una actitud contraria a la suya, escribió, que en nombre de su grupo se mostró dispuesto a apoyar a Chapaprieta para mantenerlo al frente del gobierno, pues entendía que su salida supondría “la entrega del decreto de disolución a un hombre *neutral* como el señor Portela Valladares, figura relevante en la masonería y amigo íntimo de significados elementos de la extrema izquierda”. Es decir, el caos. Pero si Gil Robles culpó de la crisis a los radicales e incluso a Chapaprieta, débil ante las presiones y “sugestionado por el señuelo de un nuevo partido de centro en el que aspiraba a ser figura”, Martínez Barrio, Alcalá

---

<sup>308</sup> “GOBIERNO CIVIL DE LA CORUÑA, Información electoral. Servicio confidencial interesado por el Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación en Orden de 11 de junio de 1935”. G.C. 34048 (4369). Archivo do Reino de Galicia.



Zamora o el propio Chapaprieta apuntaron en cambio hacia a la presión de Gil Robles y su deseo de alcanzar al fin la presidencia como el principal elemento desestabilizador.<sup>309</sup>

Tras la dimisión de Chapaprieta, Gil Robles opinaba que él mismo era el único reemplazo aceptable. Según sus rivales, cumplía así con la tercera fase de su plan de asalto al poder. Después de una primera etapa en la que la CEDA había prestado su apoyo en las Cortes a los gobiernos lerrouxistas y de una segunda que le había llevado a participar directamente en los gabinetes de presidencia radical, el hundimiento de este partido le abría las puertas del consejo, para lo que argumentaba que no en vano era el jefe de la representación parlamentaria más numerosa. Y ya había esperado demasiado para que esta realidad tuviese su reflejo en el poder ejecutivo. Pero Alcalá Zamora no estaba dispuesto a transigir en esta cuestión. La solución de la crisis fue lenta y compleja y, como en anteriores ocasiones, contempló varios intentos frustrados hasta que el elegido para formar gobierno consiguió cumplir con éxito su misión. El proceso de consultas y las tentativas que de ellas se derivaron se convirtieron en un pulso entre el presidente de la República y el líder de la CEDA. El primero abogaba de nuevo por la fórmula que ya había defendido en mayo: la formación de un gobierno de centro de base ideológica lo más amplia posible, que abarcase desde la CEDA hasta los republicanos de Martínez Barrio, y que actuase movido por un espíritu de concordia. A ello oponía Gil Robles la necesidad de que el gobierno se acomodase lo más posible al reparto de fuerzas que se daba en el parlamento y que pudiese culminar el ambicioso programa legislativo que se habían marcado, incluida la reforma de la Constitución. La propuesta “de centro” de Alcalá Zamora le suscitaba el más hondo rechazo, pues en su opinión:

...una política de centro ha de ser el resultado de una alianza de partidos de tendencias divergentes. En cambio, la colaboración de un partido de centro, sin ideología definida, con fuerzas izquierdistas, mucho más poderosas, desemboca siempre en una situación política de izquierdas.<sup>310</sup>

---

<sup>309</sup> Declaraciones de Chapaprieta, en *El Sol*, 5.11.1935, p.1; cita de Gil Robles, en GIL ROBLES, José María: *No fue posible...*, op. cit., p. 296. Diferentes versiones de la crisis del 9 de diciembre, en CHAPAPRIETA, Joaquín: *La paz fue...*, op. cit., pp. 328-330; MARTÍNEZ BARRIO, Diego: *Memorias...*, op. cit., pp. 292-293 y ALCALÁ ZAMORA, Niceto: *Memorias...*, op. cit., pp. 387-389.

<sup>310</sup> La cita, en GIL ROBLES, José María: *No fue posible...*, op. cit., p. 350. El enfrentamiento entre este y el presidente de la República, en *Ibidem*, pp. 350-364 y ALCALÁ ZAMORA, Niceto: *Memorias...*, op. cit., pp. 387-389; p. 350-364.

Con la fórmula “un gobierno acorde con el peso parlamentario de cada partido que participase en él”, Gil Robles dejaba claro su deseo de presidir el siguiente gabinete y la intención de obstruir en las Cortes cualquier otra alternativa. Alcalá Zamora encargó la formación de gobierno sucesivamente a Martínez de Velasco, Miguel Maura y Chapaprieta, y cuando todos ellos fueron a visitar al jefe de la CEDA a su domicilio para pedirle ministrables de su partido, encontraron la misma respuesta: la organización negaría su concurso a todo gobierno que se negase a presentarse ante las Cortes. Unas Cortes en las que una CEDA con mayoría se bastaba para echar abajo el gabinete si así se lo proponía. Ante esta condición y sin su respaldo asegurado, todos terminaron por declinar el encargo. La pertinaz obstrucción de Gil Robles no sólo le granjeó las críticas de los republicanos de centro, sino también la de los demás partidos de derecha, que posteriormente lo acusarían de haber permitido un gobierno encabezado por Portela antes que facilitar el acceso a la presidencia de otro político derechista.<sup>311</sup>

En medio de estas tentativas, Gil Robles y Alcalá Zamora mantuvieron una dura entrevista en la que ambos mostraron sus posiciones. Ante la insistencia del presidente de la República de ir hacia un gabinete de “conciliación” por “el notorio agotamiento de las Cortes, incapaces de sostener gobiernos estables”, Gil Robles perdió los nervios. El líder de la CEDA era consciente de que con la disolución del parlamento y la consiguiente convocatoria de elecciones no sólo se escapaba la oportunidad de presidir al fin el consejo, con el consiguiente varapalo para su orgullo y sus aspiraciones inmediatas, sino que nada garantizaba que en la próxima cámara se mantuviese la posición privilegiada de la que entonces gozaba su partido. Un temor que aumentaba si al frente del gabinete encargado de organizar las elecciones estaba el *neutral* Portela. Ante este horizonte suplicó “con ardor, casi con angustia” al presidente que no tomase esa decisión “peligrosa” e “injusta”, pero este se negó a encargarle la formación del nuevo gobierno aduciendo que no había jurado la Constitución de 1931 ni formulado expresamente su adhesión al régimen.

En sus memorias, Alcalá Zamora justificó su decisión añadiendo a este argumento que para poder presidir el gabinete, Gil Robles debería cumplir antes tres

---

<sup>311</sup> *Boletín del Partido Agrario Español*, 18.02.1936, citado en GIL ROBLES, José María: *No fue posible...*, op. cit., p. 359; *El Sol*, 13.12.1935.

requisitos: ser reelegido sin presentarse en alianza con los monárquicos, declarar su republicanismo sin reservas e imponerse “al núcleo fascista de su partido, el más ruidoso y el más mimado por él”. La visión del Alcalá Zamora sobre este último punto difería del líder de la CEDA, quien había rechazado estas quejas defendiendo “que a su lado eran menos peligrosos que al de Primo de Rivera”. Del mismo modo que Lerroux justificó su pacto con la CEDA razonándolo como la mejor estrategia de integrarla en el sistema, Gil Robles decía utilizar el mismo enfoque en su relación con la parte más escorada hacia la derecha de su grupo. Aunque tanto Alcalá Zamora como Gil Robles achacaron al otro su cortedad de miras y exceso de ego, reservando para sí la razón y la impotencia de ver la incapacidad de su interlocutor, la versión que ambos reflejaron en sus memorias de esta tensa conversación coincide en lo esencial. Así, el cedista recordaba haberle reprochado al presidente que su decisión arrojaba “a las derechas del camino de la legalidad y del acatamiento al régimen”, de tal modo que si fracasaba su política “sólo podrán ya intentarse las soluciones violentas”. A partir de aquí, Gil Robles se enrocó en su negativa a apoyar cualquier gobierno que no estuviese presidido por él, bloqueando con su respuesta los intentos de Maura y Chapaprieta que se plantearon a continuación.<sup>312</sup>

Y mientras las consultas y la confusión se alargaban, comenzaron a circular por Madrid rumores de un golpe de estado que estaría encabezado por los generales más importantes y patrocinado por Gil Robles. Algo que este negó en sus memorias, aunque de manera bastante torpe, mezclando en su argumentación la “firmeza de sus convicciones democráticas” que le impedían tomar tal decisión, con su creencia de que sería inútil intentarlo porque los pronunciamientos que tanto se habían estilado en el siglo XIX ya no podían triunfar sin más en el XX. El cambio de escenario fruto de la política de masas aseguraba que un intento de este tipo por parte del ejército provocaría el rechazo de las izquierdas y su respuesta violenta en las calles, a lo que había que añadir la existencia de una Guardia Civil y de una Guardia de Asalto “que no dependían del Ministerio de Guerra y que se mantendrían junto al poder constituido”. La parte final del argumento subraya la importancia de la pugna que mantuvieron Gil Robles y

---

<sup>312</sup> GIL ROBLES, José María: *No fue posible...*, op. cit., pp. 362-364; ALCALÁ ZAMORA, Niceto: *Memorias...*, op. cit., p. 388; *Heraldo de Madrid*, 13.12.1935.

Portela por el control del orden público y su concepción militarista o civil, desvelando con sus propias palabras cuál era el conflicto subyacente.

Quizás por esta conciencia de las dificultades, así como por su propia contradicción, el líder de la CEDA se limitó a sondear y esperar la reacción de los generales Fanjul, Goded, Varela y Franco, mostrándose partidario, en caso de que decidiesen actuar, de un gobierno presidido por él y respaldado por el ejército, que “ocupase transitoriamente el poder con objeto de que se salve el espíritu de la Constitución y se evite un fraude gigantesco de signo revolucionario”. Reunidos para analizar la situación, los generales entendieron que las dificultades para que triunfase un golpe militar eran demasiadas y, convencidos por Franco “de que no podía ni debía contarse con el Ejército, en aquellos momentos, para dar un golpe de Estado”, desecharon esta solución. Una respuesta que fue recibida con disgusto por buena parte del sector monárquico que, contrario a Gil Robles y despreciando su estrategia, creía que ya había llegado el momento de actuar fuera del parlamento. Según el aviador y fundador del Bloque Nacional, Juan Ansaldo:

Fueron otros, fundamentalmente Franco, su jefe de Estado Mayor, que hasta el día anterior se deshacía en zalemas y sonrisas serviles, quienes juzgaron “que no podían responder de las fuerzas militares y que, aún, no era llegado el momento.”<sup>313</sup>

El 11 de diciembre, el día que Alcalá Zamora y Gil Robles sostuvieron su tensa reunión en el palacio presidencial, Portela llegó a Madrid. A pesar de que no tenía grupo parlamentario y ni siquiera era diputado, fue uno de los llamados a consultas por el presidente de la República. Pero este no fue el único que quiso hablar con él. Recién llegado a su habitación del Palace, Portela recibió un recado de Chapaprieta que lo citaba a la mañana siguiente en su casa. Según el exministro de Gobernación, la entrevista que mantuvieron fue larga y cordial, más de dos horas en las que el recién dimitido presidente del consejo le pidió opinión sobre la situación política del momento,

---

<sup>313</sup> GIL ROBLES, José María: *No fue posible...*, op. cit. p. 366 y ANSALDO, Juan: *¿Para qué...? De Alfonso XIII a Juan III*. Buenos Aires, Editorial Vasca Ekin, 1951, p. 111.

además de asegurarle “su concurso incondicional” y pedirle a cambio su reciprocidad. ¿Hacía referencia ese pacto de mutua lealtad que le ofrecía al hipotético proyecto de centro que quería impulsar Alcalá Zamora y que, según Gil Robles, Chapaprieta aspiraba a encabezar? Este lo negó rotundamente en sus memorias, si bien admitió que cuando Alcalá Zamora le encargó formar gobierno tras la crisis de diciembre, sí le manifestó su deseo de “centrar la República” con el objetivo de evitar los bandazos a izquierda y derecha que se habían vivido hasta el momento. Opinaba el presidente que si conseguían “constituir una considerable fuerza de centro, quedarían atenuados unos y otros extremismos y la República arraigada en una zona templada, compatible con todos los progresos y apta para reprimir cualquier exceso”. Chapaprieta también afirmaba que estas mismas palabras las había escuchado anteriormente en boca de Portela, quien durante los meses en los que fueron compañeros de gobierno las habría repetido en diversas ocasiones, fiando el éxito de la empresa al uso adecuado de los resortes electorales que aseguraría un buen resultado a esa fuerza de centro. La apuesta portelista era fuerte, entre los ciento cincuenta y ciento sesenta diputados y, puesto que, según decía, se consideraba a sí mismo demasiado anciano para ponerse al frente de tal empresa, ofrecía su apoyo y sus conocimientos de la maquinaria electoral a “alguien más joven y con más alientos” que “pudiera utilizarlos en la política nacional para el bien de España”. Nadie mejor que el propio ministro de Hacienda para ser “el heredero instituido”, le habría insinuado, aunque, según Chapaprieta, él no le habría prestado atención ni credibilidad a dichas cábalas, como tampoco otros candidatos a quienes Portela habría repetido el ofrecimiento.<sup>314</sup>

Teniendo en cuenta que por aquel entonces Lerroux presidía el consejo y seguía liderando un Partido Radical aún no diluido por los escándalos, un discurso planteado de este modo tan abierto parece demasiado descarado para un Portela con fama de discreto. Resulta más verosímil la posibilidad de que hubiese comentado sus cábalas, así como su convencimiento de la importancia de prepararse para unas próximas elecciones. Más todavía al recordar que en verano de 1935 ya tenía los resultados de su encuesta nacional en la mano y que se estaba discutiendo una reforma electoral.

---

<sup>314</sup> PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias...*, op. cit., p. 152; CHAPAPRIETA, Joaquín: *La paz fue...*, op. cit., pp. 345-346.

También resulta creíble que en ese contexto Portela tantease la disposición de Chapaprieta ante estos planes, pues, al igual que él, estaba en la órbita radical pero mantenía su independencia, y que este, al llegar la crisis de diciembre y escuchar las intenciones centristas de Alcalá Zamora, recordase las cuentas portelistas y ante el rumbo de los acontecimientos decidiese sumarse al intento.

La tesis de la edad avanzada como impedimento para que Portela se plantease grandes metas aparece con frecuencia en sus memorias, ofreciéndole la mejor coartada para descartar sus deseos de ocupar una presidencia, que sólo aceptó cuando por obligación y compromiso no tuvo alternativa. Una tesis que le sirvió durante esta crisis para jugar al despiste y negar interés en otro cargo que aquel que le llevase de vuelta a Barcelona. Con esa imprecisión contestó a las preguntas de la prensa cuando los rumores comenzaron a señalarlo como ministro seguro e incluso candidato firme a la presidencia del consejo. “No tengo noticia”. “Vengo llamado por el señor Maura y voy a saludarle”. “Pues ya saben ustedes más que yo”. “No lo sé. Yo vengo ahora mismo de dormir”... Esa fue la retahíla de respuestas que ofreció durante esos días. Sin embargo, según los apuntes de Cambó, Portela estaba convencido de que Alcalá Zamora lo nombraría presidente. En la cena que ambos y Ventosa compartieron en el Ritz el mismo día 11, les confesó que “creía que el Presidente le encargaría al día siguiente, la formación del Gobierno y que, para este caso, esperaba y deseaba contar con la Lliga”. Y su objetivo era, según les habría planteado, “formar un Gobierno de Centro que pudiese ir a la disolución de las Cortes”, cifrando en ciento cincuenta o ciento sesenta diputados el resultado al que podría optar un partido de centro patrocinado por el gobierno.<sup>315</sup>

Aunque resulta difícil saber hasta qué punto su llegada a la presidencia del gobierno fue algo planeado por Portela con la premeditación y de la manera sibilina que le achacó Gil Robles, la confrontación de versiones y la repetición de ciertos datos, así como los movimientos que realizó durante su permanencia al frente de Gobernación, hace que resulte plausible creer que su nombramiento ni lo pilló desprevenido ni le

---

<sup>315</sup> La tesis de la edad avanzada, en PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias...*, op. cit. Las declaraciones ambiguas a la prensa, en *El Sol*, *ABC* y *Heraldo de Madrid*, 12 y 13.12.1935. Los apuntes de Cambó citados en PABÓN, Jesús: *Cambó...*, op. cit., p. 1415.

causó disgusto. Del mismo modo, tampoco parece que fuese un mero títere en manos de Alcalá Zamora. Antes al contrario, la coincidencia de perspectivas e intereses entre ambos y el convencimiento de Portela de que la jugada de un partido de centro era necesaria y podía funcionar, fue contagiando al presidente de la República, de modo que cuando las circunstancias fueron cerrando otras alternativas, la portelista apareció como la más viable. La única que podía convencer a Alcalá Zamora.

Sin embargo, antes de que este le ofreciese formar gobierno de manera oficial, se produjo un último intento en forma de apuesta doble: Miguel Maura y el propio Manuel Portela. El presidente citó a ambos en su residencia el 13 de diciembre por la mañana para plantearles una singular petición: que se pusiesen al frente del nuevo gabinete de manera conjunta. De este modo salvarían el veto de los partidos de derecha a Maura y encararían mano a mano la disolución del parlamento. Pero el encargo “mancomunado” no cuajó. La oferta dejó perplejo e indignado al que había sido ministro de Gobernación del gobierno provisional de la República, quien se encaró con Alcalá Zamora para que aclarase su postura, escogiendo entre uno u otro. A partir de aquí, las versiones varían en los detalles, pero todas coinciden en lo esencial. Tras protestar airadamente, con gritos, imprecaciones y gestos ostentosos, Maura abandonó el palacio presidencial dando un violento portazo y casi arrollando a los periodistas que esperaban a la puerta, a quienes apenas contestó. Según Gil Robles se limitó a decirles que no tenía la menor idea de quién presidiría el gobierno. Según César Jalón les respondió “por mímica: con un corte de mangas; desplante felicísimo y entonado con la escena que acababa de vivir”. El relato de la prensa lo dejó en un mensaje mucho menos espectacular. Un sucinto: “¡Hoy habrá gobierno!, dice. Y se va.” Portela permaneció todavía un buen rato en la residencia de Alcalá Zamora y cuando al fin salió, confirmó a la prensa que el presidente le había encargado formar gobierno.<sup>316</sup>

---

<sup>316</sup> Las citas, en JALÓN, César: *Memorias...*, op. cit., p. 238 y *Heraldo de Madrid*, 13.12.1935, p. 1. Otras versiones de la entrevista en, GIL ROBLES, José María: *No fue posible...*, op. cit., pp. 371-372; ALCALÁ ZAMORA, Niceto: *Memorias...*, op. cit., p. 389; PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias...*, op. cit., pp. 152-153; *Heraldo de Madrid*, 13 y 14.12.1935, *El Sol*, 14.12.1935.

#### 7.4. El primer gobierno Portela

El nuevo consejo de ministros nació con el decreto de disolución de Cortes bajo el brazo. Sin fecha decidida, pero cercana, y sin la menor duda de que preparar esas elecciones era su misión principal. Con Portela al frente del mismo, la hoja de ruta iba a ser aquella en la que llevaba tantos meses trabajando. Sin embargo, para ajustarse con fidelidad a su propio guión necesitaba contar con colaboradores cercanos y de confianza que compartiesen su perspectiva general, no sólo para adecuar el desarrollo de las elecciones a lo que se esperaba de esta cita, sino, sobre todo, para construir con su concurso y su colaboración el grupo de centro que aspiraba a colocar como árbitro parlamentario decisivo. Portela ya había demostrado al frente de Gobernación la importancia que le concedía a rodearse de los suyos. Precisamente con dos de sus colaboradores más cercanos de entonces, Carlos Echeguren Ocio y Ramón Fernández Mato, cenó el 13 de diciembre, aprovechando una pausa en su proceso de búsqueda de ministros. Sin embargo, el gobierno que Portela dio a conocer al día siguiente no terminaba de responder a ese perfil centrista y de confianza.<sup>317</sup>

Tras abandonar el palacio presidencial y comunicar a los periodistas que aguardaban en la puerta su intención de formar gobierno, Portela comenzó sus gestiones para el reparto de carteras con una sucesión de visitas. La primera de ellas tuvo como destinatario al presidente saliente, al que pidió que continuase al frente del ministerio de Hacienda. La decisión de contar con él fue de Alcalá Zamora, quien, cuando Chapaprieta le había comunicado que desistía de formar gobierno de nuevo, le había pedido que al menos siguiese desempeñando su puesto en Hacienda en el próximo gabinete. Tras manifestar ciertas reticencias, finalmente aceptó la petición del presidente “por no desamparar a este”, así que cuando Portela le pidió su concurso, aunque se mostró renuente en un principio, mantuvo su compromiso. No obstante, ya en esta entrevista quedó claro lo poco coincidente de sus posturas, especialmente en lo que tocaba a las futuras elecciones. Así, mientras el futuro presidente expuso su intención de “centrar la República” a través de una candidatura de centro apoyada por el gobierno y cuyo objetivo sería conseguir unos ciento cincuenta diputados, Chapaprieta mostró su

---

<sup>317</sup> *El Sol*, 14.12.1935, p. 1.



temor a que la concurrencia de centro y derecha por separado en estos comicios supusiese una dispersión del voto que facilitase el triunfo de la coalición de izquierdas. Por esta razón le aconsejó que se entrevistase con Gil Robles y buscase un acercamiento con él y su partido.<sup>318</sup>

Chapaprieta no fue el único ministro que sugirió don Niceto. Más allá de la recomendación general de que el gobierno tuviese una base lo más amplia posible, intentando abarcar todas las formaciones comprendidas entre la Unión Republicana de Martínez Barrio y la CEDA, incluyendo a la Lliga de Cambó, el presidente manifestó a Portela su deseo de que contase con tres nombres concretos: Miguel Maura, Cirilo del Río y Joaquín de Pablo Blanco. Tras la reunión tumultuosa que compartieron en la residencia presidencial, no parecía probable que Maura estuviese dispuesto a participar en el gobierno, por lo que su negativa no fue una sorpresa. Sí aceptaron, en cambio, los otros dos, tanto el progresista Cirilo del Río, diputado por Ciudad Real muy del gusto del nuevo presidente y que se convirtió en el nuevo ministro de Obras Públicas, como de Pablo Blanco, quien, por el contrario, no le resultaba nada simpático. Y es que Portela no le perdonaba a “aquel sujeto” que poco después de sucederle al frente de Gobernación hubiese declarado a la prensa su decisión de acabar con el juego en el Círculo de Bellas Artes y el Casino de Madrid, locales autorizados “para la trasgresión por el anterior Ministro, señor Portela Valladares”.

Portela reconoció en sus memorias su permisividad hacia las actividades lúdicas de ambos centros, pero no que fuese algo iniciado por él, justificándose con que simplemente se había limitado a mantener una tradición de tolerancia de las autoridades que venía de lejos, de tiempos muy anteriores a su llegada al ministerio. Y es que “la respetabilidad de sus directivos alejaba toda pecaminosa sospecha”, lo que sumado a que jamás se había producido el menor problema derivado de estas actividades, había garantizado la supervivencia de la costumbre. Puesto que de Pablo Blanco llevaba mucho tiempo en Gobernación e incluso había sido subsecretario con Eloy Vaquero,

---

<sup>318</sup> CHAPAPRIETA, Joaquín: *La paz fue...*, op. cit., pp. 349-351; MARTORELL LINARES, Miguel: “Joaquín Chapaprieta: de la izquierda dinástica a la derecha republicana”, en COMÍN, Francisco, MARTÍN ACEÑA, Pablo y MARTORELL, Miguel: *La Hacienda desde sus ministros. Del 98 a la guerra civil*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2000, p. 430; PORTELA, Manuel: *Memorias...*, op. cit., p. 155.

Portela no tenía dudas de que conocía esta realidad por lo que consideró su declaración como un ataque personal contra su honor que buscaba perjudicar su carrera política. En pleno auge del escándalo del estraperlo consideraba que una frase que lo señalaba de manera tan explícita, insinuando sus relaciones con el juego y poniéndolo en entredicho, no podía ser inocente. Una sospecha que convirtió en certeza cuando la censura evitó la publicación de una entrevista en la que se defendía de la acusación.<sup>319</sup>

Pese a estos antecedentes, Portela se vio obligado a aceptarlo dentro de su gabinete por la insistencia de Alcalá Zamora. Para el presidente se trataba de un elemento de vital importancia, no sólo porque era un hombre de su confianza, sino también porque ante la previsible oposición de la CEDA al nuevo gobierno, el concurso de los radicales se le antojaba imprescindible. Tras las sucesivas negativas de Diego Hidalgo, Pareja Yébenes y Bardají, Portela no tuvo más remedio que ceder, al menos en primera instancia, y le ofreció la cartera de Agricultura, Industria y Comercio. Junto a de Pablo, un viejo amigo, Manuel Becerra, ingeniero descendiente de gallegos y diputado por Lugo, fue el otro fichaje radical. Se hizo cargo de Instrucción Pública. Ambos aceptaron, aunque lo hicieron a título personal y sin el respaldo de la minoría parlamentaria de su grupo, que se reunió y decidió manifestar expresamente que no apoyaban su incorporación al gobierno. Pero dada la situación del Partido Radical, debilitado y dividido, ambos presidentes consideraron que las condiciones en las que se unían los dos ministros eran suficiente.<sup>320</sup>

La actitud de los cuatro líderes del bloque mayoritario que había sostenido los gobiernos anteriores hacia el gabinete de Portela fue muy dispar. Si Lerroux y Gil Robles negaron rotundamente su colaboración, Martínez de Velasco y Melquíades Álvarez le prestaron su apoyo sin dificultades. En el caso de los agrarios, fue el propio Martínez de Velasco el que se sumó al consejo, asumiendo la cartera de Estado. En representación de los liberales demócratas se incorporó Alfredo Martínez, médico asturiano que ocupaba la vicepresidencia segunda del Congreso a quien Portela definió como un hombre con “las más excelentes cualidades de buen juicio y lealtad” y que se

---

<sup>319</sup> PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias...*, op. cit., pp. 150-151 y 155; *Heraldo de Madrid*, 14.12.1925, pp. 2-3.

<sup>320</sup> TOWNSON, Nigel: *La República que...*, op. cit., pp. 390-391; *Heraldo de Madrid*, 16.12.1935, p. 5.

hizo cargo del ministerio de Trabajo, Justicia y Sanidad. El elenco de partidos lo completó la Lliga. Reunidos en su habitación del Palace, Portela y Cambó culminaron las negociaciones que habían iniciado días antes y que llevaron al nombramiento de Pedro Rahola como ministro sin cartera. Tras las elecciones, el jefe del partido catalanista justificó su decisión de colaborar con este gobierno por su función de gabinete electoral. Puesto que no se podía evitar que se disolviesen las Cortes, mejor que se encargase de cumplir esta misión un gobierno de centro-derecha que uno de izquierda.<sup>321</sup>

Por último, para los ministerios de Guerra y Marina, Portela recuperó el criterio de designar especialistas y como en el “Gobierno de los Treinta Días”, se pusieron al frente de ellas dos militares, cuyos nombres partieron de Alcalá Zamora: el general Nicolás Molero Lobo y el almirante Francisco Javier de Salas, quien había sido ministro de Marina en aquel breve gabinete de abril. El general Molero, por su parte, ya había aceptado la cartera de Guerra en el fallido gobierno que Miguel Maura había intentado poner en marcha en los días previos. Para ello dejó su destino en Valladolid y viajó a la capital, aunque cuando llegó a Madrid, Maura ya había declinado el encargo. Mientras se dirimía la crisis, el militar se presentó ante su todavía ministro, Gil Robles, quien, enrabiado con una situación que cada vez se ajustaba menos a sus deseos, ordenó su arresto por desobediencia y abandono del servicio. Así que Molero recibió su nombramiento definitivo encerrado todavía en el castillo de Pamplona y fue el último ministro en incorporarse a su cargo. Tampoco tuvo oportunidad de celebrar el clásico acto de traspaso de cartera, pues su antecesor no estaba por la labor de confraternizar con un militar próximo a Azaña, elegido por Portela y que representaba a ese gobierno que además de disolver el parlamento iba a impedirle culminar su labor de transformación del ejército. Entre sus primeras medidas, Nicolás Molero decidió remover a Fanjul y Goded de sus cargos de subsecretario de Guerra e inspector general del Ejército, respectivamente, para los que habían sido designados por Gil Robles.<sup>322</sup>

---

<sup>321</sup> PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias...*, op. cit., p. 155; PABÓN, Jesús: *Cambó...*, op. cit., pp. 1.416-1.417.

<sup>322</sup> GIL ROBLES, José María: *No fue posible...*, op. cit., pp. 369-370 y 375; PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias...*, op. cit., p. 154; ALCALÁ ZAMORA, Niceto: *Memorias...*, op. cit., p. 389.

Tras cinco días de crisis y casi veinticuatro horas de encaje y negociación, Portela pudo anunciar su gobierno el 14 de diciembre. Los elegidos fueron José Martínez de Velasco, Alfredo Martínez, Cirilo del Río, Pedro Rahola, Manuel Becerra, Joaquín de Pablo Blanco, Nicolás Molero Lobo, Francisco Javier Salas y Chapaprieta. Es decir, un agrario, un liberal demócrata, un progresista, un catalanista, dos radicales desautorizados por su líder, dos militares y dos independientes, Chapaprieta y él mismo. Portela, además de ocupar la presidencia se reservó su cartera predilecta: la de Gobernación. Aunque no era su grupo ideal y en él le sobraban al menos de Pablo Blanco y Chapaprieta, este gabinete marcaba un cambio claro pues supuso una ruptura con la tendencia que había iniciado el gobierno de octubre de 1934. Era el primero, excepto el de los treinta días, en el que no participaba la CEDA. Pero si aquel había nacido con la conciencia de ser un paréntesis, en esta ocasión, la ruptura del bloque era un hecho y no había dudas de que el partido de Gil Robles no volvería hasta que la presidencia fuese suya. Y eso no sucedería sin unas elecciones de por medio.

Las reacciones que despertó el gobierno Portela respondieron a esta creencia. El *Heraldo de Madrid*, por ejemplo tituló su portada vespertina del día 14 con un contundente: “No se ha formado el Gobierno republicano que deseábamos...; pero ha terminado la pesadilla de las Cortes del bienio negro”, calificándolo en el antetítulo como “Una mejora *dentro de la gravedad*”. En el editorial se insistía en esta idea. Con este gobierno se aseguraba, al menos, la ruptura del bloque y los republicanos podían respirar tranquilos sabiendo que el ejecutivo no caería en manos de la CEDA, el partido que a sus ojos representaba todo aquello contra lo que pugnaba la República. En buena medida, el diario recogía con estas palabras la opinión de los republicanos de izquierda, que recibieron con alivio el gabinete Portela y lo calificaron de buena noticia. Así lo manifestó, por ejemplo, Diego Martínez Barrio cuando el nuevo primer ministro fue a visitarlo para ofrecerle un puesto en el consejo. Si bien no aceptó su propuesta, el líder de Unión Republicana le deseó éxito en su intención de seguir una “política de centro que aparte de si las violencias y las pasiones” y declaró a los periodistas que, aunque no podía aceptar un ministerio porque debía seguir junto a los partidos de izquierda, veía con simpatía al nuevo gobierno y esperaba que Portela llevase “a feliz término sus propósitos, sobre todo cuando se lo han encargado a una persona como él”. En la misma

línea, el diario *El Sol* se congratulaba en su editorial del día 14 del nombramiento de Portela Valladares, pues en momentos graves como los que estaba atravesando el régimen se necesitaban gobiernos “fuertes y perdurables” encabezados por hombres que gozasen de su temple. En su opinión, a lo largo de su historia política Portela había demostrado que no era hombre “adecuado para las situaciones cómodas ni para los momentos fáciles”, sino que siempre que se le había confiado un puesto se había pensado en él por su capacidad “para resolver situaciones delicadas, aplicando en ellas las condiciones excepcionales de su carácter enérgico, activo y laborioso y de su clara inteligencia”. También el Partido Socialista manifestó su satisfacción ante el cambio de orientación que suponía el gobierno Portela, confiando en que cumpliese el programa que había esbozado la primera declaración ministerial: restablecimiento pleno de las garantías constitucionales y celebración de elecciones imparciales.<sup>323</sup>

Esta corriente de optimismo y confianza no era compartida por la prensa de derechas. *El Debate*, *ABC* e incluso *La Época*, que siempre se había mostrado crítica con la actitud posibilista del jefe cedista, reclamaban una solución de crisis que pasase por las manos de Gil Robles. *El Debate* se manifestaba especialmente dolido con “la injusticia” que se había cometido con la CEDA al negarle la posibilidad de formar gobierno, defendiendo que sus integrantes “no habían atacado al régimen. Lo han servido, por el contrario. Lo han apoyado con generosidad. Sacrificaron para ello múltiples cosas, con desinterés y hasta con abnegación”. Estos diarios recogían en sus páginas la opinión que tanto monárquicos como cedistas manifestaban sobre el gobierno Portela, a quienes los primeros adjudicaron desde el primer momento la etiqueta de “Gobierno antipatria”. El consejo ejecutivo de la CEDA, por su parte, decidió mostrar su malestar llevando la ruptura a la práctica. Así, el mismo día 14 ordenó la dimisión de sus representantes en todas las gestoras de ayuntamientos y diputaciones, aduciendo que si no podían ejercer el poder desde el gobierno, tampoco desempeñarían responsabilidades en los niveles locales de la administración. Apoyándose en la misma razón, también presentó su renuncia otro cedista, Ignacio Villalonga, hasta entonces gobernador general de Cataluña.<sup>324</sup>

---

<sup>323</sup> *Heraldo de Madrid*, 14.12.1935, p. 1-3 y 16.12.1935, p. 2; *El Sol*, 14.12.1935, p. 2.

<sup>324</sup> *El Debate*, 14.12.1935; *ABC*, 14.12.1935; *La Época*, 14.12.1935.

Gil Robles fue quien más mostró su decepción y contrariedad, especialmente al abandonar el ministerio de Guerra. Tanto que además de evitar el traspaso de poderes al general Molero, tampoco quiso escenificarlo con Cirilo del Río, encargado de ocupar de manera interina esta cartera mientras su nuevo titular salía de la prisión militar en la que había sido encerrado y volvía a Madrid. Su despedida del cargo se redujo a un acto menor y solitario, con la presencia de sus colaboradores más cercanos, entre ellos los generales Franco, Fanjul y Goded, quienes se emocionaron visiblemente. En su intervención, el primero de ellos le agradeció con palabras cariñosas su labor al frente de Guerra, reconociéndolo como el ministro con el que “el Ejército se ha[bía] sentido mejor mandado” en su historia, ya que bajo su mandato había restablecido y encarnado “el honor, la disciplina”, ambos “conceptos básicos del Ejército”. Por su parte, el ya exministro manifestó en su discurso que esperaba poder volver a su cargo en pocos meses y se despidió del Palacio de Buenavista profundamente dolido:

La revolución y sus aliados, conscientes o inconscientes, se habían salido con la suya. Combatido, calumniado, vencido, salí del Ministerio de la Guerra con el alma rota. Conmigo fracasaba una política de concordia y convivencia que quiso y no logró ser nacional.<sup>325</sup>

La imposibilidad de Gil Robles de hacerse con la presidencia del gobierno fue interpretada en clave de fracaso de su política accidentalista por parte de los partidos monárquicos, como se encargó de dejar claro Calvo Sotelo en unas declaraciones que el *ABC* publicó el 17 de diciembre: “Ha muerto el accidentalismo. Y por todos los costados. Porque, bien se advierte, la República no es compatible con el derechismo auténtico”. Pero ni la presión monárquica ni la aparente derrota que representaba la barrera que lo separaba de la presidencia del consejo, frenó las intenciones de Gil Robles, quien reconvirtió su despecho en una ofensiva contra el gobierno y, especialmente, contra su presidente. Por si había alguna duda, el 16 de diciembre realizó dos movimientos a través de la prensa en los que dejaba muy claras sus intenciones. El primer mensaje llegó a través del diario *Informaciones*, al que declaró que él y su

---

<sup>325</sup> La cita, en GIL ROBLES, José María: *No fue posible...*, op.cit. p. 377. Las condiciones y desarrollo de la despedida de Gil Robles de su cargo en Guerra, en *Heraldo de Madrid*, 14.12.1935, p. 4; GIL ROBLES, José María: *No fue posible...*, op. cit., pp. 374-376.

partido pensaban seguir jugando dentro del campo republicano: “Otra cosa sería dar la razón a los que han supuesto en nosotros deslealtades de que somos incapaces. Dentro de la ley siempre. Y dentro del ámbito republicano también”. Los monárquicos fueron los principales receptores de este mensaje y no dudaron en intensificar sus críticas hacia el “Jefe” por su empeñamiento en seguir por la vía accidentalista. La cesura en sus posiciones era evidente y supuso un grave problema para la configuración de las candidaturas del bloque reaccionario, que se presentó a las elecciones bregando con los problemas derivados de esta fuerte fractura interna.<sup>326</sup>

El gobierno de Portela fue el destinatario del segundo movimiento de Gil Robles, quien distribuyó entre los diarios una nota informativa en la que explicaba su versión de la última crisis y su rechazo a la solución adoptada. La censura evitó que saliese a la luz el mismo día 16, pero el 17 pudo leerse en todos los periódicos. El documento expresaba su desprecio hacia el gabinete Portela y era un aviso a navegantes a quienes se habían decidido a apoyarlo. Tanto él como su partido repudiarían a quien formase parte de este consejo, lo que en un escenario de elecciones inmediatas suponía la exclusión de una candidatura común. Sus palabras tachaban de la ecuación futura a Portela y a Alcalá Zamora y suponían el primer paso para intentar despegar de su lado a sus antiguos colaboradores. Una ofensiva en toda regla que fue secundada por su partido en días posteriores cuando, reunidos cada uno por su lado, la minoría parlamentaria y el Consejo Nacional de la CEDA ratificaron la postura de Gil Robles. El objetivo que perseguía la “firme intransigencia adoptada por el partido” era “quebrantar al señor Portela y derribarlo, si fuera posible”. Y si no lo conseguían, “supuesto muy probable”, al menos “separar del Gobierno a los grupos conservadores susceptibles de restar sufragios a la coalición de derechas”. A ese fin consagraron los esfuerzos inmediatos.<sup>327</sup>

Mientras la CEDA preparaba su ataque al gobierno, Portela y Alcalá Zamora intentaban blindar su defensa. El primer paso fue aprobar un decreto suspendiendo durante quince días las sesiones de Cortes, evitando que el gobierno tuviese que pasar

---

<sup>326</sup> ABC, 17.12.1935; GIL ROBLES, José María: *No fue posible...*, op. cit. p. 385.; ÁLVAREZ TARDÍO, Manuel: “La CEDA, ¿amenaza u oportunidad?”, en ÁLVAREZ TARDÍO, Manuel y REY REGUILLO, Fernando: *El laberinto republicano. La democracia española y sus enemigos (1931-1936)*. Barcelona, RBA, 2012, pp. 101-134.

<sup>327</sup> *Heraldo de Madrid*, 17.12.1935, p. 3; GIL ROBLES, José María: *No fue posible...*, op. cit. pp. 386-390.

por la aprobación de los diputados, lo que previsiblemente habría provocado su caída. Asegurada la tranquilidad al menos hasta el 31 de diciembre, el siguiente objetivo fue avanzar en la anunciada política de conciliación republicana encaminada a recuperar la normalidad constitucional. En este sentido, uno de los gestos más significativos fue la aprobación de la reaparición de *El Socialista*, una decisión que Portela había intentado ya a su llegada a Gobernación y que se había visto frustrada por la breve vida del gobierno de los “treinta días” y la falta de apoyo. El 15 de diciembre apenas acababa de tomar posesión como presidente, recibió la visita de Juan Simeón Vidarte, compañero masón y buen amigo que acudió a felicitarlo. En su entrevista, le comunicó su decisión de retirar la suspensión de *El Socialista* al tiempo que le dio un recado para Prieto, quien seguía fuera de España desde octubre del 34: “Y que su amigo Prieto regrese cuando quiera. Nadie lo va a molestar”. Después de catorce meses, el 18 de diciembre *El Socialista* volvió a los quioscos.<sup>328</sup>

Junto a estos guiños hacia la izquierda, tanto Portela como Alcalá Zamora eran conscientes de la necesidad de tranquilizar a las derechas, intentando desactivar de cara a la opinión pública los posibles efectos negativos del acoso de la CEDA. Muy pronto encontraron un acto significativo que trataron de aprovechar a su favor y que vino de la mano de un aliado poderoso: la Santa Sede, cuyas relaciones con la República habían mejorado notablemente en los últimos meses. El nuncio Federico Tedeschini había sido nombrado cardenal *in pectore* en marzo de 1933, pero esto no se hizo público hasta el 16 de diciembre de 1935. Como símbolo de buena voluntad, el gobierno de la República le concedió el collar de la Orden de Isabel la Católica mientras que el Vaticano, por su parte, designó a Alcalá Zamora como encargado de imponerle el birrete al nuevo cardenal. La ceremonia se celebró con toda solemnidad en el Palacio Nacional el 21 de diciembre. Contrariado ante este hecho y el reconocimiento que suponía para Alcalá Zamora y su política por parte del Vaticano, Gil Robles tomó su última resolución como ministro de Guerra: prohibir que la banda de música de la República participase en el festejo.<sup>329</sup>

---

<sup>328</sup> “Decreto suspendiendo las sesiones del Congreso de los Diputados hasta el día 1.º de Enero próximo”, en *Gaceta de Madrid*, nº 351, de 17.12.1935, p. 2.338.; VIDARTE, Juan Simeón: *El bienio negro...*, op. cit. p. 484; *El Socialista*, 18.12.1935.

<sup>329</sup> *El Socialista*, 18.12.1935, p. 3; ALCALÁ ZAMORA, Niceto: *Memorias...*, op. cit., pp. 390-391.



Y mientras Portela y Alcalá Zamora proseguían con la hoja de ruta que habían marcado para su proyecto centrista, Gil Robles continuó con sus maniobras para desestabilizar al gobierno. Aprovechó para ello la división de opiniones que se daban en el seno de los partidos que apoyaban al gabinete, precisamente por esa cuestión. Entre los agrarios, tanto Royo Villanova como Cid manifestaron su desacuerdo. El primero consideraba que el objetivo del gobierno era ir contra las derechas y también contra su propio partido, entendiendo que al intentar crear un partido centrista sus artífices pretenderían no sólo robarles votos sino también atraer a algunos de sus políticos. Al no recibir apoyo sus tesis por parte de su partido, el 17 de diciembre anunció su intención de separarse de su grupo y acudir a las siguientes elecciones bajo la denominación de republicano independiente. Cid, por su parte, a pesar de compartir su opinión se mantuvo en el partido, alegando que no quería dañarlo menoscabando su unidad.<sup>330</sup>

El principal escollo con el que se encontró el decreto de suspensión de las Cortes fue la aprobación del presupuesto para el siguiente ejercicio, que debía cerrarse por esas fechas. Portela y Alcalá Zamora interpretaron la Constitución entendiendo que al estar suspendidas las sesiones se produciría una prórroga inmediata por tres meses del presupuesto que estaba en vigor, pero Gil Robles rechazaba esta interpretación, intentando forzar con ello la apertura del parlamento. Afirmaba que su partido no seguiría una política obstruccionista en este sentido, pero el hecho es que lo que buscaba con ello era que el gobierno se viese obligado a presentarse ante las Cortes para intentar derribarlo. Con este motivo dirigió una carta a Santiago Alba, presidente de las Cortes, para plantearle dicha cuestión y este convocó a los líderes de las minorías a una reunión el 23 de diciembre. En ella, los representantes de los partidos de izquierda y los próximos al gobierno aprobaron el dictamen de la secretaría técnica de la Cámara que consideraba automática la prórroga del presupuesto si las Cortes no aprobaban ninguna ley económica el último día del año. Salvado este punto, los rumores comenzaron a apuntar que la disolución se retrasaría hasta el 1 de febrero, según los deseos de Portela de contar con el mayor tiempo posible para “pacificar” el ambiente y, sobre todo, para tener un margen más amplio para maniobrar. Por este motivo y para evitar esta dilación en el tiempo, que jugaría a favor de los intereses portelistas y en contra de los suyos

---

<sup>330</sup> GIL ROBLES, José María: *No fue posible...*, op. cit., pp. 386-387-

propios, Gil Robles redobló su ofensiva y entró en contacto directo con algunos miembros del consejo.<sup>331</sup>

Para aquel entonces, Portela ya había anotado en su dietario ciertos problemas internos en su gobierno, problemas que llevaban principalmente el nombre de Chapaprieta y de Pablo Blanco. Con el primero tuvo un roce ya en el primer consejo, al conminarle a que firmase una sentencia de muerte por los sucesos de Asturias que estaba pendiente y que debía aprobarse formalmente cuanto antes para reforzar la imagen de autoridad del gobierno. No estando de acuerdo en absoluto con él y considerando que era todo menos favorable para el nuevo gabinete comenzar su andadura firmando una sentencia de muerte, Portela bloqueó este tema aduciendo que si la sentencia de muerte llevaba tres meses esperando y no se había firmado durante los gobiernos presididos por el propio Chapaprieta, no entendía su repentino interés por que la firmase él con tanta urgencia. El ministro de Hacienda le recriminó también que hubiese aprobado el fin de la suspensión de *El Socialista* sin consultar con sus compañeros, tema que el presidente zanjó señalando que como presidente y ministro de Gobernación la decisión correspondía plenamente a sus competencias. La diferencia de enfoques se iba haciendo patente en los temas esperables, señalando la fragilidad de la coalición que sostenía el gobierno.<sup>332</sup>

Otros puntos de conflicto fueron los relacionados con el reparto del poder, especialmente en el ámbito local. Según Portela, el que más y el que menos querían garantizar su cuota de control y mantener las prebendas de los suyos y resultaba difícil contentar a todos. El mayor conflicto en este tema vino de la mano de las comisiones gestoras. Y si tanto él como sus ministros más cercanos consideraban necesario volver a los ayuntamientos del 31 para garantizar la vuelta de la normalidad constitucional, Martínez de Velasco, Chapaprieta y de Pablo Blanco no cesaban de señalar la conveniencia de mantener la situación vigente con la vista puesta en el próximo proceso electoral, considerando que un cambio de poder que favoreciese a las izquierdas podría repercutir en su beneficio de cara a los comicios. A la vista de estos acontecimientos y

---

<sup>331</sup> PAYNE, Stanley: *El colapso...*, op. cit., pp. 226-227; GIL ROBLES, José María: *No fue posible...*, op. cit., pp. 388-390.

<sup>332</sup> PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias...*, op. cit., p. 158; CHAPAPRIETA, Joaquín: *La paz fue...*, op. cit. pp. 359-360.

si por su parte Gil Robles había empezado ya a maniobrar para intentar desbaratar el gobierno desde dentro, Portela estaba convencido de que no era ese el grupo que le convenía para cumplir sus planes electorales. Así que, informado de los movimientos que iban tomando forma, dejó avanzar la conjura con la intención de servirse de ella para desembarazarse de los compañeros de viaje que le estorbaban.

### **7. 5. El fin anunciado**

Como le hizo saber a Portela cuando este le había propuesto ser su ministro de Hacienda, Chapaprieta no compartía su visión sobre cómo afrontar las elecciones que estaban a punto de llegar. Consideraba que ante la opción cierta de que las izquierdas se presentasen unidas formando un “bloque revolucionario”, plantear una campaña a tres suponía repartir y perder votos irremediablemente. Por ello, y a pesar de que su despedida tras la crisis de su gobierno no había sido demasiado amistosa, se mantuvo en todo momento en contacto con Gil Robles. Mientras él y su partido manifestaban públicamente su desacuerdo con la solución que había adoptado Alcalá Zamora y atacaban sin reparo a Portela, Chapaprieta mantenía abiertas las conversaciones en pro de preservar las opciones de que el antiguo bloque gubernamental pudiese revertir en una coalición electoral de centro-derecha con opciones de triunfo. Esta era una de las vías por las que Gil Robles se planteaba hacer saltar el gobierno. Ambos coincidían en el interés mutuo de elaborar candidaturas comunes y también entendían, dado los ataques abiertos del líder de la CEDA a Portela, que para ello era preciso que no fuese él quien presidiese el gobierno que amparase sus proyectos. Y aunque ambos negaron en sus memorias haber pactado para derribarlo, sí reconocieron explícitamente su interés en que Portela saliese del gobierno. Gil Robles, sin el menor reparo. Y Chapaprieta, asumiendo que lo importante era asegurar la coalición y también reconociendo que a finales de diciembre se plantearon forzar la crisis a través de su dimisión y la de otros compañeros. Y la crisis se produjo, sí, pero su desarrollo fue muy diferente al que habían planeado.<sup>333</sup>

---

<sup>333</sup> CHAPAPRIETA, Joaquín: *La paz fue...*, op. cit., pp. 353-357.

Chapaprieta no era el único que se mostraba partidario de abortar la misión centrista y apostar por una coalición de centro-derecha. Martínez de Velasco, Alfredo Martínez, Joaquín de Pablo Blanco y el almirante Salas compartían la misma postura. Y aunque no con la misma intensidad, todos ellos, excepto el militar, mantuvieron conversaciones con Gil Robles durante las dos semanas que duró el gabinete. Un gabinete que resultó ser aún más breve que el de los “treinta días”, pero al que no le faltó intensidad. Con tantas idas y venidas, llamadas y visitas a casa de Gil Robles, Portela no tardó en saber de la existencia de estos contactos y se mantuvo a la expectativa. Incluso Chapaprieta se quejó de que el propio presidente lo siguiese con su coche en cierta ocasión en la que ambos salían de la residencia de Alcalá Zamora, creyendo el ministro que su compañero quería asegurarse de que iba hacia su casa, como había afirmado, y no se disponía a reunirse una vez más con Gil Robles. Ese mismo día, recibió una confidencia de un periodista conocido suyo que incrementó su incomodidad. Según el informador, Portela se le había quejado amargamente de la actitud que Chapaprieta, Alfredo Martínez y Martínez de Velasco mantenían con él, conspirando a sus espaldas con Gil Robles para recomponer su alianza. Por esa razón, le habría pedido al periodista que escribiese un artículo denunciando el comportamiento de los “traidores”. Creía Chapaprieta que lo que buscaba Portela con ello era evitar la crisis de su gobierno, aunque el desarrollo de los acontecimientos no le dio la razón.<sup>334</sup>

El primer amago de ruptura se vivió en el consejo del día siguiente, 26 de diciembre. El ministro de Hacienda interrogó al presidente acerca de lo que le había contado el periodista, algo que Portela negó con rotundidad, aunque no logró convencer a su compañero. Tras debatir sobre diversos asuntos pendientes, el consejo derivó al tema electoral y Chapaprieta planteó una vez más su convicción de que frente a una “candidatura obrerista con un programa revolucionario” sería una decisión equivocada que centro y derecha concurriesen con dos candidaturas diferentes y que la única esperanza que tenían para evitar el triunfo de las izquierdas era favorecer la formación de un gran bloque centro-derecha de carácter antirrevolucionario. El almirante Salas se

---

<sup>334</sup> GIL ROBLES, José María: *No fue posible...*, op. cit. pp. 390-392; CHAPAPRIETA, Joaquín: *La paz fue...*, op. cit., pp. 358-360.

manifestó a favor de esta alternativa, de la que de Pablo Blanco, Alfredo Martínez y Martínez de Velasco también se mostraron partidarios.

Al día siguiente, aunque por separado y posiblemente sin ponerse de acuerdo entre ellos, Alfredo Martínez y de Pablo Blanco visitaron a Gil Robles, para manifestarle ambos su convicción de que había que contar con la CEDA. De Pablo Blanco, además, criticó abiertamente a Portela, contándole a su anfitrión los principales puntos de fricción que se daban entre ellos. El más importante de todos era la desconfianza del presidente hacia su persona, que en cierto modo también parecía sentirla hacia otros de sus compañeros, aunque su caso le parecía el más claro. A esta falta de confianza achacaba de Pablo Blanco el modo de proceder de Portela, que para numerosos casos apenas contaba con la opinión de sus ministros y hacía y deshacía sin comentar con ellos sus intenciones, explicando que la reaparición de *El Socialista* era un ejemplo más y no una excepción en su comportamiento. La aversión compartida hacia el presidente y su acuerdo en la necesidad de tomar cartas en el asunto para evitar que se saliese con la suya de cara a las elecciones facilitaron su decisión de actuar de manera concertada. Llegados a ese punto, tampoco parecían guardar demasiado disimulo. Así, según relató Gil Robles, a pesar de que había manifestado su deseo de mantener su entrevista en secreto, de Pablo Blanco no escondió sus intenciones a la prensa que lo interrogó cuando abandonó su residencia:

Conforme con mis puntos de vista respecto a la necesidad de impedir que el Gobierno participara en las elecciones junto a los dos grandes bloques que se estaban configurando, manifesté a los periodistas, al salir de casa: “Estamos de acuerdo”. Y añadió, casi literalmente las palabras que había pronunciado ante mí: “Si se fuera a la lucha triangular, me retiraría a mi casa, sin presentarme diputado.”<sup>335</sup>

Contando con el apoyo de varios ministros para “impedir que el Gobierno participara en las elecciones junto a los dos grandes bloques”, Gil Robles impulsó el nuevo ataque de la CEDA. Al día siguiente, la secretaría política del partido publicó una nota en la que afirmaba que una vez publicado el decreto de disolución no habría posibilidad de acuerdo electoral con cualquier fuerza que siguiese apoyando al gobierno

---

<sup>335</sup> GIL ROBLES, José María: *No fue posible...*, op. cit., p. 391.

o que diese el menor pábulo a los planes de Portela de montar una candidatura centrista. El documento era un ultimátum con el que pretendían forzar el final del gobierno, pero precisamente por este carácter conminatorio, la nota de la CEDA molestó a Chapaprieta y Martínez de Velasco, quienes consideraron que su tono no invitaba precisamente a la concordia. Ante esto, Chapaprieta le comunicó a Portela que creía necesario debatir con sus compañeros acerca de las alianzas electorales. Con este motivo al día siguiente, domingo 29 de diciembre, el ministro de Hacienda y Pablo Blanco comieron con Martínez de Velasco en su domicilio, y aunque acudieron con sus respectivas esposas para restar carácter político al encuentro, su reunión levantó todo tipo de expectativas y comentarios. Tras intercambiar opiniones y debatir ampliamente llegaron al acuerdo de aplazar el planteamiento de la crisis para que no pareciese que se la había impuesto la CEDA “a latigazos”. Comunicaron su decisión a Melquíades Álvarez y tranquilos y contentos por la decisión alcanzada, se despidieron creyendo controlada la situación.

Pero se equivocaban. En el consejo de ministros que se celebró a la mañana siguiente estalló la crisis, solo que no fueron ellos sino Portela quien la planteó. En un principio la reunión se desarrolló con normalidad y se despacharon algunos asuntos que habían quedado pendientes, como la aprobación del decreto de la prórroga de presupuestos y otro referido a la ley de restricciones. Cuando comenzaron a discutir la parte dispositiva del decreto de disolución, Portela les recordó que también había quedado pendiente del consejo anterior la cuestión de las alianzas electorales y que en relación con este tema le parecía importante hablar sobre la necesidad de la unidad política. Y a partir de esta cualidad que debía caracterizar a todo gabinete, con su presidente a la cabeza como correspondía a su autoridad, censuró a Alfredo Martínez y a Joaquín de Pablo Blanco por sus visitas a Gil Robles. También criticó los “conciliábulos” y conversaciones que ellos y otros ministros habían mantenido no sólo entre sí sino especialmente con políticos ajenos al gobierno y que se habían declarado abiertamente contrarios a él. Negociaciones de las que habían excluido a su presidente, conspirando contra su autoridad. Y si Alfredo Martínez explicó con tranquilidad el carácter personal de su visita, relacionada con la situación de Asturias, y Chapaprieta señaló con cierta frialdad el desacuerdo evidente entre la postura del presidente y la de algunos de sus ministros, de Pablo Blanco insistió en esta diferencia de opinión con

acritud vehemente, negándole a Portela esa autoridad que se arrogaba, ya que al tratarse de un gobierno de coalición la dirección política era cosa de todo el gobierno y no del presidente. El ataque del ministro de Agricultura, su tono airado y las rencillas que arrastraba con su rival dieron lugar a un enfrentamiento personal caracterizado por los malos modos, una escena dura que Rahola describiría con cierto pudor a la prensa al salir del consejo, incapaz de negar lo que había pasado.<sup>336</sup>

A partir de este momento y recordando el amago de dimisión que Salas había presentado al iniciar la conversación, Portela dio por declarada la crisis ante el estupor de los ministros que la habían planeado, pero que habían decidido retrasarla unos días para mantener el control. Con este golpe de mano, el presidente del consejo ganó la partida a quienes pretendían dejarle en el camino, consiguiendo al mismo tiempo librarse de ellos. Dado que la situación no había cambiado en lo esencial en esas dos semanas, Portela seguía siendo la única alternativa de Alcalá Zamora, así que de nuevo le encargó la formación del gobierno. Sólo que esta vez y visto lo sucedido, le dejó libertad para escoger a sus ministros, asumiendo las limitaciones que la crisis había planteado. Limitaciones que para Portela fueron virtud, pues le permitieron deshacerse de Chapaprieta, del almirante Salas, de Joaquín de Pablo Blanco e incluso de Martínez de Velasco, de Pedro Rahola y de Alfredo Martínez, que, si bien gozaban de sus simpatías, no como los otros tres, estaba convencido de que no resultaban compañeros válidos para su proyecto por la excesiva influencia que tenía la CEDA en sus partidos.

Manuel Rico Avello, Filiberto Villalobos, Joaquín Urzáiz Cadaval, el almirante Azarola y Juan Álvarez Mendizábal entraron en su lugar y junto a los supervivientes Manuel Becerra, Cirilo del Río y general Molero, conformaron el nuevo gobierno. Un gobierno, ahora sí, de centristas y liberales. Todos ellos eran políticos afines a Portela y personas en las que confiaba, lo que los convertía a sus ojos en los compañeros adecuados para acometer su ambicioso proyecto electoral. No importaba que su representación parlamentaria en las Cortes vigentes fuese escasa, con suerte no sucedería lo mismo en las siguientes. Y en ese parlamento futuro, su Partido de Centro

---

<sup>336</sup> PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias...*, op. cit., pp. 158-160; GIL ROBLES, José María: *No fue posible...*, op. cit., pp. 390-397; MARTÍNEZ BARRIO, Diego: *Memorias...*, op. cit. pp. 295-296; CHAPAPRIETA, Joaquín: *La paz fue...*, op. cit., pp. 353-377; ALCALÁ ZAMORA, Niceto: *Memorias...*, op. cit., p. 389.

con sus ciento cincuenta diputados desempeñaría un papel determinante, actuando como fuerza apaciguadora, suavizando la polarización creciente y ejerciendo una influencia decisiva en las políticas venideras. Terminaba 1935 y con el nuevo año el plan soñado de Portela se ponía en marcha.



## Capítulo 8. Alquimias electorales: las elecciones de febrero de 1936

“AVISO LEAL

No deben votar la candidatura republicana del Centro:  
Los que crean que Galicia es un feudo irredento de las oligarquías centralistas;  
Los que soñaron que Galicia puede llegar a desprenderse del árbol secular de España;  
Los que opinan que en el siglo XX la cuestión religiosa ha de resolverse a tiros y con el empleo de bombas;  
Los que ansían destruir el capital y exterminar a la burguesía;  
Los que pretenden esclavizar a la clase obrera y sujetarla a los jornales de hambre;  
Fanáticos de derecha y de izquierda, quedaréis decepcionados si votaseis la Candidatura de Centro”<sup>337</sup>

El segundo gobierno Portela despertó reacciones muy similares a las de su antecesor inmediato, aunque en la mayor parte de los casos intensificando para bien o para mal el grado de respuesta. Así, quienes lo habían recibido con la alegría de certificar el fin del “bienio negro”, se felicitaron de que la segunda versión estuviese más alejada de la CEDA tras haberse desprendido de ministros que se dejaban influenciar por su líder. “El que esté incómodo en el Gobierno que se marche. Que se marche para comodidad de los que queden y tranquilidad del país entero”, había escrito el *Heraldo de Madrid* en los días previos a la crisis. Recogiendo ese pensamiento, en su edición vespertina del 30 de diciembre, el diario daba cuenta de la dimisión del gobierno y de la gestación de su sustituto, celebrando su composición más centrista y “ecuánime”. Todo lo contrario que la prensa de derechas, que cargó contra Portela criticando sus intrigas y su supuesto proyecto centrista, al que calificó, como Gil Robles, de insensato y sólo favorable para las izquierdas. Para *El Debate*, por ejemplo, el nuevo gabinete no era más que un gobierno electoral:

Ni derecha ni izquierda. Ni centro tampoco. Un Gobierno para que, al manejar las riendas de las elecciones, pueda surgir como por encanto en el papel ese partido

---

<sup>337</sup> Propaganda electoral del Partido de Centro Democrático. *El Pueblo Gallego*. 16-02-1936, p. 5.

centro, grupo de hombres sueltos, de pasados Gobiernos parlamentarios y que ahora son centro porque quieren llamarles así, como pudieran haberlos bautizado de otra guisa.<sup>338</sup>

De lo único de lo que se alegraban tanto este diario como el *ABC* era de que con la salida del gobierno de los partidos que habían sostenido la mayor parte de los gabinetes de la legislatura parecía más despejado el camino hacia la construcción de un bloque electoral de derechas. Y si su lectura de este hecho era positiva, desde la orilla republicana diarios como *La Libertad* criticaban este comportamiento, que consideraban una manera de venderse a la CEDA en un intento desesperado de garantizarse un acta de diputado en las futuras elecciones. Aunque en todo caso y en lo que se refería a la política institucional, “la marcha de los elementos reaccionarios” no era un motivo de inquietud, pues en el nuevo gobierno podría haber ahora “una cohesión única”, y podrían realizar sin trabas “la labor tranquilizadora de permitir que todas las organizaciones políticas que defienden el ideal republicano vayan a la lucha electoral con alguna garantía”.<sup>339</sup>

La neutralidad política, aunque expresada de una manera más amplia para dar cabida a derechas e izquierdas, era también uno de los principales argumentos a favor del nuevo gobierno en la nota que publicó Alcalá Zamora con motivo de la crisis y su solución. Si quedaba alguna duda sobre su respaldo a Portela y a las decisiones que este había tomado, la declaración institucional se encargó de disiparlas. En ella el presidente de la República reconocía que el grupo de partidos que podían incorporarse al gabinete era reducido, lo que dejaba clara la necesidad de conformar un consejo “con menos intereses electorales” para garantizar la neutralidad de los comicios de manera que todas las fuerzas recibiesen el mismo trato con independencia de su orientación ideológica. La gravedad del momento exigía la conformación de un nuevo ministerio “de carácter centrista” y, por su posición, consideraba que Portela era la persona idónea para encabezarlo.

---

<sup>338</sup> La cita, en *El Debate*, 30.12.1935. Relato y reacciones ante la crisis y su solución, en *Heraldo de Madrid*, 30.12.1935, pp. 1-4; *ABC*, 31.12.1935.

<sup>339</sup> *ABC*, 30.12.1935, p.1. La cita, en *La Libertad*, 30.12.1935, p.1.

Con este respaldo el pontevedrés comenzó su segundo mandato manifestándose tranquilo y seguro ante la prensa. No negó la tensión que se había vivido en la reunión que había llevado a la dimisión del consejo y cuando le preguntaron por las declaraciones de Joaquín de Pablo Blanco, que había definido la reunión como “inconcebible”, señalándolo a él como el gran responsable de lo sucedido, se limitó a responder que el exministro tenía todo el “derecho para hacer y decir cuanto quiera y yo para contestarlo y negarlo”. Aunque esto en realidad, era lo de menos pues ya había quedado atrás. Lo realmente importante y lo único de lo que había de ocuparse era de las obligaciones que había que afrontar en la nueva etapa que comenzaba.<sup>340</sup>

### **8.1 El segundo gobierno Portela**

El nuevo consejo comenzó sus labores reuniéndose por primera vez en la mañana del 31 de diciembre. El reparto final de carteras colocó a Joaquín Urzáiz Cadaval al frente del ministerio de Estado; a Manuel Rico Avello, en Hacienda; a Filiberto Villalobos, de regreso en Instrucción Pública; a Manuel Becerra, en Justicia, Trabajo y Sanidad; a José María Álvarez Mendizábal, en Agricultura, Industria y Comercio; mantuvo a Cirilo del Río como ministro de Obras Públicas al igual que al general Molero, que conservó su puesto en el ministerio de la Guerra, mientras que el nuevo ministro de Marina fue el contraalmirante, Antonio Azarola. Por último, y como en el gabinete anterior, Portela se reservó el ministerio de la Gobernación, que además de ser el puesto que más le gustaba, era el departamento clave en un gabinete cuya misión principal era gestionar unas elecciones legislativas. La composición del gobierno recordaba, de nuevo, a la del de los “treinta días”, con un perfil de ministros de trayectoria y liberal y cargos técnicos para los ministerios de carácter militar.

Resultaba significativa la recuperación de un político como Filiberto Villalobos, cuya salida del ministerio de Instrucción Pública se había producido por la presión de la CEDA, y que se sumó al consejo en calidad de liberal independiente. Por sus antecedentes, no hubo dudas sobre cuál era el puesto que debía ocupar, aprovechando el capital simbólico que suponía recuperarlo para el mismo puesto. Otra presencia

---

<sup>340</sup> *El Sol*, 31.12.1935, pp. 1-2.

importante era la de Rico Avello, quien había sido ministro de Gobernación con Martínez Barrio durante las elecciones de 1933 y que, pese a ello, no había conseguido salir elegido. Esta paradoja lo convertía en una especie de símbolo personificado de la neutralidad más allá de los intereses personales, algo muy ventajoso para un gabinete que intentaba vender una imagen de rectitud y ecuanimidad. Con todo y a pesar de esta experiencia previa, Rico Avello no podía ocupar a Gobernación puesto que Portela consideraba esencial encargase de él personalmente. Pero el presidente entendía que más allá del cargo concreto que desempeñasen sus ministros, lo importante era contar con su presencia y con el perfil que aportaban. El caso de Rico Avello fue especialmente enrevesado en este sentido, pues en un principio estaba llamado a ser ministro de Estado, aprovechando su experiencia como Alto Comisionado de Marruecos, puesto que acababa de abandonar. Sin embargo, en el último momento terminó al frente de Hacienda, intercambiando ministerio con Urzáiz Cadaval, quien había sido subsecretario de este departamento en 1933 y cuyo fichaje se presentó en un primer momento asociado a esta cartera. Aunque el reparto inicial parecía más acorde con las trayectorias previas de ambos ministros, Portela justificó esta modificación de última hora señalando la avanzada edad de Urzáiz como la causa que les había llevado a ello. Un razonamiento difícil de asumir teniendo en cuenta que Urzáiz era casi veinte años más joven que Portela. Con este movimiento se reforzaba la idea de que la aportación fundamental de los ministros era su trayectoria liberal y centrista, que permitía dotar al nuevo gabinete de un perfil de estas características. Su ajuste a un puesto o a otro en un gobierno cuya misión principal era gestionar las futuras elecciones no dejaba de ser una cuestión de menor importancia. Curiosamente, el “anciano” Urzáiz, pontevedrés y diputado liberal durante la Restauración como el presidente, era hijo de Ángel Urzáiz, exministro y eterno diputado por Vigo, y sobrino, por tanto, de León Urzáiz, el candidato liberal con el que Portela había estado a punto de disputarse Fonsagrada en sus primeras elecciones.<sup>341</sup>

---

<sup>341</sup> Para profundizar sobre la figura de Filiberto Villalobos, véase ROBLEDÓ FERNÁNDEZ, Ricardo (ed.): *Sueños de concordia. Filiberto Villalobos y su tiempo histórico. 1900-1955*. Salamanca, Caja Duero, 2005. Para Rico Avello, PAN MONTOJO, Juan: *El sueño republicano de Manuel Rico Avello (1886-1936)*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2011.

El gobierno iba a ser el impulsor del Partido de Centro que aspiraban a presentar como tercera candidatura en discordia en un buen número de circunscripciones. Y no sólo su impulsor, también su rostro, el mejor ejemplo práctico de lo que querían ofrecer al electorado. De ahí la importancia de que su composición se ajustase al modelo de lo que quería representar y sobre todo, de que esa imagen llegase a los posibles votantes. Los ministros y su trayectoria eran su mejor arma de propaganda y debían aprovecharla. Sin embargo, el plan contaba con un grave problema: el escaso tiempo del que disponían. Incluso en el mejor de los supuestos, un escenario ideal en el que consiguiesen prorrogar el cierre de las Cortes y retrasar su disolución a febrero para que las elecciones se celebrasen en marzo, quizá incluso a principios de abril, apenas contarían con tres meses para maniobrar. Y puesto que no se podía esperar, la repetición de mensajes que resaltaban el perfil liberal y centrista del gobierno comenzó desde el momento mismo de su nombramiento. La imagen que ofrecían se completaba con otras dos ideas esenciales: se trataba de un ministerio republicano y respetuoso con la competición democrática. En este sentido resulta muy significativa la nota ministerial que elaboraron durante el primer consejo y que la publicaron todos los grandes diarios el 1 de enero. En ella el gobierno se autodefinía y explicaba sus objetivos y planteamientos, convirtiendo el documento en toda una declaración de intenciones:

Este Gobierno se ha constituido en una hora de preocupación y de gravedad, con el fin de realizar una obra de pacificación y de reconstrucción del país. La hostilidad implacable entre derechas e izquierdas; los rumbos exterminadores, con sus caracteres de guerra civil, que no se detienen ni ante los más altos Poderes, salvaguardados en todos los países por el respeto ciudadano, abren, más que un interrogante, una sima ante el país, y alcanzarían con sus estragos a las propias fracciones amenazadas y alternativas violencias. El vencido de hoy sería el vencedor de mañana, y España no resistiría a esta constante convulsión. No puede admitirse que la bandera del orden sirva de provocación para el desorden. Implican además tales actuaciones la negación del concepto de patria, porque ésta significa una solidaridad para servir los más elevados intereses, sacrificándoles particulares empeños y lo que sea permitido de las propias ideologías. Y esta solidaridad, condición esencial de la vida nacional, sólo puede obtenerse mediante el régimen de democracia, de libertad y de Justicia que nuestra Constitución proclama. Tiene, pues, el Gobierno un contenido político impuesto por exigencias de la realidad, y que puede definirse bajo el dictado de un centro republicano que sirva de regulador y

de ponderado equilibrio en nuestra organización política; centro republicano en el cual puedan confederarse las tendencias y organizaciones abarcadas por esta organización, con todo resguardo para su interna autonomía.

Como principios fundamentales, obedecerá a los de democracia, de libertad, de Justicia y de sistema parlamentario, ya señalados, y a los que a continuación se consignan:

Respeto para todas las ideologías sometidas a las leyes de la República, para todas las propagandas y para todas las libertades que no se salgan de la ley coaccionando al Poder público o acudiendo a actuaciones subversivas.

El Gobierno responde del orden público en toda España y ofrece al país aquella confianza que es base indispensable de la prosperidad y devuelve plena eficacia a los órganos del Poder.

La propiedad privada, las aspiraciones justas del trabajo, los intereses económicos debidamente coordinados con los intereses generales; la fecunda libertad de iniciativa, serán estimulados y favorecidos, en el convencimiento de que la prosperidad nacional es el mejor asiento para la mejora de la Hacienda pública y para el bienestar de los diversos estamentos y clases de la nación. Los sentimientos y convencimientos arraigados en el alma española dentro de las normas legales serán respetados, para llevar al país la interior satisfacción que le devuelva ese gran bien que son la calma y la paz. Se busca, pues, la defensa de las instituciones republicanas contra los ataques de toda categoría, afirmando la virilidad del Poder público y una acuciosa solicitud para todas las esencias constructivas de la vida nacional. Para esta obra reclama el Gobierno la asistencia ciudadana, no sólo en su actuación gubernamental sino también cuando se llegue al momento de proceder a la consulta electoral. En ese momento, ya acordado por el anterior Gabinete, el Gobierno procederá con absoluto respeto para la libre emisión del sufragio. No pretende esta declaración atraer a quienes, apasionados en una disciplina política desoyen toda reflexión, sino que se dirige principalmente a esa gran masa de ciudadanos que mantiene la independencia de su conciencia política y que, pensando en la patria, anhela la paz y la prosperidad de España.<sup>342</sup>

La estructura del texto es sencilla, pero efectiva, pues intercalaba todos los mensajes que Portela deseaba colocar. Así, comenzaba con una descripción del panorama de enfrentamiento que vivía el país por la “hostilidad implacable entre derechas e izquierdas”, criticando su comportamiento y sobre todo, las consecuencias futuras de división, violencia y fractura social que acarrearía el proceso si no se cortaba. Frente a este proceder destructivo, el gobierno se presentaba como la alternativa sensata encargada de pacificar y reconstruir. A pesar de la descripción general de actuaciones

---

<sup>342</sup> *El Sol*, 1.01.1936, p.

provocadoras de enfrentamientos desde los dos extremos del arco ideológico, el escrito era especialmente duro con las derechas y aunque no pronunciaba su nombre, dejaba un recado a la CEDA y a Gil Robles, negándole y trayendo para sí dos de sus grandes valores: el orden y la patria. El orden, porque con su presunta defensa del mismo lo que provocaba era desorden, acentuando el conflicto. La patria, porque su comportamiento era egoísta y sólo atendía a sus propios intereses, negando con ello su interpretación solidaria garante de la vida nacional. En su definición de patria, la nota expresaba una vez más los principios del nacionalismo cívico republicano que Portela había defendido en otras ocasiones y al identificar estos valores con los de democracia, libertad y justicia recogidos en la Constitución, dirigía un guiño a la izquierda republicana.

La actuación política del gabinete buscaba ofrecer una respuesta a la realidad en la que se insertaba y para ello quería constituir una opción de centro de carácter republicano que pudiese acoger tendencias diversas. Bajo este paraguas, les ofrecía la posibilidad de colaborar sin perder por ello su autonomía, de modo que el gobierno, por sus características, serviría de equilibrio entre las opciones más conservadoras y las más orientadas a la izquierda que se sumasen al proyecto. Pensando en ambas, la declaración hacía gestos, por un lado hacia la derecha más moderada, hablando de respeto a la propiedad y a las instituciones, orden, prosperidad, paz social..., y por otra, a la izquierda republicana, insistiendo en la concepción democrática, la neutralidad, los valores republicanos, la Constitución... De forma vaga, pero sin olvidarse de citar los conceptos más sonoros. Por último, el cierre se dirigía a los ciudadanos, a quienes no sólo solicitaba su apoyo para las decisiones políticas que tomaran: ante todo les pedía que lo manifestasen en las urnas. Así, la nota concluía pidiendo el voto de esa amplia “masa” independiente de las grandes ideologías, testigo arrastrado en su realidad por los enfrentamientos de las “minorías apasionadas”, a la que identificaba con su programa a partir del deseo compartido de paz y prosperidad y de su preocupación por la patria.

La declaración ministerial, al igual que la actuación del gobierno en estos primeros compases, buscaba favorecer una candidatura de centro amplia a partir de relaciones interpersonales, políticas y amistosas. El Partido de Centro Democrático que se iba a crear desde el consejo de ministros se nutriría fundamentalmente de liberales

procedentes de la Restauración, de personal procedente del fragmentado Partido Radical, de independientes y de algún que otro autonomista, acompañado de otros pequeños partidos republicanos o candidatos de grupos conservadores que no quisieran integrarse en la CEDA. Pero los obstáculos que tenía que superar para conseguir este propósito se demostraron, al menos grosso modo, insalvables. El primer escollo era el sistema electoral que seguía vigente y que, como ya se ha visto, favorecía la formación de grandes coaliciones. Y derivado de este, la segunda gran dificultad es que los dos bloques que podían encarar los comicios en competición por oposición ya estaban preconfigurados.

Mirando hacia la derecha y a pesar de las tensiones que presidían las relaciones entre los monárquicos de Renovación Española y los integrantes de la CEDA, lo que dificultó enormemente el proceso de configuración de las candidaturas e incluso hizo imposible la redacción de un manifiesto electoral conjunto, la convicción de ambos grupos de que se necesitaban mutuamente para obtener los votos necesarios para la victoria les empujó a presentarse unidos. Y los pequeños partidos conservadores que orbitaban a su alrededor no se atrevieron, en su mayoría, a experimentar con una alternativa cuyo éxito no veían claro. Enfrente el pacto republicano de izquierdas era una realidad que había avanzado considerablemente desde la nota conjunta firmada por Azaña, Sánchez Román y Martínez Barrio con motivo del aniversario de la República en abril de 1935. En diciembre la coalición electoral ya era un hecho. Contaba con el respaldo de Izquierda Republicana y de Unión Republicana, la dirección del PSOE ya había designado su representación para la comisión electoral y UGT había aceptado la alianza. Incluso las fuerzas más a la izquierda de las organizaciones marxistas, el POUM y la Federación de Juventudes Socialistas, habían aceptado el pacto a pesar de sus reticencias. De esta manera los principales grupos republicanos de izquierda o centro-izquierda, así como los grupos obreros organizados políticamente, se habían unido al acuerdo de alguna manera. Su relación no era idílica ni se puede decir que formasen un bloque compacto que compartiese un proyecto y contase con una perspectiva similar sobre la realidad sociopolítica, pero la coyuntura electoral favoreció su unión, al menos de cara a los comicios. La alianza ya recibía a aquellas alturas el nombre de Frente Popular, aunque el dominio de los republicanos, indiscutible tanto en



la actuación del Comité Electoral como en el texto del manifiesto que redactaron o en la confección de candidaturas, evidenciaba que no se trataba de un frente sino de una coalición. Y esta coalición no era compatible con la apuesta de una candidatura centrista que proponía el gobierno, ni siquiera con la opción de establecer un reparto de fuerzas cordial que les permitiese compartir lista en un número significativo de circunscripciones. El reparto de puestos en las listas que elaboró el bloque de izquierdas supuso una labor ardua de encaje que plasmó el peso de cada grupo, privilegiando la presencia de los candidatos de Izquierda Republicana, colocando al PSOE como segunda fuerza con más puestos y dejando insatisfechos a todos los demás grupos, excepto al Partido Comunista. Sumar a este mosaico de intereses los de los grupos del centro era inviable más allá de distritos concretos en los que las relaciones interpersonales y la política “de pasillos y café” pudieran favorecerlas.<sup>343</sup>

Aunque todavía no tenían fecha, las elecciones fueron ya el motor de la actividad del gobierno durante los primeros días de enero, en un primer momento, sobre todo, a través de acciones indirectas con las que se empezó a preparar el terreno tanto para su control y desarrollo como para fortalecer esa tercera candidatura en discordia. Así, se produjo un importante relevo en los principales puestos de la administración local, de manera muy especial en los gobiernos civiles, con un cambio de nombres casi general con el que, al más puro estilo de la Restauración, se ponía en marcha la maquinaria electoral del gobierno. Además, se aprobaron medidas concretas que favorecían a las localidades y provincias de origen de algunos ministros o bien a provincias por las que iban a presentar su candidatura en las elecciones, en busca del correspondiente rédito electoral. Así se puede leer, por ejemplo, la resolución positiva de diversos expedientes incoados sobre la petición de varios ayuntamientos pontevedreses para la construcción de nuevas escuelas que llevaban meses parados. El gobierno no sólo los descongeló sino que aceleró su resolución, aprobando su construcción e iniciando los trámites para que comenzasen las obras, decisiones que se vendieron convenientemente a la prensa como logro de los dos prohombres pontevedreses que formaban parte del consejo: Urzáiz y Portela. *El Pueblo Gallego*, que no sólo era el diario del presidente sino

---

<sup>343</sup> JULIÁ DÍAZ, Santos: *Orígenes del Frente Popular (1934-1936)*. Madrid, Siglo XXI, 1979, pp. 101, 124, 136-137, 146-149; TUSELL, Javier: *Las elecciones del Frente Popular*. Madrid, Editorial Cuadernos para el Diálogo, 1971, pp. 15-24

también el de mayor importancia entre los lectores de la provincia, sobre todo los no conservadores, fue promotor, como se puede suponer, de los mayores elogios. No sería la única inversión desbloqueada dirigida a Galicia. El presidente del consejo consideraba su región natal como una de las grandes esperanzas del centro de cara a las elecciones, así que fue una de las principales destinatarias de este tipo de política de inversión en busca de réditos electorales. En esta línea puede interpretarse la decisión del gobierno de destinar la cantidad sobrante en la consignación anual del ferrocarril a la línea Zamora-Ourense-Coruña, la mayor reivindicación gallega en cuestión de comunicaciones. Los rivales de Portela tildaron esta decisión de maniobra electoralista, aunque es justo reconocer que no se trataba de un tema en el que centrarse su atención de repente. Tanto él como su diario llevaban años haciendo campaña continua a favor de la promoción de este recorrido y que en sus anotaciones de preparación para las reuniones del consejo de ministros durante el verano de 1935 aparece todo un argumentario en defensa de la no retirada de fondos para la construcción de esta línea, apelando a su carácter de infraestructura básica para vertebrar la vida económica de Galicia y garantizar su enlace con Madrid.<sup>344</sup>

Si bien las cuestiones directa o indirectamente electorales ocuparon el grueso de la actividad ministerial, el gobierno también tuvo margen para atender otros temas, en su mayoría expedientes que habían quedado sin cerrar del anterior gabinete, como la publicación del decreto comercial con Francia a través del cual Portela conoció a Henri Bonnet, ministro con quien mantendría conversaciones durante la Guerra Civil, o bien puntos en apariencia menores, pero vitales para la práctica de políticas públicas variadas. La aprobación de este tipo de medidas era esencial para garantizar el normal funcionamiento del país, cuya vida no podía paralizarse del todo hasta después de las elecciones. Estas medidas afectaban sobre todo a la gestión de obras públicas, enseñanza o sanidad, así como al funcionamiento institucional y a la adquisición de

---

<sup>344</sup> Sobre las escuelas pontevedresas, *Gaceta de Madrid*, nº 3, 3.01.1936, p. 96. Sobre el ferrocarril Zamora-Ourense-Coruña, *El Pueblo Gallego*, 14.01.1936, p. 1 e “Informe de la Compañía del Oeste sobre la inversión de la línea de ferrocarril Zamora-Santiago-Coruña y otras anotaciones”, en Biblioteca de Catalunya, Fondo Portela Valladares, exp. 1, legajo 1.

suministros por parte de los distintos departamentos.<sup>345</sup>

Aparte de estas cuestiones, el proyecto no electoral más importante que comenzó a gestarse durante esta etapa fue la elaboración de un reglamento para la Policía Gubernativa del que se encargó Vicente Santiago, director general de Seguridad desde el 19 de diciembre. Su nombramiento fue recibido de manera positiva por los sectores más civilistas de la policía, que veían en su perfil técnico, en su experiencia como miembro de la Guardia Civil y no del ejército y en su trayectoria al frente de la Oficina de Información y Enlace un alivio después de tantos meses de presiones militaristas. El 26 de diciembre se constituyeron dos comisiones para la redacción del reglamento cuyo objetivo era tener el borrador listo no más allá del 30 de enero. El preámbulo de la disposición que aprobaba estas comisiones establecía que el reglamento sería la base de una ley orgánica que daría “carácter estable a la organización de los servicios y lleve a los funcionarios la satisfacción interior que supone el logro inmediato de una de sus aspiraciones”. Se buscaba, así, reforzar el carácter civil del cuerpo y su fortalecimiento, intentando de este modo paliar uno de los grandes problemas del orden público: la escasez de medios y su fuerte dependencia del ejército, quien por la debilidad estructural y de recursos de los cuerpos policiales resultaba ser, demasiado a menudo, la solución final para los conflictos de seguridad más graves. Este proyecto buscaba dar forma a un cambio de visión en este tema, avanzando en una concepción de seguridad más moderna y alejada de la perspectiva militarista. Esta misma perspectiva explica la decisión del gobierno Portela de conceder el derecho al voto a los guardias de asalto y seguridad, lo que suponía el reconocimiento pleno de su carácter civil a diferencia de los soldados o los guardias civiles, gracias a que se habían frustrado los planes militaristas que Gil Robles había tratado de imponer a lo largo de 1935. Los resultados electorales y el cambio de gobierno frustrarían el proyecto, dejando en agua de borrajas la reforma civilista de Santiago y de Portela.<sup>346</sup>

---

<sup>345</sup> Por ejemplo, compra de material para el ejército, *Gaceta de Madrid*, nº1, 1.01.1936, pp. 29-30. Se pueden encontrar más ejemplos en la *Gaceta* a lo largo de todo el mes de enero.

<sup>346</sup> “El reglamento de Policía Gubernativa”, en *Policía Española*, 16.01.1936, p. 2; “Circular disponiendo que los Guardias de Asalto y de Seguridad tienen derecho a emitir su voto en las próximas elecciones”, *Gaceta de Madrid*, 09.02.1936, nº 40, pp. 1.228-1.229.

A partir del 7 de enero, con la publicación precipitada del decreto de disolución de Cortes, la actuación no electoral del gobierno quedó eclipsada. La *Gaceta* había publicado el día 2 el decreto que prorrogaba la suspensión de sesiones parlamentarias durante todo el mes de enero, alegando que se mantenían los motivos que habían llevado a la suspensión, aumentados incluso por la crisis ministerial y la formación de un nuevo gobierno. En un principio y salvo por parte de la CEDA y de Gil Robles, la prórroga fue bien recibida. Incluso el presidente del Congreso, Santiago Alba, que había manifestado sus recelos en diciembre, cuando se aprobó la suspensión, mostró en esta ocasión una actitud más receptiva. Estas reacciones dejaron satisfecho a Alcalá Zamora, quien creyó entonces que había opciones para que se cumpliese su deseo y el de Portela de no “precipitar una convocatoria, cuya pausa permite continuar serenando pasiones, efecto que ya empieza a percibirse”. Pero se equivocaba. Los monárquicos, “alfonsinos y carlistas”, alegando que esta actuación vulneraba la misma Constitución republicana que ellos rechazaban, presentaron a Alba dos proposiciones de acusación: una, contra el gobierno y otra, contra el presidente de la República, en las que denunciaban los decretos de suspensión de Cortes y de prórroga de presupuestos. Con ello buscaban o bien obligar a que se reuniese el parlamento para poder así contribuir a derribar el gobierno, o bien acelerar la publicación del decreto de disolución. Gil Robles se sumó a la acusación, que al estar firmada por cuarenta y tres diputados que exigían la reunión de las Cortes, hacía que esta tuviera que producirse. Para evitarla y con ello el derribo del gobierno, el decreto de disolución se convirtió en un hecho. Las elecciones quedaron convocadas para el domingo 16 de febrero.<sup>347</sup>

Portela había prometido que las elecciones se celebrarían en una situación de normalidad constitucional y cumplió su palabra. El 7 de enero, junto al decreto de disolución de Cortes se aprobó levantar el estado de alarma y el de prevención en aquellas provincias donde aún estaba en vigor. De este modo se restablecían las garantías constitucionales en todo el país, una situación realmente excepcional durante los años de la Segunda República. El gobierno se encargó de mantener una libertad de prensa y de reunión total, al tiempo que reguló escrupulosamente el desarrollo de los

---

<sup>347</sup> *Gaceta de Madrid*, nº 2, 2.01.1936, p.51; ALCALÁ ZAMORA, Niceto: *Asalto a la República. Diarios Enero-Abril de 1936*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2011, pp. 56-68. La convocatoria de elecciones en *El Sol*, 8.01.1936, p. 1.

actos de propaganda. Las injurias contra las instituciones o contra el régimen quedaron prohibidas, así como cualquier exaltación verbal a la sedición o al atentado, los ataques a naciones extranjeras, las críticas a los dogmas de cualquier religión o cualquier exaltación a la violencia. Si los oradores se saltaban alguno de estos puntos, los delegados gubernativos debían suspender los mítines, quedando los infractores a disposición judicial. De acuerdo con la disposición que había promovido Portela antes de verano, los emblemas y ropajes paramilitares también estaban prohibidos y el uso de armas a particulares se restringió escrupulosamente, de tal manera que los propagandistas no podían portarlas durante los actos políticos, ni siquiera en el caso de que tuviesen registrada su licencia. Para poder garantizar la normalidad constitucional resultaba preciso controlar el orden público, por lo que la cadena de seguridad, de Gobernación a los gobiernos civiles se mantuvo alerta redoblando su vigilancia.<sup>348</sup>

Especial importancia merece la situación de la prensa. Por primera vez, tras casi dos años de estado de excepción y otras restricciones previas, como la Ley de Defensa de la República, los periódicos volvieron a informar con plena libertad durante la campaña electoral. Un paréntesis de treinta y nueve días de libertad de prensa que el 17 de febrero se volvió a cerrar. Aunque esta libertad ofrecía algunos matices, como el hecho de que no incluía la radio, considerada un medio público de interés general, por lo que se reservaba en exclusiva para el gobierno, o tampoco los carteles de propaganda electoral, que para poder circular debían ser sellados previamente en los gobiernos civiles. Con todo, merece la pena destacar que esta campaña electoral fue el único período de la Segunda República en el que estuvo vigente la libertad de prensa, aunque fuese limitada de este modo.<sup>349</sup>

Comenzaba la cuenta atrás hacia unas elecciones en las que Portela y su gobierno eran parte y juez, por lo que su equipo concentró sus esfuerzos en ambas direcciones: la preparación de su propia candidatura y la gestión de la maquinaria gubernamental encargada de velar por el desarrollo pacífico de las mismas.

---

<sup>348</sup> *Gaceta de Madrid*, nº 8, 8.01.1936, pp. 203-204; DEL REY REGUILLO, Fernando: *Paisanos en lucha. Exclusión política y violencia en la Segunda República española*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2009, pp. 472-473; *El Sol*, 15.02.1936, p. 1.

<sup>349</sup> SINOVA, Justino: *La Prensa en la Segunda República española. Historia de una libertad frustrada*, Barcelona: Editorial Debate, 2006, pp. 384-389.

## 8.2 La candidatura del Partido de Centro

Cuando el 7 de enero de 1936 se firmó el decreto de disolución de las segundas Cortes republicanas y se publicó la convocatoria de elecciones para el 16 de febrero, tan sólo habían pasado veinticuatro días desde que Portela había sido nombrado jefe de gobierno y apenas siete desde la constitución de su segundo gabinete, que a diferencia del primero sí estaba formado íntegramente por políticos próximos a sus ideas. Esta premura fue vista por el presidente del consejo como una dificultad añadida para su proyecto de conformar desde el poder una alternativa de centro con posibilidades de obtener un número de diputados considerable:

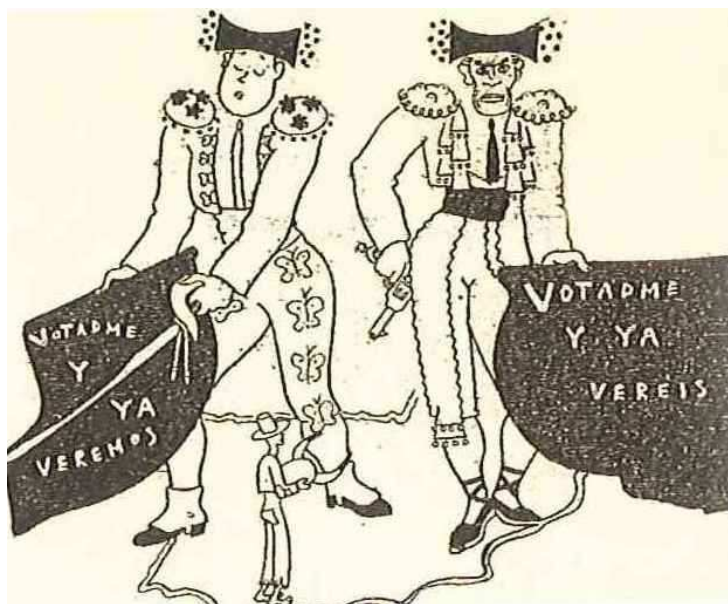
Mis cálculos y propósitos eran no publicar el Decreto de Disolución hasta bien entrado el mes de febrero, dedicando este mes y medio a dar unidad a los órganos del poder, tomándolos bien en mano; a rectificar nombramientos de altos funcionarios y gobernadores, y, en fin, y sobre todo, a renovar ante la opinión aquel modo de gobierno afirmativo de la libertad y el orden que con tanto favor recibiera en mis gestiones públicas anteriores para arrostrar cuarenta días después (el plazo máximo de la ley) la consulta al sufragio sobre los fines de abril. Un nuevo partido o significado necesita el auxilio del tiempo para hacerse un hueco y entrar en la llamada masa neutra, encauzando sus simpatías y llevando, si gobierna bien, esta ventaja a las organizaciones que había porfiado en los dos bienios anteriores por hacerlo a cual peor. Estaba cierto de no equivocarme en estos planes. Vinieron abajo al tener que abreviar aquellos términos por la intervención de factores que no podían preverse y que si bien fueron vencidos dejaron la secuela terrible de trastornar la mecánica política toda.<sup>350</sup>

A partir de ese momento comenzaron los movimientos de los partidos para diseñar sus candidaturas, teniendo siempre presente la importancia de formar parte de una coalición en aquellos distritos donde las expectativas de voto en solitario no ofrecían las garantías necesarias. La izquierda, unida en torno al pacto republicano-socialista, consiguió coser un grupo diverso a partir de la necesidad de unión que se derivaba del sistema electoral así como del interés compartido de una amnistía política. La derecha, en cambio, encontró más dificultades. La supremacía de la CEDA sobre las

---

<sup>350</sup> PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias...*, op. cit., pp. 160-161.

demás fuerzas conservadoras no servía como elemento aglutinador sino que más bien aumentó las tensiones entre ellas. La rivalidad entre Gil Robles y Calvo Sotelo tampoco resultaba de ayuda y privó al bloque de una dirección precisa. Esta falta de cohesión por parte de las derechas les impidió tener un programa común y ni siquiera llegaron a publicar un manifiesto en el que se resumieran sus propuestas.<sup>351</sup>



Arriba, nº 21, 12.12.1935

En este contexto, la estrategia del Partido de Centro fue, en primer lugar, mirar hacia la izquierda, buscando un pacto con Izquierda Republicana a través de conversaciones entre Portela y su amigo y viejo compañero en lides masónicas, Augusto Barcia. A pesar de la buena sintonía existente entre ambos políticos, las negociaciones no llegaron a cuajar. La formación del Frente Popular y su decisión de presentar listas completas a las mayorías no dejaba margen para situar a los candidatos

---

<sup>351</sup> TUSSEL, Javier: *Las elecciones de...*, op. cit., p. 44; GRANDÍO SEOANE, Emilio: *Los orígenes de la derecha gallega: la C.E.D.A. en Galicia (1931-1936)*, Sada (A Coruña): Edición do Castro, p. 247; GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos: *Historia de las derechas españolas. De la Ilustración a nuestros días*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2000; GIL PECHARROMAN, Julio: *Conservadores subversivos. La derecha autoritaria Alfonsina (1913-1936)*. Madrid, EUDEMA, 1994.

del gobierno después de colocar a los candidatos de los miembros de su alianza. Quedaba la opción de la derecha, pero tras la presión y las numerosas críticas que este bloque había dirigido al gobierno y de los ataques de Gil Robles a Portela no parecía una salida fácil. El líder cedista incluso realizó una gira por Galicia en el mes de enero con el objetivo de desprestigiar al presidente del consejo de ministros en su propio feudo. Las declaraciones del presidente a la prensa durante la primera fase de la campaña tampoco se quedaron atrás en dureza y fueron pródigas en mensajes a Gil Robles y a la CEDA en los que dejaba claro que el gobierno no toleraría movimientos que tuviesen la pretensión de llevar el régimen por el camino del autoritarismo.<sup>352</sup>

A pesar de estas diferencias y del convencimiento de Portela de que el peso de la CEDA debía ser menor en el nuevo parlamento, el pragmatismo caracterizó la conformación de las listas. Las negociaciones para la elaboración de las candidaturas se enfocaron circunscripción por circunscripción y en muchas de ellas los candidatos del Partido de Centro terminaron apareciendo junto a las derechas. Tras un proceso complejo, el partido del gobierno presentó candidatos en treinta y seis de las sesenta circunscripciones. En la mitad de ellas, es decir, dieciocho, los centristas compartieron lista con los miembros del Bloque Contrarrevolucionario, aunque apenas hicieron actos de propaganda electoral en común. En los restantes distritos en los que hubo candidatos de centro, tan sólo en Lugo se presentó en unión con la izquierda. En los otros diecisiete casos los centristas iban en solitario, optando en la mayor parte de ellos a los puestos de las minorías. Entre estas diecisiete circunscripciones se incluían las de Salamanca y Ciudad Real pues, a pesar de que ninguno de los candidatos de estas provincias apareció con la denominación de Partido de Centro sino con etiquetas como progresistas, independientes republicanos o republicanos conservadores, eran listas inequívocamente centristas y vinculadas al gobierno. De hecho, ambas estaban encabezadas por dos de sus principales ministros, Filiberto Villalobos en el caso de Salamanca, y Cirilo del Río en el de Ciudad Real.

También se pueden considerar listas centristas en solitario las de Segovia y Valencia provincia, puesto que iban encabezadas por candidatos del Partido de Centro

---

<sup>352</sup> PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias...*, op.cit., pp.163-164; GRANDÍO SEOANE, Emilio: *Los orígenes...*, op. cit., p. 244.



junto a dos progresistas, en el caso de la provincia castellana, y junto a los autodenominados autonomistas (antiguos miembros del PURA, ya alejados del Partido Radical en ese momento) en la circunscripción levantina. En ambos casos había, además, otra lista de derecha, lo que deja claro que no hubo acuerdos con el Bloque Nacional en ellas. Los distritos en los que optaron a las mayorías son aquellos en los que los miembros del Partido de Centro contaban con un mayor arraigo y, por tanto, Portela y sus aliados consideraban que tenían opciones reales de conseguir un buen resultado. Así sucedía, por ejemplo, en los casos ya citados de Salamanca y Segovia, y especialmente en Galicia, que fue la gran apuesta del Partido de Centro.<sup>353</sup>

En el resto de distritos, veinticuatro, donde no hubo candidatos vinculados con la lista del gobierno, la decisión de no presentarse vino impulsada por el convencimiento de que no había espacio electoral para ellos. Esto podía deberse a que el distrito apareciese claramente decantado hacia uno de los dos grandes bloques o a que no se contase con políticos afines con alguna opción de éxito o interés en participar en el proyecto. Había una tercera opción, en la que se encuadraban las circunscripciones vascas y catalanas. En ellas se consideró preferible dejar el terreno en manos de los nacionalismos conservadores respectivos, creyendo innecesario competir por un espacio en el que estas alternativas jugaban con ventaja. Además, Portela tenía el convencimiento de que una vez en el parlamento se podría contar con el apoyo de ambas fuerzas a su política moderada por la afinidad que existía entre ellas y su proyecto, a lo que había que añadir la buena relación que el presidente mantenía con el Partido Nacionalista Vasco y con la Lliga gracias a su trayectoria personal favorable a la autonomía. Es importante recordar que en el momento de comenzar las negociaciones, el gobierno contaba con una rica fuente de información, los cuestionarios de Gobernación, lo que le ayudó a ponderar la posibilidad de alianzas, el peso de las demás fuerzas políticas o el grado de arraigo de partidos que ocupaban un espacio similar al que querían pelear. Los datos procedentes de estas encuestas resultaron clave para sopesar qué provincias pelear con más interés o en cuáles no merecía la pena intentarlo.

Por tanto, el panorama final de candidaturas del Partido de Centro y afines era el

---

<sup>353</sup> Archivo Histórico Nacional, FC Mº Interior Serie A Leg. 32, Carp. 1.

siguiente. Se presentó en treinta y seis circunscripciones, en dieciocho de ellas con la candidatura de derechas, en otras diecisiete en solitario y sólo en una, la de Lugo, en unión con las izquierdas. Donde se presentaba en solitario optaba casi siempre a las minorías, excepto en los casos de Salamanca, Segovia y Valencia, así como en tres de las cuatro provincias gallegas (Pontevedra, A Coruña y Ourense), que eran la gran apuesta y esperanza del proyecto portelista. En total fueron cien candidatos del Partido de Centro o afines al gobierno. De ellos setenta y tres aparecían bajo esta denominación específica, nueve bajo el nombre de progresistas, otros nueve como autonomistas valencianos y otros nueve bajo otras designaciones: independiente republicano, liberal-demócrata, agrario, indefinido, republicano conservador, radical y aragonesista).

**Cuadro 1: Resumen de las candidaturas del Partido de Centro y afines por distrito y según su distribución en listas.**

TOTAL DE CIRCUNSCRIPCIONES CON CANDIDATOS DE CENTRO O AFINES	TOTAL DE CANDIDATOS DEL PARTIDO DE CENTRO Y AFINES	TOTAL DE CIRCUNSCRIPCIONES CON CANDIDATURA EN SOLITARIO	TOTAL DE CIRCUNSCRIPCIONES EN LAS QUE SE PRESENTAN CON LA DERECHA	TOTAL DE CIRCUNSCRIPCIONES EN LAS QUE SE PRESENTAN CON LA IZQUIERDA
36	100 (73 Ptdo. Centro +9 progresistas +9 autonomistas +9 otras denominaciones)	17	18	1

**FUENTE:** Elaboración propia a partir de la “Lista oficial de candidatos a las Elecciones Generales de Diputados a Cortes, 16 de Febrero de 1936”; Archivo Histórico Nacional, FC\_Mº Interior\_Serie A\_Leg. 32, Carp. 1.

**Cuadro 2:**

**Distritos con candidatos del Partido de Centro y afines y su distribución en listas**

<b>CIRCUNSCRIPCIÓN</b>	<b>CANDIDATOS P.CENTRO O AFINES</b>	<b>EN SOLITARIO</b>	<b>EN COALICIÓN DERECHAS</b>	<b>EN COALICIÓN IZQUIERDAS</b>
Albacete	1		Sí	
Alicante	3		Sí	
Almería	2	Sí		
Ávila	1+1 progresista		Sí	
Badajoz	2		Sí	
Baleares	3		Sí	
Cáceres	2		Sí	
Cádiz	2		Sí	
Castellón	1	Sí		
Ciudad Real	3 progresistas	Sí		
Coruña	6	Sí		
Cuenca	2	Sí		
Granada	1		Sí	
Guadalajara	1	Sí		
Guipúzcoa	1	Sí		
Huelva	1		Sí	
Jaén	1		Sí	
León	2		Sí	
Lugo	4			Sí
Madrid provincia	1		Sí	
Málaga provincia	1+1progresista		Sí	
Melilla	1	Sí		
Murcia provincia	3		Sí	
Ourense	7	Sí		
Las Palmas	3		Sí	
Pontevedra	10	Sí		
Salamanca	5 (liberales afines al gobierno)	Sí		
Segovia	2+2 progresistas	Sí		

CIRCUNSCRIPCIÓN	CANDIDATOS P.CENTRO O AFINES	EN SOLITARIO	EN COALICIÓN DERECHAS	EN COALICIÓN IZQUIERDAS
Sevilla provincia	2+1 progresista		Sí	
Teruel	1		Sí	
Toledo	1 progresista	Sí		
Valencia provincia	1+9 autonomistas	Sí		
Zamora	2	Sí		
Zaragoza provincia	1 radical +2 rep.independ. +1 aragonesista	Sí		

**FUENTE:** Elaboración propia a partir de la “Lista oficial de candidatos a las Elecciones Generales de Diputados a Cortes, 16 de Febrero de 1936”; Archivo Histórico Nacional, FC Mº Interior Serie A Leg. 32, Carp. 1.

Pero, ¿quiénes integraban esas listas? La identidad de los candidatos centristas era variada. En general se ajustaban a características de liberalismo y moderación, aunque su situación en el arco ideológico podía oscilar hacia la izquierda o hacia la derecha. En primer lugar, estaban los miembros del gobierno. Además de Manuel Portela, se presentaron como candidatos en estas elecciones todos los ministros excepto los dos vinculados al Ejército, Nicolás Molero Lobo, ministro de Guerra, y Antonio Azarola Gresillón, ministro de Marina. El ministro de Estado, Joaquín Urzáiz y Cadaval, se presentó por la provincia de Huelva, por donde ya había sido diputado durante la Restauración. Manuel Rico Avello, ministro de Hacienda lo hizo por el distrito de Murcia provincia; Manuel Becerra Fernández, ministro de Trabajo, Sanidad y Justicia, por Lugo, y José María Álvarez Mendizábal, ministro de Industria, Comercio y Agricultura, fue candidato por Cuenca. A ellos habría que añadir a los ya citados Filiberto Villalobos González, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, que se presentó por Salamanca, y Cirilo del Río Rodríguez, ministro de Obras Públicas y Comunicaciones, que lo hizo por Ciudad Real. Salvo estos dos, todos los demás concurrieron a las elecciones bajo la denominación específica de Partido de Centro, lo que contribuyó a institucionalizar la formación y acentuar la sensación de unidad del gobierno en torno a este proyecto.

Al margen de los miembros del gobierno, entre los otros noventa y tres candidatos del Partido de Centro o afines, aparecían, en primer lugar, un buen número de políticos de larga trayectoria que habían hecho carrera política durante la Restauración y se habían reciclado para la República. Los “viudos” de la Monarquía. La mayor parte de ellos estaban arraigados en un feudo electoral, lo que les había dado cierta fama de caciques, tenían experiencia en diversos cargos públicos y se definían como liberales. Eran compañeros de generación de Portela Valladares, en muchos casos también amigos, y coincidían con él en lo esencial de su credo político. En este esquema, además, de ministros como Urzáiz, Villalobos o del Río, encajarían otros candidatos, como Natalio Rivas, que se presentaba por Granada o Basilio Álvarez, por Ourense. También había políticos que compartían ideario con estos antiguos liberales, pero que eran más jóvenes y habían comenzado su carrera en la etapa republicana, buena parte de ellos en la órbita del Partido Radical, la mayoría en su ala más reformista, y muchos incluso desempeñando cargos públicos. Era el caso de Ricardo Samper, candidato por la provincia de Madrid que había sido presidente del consejo de ministros en 1934; de Isacio Contreras, candidato por Sevilla provincia y alcalde de la ciudad en el 34, o el de Leandro Pita Romero, ministro de Marina, sin cartera y de Estado en diversos gobiernos de Lerroux.

Pita Romero, que había sido secretario político de Portela, encajaba también en una tercera categoría de candidatos, la de personas de confianza del presidente que trabajaban o habían trabajado para él en alguna ocasión, y en su mayoría vinculados al galleguismo o el agrarismo. Sería el caso de Armando Peñamaría, su mano derecha en A Fonsagrada, nombrado gobernador civil de Pontevedra por Portela, y que se presentaba a Cortes por la provincia de Lugo. También el de Valentín Paz Andrade, director de *El Pueblo Gallego* y que pertenecía al Partido Galeguista, del que se desvinculó para formar parte del Partido de Centro. Esta decisión causó cierta polémica en el seno del galleguismo, pero contó con el beneplácito de Castelao, al que Paz Andrade consultó antes de aceptar la propuesta. El líder galleguista, que mantenía con Portela una relación de cariño y amistad, veía en la inclusión de Paz Andrade en la lista de centro por Pontevedra una oportunidad más para el galleguismo. En este grupo habría que incluir a los hombres que integraban el círculo de confianza más cercano de

Portela en Gobernación. De los cuatro más importantes, tres, es decir, todos excepto el guardia civil Vicente Santiago, fueron candidatos centristas. Ramón Fernández Mato se presentó por la provincia de Lugo, Carlos Echeguren Ocio repitió por la circunscripción de Melilla y José Martí de Vesés, su sobrino político, fue candidato por Valencia provincia. En el grupo de candidatos a los que le unía una relación personal estaba también uno de los candidatos del Partido de Centro por Alicante, José Canalejas, el hijo del hombre que más había confiado en Portela al principio de su carrera y al que le unían fuertes lazos de afecto.

Por último, dentro de las listas de centro se intentó contar con gente que aunque todavía no se había hecho un nombre en la política nacional ya había destacado en su lugar de origen. Como Antonio Carballo, joven candidato por la provincia de A Coruña que había protagonizado una meteórica carrera en los círculos republicanos de la ciudad herculina y al que se le consideraba la gran promesa del republicanismo coruñés. Carballo, además, era masón, una cualidad que compartían muchos de sus compañeros de partido. Aunque esto no se puede considerar un rasgo decisivo sirvió de excusa a la derecha para desprestigiar a la candidatura centrista durante la campaña y tras las elecciones, e incluso tras el inicio de la guerra se utilizó para justificar su supuesta colaboración con el Frente Popular para amañar las elecciones a favor de la coalición de izquierda. Aunque entre los candidatos también hubo otro que sirvió para justificar todo lo contrario. La presencia de Juan March Servera, hijo del polémico empresario Juan March, en la candidatura centrista por Baleares fue interpretada por *El Socialista* como la prueba de que este había participado en la creación del Partido de Centro, manipulando a Portela como antes había hecho con Lerroux y metiendo dinero en la candidatura.<sup>354</sup>

Pero, ¿había un programa concreto detrás de estas candidaturas? Dada la identificación del Partido de Centro con el gobierno y que la actuación de este se orientó básicamente hacia las elecciones, Portela y sus ministros suponían la cara más evidente del grupo. Por ello, el manifiesto electoral que publicó el gabinete es, probablemente, el mejor documento para conocer el contenido de su programa. Este

---

<sup>354</sup> Archivo Histórico Nacional, FC Mº Interior Serie A Leg. 32, Carp. 1; CABRERA, Mercedes: *Juan March (1880-1962)*, Madrid, Marcial Pons, 2011, p.271.

texto, presumiblemente redactado por el presidente del consejo, se publicó en la prensa el 28 de enero de 1936 y seguía la misma línea que había iniciado la primera nota del segundo gabinete Portela. Estaba dirigido “A TODOS LOS ESPAÑOLES”, a los que se les recordaba la importancia trascendental de estos comicios, en los que debían escoger entre la lucha cerrada de dos bandos irreconciliables o salir de ellos para apostar por “la convivencia, la continuidad, la marcha adelante”. Entre la guerra civil que anunciaban las derechas y la revolución preconizada por la izquierda, el gobierno se presentaba a sí mismo como una apuesta por “una obra de pacificación y de reconstrucción nacionales”. Por eso todos los ciudadanos tenían que ir a votar, para cumplir sus obligaciones y proteger «los intereses del país». Tras la apelación al público, llegaba el momento de presentarse y el gabinete lo hacía definiéndose como centro republicano, aquel que podía compensar y ponderar la polarizada política nacional, estabilizando la sociedad, que era lo que esta necesitaba para engrandecerse y prosperar. Para conseguir una mayor legitimidad democrática, Portela hermanaba su gobierno y su partido con las fuerzas centristas de Inglaterra y Francia, las “dos grandes democracias europeas”.

La presentación daba paso al desarrollo de los puntos fundamentales que articulaban su programa electoral en torno a cuatro grandes bloques: orden público, principios políticos irrenunciables, economía y Estado. Respecto al orden público, su mantenimiento se consideraba primordial para que el Estado pudiese ser considerado como tal. Afirmaba que la primera obligación de cualquier gobierno era asegurar la paz pública, pues sin ella no había opción de “vida material, de vida moral, de existencia política”. Eso suponía también ser inflexible con cualquier subversión o atentado contra el régimen y sus instituciones, viniese del sector del que viniese.

En cuanto a los principios políticos que el gobierno portelista consideraba irrenunciables, el manifiesto citaba la democracia; la libertad; la tolerancia y el mutuo respeto ciudadano; la justicia social, entendida como la defensa de las aspiraciones del trabajador y cuyo objetivo fuese mejorar las relaciones de terratenientes y campesinos, “sin privilegios ni despojos”; el respeto a la Constitución, que se modificaría únicamente siguiendo los propios cauces establecidos en ella para tal fin, y la libertad de conciencia, que se definía como un «sincero respeto para las creencias y

sentimientos religiosos» en general (incluida la ausencia de religión), con la consideración especial que merecía la profesada por la mayoría de los españoles. El tercer punto del programa del gobierno se refería a la economía. Para salir de la crisis se defendía el regreso al libre mercado, dejando atrás la economía dirigida y reservando para el Estado sólo las cuestiones de aquellos “altos intereses” que había que “salvaguardar y proteger”. Se esperaba, además, que una vez que se alcanzase la estabilidad política se generaría una etapa de confianza que, junto a estas medidas, sería suficiente para alcanzar el nivel de vida adecuado. En cuanto a los impuestos, el gobierno no era partidario de que fuesen elevados.

El último bloque se centraba en el Estado. El objetivo era alcanzar un ideal nacional de España “por encima de las antítesis partidistas que empequeñecen y miserabilizan nuestra vida”. Para ello se apostaba por reorganizar los órganos del Estado “para que rindan plena eficiencia en la función que les está asignada” y por ofrecer al Ejército y a los demás “Institutos armados” el respeto y los medios necesarios para poder desempeñar su función. El manifiesto terminaba con dos largos párrafos que apelaban a la voluntad de unión, respeto y energía en la lucha por el bien común, invitando a dejar atrás todo tipo de disputas tribales e irracionales que pudiesen desgarrar el país. Se exaltaba el progreso frente al atraso que supondría una nueva guerra civil, llamando a la reflexión antes de votar y recordando que “la debilidad de España, todos nuestros atrasos, son amargas consecuencias, tristes arrastros de las pasadas guerras civiles” y que repetir esos errores no era el deseo de la inmensa mayoría de los españoles. Un final lleno de retórica y grandes palabras que ponía un cierre sonoro a este discurso.<sup>355</sup>

A la vista de las listas de candidatos del Partido de Centro y de su manifiesto electoral es posible extraer una serie de ideas sobre la naturaleza de este proyecto. En lo que se refiere a su carácter institucional, el Partido de Centro no era un partido moderno al uso. No contaba con el respaldo de bases sociales amplias a partir de las cuales se estructurase, creando el correspondiente cuadro de mandos, sino que más bien era una amalgama de candidatos diversos, con ciertas características en común que les servían de unión. Sobre esos cimientos actuaban como cemento de cohesión las lealtades

---

<sup>355</sup> “Manifiesto electoral del Gobierno”, en *El Pueblo Gallego*, 29.01.1936, p.1.



personales y las relaciones sociales. Esto le aproximaba más a los viejos partidos dinásticos, a los grupos de amigos o partidos de notables que a los modernos partidos de masas. Esto tiene su lógica si se considera que se trataba de un partido prefabricado y que tenía que hacerse con un hueco electoral en un tiempo escaso. La pretensión era andar el camino al revés: crear la estructura institucional para después conseguir el apoyo social que pudiera fortalecer el partido y convertirlo en una asociación política con un funcionamiento más moderno.

También es coherente con el hecho de que los liberales de vieja escuela eran una parte fundamental de la formación, y que los principios liberales eran la base ideológica que tenían en común para unirse ante la cita electoral. Eso también influía en el hecho de que el discurso defendido tuviese una fuerte dosis de ambigüedad, lo que, por un lado, evitaba conflictos en torno a las posibles diferencias que los candidatos pudiesen tener entre sí en temas más puntuales. Y, por otro, daba la posibilidad de manejar un discurso más sencillo, que explotase una serie de grandes puntos para hacer llegar a un electorado lo más amplio posible. En otras palabras, para llegar a un mayor número de personas era preferible optar por grandes temas que afectasen a todos y en los que todos pudiesen estar de acuerdo. Ante la crisis de la vida política que se estaba atravesando, el Partido de Centro optaba por buscar el consenso y la unión nacional como camino para intentar amortiguar las fracturas. Por ello el manifiesto electoral, al igual que otras intervenciones del gobierno a lo largo de la campaña de 1936, utilizaba un lenguaje sencillo, claro y efectista, sin rehuir los grandes conceptos y con una evidente tendencia a la abstracción. En suma, optaba por lo sonoro, por frases que dejarasen la sensación que se quería transmitir, aunque no aportase un análisis exhaustivo ni concretara sus propuestas.

El eje del discurso era la paz social, que se defendía como la gran necesidad de la nación española para poder vivir con tranquilidad y solucionar los problemas que la perturbaban. Ese eje marcaba la naturaleza práctica del discurso portelista y su manera de entender la política. Sus temas centrales son un signo inequívoco de la naturaleza moderada del Partido de Centro: la preocupación por el atraso económico, la petición de derechos políticos individuales, el reconocimiento de la identidad y de la tradición, la apuesta por la reforma pero dentro de los canales racionales y no a través de medidas

rupturistas, y la preocupación por la educación como generadora de identidad y transmisora de mecanismos culturales y políticos. Mentalidad conservadora y burguesa, pero plenamente liberal, que apostaba por el progreso y el desarrollo a través de la estabilidad social y económica, el respeto a las libertades, la apuesta por la educación, la convivencia pacífica que mantuviese el orden público imprescindible para poder acudir a las demás necesidades de una sociedad avanzada y democrática. Como decía el lema de su campaña electoral: “Contra la guerra civil: orden, libertad, trabajo y una República gobernable”.

### 8.3 El diseño electoral del gobierno Portela

El papel que desempeña el gobierno de Portela resulta fundamental para poder entender las elecciones del 36 en toda su complejidad. La polarización creciente de la política española del momento y la visión de los comicios como un duelo derecha-izquierda, casi como un plebiscito nacional, es probablemente el principal motivo por el que se ha puesto el foco de atención en los protagonistas principales de las dos grandes coaliciones en liza, Frente Popular y Bloque antirrevolucionario. Sin embargo, dejar fuera del foco la opción centrista supone obviar un importante fragmento de la realidad de la época y nos hace correr el peligro de distorsionar nuestra percepción sobre ella. Y es que como se ha visto, por una parte, las coaliciones se articularon de acuerdo a las características propias de cada provincia por lo que su perfil no fue, ni mucho menos, monolítico. Y, por otra, el Partido de Centro no encaraba las elecciones con la intención de ser un convidado de piedra. El hecho de que las elecciones del 36 no se planteasen como una mera lucha entre bandos explica la perspectiva con la que el gobierno asumió su tarea de gestor electoral, intentando, al tiempo que cumplía sus obligaciones, crear las mejores condiciones de juego para su propia candidatura a partir de los resortes de poder que controlaba.<sup>356</sup>

---

<sup>356</sup> CASANOVA, Julián: *República y Guerra Civil*. Barcelona, Crítica, 2008, p. 151; GIL PECHARROMÁN, Julio: *Segunda República...*, op. cit., pp. 319-330; RANZATO, Gabriele: *El eclipse de la democracia. La Guerra Civil y sus orígenes*. Madrid, Siglo XXI, 2006, pp. 232-246; CABRERA, Mercedes: “República y Guerra Civil”, en JULIÁ, Santos: *Historia de España de Menéndez Pidal*, tomo 40, Madrid, Espasa Calpe, 2004; PAYNE, Stanley: *La primera democracia española. La Segunda*

Si para la configuración de las candidaturas de centro resultó fundamental la información adquirida a través de los cuestionarios que Portela distribuyó entre sus gobernadores civiles en junio de 1935, dicha información también fue de gran utilidad para el diseño electoral del gobierno. Hay que tener en cuenta que, pese a los cambios que el sistema republicano había introducido en la ley electoral, se mantenían circunstancias del período restaurador, como la composición de las mesas o las condiciones prácticas del acto de escrutinio, lo que permitía la supervivencia de comportamientos fraudulentos en el ámbito local. Tampoco se habían introducido mecanismos como la identificación del votante en el momento de emitir su sufragio, la cabina que preservase su intimidad o el sobre para introducir la papeleta, de modo que el voto secreto seguía sin estar garantizado. Y ese era uno de los puntos claves del entramado clientelar. El hecho de que la circunscripción electoral del sistema republicano fuese la provincia diluía el peso de la influencia de estas redes locales, pero ni las neutralizaba ni las hacía desaparecer. Asegurarse un núcleo de población importante y decidir hacia dónde se inclinaba su voto suponía un empujón notable para conseguir un escaño. Esto se traducía en un intento general de dominar determinadas redes, no sólo por parte del gobierno sino también de los diferentes partidos en liza, incluidos los de izquierda. Y es que controlarlas, incluso aunque no determinasen el éxito de la propia elección, garantizaba al menos que los rivales no se hiciesen con esa bolsa de votos.<sup>357</sup>

Los cuestionarios, como ya se ha señalado, daban a Portela la información necesaria para planificar del mejor modo posible las elecciones según unos objetivos prefijados de antemano desde el poder central. Estos datos no sólo le permitían esbozar un completo mapa de la situación política y social de cada localidad, sino que también le ayudaban a situar a todos los implicados en el ámbito municipal en cada paso del proceso electoral, desde el nombramiento de las mesas al escrutinio final. En este sentido resultan especialmente significativas las respuestas sobre el secretario del ayuntamiento, el juez municipal y la Junta municipal del Censo, tres poderes locales de

---

*República, 1931-1936*. Barcelona, Paidós Ibérica, 1995; JULIÁ, Santos: *Orígenes del Frente...*, op. cit.; DEL REY REGUILLO, Fernando: *Paisanos...*, op. cit., p. 473.

<sup>357</sup> GRANDÍO SEOANE, Emilio: *Caciquismo...*, op. cit., pp. 41-43. VILLA GARCÍA, *La República en las urnas. El despertar de la democracia en España*. Madrid, Marcial Pons, 2011, pp. 67-86, 95-107, 132.

gran relevancia en las clásicas tácticas caciquiles. Conocer de qué pie cojeaban permitía al gobierno saber si estarían dispuestos o no a participar en un amañeo electoral y hacia qué lado podrían inclinarse en dicho caso. Si decidían intentar controlar las elecciones en un territorio tendrían claro si con dichas autoridades tenían posibilidades de hacerlo en la línea deseada; en caso contrario, sólo tendrían que cambiarlos por personalidades más afines a los objetivos perseguidos.

Con todos estos datos bien estudiados y el decreto de disolución en la mano, sólo quedaba poner en práctica dicho plan. Y para ello había una herramienta fundamental: el gobernador civil. Una lección que Portela había aprendido en su primera batalla en Fonsagrada. El papel de los gobernadores civiles en España fue aumentando de modo creciente su proyección política a lo largo del siglo XIX. Su nombramiento se publicaba en la *Gaceta de Madrid* y desde 1932 dejó de depender del Ministerio de Gobernación para ser competencia directa de la Presidencia del Gobierno. Hilo directo entre el poder central y el local, su labor durante la Segunda República se tradujo en un baile de ceses, cambios y reposiciones de ayuntamientos y gestoras municipales que solían buscar la sintonía de colores entre los diferentes escalones del poder institucional. Su responsabilidad también incluía una serie de competencias más administrativas que políticas, como la beneficencia, el registro de asociaciones, el control de espectáculos, la regulación de mercados, la gestión de impuestos como el de consumos o de servicios públicos como el alumbrado, el alcantarillado o el sistema de aguas.<sup>358</sup>

Pero si hay una competencia con la que se tiende a identificar el poder político de los gobernadores civiles es su influencia en el desarrollo de las elecciones de la época. Eran la correa de transmisión de las inclinaciones del gobierno, los fieles guardianes del encasillado durante la Restauración, y si bien no siempre lograban imponerse a las redes locales cuando no coincidían en intenciones, contar con su apoyo era un buen punto de partida para pelear por un escaño. En la Segunda República su influencia se diluyó, pero la pervivencia de prácticas caciquiles y de manipulación

---

<sup>358</sup> RUIZ-MANJÓN CABEZA, Octavio: “Autoridades locales y partidos políticos en Andalucía durante la Segunda República”, en *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas*, nº5 (1979), pp. 167-184; GONZÁLEZ ORTA, Juan Ignacio: “Poder local...”, op. cit., pp. 19-31; SERRALONGA I URQUIDI, Joan: “El aparato provincial durante la Segunda República. Los gobernadores civiles, 1931-1939”, en *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, nº 7 (2007).

electoral seguía teniendo en esta figura un puntal de notable importancia. Eso explica que, más allá de que el cargo siguiera tendiendo a ser relativamente efímero durante este período, fueran los meses previos a las elecciones de noviembre de 1933 y de febrero del 36 los momentos de mayor baile en las poltronas provinciales. La etapa portelista destacó por su extrema movilidad, con un total de ochenta y ocho nombramientos de gobernadores civiles para un total de cuarenta y siete provincias. Algunas de ellas llegaron a tener tres e incluso cuatro gobernadores diferentes en apenas dos meses, llevando al extremo el calificativo de efímero.<sup>359</sup>

Para entender el elevado número de cambios hay que reparar, en primer lugar, en el momento en el que se produjeron dichos nombramientos. Portela Valladares fue nombrado presidente del consejo de ministros el 14 de diciembre de 1935. Esto supuso un relevo prácticamente general en los gobiernos civiles de todo el territorio nacional el 21 de diciembre. El 22, en el caso de A Coruña, Huesca y Murcia y el 24, en el de Oviedo. Tan sólo Álava, Madrid, Segovia, Vizcaya, Zamora y Zaragoza vieron como su gobernador se mantenía en el cargo. Y de ellos, únicamente los de Madrid y Segovia –el radical Francisco Javier Morata Pedreño y el republicano conservador Enrique Meneses Puertas– siguieron en su puesto hasta después de las elecciones. Respecto a la razón que llevó a Portela a no moverlos de su destino, habría que destacar que ambos eran ya gobernadores durante su etapa previa como ministro de Gobernación. En el caso de Meneses Puertas, incluso había sido nombrado durante su mandato. Además, la filiación política de este último coincidía con la de dos de los candidatos que el Partido de Centro presentó en esta circunscripción, Wenceslao Delgado García y Jerónimo García Gallego, incluidos en una lista de cuatro que completaban, adscritos al Partido de Centro, Hipólito González Parrado y José Lubizarreta. Esto no serviría para el caso de Madrid, donde el Partido de Centro no llegó a presentar candidatura, a pesar de que tanteó la posibilidad de incluir a candidatos como el escritor José Martínez Ruiz, *Azorín*, amigo personal de Portela. En este caso la confianza en Morata Pedreño, antiguo miembro del Partido Radical, y en su capacidad de gestionar según las

---

<sup>359</sup> En el cómputo de provincias se incluyen las cuatro provincias catalanas como una sola, considerando al gobernador general como si fuese el gobernador civil correspondiente. RUIZ-MANJÓN CABEZA, Octavio “Autoridades locales...”, op. cit., p. 168.

instrucciones del gobierno, se perfila como la razón decisiva.<sup>360</sup>

Los gobernadores de Álava, Vizcaya, Zamora y Zaragoza no escaparon a la segunda gran oleada de sustituciones que se produjo tras la crisis del 30 de diciembre. La incomodidad que Portela sentía con parte de su primer gabinete se extendía a un buen número de gobernadores cuya designación había venido de la mano de alguno de sus antiguos ministros. Así, entre el 1 y el 3 de enero, veinticuatro de ellos, la mitad del total, fueron cesados. Y veinte de estos gobernadores salientes, la mayor parte vinculados a la CEDA, al Partido Agrario o chapaprietistas, se quedaron sin puesto. Los cuatro restantes simplemente cambiaron de provincia: José Cobreros pasó de Lugo a Coruña; Luis Pardo Argüelles, de Coruña a León; Miguel Risueño, de Córdoba a Zaragoza, y Ramón Carreras Pons, de Sevilla a Zaragoza. Y si estos cuatro gobernadores gozaban de la confianza de Portela, lo mismo se puede decir de los once que permanecieron en su puesto desde el 21 de diciembre hasta después de las elecciones. No en vano entre ellos se encontraba gente tan próxima a Portela como los gallegos Armando Peñamaría, Tomás Salgado, Laureano Santiso y Benigno Varela. Los tres primeros, además de ser gobernadores de Pontevedra, Tenerife y Salamanca, respectivamente, fueron candidatos del Partido de Centro por Lugo, Pontevedra y Coruña. Especialmente significativo es el caso de Peñamaría. Sus treinta años de amistad y fidelidad política hicieron que Portela pensara en él para un gobierno civil cuyo control le interesaba especialmente: el de Pontevedra, la provincia por la que se presentaba en esta ocasión. Tras haber perdido su acta por Lugo en noviembre de 1933, no quiso dejar nada a la improvisación, así que empezó por designar como gobernador a alguien de su entera confianza y con experiencia en arduas peleas electorales a su favor. La candidatura de Peñamaría por Lugo se concibió como un justo premio a esa fidelidad demostrada a lo largo de los años, una recompensa que los resultados electorales hicieron realidad.

Después del 3 de enero, el mapa de gobernadores civiles parecía más o menos definido. Cuatro días después se publicaba el decreto de disolución, que si bien no llegó

---

<sup>360</sup> La lista de gobernadores y sus fechas de nombramiento, en SERRALONGA I URQUIDI, Joan: "El aparato provincial...", op. cit., pp. 32-54. Los candidatos del Partido de Centro y afines, en Archivo Histórico Nacional, FC Mº Interior Serie A Leg. 32, Carp. 1.

de manera inesperada, frustró en parte los planes de Portela, que hubiese deseado contar con, al menos, un mes más de tiempo. Esas semanas de margen habrían servido para que los nuevos gobernadores se hiciesen con la realidad del territorio que pasaban a controlar, estableciendo contactos con los partidos afines, sentando las bases de las candidaturas que se deseaba favorecer y haciendo los cambios oportunos en los poderes locales: ayuntamientos o gestoras municipales y provinciales, juzgados, delegados gubernativos... Pero la negativa de los partidos de derecha a aceptar la prórroga de la suspensión de las Cortes precipitó la convocatoria electoral. A la vista de que “ya no era posible remover las influencias malsanas infiltradas en los ayuntamientos y otros organismos de la Administración”, o lo que es lo mismo, poner en práctica el plan diseñado del modo y con el tiempo deseado, abreviar el plazo le pareció el mal menor. Así no sería el único obligado a jugar con prisas.<sup>361</sup>

Mientras corría el tiempo, el Partido de Centro fue perfilando sus candidaturas que presentaba en solitario, optando a las mayorías o minorías en función de las posibilidades con las que Portela creía contar y teniendo en cuenta los nombres y apoyos que iba recabando en esa especie de encasillado que fue construyendo. Pero sabía que había circunscripciones en las que necesitaba integrarse en una de las grandes coaliciones. La aspiración era colocar en ellas a uno o dos de sus nombres, apoyándose en la fuerza que le daba el gobierno. Su intención, pactar en la medida de lo posible con los partidos republicanos moderados, pero estos ya estaban integrados en el bloque izquierdista, cuyo trabajo llevaba meses de adelanto al de las derechas. Los portelistas llegaban tarde y sólo pudieron sumarse a la candidatura del Frente Popular en Lugo, donde jugaba con el peso de las redes de Portela en la provincia y que dejaba fuera a socialistas y comunistas. Bastante diferente al del resto de listas frentepopulistas, se asemejaba a lo que Portela hubiese deseado presentar en un número más elevado de circunscripciones. Estas trabas fueron rebajando las expectativas esperanzadas del presidente del consejo, dejando atrás los optimistas ciento cincuenta diputados a los que aspiraba en un primer momento, pero sin bajar del centenar. Alcalá Zamora creía en las opciones del proyecto gubernamental, aunque sus previsiones no eran tan generosas.

---

<sup>361</sup> CABRERA, Mercedes: “Las Cortes republicanas”, en *Ayer*, nº 20, 1995, p. 40; PORTELA VALLADARES, *Memorias...*, op. cit., p. 164.

Tampoco compartía todos los nombres que Portela había decidido incluir entre sus candidatos, pues opinaba que muchos de ellos no eran más que una debilidad del líder centrista, que cedía por razones sentimentales apostando por hombres afines a su política, compañeros de viejas batallas o gente a la que apreciaba, pero que no contaban con una organización detrás o un caudal de votos que garantizase sus posibilidades electorales.<sup>362</sup>

Con el transcurrir de los días y a pesar de seguir su dura campaña contra el proyecto de centro auspiciado por el gobierno, fundamentalmente por las posibilidades que tenían de pelear por el electorado moderado, las candidaturas de derechas comenzaron a abrirse a la alternativa de negociar con los portelistas. La posibilidad de que una tercera candidatura en discordia les restase votos les hacía temer no sólo el perder fuerza en favor de la opción centrista, sino que además, de rebote, la fragmentación del voto de centro-derecha favoreciese a la coalición de izquierdas. A mediados de enero comenzaron los contactos. El día 25 Portela manifestaba públicamente la disposición del gobierno de pactar con todos aquellos que se reconociesen dentro del régimen republicano, dejando fuera a extremistas de izquierda y derecha (explícitamente, comunistas y monárquicos), pero abriendo su abanico de opciones a todas las demás fuerzas. El 6 de febrero Portela y Gil Robles se reunían en casa de Santiago Alba para tratar del tema.<sup>363</sup>

En este contexto e influenciados por la política local, se produjeron los últimos relevos de la etapa portelista en los gobiernos civiles. Fueron once provincias las que volvieron a cambiar de gobernador. El primer cambio se produjo en Cádiz. El 12 de enero regresaba Luis Armiñán Odriozola, que había ocupado el gobierno de la provincia de mayo de 1934 al 21 de diciembre de 1935. La premura del tiempo obligaba a Portela a recurrir a alguien que conociese el terreno y sus gentes. Armiñán había trabado amistad con el exradical Julio Varela en su primera etapa como gobernador y su regreso le permitía patrocinar su candidatura, junto a José Antonio

---

<sup>362</sup> MARTÍNEZ BARRIO, Diego: *Orígenes del Frente Popular*. Buenos Aires, Patronato Hispano-Argentino de Cultura, 1943, pp. 24-26; ALCALÁ ZAMORA, Niceto: *Asalto a la...*, op. cit., pp. 125 y 149; PORTELA VALLADARES, Manuela: *Memorias...*, op. cit. pp. 163-165; GIL ROBLES, José María: *No fue posible...*, op. cit. pp. 456-458.

<sup>363</sup> ALCALÁ ZAMORA, Niceto: *Asalto...*, op. cit., pp.132-134; GIL ROBLES, José María: *No fue posible...*, op. cit. pp. 434-435.



Canal, bajo la denominación de Partido de Centro. Ambos fueron incluidos en la lista derechista en una provincia donde la CEDA era la fuerza dominante, pero no podía dejar de contar con el hombre fuerte de Renovación Española, Ramón de Carranza. Para encajar todas estas piezas de forma satisfactoria era necesario alguien que supiese manejarse y estuviese bien relacionado. Y Armiñán fue el elegido. Su única enemistad manifiesta era la de Manuel Martínez Muñoz, de Izquierda Republicana, quien lideró la lista del Frente Popular. Pero el objetivo en esta provincia era favorecer la otra coalición, así que esta mala relación no suponía un problema.<sup>364</sup>

El 22 de enero, cuando ya se había abierto la veda de las negociaciones entre derechistas y candidatos del gobierno, otras cuatro provincias cambiaron de gobernador: Burgos, Guadalajara, Huesca y Soria. La modificación de dos de ellas provocó la de las otras dos. A Burgos, llegaba Antonio Suárez-Inclán Prendes, hasta ese momento gobernador de Guadalajara. Su vacante obligó a un nuevo nombramiento, el de Miguel Risueño, que ya había sido gobernador de Córdoba y que no había llegado a tomar posesión del gobierno de Zaragoza, para el que había sido designado el 3 de enero. Suárez-Inclán pertenecía al círculo de Rico Avello, ministro portelista de Hacienda y aunque gozaba de buenas relaciones con los elementos de derecha, también tenía lazos amistosos con Ramón González Peña, líder socialista que se encontraba preso en la cárcel de Burgos. Estas redes variadas le permitían jugar entre dos aguas en una provincia donde la candidatura de centro no había encontrado hueco.<sup>365</sup>

Por su parte, Huesca y Soria intercambiaron sus respectivos gobernadores. Francisco Corpas López, que estaba destinado en Huesca volvía a Soria, provincia de la que ya había sido gobernador durante casi dos años: desde diciembre de 1933 hasta el relevo propiciado por el propio Portela el 21 de diciembre de 1935. De nuevo aparecía la prisa y la necesidad de contar con alguien que conociese bien la zona para intentar que uno de los candidatos de centro tuviese posibilidades de alzarse con el escaño de las minorías. Era la circunscripción por la que se presentaba Miguel Maura, que en las anteriores elecciones republicanas había conseguido su acta por Zamora. El traslado de

---

<sup>364</sup> PETTENGHI LACHAMBRE, José Aquiles: *Detrás del silencio...*, op. cit., pp. 166-178.

<sup>365</sup> JUZGADO MILITAR DE AVILÉS, "Consejo sumarísimo de urgencia número 8.700 contra Antonio Suárez-Inclán Prendes por delito de rebelión militar", Causa militares, 8.700/38. Archivo Militar de Ferrol.

Corpas a Soria dejaba libre el gobierno de Huesca, por lo que Portela optó por el remedio más sencillo: enviar allí al gobernador que abandonaba Soria. De este modo, el practicante Rafael Fernández Carril se encargaba de gestionar las elecciones en un distrito sin candidato propio del gobierno.

Otro que regresaba a un gobierno civil que ya había ocupado fue Ramón Carrera Pons, que se había marchado de Sevilla el 1 de enero y volvió justo un mes después, el 1 de febrero. Dejaba libre con su regreso el gobierno de Zaragoza, al que llegó Ángel Pérez Morales. En febrero también cambió el gobernador de Cáceres. El elegido fue Domingo Palmar Brandi. Y el día 6, después de la reunión entre Gil Robles y Portela, eran Castellón y Palencia las que intercambiaban sus gobernadores. Uno de los implicados era Raimundo Vidal Pazos, gallego de la CEDA, colaborador de *El Pueblo Gallego* y que había participado en el Pacto de Barrantes, promovido por Portela en 1930. Vidal Pazos dejó el gobierno de Palencia para marchar a Castellón, cruzándose con el conservador Manuel Salvadores de Blas. En Castellón se presentaba como candidato en solitario del gobierno, Juan Ribes Sanchiz, gobernador de Valencia durante todo el mandato portelista. En Palencia, por el contrario, no se presentó ninguno de sus afines.

El cambio más tardío afectó a la provincia de Cuenca, donde la destitución del radical José Andreu de Castro, gobernador desde el 34, dejó en situación de interinidad a Gonzalo Hernández, de Izquierda Republicana: el 13 de febrero, apenas tres días antes de los comicios. Era una circunscripción con candidatura abierta del gobierno, encabezada por uno de sus ministros, el de Agricultura y portavoz del gabinete, José María Álvarez de Mendizábal y Bonilla, al que acompañaba Jesús Martínez Correcher, director general de Marina Civil y Pesca. El gobierno no explicó con claridad por qué había decidido prescindir del gobernador en fecha tan tardía. El propio Mendizábal se limitó a señalar que se debía al descubrimiento “de planes de deslealtad sin precedentes”. Mientras, la prensa achacaba el cambio a la desobediencia del gobernador, que contraviniendo las instrucciones gubernamentales había intentado favorecer la candidatura derechista, una candidatura que contaba entre sus filas al general Fanjul, lo que explicaba el desagrado del gobierno. Con este movimiento final,

quedaba listo el mapa de gobernadores civiles con el que Portela y su gobierno encaraban las elecciones del 16 de febrero.<sup>366</sup>

#### **8. 4 Mecanismos de intervención gubernamental**

El cuidado en la elección del gobernador civil adecuado según las características de la provincia de destino y los objetivos que el gobierno perseguía tuvo su continuación en la puesta en marcha de la siguiente fase del proceso de control electoral. El gobernador servía de enganche entre los niveles central y local, protagonistas ambos en el desarrollo de los comicios. Era el encargado de intentar ajustar objetivos con realidad, algo no siempre sencillo y de lo que dependía, en gran medida, que las intenciones gubernamentales tuviesen algún reflejo en los resultados. Para ello tenía que bregar con unas redes locales que contaban con sus propios intereses, no siempre coincidentes con los del nivel central, y en los que rivalidades, amistades y ambiciones personales también entraban en juego, sumando o restando fuerzas. Al margen de estos rasgos particulares a los que tenían que adaptarse, también es posible distinguir en sus comportamientos una serie de patrones comunes que tendían a repetir. Dinámicas o mecanismos que eran, precisamente, su manera de cumplir con su labor gubernamental de control y mediación.

Una de las misiones principales de los nuevos gobernadores era lidiar con los elementos destacados de la política local, y si era posible, llegar a entendimientos con ellos. Si se podía llegar a un acuerdo previo, ¿por qué entrar en una guerra de fraudes y falsificaciones electorales? De este modo, la negociación y el intento de influir en la elaboración de las listas, intentando adaptar las intenciones del gobierno a los equilibrios de poder locales, fueron tácticas seguidas por los gobernadores portelistas. A veces, buscando apoyo sin desestabilizar los acuerdos previos de los integrantes originales de la coalición; otras, en cambio, apostando por la negociación dura, aunque supusiese dejar a alguno de los elementos rivales en la cuneta del acuerdo.

---

<sup>366</sup> LÓPEZ VILLAVERDE, Ángel Luis: *Cuenca durante...*, op. cit., p. 268.

Un buen ejemplo de esta actitud negociadora en busca de apoyo la encontramos en el caso de Santander. El gobernador nombrado en el reemplazo del 1 de enero, José Mazón Torrecilla, próximo a los tradicionalistas, era un buen elemento de enganche para negociar con los miembros del grupo de derechas. En esta circunscripción tenía mucho peso el bando monárquico. La Agrupación Regional Independiente, con Emilio López Bisbal a la cabeza, se encargaba de cuidar el feudo de Pedro Sainz Rodríguez, el político de Renovación Española y uno de los fundadores del Bloque Nacional. Su relación con los miembros de la CEDA era, a estas alturas de 1936, bastante tensa, como sucedía con la mayor parte de monárquicos, decepcionados por el accidentalismo de los de Gil Robles y que en la pugna por el liderazgo de las derechas que se disputaban el salmantino y Calvo Sotelo, apostaban por su caudillo. Este resquicio de fractura era favorable para los intereses gubernamentales, que en esta provincia se centraba en intentar el puesto de las minorías para Alonso Velarde Blanco, que además de candidato de centro por Santander era gobernador portelista en la provincia de Valladolid.

Con el tradicionalista Mazón Torrecilla como cara amable con la que llegar a los de Renovación, los gubernamentales organizaron una reunión en las habitaciones del gobernador civil. A ella asistieron el propio gobernador, el candidato centrista, Alonso Velarde, los miembros de Renovación Española, Emilio López Bisbal y Pedro Sainz Rodríguez, y los candidatos de la CEDA, Eduardo Pérez Molino y Pablo Ceballos Botín. El objetivo era pedir el apoyo de los candidatos de derechas para que Alonso Velarde tuviese opciones a ganar el puesto reservado a las minorías. Un puesto que como los centristas intentaban hacer ver a sus compañeros de reunión, si era para él no sería para los “marxistas”. Este argumento así como la labor de Mazón Torrecilla, que contaba con sus simpatías, los convenció, de modo que los derechistas se prestaron a ofrecerle su apoyo en la medida de sus posibilidades. Pero aunque la reunión fue un éxito, el desenlace electoral fue otra historia y Velarde Blanco no se hizo con el escaño al que aspiraba.<sup>367</sup>

---

<sup>367</sup> AUDITORÍA DE LA 6ª REGIÓN MILITAR, “Juicio sumarísimo contra Alonso Velarde Blanco”, Causa 21.212/38, Archivo Militar de Ferrol.

Otra de las armas de la que disponían los gobernadores civiles era su posibilidad de realizar cambios en la composición de ayuntamientos o gestoras municipales y provinciales. Estos cambios podían suponer o bien el traslado del poder a nuevas manos o bien su devolución a los representantes elegidos por las urnas en abril de 1931. Un ejemplo significativo del primer caso, es decir, de la sustitución de gestoras municipales y/o provinciales ya existentes por otras nuevas, es el de la provincia de Huelva. En un primer momento, el gabinete de Portela nombró gobernador civil a un hombre cercano al Partido Agrario, Fernando Olaguer Feliu. Era amigo personal de Manuel de Burgos y Mazo, cacique de la provincia alrededor del cual se articulaba el entramado agrario en Huelva. El nuevo gobernador, designado el 1 de enero, comenzó su tarea colocando al hijo de Burgos y Mazo, Manuel Burgos Domínguez, al frente de la Diputación Provincial. Al mismo tiempo, el secretario general del partido en la provincia, Antonio Morano Montiel, era designado alcalde de la capital. Con estos nombramientos, la elección parecía ponerse de cara para los agrarios. Sin embargo, los problemas comenzaron con las negociaciones para cerrar una candidatura de derechas. Los partidos no terminaban de ponerse de acuerdo. Los agrarios de Burgos y Mazo tropezaron con dos obstáculos serios: la hegemonía de la CEDA y la presencia como independiente de un ex agrario, Dionisio Cano López, rival de Burgos y Mazo, al que este consideraba un candidato de tapadillo de la agrupación de Gil Robles. La tensión creciente llevó al cacique agrario a tantear la opción de presentar una candidatura conjunta con los representantes gubernamentales: dos agrarios, dos portelistas. Pero la resistencia de Burgos y Mazo de ceder en algunos detalles llevó a un cambio de dirección en la operación, con la inclusión del ministro de Estado, Joaquín Urzáiz Cadaval, en sustitución del cacique, y el relevo de su amigo Olaguer al frente del Gobierno Civil.<sup>368</sup>

El gobernador recién llegado, Vicente Marín Casanova, que había tomado posesión de su cargo el 26 de enero, comenzó su mandato dando una vuelta de tuerca a la composición de las gestoras. Su decisión devolvió el control de los ayuntamientos a los concejales de la CEDA, que reemplazaron a los del Partido Agrario. De este modo,

---

<sup>368</sup> GIL CUADRADO, Luis Teófilo: *El Partido Agrario Español (1934-1936): Una alternativa republicana y conservadora*, Tesis doctoral defendida en la Universidad Complutense de Madrid, 2006, pp. 482-484.

los de Burgos y Mazo perdieron de un plumazo el apoyo del Gobierno Civil y el control de los poderes locales de la provincia.<sup>369</sup>

De los movimientos en sentido contrario, es decir, de la restitución de gobiernos municipales que habían sido removidos a lo largo del bienio radical-cedista, incluso antes de la revolución de octubre de 1934, resulta ejemplar el caso de la provincia de Alicante. Los ayuntamientos de Alicante capital, Alcoy, Torrevieja, Elda y Guardamar del Segura, estaban gobernados por sus respectivas comisiones gestoras, controladas por radicales y/o partidarios de Chapaprieta. En Guardamar, por ejemplo, los que llevaban el peso eran los radicales, que amparados por el diputado César Oaerrichena y a pesar de la oposición inicial del ministro de Gobernación del momento, Rafael Salazar Alonso, habían conseguido la suspensión de la corporación de elección popular en mayo de 1934. Pero el 30 de enero de 1936, en plena campaña electoral, el gobernador civil, Alejandro Vives Roger, decretaba la reposición de los concejales elegidos en abril de 1931. A partir de aquí comenzaba un movimiento de cargos internos. Así, el 31 de enero, también recuperaban su puesto los anteriores alguacil y barrendero municipales. Algo similar sucedía en los demás ayuntamientos citados. Ante este cambio en el control de los poderes locales, el 10 de febrero los miembros de las gestoras depuestas presentaban un escrito protestando por su destitución en medio del proceso electoral. Su protesta no tuvo eco, al menos en el caso de Guardamar, que afrontó el 16 de febrero con los concejales favorables al grupo de izquierdas en el poder.<sup>370</sup>

El objetivo que perseguía este movimiento de fichas era neutralizar el bando de Chapaprieta, cacique de la zona y que, como ya se ha explicado, mantenía una tensa relación con Portela. La maniobra buscaba además, si era posible, favorecer de rebote

---

<sup>369</sup> COLLIER, George A.: *Socialistas de la Andalucía rural. Los revolucionarios ignorados de la Segunda República*, Rubí (Barcelona), Anthropos Editorial, 1997, p. 162; GONZÁLEZ ORTA, Juan Ignacio: “Poder local...”, op. cit., pp. 26-27.

<sup>370</sup> MARTÍNEZ LEAL, Juan: *De las urnas a las armas. El Frente Popular y los orígenes de la Guerra Civil en la provincia de Alicante*. Alicante, Instituto Alicantino de Cultura Juan Albert, 2014; MINISTERIO DE GOBERNACIÓN, “Guardamar del Segura”, Político-Social MAD 568/142, Centro Documental de la Memoria Histórica; MINISTERIO DE GOBERNACIÓN, “Suspensión de Gestoral Municipales. Provincia de Alicante”, Fondo Gobernación 44/2420, Archivo General de la Administración; AYUNTAMIENTO DE GUARDAMAR DEL SEGURA, “Actas municipales. 30 enero 1936”, Archivo Municipal de Guardamar del Segura [actas consultadas por gentileza del investigador Ferrán Gómez Albentosa].

al candidato centrista, José Canalejas hijo, designado por el jefe de gabinete para el encasillado por recuerdo al que había sido su mentor y jefe de facción en la primera etapa de su carrera política. Aunque el fin principal era presentar batalla al exministro de Hacienda y dar un respiro a los republicanos de izquierda. Este tipo de designaciones o recuperaciones de cargos locales del 31 no fueron exclusivos de la circunscripción de Alicante. Algo similar se puede observar, por ejemplo, en algunos ayuntamientos coruñeses, como el de Arzúa y otros *concellos* limítrofes o en otros de la provincia de Santander.<sup>371</sup>

Y si todos estos mecanismos fracasaban o no garantizaban los resultados deseados, los gobernadores todavía tenían una última oportunidad de influencia a través de su intervención directa en la votación, tanto en la verificación de sufragios como durante el escrutinio. Intervenir directamente durante el sufragio ofrecía muchas posibilidades de alterar el resultado en la línea deseada. Aunque preparar un fraude electoral a gran escala no era tan sencillo como durante la Restauración, todavía había posibilidades de actuar sobre mesas y distritos concretos. Quizá ya no era suficiente contar sólo con esos votos para garantizarse un acta, pero controlar una sección o captar un número importante de sufragios podía suponer un buen empujón. Como ya se ha señalado, seguía sin haber un sistema de verificación de la identidad del votante, lo que abría la puerta a todo tipo de falsificaciones. Eran varios los momentos del proceso en los que se podía intervenir, desde la confección de las mesas electorales, el momento de emisión del voto, el escrutinio de la mesa, la entrega de actas en Correos o el traslado de las sacas hasta la Junta Provincial del Censo, que era la encargada de verificar el escrutinio de toda la circunscripción y hacer llegar la documentación a la Junta Central y extender los certificados de elección de los diputados.

La intervención del gobernador en estos fraudes solía hacerse de modo interpuesto. Es decir, nombraba delegados gubernativos con el teórico objetivo de garantizar la seguridad y limpieza del proceso, y este se encargaba de volver la situación favorable a sus objetivos, por ejemplo, impidiendo el acceso de personas en el local de votación, clausurando un colegio, dificultando la constitución de las mesas para que no se celebrase la elección. Después, se hacía llegar a Correos o a la Junta

---

<sup>371</sup> SANZ HOYA, Julián: *De la resistencia...*, op. cit., p. 227.

Provincial una saca con votos y actas falsas, que a menudo se acompañaban de actas notariales con el fin de cubrirse las espaldas ante posibles deficiencias, como sellos o firmas que faltasen o letras similares en actas de mesas pertenecientes a colegios o incluso a distritos diferentes y distanciados. Si se atiende al número de protestas y reclamaciones que recogen las diferentes actas de escrutinio de los diferentes distritos y/o provincias, incluso aunque no se den por válidas más que un porcentaje relativo, resulta relativamente sencillo encontrar ejemplos concretos de este tipo de fraudes en prácticamente todas las provincias. De todas ellas me detendré en el caso de Pontevedra, pues ofrece una amplia colección de “trucos” electorales en los distintos pasos, además de tener el aliciente de ser el distrito por el que se presentaba el presidente del consejo.

En primer lugar, el fraude no fue masivo, sino que se concentraba en secciones “de confianza”, o en las que se podía garantizar el apoyo de las redes locales. En el caso de Pontevedra resultaron conflictivas determinadas mesas dentro de Carbia, Castrelo o Vilariño (Cambados), Cuntis, Corbillón, Rodeiro, A Golada... Las irregularidades se pueden señalar en prácticamente todos los tiempos del proceso. Empezando por algunos colegios y mesas que no llegaron a constituirse, pero de los que se recibieron votos y actas de resultado. Por ejemplo, en Corbillón circulaba el rumor de que se había creado una oficina electoral fantasma en casa de un personaje destacado de la comunidad. En ella se habría celebrado una reunión la víspera de la elección, dirigida a presidentes y adjuntos de las mesas electorales, a los que se ofreció conversación, comida y bebida, y se les pidió que firmasen una serie de actas en blanco. Estas actas serían cubiertas posteriormente por los interesados, poniendo los resultados que más les convenía. Las cifras excesivas suponen un indicio bastante fiable de fraude. Por ejemplo, aquellas secciones en las que hubo un grado de participación masivo, que roza el cien por cien. También el hecho de que algunas mesas volcasen sus votos prácticamente al completo a favor de un único candidato o lista completa.

Las prácticas de pucherazo en esta zona de Pontevedra se completaban con tres clásicos más. Primero, el traslado de determinados agentes de seguridad y vigilancia a otro lugar, como sucedió, por ejemplo, con dos guardias civiles de Vilagarcía enviados a Pontevedra. Mientras estos estaban fuera, otra pareja de agentes detenía al párroco de



Cea. El segundo, el nombramiento de delegados gubernativos de una orientación política determinada en el último momento. Fue el caso de Lalín, donde se nombró un nuevo delegado para garantizar el orden y la limpieza de las elecciones la víspera de las mismas, exactamente durante la noche del sábado 15 de febrero. Por último, la implicación de algún funcionario de Correos. En el citado ejemplo de Lalín no se trató de un cartero, como ocurría a menudo, sino del encargado de la administración de la villa, que tenía bajo su control la oficina por donde debían pasar las actas de cinco pueblos: Lalín, Carbia, Rodeiro, A Golada y Dozón. Dicho funcionario también fue destinado a ese puesto la noche del sábado 15 y según consta en las denuncias presentadas por los interventores de la candidatura de derechas en la zona, se negó a recoger determinadas sacas, a sellar otras según lo reglamentario o se le acusó de dar el cambiado de unos pliegos por otros. Pontevedra era la provincia por la que se presentaba Portela de modo que garantizar su acta era una prioridad. Aunque no la única, pues también se realizaron movimientos electorales cuyo objetivo era beneficiar al Frente Popular.<sup>372</sup>

En otras provincias, como Badajoz, fueron algunos miembros del Frente Popular los que intentaron aprovechar sus redes para colaborar con el partido del gobierno. Así al menos lo relataba en sus memorias el socialista Juan Simeón Vidarte, quien recibió una petición directa del propio Portela para que prestase alguno de los votos que le sobraban para que sus candidatos pacenses, José Rosado Gil y José Daza y Díaz del Castillo, consiguiesen salir elegidos por los puestos de las minorías. La forma de conseguirlo era muy sencilla. Simplemente se trataba de borrar de la candidatura izquierdista dos de los de once nombres, por rotación, incluyendo en su lugar los dos nombres de los dos candidatos de Portela Valladares. Con la complicidad de José Aliseda, otro candidato socialista, Vidarte repartió las candidaturas trucadas en los distritos de Don Benito y Llerana, asegurándose así un buen número de votos para los

---

<sup>372</sup> TRIBUNAL SUPREMO. SALA DE LO CRIMINAL, “Recurso 889/1937 contra Armando Peñamaría Álvarez, Gobernador de Pontevedra, Juan Arias Fernández, José Jaén Rodríguez y Manuel Cabanillas Pérez sobre coacciones y falsedades electorales en el año 1936”, Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Tribunal\_Supremo\_Recursos, 170, 889.

centristas, que obtuvieron gracias a ello dos de los puestos de las minorías.<sup>373</sup>

El repaso de los mecanismos con los que Portela y su gobierno intentaron encauzar las elecciones de febrero de 1936 nos devuelve un paisaje que comparte muchas similitudes con el escenario de una cita electoral de la Restauración. Con el gobierno poniendo en marcha su maquinaria electoral a partir de los gobernadores civiles, las redes locales en plena actividad y, como telón de fondo, un juego de negociaciones y pactos. Los movimientos de los presidentes del consejo de ministros y de la República buscaban controlar, intervenir y manipular los comicios a partir del entramado institucional del Estado. Un control que no tenía reparos en recurrir a la falsedad y a la alteración de una voluntad popular a la que se le concedía una importancia relativa. Para ello se sirvieron de la estructura piramidal y centralizada del sistema, con la pretensión de conectar sus diversos engranajes en la búsqueda de intereses comunes y recurriendo al intercambio de favores, una costumbre característica de décadas anteriores pero todavía muy arraigada en los años treinta, como demuestran las toneladas de cartas de recomendación dirigidas a políticos y dirigentes de todo signo que aún se conservan.

Hasta aquí el planteamiento no es muy diferente al de cualquier gobierno de la Restauración. Sólo que, durante la monarquía, el nivel de competitividad electoral era mucho menor. Ese fue uno de los cambios que introdujo la llegada de la República, uno de los elementos no reconocibles que distorsionaban el tablero y las reglas que conocían los antiguos jugadores. La modernidad ligada a la política de masas, a las nuevas prácticas democráticas, a los intentos de aligerar el peso del caciquismo eran realidades nuevas, presentes junto a todos los viejos mecanismos en los que hemos reparado. El choque de ambos modos de actuar era lo lógico en una sociedad en cambio. Porque las transformaciones de este tipo no suelen ser radicales e inmediatas. Lo nuevo no desaloja, arranca y borra de pronto lo anterior, sino que habitualmente se da un período de transición y convivencia, en la que lo que nace y lo que permanece se reparten espacios, interactúan y se contagian. La realidad político-social de la Segunda República no fue una excepción. Por ello, a pesar de todas sus propuestas novedosas y

---

<sup>373</sup> VIDARTE FRANCO ROMERO, Juan Simeón: *Todos fuimos culpables*. Barcelona, Grijalbo, 1978, pp. 37-39.

de sus rasgos de modernidad, es posible reconocer en sus prácticas electorales muchos de los vicios adquiridos que el nuevo sistema pretendía cambiar. Eso se hace especialmente visible en un período como el de las elecciones de 1936. Para empezar, porque la mayoría de los participantes en el proceso habían sido socializados políticamente en la etapa anterior. Sólo hay que reparar en un detalle revelador: las tres grandes magistraturas de la Segunda República (Presidencia de la República, del Consejo de Ministros y de las Cortes) estaban ocupadas en el momento de la convocatoria electoral por tres viejos liberales. Niceto Alcalá Zamora, Manuel Portela Valladares y Santiago Alba eran tres políticos de larga trayectoria que ya habían sido diputados y ministros durante el reinado de Alfonso XIII. Y los dos primeros fueron los grandes impulsores de este proyecto electoral. Ambos mantenían intacta su lógica institucional, por lo que no resulta extraño que fuesen portadores de vicios adquiridos y actuasen en función de lo que conocían y de sus experiencias previas.

La cuestión es que el mundo ya no era exactamente igual a aquel en el que se habían iniciado políticamente. Por esa misma razón, tampoco los resultados que alcanzaron encajaban exactamente con sus previsiones, planes y deseos. Si el final perfecto según el guión previamente diseñado no estaba garantizado ni siquiera durante la Restauración, los nuevos factores que hicieron su entrada en la etapa republicana y que escapaban de la posibilidad de dirección de cualquier gobierno convertían el resultado en algo incontrolable. Su esfuerzo de someter y ordenar todos los factores en juego podía ser inútil, aunque como sucede con casi todo, tampoco la imprevisibilidad era absoluta.

Los viejos vicios caciquiles tan asimilados por la cultura liberal siguieron presentes pues, conviviendo con nuevas realidades más propias de un sistema democrático. Una convivencia que volvía más ineficaces las prácticas anteriores al disminuir las posibilidades de control, lo que no impidió sus pequeñas cuotas de éxito. En este sentido, y en una especie de morir matando, su pervivencia se vio reforzada por el simple hecho de que las redes siguiesen activas y dispuestas a intentarlo. Esto empujaba a todos los jugadores, incluso a aquellos que en la teoría renegaban de estas dinámicas, a recurrir a ellas como mal necesario, ya fuese para favorecer sus

aspiraciones o, cuando menos, para evitar salir perjudicados al dejar la maquinaria del fraude local en manos de sus rivales.

Si, como ya se ha dicho, la realidad republicana no era la del período dinástico y tanto la política como la sociedad eran demasiado dinámicas como para poder controlarlas por completo, ¿quiere decir eso que el proyecto fracasó? Tampoco en esta ocasión la respuesta fue en blanco y negro. Es cierto que el sueño de los cien diputados de centro estuvo muy lejos de la realidad, pero la primavera del 36 se inició con un gobierno netamente republicano cuyo programa podría asumir prácticamente sin peros cualquier republicano moderado. Así que, en parte, el plan de los presidentes se cumplió y tomó forma siguiendo las guías de lo que habían intentado favorecer. ¿Quiere decir eso que el Frente Popular triunfó gracias al fraude electoral? Nadie podría defender que las elecciones estuvieron libres de manipulaciones y engaños ni tampoco que cada quien puso de su parte para favorecer sus intereses o los de sus patrocinados. Y en gran medida, especialmente en los territorios más reñidos, el control de las redes clientelares por parte de unos u otros contribuyó a que la elección se inclinase hacia el lado correspondiente. Sin embargo, esto no justifica las teorías conspirativas de ese sector de la derecha que se negó a aceptar el resultado. Que el reparto final de los escaños fue desproporcionado no admite discusiones ni tampoco que la situación irregular que se vivió tras dimitir el gobierno favoreció que las derechas perdieran algunas actas tras las elecciones. Sin embargo, la desigualdad en la relación número de votos-número de escaños se debió sobre todo al sistema electoral, del que se quejaban, pero que era el mismo con el que la CEDA y el Partido Radical habían ganado en 1933.

## Capítulo 9. Un exilio entre dos guerras

¡Todo fue devorado! ¡Qué frase tan terrible!<sup>374</sup>

Después de su dimisión como presidente del Consejo, Portela volvió a Barcelona, aunque mantuvo su habitación en el *Palace*. Seguía siendo diputado y como presidente de la minoría del Partido de Centro Democrático su intención era asistir a todas las sesiones de Cortes. En la medida que fuese posible, pretendía que su grupo cumpliese el cometido que había fijado para él, templar el parlamento, a pesar de que su resultado estuviese tan lejos de los ciento cincuenta diputados con los que había llegado a soñar. Durante la primavera de 1936, su labor parlamentaria fue bastante tranquila. Probablemente, su intervención más destacada se produjo en la sesión del 7 de abril, aquella en la que se discutió la destitución de Alcalá Zamora. Se quería dilucidar, de acuerdo con el artículo 81 de la Constitución, si la disolución de las Cortes anteriores había sido procedente y en caso de que la mayoría absoluta del Congreso determinase que no había sido así, el presidente quedaría destituido. Antes de proceder a este debate y a su votación correspondiente, era necesario resolver una cuestión previa que se había planteado: si con la última se podía considerar que Alcalá Zamora ya había consumido las dos posibilidades de disolución de las Cortes que le permitía la Constitución o si bien la de las Cortes Constituyentes no debía entrar en este cómputo. El Congreso aprobó el 3 de abril que sí debía contarse la de 1931, lo que suponía que el presidente ya había agotado sus prerrogativas de disolución. Pasó a discutirse, entonces sobre la justificación o no del último decreto, abriéndose un debate farragoso y contradictorio en el que los representantes del Frente Popular, con Prieto encabezando las intervenciones, defendieron que la última disolución no había sido necesaria. Gil Robles, por su parte, ratificó su rechazo general a la actitud del presidente de la República, aunque declaró

---

<sup>374</sup> Carta de Portela Valladares a Castelao. 8.04.1939, Fundación Penzol, CA 742/ 3 (5)

que le parecía más viable acogerse al artículo 82 de la Constitución y destituir a Alcalá Zamora a través de un voto de censura.

Frente a estas actitudes en contra y a pesar de que en sus memorias Alcalá Zamora relató justo lo contrario, Portela defendió al presidente de la República en su intervención, asumiendo toda la responsabilidad del decreto de disolución. No sólo lo había refrendado, sino que afirmó que la propuesta había partido de él, al entender que con las fuerzas de derechas en contra, no podía presentarse con su gobierno ante las Cortes: “La responsabilidad es del gobierno, que se pone por delante del presidente de la República”. Y como prueba de que habían acertado en la conveniencia de convocar elecciones, esgrimió el resultado de las mismas. Sólo había que ver lo diferente que era la composición de las nuevas Cortes respecto a sus antecesoras para saber que “el presidente de la República no sólo estuvo acertado, sino clarividente, ya que apreció que aquellas Cortes no representaban a la opinión, y la prueba son éstas”. Su defensa, sin embargo, no sirvió de nada. En el momento de la votación, la oposición de derechas (cedistas, monárquicos, tradicionalistas e independientes de derecha) abandonaron su escaño para no tener que votar a favor de la proposición de Prieto. Sí lo hicieron los diputados de todos los partidos que se habían presentado bajo el paraguas del Frente Popular. Portela y sus centristas fueron los únicos que votaron en contra. Terminaba así el mandato de Alcalá Zamora como presidente de la República. Lo sustituyó de manera interina Martínez Barrio como presidente del Congreso hasta que las Cortes designaron a Azaña como nuevo presidente.<sup>375</sup>

Superada esta crisis, hasta el mes de junio la principal preocupación de Portela fue el estatuto de autonomía de Galicia. Suplente en la comisión de Estatutos, su partido estuvo representado en ella por uno de sus leales más cercanos, Armando Peñamaría, diputado por Lugo en esta legislatura, quien se encargó de defender los intereses autonomistas que compartía con el jefe de su partido. También fue Peñamaría el que acudió en su nombre a la asamblea que se celebró en Santiago el 17 de mayo. Esta reunión fue convocada por el resucitado Comité Central de Autonomía y tenía como objetivo reactivar el proceso e impulsar la convocatoria del plebiscito para el mes de

---

<sup>375</sup> MUÑIZ, Alfredo: *Días de horca...*, pp. 139-147; ALCALÁ ZAMORA, Niceto: *Memorias...*, op. cit. pp. 409-411. *Diario de Sesiones de las Cortes*, Legislatura 1936, nº 14, pp. 226-236 y nº 15, 257-271.

junio. Portela no pudo asistir, pero además junto a Peñamaría envió su adhesión por escrito. Podían poner el proceso en marcha, pero la elección de la fecha dependía del gobierno, por lo que Enrique Rajoy viajó a Madrid para entrevistarse con Casares Quiroga el 19 de mayo. El entonces presidente del consejo delegó la decisión en el propio Comité y este, reunido el 31 del mismo mes, acordó que se celebrase el 28 de junio. Durante la campaña, *El Pueblo Gallego* se volcó en la propaganda del sí. Desde la llegada de Portela al gobierno, especialmente desde su presidencia, había desaparecido el veto galleguista en el periódico, que se había convertido de nuevo en el propagandista de mayor alcance de la campaña en pro de la autonomía de Galicia. El día del plebiscito, el diario salió a la calle con una portada que apoyaba explícitamente el sí. No sólo abría con el titular: “*¡Arriba, corazóns gallegos! Oxe plebiscítase o Estatuto*”, sino que bajo el mismo, en un recuadro, presentaba el número, lleno de colaboraciones entusiastas en defensa del Estatuto:

*El Pueblo Gallego xa falou arreu. Demos a nosa Terra canto de nós podía agardar. Agora, na data gloriosa en que a xesta libertaria culmina, as voces patricias dos animadores da Ideia, loitadores e Mestres, veñen a poner n-estas páxinas o seu latexo máis fondo, a súa máis enxebre emoción. ¡Viva Galicia autónoma!*

Entre esas colaboraciones se incluía una breve alocución de Portela, también en portada, en la que manifestaba su apuesta por el Estatuto:

*Votar pol-o Estatuto é votar por Galicia; pol-a redención, pol-a liberdade, pol-os dereitos da nosa Terra, tanto tempo feridos.  
E votar pol-o ben de cada un de nós. É pedir xusticia e trato de igoaldade nos máis;  
É resolver os nosos problemas, curar as nosas doores en inútil espera de que se mire por eles;  
É abrir as portas ao sol para que alume tamén a nosa Terra.  
N-outras eleucións dispútanse nomes e sinñificados moitas vegadas valeiros, que non comprendemos nin nos importan;  
Agora imos a erguer e a por andar o corpo doído da nosa nai!  
Galegos: votade pol-o Estatuto!*<sup>376</sup>

---

<sup>376</sup> BERAMENDI, Justo: *De provincia a...*, op. cit., pp. 1.065-1.072. Las citas, en *El Pueblo Gallego*, 28.06.1936, p. 1.

El triunfo fue recibido con entusiasmo por *El Pueblo Gallego*, quien no dudo en arrimar a su ascua y a la de su dueño una parte del éxito, recogiendo en la portada, entre titulares festivos, la llamada del alcalde de Santiago de Compostela, Ánxel Casal, al presidente del gobierno, Casares Quiroga, y al propio Portela, para comunicarles los números de la votación, manifestando al segundo “el significado agradecimiento de este Comité por la ingente labor desarrollada en favor del Estatuto”. La euforia del resultado y sus consecuencias protagonizó los siguientes números del diario, aunque pronto se vio empañado por la noticia de dos asesinatos consecutivos, el del teniente Castillo y el de Calvo Sotelo, que se recibieron como un presagio trágico contra el que se debía de luchar.

Dos días después del asesinato de Calvo Sotelo, el 15 de julio, se reunió la Diputación Permanente de las Cortes. Presidida por Diego Martínez Barrio, a la sesión asistieron los diputados Fernández Clérigo, Ventosa, Suárez de Tangil, Gil Robles, Carrascal, Prieto, Cid, Álvarez del Vayo, Araquistain, Rico López, Pérez Urría, Corominas, Díaz Ramos, Palomo, Vargas, Aizpún, Marcelino Domingo, Tomás y Piera, así como Augusto Barcia, ministro de Estado, y Moles, ministro de la Gobernación. La sesión comenzó con la lectura por parte de Suárez de Tangil de una declaración sobre la posición que tomaban el Bloque Nacional y Renovación Española tras el asesinato de su líder. “Nosotros no podemos convivir un momento más con los amparadores y cómplices morales de este acto”, proclamó, manifestando que esto suponía un cambio en la actitud de su grupo, aunque mantenían sus ideales y su deber de “salvar a España”. Tras la intervención del conde de Vallellano, llegó el turno de Augusto Barcia, que defendió la inocencia del gobierno y se dolió por las insinuaciones de Gil Robles, aunque este, en su respuesta, volvió a señalar la responsabilidad del gabinete con extrema dureza. “La sangre de Calvo Sotelo está sobre vosotros y no os la quitaréis nunca, sobre vosotros y sobre la mayoría”, anunciándoles que recogerían lo sembrado y que la violencia que habían desatado se volvería contra ellos.

Respondieron de nuevo Barcia y, con más contundencia, Indalecio Prieto, quien se dolió por la muerte del diputado de Renovación Española, pero también por la de otros a los que Gil Robles no recordaba, como Luis Sirval, reprochándole que entonces



no hubiera tomado la misma actitud y en lugar de corregir los excesos de su entorno, los hubiese aprobado. Por ello, en su opinión, no tenía “derecho a creer sus manos totalmente limpias y pulcras mientras porfía por enfangar las de los demás”. En medio de este cruce de intervenciones apasionadas, dolidas y llenas de acusaciones, llegó la de Portela Valladares, quien, con un discurso pausado en el que llamó la atención sobre las consecuencias trágicas que sobrevolaban sobre los últimos acontecimientos, instó a los presentes a actuar con responsabilidad, respondiendo a la gravedad de la situación y a la dignidad de su cargo. La impresión favorable que causó su intervención hizo que incluso Martínez Barrio, quien no sentía especial afinidad por Portela, lo reflejase en sus memorias con tono elogioso, destacando la lucidez de sus palabras y cómo los sucesos posteriores habían demostrado que estaban “colmadas de razón y prudencia”.<sup>377</sup>

En su discurso, Portela recogía la afirmación de Prieto sobre la situación de España, que calificó de “inestable, cruda, hiriente, expuesta a la explosión, con el temor en la calle”, preguntándose si se podría prolongar de manera permanente, “con estrago para España y para la República”, afirmando que si no se cortaba el miedo y la violencia, estos sucesos podían ser el inicio de un nuevo ciclo para el país. Ejerciendo entonces de fiel de la balanza, el papel al que había aspirado para su partido de centro, interpeló a ambos extremos, recordándoles los valores que compartía con unos y otros y conminándolos a defenderlos:

Vosotros (dirigiéndose a los ministros y a los diputados del Frente Popular) tenéis el fervor del régimen; yo también lo siento. Vosotros (dirigiéndose a los diputados de la oposición de derechas) tenéis el fervor de la patria. ¿No os preocupa la patria? ¿No la habéis de poner, en estos momentos de gravedad y preocupación, por encima del apasionamiento político? ¿No vale la pena que unos y otros tengamos un momento de detención ante el porvenir, y que en esa situación, hoy tan zozobante y tan llena de angustias y temores, tratemos de remediarla, y de llevar por otros caminos la vida política de nuestro país? (...)

Creo que podemos luchar y que tenemos un camino común para luchar; creo que por el bien de todos, hasta por egoísmo personal, estamos obligados unos y otros a decir: ¡Alto el fuego!”

¿No es posible que lleguemos a un punto, no de inteligencia, pero sí de tregua? Pensadlo señores diputados. (...)

---

377 *Diario de Sesiones de la Diputación Permanente de Cortes*, 15-7-1936; MARTÍNEZ BARRIO, Diego: *Memorias...*, op. cit. pp. 345-355.

Os engañaríais, se engañarían aquellos que creyesen de esta situación de violencia iba a venir la tranquilidad para unos y para otros. Triunfará, momentáneamente, una u otra fracción, después vendrá la reacción del otro lado. Por este camino, nunca habrá paz en España, jamás se podrá considerar fijo y definitivo el triunfo de una de las banderías en lucha, iremos cayendo unos y otros, dejando en estas tristes páginas de la historia los momentos por que estamos atravesando tan dolorosos y tan agudos, dentro y fuera de España; momentos de conmoción, momentos de desequilibrio del mundo, de renacimiento del mundo en que, al venirse abajo los escombros de los viejo, sepultan a muchos seres. Creo que los que estamos aquí, si nos lo proponemos, podemos llegar a un momento de mayor calma, de mayor aquietamiento, de mayor convivencia.<sup>378</sup>

La llamada fue recogida por el catalanista Ventosa y el diputado agrario, José Cid, que limitaron su crítica a Casares Quiroga y manifestaron su buena intención por alcanzar esa concordia a la que Portela los había conminado. No así por Gil Robles, que alabó la invocación al sentido patriótico y a la colaboración del expresidente del consejo, pero le recordó que no eran ellos quienes lo habían roto. “¿Qué os extraña que las gentes oprimidas estén pensando en la violencia, no para aplastaros a vosotros, sino para librarse de vosotros y de la tiranía con la que los estáis oprimiendo?”. Y terminó su respuesta responsabilizando a las izquierdas “de que ese movimiento se produzca en España.” Así terminó el debate y se procedió a votar la prórroga del estado de alarma, que se interpretó como una votación de confianza al gobierno. Se aprobó por trece votos contra cinco y con la abstención de Portela Valladares, que tomaba de nuevo una posición intermedia llamando al acuerdo. Preocupado por la evolución de los acontecimientos y por las consecuencias que tendría esta falta de acuerdo, regresó a Barcelona tras la reunión, donde le sorprendería el inicio de la guerra civil.

## **9.1 El inicio de la guerra civil: la huida de Barcelona**

Portela, siempre bien informado, tuvo noticias de la sublevación de la guarnición de Marruecos el mismo día 17. El 18 por la tarde, recibió informaciones en su casa sobre un levantamiento previsto para esa madrugada. Salió a la calle para hacerse una idea de lo que estaba sucediendo y comprobó que había un retén de unos doscientos

---

<sup>378</sup> *Ibidem*, p. 350.

guardias de asalto en un cruce muy próximo a su domicilio, en la confluencia del Paseo de Gracia con la Diagonal. Esa noche no durmió demasiado y a las tres de la mañana ya estaba en pie. Poco después comenzaron los disparos. Tras un par de llamadas telefónicas, averiguó que un grupo de soldados sublevados se había tropezado con otro de guardias de asalto y que después de un tiroteo que se saldó con varios muertos, estos habían conseguido disolverlos. Otro grupo de soldados se unió a las fuerzas de orden público para intentar neutralizar a aquellos de sus compañeros que querían sublevarse. El intento golpista encabezado por el general Goded, fracasó y el día 20 la insurrección militar estaba controlada. Pero a partir de aquí, la ciudad se transformó. “Toda señal de autoridad y policía desapareció” y el desorden se apoderó de Barcelona. Se produjeron manifestaciones triunfales por la calle que desembocaron en enfrentamientos, asaltos a casas y edificios oficiales protagonizados por grupos de anarquistas eran continuos. Robos, detenciones arbitrarias sin la garantía de seguridad jurídica, muertes accidentales y no tan accidentales...<sup>379</sup>

El peligro era real no sólo para los antirrepublicanos, sino que todo aquello que se relacionase con la derecha incluso con el centro, aunque llevase el apellido “republicano”, corría el riesgo de ser detenido, asaltado o incluso asesinado. Portela corría doble peligro. Por un lado, por su condición de conde consorte y por la situación económica desahogada de la que gozaba gracias a su matrimonio. Por otro, por sus vinculaciones políticas: su pasado monárquico, su etapa de gobernador civil de Barcelona frente al pistolero, con los anarquistas como el objetivo principal de su política de orden público, incluso su experiencia republicana, en la que además de ministro de la Gobernación severo, había compartido gabinete con la CEDA. No importó que su relación con Gil Robles hubiese sido mala o que tras las elecciones de febrero se hubiese negado a participar en un intento de golpe de Estado. Pesaba más la etiqueta de compañero de gobierno de la CEDA.

Con fiebre desde el 22 de julio, había rechazado trasladarse al domicilio de los amigos que se lo habían ofrecido, aun a sabiendas de que el suyo ya no era seguro. Sin embargo, prefirió esperar a recuperar la salud antes de decidir su posible salida a Francia, aceptando el ofrecimiento de ayuda que se le había hecho llegar desde la

---

<sup>379</sup> PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias...*, op. cit. pp. 52-55.

Generalitat. Pero ante el temor de sufrir un asalto mientras permaneciese en su hogar, tomó sus precauciones, preparando las armas que tenía en casa y decidiendo posibles escondites y vías de escape. Entre estas, determinó el terrado del cine que estaba al lado de su casa y al que se podía acceder desde el jardín de la misma que formaba una especie de patio interior entre los edificios contiguos. Para despistar, colocó como señuelo una escalera de mano al otro lado del jardín, confiando en que, llegado el caso, creyesen que había escapado por ahí. Entregó las armas que había en la casa a los tres hombres de confianza que pasaban las noches en su piso para protegerlos, pensando que sería lo más seguro para evitar un enfrentamiento de grandes dimensiones en caso de asalto. Se quedó, eso sí, con una pistola que decidió llevar siempre encima para defenderse en caso necesario. Y pidió a los dos policías que hacían guardia ante su casa, que no dejaran entrar a nadie a partir de las diez de la noche y que si alguien lo intentaba, llamasen inmediatamente a la Policía para pedir refuerzos.

La noche del 27 tuvo oportunidad de poner a prueba las medidas que había tomado. A las doce de la noche lo despertaron los dos agentes para avisarle de que un grupo de gente armada estaba llamando a la puerta, aunque ya habían llamado a la policía, como habían indicado. El suceso terminó con el matrimonio Portela escondido durante cuatro horas en el terrado junto a los dos agentes. Mientras, los asaltantes habían conseguido entrar en la casa por la caja del ascensor y rompiendo la cristalera que daba al hueco. Revolvieron todas las habitaciones, subieron al jardín y siguieron la falsa pista de la escalera. Cada vez más cerca y ante el temor de que los encontrasen, los dos agentes bajaron a su encuentro. Al escuchar la violencia con la que los recibieron y la insistencia con la que preguntaban por él, Portela decidió entregarse, temiendo que si los descubrían hicieran daño a su esposa. Pero cuando llegó al piso de abajo se encontró un inesperado panorama tranquilizador. La situación estaba controlada, pues ante los avisos repetidos desde jefatura habían enviado un camión con doce agentes, lo que había hecho huir a los asaltantes, llevándose, eso sí, la cartera con cuatro mil pesetas, dos relojes de oro y varios objetos de valor y otros menudos, como calcetines, corbatas o jabón.

A la vista de lo sucedido, se preparó la huida para esa misma noche, que se fraguó con la colaboración del presidente del parlamento catalán, Joan Casanovas, y del

consulado francés, que envió dos coches para recogerlos. Un coche ocupado por agentes de la Guardia Civil y otro con el matrimonio Portela a bordo, ambos vehículos escoltados por otros dos coches de policía. Según contó meses después la prensa, para pasar desapercibidos, los condes de Brías se habían disfrazado de sufragistas inglesas. A las nueve salió la comitiva rumbo al puerto. Al pasar por Vía Laietana, a la altura del centro de la FAI, un grupo de afiliados les dio el alto y mientras el primer coche se detenía, el de los Portela aceleró la marcha y se saltó el control. En plena carrera se cruzaron con más coches de la FAI en el paseo de Colón, a los que esquivaron aprovechando un cruce de tranvías y todavía se saltaron un puesto de control más, este de gente armada, pero a pie, pero que no consiguió detener la marcha acelerada del vehículo. Una vez en el puerto, fueron recibidos por un crucero de guerra, el *Duquesne*. Allí pasaron dos días escondidos, en los que Portela tuvo la oportunidad de hablar largo y tendido con el almirante Gensoul sobre la situación de España y su futuro, quien le sugirió los nombres de varios políticos franceses para que se entrevistase con ellos al llegar al país. Del *Duquesne* pasaron directamente al contratorpedero *La Fortune*, encargado de llevarlos a Francia. El matrimonio arribó a Port Vendrès el 31 de julio, donde fue recibido por el prefecto Monsieur Tabiani, a quien manifestó todas sus ideas e inquietudes, acariciando la idea de poder ejercer labores de mediación que pudieran contribuir a poner fin cuanto antes a la guerra que entonces se iniciaba. Tras un viaje lleno de peripecias, los Portela recalaron en Niza, donde permanecieron los primeros meses de la guerra.<sup>380</sup>

## 9.2 El primer exilio francés. En tierra de nadie.

La huida de Portela de la retaguardia republicana para garantizar su seguridad no le abrió las puertas de la zona rebelde. Era un diputado republicano, de filiación masónica conocida pese a encontrarse en situación de durmiente y había sido el presidente del gobierno que en opinión de los rebeldes había franqueado el paso del Frente Popular, acusado de manipular las elecciones a favor de estos y de cederles el

---

<sup>380</sup> PORTELA VALLADARES, Manuel: *Dietario...*, op. cit. pp. 10-13; PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias...*, op. cit. pp. 74.81.

puesto antes de tiempo en lugar de encabezar un golpe de estado que se deseaba que Franco y Gil Robles desearan secundar pero aún no se atrevían a protagonizar. Así que no estaba seguro en ninguna de las dos retaguardias. Y sus bienes fueron incautados en ambas.

Esto lo dejó en una situación de extrema precariedad, exiliado y sin apenas recursos económicos. Los primeros meses de la guerra fueron para él un tiempo de espera, de recopilar la información que recibía de España y de analizar sus posibilidades. En un primer momento, mostró desconfianza ante la actuación de los republicanos. Desconfianza basada en su experiencia en Barcelona y que se fue alimentando con las noticias que llegaban a Niza. Allí, los refugiados con los que mantenía contacto reforzaron con sus relatos de conflictos, rapiñas y alteraciones callejeras, su impresión de que la zona gubernamental estaba sumida en el caos. Las muertes de la Cárcel Modelo de Madrid, especialmente la de su exministro, Rico Avello, y la de Melquíades Álvarez, fueron un duro golpe para su estima por la causa republicana. Frente a esto, carecía de información de lo que sucedía en la retaguardia nacional, por lo que parecía que su habitual equilibrio político se iba a romper en favor de los rebeldes. Sus crecientes apuros económicos, con parte de sus bienes congelados por “desafecto a la República” y el resto incautados en la zona nacional, eran una presión añadida para decidirse, mover ficha y cambiar su situación, varado en tierra de nadie. La falta de solvencia económica no era nueva para Portela, pero sí para su esposa, que llevaba mal la experiencia. Las penurias pecuniarias contribuyeron a acentuar sus problemas de nervios, culpando de las dificultades que atravesaban al comportamiento político de Portela. Monárquica de toda la vida e ideológicamente muy alejada de su esposo, las condiciones del exilio aumentaron las diferencias que existían entre ambos, provocando airadas y continuas quejas que colocaron al matrimonio ante una grave crisis. Sus nervios, que ya habían sufrido alguna crisis previa, no lo soportaron y añadieron una nueva presión a la indecisión de Portela:

Es difícil sustraerse al eterno silbido y zumbido de una obsesión. Es el suplicio moral, confuso, complejo, amenazador, inacabable de los personajes de Dostoyeski. En el hogar -estrecho cuarto de hotel- siempre la misma queja agobiante; el eterno ¡ay! que no para; la tormenta que ya sufrí hace diez años que no descansa en la persecución en su amargor de día y de noche.

Ni puedo, a pesar de los hipnóticos, ni me dejan dormir la eterna queja, la eterna inquietud, la acusación eterna. El neurasténico o el vesánico están sostenidos por la propia excitación; quien los sufre, día tras día, hora tras hora, siente el martilleo de sus congojas, de sus sinrazones, de sus agresividades.<sup>381</sup>

En medio del desánimo, Portela era consciente de que se encontraba en tierra de nadie. Por una parte, alejado del bando republicano tras huir de Barcelona y horrorizado por las noticias que recibía sobre los desórdenes revolucionarios. Por otra, su naturaleza liberal, defensora de la supremacía del poder civil, nunca había sido partidaria de la intromisión del ejército en la vida política. La situación de su matrimonio sólo podía salvarse regresando a España. Pero, ¿cuál era el camino más fácil? ¿Cómo traicionaba menos sus principios? La vía nacional, pese a ser la deseada por su esposa, era complicada. El general Queipo de Llano protagonizaba cada tarde en Radio Sevilla una sesión airada de insultos a los personajes republicanos más célebres. Y entre sus blancos favoritos y más frecuentes, Portela Valladares. Las razones de esa inquina no eran sólo políticas. Además de su escasa simpatía por los políticos liberales, la persecución de Queipo de Llano tenía matices familiares. Una de sus hijas estaba casada con uno de los hijos de Alcalá Zamora y se había exiliado junto a su familia política. Resultaba más sencillo que ella regresase si su suegro podía hacerlo también, pero para ello tendría que reconciliarse con la “nueva España”. Era muy difícil que un expresidente de la República pudiese volver sin más. Pero si no era él quien había abierto las puertas al Frente Popular, sino que su culpa se trasladaba al presidente de su Consejo de ministros, un pérfido masón que lo había engañado a él como a tantos otros, todo sería más fácil. El error de haber sido traicionado podía ser perdonado con el tiempo. La traición, no. Por ello desató una feroz campaña contra Portela, que a partir de entonces encarnó la figura del traidor dentro de la mitología del franquismo.

Si bien el deseo de Portela desde la entrevista que había mantenido a su llegada a Francia con el prefecto de Port Vendres, monsieur Tabiani, era entrar en contacto con el gobierno francés y actuar como mediador a tres bandas, con ellos y los dos bandos en

---

<sup>381</sup> PORTELA VALLADARES, Manuel: *Dietario de...*, op. cit. p. 13. Las citas, en pp.75 y 71.

conflicto, las presiones de su esposa, los problemas económicos y su desconfianza en la capacidad de los republicanos para recuperar el orden hicieron que se plantease la opción de los rebeldes como el camino más corto para regresar a casa. Aunque no era fácil. La temprana muerte del general Sanjurjo, lo dejaba sin la única puerta de entrada amistosa que se habría podido plantear. Con los demás, su relación iba de la indiferencia a la inquina, como era el caso de Queipo de Llano. Así las cosas, el general Franco era el único de los golpistas con el que mantenía una relación de cierto respeto, a pesar de su negativa de mantenerse en su puesto con el apoyo del Ejército tras las elecciones de febrero. Reconocido el terreno de partida, jugó sus bazas vía postal. Para empezar, escribió una carta al general Franco el 8 de octubre de 1936, felicitándolo por su nombramiento como “Jefe del nuevo Estado y Generalísimo de los Ejércitos de España”, elogiando su carácter y su obra. Mucho jabón, pero poco compromiso. Su adhesión personal se limitaba a un ambiguo apoyo moral al final de la carta, reconociéndose demasiado anciano para alistarse y sin fortuna para poder ofrecerle tras haber sido privado de todos sus bienes, cuestión que dejaba caer de paso que justificaba sus servicios pasados a la patria:

A su Excelencia Don Francisco Franco

Ilustre general y distinguido amigo: Al ser investido V. con las supremas jerarquías de Jefe del nuevo Estado y Generalísimo de los Ejércitos de España, quiero enviarle la más honda y expresiva felicitación, que alcanza a la Nación entera y hacer constar mis fervorosos votos por su ingente obra, que ha de dar a nuestro país un mañana de orden, de justicia, de paz, de prosperidad y de fortaleza que le restituyan el alto lugar que debe ocupar en el mundo.

En V. recae la providencial misión de realizar una segunda reconquista de la Patria; de salvarla de la barbarie, del crimen, de la destrucción, erigidos en sistema de gobierno. Nunca las ideas políticas o el origen del poder pueden invocarse en contra de la Patria: han de someterse a ella y situarse en la subordinada categoría de medio para mejor servirla. En esta hora terrible sólo pienso en España, y en V. que, con sus singulares condiciones de inteligencia, de serenidad, de carácter y de un valor profesional que sólo encuentra precedente en la cumbre de nuestra historia, ha de renacerla.

Mis años, que en esta ocasión me duelen, no me permiten solicitar el honor de ser soldado a sus órdenes; de recursos no dispongo, porque de todo me han despojado: salvé de milagro la vida que nada vale pero que alienta por el bien de la Patria, a la que he servido tan bien como supe y pude,



manteniendo incólume el principio de autoridad y luchando, sin reparar en riesgos, contra el desorden y la anarquía. Los más apasionados habrán de reconocerlo.

Con estos sentimientos seguiré emocionado, como la he seguido hasta aquí, su empresa magna. Y siempre a su devoción completa, admirador y amigo.<sup>382</sup>

El movimiento no obtuvo respuesta. Tan sólo una breve nota de Nicolás Franco, hermano y secretario del general, quien le respondió corteses vaguedades. La segunda carta tuvo como destinatario a Niceto Alcalá-Zamora, el hombre que lo había llevado a la presidencia del consejo de Ministros y consuegro de Queipo de Llano, su crítico más duro en los meses transcurridos desde el golpe. El 22 de diciembre Portela le dirigió una larguísima misiva con el objetivo de que intercediese en su favor ante el padre de su nuera, para que detuviese sus continuas acusaciones radiofónicas:

Mas la persistencia sistemática del error y del agravio, me han hecho pensar que estoy en el deber de procurar el restablecimiento de la verdad: por lo que individualmente me atañe; porque alcanza a mi hogar destrozado; y, sobre todo, por elevada exigencia de justicia ciudadana (...). Y como no sería discreto que me dirigiese al señor Queipo de Llano, -a quien no he ofendido y sí favorecido- he juzgado que quizá Vd., cuya rectitud y generosidad de espíritu conozco, que me ha otorgado amistad y aprecio singulares, y que posee autoridad indiscutible cerca de aquél, y especiales títulos para el caso, podría ser intermediario y valedor de mi razón, si estima que la tengo y que no es inoportuno favorecerme con esta cooperación.<sup>383</sup>

Tampoco en esta ocasión tuvieron éxito sus gestiones. Apenas unas líneas desabridas en las que don Niceto le dejaba claro al “antiguo amigo” que no podía contar con él. Estos movimientos fallidos y el cambio de algunas circunstancias fueron alterando la posición de Portela, que tras un primer momento de regreso a su típica posición de equilibrio acabó por decantarse pública y claramente por el bando republicano. En ello influiría notablemente la separación de su esposa, que decidió

---

<sup>382</sup> PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias...*, op. cit., pp. 231 y 37.

<sup>383</sup> PORTELA VALLADARES, Manuel: *Dietario de...*, op. cit. pp. 57-63 y 65; ALCALÁ-ZAMORA, Niceto: *Memorias. ...*, op. cit., pp. 398, 477-478. La cita, en “Carta de Portela Valladares a Niceto Alcalá Zamora, 22.12.1936”, Fundación Penzol, papeles de Portela Valladares (en proceso de catalogación)

dejarlo para poder volver a España, llevándose con ella su dosis de presión por un acercamiento hacia el bando rebelde:

El viaje que trabajaba mi espíritu era el de París: para tomar contacto con la existencia de nuevo; para comprobar informaciones; para salir de aquellas eternas tinieblas gemidoras que me circundaban; y, sobre todo, para salvar la vida del cuerpo y del alma, sacándolos de la gimoteante acusación infatigable, tan injusta como mal honesta, porque venía de quien estaba obligada a estrechar la unión y a dar sostén y ánimo en la desgracia; y de quien, después de todo, había recogido, más que yo, los agrados de la política. Era indispensable abrir un interregno practicando una cura de separación, y con este propósito anuncié y convinimos un viaje que luego su exigencia de gobernar mi sentir político convirtió en definitivo apartamiento, con la agravación de haber puesto al servicio de los blancos su firma para calumniarme y difamarme.

Una mañana nubosa, solo, viejo y bastante enfermo, tomé el tren de París, pasando en pie buena parte del camino.<sup>384</sup>

### 9.3 La apuesta republicana: el mito del traidor

En París vivió con sus sobrinos políticos, el matrimonio Martí de Veses, y sus dos hijos, Javier y Clotilde. Por petición de su madre, los niños intentaban mantenerse alejados de él y lo observaban entre preocupados y asustados por su expresión sombría y silenciosa, mientras se pasaba los días escribiendo, pensando, sin hablar apenas. No entendían bien lo que hacía, pero con el tiempo supieron que entonces había empezado a escribir sus memorias, mientras reflexionaba sobre el pasado y meditaba qué podía hacer con su futuro.<sup>385</sup>

Pero andados los meses, en París también tuvo oportunidad de ampliar sus fuentes de información sobre lo que ocurría en España mientras recuperaba el contacto con viejos amigos, muchos de ellos, republicanos. Así, descubrió que también en la retaguardia franquista se habían cometido desmanes. Y se seguían cometiendo. Las noticias que llegaban de Galicia, los muertos, perseguidos y paseados, entre ellos muchos de sus compañeros de tantos años, le indignaron profundamente. Por el contrario, la situación en zona republicana parecía calmarse gracias al gobierno de un

---

<sup>384</sup> PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias...* op. cit, p. 278-279.

<sup>385</sup> Entrevista con Clotilde Martí de Veses Puig, sobrina nieta de los Portela-Puig de Abaría, 18.03.2015.

Largo Caballero del que se sentía ideológicamente muy alejado, pero cuya actuación e intentos de control de la violencia lejos del frente, comenzaron a inclinarlo de nuevo hacia el bando republicano. Por su parte, el gobierno de la República, necesitado de apoyos públicos que proviniesen de la política moderada de centro o centro-derecha que contribuyesen a reforzar su imagen internacional, intentó aproximarse a él. El primer acercamiento llegó a través de un amigo de los de antiguo y compañero de aventuras masónicas, Augusto Barcia. Todavía presidía el Consejo Largo Caballero. “Allá cuentan con V. y desde ahora le piden su ayuda”, le dijo su amigo. Esto era lo que necesitaba escuchar el hombre que se consumía encerrado en su casa sin hacer nada, el que recurría a su vejez como pantalla y excusa, pero que necesitaba de la acción política. Los siguientes mensajes llevaban ya la firma de Negrín. Aunque no tenía demasiadas esperanzas en la victoria republicana, Portela creía que el nuevo presidente era el hombre adecuado para encauzar la situación. Le gustaba su manera de afrontar los problemas y creía que podría ser el líder firme, pero liberal que en su opinión necesitaba España, así que no sólo se decantó definitivamente por el bando republicano, sino que además se convirtió en un acérrimo defensor de Negrin y su política. Seguro ya de la opción que había tomado, Portela ya no se desdijo de su apoyo, aunque con el transcurrir de los meses estuviera cada vez más seguro de la derrota de la República.

La llamada de Negrín revivió sus intenciones de actuar como mediador y aprovechando sus contactos, consiguió entrevistarse con George Bonnet, ministro de Hacienda francés al que había conocido en diciembre de 1935, durante su primer gobierno, cuando este había viajado a España para firmar un tratado comercial entre ambos países. Su intención al entrevistarse entonces con él era abrir una vía que favoreciese el apoyo de Francia a la República, un apoyo diplomático, pero también económico. Su moneda de cambio para convencerlo era la promesa de que el gobierno republicano “pondría orden”, eliminaría los elementos extremos, buscaría apoyo de republicanos moderados y garantizaría el fin de la violencia en la retaguardia. Con estos elementos, aducía, dejarían sin razón a los que habían impulsado la insurrección militar apelando al desorden y falta de legalidad de la República. Bonnet recibió con interés su visita y compartió sus argumentos:

Francia necesita la amistad de España, y esta, su Gobierno, sufriría mucho de la hostilidad francesa. Pero nuestro país y el mundo no pueden colaborar con Gobierno de ostentosa y peligrosa revolución. Si allá nos ofrecen garantías de seguir ese camino con hombres como usted, Francia ayudaría con dinero y con todos los elementos que pueda necesitar. No hay más solución que la V. expone.<sup>386</sup>

Satisfecho con la respuesta, Portela la hizo llegar a las autoridades republicanas por dos vías. La primera, a través de Sánchez Román, quien, junto a Barcia, se convirtió en su enlace con el gobierno republicano, primero con Largo Caballero y luego con Negrín. El político republicano trasladó su mensaje a Azaña, quien a su vez, lo comentó con el presidente del Consejo. Este recibió la noticia con optimismo, pues coincidía con sus propias intenciones, las que le habían llevado a intentar contar con Portela. El presidente de la República, por su parte, también vio bien las gestiones, aunque se mostró menos convencido de sus posibilidades de éxito. También temió que el embajador de la República en París, Ossorio y Gallardo, al que estimaba pero a quien consideraba excesivamente franco e impulsivo, pudiese reaccionar con brusquedad e hiciese algo que pudiese frustrar esta vía. No andaba desencaminado. Cuando Portela fue a visitarlo para hacerlo partícipe de sus conversaciones, Ossorio le restó importancia e intentando frenar su entusiasmo, intentó convencerle de que lo que insinuaba Bonnet era imposible. Le recordó que se olvidaba de una quinta potencia interesada en el conflicto cuya actuación sería la decisiva. Y, regalándole la figurita de plomo de un miliciano, le aseguró que serían estos quienes ganarían la guerra y salvarían la República, no las conversaciones bienintencionadas. Justo lo que Azaña temía. “Por algo le encargué yo a Negrín que se apresurase a dar instrucciones a Ossorio, en previsión de su genialidad”, anotó en su diario el presidente de la República cuando Giral le contó la contestación del embajador. Una alternativa de mediación que languideció apenas arrancaba.<sup>387</sup>

Aun así, Portela mantuvo su apuesta por Negrín, una apuesta que fue mutua. El primero veía en el nuevo presidente el carácter y la decisión necesaria para poner orden en el gobierno y la sociedad republicana, y compartía sus criterios de pacificación. Así,

---

<sup>386</sup> PORTELA VALLADARES, Manuel: *Dietario...*, op. cit. pp. 95-99.

<sup>387</sup> PORTELA VALLADARES, *Dietario de...*, op. cit. pp. 95-99; AZAÑA, Manuel: *Diarios completos...*, op. cit., pp. 1.113-1.115.

no dudó en apoyarlo públicamente. En entrevista concedida a la revista francesa *Deux Mondes*, afirmaba: “Negrín merece plena confianza para reconstruir la República: ahora se puede hablar de un Gobierno republicano, y no de un Gobierno rojo; y hay orden.” Por su parte, Negrín tenía confianza en la visión de Portela y en su capacidad de análisis y de gestión en las crisis. Conseguir su presencia en la reunión de Cortes de Valencia se consideraba vital para dar al mundo una imagen más centrada y ordenada de la República. Con la ausencia final de Miguel Maura, el de Portela fue el fichaje estrella de la sesión. En agosto comunicó su asistencia a las Cortes de Valencia de octubre, una decisión con la que se cerraba definitivamente las puertas nacionales y que desató una intensa campaña de prensa en su contra. Más madera para el mito del traidor.<sup>388</sup>

Para los periódicos nacionales, Portela era el hombre que había cedido el poder al Frente Popular, un liberal de la vieja escuela que encarnaba algunos de los valores más denostados por el nuevo régimen; el dueño de un periódico abierto y dinámico, crítico con la derecha, partidario de la autonomía, en el que escribían muchos de los hombres que se habían convertido en proscritos, y además, masón de alto grado. Con esta tarjeta de presentación no era difícil suponer que no iba a contar con el beneplácito de la prensa franquista. Empezando por su propio periódico, *El Pueblo Gallego*, que tras ser requisado había cambiado radicalmente su línea editorial. Desde el 9 de enero de 1937, como decía en su subtítulo, era el “Órgano de Falange Española de las JONS” y como tal ejerció. Como dejó claro el 1 de octubre de 1936, ya no era el periódico de Portela ni quería parecerlo.<sup>389</sup>

*El Pueblo Gallego*, purificado en esta gran aurora de la PATRIA, ha dejado de pertenecer a su antiguo propietario, don Manuel Portela Valladares, para incorporarse al SERVICIO DE ESPAÑA Y DE SU GLORIOSO EJÉRCITO LIBERTADOR.<sup>390</sup>

Los ataques a su expropietario no fueron algo ocasional. En primer lugar y como los demás periódicos nacionales, reproducía en sus páginas las charlas radiofónicas del

---

<sup>388</sup> PORTELA VALLADARES, Manuel: *Dietario de...*, op. cit., pp. 84-87.

<sup>389</sup> *El Pueblo Gallego*, 9.01.1937, p. 1.

<sup>390</sup> *Ibidem*, 1.10.1936, p. 1.

general Queipo de Llano. En unos tiempos en los que las dificultades para cubrir la información del país eran obvias, los discursos radiados del militar eran toda una joya. En ellos Queipo jugaba al terror, anticipando asesinatos, señalando víctimas y azuzando a los asesinos. Exaltaba la actuación de las tropas nacionales y minimizaba los logros en el frente del bando republicano. Desarrollaba a la perfección la labor de propagandista de guerra, intentando erigir los espíritus nacionales y desmoralizar al enemigo. Su discurso diario fue muy seguido en todo el país hasta su suspensión, en febrero de 1938, por instrucciones del mando político de Salamanca, que consideraba que su tono, demasiado violento, no concordaba con la imagen que se quería ofrecer a las potencias democráticas.<sup>391</sup>

Como ya se ha dicho, Portela fue uno de sus blancos preferidos. Las recriminaciones del general habían empezado en agosto de 1936, cuando afirmaba que “las nueve décimas parte del país están con nosotros; si los marxistas ganaron las elecciones fue merced al favor y ayuda ministerial que les dio el viejo canalla Portela Valladares.” Una y otra vez lo señaló como el gran culpable de amañar el triunfo del Frente Popular. El cobarde que había huido del gobierno dejando la presidencia en manos de la izquierda sin resistir, dando entrada al caos que se había apoderado de la nación y había obligado a los militares fieles a la patria a alzarse para recuperar el orden. En palabras de Queipo:

...nosotros no nos hubiésemos levantado si no se hubieran permitido los crímenes que el desgobierno del Frente Popular autorizó e ideó. Pero además en aquellas elecciones todos sabemos que no triunfaron y que si Portela Valladares no hubiera cometido la cobardía de abandonar el Poder, el Frente Popular no hubiera amañado las actas de Pontevedra, Cáceres y de tantas otras provincias.<sup>392</sup>

Los ataques de Queipo de Llano contra el “conde de los cabellos de plata” se intensificaron tras su acercamiento republicano. El “masón que escapó disfrazado de señorita tan guapo y tan inteligente”, el “venerable hermanito de mandil”, incapaz y “acabado para la política” desde hacía años, se había convertido en una preocupación

---

<sup>391</sup> GIBSON, Ian: *Queipo de Llano: Sevilla, verano de 1936*. Barcelona, Grijalbo, 1986

<sup>392</sup> ABC (Sevilla), 13-8-1936, p. 12. La cita, en *El Pueblo Gallego*, 17.04.1937, p. 8.

constante para el general. Con el acercamiento de Portela a los republicanos, sus motivos para atacarlo se multiplicaron. Ya no era sólo algo personal, un cabeza de turco familiar o la ejemplificación de las denostadas virtudes liberales. Si marcaba su posición a favor del Gobierno, el demonio se convertía en un peligro real. De cara al reconocimiento exterior de la España nacional no interesaba que los republicanos contasen con moderados en sus líneas. Cuanto más amplia fuese la base ideológica en la que se sustentase la República, mayor sería la legitimidad que podría reclamar en instancias internacionales. El golpe de julio de 1936 se amparaba en la presunta violencia social y el desgobierno que dominaba España y que, según la propaganda franquista, aún reinaba en la zona gubernamental. Frente a esto, los nacionales ofrecían unidad y control, actuaban con orden y se jactaban de una retaguardia tranquila. Las revueltas sociales de los primeros tiempos, los asaltos y venganzas personales, la liberación de presos no políticos y los fusilamientos como los de la cárcel Modelo e Madrid ayudaron a mantener este argumento. Un gobierno republicano que mantuviese el orden, que diese sensación de unidad y que estuviese respaldado por todos los partidos democráticos echaba por tierra estas justificaciones. La estrategia elegida para contrarrestar esto fue desacreditar a personajes republicanos para provocar desunión en sus filas.

Así, comenzó a gestarse la imagen del Portela vacilante y traidor, el falso amigo de todos que podía vender a cualquiera. En julio del 37, cuando se empezaba a especular con que él y Maura volverían a España para asistir a las Cortes, Queipo hablaba en sus charlas de una cena en París entre ambos y el embajador Ángel Ossorio y Gallardo:

¿De qué vivirá Maura en París? Porque estoy seguro de que si nosotros les ofrecemos las dietas de diputado, enseguida se pondrán de nuestra parte. Durante la comida Bigardo invitó a sus invitados a trasladarse a España para asistir a las sesiones de Cortes. Claro que los dos se negaron, porque dicen que no les ofrecen las necesarias garantías personales.<sup>393</sup>

---

<sup>393</sup> *El Pueblo Gallego*, 15.07.1937, p. 6.

Con estas palabras pretendía matar dos pájaros de un tiro. Dejar claro que centro y derecha democrática no estarían en Valencia y que Portela y Maura no podían venir a España porque no se les garantizaba su seguridad. El gobierno no podía ni proteger a aquellos a los que quería utilizar. ¿Qué mejor ejemplo de desorden y de falta de control? Además, el radiofónico general aprovechaba para llamar interesados a ambos políticos. Aunque aseguraba que no vendrían, mejor desacreditarlos por si acaso. Queipo empezaba a calentar el ambiente ante su posible presencia en Valencia.

El 18 de agosto, según anotaba en su dietario, Portela ya había decidido que asistiría a la Cortes. Había iniciado una serie de conversaciones siguiendo su idea de mediar por la paz y ganar apoyos entre las potencias democráticas. Portela creía necesario ampliar todo lo posible el arco ideológico de los respaldos a la República. Su opinión era que la guerra la ganaría el bando que tuviese “en mejores condiciones de normalidad y Gobierno inteligente la zona bajo su mando”, algo que, entre otras cosas, le permitiría contar con el apoyo de las potencias democráticas. El de Reino Unido le parecía cada día menos seguro y creía que había que intensificar las labores en este sentido, pues el bando franquista se aproximaba progresivamente a ganar esta batalla.<sup>394</sup>

Sus contactos extranjeros, al igual que Negrín, compartían su visión de la necesidad de “normalizar” y centrar la imagen de la República. Esa era la razón, precisamente por la que el presidente del Consejo quería que tanto Portela como otros diputados que estaban fuera de España asistiesen a las Cortes. Y ese mismo argumento era el gran temor en el bando nacional y el que justificó que la campaña de descrédito de Portela se fuese intensificando poco a poco. El 30 de septiembre el *ABC* de Sevilla publicaba un artículo titulado “PORTELA VALLADARES, UNO DE LOS GRANDES CULPABLES, SERVIDOR Y CRIADO DE RUSIA”. Y como subtítulo, “Espejo de traiciones, Portela se incorpora a la horda”. Con estos adjetivos, la propaganda nacional incorporaba definitivamente al político pontevedrés a su galería de malvados, aplicándole el vocabulario al uso en estos casos: gran culpable, criado de Rusia, traidor, miembro de la horda... En tres columnas a toda página, el autor se despachaba contra el político liberal.

---

<sup>394</sup> “SIFNE. Informe del 2 de agosto de 1937”, Ministerio de Asuntos Exteriores R 591.



... unas recientes declaraciones de Portela Valladares nos levantan el estómago en sensación de terrible asco. El asco físico, que es signo deficiente del asco moral que produce lo repugnante y monstruoso.

Se decía indignado de que Portela no guardase silencio tras su actuación en febrero de 1936, cuando además de no cumplir con su deber había animado a la barbarie, convirtiéndose...

...en uno de los hombres que más alevosamente alzaron las esclusas de la ley para que se desbordase ese torrente de las peores pasiones que llegaron a teñir con su sangre los españoles inmolados a la causa nacional. Le correspondía a Portela preservar al país de una revolución que ya se anunciaba horrenda y no dudó en traicionar su mandato de legalidad (aunque fuese tan precaria como la de febrero de 1936) para franquear el paso al Poder de los hombres que ya contaban en su haber con los crímenes de Asturias de 1934.

E insistía en esa idea al afirmar que:

...el fatídico jefe del Gobierno que el 16 de febrero se allanó a los primeros resultados de las elecciones (ni auténticas ni completas), abandonando el Gobierno en las manos alevosas de Azaña-Prieto-Martínez Barrio (...), ha marchado a Valencia, donde se propone asistir a la trágica mascarada parlamentaria del 1 de octubre.

No faltaban, por supuesto, las menciones a la malvada Rusia y a la no menos pérfida masonería, siempre detrás de todos los males.

Cualquiera diría que Portela Valladares ignora la gravitación de Moscú sobre la República española, republicano marxista y la intervención preponderante en las hordas rojas de mandos extranjeros y brigadas internacionales... mas no cabe presunción alguna de ignorancia o error, dado el volumen y lo significado de todo lo que está acaeciendo, y no olvidemos que Portela Valladares conoce perfectamente la gestión a este propósito de todas las internacionales porque una de estas, la Masonería, es la suya, su pedestal, su órgano impulsor, la fuerza que le llevó al Poder, tras muchos años de eclipses, sin que el descalificado ex ministro de la Corona contase en la política nacional con el menor sustentáculo confesable, la misma fuerza que le obligó a transmitir el Gobierno con nocturnidad y

alevosía a la cuadrilla del Frente Popular y ahora le hace volver a la zona roja para ocupar un escaño en un falso Parlamento, con diputados falsos pero delincuentes de veras.<sup>395</sup>

La masonería, causante de todos los desastres, la que había llevado a Portela al poder, orquestado el triunfo del Frente Popular y causado todas las revueltas era la que lo rescataba de nuevo para la vida política, esta vez en un parlamento criminal. Así, de un sólo plumazo, el autor dibujaba al viejo liberal como un masón maquiavélico, director y dirigido, y barco a la deriva en el bando republicano.

La campaña anti Portela no había hecho más que empezar. El hombre “de perfil anguloso, piel amarillenta y llena de arrugas y alba cabellera, crespas y alborotada”, flexible y falto de escrúpulos, que adulaba “al de arriba y tiranizaba al de abajo si era débil” protagonizó portadas, artículos, semblanzas... Los dos golpes más duros los recibió cuando ya estaba en Valencia, el 6 y el 8 de octubre. Para este ataque sus acusadores se sirvieron de sus propias palabras, lanzando primero la publicación seriada, como si de un folletín de intriga se tratase, de fragmentos manipulados de las hojas robadas de su dietario. En estas notas, escritas por Portela a su llegada a Niza descalificaba a diferentes políticos republicanos, dedicando duros juicios a Azaña, a Prieto o a Casares Quiroga. El segundo golpe maestro, ataque definitivo a su credibilidad republicana fue hacer pública su carta de adhesión a Franco, que se reprodujo a toda plana en toda la prensa nacional.<sup>396</sup>

La campaña propagandística de la prensa nacional había fracasado en su intento de evitar la presencia de Portela en las Cortes, así que el objetivo ahora era mellar la influencia que pudiese conseguir con su visita a Valencia, atacar su credibilidad, restarle apoyos a su posible entrada en el gobierno e incluso poner en peligro su seguridad en zona republicana, lanzando contra él a quienes ya lo habían perseguido al empezar la guerra. El fichaje estrella de las sesiones de Cortes no era más que un anciano interesado y cambiachaquetas y su lealtad republicana, una afirmación endeble y poco creíble. El objetivo de amedrentar a Portela no se cumplió, pues no dejó de asistir a las

---

<sup>395</sup> ABC (Sevilla), 30.09.1937, p. 6 y 1-10-1937, p. 13.

<sup>396</sup> *Ibidem*, 1.10.1937, p. 13, 6.10.1937 y 8.10.1937.

Cortes y en su intervención contó las presiones que había recibido en febrero de 1936 para que permaneciese en el poder y fuese la cara civil de un golpe de Estado. Además, Negrín mantuvo su confianza en él y lo nombró presidente del trust que gestionaba los bienes del Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles (SERE). Y también prosiguió su relación con republicanos de diferentes tendencias, incluidos los galleguistas. ¿Había fracasado, entonces, la feroz ofensiva de la propaganda franquista? Sí, desde este punto de vista. Sin embargo, no todo salió como entonces esperaba. Portela no entró en el gobierno, ni entonces ni cuando, años después, sonaba como ministro gallego sin cartera en el gabinete Giral. Entonces fue Castelaio quien desempeñó este cargo, a pesar de que él mismo había sido el primero en pensar en Portela. Pero fueron los galleguistas de interior los que echaron abajo esta posibilidad al negarse a apoyar esta candidatura porque desconfiaban del viejo centrista. ¿Tuvo la carta a Franco algo que ver en esa falta de confianza? Quizás no fuese la única razón, pues no fiarse de un Portela amigo de todos y de nadie era tradición en ciertos sectores del galleguismo, pero sin duda no ayudó a aumentar la confianza en él. La sombra de la carta lo acompañó a través de los años e incluso en la actualidad se aduce en ocasiones como prueba de su pertenencia a la órbita del franquismo, sin tener en cuenta las críticas constantes que recibía de los nacionales y su muerte en el exilio.<sup>397</sup>

La puntilla a esta campaña de prensa llegó en el mes de diciembre desde las páginas de *El Pueblo Gallego*. El “Mefistófeles centrista”, el viejo “indeciso, versátil y claudicante”, era atacado por Clotilde Puig. El diario vigués reproducía la carta que su ex mujer había escrito al general Franco para comunicarle su separación y en la que le pedía permiso para hacer partícipe a la prensa de la noticia para así desmarcarse del *traidor* de su marido

---

<sup>397</sup> “Informe número 3 da secretaría política do comité executivo do PG”, en CASTRO, Xavier (ed): *Castelao e os galeguistas do interior. Cartas e documentos. 1943-1954*. Vigo, Editorial Galaxia, 2000 p. 323. ANSÓ, Mariano: *Yo fui ministro de Negrín*. Espejo de España, Editorial Planeta, Barcelona, 1976, p. 304

Yo quisiera que la Prensa nacionalista hiciera saber mi separación absoluta, mi desligamiento total de una persona que olvidando en absoluto los principios de dignidad, comete el delito de alta traición.<sup>398</sup>

La información incluía una fotografía del original, manuscrito y fechado en Francia. El comentario rendía honores a Clotilde Puig, la “gran dama que siente el orgullo de ser española por encima de todos los orgullos, y siente una congoja y amargura única por encima de todas sus tristezas”. ¿Cómo sería ese hombre si incluso su esposa, una mujer tan digna, se volvía contra él señalando su traición? La acusación no era nueva, pero su dimensión personal provocaba un daño mucho mayor. Se consolidaba así su imagen de traidor a la patria. Como rezaba un viejo estribillo, célebre durante el franquismo, “Galicia lo dio todo por salvar a la patria. La víctima: Calvo Sotelo. El asesino: Casares Quiroga. El salvador: Franco. Y Portela Valladares, que fue el traidor.”

Pese a esta lectura, al menos superficialmente, Portela salió airoso del conflicto. Repitió su presencia en las sesiones de Monserrat y fue un asiduo en las reuniones de la Diputación Permanente. Mientras, transcurrieron los meses, avanzó la guerra y la situación empeoró para la República. Portela era consciente de ello, pero no dejó de apoyar a Negrín. Cuanto mayor parecía su convencimiento de la derrota, mayores eran sus manifestaciones de adhesión a la República.

¿No te metiste en el navío desarbolado de Valencia para correr temporales? Por qué no seguir en él, continuando las luchas de otros años que fueron la más fuerte preparación para la vida. Y escribí a Negrín poniéndome a su disposición para ir al punto que me designase, “cualquiera que él fuese.”<sup>399</sup>

El apoyo que ofreció a Negrín se mantuvo en los instantes finales de la guerra. En el mes de marzo, la preocupación sobre la existencia o no de poderes que mantuviesen la legitimidad republicana centró las reuniones de la Diputación

---

<sup>398</sup> ABC (Sevilla), 10-10-1937, p. 17; “UNA DAMA ESPAÑOLA. La señora condesa de Brias se ha separado de su marido, traidor a la Patria. Carta emocionante al Caudillo”. *El Pueblo Gallego*, 15-12-1937, p. 10.

<sup>399</sup> PORTELA VALLADARES, Manuel: *Dietario de...*, op. cit., pp. 130-141. La cita, en “Papeles originales del dietario de Portela Valladares”, p. 456. Fundación Penzol (en proceso de catalogación).

Permanente en estas fechas y a las que Portela no faltó. El 7 marzo se inició la discusión con una proposición del diputado comunista Antonio Mije, que pedía que el pleno publicase una declaración expresa de la legitimidad del gobierno Negrín como único de origen constitucional, condenando la Junta de Madrid, constituida tras el golpe de Casado. Esta propuesta se rechazó por dieciséis votos en contra, el voto a favor del propio Mije y la abstención de Jáuregui. Portela también votó en contra, según él no porque considerase que el gobierno de Negrín fuese ilegítimo, sino porque en su opinión, “la Diputación Permanente no tiene facultades [en este tema] y, por ello no debe intervenir para condenar o apoyar al Gobierno Negrín ni a la Junta de Madrid.” Si el Gobierno de Negrín fue refrendado en la última reunión del Parlamento celebrada en Figueras apenas un mes antes, ¿cómo iba a discutir la Diputación Permanente el mismo tema?<sup>400</sup> Sí se aprobó, en cambio, una propuesta del diputado de Izquierda Republicana, Álvaro Pascual Leone que decía que:

...siendo la representación permanente del Parlamento y éste el único organismo de carácter popular de la República, se reserva el derecho de solicitar de todas las autoridades republicanas, de las dimitidas y de las existentes, el informe de sus actas y el establecer acerca de ellos, en el momento y lugar oportunos, el juicio que corresponda.<sup>401</sup>

Una reunión tan breve como la del 7 de marzo dejó una difícil papeleta para resolver en la sesión del día 31. Negrín asistió a esta sesión en calidad de presidente del Consejo de ministros para dar cuenta de la acción de su gobierno en el tiempo que había transcurrido tras haber recibido el respaldo del parlamento en Figueras. En la sesión anterior, la Permanente se había manifestado como único poder legítimo de la República y de ahí venía el conflicto. Si se aprobaba la última acta, Negrín ya no podría asistir a la reunión en calidad de presidente. Por ello la sesión se inició con una primera discusión que trató de establecer si, de forma extraordinaria, se posponía la aprobación del acta hasta después de la intervención de Negrín, para que este pudiese hablar como presidente. Superado este escollo, el gran debate giró sobre la continuidad tanto del

---

<sup>400</sup> *Actas de la Diputación Permanente de las Cortes*, 7.03.1939, pp. 1-3.

<sup>401</sup> *Ibidem*, 7.03.1939, p. 3.

gobierno Negrín como de la propia Diputación Permanente. Los diputados se perdieron en una discusión formal que se planteaba si tenía sentido mantener estas instituciones si no contaban con un territorio. Frente a los que afirmaban que sin territorio no había poder que tuviera lógica, otros oponían que aunque no tuvieran territorio sí tenían ciudadanía, pues debían ocuparse de aquella parte de la población que los había respaldado y que en ese momento se encontraba, al igual que ellos mismos, desplazada más allá de sus fronteras, y también de aquellos republicanos que seguían en España y que podían ser represaliados por las nuevas autoridades.<sup>402</sup>

En medio de un duro cruce de acusaciones que se desarrolló alrededor del enfrentamiento por la autolegitimación y la defensa de la respectiva cuota de poder, generando un clima de extremada tensión, Portela también intervino. Sobre la cuestión del acta, para protestar porque no apareciesen algunas de las manifestaciones que había hecho en la sesión anterior. Quiso dejar claro que él no estaba conforme con la sublevación de Madrid. “No había querido rebelarme antes y tampoco quiero sumarme a los rebelados en esta ocasión.” Parecía empeñado en dejar claro que no era partidario de las rebeliones, posiblemente para disipar cualquier duda que la carta de adhesión a Franco pudiese seguir generando.<sup>403</sup>

En cuanto a la cuestión de la legitimidad del gobierno y de la Permanente Portela creía que lo lógico era que ambos poderes se apoyasen, pues criticarse u oponerse uno a otro no era más que despojarse de autoridad a sí mismos y nada ganaban con ello. Sólo “una rebelión más, una división más, un dolor más para la República.” Con su intervención, Portela logró templar los ánimos y encauzar las diferentes voluntades en la búsqueda de soluciones para aprobar la existencia de ambos poderes. Para ello, los diputados se dispusieron a hacer una declaración que los legitimase, aunque para conseguir ponerse de acuerdo hubieron de ir párrafo a párrafo. Cuando el diputado socialista Ramón Lamóneda propuso que se nombrase una comisión que fiscalizase la gestión del gobierno, surgieron nuevas tensiones y Martínez Barrio amenazó con dimitir si se aprobaba dicha enmienda, pues en su opinión esto suponía

---

<sup>402</sup> MORADIELLOS, Enrique: *Negrín*, Barcelona, Ediciones Península, 2006, pp. 463-466.

<sup>403</sup> *Ibidem*, 31.03.1939, p. 3.

compartir una responsabilidad sobre la que la Permanente no tenía autoridad. Portela intervino de nuevo para pedirle que no dimitiera o colocaría a la Diputación en una situación de colapso, ya que no podrían elegir un nuevo presidente de las Cortes. Sería la República la que saldría perdiendo al verse privada de uno de los poderes institucionales que podía conservar. Poderes que precisaba lo más intactos posible mientras esperaban que la nueva situación internacional reabriese el camino republicano.<sup>404</sup>

La propuesta que reconocía la legitimidad del gobierno y de la Permanente se aprobó finalmente sin la dimisión de Martínez Barrio. El escollo se había salvado, pero esta sesión mostraba que la división seguía existiendo en el seno de los poderes republicanos. La guerra había terminado, pero no los problemas.

#### **9.4 La guerra después de la guerra: Portela en la Segunda Guerra Mundial**

Ando moi atafegado. Os días fúxenme dos pés. Da Europa, vella e indecente, hai que fuxir. Quero rematar uns traballos e tomar o barco para velos, abrazalos e escomezar nova vida.<sup>405</sup>

En abril de 1939, Portela escribía a su amigo, el intelectual y político galleguista, Alfonso Daniel Rodríguez Castelao. Acababa de dejar atrás una guerra y estaba seguro de que se disponía a dar sus primeros pasos de otra. Intuición que se convirtió en creencia en agosto, cuando se convenció de que el estallido de la guerra era algo inmediato. Si eso sucedía, quería vivirlo desde lejos, a pesar de que un conflicto internacional le hacía albergar la esperanza de que el gobierno de Franco cayese enseguida. Esperaba, eso sí, que la guerra fuese rápida y cambiase todo. En cualquier caso, se mostraba esperanzado, y opinaba que incluso en el escenario improbable aunque deseable de que se consiguiese evitar el enfrentamiento, los totalitarismos quedarían tocados “e con eles o destino de Franco”. Eso le hacía confiar en que podría volver a casa algún día. Consciente de la influencia que el nuevo conflicto para la situación española, su deseo era seguir trabajando por la República, aunque quería

---

<sup>404</sup> *Actas de la Diputación Permanente de las Cortes*, 31.03.1939, pp. 25-34

<sup>405</sup> Carta de Portela Valladares a Castelao, 8.04.1939. Fundación Penzol, CA 742/ 3(5)

hacerlo lejos de Europa. Acababa de cumplir setenta y dos años. Su situación económica, según escribía, no había cambiado, pues no le habían devuelto aún lo incautado, tampoco los republicanos, así que tenía que vivir de su trabajo, entre las dietas de diputado y su papel dentro del SERE, lo que en realidad lo dejaba en una posición económica más ventajosa que muchos de sus compañeros. La experiencia recién terminada pesaba demasiado, pero no tanto como para no querer empezar de nuevo en América. No sólo porque deseaba alejarse de la guerra, también porque quería reunirse con los amigos y compañeros que habían sobrevivido y que, como él, vivían en el exilio. La mayor parte estaban al otro lado del Atlántico, así que deseaba reunirse con ellos y compartir nuevos empeños. Sus opciones de destino favoritas: Chile, Cuba, Estados Unidos, México... Sus planes: dar conferencias, editar sus memorias, seguir vivo en la política republicana. Jamás volvió a salir de Francia.<sup>406</sup>

En septiembre empezó la Segunda Guerra Mundial. Los franceses la recibieron como si no fuese auténtica, una *drôle de guerre*. Una guerra de broma, una risa, una mentira. Esa parecía la sensación dominante en Francia durante el período que va desde la declaración de guerra a Alemania que franceses y británicos firmaron el 3 de septiembre de 1939 hasta la invasión del país galo, Bélgica y Países Bajos, el 10 de mayo de 1940. Una actitud errónea que desesperaba a Portela, convencido de que esta manera de enmascarar la realidad favorecía el despiste y permitía a Alemania ganar terreno.<sup>407</sup>

Portela seguía en Francia, pero la esperanza de América todavía brillaba tenuemente y no se difuminaría del todo hasta casi finales de 1940. Aunque en los demás temas, el pesimismo se iba haciendo más fuerte en su ánimo. Así se puede leer entre líneas en la última carta que pudo escribir a Castelao hasta después de la liberación de Francia. Y al contrario que en las anteriores, lo hizo en castellano, “para facilitar la labor de la censura”. La ironía no escondía su desánimo. Los planes del Portela inquieto estaban parados. Sólo parecía posible “monologar sin hacer, vegetar, que son odiosos cuando exceden la pausa rehabilitadora.” Su pesimismo también alcanzaba a sus pensamientos sobre la situación española y frente a las esperanzas que

---

<sup>406</sup> *Ídem*.

<sup>407</sup> Papeles originales del dietario de Portela Valladares, página 472. F. P. (en proceso de catalogación).



acariciaba apenas unos meses antes, reconocía que las opciones de arreglar los problemas se habían alejado. Al mismo tiempo, asumía algo que aumentaba su desazón: la aparente imposibilidad de cumplir con su deseo de contribuir en la reconstrucción de su país, que parecía reducirse a un apoyo simbólico desde “las afueras”, pura “filosofía histórica o con devoción contemplativa”. Con su pesimismo crecía la morriña por Galicia, “la más equilibrada, la más sana de espíritu, la más civilizada, la más humana región de España.” Y la sensación de que los liberales eran vistos por el franquismo como los peores enemigos: “La amnistía de Franco comprenderá a muchos asesinos: a ningún liberal demócrata.” Intuía que comenzaba el tiempo de la persecución. Y no se equivocó. La guerra volvía a ser un asunto serio.<sup>408</sup>

En esta última carta a Castelao, retomaba el tema de la guerra civil y le confesaba que la derrota no le había tomado por sorpresa. Se había visto venir “por los constantes errores”, aunque no por ello le resultaba menos triste y dolorosa. Creía que lo peor, entonces y también en aquel momento, eran “las divisiones y pequeñeces y miserias que salieron a la luz.”. Pero había que intentar que no trascendiesen y que fuesen a menos. Si se cumplían los deseos des que Franco no pasase demasiado tiempo en el poder resultaba fundamental “dar prestigio a la República, o al menos no desacreditarla. Esa era “la primera obligación” en estos tiempos, aunque parecía obviarse una y otra vez en la Diputación Permanente, que fue testigo de una nueva discusión entre Prieto y Negrín por la creación de la JARE (Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles). El dinero que el gobierno enviaba a México no podía ser controlado por él, porque se decía que el Congreso y la presidencia de la República no habían refrendado el acuerdo de la Permanente que reconocía al gobierno, así que este no tenía valor. Después de nuevas tensiones y enfrentamientos, al final se propuso crear una junta que gestionase ese dinero. Así nacía la JARE. Portela se abstuvo de la votación y no presentó enmienda alguna a pesar de su desacuerdo. En la anotación correspondiente en su dietario justificaba esta decisión en el desencanto que le producía esta sesión y en el convencimiento de que no habría podido conseguir nada. Más

---

<sup>408</sup> Carta de Portela Valladares a Castelao. Finales de 1939. F. P., CA 742/ 3 (12)

divisiones que se plasmaban en la ruptura definitiva entre Prieto y Negrín. “Mantener una conciencia republicana cuesta un dolor diario.”<sup>409</sup>

En 1940 la situación de los exiliados en Francia empeoró notablemente. El ejército alemán invadió el país galo y consiguió llegar a París el 14 de junio, lo que provocó la dimisión del presidente del Consejo, Paul Reynaud, quien fue sustituido por el mariscal Philippe Pétain. El Senado y el Congreso fueron forzados a cesar en sus funciones y transfirieron su autoridad al nuevo presidente. El gobierno solicitó un armisticio a Alemania, que se firmó el 22 de junio y supuso el inicio efectivo de una política colaboracionista con el régimen nazi. Estos cambios afectaron negativamente a los republicanos refugiados en Francia, facilitando su acoso por parte de los agentes franquistas. En parte esto sucedía ya desde febrero de 1939. Entonces, el gobierno francés y el franquista habían firmado los llamados acuerdos de “Bérard-Jordana”, que facilitaron la puesta en marcha de las Comisiones policiales de Recuperación de Bienes en Francia y el control de los refugiados republicanos, especificando, entre otras cosas, las condiciones de repatriación y vigilancia. Pero a partir de junio de 1940 la persecución se agravó. Portela, al igual que otros republicanos, se vio obligado a abandonar París en busca de refugio rumbo al sur del país. Su destino fue Marsella y cercanías. En su caso, Cassis sur Mer. Los nacionalistas vascos se encargaron de organizar el traslado de estos exiliados españoles al sur de Francia. Mariano Ansó, Fernández Clérigo o Pedro Rico fueron algunos de los compañeros de Portela en este viaje, en el que también le acompañaron sus sobrinos, el matrimonio Martí de Vesés. No así sus hijos, a los que habían conseguido enviar de regreso a España, pensando que así estarían a salvo.<sup>410</sup>

Los cinco años que vivió en la Francia ocupada por los nazis se convirtieron en la etapa más dura de la vida de Portela. Con Pétain en el poder, comenzó la caza de los republicanos. La embajada española, con José Félix de Lequerica al frente, dirigía la partida. La pérdida de derechos, de papeles, la inseguridad de los bienes materiales y el

---

409 *Actas de la Diputación Permanente de las Cortes*, 21.06.1939, pp. 1-37. PORTELA VALLADARES, Manuel: *Dietario de...*, op. cit., p. 154.

410 GUIXÉ COROMINAS, Jordi: *La República perseguida. Exilio y represión en la Francia de Franco, 1937-1951*. Valencia, Publicacions Universitat de València, 2012, pp. 20-22; ANSÓ, Mariano: *Yo fui ministro...*, op. cit., p. 268; Entrevista con Clotilde Martí de Vesés Puig, 18.03.2015.

riesgo para la propia vida se convirtieron en cuestión de cada día. El caso de Portela, con sus singularidades, no fue demasiado diferente al de otras personalidades republicanas que permanecían en territorio galo durante ese período, aunque al igual que Mariano Ansó o Tomás Bilbao gozó de una dosis de suerte mayor que la de Julián Zugazagoitia, Lluís Companys o Francisco Cruz Salido.<sup>411</sup>

Los encargados de azuzar al extremo a este grupo de expolíticos republicanos refugiados en la costa francesa fueron dos agentes franquistas, Pedro Urraca Rendueles y Víctor Druillet, quienes estaban al frente de una red de policías franquistas, que actuó por toda Francia colaborando tanto con los cuerpos de seguridad del régimen de Vichy como con la Gestapo. Rendueles y Druillet pusieron en marcha una operación en Marsella y sus alrededores a partir de la información que habían conseguido tras confiscar una serie de documentos a José Calviño. En ellos aparecían los domicilios de un nutrido de republicanos de renombre, entre ellos, Portela Valladares, José Martí de Vesés, Francisco Sánchez Sáez, Pilar Lubián, Josep Tarradellas, Ventura Gassol, Juan Morata o Mariano Ansó. Este grupo de refugiados en Marsella intentaba huir a México. Eliodoro de la Torre, exconsejero del gobierno vasco se encargó de facilitar la salida de numerosos refugiados rumbo a América. Contaba con la ayuda de la legación mexicana, que otorgaba los visados correspondientes con permiso del gobierno francés. Este grupo también consiguió la documentación necesaria para viajar, pero mientras esperaban por su barco fueron detenidos poco a poco. El navío en el que iban a viajar era el *Alsina*, que en un principio se resistía a viajar a México, pero Portela, a través de sus contactos logró que una empresa suiza, Trust de Bâle, se encargara de conseguirlo. Aun así, resultaba un viaje demasiado costoso, por lo que no todos podían pagar el billete. Portela consiguió uno para sí mismo por 60.000 francos y dos para sus sobrinos, por 70.000. El coste total era de 654.000 francos por un total de veintisiete pasajeros.<sup>412</sup>

Ante el retraso, Negrín intervino en el asunto. Envío a Pilar Lubián y a Mariano Ansó para que se encargaran de las gestiones y encargó a Portela que se encargara de

---

<sup>411</sup> Carta de Tomás Bilbao a Portela Valladares, 14.01.1936. Ateneo Español de México, Fondo Tomás Bilbao, Caja 1, Correspondencia 18, pp. 19-23.

<sup>412</sup> “Informe de 15.12.1940”, Sabino Arana Fundazioa, Bilbao; GUIXÉ COROMINAS, Jordi: *La República perseguida...*, op. cit., pp. 230-232; “Informe de de Saulnes”, Archivo General de la Administración, AE, Embajada de España en París, 9.17.12/54, 11326.

conseguir el dinero a través del trust de la SERE. Le envió una lista de doscientas familias que debían ir en el barco, pero fue interceptada por Urraca. Portela consiguió adelantar 30.000 dólares, pero surgió un problema con los visados y un conflicto entre Negrín y Prieto, que habían presentado dos planes de evacuación diferentes. La legación mexicana consideró que el de Prieto era más viable, aunque se demoraba más en el tiempo, lo que dio margen a Urraca para localizar a muchas de las personas que buscaban, confiscando sus bienes. Uno de los detenidos fue Portela, que al igual que otros de sus compañeros sufrió dos intentos de extradición. Muchas de ellas fueron evitadas por la intervención de la legación mexicana. En el caso de Portela, en cambio, lo que lo salvó fue su decisión de recurrir a la justicia para evitarlo. También denunció a Druillet por las condiciones que sufrió durante su detención, que consideró injustificada, y en la que le tocó soportar un trato vejatorio y unas circunstancias de humedad y frío que hicieron mella en su salud. Portela presentó su denuncia ante el juzgado de Cusset y lo acusó de tres cargos, El primero, usurpación de funciones, por actuar como si fuera, sin serlo, miembro de la Policía Judicial). El segundo, falsedad documental, señalados que se encargaba de redactar las declaraciones de los interrogados y las firmaba él mismo, asumiendo la identidad de Brochet, su superior. Por último, lo acusó de detención arbitraria, por haberlo retenido durante seis días incomunicado sin ninguna orden, cuando la ley marcaba el límite en veinticuatro horas. Señaló, además, que las condiciones que había sufrido habían sido inhumanas, pues no había recibido apenas alimento y tampoco abrigo, e incluso lo habían mantenido desnudo durante horas. Finalmente, la justicia le dio la razón y procesó tanto a Druillet como a Urraca, no tanto por el trasfondo político de sus acciones, sino por la ilegalidad con la que llevaban a la práctica sus operaciones.<sup>413</sup>

Portela sufrió el primer registro de su domicilio el 9 de diciembre de 1940. Se encargaron de él cuatro agentes franceses, aunque sólo dos de ellos lo eran realmente, Los otros dos eran un policía español y un empleado del consulado de España en Marsella. Le requisaron los fondos que le encontraron, en total, 395.000 francos en cupones franceses, 200 acciones nominativas de una sociedad radicada en Francia, un

---

<sup>413</sup> PORTELA VALLADARES, Manuel: *Dietario...*, op. cit., pp. 241-243; GUIXÉ COROMINAS, Jordi: *La República perseguida...*, op. cit..

cuadro. Y también una serie de documentos, entre ellos un carnet masónico que consideraron una prueba de sus delitos y un pasaporte falso, expedido por la República de Brasil y que justificaba su supuesta nacionalidad cubana. Tras permanecer una semana detenido en las condiciones que explicaba en su denuncia, fue liberado el 24 de diciembre. No recuperó los bienes que le habían requisado y además, le denegaron el visado, con lo que perdió sus opciones de abandonar Francia. Una de las razones por las que consiguió ser liberado fue el informe que presentó denunciando la intervención de dos agentes franquistas en su detención, que envió al secretario de Estado y al ministro de Justicia. Este informe daría lugar a una investigación interna. Una cosa era respetar los acuerdos con la España franquista y otra, permitir métodos ilícitos. Esta queja contribuiría a que los juzgados franceses denegasen en diciembre de 1941 la segunda petición de extradición, que se solicitó el 17 de agosto del mismo año a partir de un auto dictado por la Causa General en el que se acordó su ingreso en prisión.<sup>414</sup>

Fueron años duros para Portela, que todavía volvería a ser detenido por la Gestapo en marzo de 1943, como se relataba al comienzo de esta tesis. Aunque en esa ocasión pudo volver a casa, permaneció los meses siguientes encerrado en su casa. Todavía arrastraba las secuelas de su encierro marsellés, de las que no se recuperó hasta mucho después de la liberación francesa. Permaneció, además, apartado de toda comunicación con sus amigos y compatriotas, por lo que no le quedaba ni el consuelo de intercambiar cartas con aquellos que le recordaban desde lejos. Hasta enero de 1945, cuando al fin pudo escribir de nuevo a Castelao, no volvió a enviar ni una línea. Tampoco podía hacer anotaciones libremente en su diario, siempre vigilado, siempre con el riesgo de un nuevo registro en el que las palabras inconvenientes que en aquellas circunstancias también eran peligrosas fueran localizadas y requisadas. Cinco años que llevaron al límite a quien ya había cumplido setenta y ocho años cuando al fin terminó la Segunda Guerra Mundial. Pero con el fin de la pesadilla, volvía el amanecer:

¿Qué haré yo de esta pequeña libertad que se me ha devuelto? ¿Decidiré, como aquel prisionero de Dickens que se había habituado a la cárcel, y cuando quedó fuera suplicaba y protestaba para que le dejaran entrar otra vez? El calor de vida que me ha llegado, procede del Sol que alumbra por el

---

<sup>414</sup> Archivo General de la Administración, AE, Embajada de España en París, 11325.

mundo. Es otra vez el temblor de amanecer, el despertar de la naturaleza que anuncia la venida del día: es deseo, y es frío; y es promesa y es iniciación de una nueva hora. Y después, queda siembre el destino ignoto, en el que conviene tener cartas a favor.<sup>415</sup>

## 9. 5 Los años finales

Portela vivió el final de la Segunda Guerra Mundial como un nuevo amanecer. Así tituló el capítulo correspondiente en sus memorias. La caída de los fascismos la interpretaba como una nueva oportunidad para la República, pues veía como paso lógico en la sucesión de acontecimientos vividos hasta ese momento la retirada del apoyo internacional a la dictadura de Franco. Aunque para ello era necesario que los republicanos se mostrasen como una alternativa sólida y eficaz. Y consideraba que él mismo también podía y debía contribuir a ello. Así que de nuevo se dispuso a entrar en acción. Esta vez el camino era la política gallega, de la mano de uno de sus amigos y compañeros de más largo recorrido, Castelao, con quien en enero de 1945 reanudaba su correspondencia. Los ejes de acción iban a ser el Estatuto de Galicia y el *Consello de Galiza*, aunque este último chocaría en intereses, en determinado momento, con otra organización de la que Portela formó parte y fue su presidente, el *Bloque Republicán Nazonal Galego*.<sup>416</sup>

En cuanto al Estatuto de Galicia, Portela siempre había defendido la importancia que su aprobación tenía para la estabilidad del régimen republicano. En su opinión, traería dos grandes ventajas. La primera, que Galicia facilitaría el acercamiento entre España y Portugal el día en que finalmente fuese posible la deseable cooperación entre ambos países, pues, cercana a ambas realidades, era el único nexo que podría unirlos. La segunda ventaja que ofrecería el Estatuto gallego a España sería el evitarle más convulsiones. Frente a un Estado español que se veía atravesado por sacudidas violentas y radicalismos, el Estatuto evitaba que Galicia cayese en alternativas extremas, de derecha o de izquierda, que aumentarían la situación conflictiva del país. Por el contrario, para Portela una de las características básicas del carácter gallego, “nuestro

---

<sup>415</sup> PORTELA VALLADARES, Manuel: *Dietario...*, op.cit., pp. 222-223.

<sup>416</sup> Fundación Penzol, CA 742/3 7

equilibrio”, decía, podría servir de regulador, de freno y de ordenamiento a España. Por eso animó a Castelao en su intento de llevar a la comisión de estatutos el gallego, que había sido plebiscitado justo antes del golpe de Estado. En la correspondencia que intercambiaron durante esta etapa se puede seguir los movimientos que el caricaturista y político se vio obligado a seguir para lograr esta tramitación, a la que se oponían Indalecio Prieto y buena parte de los socialistas y republicanos, que opinaban que era un tema menor e incluso peligroso para los intereses españoles.<sup>417</sup>

En cuanto al *Consello de Galiza*, se trataba de una especie de gobierno gallego en el exilio formado por los parlamentarios republicanos que habían sido elegidos en las elecciones de 1936 por las circunscripciones gallegas. Al menos esa era la intención de Castelao, pues, al margen de los que se quedaron en bando nacional o ya estaban muertos, no todos se adhirieron a él. Se constituyó en Montevideo en 1944, bajo la presidencia del propio Castelao y con la presencia de Antonio Alonso Ríos, Elpidio Villaverde y Ramón Suárez Picallo. Entre los diputados exiliados en Francia, además de Portela, Casares Quiroga sería uno de sus apoyos. Esta institución surgió tras la sugerencia que le hizo a Castelao José Antonio Aguirre, lehendakari vasco en el exilio, y supuso un impulso importante al camino del Estatuto gallego. También con el apoyo de los nacionalistas vascos, el Consello peleaba por obtener un ministro gallego sin cartera en el gobierno Giral. La apuesta de Castelao para este cargo era Portela. Lo consideraba el hombre más adecuado para desempeñarlo por su trayectoria, su prestigio, su implicación con el proyecto gallego le convertían en la mejor opción, opinión que también compartía la delegación vasca. Sin embargo, esta apuesta no llegaría a materializarse. Portela creyó en algún momento que su exclusión se debía a la falta de apoyo de los vascos, que tal vez desconfiaban de él por su pasado “rojo” y masón. Sin embargo, no fueron ellos sino los galeguistas de interior los que lo vetaron. Ramón Piñeiro, en su viaje a Europa fue el encargado de comunicárselo a Castelao, que fue

---

<sup>417</sup> PORTELA VALLADARES, Manuel: *Ante el...*, op. cit., pp. 109-110; RODRÍGUEZ CASTELAO, Daniel: *Sempre en Galiza*. Vigo, Editorial Galaxia, 2012 [1ª Edición: 1944].

quien acabó ocupando este puesto.<sup>418</sup>

La posibilidad de ser nombrado ministro en el gobierno Giral era un fruto tentador para un hombre como Portela. A través de su trabajo por Galicia podía volver a ocupar un puesto de peso en la política nacional. Y Portela, pese a su galleguismo convencido, era un hombre de política de estado. Jugó a su favor otra baza, el antes citado *Bloque Republicán Nazonal Galego*, del que aparecía como presidente. Esta organización, fundada por el comunista Enrique Lister, contaba con el apoyo del Partido Comunista y, entre los nombres que citaban sus listas estaba también el de Santiago Casares Quiroga. A pesar de que en sus cartas a Castelao, Portela se muestra confundido ante esta organización, de la que dice no saber demasiado y que no se uniría a ella, al menos mientras Castelao no se reuniese con él en Francia, todo parece indicar que sí llegó a contar con su colaboración. Entre otras cosas, sus miembros apostaron por él en la pugna por designar al ministro gallego, aunque finalmente perdieron.

La pérdida de esta oportunidad supuso un revés para los intereses políticos de Portela, pues veía en ella la que probablemente era su última ocasión de entrar de nuevo en política. La designación de Castelao en su lugar la veía como un mal menor, pues confiaba en él y sus intenciones, pero también era consciente de que el espacio de maniobra era cada vez más pequeño, que la situación internacional estaba cambiando y que los dirigentes republicanos estaban cada vez más desprestigiados.

Las luchas internas entre los políticos republicanos eran cada vez más frecuentes, lo que aumentaba su desunión y reducía las posibilidades de gozar del beneplácito internacional para un cambio de régimen político en España. Como reflejaba en las anotaciones de su dietario y también en su correspondencia, el rechazo de Portela por estos individuos era cada vez mayor, pues consideraba que estaban defraudando la confianza que sus electores habían depositado en ellos. La sensación de oportunidad desaprovechada era cada vez más evidente. Con peleas mezquinas y disputas de poder habían hundido la tercera República antes de su proclamación.<sup>419</sup>

También le desagradaba el cariz que estaba tomando la situación internacional.

---

418 ALVAJAR LÓPEZ, Javier: "Apuntes sobre la Delegación del Consejo de Galicia en Europa". *Anuario Brigantino*, 1988, pp. 125-136; CASTRO, Xavier (ed.): *Castelao e os galeguistas do interior. Cartas e documentos 1943-1954*. Vigo: Galaxia, 2000, p. 62.

419 PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias...*, op. cit., p. 273.



El cambio de vientos que llevaba tiempo pronosticando se hacía cada vez más evidente y, en su opinión, los europeos traicionaban de nuevo a la democracia española. Culpables eran quienes podían y no habían sabido aprovechar el contexto favorable, pero también aquellos que nunca pensaban en España y se comportaban respecto a ella de un modo incoherente con el credo y los principios que decían defender.

La falta de confianza de los galleguistas de interior y el veto a su nombramiento como ministro lo llenaron de amargura y provocaron en él una honda decepción. La amarga experiencia de Castelao en ese puesto, que se vio frenado y frustrado en todos sus movimientos, aumentó su sensación de fracaso y de final. Final de una etapa y final de su tiempo. Castelao vivió en su propia piel la falta de apoyo de los que seguían dentro de España y se retiró de su puesto gubernativo lleno de desencanto. Un sentimiento que lo acompañó hasta su fallecimiento en 1950, pocos meses después de dejar el cargo. Desencanto y muerte que contribuyeron a llenar a Portela de desesperanza. La no consecución del ministerio no era el primer revés que sufría en su trayectoria, pero la diferencia en ese momento era su edad y la creencia de que ya no quedaba tiempo para nuevas oportunidades. Al menos no en bastante tiempo. Y Portela tenía ochenta y tres años cuando murió Castelao. La pérdida del amigo, más joven que él, lo dejaba como viejo estandarte de una antigua lucha que parecía quedarse sin opciones. Las cartas que escribió en ese tiempo, al propio Castelao antes de su muerte, a Ramón Otero Pedrayo o la breve reseña luctuosa con la que lloró al amigo y que fue el último texto que publicó Portela en vida, reflejaban ese dolor y esa convicción de que ya nada podía hacer él.<sup>420</sup>

Esa sensación resultaba dolorosa para un hombre que siempre se había caracterizado por su participación política, su tendencia a la acción y su fortaleza, más allá de su edad. Y por primera vez sentía la convicción de que ya no podía hacer nada. Sólo le quedaba, pues, reflexionar y dedicarse a poner en orden sus notas, anotando su análisis de lo que había vivido, defendiéndose de los numerosos ataques a su persona y a su actuación que en esos momentos ya iba conociendo, y planteando posibilidades de futuro para las nuevas generaciones. A pesar de que la redacción de su dietario y sus memorias comenzó antes de este período, fue entonces cuando sufrió sus mayores

---

420 Correspondencia con Otero Pedrayo, en Fundación Penzol CA 649/31

retoques y revisiones.

Pese a que las reflexiones, los escritos y la vida en su pequeña casa de Bandol caracterizaron esta última etapa de su existencia, no se limitó exclusivamente a estas cuestiones. Portela era consciente de que estaba en el final de su vida, la física y la política, sí, y no le quedaba más remedio que asumirlo. Pero nunca fue un hombre tranquilo, así que la “jubilación” no resultó sencilla para él. En la medida de lo posible, siguió manteniendo contactos políticos, especialmente con gente con la que había compartido intereses o luchas. En 1946, cuando todavía veía posible que las potencias occidentales forzasen la caída del franquismo, fue confidente y consejero de unas conversaciones secretas mantenidas por un representante del gobierno republicano en el exilio con personal moderado del régimen franquista. Ese representante del gobierno republicano era uno de sus colaboradores más estrechos y un amigo querido: Vicente Santiago. El ahora teniente coronel se había exiliado en México tras la guerra civil, pero a principios de 1946 fue reclamado por el gobierno de la República para que se hiciese cargo de la Oficina de Información y Enlace. De nuevo se ponía al frente de los servicios de inteligencia de la República y lo hacía en un momento que podía ser trascendental. Convencidos de que había posibilidades de hacer caer el gobierno de Franco, una de las misiones de Santiago fue establecer contactos con viejos conocidos que habían permanecido en España tras la guerra y que formaban parte de los cuadros del franquismo, en busca de vías que favoreciesen, llegado el caso, un traspaso de poderes ordenados para que la República pudiese regresar con buen pie. Esto lo llevó a entrar de incógnito en dos ocasiones en España para negociar directamente con sus conocidos. La primera vez, en octubre de 1946, regresó satisfecho de su viaje, creyendo que las opciones de una transición inmediata y pacífica eran fuertes. La segunda, en febrero de 1947, no resultó tan positiva. En parte, porque encontró a sus interlocutores menos receptivos que en la ocasión anterior, debido al cambio de circunstancias en el panorama internacional que hacía que la intervención en España para derrocar a Franco pareciese cada vez más lejana. Y en parte, porque las divisiones en el exilio republicano lo habían dejado prácticamente desamparado. Enfrascados en sus luchas, de nuevo las labores de mediación del entorno portelista se veían frustradas por la falta de apoyo. Algo de lo que Vicente Santiago se quejó amargamente a Portela en el tiempo que

permaneció alojado en su casa en Bandol. Las Navidades de 1946, por ejemplo, las compartieron ambos amigos junto a otro de los leales del líder gallego: Antonio Cardero Veloso, exgobernador de Córdoba durante las elecciones de 1936. Además, Santiago aprovechó su estancia en Bandol para ayudar a Portela con sus memorias y fue él quien se encargó de pasarlas a máquina.<sup>421</sup>

En su maraña de contactos que siguió cultivando, trasladando a la pluma y al papel la política “de pasillo” o “de café” que tanto le gustaba practicar, Portela mantuvo lazos especialmente con los nacionalistas vascos, republicanos y galleguistas próximos al portelismo, tanto exiliados como aquellos que se habían quedado en España, como Valentína Paz Andrade o Enrique Rajoy Leloup. Aunque con estos “exiliados de interior” no era sencillos mantener una relación fluida, el sistema de correo vasco le permitió mantener cierto contacto con ellos, escuchar sus inquietudes y dudas y compartir con ellos respuestas, consejos y opiniones políticas.<sup>422</sup>

También fue la llamada vía vasca la que puso a salvo sus papeles tras su muerte, depositándolos en manos galleguistas al otro lado del océano. De allí llegarían a Vigo donde permanecen aún ahora entre los fondos de la Fundación Penzol, una institución que nació de la mano del galleguismo cultural de los años 60, precisamente con el objetivo de salvar y promover el legado histórico de Galicia. De este modo se cumplía la voluntad de Portela Valladares de que su patrimonio, al menos el inmaterial ya que el otro apenas pudo recuperarlo, pasase a manos de los herederos de aquel galleguismo del que él se había sentido tan próximo y que podía defender su historia, su cultura, su futuro... como dejó escrito él mismo en su testamento, donde dejaba al Museo de Pontevedra como su principal heredero. Dictado poco antes de su muerte, en él dejó escrita su última declaración de identidad liberal. Apenas unos meses después, el 29 de abril de 1952, Portela fallecía en su casa de Bandol. Tenía ochenta y cinco años. Su cuerpo fue incinerado y depositado a los pies de un árbol del jardín de su hogar del sur de Francia. Su deseo habría sido descansar en Galicia, a la sombra del vello carballo de su infancia, el solitario símbolo liberal con el que tanto se identificaba. Pero este sueño

---

<sup>421</sup> Correspondencia inédita de Vicente Santiago a su esposa. 1946-1949. Agradezco a Genaro Zapico, bisnieto de ambos, que me haya permitido consultarlas.

<sup>422</sup> “Declaraciones del Sr. Portela Valladares. 12.06.1949. Archivo Irujo, Caja 37, Expediente 4, folios 118-120.

tampoco lo pudo ver cumplido.

Yo declaro que mi espíritu se mantiene fiel a la ideología, liberal, humana, tolerante, que debo a Galicia, mi país bienamado, al espíritu de comprensión y de elevación con el cual siempre he gobernado y que considero necesario para llegar a la paz cívica en mi patria española...<sup>423</sup>

---

423 Testamento de Manuel Portela Valladares. Museo de Pontevedra, 190-14.

## Conclusiones

“Contra la guerra civil: orden, libertad, trabajo y una República gobernable”. Este lema electoral que utilizó el Partido de Centro Democrático en febrero de 1936 podría resumir los valores que definieron la posición de Manuel Portela Valladares a lo largo de su carrera. Un lema que aparecía en la portada de *El Pueblo Gallego* a la que Portela se aferró como defensa cuando la Gestapo lo detuvo en 1943, la imagen con la que comenzaba este trabajo. Si ese instante servía para presentar el objetivo de esta tesis, analizar a través del estudio de su vida y su trayectoria la visión y el comportamiento de los viejos liberales durante ese momento de cambio crucial que fue el periodo de entreguerras, el lema que esgrimió como escudo condensa en una línea las ideas fundamentales que se han presentado a lo largo de estas páginas. En ellas se ha ido desgranando un devenir político intenso y extenso que permite asomarse a los grandes acontecimientos históricos de la primera mitad del siglo XX desde la perspectiva de la generación finisecular que sirvió de puente entre la Restauración y la Segunda República y que encarnó mejor que nadie la crisis de la democracia liberal de los años treinta.

Socializados políticamente en la monarquía alfonsina, en ella se forjaron como parlamentarios y hombres de Estado. Aprendieron a competir electoralmente dentro de un sistema muy particular, en el que, pese a la creciente competitividad, el gobierno, a partir del uso de mecanismos institucionales y de recursos persuasivos, tenía cierto margen de maniobra para aproximar el resultado a sus deseos. Adquirieron una cultura política basada en el pacto y la negociación entre élites, que asumía la necesidad de integrar al adversario en el sistema porque entendía que esta era la mejor manera de neutralizar su capacidad insurreccional. Les horrorizaba el azar, la inestabilidad y el caos, por lo que apostaban por una evolución pausada, siempre mejor a partir de la reforma paulatina que de la ruptura. La libertad, quintaesencia de los derechos individuales, era su valor por excelencia. El orden, la propiedad, el honor..., también ocupaban una posición privilegiada en su cosmovisión. La monarquía constitucional de la Restauración les ofrecía un marco legal y de prácticas políticas que garantizaba su defensa y los alejaba de la violencia sin control. Mientras esto se cumplió a grandes

rasgos, no tuvieron la necesidad de plantearse su lealtad al régimen a pesar de haber atravesado diversas crisis, algunas de notable intensidad. Pero el golpe de Primo de Rivera rompió el pacto y alteró el escenario de tal modo que en 1930, cuando la Dictadura se agotó, las condiciones habían cambiado demasiado para poder volver al punto de partida. La movilización política era muy superior y la política de masas, una realidad imparable. El choque dejó a los liberales monárquicos descolocados, forzando a aquellos que continuaron vinculados a la política a decidir cómo adaptarse al nuevo paisaje. Algunos intentaron primero el retorno a una monarquía constitucional renovada, mientras que los demás saltaron directamente al campo republicano, en el que todos acabaron recalando. Cuando lo hicieron, unos y otros llevaron consigo su manera de entender y de practicar la política, a pesar de que el campo de juego no era el más favorable.

Esta tesis ha intentado mostrar cómo lo hizo uno de ellos, Portela Valladares, ejemplificando con su experiencia este proceso complejo. La naturaleza de la pregunta que cimienta esta investigación así como las circunstancias vitales del personaje me han llevado a dedicarle una atención especial al Portela republicano, sobre todo al de 1935 y 1936, lo que se traduce numéricamente en que este periodo protagonice cinco capítulos de los nueve que conforman este trabajo. En cuanto a la Restauración, son dos capítulos y medio los que se ocupan de ella. Además de hacer un repaso superficial por los puntos más importantes del periodo para Portela, estos apartados centran su interés en aquello que se podría llamar la formación política del personaje. Más allá de las experiencias por las que atravesó en estos años de su vida, lo que me interesa son aquellos elementos que contribuyeron a preparar su práctica política y que mantendrían como núcleos centrales de su proceder durante la etapa republicana. De este modo, en el primer capítulo, donde se analizan los antecedentes de su vida pública se detecta como rasgo fundamental la importancia que Portela concedía a las relaciones personales. Tanto en su etapa de vida universitaria como en su regreso a Pontevedra se puede ver cómo fue tejiendo un embrión de redes personales que lo vincularon con personajes que, andado el tiempo, ocuparían un papel importante en la vida política y cultural española. En un contexto sociopolítico en el que el clientelismo y las relaciones de patronazgo desempeñaban un papel articulador, contar con un universo personal rico y variado

podía resultar de gran ayuda. En esta etapa arrancarían vínculos que en el futuro favorecerían la consecución de misiones e intereses. Por ejemplo, en sus años pontevedreses estaba el origen de su amistad con Emiliano Iglesias y especialmente con José Juncal Verdulla. Trasladados los tres a Barcelona, los dos radicales serían un enlace clave para llegar a Lerroux, lo que facilitaría las labores de pacificador social que ejerció Portela durante su gobierno civil en Barcelona entre 1910 y 1912. Al tener una vía directa tanto con radicales como con catalanistas, pudo mediar satisfactoriamente en su conflicto. En este capítulo se observa, además, la importancia de los lugares de sociabilidad para el establecimiento de estas redes. Más allá de los escenarios de la política formal, las tertulias se presentan como un espacio clave, al ofrecer la posibilidad de entrar en contacto con personajes diversos y, sobre todo, un ambiente relajado para desarrollarlas, lo que permitía profundizar en el conocimiento del otro e intercambiar ideas, forjar planes o negociar sobre cuestiones conflictivas.

El capítulo 2, por su parte, muestra los entresijos de la primera cita electoral en la que participó Portela. El interés de estas elecciones radica en las particulares características que convergieron en su desarrollo y que las convierten en un buen ejemplo para estudiar tanto los actores que participaban en ella, como los mecanismos que el gobierno, por una parte, y las élites, por otra, tenían para favorecer sus intereses cuando eran contrapuestos. La imposición de un candidato ajeno al lugar, el apoyo del ministerio con el gobernador civil como ejecutor, las argucias con las que se favorecía el fraude, el papel que desempeñan personajes como los interventores, los miembros de las mesas de votación, los secretarios de ayuntamiento, los funcionarios de correos, los jueces municipales... Todas estas pequeñas piezas componían un engranaje preciso que dibujaba espacios de tensión y negociación entre los poderes locales y el poder central, que se desequilibraban hacia un lado o hacia otro, según el reparto de fuerzas, la capacidad de negociación y la astucia con la que se plantease la resolución del conflicto. Al margen de estas consideraciones generales sobre el sistema, las elecciones de 1905 nos muestran a un Portela aprendiz del manejo de estos recursos, impetuoso en un principio, pero que va tomando nota de cómo se desenvuelven estas batallas. Debutaba en estas lides, además, de la mano de uno de los grandes del clientelismo nacional, Eugenio Montero Ríos. Con él aprendería los más importantes trucos formales, al

tiempo que reforzaría su intuición sobre la importancia de contar con el apoyo de una clientela fiel y lo más fuerte posible. Consciente de ello y pese a su victoria, aprovecharía la legislatura para crear la suya propia en el distrito, para lo que se rodeó de una familia de notables de la zona, los Peñamaría, y captó a personalidades descontentas con sus rivales, confiando en la capacidad de unión de los intereses comunes. La necesidad de conocer bien el terreno de juego para tomar decisiones adecuadas fue la otra gran enseñanza de este proceso electoral y de sus primeros pasos como diputado por Fonsagrada. Que consiguiera convertir el distrito en su feudo, ganando ininterrumpidamente en todas las elecciones, con independencia de que contase o no con el apoyo del gobierno, constituye la mejor prueba de que asimiló correctamente las enseñanzas.

A partir de este feudo, construyó su carrera nacional y de la mano de Canalejas despuntó como gobernador de Barcelona y fiscal del Tribunal Supremo. Nueva enseñanza: cuidar lo local y hacerse fuerte en un distrito concreto suponía una buena carta de presentación para el salto a la política nacional. El asesinato de Canalejas en su mejor momento rompió bruscamente el patronazgo que ejercía con él y lo dejó descolocado en el equilibrio de fuerzas del Partido Liberal, pero también supuso un ejercicio de paciencia y convicción, la de que recuperarse de las consecuencias negativas de un contratiempo era posible. Cuidar su posición social y económica, mantener el feudo local y cultivar los apoyos adecuados eran las claves.

El golpe de Primo de Rivera supuso para él otro revés inesperado en un momento en el que de nuevo estaba en alza, justo cuando se había estrenado como ministro. Y de nuevo emprendió la tarea de reaparecer cuidando dos puntos fuertes: las relaciones personales y la capacidad de difusión y defensa de la propia imagen. El primer punto lo trabajó básicamente a través de las relaciones personales. La masonería y el Círculo Ecuéstre fueron los escenarios de sociabilidad en los que trabajó sus contactos. Para la otra cuestión, optó por el clásico recurso de contar con un periódico propio que ejerciese como portavoz de su postura y abogado defensor de sus actividades.

El inicio de la República nos trae hacia el escenario del nuevo mundo al que había que intentar adaptarse. El momento de poner en práctica todo lo aprendido



durante la Restauración, pero sin la garantía de que siguiese teniendo éxito. El periodo comenzó con las dudas de Portela sobre qué grado de compromiso debía ofrecer al nuevo régimen. Unas dudas que se cimentaban en su falta de seguridad por lo que iba a suceder, lo que lo hizo optar por una solución intermedia, mostrar una actitud combativa contra los representantes del viejo gobierno y actuar de manera similar a los republicanos, pero retrasando la profesión pública del nuevo régimen, para tener opción de retroceder si no se producía el cambio.

En los capítulos dedicados a la República se encuentra la principal respuesta a la pregunta de partida de esta investigación. ¿Cómo se adaptaron los viejos liberales a la nueva realidad política de la Europa de entreguerras? En el caso de Portela nos encontramos con que su comportamiento reprodujo la retórica y los modos de su cultura liberal. La cultura del pacto, la resolución de conflictos a través de la negociación, la visión de la política desde las relaciones personales, la integración del adversario, la concepción no patrimonialista del poder, la defensa del orden público como base de la paz social, el concepto cívico de patria, la visión paternalista de la sociedad, el elitismo, el pragmatismo por encima de los principios llevados al extremo, la supremacía del poder civil, la tolerancia con cierto grado de fraude electoral.... son algunos de los rasgos característicos de la cultura política liberal que Portela mantuvo e incorporó sin pasar por otro filtro a la nueva realidad política que trajo la República.

El sistema había cambiado, pero los modos y principios de Portela no. Algo que también se puede ver en la manera en como afrontó determinadas situaciones prácticas. Por ejemplo, las situaciones de crisis que le llevaron a rozar el fracaso. En ese sentido vivió tres reveses que dejaron su situación política tocada. La primera y más tibia de todas se produjo en el arranque mismo de la Segunda República, en la que Portela entró a contrapié. Sus dudas sobre qué podía pasar y su retraso en adherirse expresamente a ella definiéndose como republicano impidieron que entrara en el nuevo régimen como uno de sus líderes. Casares Quiroga aprovechó ese espacio que él había dejado escapar. Su alternativa, entonces, fue acercarse a los galleguistas, con la intención de intentar llevar a la práctica el sueño acariciado de montar un partido pequeño pero con fuerza en Galicia, que estuviese formado por liberales como él y nacionalistas gallegos. De nuevo, buscar en la dimensión local la fortaleza necesaria para retomar posiciones en el ámbito

nacional. Y de nuevo hacerlo a través de los vínculos personales. De Barrantes a un Partido Liberal Galleguista con el que fortalecerse en el panorama político estatal.

En la segunda crisis, la de las elecciones de 1933 en las que por primera vez en su carrera no obtuvo acta de diputado, hizo lo mismo pero desde la perspectiva contraria. Sumó relaciones personales con espíritu práctico, y en vez de buscar el apoyo en los galleguistas, tocados también por el resultado electoral, se distanció de ellos momentáneamente en busca del favor de otros aliados, los radicales. Y camino de Mondariz se topó con Lerroux. Y Lerroux lo rescató. Por afinidad, por convencimiento personal, porque Portela lo sedujo con sus ideas y su palabra... la cuestión es que don *Ale* lo “resucitó” y lo trajo de vuelta a la política, lo que explica que ocupase sus puestos más importantes en su momento de mayor debilidad: tras su fracaso electoral. El hecho mismo de que no consiguiese sacar acta de diputado por Lugo es una prueba de que no llegaba con el convencimiento de que todo funcionaba igual para que realmente lo hiciese. Que el Portela experto en elecciones se quedase sin acta y presentándose, además, en el terreno en donde sus redes clientelares eran más fuertes, resultaba significativo. La circunscripción provincial diluía el peso de las redes. No las eliminaba, pero las difuminaba, lo que hacía que las argucias de quien gestionaba los comicios, el gobierno, tuvieran mucho menos poder para favorecer los resultados que deseaba. Como consecuencia y para evitarse sustos en las de 1936, primero elaboró su propia propuesta de reforma electoral, que intentó regresar al distrito unipersonal y, tras no conseguirlo, optó por diseños intermedios, pero que disminuían el tamaño y el peso de los distritos. Y después intentó fortalecer su posición personal, pero dentro todavía de los parámetros de la Restauración. Cambió de distrito, pero para el segundo donde controlaba más clientelas: Pontevedra. Y al frente puso a un gobernador de su más estrecha confianza: Armando Peñamaría.

De aquí se derivan dos pensamientos. El primero, en relación con los comicios de 1936, diseñados para favorecer un resultado concreto: la alternancia en el poder, un cambio en el reparto de mayorías parlamentarias y un proyecto de centro fuerte que ejerciese de fiel de la balanza, determinando políticas, moderando la acción del gobierno y también templando el ambiente, sirviendo de puente entre las tendencias enfrentadas y llamando a la negociación. El fin es negociador, respetuoso con la ley e

integrador del adversario, intentando acercar a la visión moderada a todos los partidos moderados. Y las herramientas para conseguirlo, también suenan a Restauración. Movimientos de gobernadores civiles, nombramiento de delegados gubernativos, control del escrutinio... Modos restauradores para tiempos republicanos. El clientelismo y el fraude electoral tenían todavía su grado de influencia, pero el cambio de circunstancias políticas y la presencia de nuevos agentes y nuevos efectos, minimizó las posibilidades de maniobras y sus efectos.

El segundo pensamiento se refiere a la importancia de los vínculos personales. Para favorecer su acta: un amigo. Para gobernar, un equipo de confianza compuesto por personas que considerase válidas y eficientes, pero que pertenecían a su pasado amistoso. Así lo hizo en Gobernación, apostando por Vicente Santiago, Carlos Echeguren, su sobrino, José Martí de Vesés, y Ramón Fernández Mato. Lo importante era tenerlos cerca y si para ello había que retorcer la norma, como en el caso del nombramiento de Fernández Mato, que para que fuese el Director General de la Seguridad, lo nombró subdirector y dejó el cargo de Director vacante.

Y si las elecciones constituían un pilar de su práctica política, el otro era el orden público. En sus propias palabras, eso era Gobernación, política y orden público. Así que tanto en su etapa como gobernador general de Cataluña como el ministerio de la Gobernación dedicó al orden público sus desvelos y mayores esfuerzos. Su concepción de orden público, sin embargo era bastante moderna. Frente a visiones más militaristas, de orden como fusil, que eran las dominantes en el pensamiento conservador, aunque no fuesen tan marcadas como la de Gil Robles, la suya resulta moderna y civilista. Defendió de la necesidad de dotar a los cuerpos de seguridad de medios suficientes para no tener que depender del Ejército cada vez que la situación se alteraba un poco. Medios y tecnología moderna, en armas y sistemas de intervención menos violentos, pero también en otro tipo de recursos, por ejemplo, los automóviles, cuyo uso intentó normalizar con entusiasmo, al tiempo que ponía en marcha nuevos modelos de patrulla, con el objetivo de maximizar resultados y aprovechar mejor los recursos. Mecanismos de disuasión, como la presión preventiva y la vigilancia estrecha sobre los sospechosos, mejor que sobre sus posibles objetivos. Y mayor importancia para la información. Más

dinero para confidentes, asumiendo literalmente la frase popular de que la información es poder.

Su concepción del orden público tenía muy presente a los agentes de seguridad. Si los “subversivos” debían considerarse perseguidos hasta el límite, los agentes deberían sentirse apreciados personalmente y valorados en el desempeño de su trabajo. Y consideraba prioritario reforzar sus rasgos civiles. En lucha por este tema se consumieron buena parte de sus energías pugnando con Gil Robles en un intento de evitar sus planes militaristas. En este sentido, incluso les concedió el derecho al voto, acentuando con ello su consideración como un cuerpo totalmente civil y que tenía, por tanto, derechos que era preciso reconocerles.

¿Qué defendía, por tanto? Que el orden era el garante de la paz social, por eso constituía la función primordial del Estado. El Estado es la República, sistema vigente y que garantizaba los derechos ciudadanos. Y era entonces, desde esa concepción de supremacía del poder civil, que el orden era el Estado, el Estado la República y la República, España. La Patria cívica que encarnaba los derechos del ciudadano y a la que había que defender por encima de todo. Portela se sumaba así a una concepción de patriotismo cívico que coincidía con el del republicanismo conservador y de origen liberal. Por eso se consideraba republicano, porque la República era entonces el sistema que garantizaba la paz social, el orden y la concordia. Eso le daba la legitimidad necesaria. No importaba, por tanto si se llamaba Monarquía o República, si el jefe de Estado era un monarca o un presidente, lo que importaba era que asegurase esa tranquilidad para la Patria. Lo importante era defender aquel régimen que garantizase mejor la convivencia pacífica, la prosperidad, la paz social y la defensa de los valores fundamentales. Desde esta visión el posibilismo no necesitaba más explicación ni tenía que justificarse. Por encima del principio llevado al extremo, el buen ejercicio de la política debía ser pragmático. Su función, al fin y al cabo, era la resolución de conflictos y el garantizar la convivencia pacífica y próspera entre los ciudadanos.

Ese pensamiento liberal estaba en el proyecto de 1936 y el pragmatismo, en la asunción sin sonrojo de tolerar e incluso considerar positivamente la dosis justa de fraude electoral incluso de un cierto grado de coacción y violencia. No pasaba nada por estirar la norma para conseguir lo que se buscaba, que era “lo bueno”. Del mismo modo

que consideraba que había que ser flexibles en este tipo de cuestiones, resultaba fundamental en su práctica de gestor público el ejercicio de una política de gestos. Pequeños movimientos de gran valor simbólico, guiños al rival que buscaban neutralizar su desconfianza y favorecer el pacto y la negociación. Junto al Portela que para mantener su autoridad podía ser altanero, brusco en sus formas y tensar la cuerda si era preciso, el que se declaraba piedra frente al cántaro que si seguía empeñando en golpearlo se rompería, también trabajaba esa otra dimensión. La de la cercanía, la mediación en los enfrentamientos y los ánimos templados que contribuyesen a un desarrollo pacífico de la convivencia. El mismo razonamiento que justificaba su razonamiento mediador durante la guerra civil y también al término de la Segunda Guerra Mundial, considerando que era la salida razonable para terminar con el franquismo y garantizar un traspaso de poderes ordenado y, lo que era más importante, una convivencia pacífica en la que todos tuvieran espacio.

No quiere decir esto que el retrato de Portela sea el de un político idílico con vocación de héroe, siempre acertado y de trayectoria impoluta. Era ambicioso, le gustaba tener capacidad de acción política y ejercer responsabilidades, a pesar de que dijese lo contrario, escudándose en salud frágil y sobre todo, en edad avanzada, excusa muy del estilo de la *mala salud de hierro* de Montero Ríos, su primer mentor. Su trayectoria está llena de momentos contradictorios, de dudas en la decisión concreta, como su parálisis cuando la proclamación de la República estaba muy cerca, su dimisión precipitada tras las elecciones o su indecisión sobre qué partido tomar en los primeros meses de la guerra civil. Más allá de lo humano de la contradicción, del error o de la indecisión ante hechos de los que se carece de información completa, ventaja del que escribe el relato conociendo el final frente al que lo vivió a oscuras muchos años antes, Portela, como los viejos liberales con los que compartió credo y trayectoria, tuvo que lidiar con la desventaja de actuar con los modos aprendidos en un mundo diferente, sin terminar de entender los nuevos elementos y desbordado por la progresiva brutalización de la política. Su proyecto durante la República y también durante la guerra, fue el intento de los liberales-demócratas por configurar una alternativa, en el que su dispersión y la extrema debilidad de sus recursos fue un obstáculo insalvable. Y sin embargo, entre tantas propuestas de miras cortas y que coqueteaban con la violencia

sin medir las consecuencias, cuando no se abrazaban a ella con convicción, el discurso, los valores y las prácticas de estos viejos liberales sonaba a democracia.

## Fuentes y bibliografía

### Fuentes de archivo

- Archivo del Congreso de los Diputados, Madrid.
- Archivo de la Delegación del Gobierno de Cataluña, Barcelona.
- Archivo Diocesano de Santiago de Compostela.
- Archivo de la Diputación de Pontevedra.
- Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares.
- Archivo Histórico Nacional, Madrid.
- Archivo Histórico del Partido Comunista de España, Madrid.
- Archivo Militar de Ávila
- Archivo Militar Central, Madrid.
- Archivo Militar de Ferrol
- Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid (hoy en AGA).
- Archivo del Ministerio de Justicia, Madrid.
- Archivo Municipal de Fonsagrada (Lugo).
- Archivo del Museo del Pueblo Gallego, Pontevedra.
- Archivo Parroquial de San Bartolomé (Pontevedra).
- Archivo Provincial de Pontevedra.
- Archivo de la Real Academia de Historia, Madrid.
- Archivo do Reino de Galicia, A Coruña.
- Biblioteca de Catalunya, Barcelona.
- Biblioteca Pavelló de la República, Barcelona.
- Biblioteca Nacional de España, Madrid.
- Centro de Documentación de Historia Contemporánea del País Vasco; Archivo Manuel Irujo, Bilbao.
- Centro de Documentación de la Memoria Histórica de Salamanca.
- Correspondencia de Vicente Santiago Hodsson (fondo privado).
- Fondo hemerográfico da Biblioteca Xeral da Universidade de Santiago de Compostela.
- Fundación Penzol, Vigo.
- Fundación Universitaria Española, Madrid.
- Hemeroteca Municipal de Madrid.
- Instituto José Cornide de Estudios Coruñeses; Archivo Madariaga, A Coruña.
- Sabino Arana Fundazioa, Bilbao.

## **Publicaciones periódicas**

- *ABC*
- *Acción Española*
- *Acción Gallega*
- *Anuario Brigantino*
- *Arriba*
- *Blanco y Negro*
- *Boletín del Gran Oriente Español*
- *Butlletí Oficial de la Generalitat de Catalunya*
- *El Correo*
- *Crónica*
- *El Debate*
- *El Diario de Galicia*
- *Diario de Málaga*
- *Diario de Pontevedra*
- *Eco de Galicia (La Habana)*
- *Ejército y Armada*
- *El Año Político*
- *El Cruzado (Mondoñedo)*
- *El Liberal (Madrid)*
- *El Norte de Galicia*
- *El Noticiero Gallego*
- *El País (Pontevedra)*
- *El Progreso (Pontevedra)*
- *El Pueblo Gallego*
- *El Regional (Lugo)*
- *El Siglo Futuro*
- *El Socialista*
- *El Sol (Madrid)*
- *Época*
- *Faro de Vigo*
- *Gaceta de Madrid*
- *Gedeón*
- *Gracia y Justicia*
- *Heraldo de Madrid*



- *Informaciones*
- *JAP (Santiago de Compostela)*
- *La Causa (Pontevedra)*
- *La Correspondencia Gallega*
- *La Cruz, diario católico*
- *La Época*
- *La Libertad*
- *La Nación*
- *La Unión Republicana*
- *La Vanguardia*
- *La Veu de Catalunya*
- *La Voz*
- *La Voz de Aragón*
- *La Voz de Galicia*
- *La Voz de Menorca*
- *La Zarpa*
- *L'Esquella de la Torratxa*
- *Marte*
- *O tío Pepe (A Fonsagrada)*
- *Policía Española*
- *Revista Técnica de la Guardia Civil*
- *Suevia. Revista Gallega Regionalista*
- *Vida Gallega*
- *Ya*

## **Bibliografía**

- “Agricultores de Salcedo (1)”, en Anos do Medo Blogspot ([http://anosdomedo.blogspot.com.es/2012\\_04\\_01\\_archive.html](http://anosdomedo.blogspot.com.es/2012_04_01_archive.html)).
- AGUILAR FERNÁNDEZ, Paloma: *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*. Madrid, Alianza Editorial, 1996.
- AGULLA PÉREZ, Guillermo: “Enrique Heraclio Botana”, en *Claridade. Revista da Fundación Luis Tilve*, Setembro de 2007.
- ALCALÁ ZAMORA, Niceto: *Memorias*. Barcelona, Editorial Planeta, 1998.
- ALCALÁ ZAMORA, Niceto: *Asalto a la República. Enero-Abril de 1936. Los diarios robados del Presidente de la República*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2011.

- ALFONSO BOZZO, Alfonso: *Los partidos políticos y la autonomía en Galicia, 1931-1936*. Madrid, Akal, 1976.
- ALONSO LÓPEZ DE ALDA, Adolfo y LARREA LANDABEREA, José Antonio (coords.): *Guía de la Semana Santa de Zaragoza 2013*. Zaragoza, Santa Hermandad de Nuestra Señora del Refugio y Piedad de Zaragoza en colaboración con el *Heraldo de Aragón*, 2013.
- ALONSO MONTERO, Xesús: “Roberto Blanco Torres: do poder e do perigo das palabras”, en *Actas do Congreso Roberto Blanco Torres*. Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 1999.
- ALSINA GONZÁLEZ, Fernando: *Diario de guerra*. (Edición de Ricardo Gurriarán). Santiago de Compostela, Alvarellos Editora, 2015.
- ALVAJAR LÓPEZ, Javier: “Apuntes sobre la Delegación del Consejo de Galicia en Europa”. *Anuario Brigantino* (1988): 125-136.
- ÁLVAREZ DEL VAYO, Julio: *Les batailles de la liberté. Mémoires d'un optimiste*. París, François Maspero éditeur, 1963.
- ÁLVAREZ GALLEGO, Xerardo: *Vida, paixón e morte de Alexandre Bóveda*. Buenos Aires, Edicións Nós, 1972.
- ÁLVAREZ JUNCO, José: *El Emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*. Madrid, Alianza Editorial, 1990.
- ÁLVAREZ REY, Leandro: *Aproximación a un mito: masonería y política en la Sevilla del siglo XX*. Sevilla, Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento de Sevilla, 1996.
- ÁLVAREZ REY, Leandro: *Diego Martínez Barrio. Palabra de republicano. Estudio preliminar, recopilación y edición*. Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla-ICAS, 2007.
- ÁLVAREZ REY, Leandro: *Los Diputados por Andalucía de la Segunda República, 1931-1939: Diccionario biográfico*. Sevilla, Fundación Centro de Estudios Andaluces, 2009-2011.
- ÁLVAREZ, BASILIO: *Abriendo el surco. Manual de lucha campesina*. Edición de José Antonio Durán. Madrid, Akal, 1976.
- ÁLVAREZ TARDÍO, Manuel y VILLA GARCÍA, Roberto: *El precio de la exclusión. La política durante la Segunda República*. Madrid. Encuentro, 2010.
- ÁLVAREZ TARDÍO, Manuel: “La democracia de los radical-socialistas”, en REY REGUILO, Fernando (dir.): *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española*. Madrid, Tecnos, 2011, pp. 229-287.
- ÁLVAREZ TARDÍO, Manuel y REY REGUILLO, Fernando del: *El laberinto republicano. La democracia española y sus enemigos (1931-1936)*. Barcelona, RBA, 2012.
- ÁLVAREZ TARDÍO, Manuel: “La CEDA en la encrucijada de los conservadores católicos en los años treinta”, en CAÑELLAS MAS, Antonio (coord.): *Conservadores y tradicionalistas en la España del siglo XX*. Gijón, Trea, 2013, pp. 37-71.
- ANGULO, Enrique: *Diez horas de Estat Catalá*. Madrid, Paz Angulo y Ediciones Encuentro S. A., 2005

- ANSÓ, Mariano: *Yo fui ministro de Negrín*. Barcelona, Espejo de España, Editorial Planeta, 1976.
- ARÓSTEGUI, Julio (ed.): *Violencia y política en España*. Madrid, Marcial Pons, 1994.
- ARÓSTEGUI, Julio y GODICHEAU, François (eds.): *Guerra Civil: mito y memoria*. Madrid, Marcial Pons, 2006.
- ARÓSTEGUI, Julio: *Largo Caballero. El tesón y la quimera*. Madrid, Debate, 2013.
- ARRANZ, Luis (et al.): *Genealogía del liberalismo español, 1759-1931*. Madrid, Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales, 1998.
- ARTOLA, Miguel: *Partidos y programas políticos, 1808-1936. II Manifiestos y programas políticos*. Madrid, Alianza Editorial, 1991.
- AVILÉS FARRÉ, Juan: *La izquierda burguesa en la II República*. Madrid, Espasa Calpe, 1985.
- AYALA VICENTE, Fernando: *La vida política en la provincia de Cáceres durante la II República*. Cáceres, Institución Cultural El Brocense, Diputación Provincial de Cáceres, 2002.
- AZAÑA, Manuel: *Diarios completos. Monarquía, República, Guerra Civil*. Barcelona, Crítica, 2000.
- AZAÑA, Manuel: *Obras completas. Vol. V. Noviembre 1933-Julio 1936* (Edición de Santos Juliá). Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales y Taurus, 2008.
- AZCÁRATE, Pablo de: *En defensa de la República. Con Negrín en el exilio*. Prólogo de Ángel Viñas. Barcelona, Crítica, 2010.
- BAER MIESES, Alejandro: *El testimonio audiovisual: Imagen y memoria del Holocausto*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2005.
- BARRAL MARTÍNEZ, Margarita: *Montero Ríos e Compostela. Un feudo clientelar*. Santiago de Compostela, Sotelo Blanco Edicións, 2007.
- BARREIRO FERNÁNDEZ, Xosé Ramón (coord.): *Parlamentarios de Galicia. Biografías de deputados e senadores (1810-2003)*, Santiago de Compostela, Parlamento de Galicia e Real Academia Galega, 2003 (2ª edición corrixida e aumentada).
- BARREIRO FERNÁNDEZ, Xosé Ramón: “Alcalá-Zamora y Galicia”, en DURÁN ALCALÁ, Francisco: *IV Jornadas Niceto Alcalá-Zamora y su época*. Priego de Córdoba, Patronato Niceto Alcalá-Zamora y Torres, Excma. Diputación de Córdoba, 1999.
- BARREIRO FERNÁNDEZ, Xosé Ramón: *Historia de Galicia. Tomo IV, Edade Contemporánea*. Vigo, Galaxia, 1981
- BARRERA MORATE, José Luis: “Biografía de José McPherson y Hemas (1839-1902)”, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, nº 45, julio 2002.
- BELLO TROMPETA, Luis: *Viaje por las escuelas de Galicia*. Madrid, Akal, 1973.
- BEN-AMI, Shlomo: *La dictadura de Primo de Rivera, 1923-1930*. Barcelona, Editorial Planeta, 1984.

- BEN-AMI, Shlomo: *Los orígenes de la Segunda República. Anatomía de una transición*. Madrid, Alianza Editorial, 1990.
- BERAMENDI, Justo y NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manuel: *O nacionalismo galego*. Vigo, Edicións A Nosa Terra, 1995.
- BERAMENDI, Justo. *De provincia a nación. Historia do galleguismo político*. Vigo, Edicións Xerais, 2007.
- BESTEIRO, Julián: *Cartas desde la prisión* (selección, introducción y notas de Carmen de Zulueta). Madrid, Alianza Editorial, 1988.
- BLANCO VALDÉS, Juan L.: “Roberto Blanco Torres e Manuel Portela Valladares: unha difícil relación”, en *Actas do Congreso Roberto Blanco Torres*. Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 1999.
- BLANCO VALDÉS, Juan Luis: *Roberto Blanco Torres*. Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 1999.
- BUJÁN NÚÑEZ, Daniel: “Jesús de Muruais. Bibliófilo y coleccionista” (en [http://www.cgai.org/archivos\\_fondos\\_bibliograficos/2652.pdf](http://www.cgai.org/archivos_fondos_bibliograficos/2652.pdf)).
- BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso: *José Calvo Sotelo*. Barcelona, Editorial Ariel, 2004.
- BURDIEL, Isabel y PÉREZ LEDESMA, Manuel: *Liberales, agitadores y conspiradores: biografías heterodoxas del siglo XIX*. Madrid, Espasa Calpe, 2000.
- BURDIEL, Isabel: “Isabel II: por qué y cómo de una biografía”, en *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine. De 1808 au temps présent*, nº 8- 2012 (automne 2011) [<http://ceec.revues.org/3771>]
- BURDIEL, Isabel: “Presentación”, en “Los retos de la biografía”, monográfico de la revista *Ayer* nº 93, 2014.
- BURDIEL, Isabel y FOSTER, Roy: *La historia biográfica en Europa. Nuevas perspectivas*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015.
- CABRERA, Mercedes (dir.): *Con luz y taquígrafos. El Parlamento en la Restauración: (1913-1923)*. Madrid, Taurus, 1998.
- CABRERA, Mercedes: “Las Cortes republicanas”, en *Ayer*, nº 20, 1995, pp. 13-48.
- CABRERA, Mercedes: “República y Guerra Civil”, en JULIÁ, Santos: *Historia de España de Menéndez Pidal*, tomo 40, Madrid, Espasa Calpe, 2004.
- CABRERA, Mercedes: *Juan March (1880-1962)*. Madrid, Marcial Pons, 2011.
- CALVO, Tucho: *Valentín Paz-Andrade, a memoria do século*. Sada (A Coruña), Edicións do Castro, 1998.
- CAMBÓ, Francisco: *Memorias*. Madrid, Alianza Editorial, 1987.
- CANALEJAS Y MÉNDEZ, José: *Canalejas gobernante: discursos parlamentarios, Cortes 1910*. Pamplona, Analecta, 2004.
- CANALEJAS Y MÉNDEZ, José: *El partido liberal: conversaciones con D. José Canalejas*. Pamplona, Analecta, 2004.
- CANALEJAS Y MÉNDEZ, José: *La política liberal en España*. Madrid, Ranacimiento, 1912.

- CAPEL MARTÍNEZ, Rosa María: “Victoria Kent Siano”, en MORENO LUZÓN, Javier (ed.): Madrid, *Progresistas. Biografías de reformistas españoles (1808-1939)*. Santillana Ediciones Generales, 2006.
- CARASA SOTO, Pedro (ed.): *Elites. Prosopografía contemporánea*. Valladolid, Universidad, Secretariado de Publicaciones, 1994.
- CARO BAROJA, Julio: *Los Baroja. Memorias familiares*. Madrid, Taurus, 1972.
- CARRETE RIVERA, Manuel: *Máis que nós, ninguén. 1892-2007. Cent quinze anys del Centre Gallec de Barcelona*. Barcelona, Ajuntament de Barcelona, Direcció de Relacions Ciutadanes e Institucionals, 2007.
- CARVALHO CALERO, R.: “Otero Pedrayo: das Irmandades ao Seminario”, en BARREIRO BARREIRO, Xosé Luis (coord.): *O pensamento galego na historia*. Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 1990.
- CASANOVA, Julián y GIL ANDRÉS, Carlos: *Historia de España en el siglo XX*. Barcelona, Ariel, 2009.
- CASANOVA, Julián: *Europa contra Europa, 1914-1945*. Barcelona, Crítica, 2011.
- CASANOVA, Julián: *Guerras civiles en el siglo XX*. Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 2001.
- CASANOVA, Julián: *República y Guerra Civil*. Barcelona, Crítica, 2008
- CASANOVA, Julián; FONTANA, Josep y VILLARES, Ramón (dirs.): *Historia de España. Vol. 8, República y Guerra Civil*. Barcelona, Crítica-Marcial Pons, 2007.
- CASARES, María: *Residente privilegiada*. Barcelona, Argos Vergara, 1981.
- CASAS SÁNCHEZ, José Luis y DURÁN ALCALÁ, Francisco (coords.): *I Congreso El Republicanismo en la historia de Andalucía*. Priego de Córdoba, Patronato Niceto Alcalá-Zamora, 2001.
- CASAS SÁNCHEZ, José Luis y DURÁN ALCALÁ, Francisco (coords.): *II Congreso sobre el Republicanismo. Historia y Biografía en la España del siglo XX*. Priego de Córdoba, Patronato Niceto Alcalá-Zamora, 2003.
- CASAS SÁNCHEZ, José Luis y DURÁN ALCALÁ, Francisco (coords.): *III Congreso sobre el Republicanismo. Los exilios en España (Siglos XIX y XX)*. Priego de Córdoba, Patronato Niceto Alcalá-Zamora, 2005.
- CASES SOLA, Adriana: “La violencia de género en la Segunda República”, en PRADA RODRÍGUEZ, Julio y GRANDÍO SEOANE, Emilio (eds.): “La Segunda República: nuevas miradas, nuevos enfoques”, monográfico de la revista *Hispania Nova*, 11, 2013.
- CASTILLA, Modesto: *Historia de la Junta de Defensa de Galicia*. Tipografía Papelería Ferrer, A Coruña, 1894, pp. 20-21
- CASTILLO, Pilar del y CRESPO, Ismael (eds.): *Cultura política: enfoques teóricos y análisis empíricos*. Valencia, Tirant lo Blanch, 1997.
- CASTRO ÁLVAREZ, Carlos: “Nombres ilustres en las calles, plazas y jardines de Pontedeume”, en *Cátedra. Revista eumesa de estudios*, 11, 2004, pp. 41-60.
- CASTRO, Xavier (ed.): *Castelao e os galeguistas de interior. Cartas e documentos 1943-1954*. Vigo, Editorial Galaxia, 2000.
- CASTRO, Xavier: *O galleguismo na encrucillada republicana* (2 vol.). Ourense, Diputación Provincial de Ourense, Servicio de Publicacións, 1985.

- CAUDET, Francisco: *El exilio republicano de 1939*. Madrid, Ediciones Cátedra, 2005.
- CHAPAPRIETA, Joaquín: *La paz fue posible. Memorias de un político*. (Estudio preliminar de C. Seco Serrano). Esplugues de Llobregat (Barcelona), Ediciones Ariel, 1972.
- CHECA GODOY, Antonio: *Prensa y partidos políticos durante la II República*, Salamanca, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Salamanca, 1989.
- CIERVA, Ricardo de la: *Los documentos de la Primavera Trágica. Análisis documental de los antecedentes inmediatos del 18 de julio de 1936*. Madrid, Secretaría General Técnica. Sección de Estudios sobre la guerra de España, 1967.
- CIERVA, Ricardo de la: *Historia ilustrada de la Guerra Civil española* Barcelona, Danae, 1972.
- CIERVA, Ricardo de la: *Historia actualizada de la Segunda República y la guerra de España, 1931-1939: con la denuncia de las últimas patrañas*, Toledo, Fénix, 2003;
- COLLIER, George A.: *Socialistas de la Andalucía rural. Los revolucionarios ignorados de la Segunda República*, Rubí (Barcelona), Anthropos Editorial, 1997.
- COSTA RICO, Antón: *Escolas e mestres. A educación en Galicia: da Restauración á Segunda República*. Servicio Central de Publicacións. Santiago de Compostela, Consellería da Presidencia e Administración Pública, Xunta de Galicia, 1989.
- CRUZ MARTÍNEZ, Rafael y PÉREZ LEDESMA, Manuel: *Cultura y movilización en la España contemporánea*. Madrid, Alianza Editorial, 1997.
- CRUZ MARTÍNEZ, Rafael: *En el nombre del pueblo*. Madrid, Siglo XXI, 2006.
- CRUZ MARTÍNEZ, Rafael: “De las guerras civiles en la España de los años treinta”, en PRADA RODRÍGUEZ, Julio y GRANDÍO SEOANE, Emilio (eds.): “La Segunda República: nuevas miradas, nuevos enfoques”, monográfico de la revista *Hispania Nova*, 11, 2013.
- CRUZ MARTÍNEZ, Rafael: *Una revolución elegante: España, 1931*. Madrid, Alianza Editorial, 2014.
- CUESTA BUSTILLO, Josefina: *Memorias históricas de España (siglo XX)*. Madrid, Fundación Largo Caballero, 2008.
- DARDÉ, Carlos: “La aportación de Eugenio Montero Ríos al liberalismo español”, en DE JUANA, Jesús y CASTRO, Xavier (ed.): *Novas fontes, renovadas historias/ VII Xornadas de Historia de Galicia*. Ourense, Servicio de Publicacións da Deputación de Ourense, 1993
- DARDÉ, Carlos: *La aceptación del adversario. Política y políticos en la Restauración, 1875-1900*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2003.
- DASILVA, Xosé Manuel: “Roberto Blanco Torres en Galicia Nueva”, en *Actas do Congreso Roberto Blanco Torres*. Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 1999.
- DAVIS, J.C. y BURDIEL, Isabel (eds.): *El otro, el mismo: biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX)*. Valencia, Universitat de València, 2005.
- DE JUANA, Jesús y PRADA, Julio (coords.): *Lo que han hecho en Galicia. Violencia política, represión y exilio (1936-1939)*. Barcelona, Crítica, 2006.
- DE LA CALLE VELASCO, María Dolores: “El Primero de Mayo y su transformación en San José Artesano”, en *Ayer*, nº 51, 2003, pp. 87-113.

- DEL CASTILLO CAMPOS, María Jesús: *Historia del Balneario de Mondariz*. Tesis doctoral inédita dirigida por Elvira Arquiola y Josefina San Martín, Universidad Complutense de Madrid, 1992
- DENCÀS I PUIGDOLLERS, Josep: *El 6 d'Octubre des del Palau de Governació*, Barcelona, Editorial Mediterrania, 1935.
- DÍEZ TORRE, Alejandro: Orígenes del cambio regional y turno del pueblo en Aragón, 1900-1938, vol. 1: Confederados. Orígenes del cambio regional de Aragón, 1900-1936. Madrid, UNED-Universidad de Zaragoza, 2003.
- DUARTE, Ángel: “La esperanza republicana”, en CRUZ, Rafael y PÉREZ LEDESMA, Manuel (eds.): *Cultura y movilización en la España contemporánea*. Madrid, Alianza Editorial, 1997, pp. 169-199.
- DUARTE, Ángel: *El otoño de un ideal. El republicanismo histórico español y su declive en el exilio de 1939*. Madrid, Alianza Editorial, 2009.
- DUARTE, Ángel: “La República, o España liberada de sí misma”, en MORENO LUZÓN, Javier y NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manoel (eds.): *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX*. Barcelona, RBA, 2013, pp. 104-132.
- DURÁN IGLESIAS, José Antonio (ed.): *Alfredo Vicenti. “El Maestro” del Periodismo Español (Santiago, 1850/ Madrid, 1916)*. Madrid, Asociación de la Prensa de Madrid y Taller de Ediciones, 2001.
- DURÁN IGLESIAS, José Antonio: “Censura e militancia”, en *Actas do Congreso Roberto Blanco Torres*. Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 1999.
- DURÁN IGLESIAS, José Antonio: “Dúas agonías: Castelao e Casares Quiroga”, en *Congreso sobre Castelao. Actas do congreso realizado pola Dirección Xeral de Promoción Cultural en Rianxo, dos días 25 ó 29 de xaneiro de 2000*. Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, Consellería de Cultura, Comunicación Social e Turismo, 2001.
- DURÁN IGLESIAS, José Antonio: *Crónicas I: agitadores, poetas, caciques, bandoleros y reformadores en Galicia*. Madrid, Akal, 1974.
- DURÁN IGLESIAS, José Antonio: *Crónicas II. Entre el anarquismo agrario y el librepensamiento*. Madrid, Akal, 1977.
- DURÁN IGLESIAS, José Antonio: *Crónicas III. Entre la mano negra y el nacionalismo galleguista*. Madrid, Akal, 1981.
- DURÁN IGLESIAS, José Antonio: *Roberto Blanco Torres. Xornalista e poeta*. Vigo, Editorial Galaxia, 1999.
- DURÁN, José Antonio: “¿Quién fue en realidad Manuel Portela Valladares?” en PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias. Dentro del drama español*. Madrid, Alianza, 1988.
- EALHAM, Chris: *La lucha por Barcelona: clase, cultura y conflicto, 1898-1937*. Madrid, Alianza Editorial, 2005.
- ESQUEMBRÍ HINOJO, Carlos: *Carlos Echeguren Ocio y el republicanismo en Melilla*. Melilla, Ciudad Autónoma de Melilla, Consejería de Cultura y Festejos, y Servicio de Publicaciones de la UNED, 2013.
- ESTÉVEZ, Xosé (ed.): *De la Triple Alianza al Pacto de San Sebastián (1923-1930). Antecedentes del Galeuzca*. San Sebastián, Universidad de Deusto, 1991.

- ESTRELLA GONZÁLEZ, Alejandro: *Clío ante el espejo. Un socioanálisis de E.P. Thompson*. Cádiz, Servicio de publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2011.
- FACAL RODRÍGUEZ, María Jesús: *La banca en Galicia durante la época de la Restauración: El Crédito Gallego*. Tesina de licenciatura inédita. Universidade de Santiago de Compostela, 1986
- FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Manuel: *La dinámica sociopolítica en Vigo durante la Segunda República*, Tesis doctoral, Departamento de Historia Contemporánea e de América, Universidade de Santiago de Compostela, 2005.
- FERNÁNDEZ SANTANDER, Carlos: *Alzamiento y guerra civil en Galicia (1936-1939)*. Sada (A Coruña), Ediciós do Castro, 2000.
- FERRER BENIMELLI, José Antonio (coord.): *La masonería española en el 2000: una revisión histórica. IX Symposium Internacional de Historia de la Masonería española, Segovia, del 18 al 22 de octubre de 2000*. Zaragoza, Gobierno de Aragón, Departamento de Cultura y Turismo, 2001.
- FERRER BENIMELLI, José Antonio: *Jefes de gobierno masones. España 1868-1936*. Madrid, La Esfera de los libros, 2007.
- FERRERA, Carlos: *La frontera democrática del liberalismo: Segismundo Moret (1838-1913)*. Madrid. Biblioteca Nueva-Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 2002.
- FONTÁN RIVAS, Benito: “O Concello de Berducido e o concello de Xeve”, en *Revista da Asociación socio-cultural Cedofeita*, nº 10, 2006.
- FORCADELL, Carlos y SUÁREZ CORTINA, Manuel (eds.): *La Restauración y la República, 1874-1936. Historia de las culturas políticas en España y América Latina*. Vol 3, Madrid, Marcial Pons y Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2015.
- FORNER MUÑOZ, Salvador: *Canalejas y el Partido Liberal Democrático: (1900-1910)*. Madrid, Cátedra, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1993.
- FORNER MUÑOZ, Salvador: *Canalejas. Un liberal reformista*. Madrid, Fundación FAES, 2014
- FORTES BOUZÁN, X.: *Historia de la ciudad de Pontevedra*. A Coruña, La Voz de Galicia S. A., 1993.
- FRANCO, Fernando y AMENEIRO BRAVO, María Celia: *Enrique Peinador Lines. Burgués, empresario, galeguista, mecenas e filántropo*. Vigo, Ir Indo, 2006.
- FRANCOS RODRÍGUEZ, José: *La vida de Canalejas*. Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1918.
- GABRIEL, Narciso de: *Escolantes e escolas de ferrado*. Vigo, Edicións Xerais, 2001.
- GABRIEL, Narciso de: *Leer, escribir y contar. Escolarización popular y sociedad en Galicia (1875-1900)*. Sada (A Coruña), Ediciós do Castro, 1990.
- GARCIA, Mariano: “El incendio de los pasos del Santo Entierro” y “Huelga de terceroles en la procesión del Santo Entierro”, entradas del 01.04.2010 del blog *Tinta de hemeroteca* (<http://blogs.heraldo.es/tinta/?p=2331> y <http://blogs.heraldo.es/tinta/?p=2335>).



- GARRIDO COUCEIRO, X. C.: “Castelao: razón e alienación”, en BARREIRO BARREIRO, Xosé Luis (coord.): *O pensamento galego na historia*. Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 1990.
- GAVILANES, Emilio: “Nueva visita a Camilo Bargiela”, en *Revista de Filología Románica* nº 14, vol. II, 1997.
- GERMÁN, Luis: *Aragón en la II República. Estructura económica y comportamiento político*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1984.
- GIBSON, Ian: *Queipo de Llano: Sevilla, verano de 1936*. Barcelona, Grijalbo, 1986.
- GIL CUADRADO, Luis Teófilo: *El Partido Agrario Español (1934-1936): Una alternativa republicana y conservadora*, Tesis doctoral defendida en la Universidad Complutense de Madrid, 2006.
- GIL PECHARROMAN, Julio: *Conservadores subversivos. La derecha autoritaria Alfonsina (1913-1936)*. Madrid, EUDEMA, 1994.
- GIL PECHARROMÁN, Julio: *La Segunda República. Esperanzas y frustraciones*. Madrid, Historia 16.
- GIL PECHARROMÁN, Julio: *Niceto Alcalá-Zamora. Un liberal en la encrucijada*. Madrid, Síntesis, 2005.
- GIL PECHARROMÁN, Julio: *Segunda República Española (1931-1936)*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2006.
- GIL ROBLES, José María: *No fue posible la paz*. Barcelona, Ariel, Edición Conmemorativa de 2006.
- GIL ROBLES, José María: *Discursos parlamentarios*. Estudio preliminar de Carlos Seco Serrano y edición de Pablo Beltrán Heredia. Madrid, Taurus, 1971.
- GÓMEZ ABALO, M<sup>a</sup> Ángeles: “Estudio preliminar” en, PÉREZ LUGÍN, Alejandro: *La Casa de la Troya*. Santiago de Compostela, Servizo de Publicacións e Intercambio Científico da Universidade de Santiago de Compostela, 2008.
- GÓMEZ-NAVARRO NAVARRETE, José Luis: *El régimen de Primo de Rivera: reyes, dictaduras y dictadores*, Madrid, Cátedra, 1991.
- GÓMEZ NAVARRO, José Luis: “En torno a la biografía histórica”, en *Historia y Política* nº 13 (enero-junio 2005), pp. 7-26.
- GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo y MORENO LUZÓN, Javier: *Elecciones y parlamentarios. Dos siglos de Historia en Castilla-La Mancha*. Servicio de Publicaciones y Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 1993.
- GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo: “La razón de la fuerza. Una perspectiva de la violencia política en la España de la Restauración”, ARÓSTEGUI, Julio (ed.), *Violencia y política en España*. Dossier de la revista *Ayer*, nº 13, 1994.
- GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo: *En nombre de la autoridad. La defensa del orden público durante la Segunda República española (1931-1936)*, Granada, Editorial Comares, 2014.
- GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo; COBO ROMERO, Francisco, MARTÍNEZ RUS, Ana y SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La Segunda República española*. Madrid, Pasado y Presente, 2015.
- GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo: *Cifras cruentas. Las víctimas mortales de la violencia sociopolítica en la Segunda República Española (1931-1936)*. Granada, Editorial Comares, 2015.

- GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos: *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid, Tecnos, 1998.
- GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos: *Historia de las derechas españolas. De la Ilustración a nuestros días*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.
- GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos: *El pensamiento político de la derecha española en el siglo XX: de la crisis de la Restauración al Estado de partidos (1898-2000)*. Madrid, Tecnos, 2005.
- GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, María Jesús: *Ciudadanía y acción. El conservadurismo maurista, 1907-1923*. Madrid, Siglo XXI, 1990.
- GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, María Jesús: “Algunas reflexiones sobre la cultura política en la España de la Restauración”, en SUÁREZ CORTINA, Manuel (dir.): *La cultura española en la Restauración*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1999, pp. 451-475.
- GONZÁLEZ LÓPEZ, Emilio: *Memorias de un diputado de las Cortes de la República (1931-1938)*. Sada (A Coruña), Edicións do Castro, 1988.
- GONZÁLEZ LÓPEZ, Emilio: *Memorias de un estudiante liberal (1903-1931)*. Sada (A Coruña), Edicións do Castro, 1987.
- GONZÁLEZ ORTA, Juan Ignacio: “Poder local y democracia municipal durante la Segunda República a través de los ayuntamientos: el caso de Villablanca (Huelva)”, *Historia Actual Online*, 22, 2010.
- GRANDÍO SEOANE, Emilio: *Los orígenes de la derecha gallega: la C.E.D.A. en Galicia (1931-1936)*. Sada (A Coruña), Edicións do Castro, 1998.
- GRANDÍO SEOANE, Emilio: *Caciquismo e eleccións na Galiza da II República*. Vigo, Edicións A Nosa Terra, 1999.
- GRANDÍO SEOANE, Emilio: *Casares Quiroga: Discursos parlamentarios (1931-1936)*, Sada (A Coruña), Edicións do Castro, 2006.
- GRANDÍO SEOANE, Emilio: *Anos de odio: golpe, represión e Guerra Civil na provincia da Coruña (1936-1939)*. A Coruña, Deputación de A Coruña, 2007.
- GRANDÍO SEOANE, Emilio: *A Segunda República en Galicia. Memoria, mito e historia*. Vigo, Nigra Trea, 2010.
- GRANDÍO SEOANE, Emilio (ed.): *Vixiados. Represión, investigación e vixilancia na Galiza da Guerra Civil (1936-1939)*, Bertamiráns (Ames), Edicións Laiovento, 2011.
- GRANDÍO SEOANE, Emilio: “Rumores a gritos: ruido de sables contra el Frente Popular (febrero-mayo 1936)”, en PRADA RODRÍGUEZ, Julio y GRANDÍO SEOANE, Emilio (eds.): “La Segunda República: nuevas miradas, nuevos enfoques”, monográfico de la revista *Hispania Nova*, 11, 2013.
- *Guía Digital de España, 1905*.
- GUIXÀ, Josep: *Espías de Franco. Josep Pla y Francesc Cambó. La red de espionaje contra la revolución en Cataluña*. Madrid, Fórcola Ediciones, 2014.
- GUIXÉ COROMINAS, Jordi: *La República perseguida. Exilio y represión en la Francia de Franco, 1937-1951*. Valencia, Publicacions Universitat de València, 2012.

- GUTIÉRREZ SÁNCHEZ, Mercedes y PALACIOS CEREZALES, Diego (eds.): *Conflicto político, democracia y dictadura: Portugal y España en la década de 1930*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007.
- GUTIÉRREZ, Rosa Ana y ZURITA, Rafael: “El encasillado en las elecciones de la España de la Restauración: Murcia y el País Valenciano en 1907”, *Historia Contemporánea*, 22, 2001, pp. 307-342.
- HERMOSO DE MENDOZA Y BAZTÁN, María Teresa: “La división territorial militar en los siglos XIX y XX”, en *Boletín Informativo del Sistema Archivístico de la Defensa*, nº 14, diciembre de 2007.
- HIDALGO, Diego: *¿Por qué fui lanzado del Ministerio de la Guerra? Diez meses de actuación ministerial*. Madrid, Espasa-Calpe, 1934.
- HOBSBAWM, Eric: «La transformación de los rituales obreros», *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, Barcelona, Crítica, 1987, pp. 93-117.
- HOBSBAWM, Eric: *Historia del siglo XX*. Buenos Aires, Crítica-Grijalbo Mondadori, 1998.
- ÍÑIGO FERNÁNDEZ, Luis: *La Derecha Liberal en la Segunda República española*. Madrid, Universidad Nacional a Distancia, 2000.
- JACKSON, Gabriel et al: *Octubre de 1934: cincuenta años para la reflexión*, Madrid, Siglo XXI, 1985.
- JACKSON, Gabriel: *La República Española y la Guerra Civil*, Barcelona, RBA, 2005 (1ª edición: Editorial Crítica, 1976).
- JALÓN, César: *Memorias políticas*. Madrid, Guadarrama, 1973.
- JAUME, Alexandre: *La insurrección de Octubre. Cataluña. Asturias. Baleares, Ibiza*, Res Pública, 1997.
- JIMÉNEZ SÁNCHEZ, Fernando: *Detrás del escándalo político. Opinión pública, dinero y poder en la España del siglo XX*. Barcelona, Editorial Tusquets, 1995.
- JULIÁ DÍAZ, Santos: *Orígenes del Frente Popular (1934-1936)*. Madrid, Siglo XXI, 1979.
- JULIÁ DÍAZ, Santos: *Manuel Azaña. Una biografía política*. Madrid, Alianza Editorial, 1990.
- JULIÁ DÍAZ, Santos (ed.): *Política en la Segunda República*. Madrid, Marcial Pons, 1995.
- JULIÁ DÍAZ, Santos (coord.): *Víctimas de la guerra civil*. Madrid, Temas de Hoy, 1999.
- JULIÁ DÍAZ, Santos (dir.): *Violencia política en la España del siglo XX*. Madrid, Taurus, 2000.
- JULIÁ DÍAZ, Santos et al.: *Regeneración y reforma. España a comienzos del siglo XX* (catálogo de la exposición). Madrid, Fundación BBVA y Ministerio de Educación. Cultura y Deporte, 2002.
- JULIÁ DÍAZ, Santos: *Historia de las dos Españas*. Madrid, Taurus, 2005.
- JULIÁ DÍAZ, Santos (dir.): *Memoria de la Guerra y del Franquismo*. Madrid, Fundación Pablo Iglesias, Taurus, 2006.

- JULIÁ, DÍAZ Santos (dir.): *República y guerra en España (1931-1939)*. Madrid, Espasa, 2006.
- JULIÁ DÍAZ, Santos: “Manuel Azaña. El desengaño de un reformista”, en MORENO LUZÓN, Javier (ed.): *Progresistas. Biografías de reformistas españoles (1808-1939)*. Madrid, Santillana Ediciones Generales, 2006.
- JULIÁ DÍAZ, Santos: *Vida y tiempo de Manuel Azaña*. Madrid, Taurus, 2008.
- JULIÁ, DÍAZ Santos: “Biografía frente a estereotipos: el caso de Azaña”, en BURDIEL, Isabel y FOSTER, Roy: *La historia biográfica en Europa. Nuevas perspectivas*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015, pp. 399-412.
- KELSEY, Graham: *Anarcosindicalismo y Estado en Aragón 1930-1938. ¿Orden Público o Paz Pública?* Madrid, Fundación Salvador Seguí, 1994.
- LABRADOR BEN, Julia María: “Bibliografía crítica de Alejandro Pérez Lugín”, en *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, nº 19, 1997.
- LARGO CABALLERO, Francisco: *Mis recuerdos. Cartas a un amigo*. (Prólogo y notas de Enrique de Francisco). México D. F., Ediciones Unidas S. A., 1976.
- LARGO CABALLERO, Francisco: *Escritos de la República* (edición, estudio preliminar y notas de Santos Juliá). Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1985.
- LARIO, Ánegeles: *El Rey, piloto sin brújula: la Corona y el Sistema Político de la Restauración, 1875-1902*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.
- LERROUX, Alejandro: *La pequeña historia de España. 1930-1936*. Buenos Aires, Editorial Címera, 1945.
- LIJPHART, Arendt: *Democracy in Plural Societies. A Comparative Exploration*. New Haven and London, Yale University Press, 1977.
- LINZ, Juan J.: *El sistema de partidos en España*. Madrid, Narcea S. A. de Ediciones, 1979.
- LINZ, Juan J.: *La quiebra de las democracias*. Madrid, Alianza Editorial, 1987.
- LÓPEZ FERNÁNDEZ, Enrique.: *El diputado por Fonsagrada. Manuel Portela Valladares*. Editado por Enrique López Fernández, Oviedo, 2002.
- LÓPEZ FERREIRO, M.: “Manuel Portela Valladares”, en BARREIRO BARREIRO, Xosé Luis (coord.): *O pensamento galego na historia*. Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 1990.
- LÓPEZ OTERO, María Luisa (coord.): *Lembrando a Ramón Fernández Mato*. Boiro (A Coruña), Concello de Boiro, 2004.
- LÓPEZ VILLAVERDE, Ángel Luis: *Cuenca durante la Segunda República: elecciones, partidos y vida política*. Diputación de Cuenca-UCLM, 1997.
- LÓPEZ-ALVES, Fernando: *State formation and democracy in Latin America, 1810-1900*. Durham, Duke University Press, 2000.
- LOPO, María: *Cartas no exilio. Correspondencia entre Santiago Casares Quiroga e María Casares (1946-1949)*, A Coruña, Baía Edicións, 2008.
- LORIGA, Sabina: “La escritura biográfica y la escritura histórica en los siglos XIX y XX”, en BURDIEL, Isabel y FOSTER, Roy: *La historia biográfica en Europa. Nuevas perspectivas*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015, pp. 15-45.
- MADARIAGA, Salvador de: *Memorias de un federalista*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1967.

- MADOZ, Pascual: “Fonsagrada”, en *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, tomo VIII. Madrid, Estudio Tipográfico-Literario Universal, 1847.
- MAITRON, Jean: *Ravachol y los anarquistas*. Madrid, Huerga y Fierro Editores, 2003.
- MARCO, José María (coord.): *Genealogía del liberalismo español, 1759-1931*. Madrid, Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales, 1998.
- MARTÍN, Luis P.: *Los arquitectos de la República. Los masones y la política en España, 1900-1936*. Madrid, Marcial Pons, 2007.
- MARTÍNEZ BARRIO, Diego: *Memorias*. Barcelona, Editorial Planeta, 1986.
- MARTÍNEZ BARRIO, Diego: *Orígenes del Frente Popular*. Buenos Aires, Patronato Hispano-Argentino de Cultura, 1943.
- MARTÍNEZ DE SAS, María Teresa y PAGÈS I BLANCH, Pelai: “Emiliano Iglesias Ambrosio”, en *Diccionari biogràfic del moviment obrer als Països Catalans*. Barcelona, L'Abadia de Montserrat.
- MARTÍNEZ LEAL, Juan: *De las urnas a las armas. El Frente Popular y los orígenes de la Guerra Civil en la provincia de Alicante*. Alicante, Instituto Alicantino de Cultura Juan Albert, 2014.
- MARTORELL LINARES, Miguel: “Gobiernos, mayorías parlamentarias y representación de intereses en la crisis de la Restauración”, Documentos de Trabajo, Instituto Universitario Ortega y Gasset, Historia Contemporánea 02/1996.
- MARTORELL LINARES, Miguel: “Gobierno y Parlamento: las reglas del juego”, en CABRERA, Mercedes (dir.): *Con luz y taquígrafos. El Parlamento en la crisis de la Restauración (1913-1923)*, Madrid, Taurus, 1998.
- MARTORELL, Miguel: “Joaquín Chapaprieta: de la izquierda dinástica a la derecha republicana”, en VVAA: *La Hacienda desde sus ministros. Del 98 a la guerra civil*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2000.
- MARTORELL LINARES, Miguel: “El rey en su desconcierto. Alfonso XIII, los viejos políticos y el ocaso de la monarquía”, en MORENO LUZÓN, Javier (ed.): *Alfonso XIII. Un político en el trono*. Madrid, Marcial Pons, 2003.
- MARTORELL LINARES, Miguel: “Santiago Alba. El liberal que no encontró su momento”, en MORENO LUZÓN, Javier (ed.): *Progresistas. Biografías de reformistas españoles (1808-1939)*. Madrid, Santillana Ediciones Generales, 2006.
- MARTORELL LINARES, Miguel: *José Sánchez Guerra. Un hombre de honor (1889-1935)*. Madrid, Marcial Pons, 2011.
- MARTORELL LINARES, Miguel: “El mundo de los liberales monárquicos: 1875-1931”, en FORCADELL, Carlos y SUÁREZ CORTINA, Manuel (eds.): *La Restauración y la República, 1874-1936. Historia de las culturas políticas en España y América Latina*. Vol 3, Madrid, Marcial Pons y Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2015, pp. 201-228.
- MEES, Ludger y GRANJA, José Luis de la, (et al.): *La política como pasión. El lehendakari José Antonio Aguirre (1904-1960)*. Madrid, Tecnos, 2014.
- MELEIRO, Fernando: *Anekdótico de la Falange de Orense*. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1957.

- Ministerio de la Gobernación: *Dictamen de la Comisión sobre Ilegitimidad de Poderes Actuantes en 18 de Julio de 1936*. Madrid, Editora Nacional, 1939.
- MOGA ROMERO, Vicente: *Al Oriente de África: masonería, Guerra Civil y represión en Melilla (1894-1936)*. Melilla, Centro Asociado de la UNED, 2004.
- MONTAÑÉS, Enrique: *Anarcosindicalismo y cambio político. Zaragoza, 1930-1936*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1989.
- MORADIELLOS, Enrique: “Juan Negrín López. Entre el silencio y la calumnia”, en MORENO LUZÓN, Javier (ed.): *Progresistas. Biografías de reformistas españoles (1808-1939)*. Madrid, Santillana Ediciones Generales, 2006.
- MORADIELLOS, Enrique: *1936. Los mitos de la Guerra Civil*. Barcelona, Ediciones Península, 2004.
- MORADIELLOS, Enrique: *Negrín*. Barcelona, Ediciones Península, 2006.
- MORALES RUIZ, Juan José: *La publicación de la ley de represión de la masonería en la prensa de la España de postguerra (1940)*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1992.
- MORENO LUZÓN, Javier: “Teoría del clientelismo y estudio de la política caciquil”, *Revista de Estudios Políticos*, 89 (julio-septiembre 1995), pp. 191-224.
- MORENO LUZÓN, Javier: *Romanones: caciquismo y política liberal*. Madrid, Alianza, 1998.
- MORENO LUZÓN, Javier: “El partido liberal ante el Desastre (1898-1903)”, en RUS RUS RUFINO, Salvador y ZAMORA BONILLA, Javier (coord): *Una polémica y una Generación: razón histórica de 1898: Actas del Congreso “1898: Pensamiento Político, Jurídico y Filosófico: Balance de un Centenario”: León 10-13 de noviembre de 1998*. León, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de León, 1999, pp. 23-32.
- MORENO LUZÓN, Javier: *Alfonso XIII. Un político en el trono*. Madrid, Marcial Pons, 2003.
- MORENO LUZÓN, Javier: “José Canalejas. La democracia, el Estado y la nación”, en MORENO LUZÓN, Javier (ed.): *Progresistas. Biografías de reformistas españoles (1808-1939)*. Madrid, Santillana Ediciones Generales, 2006.
- MORENO LUZÓN, Javier (ed.): *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007.
- MORENO LUZÓN, Javier: “Hacer patria, defender la nación. El españolismo de los liberales monárquicos en el reinado de Alfonso XIII”, en MORENO LUZÓN, Javier (ed.): *Izquierdas y nacionalismos en la España contemporánea*. Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 2011.
- MORENO LUZÓN, Javier y NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manoel (eds.): *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX*. Barcelona, RBA Editores, 2013.
- MUÑIZ, Alfredo: *Días de horca y cuchillo. Diario 16 de febrero - 15 de julio de 1936*. Sevilla, Ediciones Espuela de Plata, 2009.
- MUÑOZ SORO, Javier; LEDESMA VERA, José Luis y RODRIGO, Javier (coords.): *Culturas y políticas de la violencia: España siglo XX*. Madrid, Siete Mares, 2005.

- NEGRÍN, Carmen (et al.): *Juan Negrín el estadista. La tranquila energia de un hombre de estado*. Las Palmas de Gran Canaria, Fundación Juan Negrín, 2005.
- “Os heroes do Campo da Porta”, en Fol de Veleno Weblog (<http://foldeveleno.wordpress.com/2007/11/30/os-heroes-do-campo-da-porta/>).
- OTERO PEDRAYO, Ramón: *O libro dos amigos*. Edición de Marcos Valcárcel. Editorial Galaxia, Vigo, 1997.
- PABÓN, Jesús: *Cambó. 1876-1947*. Barcelona, Alpha, 1999.
- PAN MONTOJO, Juan: *El sueño republicano de Manuel Rico Avello (1886-1936)*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2011.
- PASSERINI, Luisa: *Memoria y utopía: la primacía de la intersubjetividad*. Valencia, Universitat de València, 2006.
- PAYNE, Stanley G.: *El colapso de la República. Los orígenes de la Guerra Civil (1933-1936)*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2005.
- PAYNE, Stanley G.: *Falange. Historia del fascismo español*. SARPE, Madrid, 1985 (traducción cedida por Ediciones Ruedo Ibérico).
- PAYNE, Stanley G.: *La primera democracia española. La Segunda República, 1931-1936*. Barcelona, Ediciones Paidós, 1995.
- PAYNE, Stanley y PALACIOS, Jesús: *Franco. Una biografía personal y política*, Madrid, Espasa, 2015.
- PAZ ANDRADE, Valentín: *Castelao na luz e na sombra* (segunda edición revisada y ampliada). Sada (A Coruña), Ediciós do Castro, 1986.
- PAZ ANDRADE, Valentín: *Epistolario*. Sada (A Coruña), Ediciós do Castro, 1997.
- PEÑA SAAVEDRA, Víctor: *Éxodo, organización comunitaria e intervención escolar. La impronta educativa de la emigración transoceánica en Galicia* (2 vols.). Santiago de Compostela, Secretaría Xeral para as Relacións coas Comunidades Galegas, 1991.
- PEREIRA MARTÍNEZ, Carlos y ROMERO MASIÁ, Ana: *Germinal, Centro de Estudos Sociais (Cultura Obreira na Coruña, 1902-1936)*. Betanzos (A Coruña), Briga Edicións, 2003.
- PEREIRA MARTÍNEZ, Carlos: “A Familia Poza. Un exemplo de republicanismo e librepensamento en Pontevedra”, en *Anuario Brigantino*, nº 27, 2004, pp. 265-312; GARCÍA BAENA, Rosa María: “Los Poza Juncal: una familia expedientada”, en FERRER BENIMELI, José Antonio (coord.): *La masonería española en la época de Sagasta* (vol. 2). Zaragoza, Gobierno de Aragón, Departamento de Educación, Cultura y Deporte, 2007.
- PÉREZ CRESPO, Antonio y PORTELA VALLADARES, Manuel: *Oposiciones al Cuerpo de Abogados del Estado. Contestación a las lecciones de Ley Hipotecaria contenidas en el Programa publicado en la “Gaceta” de 22 de Enero de 1902*. Madrid, Imprenta de Antonio Marzo, 1902.
- PÉREZ CRESPO, Antonio y PORTELA VALLADARES, Manuel: *Oposiciones al Cuerpo de Abogados del Estado. Contestación a las lecciones de Ley Hipotecaria contenidas en el Programa publicado en la “Gaceta” de 22 de Enero de 1902*. Madrid, Imprenta de Antonio Marzo, 1902.
- PEROZO, Xosé A.: “A reivindicación dun xornalista”, en *Actas do Congreso Roberto Blanco Torres*. Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 1999.

- PETTENGHI LACHAMBRE, José Aquiles: *Detrás del silencio: el trágico destino de los gobernadores civiles de Cádiz en la Segunda República*. Jerez de la Frontera (Cádiz), Artepick, 2009.
- PLA, Josep: *La Segunda República española. Una crónica, 1931-1936*. (Edición de Xavier Pericay). Barcelona, Ediciones Destino, 2006.
- PONCE ALBERCA, Julio: *Política, instituciones y provincias: la Diputación de Sevilla durante la dictadura de Primo de Rivera y la II República (1923-1936)*. Sevilla, Diputación de Sevilla, 1999.
- PORTELA VALLADARES, Manuel: “La fase política de Compostela”, en ALONSO MONTERO, X.: *Galeuzca: Galiza-Euskadi-Catalunya*. Madrid, Akal, 1976.
- PORTELA VALLADARES, Manuel: *A nosa terra e nós. Escritos en galego*. (Edición de Xosé Enrique Acuña). Pontevedra, Casal de Edicións, 1992.
- PORTELA VALLADARES, Manuel: *Ante el Estatuto*. Edición do Castro, Sada (A Coruña), 2008; Edición facsímil, Barcelona, Tipografía Cosmos, 1932.
- PORTELA VALLADARES, Manuel: *Memorias*. (Edición de José Antonio Durán). Madrid, Alianza Editorial, 1988.
- PORTELA VALLADARES, Manuel: *Dietario de dos guerras (1936-1950). Notas, polémicas y correspondencia de un centrista español. Manuel Portela Valladares*. (Edición de José Antonio Durán). Sada (A Coruña), Edición do Castro, 1988.
- PORTILLA, Guillermo: *La consagración del derecho penal de autor durante el franquismo: el Tribunal especial para la represión de la masonería y el comunismo*. Granada, Editorial Comares, 2010.
- PORTO UCHA, Ángel S.: *La Institución Libre de Enseñanza en Galicia*. Sada (A Coruña), Edición do Castro, 1986.
- POSSING, Birgitte: “En busca de las claves para un análisis biográfico: Natalie Zahle y Bodil Koch”, en BURDIEL, Isabel y FOSTER, Roy: *La historia biográfica en Europa. Nuevas perspectivas*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015, pp. 437-463.
- POZO ANDRÉS, María del Mar: “La construcción de la identidad nacional desde la escuela: el modelo republicano de educación para la ciudadanía”, en MORENO LUZÓN, Javier (ed.): *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007.
- POZO ANDRÉS, María del Mar: “La construcción y la destrucción de la nación cívica desde la escuela en la Segunda República”, en PRADA RODRÍGUEZ, Julio y GRANDÍO SEOANE, Emilio (eds.): “La Segunda República: nuevas miradas, nuevos enfoques”, monográfico de la revista *Hispania Nova*, 11, 2013.
- PRADA RODRÍGUEZ, Julio: *A dereita política ourensá: monárquicos, católicos e fascistas (1934-1937)*. Vigo, Servizo de Publicación da Universidade de Vigo, 2005.
- PRADA RODRÍGUEZ, Julio: *De la agitación republicana a la represión franquista: (Ourense 1934-1939)*. Barcelona, Ariel, 2006.
- PRADA, Julio y GRANDÍO SEOANE, Emilio (coords.): “La Segunda República: Nuevas miradas, nuevos enfoques”. Dossier en *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, número 11 (2013) (<http://hispanianova.rediris.es/11/dossier.htm>).
- PRESTON, Paul: *Franco. “Caudillo de España”*. Barcelona, Grijalbo, 2002.



- PRIETO, Indalecio: *De mi vida. Recuerdos, estampas, siluetas, sombras...* México, Ediciones Oasis, 1968. 2 vols.
- QUINTANA, Xosé Ramón y VALCÁRCEL, Marcos: *Ramón Otero Pedrayo. Vida, obra e pensamento*. Vigo, Ir Indo Edicións, 1988.
- QUINTIÁ PEREIRA, Rafael: “Os heroes do Campo da Porta”, en *A sombra de Bouza Panda* (<http://asombradebouzapanda.files.wordpress.com/2011/06/os-heroes-do-campo-da-porta.pdf>).
- RADCLIFFT, Pamela B.: “La representación de la nación. El conflicto en torno a la identidad nacional y las prácticas simbólicas en la Segunda República”, en CRUZ, Rafael y PÉREZ LEDESMA, Manuel (eds.): *Cultura y movilización en la España contemporánea*. Madrid, Alianza Editorial, 1997, pp. 305-325.
- RANZATO, Gabriele: *El eclipse de la democracia. La Guerra Civil y sus orígenes*. Madrid, Siglo XXI, 2006.
- REGUEIRO MÉNDEZ, Rosalía: “Conflictividad sociopolítica en el Frente Popular: el Primero de Mayo en Galicia”, en IBARRA, Alejandra (coord.): *No es país para jóvenes. Actas del III Encuentro de Jóvenes de la AHC*. Vitoria, Instituto Valentín de Foronda, 2012, CD-ROM.
- REY REGUILLO, Fernando del: “Apuntes sobre un liberal agrario: Mariano Matesanz de la Torre (1867-1945)”, *Nacionalismo español: las políticas de la memoria*, monográfico de *Historia y Política. Ideas, procesos y movimientos sociales*, nº 12, 2004, pp. 213-248.
- REY REGUILLO, Fernando del: “Reflexiones sobre la violencia política en la II República Española”, en GUTIÉRREZ SÁNCHEZ, Mercedes y PALACIOS CEREZALES, Diego (eds.): *Conflicto político, democracia y dictadura: Portugal y España en la década de 1930*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007.
- REY REGUILLO, Fernando del: *Paisanos en lucha. Exclusión política y violencia en la Segunda República española*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2009.
- REY REGUILLO, Fernando del (ed.): *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española*. Madrid, Tecnos, 2011.
- RÍOS PANISSE, María do Carme: *Obra poética dispersa de Xoán Manuel Pintos Villar*, Santiago de Compostela, Consello da Cultura Galega, 2006.
- Riquer, Borja de: *El último Cambó, 1936-1947. La tentación autoritaria*. Barcelona, Grijalbo, 1997.
- RIVAS LARA, Lucía: “Actitud del Gobierno ante el 1º de Mayo desde 1890 hasta la Segunda República”, en *Revista de la Facultad de Geografía e Historia*, nº 1, 1987, pp. 89-118
- RIVERA VÁZQUEZ, Evaristo: *Colegio Apóstol Santiago. Historia de una larga peregrinación*. Artes Gráficas, Vigo, 1993.
- ROBLEDO FERNÁNDEZ, Ricardo (ed.): *Sueños de concordia. Filiberto Villalobos y su tiempo histórico. 1900-1955*. Salamanca, Caja Duero, 2005.
- ROBLES EGEA, Antonio (ed.): *Política en penumbra. Patronazgo y clientelismo políticos en la España contemporánea*. Madrid, Siglo XXI, 1996.
- RODRÍGUEZ CASTELAO, Daniel, OTERO PEDRAYO Ramón, SUÁREZ PICALLO, Ramón y VILLAR PONTE, Antón: *Discurso parlamentarios (1931-1933)*. Sada (A Coruña), Edicións do Castro, 1978.

- RODRÍGUEZ CASTELAO, Daniel: *Sempre en Galiza*. Vigo, Editorial Galaxia, 2012 [1ª Edición: 1944]
- RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, Luis: *Los liberales lucenses (1808-1854)*. Sada (A Coruña), Ediciós do Castro, 1981.
- RODRÍGUEZ, Mariano L.: “Vicente Risco: versus universalidade”, en BARREIRO BARREIRO, Xosé Luis (coord.): *O pensamento galego na historia*. Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 1990.
- ROJAS, Carlos: *La guerra civil vista por los exiliados*. Barcelona, Editorial Planeta, 1975.
- ROMERA CASTILLO, José: “Tres tipos de discurso autobiográfico sobre la guerra (in)civil española (Portela Valladares, Azaña e Indalecio Prieto), en LOPEZ CRIADO, Fidel (ed.): *Literatura y sociedad, el papel de la literatura en el siglo XX: (I Congreso Nacional Literatura y Sociedad: A Coruña, abril 2000)*. A Coruña, Universidade de A Coruña, Servicio de Publicacións, 2001.
- ROMERO MAURA, Joaquín: *“La rosa de fuego”. El obrerismo barcelonés de 1899 a 1909*. Madrid, Alianza, 1989.
- ROSA SALE, Rosa y GARCÍA-PLANAS, Plàcid: *El marqués y la esvástica. César González Ruano y los judíos en el París ocupado*. Barcelona, Editorial Anagrama, 2014.
- ROYO VILLANOVA, Antonio: *Treinta años de política antiespañola*. Valladolid, Librería Santarén, 1940.
- ROZA IGLESIAS, Ana María y RODRÍGUEZ MUÑOZ, Javier (dir.): *Diccionario Enciclopédico del Principado de Asturias*, Tomo 15. Ediciones Nobel, Oviedo, 2004.
- RUIBAL OUTES, Tomás: *La vida escénica en Pontevedra en la segunda mitad del siglo XIX*, pp. 746-747. Tesis doctoral inédita, dirigida por José Romera Castillo y defendida en la Universidad Nacional a Distancia, Facultad de Filología, Departamento de Literatura Española y Teoría de la Literatura, Madrid, 1997.
- RUIZ MANJÓN, Octavio: “El republicanismo centrista gallego durante la Segunda República. Una carta de Salvador Madariaga”, en DE JUANA, Jesús y CASTRO, Xavier (ed.): *Novas fontes, renovadas historias/ VII Xornadas de Historia de Galicia*. Ourense, Servicio de Publicacións da Deputación de Ourense, 1993.
- RUIZ MANJÓN, Octavio: *El Partido Republicano Radical (1908-1936)*, Madrid, Tebas, 1976.
- RUIZ MANJÓN, Octavio: *El Partido Republicano Radical (1908-1936)*, Madrid, Tebas, 1976.
- RUIZ-MANJÓN CABEZA, Octavio: “Autoridades locales y partidos políticos en Andalucía durante la Segunda República”, en *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas*, nº5, enero-marzo 1979, pp. 167-181.
- RUS RUFINO, Salvador y ZAMORA BONILLA, Javier: *Una polémica y una Generación: razón histórica de 1898. Actas del Congreso “1898: Pensamiento Político, Jurídico y Filosófico: Balance de un Centenario. León 10-13 de noviembre de 1898”*. León, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de León, 1999.
- SALAZAR ALONSO, Rafael: *Bajo el signo de la revolución*. Astorga (León), Editorial Akrón, 2007.

- SALGADO, Xosé M.: “Roberto Blanco Torres: Un dos “amigos” de Otero Pedrayo”, en *Actas do Congreso Roberto Blanco Torres*. Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 1999.
- SÁNCHEZ MANTERO, Rafael (ed.): *En torno al 98*. Huelva, Publicaciones de la Universidad de Huelva, 1999.
- SANTOS GAYOSO, Enrique: *Historia de la prensa gallega (1800-1986)*. Edición do Castro, Sada, 1990.
- SANZ HOYA, Julián: *De la resistencia a la reacción: las derechas frente a la Segunda República (Cantabria, 1931-1936)*, Santander, Universidad de Cantabria, 2006.
- “Semana Santa de 1935”, entrada del 16.04.2014 del blog *Memoria libertaria. Memoria histórica de Zaragoza* (<http://www.zaragozamemoriahistorica.com/calle-asalto-24/>).
- SEOANE, María Cruz y SÁIZ, María Dolores: *Historia del periodismo en España 3. El siglo XX: 1898-1936*, Madrid, Alianza, 1996
- SERRALLONGA Y URQUIDI, Joan: “El aparato provincial durante la Segunda República. Los gobernadores civiles, 1931-1939”, *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, nº 7, 2007
- SIERRA ALONSO, María: *La política del pacto*. Sevilla, Diputación de Sevilla, 1996.
- SIERRA, María (et al.): *Clientelas, caciquismo y poder en la Restauración*. Alzira (Valencia), Centro de la UNED -Valencia, Instituto de Historia Social, 2000.
- SIERRA, María, PEÑA, María Antonia y ZURITA, Rafael: *Elegidos y elegibles. La representación parlamentaria en la cultura del liberalismo*. Madrid, Marcial Pons, 2010.
- SIERRA, María, ZURITA, Rafael y PEÑA, María Antonia: *La representación política en la España liberal*. Dossier de la revista *Ayer*, nº 61, 2006.
- SIERRA ALONSO, María: “La cultura política en el estudio del liberalismo y sus conceptos de representación”, en PÉREZ LEDESMA, Manuel y SIERRA ALONSO, María (eds.): *Culturas políticas: teoría e historia*. Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, 2010, pp. 233-263
- SINOVA, Justino: *La prensa en la Segunda República española. Historia de una libertad frustrada*. Barcelona, Debate-Random House Mondadori, 2006.
- SOUTO KUSTRÍN, Sandra: “Octubre de 1934: historia, mito y memoria”, en PRADA RODRÍGUEZ, Julio y GRANDÍO SEOANE, Emilio (eds.): “La Segunda República: nuevas miradas, nuevos enfoques”, monográfico de la revista *Hispania Nova*, 11, 2013.
- SUÁREZ CORTINA, Manuel: *El reformismo en España: republicanos y reformistas bajo la monarquía de Alfonso XIII*, Madrid, Siglo XXI, 1986.
- SUÁREZ CORTINA, Manuel (dir.): *La cultura española en la Restauración*. Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1999.
- SUÁREZ CORTINA, Manuel (ed.): *Las máscaras de la libertad. El liberalismo español. 1808-1950*. Madrid, Marcial Pons, 2003.

- SUÁREZ CORTINA, Manuel: “Melquíades Álvarez y la democracia liberal en España”, en MORENO LUZÓN, Javier (ed.): *Progresistas. Biografías de reformistas españoles (1808-1939)*. Madrid, Santillana Ediciones Generales, 2006.
- SUÁREZ CORTINA, Manuel: “El liberalismo democrático en España. De la Restauración a la República”, *Historia y Política*, 17, (enero-junio 2007), pp. 121-150.
- SUÁREZ CORTINA, Manuel: “El republicanismo como cultura política. A la búsqueda de una identidad”, en PÉREZ LEDESMA, Manuel y SIERRA ALONSO, María (eds.): *Culturas políticas: teoría e historia*. Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, 2010, pp. 263-311.
- TABOADA RIVADULLA, Roberto: *O Carballo e a súa Historia. Pontevedra e a madeira*. Concello de Pontevedra, Pontevedra, 2008.
- TORRES, Sabino: *As Tres Columnas. Crónica sentimental da Moureira das putas*, Vigo, Editorial Galaxia, 2008.
- TOWNSON, Nigel: “La ruptura de un consenso: los escándalos «Straperlo» y «Taya»”, en *Historia y Política. Ideas, procesos y movimientos sociales*, nº 4, 2000 (monográfico *Escándalos políticos en España*), pp. 31-42.
- TOWNSON, Nigel: *La República que no pudo ser. La política de centro en España (1931-1936)*. Madrid, Taurus, 2002.
- TOWNSON, Nigel: “Centrar la República”: ¿una posibilidad o un espejismo?, en PRADA RODRÍGUEZ, Julio y GRANDÍO SEOANE, Emilio (eds.): “La Segunda República: nuevas miradas, nuevos enfoques”, monográfico de la revista *Hispania Nova*, 11, 2013.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel: *Historia y realidad del poder. El poder y las “élites” en el primer tercio de la España del siglo XX*. Madrid, Editorial Cuadernos para el Diálogo, 1975.
- TUSELL, Javier: *Las elecciones del Frente Popular*. Madrid, Editorial Cuadernos para el Diálogo, 1971.
- TUSSEL, Javier: *La crisis del caciquismo andaluz (1923-1931)*. Barcelona, Planeta, 1977.
- TUSSEL, Javier: “El retorno de la biografía. El caso de Manuel Portela Valladares”, en DE JUANA, Jesús y CASTRO, Xavier (ed.): *Novas fontes, renovadas historias/ VII Xornadas de Historia de Galicia*. Ourense, Servicio de Publicacións da Deputación de Ourense, 1993, pp. 180-194.
- VALCÁRCEL, Marcos (ed.): *Dos años de agitación política (Basilio Álvarez no Parlamento)*, Sada (A Coruña), Edicións do Castro, 1991.
- VALÍN FERNÁNDEZ, Alberto: *Laicismo, educación y represión en la España del siglo XX: (Ourense, 1909-1936/39)*. Sada (A Coruña), Edicións do Castro, 1993.
- VALLS, Rafael: *La Derecha Regional Valenciana (1930-1936)*. Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, Institució Valenciana d’Estudis i Investigació, 1992.
- VARELA ORTEGA, José (dir.): *El poder de la influencia. Geografía del caciquismo en España (1875-1923)*. Madrid, Marcial Pons, 2001.
- VARELA ORTEGA, José: *Los amigos políticos: partidos, elecciones y caciquismos en la Restauración (1875-1900)*. Valladolid, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura; Madrid, Marcial Pons, Ediciones de Historia, 2001.

- VEIGA ALONSO, Xosé Ramón: *O conde de Pallares e o seu tempo, 1828-1908. Aproximación ó activismo das elites na Galicia decimonónica*. Lugo, Diputación Provincial, 1999.
- VIDAL LAGE, M. C.: "Alexandre Bóveda. As razóns dun compromiso", en BARREIRO BARREIRO, Xosé Luis (coord.): *O pensamento galego na historia*. Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 1990.
- VIDARTE, Juan Simeón: *El Bienio Negro y la insurrección de Asturias. Testimonio del que fue Vicesecretario y secretario del PSOE*, Barcelona, Grijalbo, 1978.
- VIDARTE, Juan Simeón: *Todos fuimos culpables. Testimonio de un socialista español* (2 vol.). Barcelona, Ediciones Grijalbo, 1977.
- VILLA GARCÍA, Roberto: "Una ley para consolidar la República: la reforma electoral de 1933", *Barataria. Revista Castellano-Manchega de Ciencias Sociales*, nº 11, 2010, pp. 197-218.
- VILLA GARCÍA, Roberto: *La República en las urnas. El despertar de la democracia en España*. Madrid, Marcial Pons, 2011.
- VILLARES, Ramón y MORENO LUZÓN, Javier; FONTANA, Josep y VILLARES, Ramón (dirs.): *Historia de España. Vol. 7, Restauración y dictadura*. Barcelona, Crítica y Marcial Pons, 2009.
- VILLARES, Ramón: *La propiedad de la tierra en Galicia. 1500-1936*. Madrid, Siglo XXI de España Editores S.A., 1982.
- VINYES, Ricard: "Los efectos de la insurrección de octubre en Cataluña", en *Estudios de Historia Social*, Madrid, nº 31, octubre-diciembre 1984, pp. 49-54.
- VV.AA.: *Historia de las rías*. Vigo, Faro de Vigo, 2000.
- ZAMORA VICENTE, Alonso: *Vida y obra de Valle-Inclán (1866-1936)*. Círculo de Lectores, Barcelona, 1990.
- ZAPATERO, Virgilio: "Fernando de los Ríos. Entre Giner y Pablo Iglesias", en MORENO LUZÓN, Javier (ed.): *Progresistas. Biografías de reformistas españoles (1808-1939)*. Madrid, Santillana Ediciones Generales, 2006.
- ZUGAZAGOITIA, Julián: *Guerra y vicisitudes de los españoles*. Editorial Crítica, Barcelona, 1977.

